



EL BUEN SENTIDO  
DE LA FF



2

ERAT DE  
BT771  
C3  
V. 2

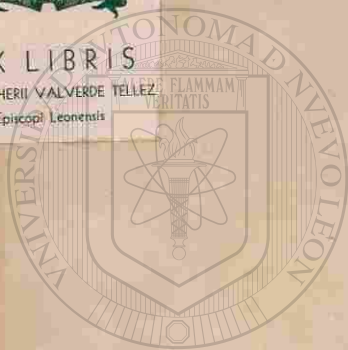
005153



1080015111

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ  
Episcopi Leonensis



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





EL

BUEN SENTIDO DE LA FÉ.

TOMO II.

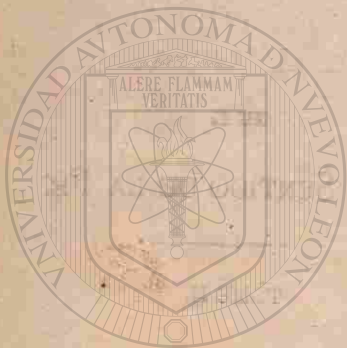
---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



U  
234.2  
C.



# EL BUEN SENTIDO

DE LA FE,

EXPUESTO EN CONTESTACION A LAS OBRAS FILOSÓFICAS  
Y CIENTÍFICAS DEL DÍA.

POR EL R. P. CAUSSETTE,

VICARIO GENERAL, SUPERIOR DE LOS SACERDOTES DEL SAGRADO COLEGIO DE TOLUCA.

VERSION CASTELLANA

Del Dr. Cayetano Vidal y de Valenciano.

Catedrático, por oposición, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad  
de Barcelona. Licenciado en Derecho Civil y Criminológico, etc.

Es indispensable acompañar  
esta obra si con su compra se  
MONTAÑESE LEP. II, CAP. 12.

PORTE SEGUNDA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN LA NEGACION.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

MEXICO

IMPRESA DE J. R. BARBEDILLO Y CIA  
MONTEALEGRE NUM. 16.

1883.



44833  
BIBLIOTECA DE LA  
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE  
NUEVO LEÓN  
Biblioteca Valverde y Telet

Capilla Alfonsina

BT 771

C3

v.2



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ



Coordinación

## EXPOSICION.

Dentro del plan que nos hemos propuesto, la afirmación cristiana se ha limitado hasta ahora à defenderse, sin tomar un solo punto la ofensiva: hora es ya de que proceda de otro modo relativamente à la negación que se le opone, ya que no debemos satisfacernos con dejar establecido que nuestra creencia está probada, sino que, además, debemos demostrar que no lo está la incredulidad. Dichas manifestaciones vienen à constituir dos faces diferentes de una misma verdad, no ménos demostrativa la segunda que la primera, y aun podríamos añadir más convincente, ya que, en el dilatado trayecto que acabamos de recorrer, los asuntos se imponen al espíritu por medio de inmensas síntesis, consintiendo à duras penas la forma del discurso ó del

008163

BT 771

C3

v.2



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ



Colegio Mexicano

## EXPOSICION.

Dentro del plan que nos hemos propuesto, la afirmación cristiana se ha limitado hasta ahora à defenderse, sin tomar un solo punto la ofensiva: hora es ya de que proceda de otro modo relativamente à la negación que se le opone, ya que no debemos satisfacernos con dejar establecido que nuestra creencia está probada, sino que, además, debemos demostrar que no lo está la incredulidad. Dichas manifestaciones vienen à constituir dos faces diferentes de una misma verdad, no ménos demostrativa la segunda que la primera, y aun podríamos añadir más convincente, ya que, en el dilatado trayecto que acabamos de recorrer, los asuntos se imponen al espíritu por medio de inmensas síntesis, consintiendo à duras penas la forma del discurso ó del

008163

tratado; cuando en el terreno que se desarrolla delante de nosotros, siquiera existan accidentes, ni son tan numerosos, ni se hallan casi exclusivamente constituidos por el despotismo de las tradiciones teológicas. Esto nos permite exponer anticipadamente nuestro pensamiento, anunciando desde luego al lector que ofrece mayor variedad y más frecuentes descensos.

¿Cuyo es el génesis de la incredulidad en la humana inteligencia? Si la formación de las nubes constituya un arcano para la ciencia meteorológica, no ofrece para la apologetica la dificultad más insignificante. Antes, empero, de decir de dónde proceden las nubes, digamos de donde no proceden. Desde luego podemos decir con seguridad que no son un producto de la superioridad intelectual. Solo por un abuso del lenguaje puede distinguirse á los incrédulos con el nombre de hombres de ideas adelantadas; puesto que siendo Dios la última aspiración de las inteligencias, todo movimiento contrario á dicho fin es una marcha hácia atrás: de manera que si la incredulidad persiste en distinguirse con el nombre de progreso, proviene de estar persuadida de cuánto le importa ostentar una enseña deslumbrante, al par que pueda mantener vivas su ilusiones y las de los demás.

¡Aberración singular la de atribuir las dudas del espíritu al desenvolvimiento del mismo, es decir, su debilidad y su fuerza; sus tinieblas y su luz. Si así fuese, lo hemos visto ya, los talentos privilegiados siempre habrían sido escépticos; solo fueran creyentes las medianías, el vulgo de las gentes; los que en la escala de la cultura se hallaran debajo de determinado nivel, creerian; los que alcanzaran un grado superior, serian incrédulos; aquellos prestarian á Dios el culto de su adoracion; estos renegarían de Dios y de su culto. Orígenes, San Agustín, San Basilio, San Jerónimo, San Ambrosio, y tantos otros defensores de la fé como pudiéramos citar, como hombres de inteligencia están muy por encima de sus detractores Celso y Porfirio; Pascal, Descartes, Bossuet y Conside, valen mucho más, filosóficamente hablando, que Voltaire y el misántropo de Ginebra; y Cuvier, Ampere, Biot, Cauchy y muchos otros discípulos del Evangelio; no ceden ni en saber, ni en cultura intelectual á los Bockner, Feurbach, Moleschot y Littré, apóstoles del ateísmo. Hay más aún: el siglo décimo octavo, que se distingue por sus negaciones, no sobrepuja mucho, en materia de inteligencia, al décimo séptimo, notable por sus respetuosos actos de fé; del mismo modo que los



pueblos idólatras que rechazan el Evangelio, no pueden jactarse de poseer luces superiores á las de los pueblos cristianos. De lo cual resulta que las dudas no proceden de la penetracion del espíritu, sino que son más bien consecuencia de su estado enfermizo.

Es esta una verdad con la cual se hallan los sábios perfectamente de acuerdo. Agustín Thierry y Maine de Biran han declarado que el momento más esplendoroso de su existencia fué el de su regreso á la fé, no el de su negacion. «Únicamente encuentro verdadera ciencia, dice el segundo, allí dónde antes, guiado por los filósofos, solo distinguia imaginaciones y quimeras... Solo la religion es capaz de resolver los problemas propuestos por la filosofia (1).»

Revelaria, pues, falta de experiencia ó de sinceridad, empeñarse en sostener que en la especie humana, en general, hállase acumulada mayor suma de inteligencia empleada en contra que en favor de Dios, ó que en el mismo hombre, en particular, la fé representa una era de obscurantismo, y la incredulidad una época de progreso.

(1) *Diario íntimo*, 26 de Mayo; 30 de Julio.

Por punto general, lo contrario es lo verdaderamente cierto.

Si, más bien que del saber, procede comunmente la incredulidad de la ignorancia, y en particular de la ignorancia relativa; porque con muchos conocimientos, es muy posible no tener conocimiento alguno de esta causa. Debemos convenir, sin embargo, en que la duda no tanto es un indicio de inferioridad, como de preeminencia intelectual. Sea el que se quiera el grado en que el hombre se encuentre en la escala de la capacidad intelectual, puede carecer de fé, no solo porque la fé procede de Dios, más bien que de la inteligencia, del saber, sino tambien porque lo que determina la aptitud del espíritu para recibirla, más bien que su elevacion es su equilibrio.

La incredulidad no debe, pues, atribuirse ni á la ciencia ni á la ignorancia del que la experimenta: tampoco es resultado, en todos los casos de falta de religion. Hay, así podemos decirlo, una especie de incredulidad involuntaria, en estado de tentacion, que puede apoderarse hasta del ánimo de los cristianos más sumisos. De ella resultan esas intermitencias dolorosas durante las cuales el hombre cree en virtud de su fé de ayer, más bien, en cierto mo-

do, que en su creencia de hoy, moviéndose en el camino del bien en fuerza del impulso recibido, mejor que á instancias de una conviccion actualmente sentida. Generalmente las cosas se realizan en las almas del mismo modo que en la naturaleza: alternativas incessantes de día y de noche, de luz y de tinieblas. Sólo la fé es la que no se perturba viendo desaparecer su sol, por lo mismo que cuenta con la reaparicion de la aurora: en cambio, la incredulidad sostiene que el sol se ha extinguido en el momento que se ha ocultado á sus miradas, procediendo en ello como los salvajes, que durante los eclipses se desesperan, dominados por el temor de que jamás ha de brillar para ellos su esplendente luz.

Lo dicho nos explica que el hombre más creyente pueda, respecto de ciertos principios y hasta á pesar suyo, permanecer refractario á la fé, lo cual, más bien que falta, debe considerarse verdadero padecimiento; mas siempre y cuando semejante disposicion se haga crónica y consentida, constituye la incredulidad formal. ¡Pecado no ménos antiguo que el mundo! Oposicion eterna de la humanidad hácia á Dios, que se ha presentado en todos los tiempos, que se ha ofrecido en todas las religiones, y cuyo prin-

cipio, solo de un modo muy imperfecto, ha logrado estudiarse. Pues bien, lo que nosotros nos proponemos exponer es la naturaleza íntima de este mal. Si Esquirol y otros alienistas han merecido ver sus nombres colocados en el catálogo de los bienhechores de la humanidad, gracias á haber descrito las diversas afecciones morbosas que experimenta su cerebro, estamos seguros de que ha de considerarse incomparablemente superior, desde el punto de vista utilitario, una buena fisiología de la incredulidad, es decir, una teoría que indique, al par, los manantiales y los remedios de ese desórden mental en cuya virtud la inteligencia humana está *alienada* de la verdad. Desde Homero hasta Milton, se han dicho muy bellas cosas para expresar la desgracia que experimenta el que se halla privado de la luz del sol, y sin embargo, ¡qué es esta comparada con la que resulta de estar privado de ver á Dios!

Constituye, por consiguiente, un verdadero deber de caridad, que debe llenarse, el estudio de las influencias que mueven la inteligencia humana á la incredulidad. ¡De qué proviene esa ceguera deplorable! Resulta casi siempre de un estado del espíritu opuesto á las condiciones indispensables para formar un verdadero juicio.

siendo tres las anomalías principales que felsean dichas condiciones.

Forman la primera, las brumas existentes en la atmósfera intelectual. Días hay en el año durante los cuales vemos caer el horizonte por espléndidas cadenas de montañas; en cambio hay otros en que nada absolutamente distinguimos; en ciertas noches podemos contemplar el espacio tachonado de brillantes estrellas; otras se nos ofrecen en que solo tinieblas descubren nuestras miradas. ¿Ha imaginado jamás el habitante de Milán, que los Alpes han dejado de existir, cuando los velos de niebla ciñen la cima de deslumbrante blancura del Monte Rose? ¿Existe quien, absolutamente desprovisto de experiencia astronómica, presuma que los astros se han extinguido como una luz que se apaga, cuando las nubes impiden que lleguen á nuestros sus brillantes destellos? Y sin embargo, el espíritu humano es víctima de semejante insensatez cuando se trata de creencias sobrenaturales, insensatez de que no quiere corregirse, y que la conduce á mostrarse admirada de no distinguir los objetos; de no ver claro, siendo así que no comienza por averiguar si se halla sumido en las tinieblas, si son las nubes la inteligencia las que le impiden distinguir dichos objetos.

Lo que más poderosamente influye en ofuscar la inteligencia es la pasión. La pasión, lo hemos dicho ya, es una tempestad, un huracán, y el efecto inmediato de todo huracán consiste en acumular nubes. El alma humana puede compararse á uno de esos vasos que debajo de una porción de licor transparente contienen un sedimento de limo: la sacudida más insignificante basta para turbar la limpieza de aquel. Cuando las pasiones, que son en nuestro corazón el residuo de la caída original, permanecen dormidas en el fondo del vaso, nuestra zona superior mantiénese transparente, iluminada; pero en el momento en que suben á la superficie, nuestro espíritu se oscurece. ¡Cuántas negaciones son resultado de esta perturbación! ¡Cuántas incredulidades, presentadas bajo las formas más especiosas, no son más, si bien se mira, que un juicio apasionado! Solo Dios es capaz de apreciar el caudal de luz celeste robada diariamente al mundo, nada más que por carecer el corazón humano de las condiciones necesarias para reflejarla. ¡Un estudio detenido de las relaciones que existen entre nuestros vicios y nuestras negaciones, revelará una parte de este misterio.

El primer género de incredulidad es, pues, aquel que más ó menos directamente hállase en-

gandrado por un desórden de la voluntad; el segundo es el que reconoce por causa la constitucion intelectual. En el primer caso las dudas proceden de falta de transparencia en la atmósfera: en el segundo de defecto en el ojo del observador.

Los ojos del espíritu como los del cuerpo son un órgano delicadísimo, los accidentes más insignificantes pueden producir las mayores perturbaciones; para que el testimonio adquirido por medio de los mismos le inspire completa confianza, es indispensable que estén perfectamente conformados: esto nos dice que hay muchos espíritus que son incrédulos por la razon sencillísima de ser incompletos, ó incompletos no así como quiera sino desde diferentes puntos de vista. Son incompletos desde el punto de vista del temperamento y en este concepto no debe sorprendernos que dude de Dios el que por naturaleza es escéptico, y no presta fé á cosa alguna de cuantas le rodean. Incompletos desde el punto de vista de la rectitud, y por tanto no pueden ver á Dios puesto que estando su sentido mal conformado no pueden ver á derechas, ó tal como es, lo que sus miradas les ofrecen torcidamente. Incompletos desde el punto de vista del equilibrio; es decir, por exceso de razonamiento y carencia de sen-

timineto; por sobra de imaginacion y falta de juicio; en suma, por un cúmulo de lagunas ó desproporciones de nuestras facultades que predisponen favorablemente para la incredulidad. Incompleto desde el punto de vista del estado en que se hallan: los espíritus que están fuera de sí á consecuencia de la disipacion; ó que lo ven todo de negros colores á consecuencia de su pesimismo; ó que son poco firmes en sus propósitos por versatilidad de carácter, constituyen recipientes poco firmes para la fé. Incompletos por último, desde el punto de vista de la competencia: mucho se ha dicho, pero mucho queda aún por decir, con relacion á la semiciencia religiosa de los sabios anti-religiosos. Media además la circunstancia de que el espíritu puede verse atacado por alguna de esas innumerables afecciones oculares que disminuyen la rectitud y el alcance de su mira, de donde resulta que la mayor parte de las hostilidades dirigidas contra la fé, tiene su origen en una especie de miopia ó de oftalmia intelectual, tanto más peligrosa para el que la padece, en cuanto no tiene conciencia de ella, y para los demás, por lo mismo que puede aliarse perfectamente con el talento.

Lejos de nosotros la idea de suponer que el

incredulo sea responsable de los errores de su inteligencia cuando á ellos no han contribuido sus defecciones morales; mas importa dejar sentado que los blasfemos serian ménos si existieran más espíritus completamente sanos.

Además de las pasiones y de la enfermedad intelectual, existe un tercer principio que engendra tinieblas respecto de la conviccion religiosa, principio que proviene de la distribucion normal de la luz que debe iluminar la inteligencia. Sabido es que la luz puede cegar cuando no llega á los ojos siguiendo la direccion debida ó careciendo de las condiciones indispensables. De aquí la incredulidad de los sábios que cultivan especialmente una ciencia profesional de un modo absolutamente exclusivo, prescindiendo de la ciencia general y principalmente de los estudios religiosos.

Hase dicho con razon, que el hombre que no conoce más que un libro, es por demás temible: nosotros añadimos que el que solo posee un ramo de los conocimientos humanos, no lo es ménos; pero en otro concepto, y decimos en otro concepto, porque lo que sabe, mejor que un mérito, constituye á veces una verdadera deformidad. Por lo mismo que se ha desarrollado desproporcionadamente, no existe equilibrio ni exac-

titud, y esto es tanto más irremediable en cuanto pone su confianza en lo que se sabe respecto de un punto y no en lo que ignora respecto de todos los demás.

¡A cuantos epigramas han dado lugar las excentricidades de los sábios que no conocen más que una parte de la ciencia! Y esos epigramas eran justos y fundados, porque los vacíos, las lagunas de su educacion intelectual, hacen frecuentemente de ellos, más bien que seres superiores, entes singulares. Esta anomalía se explica perfectamente por medio de una comparacion tomada de las cosas físicas. Cuando al través de una rendija hacemos penetrar un rayo de luz en un aposento cerrado, lejos de iluminarlo distinguimos mejor su obscuridad: los átomos que flotan en la atmósfera atravesada por el rayo luminoso, ofrécese á nuestras miradas de un modo perceptible, podemos hasta contarlos, al paso que los objetos más voluminosos existentes fuera de aquel, permanecen envueltos en las más profundas tinieblas y por consiguiente sin que los podamos distinguir.

Tal es la imagen de las inteligencias iluminadas por un determinado género de estudios: la luz que llega á su espíritu no penetra al través de una grande abertura, sino por una hendidu-

ra reducidísima practicada en las puertas que la ciebran, de manera que en lugar de iluminarlo por completo, como sucedería si se hallara bañado por una atmósfera luminosa, solo quedan de manifiesto los objetos que se hallan en dirección de aquel pequeño rayo: dichos objetos se manifiestan perfectamente; todo lo demás queda sumido en la oscuridad. De dónde resulta que una ciencia demasiado restringida puede en ocasiones aumentar ciertas sombras del pensamiento en lugar de disiparlas.

¡Dichos los sencillos de corazón que ven á Dios por medio de la ingénuo impulsión de su alma pura! En este camino no existen obstáculos ni complicaciones que engañen la fé del viandante. En cambio, la ciencia es un laberinto dentro del cual son muchos los que se han extraviado. No cabe negar, ni aun desconocer, que tiene muchos caminos que por ella conducen á Dios; mas también es indudable que encierra muchos callejones sin salida, y los que penetran en ellos, sin contar con el hilo de la fé que los guie en esas sendas sinuosas y accidentadas, mueren en el fondo de los mismos, disponiendo de la luz necesaria para var el horror de sus tinieblas; pero no para salir de ellas

Con lo que acabamos de decir, dejamos traza,

de el plan que nos proponemos seguir en el presente volumen. Hemos fijado los tres mojones que han de marcar nuestra peregrinacion, teniendo para ello en cuenta que la incredulidad procede de tres causas distintas: como si en su

La pasión, *el amor le no atrae hacia el mal y el*

El temperamento intelectual, *que es una fuerza*

Los estudios exclusivos, ó sea el *Especialismo científico.*

¿El conocimiento y el análisis de la causa del mal, no constituye el más apropiado tratamiento preventivo y curativo que pueda oponérsele?

La verdad ha sido comparada á una ciudad puesta en la cima de las montañas. Si bien es cierto que desde todos los puntos se la distingue, no lo es ménos que todos no son igualmente apropiados para que pueda ser apreciada en todos sus detalles. Como los cuadros, como los panoramas, ofrece puntos de vista privilegiados, desde los cuales se revela con mayor perfeccion á la atenta mirada del observador. Más cerca ó ménos lejos de dichos puntos, sus contornos resultan ménos sensibles, y hasta hay ciertas efectos de luz que perjudican su perspectiva.

No son otras las condiciones desde las cuales se ofrece á nuestra consideracion la verdad religiosa. Existe una situacion, un punto de vista

determinado y especial desde el cual puede distinguirla perfectamente el espíritu humano, y si el incrédulo no la ve, consiste en que no se halla colocado en este punto de vista. Colóquese en él como debe y la verá: por nuestra parte, y á fin de auxiliarle en el cumplimiento de este deber, nos hemos tomado el trabajo de escribir este libro.

En él nos salimos del camino trillado por la apologetica tradicional; mas pueden seguirnos sin temor lectores acostumbrados á los senderos largos y seguros. Si nos apartamos de las que podriamos llamar *vías romanas* de la controversia religiosa, no por esto las perderemos de vista en un solo punto, ya que el presente volumen no ha de ser, en último resultado, otra cosa más que el desenvolvimiento de una tesis á duras penas indicada por ciertos teólogos clásicos, bajo el título de: *Prejudicia adversus incredulitatem*.

## LIBRO PRIMERO.

### DE LA INCRUDLIDAD

ENCENDRADA POR LAS PASIONES.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

determinado y especial desde el cual puede distinguirla perfectamente el espíritu humano, y si el incrédulo no la ve, consiste en que no se halla colocado en este punto de vista. Colóquese en él como debe y la verá: por nuestra parte, y á fin de auxiliarle en el cumplimiento de este deber, nos hemos tomado el trabajo de escribir este libro.

En él nos salimos del camino trillado por la apologetica tradicional; mas pueden seguirnos sin temor lectores acostumbrados á los senderos largos y seguros. Si nos apartamos de las que podriamos llamar *vías romanas* de la controversia religiosa, no por esto las perderemos de vista en un solo punto, ya que el presente volumen no ha de ser, en último resultado, otra cosa más que el desenvolvimiento de una tesis á duras penas indicada por ciertos teólogos clásicos, bajo el título de: *Prejudicia adversus incredulitatem*.

## LIBRO PRIMERO.

### DE LA INCRUDLIDAD

ENCENDRADA POR LAS PASIONES.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

## CAPITULO PRIMERO.

### EFFECTOS DEL SENSUALISMO EN LAS CREENCIAS RELIGIOSAS.

De todas las pasiones que germinan en el corazón humano, ninguna ejerce respecto de la fé una acción más deletérea que la voluptuosidad. Al expresarnos en estos términos entiéndase que no nos referimos al arrebatado pasajero producido por excitación voluptuosa, sino al vicio constituido en estado habitual: es decir, que no lo consideramos, si así podemos decirlo, romancescamente, sino como causa de inmoralidad. Debemos añadir, sin embargo, que es frecuente veria llegar a semejante extremo, sin perder no obstante el lenguaje del sentimiento etéreo. El

hombre cubre cuidadosamente de flores y perfumes las sentinas de su corrupcion interior, para que su conciencia pueda descender hasta ellas sin que deba retroceder presa del aso inspirado por la repugnancia.

La voluptuosidad así entendida, conviértese con el tiempo en una debiliacion de la luz natural; en una nube de sangre y lodo que se levanta delante de la luz sobrenatural; en una postracion de la voluntad, que va á buscar en la blasfemia la explicacion y la excusa de sus humillaciones.

Es un hecho indubitable que para creer no basta con tener inteligencia; mas tambien es cierto que toda inteligencia debidamente conservada, se halla más bien dispuesta para admitir y comprender lo que es fe. ¿Habrà pues error en la opinion, generalmente admitida, de que la tarania de los sentidos agota la sàvia del espíritu? No: este vicio hurta paulatinamente la energía á la inteligencia para dársela á la materia; distribuye al organismo las fuerzas del cerebro y esta llama que era un presente del cielo cuando tenia su morada en la cabeza, al pasar á los músculos del cuerpo, conviértese en incendio devorador. Es una ley moralizadora y conservadora, impuesta al espíritu por la Pro-

videncia, la de que en el momento en que se inflama por la pasion, se extingue para la idea.

Se me dirá tal vez que muchos escritores y artistas de verdadero génio, llegaron á alcanzar renombre general, con todo y distar mucho de ser modelos de pureza; mas no vacilamos en asegurar que jamás fueron grandes y viciosos á un mismo tiempo: la musa de la inspiracion al verse ultrajada en sus hogares, los abandonaria en tanto no se la prestaran las consideraciones debidas. En semejante situacion ha podido verse á los hombres de génio remontarse penosamente con aias que se negaban á llevarlos, sin que pudieran alcanzar las cimas de la sublimidad, mientras no trataran de reconquistarlas por medio de aserificios regeneradores.

Por lo demás, si existe una edad en que el sensualismo no es otra cosa más que momentánea parálisis del espíritu, hay otra en que se convierte en enfermedad moral. ¡Cuántas vidas preciosísimas de grandes hombres ha segado en flor. No tengo por qué ocultarlo: así como inspiran profunda compasion las tiernas criaturas que mueren sin bautismo, no puedo ménos que compadecer cristianamente á esos seres privilegiados que habrian sido grandes siendo castos, y que se extinguieron antes de haber conquista-

do un nombre que legar á la posteridad, porque las pasiones les impidieron llegar á completo florecimiento! La voluptuosidad es esencialmente mortífera con relación al génio que nace, y su mayor atentado, despues de la muerte de las almas, consiste en excavar incesantemente en las entrañas de la sociedad, con el objeto de ahogar la inteligencia en estado de embrión, y llevar á cabo lo que poria llamarse el infanticidio del talento.

Generalizando ahora la cuestion, ¿quién es capaz de decir el punto de desarrollo que habria alcanzado la humanidad, si sus excesos no la hubiesen detenido y retrasado en la carrera de su educacion? De seguro no obraba inconscientemente la mitologia pagana, al representar con cabezas de animales á aquellas de sus divinidades que se entregaban á los placeres de la materia. El abuso de las sensaciones carnales agota la vida del espíritu en provecho de la materia, y por este camino el hombre, en mayor ó menor grado, se convierte en bruto. Bajeza funesta que corresponde frecuentemente á una media proporcionada de incredulidad, porque Dios y la bestia constituyen los dos extremos de la gerarquía inteligente, y cuanto más

se inclina el hombre hácia el bruto, ménos aptitud tiene para el conocimiento de Dios.

Tenemos pues que la voluptuosidad predispone el espíritu á la negacion, empuñandolo y entregándolo al escepticismo.

Escepticismo respecto á los verdaderos deberes del hombre. No hay pasion alguna que dé lugar á más perjurió que la voluptuosidad. La primera vez que el hombre juega con su palabra, generalmente obra impulsado por el deseo de los geces más groseros: no vacila en cometer un perjurio, y lleva sin remordimiento la mano al corazon para mejor disfrazar imposturas del sentimiento. Mas no se juega impunemente con la falsedad en la conducta, sin que quede algo en el fondo de las ideas. Como todas las verdades se mantienen, el voluptuoso en virtud del desprecio con que mira las leyes del pudor, hállase desde luego inclinado á dudar de sus sanciones. La fé puede en rigor subsistir en una alma sin moralidad; pero de hecho, la pérdida de la segunda dispone á apostatar de la primera, puesto que la religion del honor y la del Evangelio se apoyan mutuamente.

Escepticismo respecto de la libertad moral. La virilidad del alma muere, como la honestidad de la conciencia, por la opresion del libarti

naja. La voluptuosidad procede contra sus victimas de la propia suerte que Dalila en contra de Sansón, adormece para mejor encadenar. Desgraciado de aquel que se entrega al sueño en brazos de ese encanto arrobador, porque al despertar se encontrará atado. Si es hombre de mundo, se sentirá herido de anestesia moral y solo prestará á las cosas más importantes de la vida una atención pasajera y de todo punto impotente: si fuere soldado, las delicias de Cápuá le tendrán ante las puertas de Roma; siendo rey, incurrirá en debilidades que acabarán por hacer que caiga de su cabeza la corona. Si fuese una raza en lugar de un hombre, la voluptuosidad penetrará hasta los manantiales de su sangre para bastardearla, é imprimirá el estigma de la vergüenza sobre las frentes enaltecidas por los siglos; si fuese finalmente un pueblo, ¡ah, si fuese un pueblo, quién será capaz de contar la ignominia de sus bajezas y envejecimiento? Otros habrán caído estrepitosamente y de una manera digna; este concluirá despues de haber recorrido un camino de lenta y miserable decadencia: aquellos habrán sucumbido bajo la potente espada del vencedor; este se extinguirá paulatinamente en las sentinas de la disolución; y en tanto que Cartago, la asuta reina de los mares, al-

caza el honor de sucumbir en un día de batalla, iluminada por los resplandores de inmenso incendio, la impúdica Roma cae pieza á pieza como carne roida para la disipación, empleando en morir nada ménos que trescientos años.

Cuando el hombre ha permanecido durante largo tiempo sometido á esa influencia nefasta, queda convertido en despreciable juguete de su sensación; arrástrase por el suelo, dice San Agustín, sin que logre incorporarse por más esfuerzos que haga; declárase libre con respecto á Dios y á todos los demás poderes, y se proclama esclavo de sus propias pasiones. Finalmente, el decaimiento le conduce á todas las desgracias y á todas las blasfemias, porque para creer en el deber, necesita creer un poco en sí mismo. Dudar del poder que se tiene de obrar el bien, es dudar del mismo bien. Al comunicar impotencia á la voluntad, la voluptuosidad siempre negociaciones en el espíritu.

Exceptionismo respecto de las cosas del corazón. No conozco falsedad superior á la cometida por el diccionario, cuando emplea la palabra amor para expresar ciertos placeres físicos. Los paroxismos de la pasión ahogan la sensibilidad, llegándose á ese extremo por medio de una dilatada séria de decaimientos y dolores.

Desde luego tenemos que la voluptuosidad fascinando al corazón, lo rebaja; pues que lo lleva en pos de degradantes miserias, obligándole á mendigar reciprocidades infamantes y reduciéndolo al estado de esas inmundicias que huelan con repugnancia el viandante; *quasi stercus in via concubabitur* (1). Las sensaciones después de haber agotado la pureza del corazón, lo ensanchan desmesuradamente; proporcionale felicidades devoradoras, que en vez de calmar su sed, la acrecientan sin cesar, hasta tanto que habiendo llegado á sus pliegues más recónditas excitado por extrañas exigencias, acaricia los sueños más imposibles exclamando continuamente; *dadme algo nuevo, affer affer*, y embrutecido y hambriento, halla al par en los placeres de la carne el martirio y el decaimiento.

Y no hay por qué sorprenderse: buscaba la reciprocidad y solo ha alcanzado crueles misantropías. ¿Ha conseguido lo que pretendía? Hasta su misma dicha se convierte en causa de desventura. Restanle largas horas de horribles celos, durante las cuales, luchando entre el amor y el ódio, hallárase combatido por contrarios

(1) *Eccl. 10, 10.*

sentimientos, suscitados por un demonio que desencadena contra sus víctimas, todas las furias del infierno. El corazón desaparece ante el torcedor horrible de los celos. Hay fatigas de sensibilidad agotada y extragada que hacen más anárgas que las otras las voluptuosidades sin afecto. Finalmente, el voluptuoso solo podrá dar un poco de oro en cambio de algunas vergonzosas caricias. Esta despreciable expresión de la s humanas simpatías obtendrá castigos dignos de su bajeza. Horrendas perfidias, famélicas explotaciones que pierden las libertades y sus consecuencias, y que vengan la causa del pudor por medio de innumerables desgracias y desesperaciones. Llegado á tal extremo de latitud el corazón, solo tiene ya un soplo de vida. El epicureo vuelve un día la vista á su pasado, y no descubriendo un solo recuerdo al cual preste encantos la virtud, ni un solo afecto que el vicio no haya manchado, declara que el corazón es una mentira. Hace ya muchos años que el Espíritu Santo predijo que la inapudicia mata el afecto. *Fornicatio et ebrietas auferunt cor.* (1).

Y cuando el hombre no cree en el corazón,

(1) *Eccl. 31, 11.*

¿en qué puede creer? Siendo Dios el amor por esencia, directamente le alcanza dicha negación, y por consiguiente, toda blasfemia de sentimiento implica virtualmente la impiedad.

Hasta el arte ha venido en apoyo de esta verdad, al hacer del voluptuoso que ha agotado la copa de los placeres un fanfarrón de irreligiosidad. Tal es la idea profunda que ha engendrado esos tipos famosos, colocados por la fantasía literaria en la familia de las Lelia y los D. Juan: creaciones impuras que nos ponen de manifiesto la incompatibilidad lógica que existe entre el sensualismo y la incredulidad, es decir, la impiedad nacido naturalmente de la carencia de pudor.

Y no se crea que la voluptuosidad eclipse la fé, únicamente en virtud de la acción refleja ejercida por la misma sobre las facultades naturales: nó, además de esta ejerce una influencia directa. Excepción digna, por cierto, de notarse: de cuantos fuegos existen, el de la pasión es el único que no difunde rayos de luz. La electricidad resultante de ese choque, llamado por insulante ironía el contacto de dos epidermis, no se ha comparado sin razón á una llama; pues por lo ménos tiene de común con la del infierno, que quema sin iluminar. *Superoccidit ignis et non*

*viderunt solem* (1.) La experiencia lo confirma: todo aquel que ha permanecido sumergido durante mucho tiempo en las profundidades de la animalidad, acaba por no distinguir cosa alguna de las existentes en las alturas en que habita Dios: *Animalis homo non percipit ea quæ Dei sunt* (2.) De aquí el mayor número de las blasfemias y herejías que se conocen.

¿Cuál fué la causa principal de la rebelión de Lutero? No tanto debe verse en la repulsión con que miraba el heresiarca la supremacía de Roma, como en la impaciencia febril de una naturaleza vigorosa, ora para sacudir el yugo de los conventos en general, ora principalmente para librarse del voto de castidad. ¿A qué se debe el que Montano, después de haber obrado milagros, despedazara el seno de la Iglesia? A que su fé naufragó en el desbordamiento de sus costumbres. No debe causar sorpresa que tales pecados lleven como justa recompensa tales castigos. En todos los demás desórdenes el espíritu queda vencido por sí mismo: en el que nos ocupa, el espíritu sucumbe á la carne. Que la carne del hombre, dice Tertuliano, se haya de-

(1) Salmos, 87 3.

(2) 1. Cor. 2 14.

gradado antes de la Encarnacion, se comprende; pero que haya caido en adulterio, despues de haberle dispensado Dios la honra de tomarla por esposa, constituye un olvido y una infidelidad que no merecen ser perdonados.

¡Espantosa teología imaginada por un génio tozoso y desapiadado! Y sin embargo, puede decirse que acaso sea esta la única herejía fundada en la castidad. En cambio, cuántos errores han nacido ó se han propagado en virtud del dominio más ó ménos manifesto de un hábito contrario á las buenas costumbres! De aquí que no tengamos palabras para expresar la compasion que nos inspiran aquellos incrédulos que aquí y allá encontramos en el camino de nuestro apostolado, cubiertos de inmundicia y solicitando la voz de un gran profeta que les ilumine. Para que se levanten basta el auxilio de una mano caritativa. La verdad es una reina á la cual no debe llegarse llevando manchada la frente: para merecer la distincion de ser admitido á su presencia, es indispensable purificarse por medio de santas abluciones, antes de pisar los umbráes del palacio en que habita. Lo que el hombre no puede comprender mientras permanece esclavo de los sentidos, alcánzalo fácil-

mente con tal que siga una senda inmaculada. *Intelligam in via immaculata* (1.)

Las tempestades de la disipacion en el alma destruyen otra virtud sobrenatural, y reaccionan contra la fé, arruinando la esperanza. ¡Hermosa religion, dice Chateaubriand, la que hace una virtud de la esperanza! ¡Qué concepto formásemos, pues, de una pasion que arrebató á la humanidad este bien y este honor! Y no obstante, el que ha hecho del vicio una costumbre, una necesidad, y casi un sistema fisiológico, se encuentra en oposicion con la esperanza, en virtud de dos tendencias extremas de su pasion: la desconfianza y la confianza llevadas hasta el exceso.

En cuanto á la desconfianza, se comprende fácilmente. El abuso de las pasiones desordenadas engendra paulatinamente en el alma tristes y amargas decepciones: á fuerza de sentirse debilitado, ve el hombre por desconfiar de sus propias fuerzas; considera la castidad un ideal quimérico muy bueno para perseguido; pero imposible de alcanzar. Bajo el dominio de esta conviccion desde las aspiraciones más virtuosas precipitan-

(1) Psal. 109. 1. 3.

se en los abismos más profundos: durante esos períodos de descorazonamiento, su desencanto provoca sus caídas, las caídas producen más intensos desencantos, y no obstante juzgarse desgraciado por vivir envenagado en el vicio, reincide en él á fin de olvidar su desventura, como el que tiene el hábito de la embriaguez se entrega á la bebida que le embrutece. San Pablo habia previsto esa postracion dolorosa de los voluptuosos, cuando nos los representa precipitándose á la comision de las más desesperadas iniquidades (1).

Y no obstante, en virtud de un contraste inexplicable, el esclavo de los sentidos, que por un lado es presa de la desconfianza, abre por otro su alma á la presuncion: nada espera de su libertad, y al propio tiempo abraza las más locas esperanzas fundado en la misericordia de Dios. ¿Son sus faltas tan dignas de interés...? ¿Cómo es posible que las castigue el Juez Supremo? Las cadenas que le aprisionan son tan duras é inquebrantables, tan excusables las faltas cometidas, que no hay para qué temer el que se le condene á severas expiaciones, tanto más, quan-

(1) Eneas, 4 19.

to que las consecuencias pasajeras de su pecado constituyen con frecuencia harto castigo. ¿Qué necesidad hay, pues, de un infierno para completar esta justicia severa ya de suyo? En una palabra: llega un instante en que el voluptuoso, en lugar de acusarse, se siente dominado por la compasion que á sí mismo se inspira. Lamentase como víctima en vez de juzgarse culpable, y en el fondo de esa piedad interesada respecto de sí mismo, lleva el germen de todas las transgresiones contra la ley moral y los dogmas que le sirven de fundamento. Y es que el hombre no puede vivir en el crimen sin contar con algo que lo exprese, y no encontrando raxon que lo tranquilice, busca la excusa en la blasfemia cuando no logra encontrarla en otra parte. Ya hemos emitido el siguiente pensamiento de un doctor: Los antiguos formaron los dioses á su imagen, para poner sus pasiones bajo el amparo de esta semejanza. El voluptuoso de los tiempos modernos no puede hacer la divinidad á su semejanza, y como no quiere hacerse á semejanza de la divinidad, para asegurar su impunidad, ha recorrido al expediente de suprimirla. ®

No hace mucho tiempo que los órganos del libre pensamiento nos daban cuenta al par de la vida poco moral de un crítico famoso y de su



muerte anticristiana. El correctivo del segundo escándalo hallábase contenido en el primero. En efecto, si Sante-Bauve vivía de una manera tal, que no puede excusarse de modo alguno en un anciano, procedía de ser incrédulo? ¿No puede más bien decirse que era incrédulo porque vivía como vivía? Hablando de los enemigos de Cristo ha dicho este escritor: «Fijase bien en ello la atención: les falta algo en el corazón ó en la cabeza.» Y á él, ¿qué es lo que le faltaba? En primer lugar el desinterés por las glorificaciones ateístas que le embriagaban; después y principalmente, la pureza de alma que asegura la imparcialidad del juicio.

Hace mucho tiempo, por desgracia, que los transportes de la carne corrompen los pensamientos de la humanidad. Para preservar á Israel de la idolatría, prohibió Dios á su pueblo que pudiera enlazarse con las hijas de las naciones. Cuando Jerobosam quiso obtener apostasías en el seno del pueblo elegido, no le envió profetas, sino legiones de mujeres perdidas. Hoy mismo constituye este vicio una rémora poderosa para el progreso de la verdad, y la causa de resistir á ella tantos hombres y tantos pueblos, de buscarle en el principio de que no quiere

*comprender por temor de verse obligado á vivir bien y rectamente (1).*

Diganos el lector de buena fé, ¿existen muchos incrédulos que, un día ú otro, hayan dejado de poner la sombra de una vida desarreglada entre ellos y la verdad? Acaso el mal no sea de hoy; pero el hombre sufre la ceguera causada por sus pasiones aun después de haber estas desaparecido. Es el fango que queda como resultado de una inundación cuando el río ha vuelto ya á su cauce.

No permita Dios que consideremos á todos nuestros adversarios como hombres de costumbres depravadas; mas fuerza es convenir que muchos de ellos serían ménos hostiles al cristianismo si tuvieran algo más de la moral cristiana. La lujuria se asemeja á esas afecciones morbosas que llevan consigo la pérdida de la vista; pues aunque el efecto de la enfermedad se siente en los ojos, la enfermedad en sí misma reside en otro punto y en él debe ser atacada si se quiere recobrar la luz.

(1) Como todo este volumen es el desarrollo del capítulo titulado: De la diligencia de creer, II, Lib. I. Part. primera nos vemos precisados á reproducir algunas de las fórmulas en él mismo consignadas.

Platon nos ha dejado de esta verdad un bellísimo comentario, cuando hablándonos de las almas oscurecidas y materializadas por la sensualidad se expresa en los siguientes términos: «Tómense esas almas en su infancia; quítese y sepárese de ellas lo que en ellas dejaron las pasiones inmediatas á la generación: apárteselas de esas pesadas masas adheridas á los placeres de la mesa y á otras voluptuosidades del mismo orden; hágase por desembarazarlas de ese peso que fuerza los ojos del espíritu á mirar á los objetos inferiores, y veremos esos mismos hombres, libres de tales obstáculos, dirigiendo sus miradas hácia la verdad, y penetrar en esta tan profundamente, como penetran hoy en aquéllas hácia las cuales las dirige (1).»

(1) Repúbl. lib. VII. 519 y lib. IX. 586.

## CAPÍTULO II.

### ORGULLO É INCREDELIDAD

Nada tiene de particular que el orgullo tenga poder bastante para ocultarnos la verdad, cuando lo tiene para ocultarse de nosotros mismos. No existe pasión alguna que mejor se sus traiga á nuestras miradas. Lo que más bien caracteriza al orgullo es el de creérsele tanto menos cuanto más lo es.

«La verdad tiene echadas tan profundas raíces en el corazón humano, que cualquier pelafastán, un pinche de cocina, un miserable gallo se envanece y pretende tener admiradores. ¡Qué mucho si hasta quieren tenerlos los filósofos!»

fos! Los que escriben contra la gloria quieren tener la gloria de haber escrito perfectamente; y los que lo leen quieren tener la gloria de haber leído: yo mismo que esto escribo, me hallo dominado por idéntica aspiración, y es probable que lo mismo acontezca á los que me leerán (1).

Impenetrables arcanos de la miseria humana! Cuantas humillaciones nos proporcionaría el estudio de nosotros mismos, si no dejara la noble compensación que indican estas palabras: «Es verdaderamente grande el que conoce su pequeñez (2).»

No pretendemos abusar de las ventajas que contra la incredulidad nos proporciona este argumento. Transformar á todos los adversarios en otros tantos orgullosos que mienten para llamar la atención, constituirá una manera harto cómoda de deshacerse de ellos.

Añadamos también que esto constituiría un juicio más estricto que sumario: en ciertas negaciones existe verdadera sinceridad y pueden hallarse almas muy leales, con todo y estar do-

(1) Pascal, Pensamientos.  
(2) Idem.

minadas por el más grosero escepticismo. Con todo, dentro del campo de la observación verdaderamente filosófica, no hay motivos para pensar que habría menos incrédulos, si existiesen menos espíritus presuntuosos. Toda negación encierra esencialmente un germen de presunción. La fe es la sumisión á la palabra de Dios y á la de la Iglesia. La incredulidad es la preferencia que se da á los pensamientos propios: sobre los que proceden de la autoridad religiosa. No hay quien falte á la fe que la verdad cristiana merezca, como no sea por exceso de fe en sí mismo. La filiación entre el orgullo y la blasfemia puede pues establecerse fácilmente. La segunda constituye un acto de exención, de particularismo que implica lógicamente el primero. La Escritura no establece un aserto gratuito cuando afirma que «El comienzo del orgullo humano consiste en renegar de Dios (1).»

Y en efecto: ¿Cuál fué el principio de la eterna ceguera de Satán? La pretensión de igualarse á Dios. ¿Cuál fué la causa de la rebelión del primer hombre? El deseo de saber tanto como Dios. Por su parte el bondadoso autor del

(1) Ezequiel, 2. 14.

Evangelio anuncia que los secretos, impenetrables para los soberbios, serán revelados à los pequeños. Manifiesto y convincente acuerdo entre la revelacion y la razon para que veamos en la presuncion del espíritu una fuente de obscuridad, y en toda incredulidad formal lo opuesto à la modestia intelectual.

Aun cuando se considere como un mito la caída de Lucifer, no es posible dejar de sentirse penetrado ante la grandeza de una idea que hace brotar las tinieblas de una rebelion del orgullo: aun cuando no se preste fé al dógma de los castigos divinos, es imposible desconocer que en la vida de cada hombre el orgullo constituye la causa más fecunda de los juicios y de los actos erróneos. A poco que los fijáramos en la parte inmensa que tiene esta pasion en las determinaciones de nuestra especie, nos quedaríamos sorprendidos de que el mundo no se hallaba sometido todavía à la confusion de Babel, si no recordáramos que el Evangelio le salva del caos intelectual por medio de un sacrificio perpetuo de humildad intelectual: el acto de fé en Jesucristo.

Yo bien sé que el incrédulo procura ocultar à sus propios ojos el orgullo de su conclusion por la sencillez de su intencion. Segun él, dudar es

más bien sufrir por causa de Dios que despreciar la diuinidad. Las repulsiones que siente hácia la fé, son para él motivo de dolor, y por tanto no pueden ser causa de vanidad. Cuestion compleja en la cual algo de verdad oculta mucho falso. Procedamos, pues, à la disecion de la incredulidad, y pondremos de manifiesto los elementos de que se compone.

De seguro son muy pocos los incrédulos que hagan explicitamente esta orgullosa profesion de independenciam formulada ya en tiempo de David. «Nuestros labios nos pertenecen: ¿quién es nuestro maestro?» Mas esta disposicion es el fondo implicito de toda insubordinacion contra la fé. ¿Quién será capaz de enumerar el cúmulo de amor propio que se encierra en el escepticismo del más humilde escéptico!

Amor propio de explicárselo todo. Esta palabra de Bayle *el comprender es la medida del creer*, constituye esencialmente la incredulidad. Cierto que al espíritu le cuesta creer lo que no comprende; mas, ¿de dónde procede esta repugnancia, si no es de una ambicion intelectual que querría alcanzar más allá de los límites fijados à la razon? La pretension de abarcarlo todo constituye la expresion de un orgullo trascendental, y, añadamos tambien, de una sabiduria incom-

plata, ya que, según sienta Julio Simon, *solo los espíritus débiles presumen explicárselo todo y comprenderlo todo* (1).

Amor propio de no creer más que en sus propias fuerzas. Constituye para el incrédulo una verdadera monomanía el someter á su juicio particular las verdades mejor probadas, más acreditadas y más extendidas. Y sin embargo, la docilidad de que procede la fé, no es contraria á la dignidad; lo es únicamente al orgullo. Seamos hombres para con los hombres y niños para con Dios (2). Por lo demás, esta deferencia está prescrita al hombre, so pena de ser víctima de terribles represalias, porque el que se rebela contra el Evangelio, se hace esclavo de él mismo, esclavitud que hace posibles todas las demás, por lo mismo que trae una degradacion en pos de otra (3). La hermosa ley que dice: *el que se humilla será elevado*, tiene su principal aplicacion á la inteligencia humana.

Amor propio de la singularidad. Digasenos de buena fé si no entra tambien por mucho en la manifestacion de ciertas negaciones el afán de

(1) La religion natural.

(2) Joubert, Pensamientos, t. II.

(3) Mma. Swetchino, Fensamientos, t. II.

distinguirse de la mayoría de los espíritus. ¿No es verdad que existe una especie de libre-pensadores, que se empeñan en los sistemas más singulares, movidos por el deseo de apartarse de los caminos trillados, y persisten en el error para alejarse del sentido comun? El amor desordenado de la originalidad es una vanidad característica de estos tiempos: cada cual quiere ser el inventor de una idea, importando muy poco que sea lo más absurdo que pueda imaginarse: el mundo está lleno de gentes que prefieren ser autores de una nueva paradoja á llamarse discípulos de una verdad antigua. El Padre Hardouin decía que no se levantaba á las cuatro de la mañana para pensar como piensa el resto de sus semejantes. Pues bien, son muchos los incrédulos que no tienen, para serlo más motivo que este, bien que no lo confiesan con tanta franqueza. ¿Qué sería menester para hacerlos religiosos? Que dejaran de serlo el comun de los mortales.

Admitamos, sin embargo, que en algunos no reconozca, en un principio, semejante origen la incredulidad. Si el hombre no llega siempre por el camino del orgullo á la rebelion del espíritu, por lo ménos es muy frecuente que gracias al orgullo persista en ella,

La historia prueba que bajo el golpe del infortunio, de la experiencia y de mil peripecias, los mortales desconocidos se convierten. El sacerdote se encuentra frecuentemente en su camino con seres que despues de haber perdido la fé vuelven á ella. ¿Quién será capaz de enumerar las abjuraciones de esta naturaleza que recibe diariamente en el santuario, sin testigos de la intimidad sacramental! Y ¿de dónde procede que tales extraviados vuelvan al redil la ortodoxia sin grave dificultad, siquiera pertenezcan al número de los seres distinguidos? Dé que la obscuridad les deje aun la libertad de retractarse. En cambio, desde el momento en que el hombre há adquirido cierto grado de notoriedad en la negacion, vése dominado por esa misma notoriedad: su triste gloria le obliga; la unidad de su vida no le permite retroceder; y en tanto que, científicamente, retoca incesantemente esos sistemas en nombre del progreso, en el órden religioso, bajo el pretexto del progreso, reduce su pensamiento á inmutables negaciones.

Muchos son los filósofos que nos han dejado la confesion cínica de sus faltas; muy pocos, empero, los que han hecho lo propio retractándose de sus falsas ideas. Y es que el hombre pone más fácilmente de manifiesto las llagas de

su alma que las debilidades de su espíritu. ¿Por qué razon, despues de haber parodiado á San Agustín en la declaracion de sus debilidades morales, no hacen los incrédulos, á su ejemplo, debida justicia á sus errores? Porque la publicacion de ciertas faltas, por lo mismo que comunican cierto relieve al que las comete, y más aun al que las confiesa, proporciona una satisfaccion de amor propio. No acontece lo mismo con las caidas de la inteligencia. La Rochefoucauld nota con razon que se habla más fácilmente mal de su memoria que de su juicio. Para entenderse honrosamente en sus opiniones, se necesita más que el valor de acimirar su juicio; es menester tambien una magnanimidad capaz de pisotear los orgullos más tiránicos que pueden señorear la vida humana.

Orgullo del escritor. Escritores irreligiosos existen que se hacen leer, más bien por su mérito literario que por su incredulidad. Sin embargo, cuando han llegado á conquistar el título de oráculos de un público entusiasta y numeroso, no necesitarían hacer uso de una gran abnegacion para declarar que sus escritos no son dignos de la simpatía que se les concede. Llegá para ciertos hombres un momento en que los frutos de la inteligencia constituyen su único y exclusivo

amor: la pasión de autor llega á sobreponerse hasta á los afectos de la familia. Este egoísmo no les permite distinguir en el mundo un interés superior, y pedirles que obdiécaran una parte de su gloria en provecho de la verdad, constituiría á sus ojos casi un atentado á su honor. Ciertó que cubren con frases habilísimas esta negación de justicia; mas los subterfugios que en el concepto de los hombres pasan por actos de buena fé, serán confundidos ántes de la inexorable luz de los juicios divinos.

Orgullo del sábio. Es este uno de los más poderosos que jamás se haya impuesto al espíritu humano. Los literatos, abstracción hecha de sus ideas, aun pueden ser leídos. Un libro de ciencia, falso en sus principios ó en sus conclusiones, solo excita la curiosidad de los anticuarios, y cae muy pronto bajo el dominio de la arqueología. ¡Y sin embargo, el sábio ha menester más virtud para reconocer el poco caso que se le hace, que un escritor de imaginación! Que el geólogo haya levantado su sistema sobre el principio de la eternidad de la materia; desde el instante en que admite la tradición bíblica, todo su edificio científico se viene al suelo: que el naturalista contemple á la humanidad como el ejemplar perfeccionado y la más acabada edición producida

por la naturaleza, de una raza de animales que aprendió á marchar en dos piés hace muchos millones de años, y este hombre no puede creer en la divinidad originaria de su especie, sin confesar que tomó por ciencia pura los sueños engañadores de imaginaciones calenturientas. Suprimase, en una palabra, la verdad en las obras de los sábios, y esas obras no podrán subsistir, pues el estilo, la forma, no es más en ellas que el paño eslocado por un pintor sobre un maniquí. Téngase en cuenta, además, que la ciencia inspira á sus adoradores el más soberano desden hacia las creencias del vulgo; que el amor de los sistemas y á las teorías personales es la concupiscencia del orgullo bajo su forma más atractiva, y se comprenderá cuánto ha de costar al sábio el proclamar que, en materia de religion, los labriegos que cultivan sus fincas han tenido más razón que él.

El orgullo del hombre de partido constituye tambien un obstáculo insuperable para llegar á la verdad, siendo incrédulo. No es necesario tener un conocimiento profundo del corazón y del mundo para comprender la acción que los roces y la atmósfera ambiente ejercen sobre las ideas del hombre. Se sabe tambien que segun la tiranía de la preocupacion lo más honroso es no tan

to tener opiniones justas como no cambiar. Bajo el imperio de este error, fórmanse agrupaciones de personas unidas simplemente por la comunidad de ideas: tales son los partidos, las pandillas de la filosofía. El que entra en una de ellas, recibe de sus correligionarios un saludo fraternal: el que se sale, véase tratado como un renegado. A veces el escritor filósofo se vé alistado á título de orador en una lógia masónica y de libre pensador conviértese en sectario; siendo dos, en vez de uno, los vínculos que le encadenan. ¡Cuán difícil es que la fé triunfe en un espíritu semejante de todas las influencias que le trabajan! ¡Cuántas pequeñas dominaciones sufre esta alma, sin darse siquiera cuenta de ello! Lo que dirán los amigos constituye frecuentemente el móvil de este pensamiento que imprime movimiento á tantos otros.

No se nos oculta que la desercion ofrece en todos los campos algunos caracteres que influyen en que se confunda con la traicion: hay más, reconocemos que existe un lado moral en el sentimiento, que se conoce con el nombre de culto á la bandera: con todo, no hay necesidad de convertirse en defensor de la causa de defecion, para sostener que los deberes de la fidelidad tienen sus límites. Ante Aquel que penetra en las

entrañas y en los corazones, el hombre que no se retracta por orgullo, no vale más, desde el punto de vista de la moralidad, que el que por interés cambia de opinion.

Orgullo en el hombre público. Cuando se ocupa cierta posicion, se es orgulloso, sin darse siquiera cuenta de ello. Raras veces es completamente natural el porte del hombre que sabe que tiene sobre sí fijas muchas miradas. Por otra parte la opinion, relativa á los incrédulos célebres, no siempre es moral en sus apreciaciones. Más comun es que se recompense la persistencia en lo falso que en volver al camino de la virtud. Para afirmarse en la fé les es indispensable remontar las corrientes: para combatirla les basta con que se abandonen ó su curso: y de la propia manera, en virtud de una deplorable contradiccion, aun cuando las masas estén en favor de Dios, la popularidad está contra Dios. Ahora bien, ¿dónde está el hombre público que tenga fuerzas suficientes para no dejarse vencer por los halagos de la popularidad? De cerca les hemos tratado á esos hombres: personajes de artificio, deben aguardar las últimas noticias para conocer hasta qué punto les conviene presentarse buenos ó malos á los ojos de los demás; les hemos visto y tocado esa dorada cadena cuyos es-



labores se abstienen de mostrarse cristianos por orgullo de posición, como si el cumplimiento del deber no proporcionara á todas las posiciones más gloria de la que recibe. Comprendemos que tales hombres nieguen á la verdad el homenaje de una pública adhesión, ya que para llevar á cabo semejante acto de valerosa independencia, habrían menester la libertad de pensar y el derecho de pertenecerse, privilegios que perdieron en el momento de adquirir los demás; pero, y sin que por esto dejen de inspirarnos compasión, que no acosen por lo menos á la verdad del apoyo que le niega y de las infidelidades que cometen respecto de ella.

Hasta el orgullo del hombre privado se opone también algunas veces á la retractación de la incredulidad. ¿De qué se trata, en último resultado, para aquel que se ha empeñado en la negación, de una manera tan poco motivada? De proclamar implícitamente que se equivocó, ó á sabiendas indujo á otros á error. La manifestación de lo primero mortifica su espíritu, pues equivale á confesarse hombre de cortos alcances; lo segundo rebaja su dignidad. Son muy raros los filósofos capaces de aventurarse á tales extremos para llenar el cumplimiento de sus deberes. Teóricamente rechazan toda infalibilidad;

mas en el terreno de la práctica hacen cuanto pueden para justificar la suya. El siguiente bosquejo del incrédulo, trazado por el Apóstol de las gentes, revela un golpe de vista profundamente observador: «Si alguno hay que no prae- te aquiescencia á la sana doctrina de Jesucristo, de seguro es orgulloso ó ignorándolo todo, pier- de miserablemente el tiempo en cuestiones de poca importancia ó en disputas de palabras, de donde resultan las envidias, las contiendas, las blasfemias, los pensamientos perversos y el con- flicto de las opiniones entre hombres de espíritu corrompidos (1).»

Existe por último en el alma humana un pos- trer orgullo refractario á la luz: tal es el orgu- llo del hombre derrotado. Séres hay que des- pues de haber atacado duramente la verdad, no le perdonan el que se haya defendido: hánle di- rigido frecuentes y desleales golpes, ha logrado sobreponerse á ellos, y no saben volver del es- cándalo que les causa semejante audacia. De esta suerte su incredulidad se convierte en inquie- tuda cuando al principio acaso no fué más que pura ilusión. Son muchos los jefes de secta que

(1) A los Corintios, c. d. v. 2 6.

por haberse visto acogidas friamente en Roma, han salido de ella dándole un adiós semejante al de Jurgurta. La rebeldía de Tertuliano reconoce por origen, el mal trato que en su opinión recibió del claro de la ciudad eterna: Lutero para sacudir el yugo de la Iglesia, tuvo por un lado resentimientos de amor propio y por otro un sensualismo desenfrenado: Lamennais alcanzado por los rayos del Vaticano, conservó constantemente un resentimiento implacable, intentó levantar la única herejía, que no tenido más secuaces que su autor. La verdad es que no hay porque sorprenderse respecto de la esterilidad de semejante rebelión. La segunda mitad de esa existencia no podía levantarse de esta condenación lanzada contra ella por la primera: "Todo aquel que, después de haber creído, deja de creer, obedece á las insinuaciones del orgullo ó del sensualismo: apelo respecto del particular, tan seguro estoy de ello, á la conciencia de todos los incrédulos (1)." El piadoso Fénelon, que tuvo el valor necesario para reducir á cenizas, lo que constituye para tantos otros motivos de adoración, nos consuela en su suave

(1) Ensayo sobre el indolentismo, t. I cap. 9.

memoria de esas caídas que no pueden repararse, y sobre todo nos prueba que cuando el hombre se equivoca humildemente, no se equivoca para siempre.

Hemos escrito estas páginas para aquellos á quienes extravía el orgullo de los incrédulos: en cuanto á estos, estamos convencidos de que no nos dispensarán el honor de leerlos. Al sábio deánudo de fé, puede aplicársele este bellissimo rasgo irónico de la Bruyere: "Como ve los hombres desde su elevada posición en que ha logrado colocarse, le sorprende su extremada pequenez." Si por acaso abre nuestro libro alguno de esos hombres, de seguro pasará de largo sobre este capítulo: hasta tal punto le ciega el orgullo respecto de este mismo orgullo. Desde los tiempos en que Voltaire escribía: *¿Creeis acaso que Jesucristo tuvo más talento que yo?* y en que Rousseau, terminaba la narración de sus liviandades, desafiando á todos sus semejantes á que dijeran: *Valgo más que ese hombre*; el espíritu de humildad háse apartado de los apóstoles de la incredulidad. Mientras se preste culto á la humana inteligencia, no le faltarán pretextos para negar su adoración á Dios.

En cambio y al revés de lo que pasa en la naturaleza, el hombre sobrenatural no ve ciertas

ross al levantar al cielo sus mira'as, y sin embargo las distingue y percibe perfectamente, en cuanto inclina la cabeza á la tierra.

¡Ay de los espíritus altaneros que no logren convencerse de ello! Con frecuencia empiezan por la curiosidad; mas la investigacion impaciente de la verdad, que prescinde de la impotencia de la inteligencia, truécase brevemente en ambicion desenfrenada. Se jacta de suprimir los límites puestos á la razon; se aspira á la luz desprovista de brumas que no se pueden disipar. Es la desesperacion del orgullo engañado.

Por lo demás, cuando dejamos dicho, manifestósele substancialmente al Maestro á las fariseos. «¿Cómo es posible que podáis creer, vosotros que aspirais á la gloria que os prestais los unos á los otros, y no á la gloria que procede únicamente de Dios?» (1)

(1) San Juan, 5. 44.

### CAPITULO III.

#### DE LA PASION DE LOS INTERESES MATERIALES CON RELACION Á LA FE.

«tro mal hay en la tierra, por cierto barto frecuente entre los hombres; me refiero al mortal á quien ha concedido Dios el beneficio de las riquezas y que no sabe hacer uso de ellas: es esta una vanidad y una gran miseria (1).» Hé aquí la cuestion del dinero establecida hace ya muchos años.

Si, solo por ignorancia ó por falta de atencion puede ser considerada como cosa nueva la codi-

(1) Ezequiel, 8. 2.

ross al levantar al cielo sus mira'as, y sin embargo las distingue y percibe perfectamente, en cuanto inclina la cabeza á la tierra.

¡Ay de los espíritus altaneros que no logren convencerse de ello! Con frecuencia empiezan por la curiosidad; mas la investigacion impaciente de la verdad, que prescinde de la impotencia de la inteligencia, truécase brevemente en ambicion desenfrenada. Se jacta de suprimir los límites puestos á la razon; se aspira á la luz desprovista de brumas que no se pueden disipar. Es la desesperacion del orgullo engañado.

Por lo demás, cuando dejamos dicho, manifestósele substancialmente al Maestro á las fariseos. «¿Cómo es posible que podáis creer, vosotros que aspiráis á la gloria que os prestais los unos á los otros, y no á la gloria que procede únicamente de Dios?» (1)

(1) San Juan, 5. 44.

### CAPITULO III.

#### DE LA PASION DE LOS INTERESES MATERIALES CON RELACION Á LA FE.

«tro mal hay en la tierra, por cierto bastante frecuente entre los hombres; me refiero al mortal á quien ha concedido Dios el beneficio de las riquezas y que no sabe hacer uso de ellas: es esta una vanidad y una gran miseria (1).» Hé aquí la cuestion del dinero establecida hace ya muchos años.

Si, solo por ignorancia ó por falta de atencion puede ser considerada como cosa nueva la codi-

(1) Ezequiel, 6. 2.

cia. Hace ya muchos siglos que el rey Midas, simbolizando las tendencias de nuestra especie, respecto del particular, solicitaba de los dioses que convirtieran en oro cuanto él tocara: que Virgilio deploraba como una de las pasiones más desastrosas el *sacrilego amor* á las riquezas, y que la edad media, guiada por los tennes resplandores de las ciencias ocultas, pretendía descubrir en los laboratorios del alquimista el secreto de la piedra filosofal. Sin embargo, nuestra época se caracteriza por relaciones más íntimas con el *Mammon de iniquidad*. Hoy la pasión del lujo es una fiebre devoradora que alcanza á todas las clases sociales; el Edén de las públicas esperanzas es una tierra bañada por el Pactolo; y en tanto que cada siglo tiene un movimiento principal que indica el sentido de su marcha, el nuestro se ha visto sorprendido en una dirección vergonzosa: nuestros abuelos marchaban á la Cruzada; sus descendientes emprenden el camino de California. Dos peregrinaciones que conducen á altares bien distintos!

El amor desordenado al dinero, desarrolla la ciencia de adquirirlo y esto nos explica el porqué de haberse convertido en el siglo de la industria, el siglo de la codicia. Lejos de nosotros la idea de preferir acusaciones añejas contra las

innegables grandezas de la época presente; pues sobre ser una verdadera insensatez atacar la luz en nombre de Dios que es el sol, la fé no tiene motivo alguno razonable que oponer á los progresos de la ciencia, por lo mismo que todos los progresos dimanan del Evangelio, siquiera hayan aparecido más tarde, aconteciendo con esto lo que con los rayos de luz de ciertos astros, que solo llegan á nuestro horizonte millares de siglos despues de haber brotado de su foco.

Más si saludamos todos los progresos, es únicamente con la condicion de que el de las almas no se halle en razon inversa de los demás y la industria no rompa equilibrios sublimes, concediendo á los intereses materiales una primacia que corresponde exclusivamente á las virtudes. Ahora bien, puede desconocerse que las preocupaciones materiales, ora se las considere como amor desordenado á las riquezas, ora se las contemple como abuso en los medios de realizar una fortuna, ejercen una influencia mal sana relativamente á las convicciones religiosas! Vamos á contestar á esta pregunta extendiendo nuestro campo de exploracion desde el corazón del individuo al de las naciones.

Existen relaciones lógicas entre las pasiones del oro y la incredulidad. Júdas entregando á

su Maestro por treinta dineros, constituye al par una figura histórica y un símbolo destinado à enseñarnos que la avaricia es esencialmente madre de la apostasía. Es tan radical el antagonismo entre Dios y el culto al dinero, que según el oráculo evangélico, *Non potestis servire Deo et Mammona* no pueden subsistir simultáneamente en un corazón (1). No hay para qué sorprenderse: de cuantas aficciones sentimos, ninguna como esta aleja más nuestro de Dios. El orgullo es el amor à la gloria; la voluptuosidad es el amor à los gozos de la materia, la codicia es el amor al polvo. En virtud del primero de dichos amores, el hombre se adora à sí mismo; por el segundo adora à la carne; gracias al tercero adora à un vil metal. En el objeto de sus ensueños orgullosos ó sensuales, palpita si quiera la vida; más, qué hay sino lodo y miseria en el fondo de su codicia material? Convengamos en que es la más abyecta de todas las idolatrías.

Esta correlacion entre la investigacion calceturienta del lucro, y la negacion de todo principio, no es en manera alguna una imaginacion

(1) San Mateo, 23 y 24.

de la apologética, es un hecho popular puesto en el día de relieve por los autores dramáticos como verdad de sentido comun. Los Don Juan de la expeculacion que conocemos bajo los nombres de Mercadet, Vautrin, etc. etc., rivalizan en impiedad, en el teatro, con los Don Juan de la erápula y la disipacion. Lo que designa nuestro siglo con el dictado de hombres positivos, expresa generalmente la antítesis del hombre fé. A los ojos de esos escépticos la sabiduría por excelencia, es el egoismo que ve sus títulos nobiliarios en una cartera repleta de billetes de banco, su corazón en una arca de hierro, su *Dios en su vientre*, y que estableciéndose sobre el pedestal de la prudencia económica, aprecia el honor, el sentimiento, el deber y las más santas creencias, en razon del tanto por ciento que reditúan.

Tal es el hecho; no cabe negarlo siendo por otra parte muy sencilla su explicacion. Laesion de los intereses materiales concentrando en la tierra todas las aficciones del hombre, no tarda mucho en cerrarle todos los horizontes que miran al cielo, conviértese en el cambio del otro mundo por este y en la negacion implicita de las verdades eternas por una afecion desordenada de las cosas temporales. Véase ahora la

perturbacion que ha llevado al campo de la ida.

Un dia, á fin de que se le oyera desde más lejos, subió Jesus á las colinas de Galilea y desde ellas exclamó: ¡Bienaventurados los pobres pues de ellos es el reino de los cielos! En tanto vivieron nuestros padres dominados por tan grata esperanza, disfrutaron dias felicísimos y hasta se juzgaron dichosos en esta destierro: contemplaba la tierra como un lugar de tránsito; no como una patria; llevaban á sus moradas casas de hospedaje; á la vida peregrinacion; emigracion á la muerte y no viendo en la tierra ciudad de permanencia, creían porque esperaban.

Al presente Satán ha proclamado tambien sus beatitudes, y levantado su cátedra en frente de la de Jesucristo; y en tanto que por una parte se decía: Bienaventurados los pobres, él, echando mano de todos los medios que el socialismo contemporáneo le proporciona ha osado gritar: ¡Bienaventurados los que posean en la tierra por que el cielo es un misterio impenetrable y acaso acaso una mistificacion! Bajo el encanto seductor y maldonado de tan atroz blasfemia, nuestro valle de lágrimas se ha matizado con los tintes mas mas seductores: los vislumbres que lo enlazaban á la eternidad, como un pórti-

co á su templo, hánse oscurecido por completo y el hombre ha sacrificado su porvenir á la adhesion pagana á los bienes perecederos. A hora bien, la abdicacion de esperanzas futuras es una blasfemia radical que implica casi todas las demás y es el amor exclusivo á las felicidades de la tierra que lo produce.

Estudiemos pues esta pasion, no tanto en sí misma como en el trabajo social que ha organizado á fin proporcionarse el logro de sus aspiraciones. Y al hablar de esta suerte entiéndase que no me refiero á la industria, es decir, al movimiento legítimo hácia el bien estar; sino al exceso que se conoce con el nombre de industrialismo.

Existen muchos puntos de contacto entre semejante enfermedad la incredulidad. La fé de las naciones depende en gran parte del espiritualismo de sus ideas, de la elevacion de su inteligencia, de la austeridad de sus costumbres, y de la dignidad de sus hábitos é inclinaciones, grandezas tutelares que el culto de los intereses materiales rebaja en detrimento de las creencias.

Consignemos desde luego, que el espiritualismo de las ideas está siempre comprometido por el materialismo de las preocupaciones públicas,

La historia nos ofrece el testimonio de las relaciones íntimas existentes entre ambos extremos.

Hasta principios del siglo décimo octavo, el espíritu humano partió siempre en sus investigaciones, del dogma de Dios y del del alma, gracias á estas dos ideas, que en el oficio de alas, pudo remontarse á las más elevadas esferas; mas al alborar dicho siglo establecióse un vasto sistema experimentacion, que rechazando esos apoyos tradicionales, consideró los sentidos como la brújula más perfecta de que podía disponer la inteligencia para comprobar sus conocimientos. ¿Qué resultó de semejante revolución? Que convertidos los sentidos en antorchas del pensamiento, sólo pensaron en trabajar por su propia cuenta. Los espíritus emprendedores que hasta aquel punto se dirigieron hácia los cielos, prefiriendo profundizar en las entrañas de la tierra: el globo puesto en el alambique, si así cabe decirlo, dió de sí, bajo la precion de la mano del hombre todos los placeres que aun tenia ocultos en sus profundidades; y por último la impaciencia de gozar creó el arte de enriquecerse, que es el único medio de proporcionarse placeres, ya que el oro y la plata carecen de precio por sí mismos, y no tienen más valor que el que les dá el ser la representacion tangible de dichos placeres. De

aquí el conjunto de esfuerzos y descubrimientos, de grandeza y de miseria que conocemos con el nombre de industrialismo.

¡Debe sorprendernos que habiendo salido de las últimas capas del mundo ese peligroso invasor, encamine á ellas el pensamiento humano? Enjendróle indudablemente el materialismo filosófico; mas él en cambio, produjo á su vez el materialismo práctico.

¡Cuántos son al presente los industriales que, completamente sumergidos en el lodo de donde sacan sus riquezas, imaginan mero sueño las realidades impalpables! Mas semejante estado de degradacion nos explica perfectamente un fenómeno que es en ellos por demás frecuente. Viene la filosofía y les dice: «sois dioses» y lo creen á pié juntillas; más luego viene de nuevo para decirles: «sois brutos, sois animales» y todavía lo creen mas. Fácilmente convierten hasta los mismos placeres del espíritu en borracheras poco favorables á la fé. Su ciencia por ejemplo, debiera ser una especie de teología física, un himno dirigido por la razon á Dios, al través de los inmensos laboratorios de la naturaleza: pues bien, esos industriales la han convertido en instrumento de sus concupiscencias y en proveedora de sus vicios. La literatura debiera ser una



elevacion del espíritu público hacia las fuentes de lo bello, valiéndose del arte de bien pensar y bien decir: pues bien, esas gentes la han convertido unas veces en mina de oro, otras en fermento de sensualismo. La pintura, la escultura debieran ser reflejo vivo de la divina belleza, lanzada por la inspiracion sobre los contornos de la materia: pues bien, en sus manos háse convertido en descarada exhibicion del desnudo, en manifestacion torpísima del realismo más grosero, con el exclusivo propósito de fijar la atencion de los aficionados cuyo sagrado fuego háse refugiado á los sentidos. En una palabra, todo se materializa, hasta la inteligencia, y sus diversas aptitudes apenas si son otra cosa que instrumentos de placer físico, manejados por un siglo de epicureismo, en provecho de sus pasiones más groseras.

¡Consecuencias todas desastrosas para la fé! Porque siendo Dios espíritu puro, cuanto más domina la materia en el pensamiento humano, tanto más se reduce la parte correspondiente á Dios.

Después de haber corrompido el espiritualismo de las ideas, el cáncer del oro tiende á rebajar el nivel de las inteligencias, efecto naturalísimo y por tanto de muy sencilla concepcion.

Así como en la naturaleza existen dos substancias genéricas, que son el espíritu y la materia, en los movimientos del pensamiento existen dos direcciones: las ciencias espirituales que tratan las cosas del alma, y las ciencias naturales que exploran los fenómenos de la materia. Esas dos esferas científicas se mueven como los platillos de una balanza puesto que jamás suben al par. En el punto y hora en que adquieren marcado predominio los estudios físicos, descienden proporcionalmente los literarios, filosóficos y morales. Ahora bien: el amor al oro ha roto el equilibrio de las facultades humanas sustrayendo las fuerzas á las grandes especulaciones intelectuales, para emplearlas en los cálculos materiales; y como la verdadera luz del mundo no es la que brota del fogon de una locomotora ó de un horno de fundicion, resulta de aquí que llega un momento en que los pueblos industriales imaginan avanzar porque se mueven, siendo así que su movimiento más bien que de avance es de retroceso.

Ni exageramos, ni ocultamos la verdad. ¿En qué consiste nuestra filosofía? Ante todo, en la historia, en la solucion de las invenciones de otros tiempos. Y esto es tan cierto, que la doctrina contemporánea no ha encontrado una pa-

labra para bautizarla: bajo su noción más acreditada, vióse en la precisión de llamarse eclectismo, que vale tanto como decir eleccion ó miscelánea; en suma, negacion de la originalidad. ¿A qué se reduce nuestra poesia? No cabe desconocer que nuestro siglo, tuvo al nacer todas las condiciones apetecibles para ser, andando el tiempo, un bardo inspiradísimo, ya que su cuna se mecía entre ruinas, y al abrir á la luz del día las miradas de la inteligencia, solo pudo distinguir dramas horribles, escenas de desolacion. Téngase en cuenta, además, que para intérpretes de sus emociones pudo contar con tres géneros privilegiados. Por desgracia, apénas habian entonado su primer canto, cuando se percibió el estridente silbar de las máquinas, y ánte tan desahacible armonía, ó bien huyeron asustadas las musas para evitar el rumor que las desgarraba el alma, ó convertidas en bacantes, entonaron himnos lúbricos para no desentonar en medio del unisono general: ¿Qué es nuestra arquitectura? Un plagio inteligente, una resurreccion apropiada de las bellas creaciones de la edad media. Por último, ¿qué es nuestra literatura? Injustos seríamos si le negáramos sus rasgos brillantes, su vigor de colorido; mas esta exuberancia de vegetacion en el follage, ha impedido

su desarrollo y crecimiento, y alcanzada en semejante situacion por la epidemia del tiempo, convirtióse en industrial y descendió hasta el mercantilismo.

El resultado de semejante accion ejercida sobre el espíritu, no puede en manera alguna ser beneficiosa para el Evangelio: toda mutilacion de la inteligencia humana en el mundo debe producir, como consecuencia, un obscurecimiento proporcionado á la fé. Mas, por desgracia, la ciencia de los intereses materiales ha prescindido de una fuente de luz por demás importante, la metafísica; y en consecuencia, le han sido arrebatadas las más elevadas instinciones del pensamiento, y ha resultado obstruida la abertura principal por cuyo medio la mirada de la humanidad se fijaba en lo perteneciente á las cosas divinas.

Al propio tiempo el orden moral se halla infestado por el vicio, en cuyos efectos nos estamos ocupando. Esta decadencia empieza ordinariamente en el vértigo de un orgullo que tiene su sello especial. El hombre más satisfecho de sí mismo y que más dispuesto se siente á demostrarlo es el advenedizo, es decir, el que de la nada ha llegado al colmo de la posicion social. Por esta misma razon, no hay época más

infatuada de sí misma que un siglo poblado de hombres que se han enriquecido merced á su ingenio. En semejante situación se ponen en tela de juicio los milagros obrados por Dios; pero, en cambio, se ensalzan hasta las nubes los que resultan del agiotaje y de las combinaciones habilitosas. El labrador que ha monester para sus tierras el beneficio del rocío celeste, dirige al cielo sus miradas; mas aquel que somete la fuerza de sus máquinas al capricho de su voluntad, y al par posee los secretos del alza y baja de la bolsa, abraza la íntima persuasión de que puede pasarse muy bien de Dios. Hay más aun, no satisfecho con negarlo, se coloca en su lugar, y de este panteísmo práctico, de esta opinión exagerada de sí mismo, concebida por una generación de cortos alcances, pueden resultar todos los delirios y todas las negaciones.

La desmoralización que comienza por el orgullo, continúa por el refinamiento del lujo. En cuanto el hombre se ha proclamado dios, es indispensable alojar al nuevo Júpiter del modo debido á su alto rango. Los simples mortales, establecen su morada en las casas particulares; los magnates, viven en sus casas señoriales; los reyes en los palacios; más el único palacio que corresponde á la residencia de un dios es un pa-

raíso, y el industrialismo ha puesto manos á la obra con el propósito de llevar á cabo esta construcción gigantesca. Cuando Nerón hubo recibido el incienso de los dioses, extendió su mansión desde el Palatino al Celio, y del Celio al Esquilino; su inmensa Casa de Oro cubría tres montañas, enlazadas entre sí por medio de galerías aéreas y subterráneas, y como el Apolo de farsa se considerase áun oprimido en medio de tantas magnificencias, estableció en el Vaticano jardines inmensos, y en todas partes quintas deliciosas, en términos, que á haber vivido diez años más, no habria el imperio entero bastado á contentar la importancia imbecil y cruel de esta divinidad.

Pues de la propia suerte, cuando el hombre ha sido consagrado dios del universo, es indispensable que el universo sea trocado en santuario lleno de dorados y esculturas á fin de que le ofrezca digna morada; y el industrialismo es el que toma á su cargo semejante decoración. Gracias á los modernos inventos, el Oriente puede servir al nuevo dios de habitación de invierno, y el Occidente de morada de verano. El Norte no dista más del Mediodía que su quinta de recreo de su ciudad natal; los mares hanse trocado en lagos placenteros que embellecen su real

residencia; y hasta el rayo, que en otro tiempo constituía el emblema de la divinidad, convertido hoy en dócil mensajero del hombre, transmite sus órdenes de uno á otro continente, y la naturaleza entera se vé atormentada, para convertir en Olimpo deslumbrante, el que es valle de oscuridad y dolor.

En semejante situación, vense en los países visitados por ese mentido progreso, banquetes sibaríticos que recuerdan las orgías de Lócule; príncipes de la banca que levantan palacios de recreo y parques magníficos cuya suntuosidad eclipsa á la de los monarcas; bailarinas y cantatrices que reciben ovaciones y recompensas mayores que los generales que han salvado la patria, y esplendideces corruptoras en las cuales brilla Dios por su ausencia, y cuyo lujo babilónico suele preceder muy de cerca á las más torpes apostasias.

No se crea, sin embargo, que sea el lujo el último término de la decadencia: la corrupción es lo que ha de consumir su ruina. Convenimos en que el lujo no constituye por sí mismo el vicio; pero lo enjendra, lo produce, y si bien es verdad que arroja sus vestimentas de púrpura y oro sobre las espaldas de las naciones, no debe perderse de vista que esto no son más que

presentes insidiosos, empleados por un seductor experimentado, para mejor fascinar y corromper despues, á las victimas que hayan caído en sus redes. ¿Es necesario ser filósofo para sentar que el oro enjendra la corrupción? No, los pueblos son como los jóvenes: cuanto más tienen que gastar, más se pervierten. El placer es el lujo de la vida que más caro cuesta; y en tanto que la Providencia dispone las cosas de manera que el hombre pueda comer el pan á bajo precio, hace de ciertas sensualidades una especie de satisfacción que solo se halla al alcance de las fortunas más elevadas.

¿Y se concibe que el hombre pueda descender hasta este extremo, sin que resulte perjudicada la fe? No, sus creencias jamás serán independientes de sus costumbres. Hé ahí la razón de haber producido el oro, entre nosotros, más materialistas que todas las escuelas de filosofía positivista.

Finalmente, puede distinguirse cierto aire de dignidad en las costumbres de aquellos estados cuya conservación es favorable á la fé, y cuya pérdida la arroja á la pendiente de la incredulidad. El industrialismo opera en nuestras costumbres esta transformación destructora, substituyendo á un pueblo agrícola un pueblo indus-

trial, á un pueblo soldado un pueblo mercantil, á un pueblo trabajador un pueblo jugador.

Con la cuestion agricola hállanse intimamente enlazados los intereses divinos. La despoblacion de los campos en provecho de las ciudades, ocasionada por el deseo de enriquecerse, con ser muy funesta para la fecundidad de la tierra, lo es más todavía para la solidez de las creencias. El hombre debe atender al cultivo del campo que proporciona pan á sus hijos, y á la conservacion del padre anciano de quien aprendió las labores de la tierra, hállase alistado, en fuerza de una violencia santa de la naturaleza, en el gran partido de los que adoran; en cambio, el obrero que no tiene nada que le una al suelo, que carece de iglesia y de hogar, está siempre dispuesto á formar en las filas de la anarquía y de la impiedad. Imposible es contemplar, sin que el alma se entristezca, esas desordenadas emigraciones de trabajadores. Aléjanse cantando del techo paternal que ántes solo se abandonaba con lágrimas en los ojos, á la esperanza de un lucro muchas veces insignificante, sacrifican casi siempre, durante la mitad de su existencia, el encanto inefable del campanario que les vió nacer, y de la cuna en que durante sus primeros años fueron mecidos. Mientras permanecieron

en el campo: sus sentidos todos les hablaban de Dios, porque la naturaleza es un templo en cuyo frontispicio se lee el nombre de su autor: debajo de las bóvedas espiéndidas del firmamento, el hombre se siente dominado por el sentimiento religioso, como si se hallara en el interior de un santuario; en cambio, en los antros de la industria, encorvado el hombre sobre su trabajo, no contempla la obra de Dios, y acaba por olvidar á la creacion y al Autor de la misma. ¡Qué diferencia entré ese agricultor de costumbres patriarcales que jamás entró en sus barbechos sin hacer el signo de la cruz, y que no dejó pasar un solo día festivo sin pedir desde el pie de los altares la bendicion del suelo para sus cosechas, y esas máquinas vivientes de nuestras manufacturas, que ni accion tienen para interrumpirse en su tarea, siquiera sea para postrarse un momento de hijos!

Debe reconocerse tambien que si la pasion del oro al sacar á los hombres del suelo en que nacieron les quita la fé, en cambio no les proporciona la felicidad. El Edén terrestre no se encuentra en las fábricas sino en las cabañas. Cuando en las vertientes del Apennino ó de los Pirineos me ha sido dable contemplar un valle silencioso que fertilizan las aguas de manso ar-

rolluelo y emballesen espesos bosques bajo cuya sombra dá gracias á Dios el fatigado segador, no he podido ménos que decirme: ¡Será posible encontrar en otra parte el progreso, cuando aquí se encuentran unidas la paz y la virtud? *O fortunatus nimium!*

También contribuye á alejar de la fé á los pueblos el convertirles en mercaderes habiendo nacido soldados. Es esta una nueva consecuencia del industrialismo contemporáneo. Preguntad á nuestros padres qué es lo que eleva las naciones, y á una voz os contestarán: la justicia. Digid idéntica pregunta á los escépticos de nuestros días, y os dirán: los presupuestos crecidos y los grandes ejércitos. Preguntadles á los hombres de Dios en qué consiste el arte de gobernar, y os dirán: En conducir á nuestros semejantes por el camino del bien, administrando paternalmente sus intereses. Preguntádselo á los hombres de negocios y os contestarán: en aplicar las fuerzas todas del espíritu humano al estudio de los números y de los cuatro elementos, á fin de satisfacer todas las concupiscencias. Dominado por esas preocupaciones populares el espíritu público, no busca el termómetro de la prosperidad y el bienestar en las virtudes de las naciones, sino en el estado de la bolsa, y el re-

sultado de todo esto el eclipse y desaparicion de los principios, la ridiculizacion de los derechos, y el acostumbrarse los pueblos del mismo modo que sus señores, á no prestar fé á nada más que á sus intereses materiales.

Espectáculo singular é inconsecuencia no ménos sorprendente. Ya que nosotros, franceses, somos tales cuales Dios nos ha hecho, ¿qué necesidad tenemos de cambiar? Es menester decirlo, sin que por esto se menoscabe en lo más mínimo ninguno de los progresos de la época, y hasta es conveniente recordar que las sociedades mercantiles, han estado siempre expuestas á grandes riesgos, cual les acontece á las casas de comercio. Tyro desapareció como brillante fantasma bajo las olas del mar fenicio que bañaba sus plantas; los días más grandes de Roma no fueron en manera alguna aquellos en que los libertos paseaban en carros de marfil, su desdichada juventud dorada, sino aquellos otros en que Cincinnato, despues de diez y seis días de dictadura, volvía á sus tareas agrícolas para extirpar las malas yerbas que verdeaban nuevamente en sus campos. La causa principal de nuestras ventajas sobre Inglaterra consiste en que los descendientes de Guillermo el Conquistador se han convertido en negociantes, en tanto que nose-

tros hemos continuado siendo soldados. Finalmente, si en 1830 la Francia como antiguamente la patria de Scipion, hubiese encontrado montones de oro bajo las ruinas de Cartago, la conquista del Africa no habria sido para ella otra cosa más que un suicidio glorioso; y despues de haber absorbido sus riquezas, la segunda Roma, del mismo modo que la primera, se habria extinguido en medio de convulsiones dolorosas, parecida á un conquistador envenenado. Sueñen otras en buena hora con colonias y factorías; para la fé de Francia vale mucho más esta espada invencible que nunca sale de la vaina sin que el mundo se estremezca! Muchos son los campos de batalla que han presenciado en otro tiempo la alianza de la cruz con esta espada que dista mucho de estar próxima á romperse; en tanto que el génio del comercio es indiferente á las cuestiones religiosas. El Dios de los ejércitos es bien conocido: al de la industria nadie le conoce.

Finalmente, todavia hay algo peor que un pueblo comerciante y este algo es un pueblo jugador. El amor al dinero ha introducido esta vergüenza en nuestras costumbres y casi podríamos añadir en nuestras instituciones. Realizar una fortuna por medio del trabajo ó de la

capacidad, constituye para el hombre, con razon, una honrosa victoria; más fiar al acaso su realizacion, y aprovecharse de esta suerte que no supone ni talento ni valor, es más bien tener fortuna que merecerla. Y sin embargo, el mundo contemporáneo casi no es otra cosa que un inmenso laboratorio y un garito: un laboratorio en cuanto los aduquimistas de la ciencia, ponen en el alambique la creacion entera para sacar las pajitas de oro que existen en sus entrañas; un garito en cuanto alquimistas de otra especie ponen todas las probabilldades del porvenir en una urna aleatoria para ganar el oro de los acontecimientos imprevistos. Antiguamente se deseaba conocer el mañana para saber si podia el alma contar con él; al presente se le consulta para saber si conviene vender ó comprar consolidado ó acciones de ferrocarriles. No hay eventualidad sobre la cual no hayan basado sus cálculos los jugadores, ni vicisitud pública que no haya sido fundamento de apuesta. Hombres hay para quienes una revolucion no es más que un golpe de dados; una batalla, una operacion de bolsa; y á la vispera de esos dias decisivos para la suerte de la patria, todo aquel que juega á la baja se pasa con el deseo al campo enemigo, por la razon sencillísima de haber levantado es-

peranzas hipotéticas en las desgracias de su patria.

Desórden no ménos perjudicial à las creencias religiosas que à la dignidad nacional. No hay cosa alguna que más fácilmente acostumbre à las masas à negar la Providencia, que los resultados fabulosos de la especulación. Lo que mas excita las concupiscencias de las masas, no son esas fortunas que se amontonaron con el transcurso del tiempo y à fuerza de constancia, trabajo y economía, sino el éxito inmerecido de la lotería, del agiotaje y del negocio. Ante el espectáculo de esas fortunas maravillosas que desaparecen con la misma rapidez con que se improvisaron, semejantes à aparatosa decoracion de comedia de magia, pónense tirantes los resortes de la atención pública; desátanse las ambiciones; disminuye la parte que corresponde à Dios en el gobierno del mundo y el hombre cree únicamente en el poder de sus cálculos.

La conclusion de todo lo dicho no ha de ser en manera alguna un anatema sin fundamento contra todos los progresos económicos de nuestra época, sino una dirigida à las almas inmortales para recordarles que las cuestiones de bien estar, vienen en pós de los principios, y que el desarrollo anormal de las unas, es un obstáculo

insuperable para el desarrollo de los otros. Motivo de profunda meditacion para todo aquel que estime à su país, son las siguientes palabras del libro sagrado: *Las casas muy ricas serán derribadas por el orgullo* (1). Jamás se ha oido decir que un pueblo haya perecido à consecuencia de su pobreza; en cambio seria muy extenso el catálogo necrológico que podria formarse con los nombres de aquellos cuyas riquezas fueron causa de que su fé y sus costumbres se corrompieran completamente. Desgraciada la nacion que se encuentra en este caso, pues ora se llama Tyro, ora se apellide Albien; sea celebre por su comercio ó por sus flotas; no ha de ver transcurrido mucho tiempo sin que el viento que infla las velas de sus navios lleve à sus oídos estas palabras del Profeta impregnadas de sangrienta ironía: «Gemid buques del mar, porque vuestra fuerza está próxima à desaparecer, gemid buques de la mar, porque vuestra metrópoli está próxima à ser sepultada en sus propias ruinas. ¡Quién hubiese podido imaginar tal cosa de esta Tyro que un día ciñó corona, y cuyos negociantes eron príncipes» (2)!

(1)

(2)



Al llegar á este punto ruego al lector que inquiere de sí mismo si las repugnancias que siente respecto de las cosas divinas, procede de hallarse por demás adherido á los intereses de este mundo, es decir, de estar envuelto en la red, de sentirse fatigado por la influencia de los intereses materiales. ¡Cuántos son los hombres á quienes para salir del bajo nivel en que se arrastran sus ideas religiosas, bastarian con que llegaran con ménos frecuencia á sus odidos los rumores de la Bolsa, y con alguna más, los sermones del cura de su parroquia!

## CAPITULO IV.

### LOS RESENTIMIENTOS PRIVADOS Ó POLITICOS PREDISPONEN Á LA NEGACION.

¡Qué relacion pueda existir entre la incredulidad y la falta de amor al prójimo? De improviso el espíritu no puede comprenderlo; pero la experiencia revela que el hombre sigue más fácilmente la lógica de las pasiones que la de sus ideas. Toda desviación de su facultad simpática, en particular, corresponde á un desvío proporcionado de su juicio. Mucho se ha hablado de la ceguera á que conduce el amor: el odio pone también una venda en los ojos, tan espesa por desgracia, que puede impedir el que se distingan los cielos.

Por lo mismo que *Dios es amor*, todo aquel que odia se separa de Dios en virtud de una oposicion íntima que se transmite á veces del corazon al espíritu. San Juan ha expresado el mismo pensamiento, valiéndose de las palabras que hemos citado repetidas veces porque en las mismas se encierran variadas instrucciones: *El que no ama no conoce á Dios* (1). Ley sublime en virtud de la cual Dios se digna identificar en nosotros su causa con la de su criatura, en términos de ocultarse á veces á la vista del que le odia en su imágen. Es la cólera legítima de Teodosio contra aquellos que habian insultado sus estátuas.

Consignemos, sin embargo, en honra del corazon, que el hombre se vé más fácilmente arrastrado á la incredulidad por los extravíos del amor, que por los del odio. No se crea sin embargo que por ser ménos extendida la segunda de esas causas, sea ménos eficaz; pues lo mismo en la modesta esfera de la vida privada, que en la más elevada de la vida pública, encuéntrense numerosos espíritus que se apartaron de la verdad á consecuencia de repulsiones del sentimiento.

(1) San Juan, carta 1, cap. 46.

to mal dirigido. La voluptuosidad es una corrupcion de la simpatía, la animosidad es su muerte: estados ambos contrarios al órden, y que colocan al hombre, respecto de la verdad, en una de esas situaciones difíciles en las cuales no puede ver los objetos como son, por la sencilla razon de que los vé torcidamente.

A veces el resentimiento que engendra la incredulidad toma la forma de un escándalo farisaico. Un dia un hombre que abriga mucha hiel en el corazon y poca elevacion en las ideas, se siente herido por otro que, en un grado cualquiera representa la verdad. Esta herida emponzoñada por la reflexion, turba fácilmente la razon de aquel que la recibe, á la manera que un virus morboso al difundirse por la sangre altera la vista. El herido establece una solidaridad injusta entre la verdad y la mano que le infliere golpes dolorosos. En vano su razon protesta: la susceptibilidad herida se antepone á la razon y la arrastra y de la antipatía que inspira un enemigo religioso, se pasa á negar la religion.

Indudablemente se experimenta una satisfaccion en cargar en la cuenta de su juicio las represalias llevadas á cabo por el odio. Puede suceder tambien que despues de haber repetido

frecuentemente una blasfemia, se persevera en ellas como una especie de imparcialidad aparente porque en nuestro afianzamiento en el mal acontece le propio que con nuestra fuerza para el bien. «El valor que se ha tenido forma la mejor parte del que se tiene (1).» Más en el fondo, la pasión es la causa oculta de la incredulidad de ese hombre: para él la palabra más incomprendible del deber es la siguiente: *Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonemos á nuestros deudores*, de manera que partiendo de este punto, la obscuridad se ha difundido por todo el Evangelio.

Y sin embargo los agrabios, reales ó imaginarios, inferidos por un sacerdote ó un devoto á un incrédulo, prueban precisamente todo lo contrario de lo que este pretende sostener. Si todos los ministros de la religión fuesen santos, ó cuando ménos personas eminentes, habría motivo para deducir que se ha salvado mediante sus esfuerzos; mas como á veces la representan personas de escasas luces, habiéndolas además que nada tienen de dignas, ha de comprenderse que para salvarse se basta á sí misma, puesto

(1) Mm. Swetchin, Pensamientos.

que lo consigue á pesar de esos inconvenientes. Sabemos que existen espíritus superficiales que niegan la santidad de la Iglesia á causa de los vicios de los adeptos; pero en cambio los hay mucho más profundos, que se han confesado vencidos ante el espectáculo de una doctrina tan pura, conservada por manos que distan mucho de serlo constantemente. Unicamente la verdad incorruptible puede escapar libre de toda mancha á la influencia de este contacto.

Y sin embargo, la fé de algunos se estrella contra la infundada objecion deducida de las faltas de los católicos, faltas que son en su sentir doble piedra de escándalo, sobre todo si resultan víctimas de las mismas. ¡Cuántos son los blasfemos que han llegado á tales, á consecuencia de una herida de amor propio mal cicatrizada! Desde el simple aldeano que pone mala cara á la Iglesia para vengarse del cura de su parroquia, hasta el herejearca que abandona el catolicismo en odio á Roma puede verse un fermento de animadversión en muchos de los errores sostenidos obstinadamente. Juzgamos conveniente repetirlo: los enemigos de la verdad le echan frecuentemente en cara el tener por discípulos, cristianos que lo son solo por sentimiento; ¡no podría contestár-

seles que entre sus enemigos existen muchos que únicamente lo son por resentimiento?

La parte que esta pasión ha tomado en las rebeliones del espíritu humano derrama luz vivísima sobre la historia de la negación. Cuando Lutero añadía á sus errores una nueva blasfemia, regocijábase anticipadamente considerando el disgusto que con ello iba á proporcionar al Pontífice, expresándose con este propósito en tales términos que nos es imposible traducirlos: de manera que á haber sido menores sus odios no habrían sido tan vehementes sus protestas. Si Lamennais, en vez de la bula *Mirari* que le causó vivísimo resentimiento, hubiese recibido el capelo cardenalicio que le prometieran sus discípulos, de seguro no habría llegado al extremo de rechazar los auxilios de la religión en su lecho de muerte. Por último, son muchos los escritores cuya incredulidad solo reviste los caracteres de la obstinación el día en que deben experimentar el fuego de sus adversarios; pues al paso que juzgan siempre legítimo el ataque por su parte, consideran injustas y escandalosas las represalias que provocan. Nuestro siglo ha conocido muchos de ellos que pertenecen á esta categoría y no tenemos inconvenientes en nombrarlos.

Durante mucho tiempo MM. Michelet y Quinet fueron libre-pensadores muy templados (1); mas como quiera que llegaran á sus oídos las muestras de desaprobación procedentes del Colegio de Francia, y los actos de oposición dirigidos á sus obras, transformáronse en enemigos furiosos de la Iglesia, tomando su incredulidad las proporciones de un paroxismo mezclado de alucinación. ¿Morecen más fé hoy que antiguamente? No, porque de seguro están más vivamente apasionados. El cambio que se ha realizado en su espíritu, más bien que un progreso constituye una caída.

Eugenio Sue fue durante muchos años el novelista favorito de la aristocracia: abriéronsele de par en par las puertas de los salones del arbabal de Saint-Germain; pintaba sus costumbres; dirigía sus opiniones, y vivía en comunidad de ideas y de hábitos con los duques y los príncipes. Un día embriagado por sus triunfos, se creyó con derecho para aspirar á la mano de una de las más nobles damas de la aristocracia francesa; pero una negativa, le hizo comprender to-

(1) En comprobación de lo que llevamos dicho, léase el Prefacio puesto á la traducción de las Memorias de Lutero por Michelet.

da la distancia que media entre el hijo de un médico y las herederas de los nombres más ilustres de la nación, distancia que no basta á suprimir la gloria proveniente de una reputación literaria. Juzgándose ofendido en dignidad, el autor de *Matilde* abandonó los salones de la aristocracia para escribir el *Judio errante* y los *Misterios de París*, vengándose por medio de una vida entera consagrada á la impiedad demagógica, de las decepciones experimentadas en el terreno monárquico y religioso. De seguro habría Eugenio Sué muerto católico de haber alcanzado la mano de la señorita de Noailles, más de que se le negara semejante distinción, y ha de resultar menos verdadero el catolicismo?

Otro ejemplo de este género de incredulidad nos ofrece también nuestro siglo. Víctor Hugo fué en otro tiempo el cantor de nuestros reyes y de nuestras santas tradiciones. Pensionado por la rama mayor de la casa de Borbon, elevado á la dignidad de par de Francia por la rama segunda, miraba con respeto los altares de la fé. Un día el favor público lo llevó á la representación nacional y con este motivo pretendió enlazar las palmas del orador con los lauros del poeta; más como el partido conservador contando con grandes talentos, solo concedía un débil

aprecio á los servicios del diputado novel; como el primer lírico de Francia no se satisfacía con ser el vigésimo órgano político de su partido; y como para sostener su nombradía necesitaba principalmente moyer ruido, inclinóse al lado en que le era más fácil conquistar aplausos, y sobre todo aplausos estrepitosos.

Cierto que cuando la oleada revolucionaria le llevó fuera de la patria, Hugo habría podido sustraerse á su influencia por medio de una nueva conversión; mas la corriente era demasiado violenta para que pudiera remontarla. A más de que no era preferible hacer del destierro un pedestal para la nombradía, que vivir en París en una medianía modesta y obscura? Sin contar con que los libros fechados en Gernasey, podían venderse á mejor precio que las ediciones sobre las cuales no hubiese ejercido la policía su vigilancia. Bajo la influencia de tales causas, el poeta llega á los últimos años de su existencia con una depravación de ideas que solo puede compararse á la impudencia de su musa desvergonzada. Ahora bien, ¿quién ha cambiado desde 1820? ¿El catolicismo ó el autor de *Luis XVII* y de *Moisés salvado de las aguas*? Este, y solo este, y como no puede decirse que haya sido en su provecho, creemos tener motivo bastantes

para consignar que le habría quedado más fé, á haber tenido menos hiel.

No se crea, por lo que acabamos de decir, que pongamos en manera alguna en duda la honradez de todos esos enérgimos de la negación; hay más, si existe en ello empeño, no tenemos inconveniente en llevar nuestra caridad hasta el extremo de creerles sinceros; sinceros, se entiende, á la manera de los hombres sometidos á la embriaguez, que se equivocan inconscientemente; pero que son responsables de haberse embriagado en virtud de un acto de su voluntad. En vano achacan á causas honrosas sus más descabelladas ideas: la razón pública se apodera del hilo genealógico existente entre sus pasiones y sus opiniones, y como, con razón se ha observado, los desposeídos, los que para nada sirven, hállanse siempre dispuestos para alistarse en las banderas de la rebelion y de la impiedad. Chateaubriand achacaba al *Almanaque de las Musas*, los verdugos más desapiadados que tuvo el Terror. Se explica perfectamente teniendo en cuenta que el ateísmo lo mismo que el jacobinismo son resultado por punto general, del amor propio profundamente herido.

Algunas veces los sentimientos que conducen á la irreligion, más bien que de reñor, son con-

secuencia de decepciones, y si bien el fenómeno en su esencia es algo distinto, es completamente idéntico en sus resultados. Los que en política han experimentado alguna derrota son ejemplo de ello. El pesar que produce el haber perdido el poder, el enojo resultante de un quietismo forzado, las ingratitudes que se han experimentado, las esperanzas que se han desvanecido, la elevacion de los adversarios, la imagen de un pasado espléndido reflejándose en la realidad de un presente sombrío y monótono, engendran en el alma profunda melancolía, que si no vuelve las almas á Dios, las aleja de él. Los unos se erigen en vengadores de la negación, los otros, es decir los que acabamos de describir, son sus misántropos. Encuétraseles frecuentemente en las filas de ciertos partidos, que por lo demás tienen muy poco de católicos, y que no perdonan al catolicismo el haber confundido su causa con la de ellos. ¿Qué concepto merece una religion que no ha querido bendecir el estandarta bajo el cual militan, y que se niega á maldecir el de sus enemigos? Toda la razón de su inercia encuétrase en este razonamiento, que como se vé, nada tiene de desinteresado.

Acaso en los dias de crisis se han asociado á medidas ó á responsabilidades impopulares, háse

puesto en su frente un estigma tal vez no del todo merecido, viven bajo el peso de una sospecha, en derredor de ellos se hace el vacío. Oprimidos, impurificados en cierto modo por esos recuerdos inexorables, venganse de ello por una oposición irreconciliable al orden establecido. Si la cruz fuese un instrumento á propósito para derribar, una máquina semejante á un ariete, en suma, un mecanismo para la destrucción, la adorarían como el *primer árbol de la libertad*; más como precisamente representa todo lo contrario, la odian y execran con todo cuanto se ha conservado merced á ella. Encerrados en ese callejón sin salida, se consultan haciendo todo lo contrario de lo que realizan aquellos por quienes fueron suplantados. Con la mejor voluntad del mundo adorarían á Dios, si fuese en sus contrarios rasgo distintivo no adorarlo. En resumen; por haberse equivocado en política durante algunas horas, déjense arrastrar fatalmente por la corriente de la incredulidad para el resto de su existencia. La sociedad los arroja de su seno, y ellos se salen de la comunión de la Iglesia para protestar de la sociedad.

Cuántos son los que se creen incrédulos, y sin embargo no merecen más que el nombre de descontentos, y cuantos por el contrario los que

dulcificarían su volterianismo si se hallasen en el número de los satisfechos? Un poco más ó un poco menos de bienestar, basta la mayor parte de las veces para que suba ó baje el nivel religioso en los espíritus más firmes.

Además de la venganza y de la misantropía políticas, la negación puede reconocer como causa una afiliación secreta. No permita Dios que disminuya en lo más mínimo los derechos de la patria sobre el corazón del hombre, mas el fanatismo político no debe usurpar en las almas el imperio y el lugar que corresponden á la religión. Hay sin embargo, quien opina que la razón de Estado constituye una necesidad suprema á la cual hasta Dios debe ceder. Llegados á este punto los incrédulos del catolicismo conviértense en visionarios del socialismo; abandonan la Iglesia para inscribirse en los registros de una sociedad secreta, y en hora menguada juran odio eterno á la Iglesia por amor á la república universal.

Compromiso funesto que dominara su existencia, como una especie de pacto hecho con el infierno. Ya se comprende que á la poca profundidad de sus creencias se debe el que lo contrajeran; pero el propio tiempo gracias á haberlo contraído, su incredulidad toma un carácter de

ceguedad irremediable. En virtud de ese juramento fatal han abdicado del derecho de sentirse arrepentidos, su regreso al camino de la virtud sería considerado como una verdadera traición. ¡Ah! nosotros hemos visto varias víctimas de la palabra empeñada retorciéndose bajo el peso de sus promesas, sin tener valor para cortar las ligaduras que les oprimían. Libres de estas habrían muerto piadosamente como sus predecesores; mas envueltos en las redes de la asociación masónica, hacen de su agonía una especie de negación de parada. Mas su secta sabe sacar partido de tales escándalos, efecto más bien de una presión ejercida en las conciencias, que de una impiedad real y libremente profesada. ¡Pero, qué es lo que prueba en contra del catolicismo, que un solidario haya contraído el compromiso de honor de odiarlo?

Lo que acabamos de decir nos recuerda que en política, al lado de ódios sinceros, existen muchos que mirando únicamente á ciertos respetos humanos, alardean de independencia echando fieros y bravatas contra Dios y los hombres. Si, á la manera que se ven fanfarrones de los vicios, se encuentran también en la vida pública fanfarrones de incredulidad. Arrojadlos por sus antecedentes ó por sus intereses en ciertas corrien-

tes irreligiosas, préstanse gustosos á desempeñar el papel de súbditos, con la esperanza de llegar á mandar un día, y se hacen los esclavos de su partido, para mejor asegurarse el llegar un día á jefes. Sí, los partidos se parecen á esas máquinas cuyo engranaje arrastra el cuerpo entero, con tal que haya hecho presa en un solo dedo; por consiguiente es inútil que un sectario político quiera reservarse el derecho de asistir á misa por ejemplo, pues si su secta no asiste y tales actos del culto, debe él abstenerse igualmente só pena de ser mirado por los suyos como hombre de poco valer. Tiranía indigna, que sin embargo sufren con resignación servil. Cautones de diferentes matices, verdaderos Nicodemos de la negación que se arrodillarían voluntariamente delante de Cristo, si pudiesen visitarle de noche al abrigo de indiscreciones comprometedoras. Dificilmente, aun en el foro interno, convienen en que sean capaces de semejante debilidad, por aquello de que pueden confesarse los vicios, mas no los actos de cobardía; pero no se olvide que en estos nuestros tiempos de libre pensamiento, acaso abundan más en ciertas regiones los hipócritas del mal que los del bien.

Lo que acabamos de escribir no debe consi-



derarse en manera alguna un cuadro imaginario: para convencerse de ello, tómese el lector el trabajo de pensar un momento, y de seguro no han de faltarle nombres que escribir al pié de los retratos. Cuanto más se profundiza en el estudio de la fisiología de la incredulidad, mayor sorpresa causa el descubrir la parte que en las ideas falsas tienen los malos sentimientos.

Cuando los hombres se dividen por las opiniones, fingen citarse en la unión para la caridad. Pluguiera á Dios que esa cita fuese dada y recibida sinceramente, que así como el verdadero amor procede de la fé, también vuelve á ella. En cambio los que no se inspiran afecto, no sienten necesidad de encontrarse,.... ni siquiera en la iglesia. Y hé ahí la razón principal de que muchos no pongan los piés en ella.

## CAPITULO V.

### LA INACCION DE LA FÉ CAUSA FRECUENTE DE SU MUERTE.

*La fé sin actor, ¡es una fé sincera!*

Sincera, sí; daradera, nó. La pereza moral, del mismo modo que la voluptuosidad, el orgullo y el ódio, vése castigada por la pérdida de la luz. Fenómeno sobrenatural respecto del cual es facilísimo dar naturales explicaciones.

Entre los incrédulos y los verdaderos cristianos existe una especie de partido medio que representa la abstención. En el orden político hay abstenciones que sin embargo y ser sensibles todo el mundo está obligado á respetar, por lo mismo que se hallan impulsadas por móviles

derarse en manera alguna un cuadro imaginario: para convencerse de ello, tómese el lector el trabajo de pensar un momento, y de seguro no han de faltarle nombres que escribir al pie de los retratos. Cuanto más se profundiza en el estudio de la fisiología de la incredulidad, mayor sorpresa causa el descubrir la parte que en las ideas falsas tienen los malos sentimientos.

Cuando los hombres se dividen por las opiniones, fingen citarse en la unión para la caridad. Pluguiera á Dios que esa cita fuese dada y recibida sinceramente, que así como el verdadero amor procede de la fé, también vuelve á ella. En cambio los que no se inspiran afecto, no sienten necesidad de encontrarse,.... ni siquiera en la iglesia. Y hé ahí la razón principal de que muchos no pongan los pies en ella.

## CAPITULO V.

### LA INACCION DE LA FÉ CAUSA FRECUENTE DE SU MUERTE.

*La fé sin actor, ¡es una fé sincera!*

Sincera, sí; daradera, nó. La pereza moral, del mismo modo que la voluptuosidad, el orgullo y el ódio, vése castigada por la pérdida de la luz. Fenómeno sobrenatural respecto del cual es facilísimo dar naturales explicaciones.

Entre los incrédulos y los verdaderos cristianos existe una especie de partido medio que representa la abstención. En el orden político hay abstenciones que sin embargo y ser sensibles todo el mundo está obligado á respetar, por lo mismo que se hallan impulsadas por móviles

elevados, y justificadas por el mayor desinterés; mas todo lo contrario sucede con esas abstencciones que la moral cristiana distingue con el nombre de indiferencia práctica. La primera se sacrifica á su principio: la segunda sacrifica el principio al egoismo más despreciable.

Pertenece á un siglo en el cual los hombres que no tienen el valor de sus opiniones inspiran poca simpatía, como tampoco la inspiran las opiniones que no tienen el valor de sus obras. Ya en los tiempos de Solon, existían penas especiales, aplicables á aquellos ciudadanos que en los días de conmociones políticas no tomaban parte en favor de uno ú otro partido, leyes que, como se comprende, tenían por objeto no dejar á persona alguna las ventajas de una neutralidad egoísta. Nunca ménos que ahora nos hemos sentido inclinados á borrar esta sentencia, por lo mismo que el partido de la neutralidad toma proporciones alarmantes en el seno del cristianismo. En cuanto que todo principio que permanece en estado de teoría, cuando debería traducirse en sacrificio, se vé destrozado como bandera abandonada por los que debieran defenderla, las convicciones religiosas se ven frecuentemente desmentidas por acciones que distan mucho de serio, y á la manera de los ma-

nantiales que se pierden por carecer de punto de salida, una gran cantidad de fé desaparece del mundo mundo, por falta de expresion exterior que la conserve, haciéndola brotar de sí misma.

No se trata al presente de añadir un nuevo sermón á los muchos que van pronunciados sobre los inconvenientes de la fé inactiva, sino de poner en evidencia sus íntimas relaciones con la incredulidad. Si, el hombre no es religioso á la manera que es filósofo, es decir por un estéril especulación de su espíritu: sopena de establecer la contradicción y la deshonra en su conciencia, su símbolo debe brillar en sus actos. Y esta contradicción, tóngase en cuenta, resulta desde luego fecunda por demás en consecuencias impías porque así como se opera una acción reciproca del alma sobre el cuerpo y del cuerpo sobre el alma, nuestras obras dan vida á nuestras ideas, en mayor escala tal vez de la en que vemos que nuestras ideas determinan nuestras obras. En rigor lógico, el ser intelectual debería formar en nosotros el ser moral, mas en el terreno de la práctica acontece por punto general todo lo contrario.

Y hé ahí una nueva prueba de las palinodias que está dispuesto á cantar el espíritu, para li-

brarse de sus deberes de sumisión respecto de la verdad. El hombre quisiera venir à pactos con el cristianismo, mediante las condiciones más descabelladas. Un día, por ejemplo, le dice: Abandona tus dogmas y observaremos tu moral; otro día, añade: Permítenos que prescindamos de tu moral y guardáramos tus dogmas. Elija quien quiera y pueda entre esas dos blasfemias, cada una de las cuales envuelve una apostasía. El racionalista niega el símbolo; el indiferente rechaza el dogma; si este es más creyente que aquel, no puede decirse, en manera alguna que tenga una verdadera religión, puesto que únicamente tiene la mitad de la suya.

¿Puede imaginarse abdicación más tremenda de la razón? Toda convicción religiosa supone una manifestación exterior de sí misma, que constituye una práctica. Profesar el sistema de la fé inerte, vale tanto como afirmar que las creencias más imperiosas del alma son la única causa que debe existir sin efecto. Desde el punto de vista filosófico, esto nos conduciría à la desacreditada tesis del deísmo. Mas prescindamos de la fé sin las obras, considerada como sistema, y fijémonos en ella cual el fuese un simple in-consecuencia de la voluntad.

Cuando el Apóstol dijo que *La fé sin las obras*

*es una fé muerta*, no formuló un simple aforismo de teología mística, puesto que es una fé muerta en el sentido de que su inmovilidad se parece à la suspensión de la vida, y más especialmente en el de que está condenada à perecer en virtud de una fatalidad inherente à su propia inercia.

Nada más fácil de concebir que este triste fenómeno. El hombre, que no en vano ha salido de las manos de Dios provisto de razón, obedece à propensiones lógicas más poderosas que toda voluntad contraria. En virtud de esta ley sus actos y sus ideas tienden à ponerse de acuerdo; del propio modo que buscan un mismo nivel las aguas de un estanque, y hé ahí por qué, dado caso que sus ideas no originen sus actos, sus actos originan sus ideas. Constituciones morales hay que resisten esta necesidad de equilibrio; mas el mayor número la sufre y cuando el equilibrio no es resultado del choque de la fé especulativa sobre las obras, opérase por el choque de la incredulidad que reina en las obras sobre la fé.

La fé inactiva, socavada ya por este vicio esencial, debe serlo también por efecto de su misma inactividad. Todo órgano que no funciona, está herido de una especie de parálisis. Cuan-

do nuestras facultades, sean de la clase que se quiera, han permanecido durante mucho tiempo atetargadas, han acabado por contraer una debilidad semejante á la impotencia. En cambio el ejercicio prudentemente dirigido, es una condicion de desarrollo lo mismo para el cuerpo que para la inteligencia. La fé progresa y declina, vive y muere en virtud de la misma ley. Convenido que la extincion de la caridad que se realiza en las almas por dejar de practicarla, no implique en manera alguna la extincion de la fé; más no cabe desconocer que influye en que disminuya esa divina antorcha, y si, en ciertos casos, las verdades del cristianismo conducen á sus virtudes, hay otros en los cuales son las virtudes, las que ponen de manifesto sus verdades.

No es menester buscar en la metafísica la prueba de dicho aserto: para descubrirla basta con abrir los ojos. Téngase en cuenta además, que conviene en gran manera que Dios no consienta el que su revelacion pueda subsistir en nosotros en estado de vana teoría como todas las especulaciones hijas del orgullo. De aquí que la fé sobrenatural sea, en el hogar de nuestra alma, una especie de extranjera celestial, que

nos abandona en cuanto se rehusa doblar la rodilla para prestarle un tributo de honor.

Tales consecuencias no deben sorprenderos. Por lo mismo que la verdad cristiana es esencialmente experimental, es decir, que se halla destinada á verse realizar por sus adeptos, la práctica de esta verdad viene á ser un sexto sentido concedido al alma para apoderarse de ella. Por este medio logramos disfrutar sabores y visiones íntimas que forman conviccion sentida, más inquebrantable que la fé razonada. En semejante estado se experimentan los placeres de lo verdateo más bien áun de lo que se comprenden: en cambio, en el instante en que se suspenden los actos religiosos, el espíritu se encuentra extraviado respecto de una multitud de puntos, cuyos extremos solo pueden explicarse debidamente en virtud de una aplicacion feliz, de manera que cuando se pretende dejar de practicar porque se ha dejado de creer, lo que realmente sucede, es que se ha dejado de creer porque se ha dejado de practicar.

En vano se pretenderia eludir este orden providencial; pocos son los incrédulos que no lo confirman, por lo mismo que es reducido por todo extremo el número de los que han pensado mal ántes de haber obrado de la propia manera. Mu-

chos son en cambio los que se nos han presentado pidiéndonos un complemento de demostración para someterse á las obras, y este complemento lo tenían en las obras mismas. Tanto es así que en el punto y hora en que han vuelto á pronunciar las tiernas plegarias que en su infancia aprendieron, todo se ha presentado claro ante sus ojos y comprensible á su percepción; y se comprende perfectamente, porque el hombre puesto de rodillas, no duda jamás. En cuanto acuden al tribunal sagrado y se presentan á la mesa eucarística, la religión no ha menester darles nuevas pruebas: bastan para ello las lágrimas de ternura que brotan de su pecho. Por consiguiente lo que conserva la imagen de Dios en el alma de los creyentes, no es en manera alguna el orgullo de la ciencia especulativa, sino la convicción arraigada en una conciencia fuerte y pura.

Si la fé que no practica puede morir á consecuencia de su inercia, con más motivo puede perecer en virtud de sus contradicciones. El valor de los hombres no debe ser medido por los principios que profesan, sino por las obras que realizan: *A fructibus eorum cognoscetis eos*. Ahora bien, ¿á qué se reduce la vida de un creyente sin creencias manifiestas? A una profesión

continuada de incredulidad. Tanto es así, que, en honra de su moral, sería preferible que fuese incrédulo, de buena fé, á que fuese cristiano de mera especulación: incrédulo, valdria más que sus opiniones; cristiano vale muchísimo ménos. Con razon ha dicho el conde de Maistre, que «el hombre de bien que va á misa, vale más que el hombre de bien que no va.» Habria podido añadir, que cuando el hombre de bien que no va á misa, pertenece al número de aquellos que tienen la dicha de creer, pierde en esto mero hecho la ciencia de su bondad, por lo mismo que obra en oposicion á los principios de su conciencia, lucha contra su bandera, y entrega la fé á la irrisión de los que no tienen ninguna.

No es acaso raro que este creyente se sienta animado de una virtuosa indignacion contra el impío que nada cree: sin embargo debe tenerse en cuenta que todavía existe un hombre ménos digno de aprecio que éste y es el que creyéndolo todo, no practica cosa alguna. La impiedad puede explicarse por una ilusion del pensamiento; la abstencion en que nos ocupamos, supone una capitalacion deshonrosa para la conciencia. El impío en sus tristes convicciones, ofrece un lado digno de interés: la franqueza y la consecuencia; el indiferente no tiene ni el valor ni la lógi-

ca de las suyas. En vano alega su fé como un paliativo de sus obras. Incrédulo le quedaria el recurso de esta excusa. «Padre perdonadlos que no saben lo que se hacen:» mas, creyendo y siendo infiel á la luz, ¿dónde encontrará los medios para justificarse?

Ahora bien, ese antagonismo entre un espíritu que dice: Creo, y una vida que responde: No creo, constituye al hombre en estado de mentira viviente. La costumbre adquirida de llevar en sí el pro y el contra, hace que concluya por no reconocer el uno ni el otro; su conviccion va embotonándose paulatimente, en lo que á las cuestiones de la libertad y del deber se refiere, y llega al escepticismo por el camino de la contradiccion. Se ha dicho de algunos novelistas que á fuerza de identificarse con determinados personajes de su invencion, han acabado por tomar su carácter. No sabemos hasta qué punto pueda considerarse fundado este aserto; mas lo que sí podemos asegurar es que el indiferente se convierte en incrédulo á fuerza de representar el papel de tal.

La inaccion prolongada de la fé, puede tambien convertirse en incredulidad por consecuencia de una parcialidad interesada: ¿Cuál es la

genealogía de la duda en el mayor número de los que la sufren?

Arrastrado por pasiones calenturientas déjase llevar un hombre en su juventud por el torbellino del mundo. Al principio goza, no discute y no se ocupa de Dios ni siquiera para blasfemar; mas lo coloca ora en pos de sus ambiciones, ora despues de sus intereses, ora finalmente más allá de sus placeres: tal es su primer paso en el camino de la negacion. La tempestad que se ha desencadenado en esa alma le conmueve profundamente, y no transcurre mucho tiempo ántes de que todas las verdades oscilen ante sus miradas, como esos objetos fantásticos que giran ante los ojos de un hombre violentamente sacudido. Un dia ese distraido, ese disipado del placer ó de los negocios, se encuentra en una situacion tal que le permite pensar en la religion de sus abuelos, y entonces observa el profundo cambio que en él se ha realizado respecto del particular. Abandónola indiferente, y al encontrarse de nuevo con ella, la mira con prevencion y descontento de ella porque lo está de sí mismo, dispuesto á condenarla por que se sienta condenado por ella, se inclina sin pureza de percepcion á conclusiones que se elaboran en él sin pureza de corazon: tal es el segundo paso. Vé-

masle pues, considerando muy bellas son las creencias que su madre le enseñara; pero abrigando un secreto deseo de que no sean verdaderas; obligado en conciencia á confesarlas; pero resistiéndose á ello por temor de verse obligado á sufrirlas. Y sin embargo llega el momento de tener que enarbolar un símbolo religioso; lo exigen las circunstancias que le rodean, los empleos que sirve, la sociedad que frecuenta. Mas en vez de proceder con serenidad y calma para ver claro en su camino, atúrdese tontamente, *hace la noche* en este camino á fin de no ver y donde cae, y repite una de las variantes de esa blasfemia siempre nueva y siempre antigua, encaminada á sostener que no hay Dios. En resumen la justicia del criminal sentenciando á muerte á su juez, para que este no le condene.

Milton nos representa á Satán atravesando los abismos del vacío, y encontrándose con el sol. Ante el espectáculo de esa grandeza deslumbrante de esplendor, el arcángel siente renacer en el fondo de su corazón algo de su destruida belleza, y arrastrado por un momento de entusiasmo, exclama conmovido: Sol, ¡qué hermoso eres! Mas acuerdase inmediatamente de que este astro es la luz del mundo que odia, y la obra de un enemigo que quisiera aniquilar, y

cediendo la admiración momentánea al arrebató de la ira eterna, exclama luyendo: Sol, te aborrezco. Tales son los dos movimientos opuestos que, con relación á la fe, experimenta el creyente que no hace otras cosas. Trátase de reconocer la verdad religiosa y no tiene inconveniente en decir: Sol, ¡qué hermoso eres! Mas se trata de seguirla y lo evita diciendo: Sol, te aborrezco. Bien quisiera concederle á sus preocupaciones el honor de un origen intelectual; mas sus preocupaciones son el fruto de sus crímenes, y su empeño en destruir á Dios, procede de la necesidad de acallar sus remordimientos.

La fe que no se expresa por sus actos, se debilita pues por su inacción, por sus contradicciones, por su parcialidad y hasta por su concentración, que es también un principio de apostasía. La indiferencia práctica, si bien se considera, no es otra cosa que la supresión del culto exterior: ahora bien, así como el culto exterior es la manifestación del culto interior, tiende también á la conservación del mismo, por que el sentimiento vive de sus propias manifestaciones. Por esto un pueblo que hoy no fuere más que indiferente, con el transcurso del tiempo y con el auxilio de los acontecimientos, resultaría incrédulo antes de un siglo. Durante el período de la de-



cadencia romana, no habia uno sólo de los paganos distinguidos del imperio, dice Gibbon, que tuviese creencias; mas para cubrir las apariencias frecuentaban los templos con toda asiduidad, y hasta los mismos ateos disimulaban sus sentimientos bajo las vestiduras del pontifice. Al presente los que se envanece con el dictado de pensadores no tienen tan tanta prudencia. En tanto que los epicureos de Roma procuraban disimular su incredulidad, nosotros no vacilamos en demostrar por medio de nuestras acciones que la tenemos en mayor grado de lo que es realmente, y cuando se generalizan tales desórdenes, no tarda en descender muchos grados el nivel de las costumbres y de las ideas. ¿Cuál será el castigo social? ¿Consistirá en el azote de las tinieblas, en el de las epidemias, en el de la decadencia intelectual, ó en el de las humillaciones nacionales? Lo ignoro; mas lo que sé positivamente es que siempre y cuando los pueblos rehusan humillarse para la adoracion, Dios los humilla bajo el peso de su cólera; y que esta prueba, de la cual nos da repetidos testimonios la historia de lo pasado, no ha de fallar en el siglo del libre pensamiento.

Y téngase en cuenta que la neutralidad culpable cuyos peligros ponemos de manifiesto, á

más de ser la fuente de la incredulidad, es la causa de su propagacion. Toda accion humana, así para el bien, como para el mal, dispone de un círculo de accion más ó ménos extenso; todo ejemplo lleva en sí su poder de apostolado, de donde se sigue, que no obstante sus convicciones, el cristiano indiferente hace de la principal autoridad de su vida, de su ejemplo, un atentado contra sus propias convicciones. ¿Qué debemos deducir de todas esas existencias que se van extinguendo, prescindiendo de las prescripciones divinas? ¿O que Dios es un autómeta, para el cual es de todo punto indiferente lo mismo el bien que el mal, ó que es una quimera inventada para servir de diversion á los hábiles y de espanto á los tontos. No tienen pues para qué molestar en hacer propaganda de esos apóstoles de diversos matices, que atraviesan por entre el mundo que se derrumba, haciendo profesion de sanos principios y exhibicion de perniciosos ejemplos, porque sin ello sabemos perfectamente qué resultados podemos esperar. Hablarán al pueblo de sumision religiosa: mas el pueblo que verá que le hablan de un infierno que ningun temor le inspira, presumirá que se pretende alejarle del mal poniéndole por delante terrores imaginarios, como se hace con los niños á

quienes se aleja de ciertos lugares diciéndoles que hay trasgos y duendes que podrían comérselos. De manera que lo que en los unos no pasa de neutralidad, engendra la incredulidad en los otros; los padres pertenecen al partido de la abstención; pero los hijos militarán ya en el campo de la oposición. En otros términos, como es imposible proceder á las investigaciones de los opiniones, los actos nos dan testimonio de ellas; pero como todos los actos del indiferente revelan incredulidad, cuando esta propaganda se extiende, produce lo que significa, llegando un día en que los oráculos de las naciones, como los augures antiguos, no pueden mirarse sin soltar la carcajada, porque con la fórmula de la fé en los labios, se hallan sorprendidos de la incredulidad que existe en el fondo de sus corazones.

¡Ojalá que encontraran eco nuestras palabras entre muchos cristianos inconsecuentes que hallándose colocados en las esferas más elevadas de la sociedad, son vistos desde muy lejos, y que con las mejores intenciones ejercen sobre los demás pernicioso influencia! Como les diríamos á esos salvadores más ó ménos graves de la cosa pública que la patria les aguarda al pie de los altares, y que sus buenos ejemplos serian para ella más poderosos que todos los rasgos y habilida-

des de su diplomacia. Mas es en vano: oyen repetir que su Cristo ha muerto, y no quieren tomarse el trabajo de pasar desde su casa á la Iglesia para convencerse de lo contrario. Todo el mundo preconiza la religion por bien parecer; pero apenas hay quien se preste á sufrir su yugo. Nosotros la presentamos á los grandes y estos nos envian al pueblo, el pueblo nos envia á las mujeres y no transcurrirá mucho tiempo sin que las mujeres nos envíen á los niños. Víctima de tantos desdenes la religion avanza humillada, injuriada por los amigos y por los adversarios, y hace ya mucho tiempo que no obstante la nombradía de sus ejércitos, la nacion culpable de tanta profanacion la habria ya expiado como otra Jezabel, bajo los piés de los corceles extranjeros, si algun nuevo Moisés con los brazos levantados sobre las cimas del Carmelo ó de la Cartuja, no se erigiera en verdadero salvador de su país (1).

Difícil seria medir la responsabilidad que alcanza á los cristianos que pretenden manifestar su fé por medio de obras que no la correpon-

(1) La última guerra ha justificado plenamente este doloroso sentimiento.

den. Gracias á ello los creyentes escandalosos producen más incrédulos que todas las teorías de la incredulidad juntas. Las genuflexiones oficiales que, de tarde en tarde, hacen ante la presencia del Señor no bastan para destruir el mal efecto producido por la predicación impía de sus ejemplos. Atento á ellos, el buen sentido popular preguntase un día y otro día, si existe una cifra en el libro de la contribución, ó un grado determinado en la escala termométrica de la instrucción pública, que dispense á los que en ellas se encuentran, de hacer la señal de la cruz, y dominadas las masas por semejante espectáculo, acaban por deducir que Dios ha sido inventado por la imaginación de algun pensador opulento, con el objeto de que pueda vigilar sus arcos de hierro, evitar las revoluciones y hacer que se repartan los dividendos con la debida puntualidad.

Yo bien sé que los cristianos requeridos para que den muestra de tales, encuentran siempre á mano excusas favorables para dispensarse de ello, mas qué aprovechan tales excusas delante de semejantes obligaciones! Lejos de nosotros la idea siquiera de negar nuestra comiseracion á los que carecen del valor indispensable, mas se trata de averiguar si los intereses en cuestion

son bastante graves para que valga la pena de concedérsela.

Consideraciones muy dignas de tenerse en cuenta, principalmente cuando se fija la atencion en que los discipulos más celosos del Evangelio, rinden tributo á la indiferencia en el sentido de que no son muchos aquellos cuyos actos valgan tanto como las creencias. Esta infidelidad del hombre á sus propias convicciones, hace perder una gran cantidad de fe á aquellos que no la pierden totalmente. Chateaubriand ha puesto las siguientes palabras en boca de uno de sus héroes salvajes: *Los caminos de la amistad se cubren de abrojos cuando no se ven frecuentados.* Lo propio acontece con las ideas que conducen al hombre de la tierra al cielo: el día en que dejan de ser fecundas caminan á extinguirse completamente.

Una mujer que frecuentemente piensa como un hombre, ha escrito este profundo pensamiento: «Resignarse es colocar á Dios entre la desgracia y el que la experimenta.» Si la desgracia al trabajar sobre un alma, no encuentra á Dios entre su víctima y los golpes que la inflige, esos golpes, que nada amortiguan, pueden acabar por desmoralizar á la víctima y conducirla hasta la blasfemia de la desesperacion. Doble miseria que encierra al par una desolacion y un error. Ocupémosnos sucesivamente en la una y en el otro.

## CAPITULO VI.

DE LA INCREDELIDAD QUE PROVIENE  
DE LA DESESPERACION.

La incredulidad puede hallarse en el alma en estado de raciocinio y en estado de sentimiento. Bajo la primera forma constituye una negacion especial de la Providencia, y debe ser combatida como una preocupacion: bajo la segunda es una pasion violenta, que más bien ha menester de consuelos que de argumentos. Mas sea resultado de raciocinio ó de sentimiento, es un estado de enfermedad para el alma, que puede acabar por ocultarle el cielo. Toda sacudida violenta turba nuestra vista; impide ver la luz del sol, y la que al presente nos ocupa más aun que las otras.

## I.

La desesperacion como dolor, como amargura, hállase curada á medias cuando es capaz de esta reflexion: Lo que experimento, constituye un estado excepcional; esperemos, que los excesos de fiebre no duran siempre. En los sufrimientos,

morales como en todo mal físico, existe un período agudo durante el cual es más fácil dirigir al cielo suspiros que oraciones. Pasado este viene la reacción; aparecen las lágrimas y con ellas la imagen de Dios. Toda herida que sangra pierde su irritación.

En tanto el dolor permanece en estado de paroxismo, tiene poco de edificante! ¡Ay de las almas que tienen el triste privilegio de fijarse en esta situación desolada! En cambio, cuando pasada la crisis, sobreviene el período de remisión, casi siempre el alma se encuentra mejor que antes; como la tierra, para ser fecunda ha menester que se la despedace.

Hé ahí pues la razón de que el dolor produzca impíos ó santos, según que los desgraciados se fijan en el primero ó en el segundo de los estados que acabo de describir.

En el primero la obscuridad es casi completa por punto general. Dios no brilla en manera alguna por medio de los acontecimientos que más bien parecen acusar la justicia y la bondad de su Providencia; no se manifiesta en manera alguna al espíritu, las sorpresas causadas á la razón por el infortunio, solo suscitan problemas y por último no se hace sensible al corazón, porque un corazón desgarrado no viendo á Dios

como no sea al través de sus padecimientos, no se halla en buena situación para reconocerlo. De lo dicho resulta un estímulo inmenso de juicios erróneos que no son más que una alucinación del dolor. En tal estado los unos no pueden creer en la paternidad de Dios, porque su familia experimenta los rigores del hambre; otros dudan de su existencia viendo su crédito arruinado ó abortadas sus ambiciones; otros, en fin, no le perdonan la muerte de un sér tiernamente querido. Respetables, pero locas aberraciones del sufrimiento. Los hombres niegan á veces á Dios el poder de obrar milagros, y le ultrajan si no realiza uno que les libre de verse desgraciados.

Este período de los pesares es indudablemente malsano para el alma, cuando la fuerza del temperamento moral no logra triunfar. En tales instantes el mismo Job llega á maldecir el día en que vino al mundo, y tiene valor para pedirle cuenta á Dios de los impenetrables y tristes misterios de nuestro destino. Ni el mismo Jesucristo, con ser Dios, ha podido escapar á la terrible conmoción que nos comunica el choque producido por el dolor. No pudiendo abrigar la menor duda, quiso experimentar el descorazonamiento, y para que nos sirviera de enseñanza, ha dejado impresa en el Evangelio la huella de

semejante debilidad por medio de las siguientes memorables lamentaciones: *¡Qué pase de mí este cáliz!—Dios mío, Dios, ¿por qué me habeis abandonado?*

Ahora bien, si Dios mismo ha tenido necesidad de corregir la naturaleza, para someterla á la voluntad del Padre celestial, ¿debemos sorprendernos de que el hombre se sienta inclinado al escepticismo al hallarse presa del dolor en su jardín de Gethsemani? Seria desconocer las condiciones de la virtud condenar á Dios por este hecho, y sobre todo sería desconocerlo completamente no permitirle que se lamentara, por temor de que sus quejas pudieran convertirse en murmuraciones.

Quejaos, quejaos si, vosotros los que jemís bajo la carga terrible de la vida, quejaos, mas no os rebeléis. En esto estriba precisamente la conciliación sublime de los derechos de Dios, con los de un corazón ahogado por las lágrimas.

Durante esas terribles horas de dolor sin unción no acuseis á Dios; estais demasiado agitados para que haya en vuestra mirada la seguridad indispensable; cuando haya desaparecido en parte el íntimo interés que hoy os mueve, seréis en la causa jueces más rectos. ¡Ah! si conservais rencor respecto de la Providencia porque

puso en vuestros labios la amarga copa de la aflicción, no teneis porque sorprenderos de que se oculte á vuestras miradas! Si el odio á nuestros semejantes basta á enjendrar la incredulidad, con más motivo puede producirla la prevención contra Dios, tanto más cuanto que tratándose de Dios, el dudar de su corazón constituye el escepticismo más radical, por lo mismo que Dios no puede concebirse sin amor. Repetimos pues que en tal caso debemos protestar contra las blasfemias del pensamiento por medio de una ciega adoración, y no tomar por noche eterna, lo que no pasa de pasajero eclipse.

Dichoso, sobre todo aquel que en semejante situación sabe colocar por medio de la reflexion á Dios entre el dolor y su corazón herido! Resistimos padecer, y sin embargo nos es de gran provecho haber padecido. El poeta lo ha dicho:

Bajo un cielo siempre azul

No se forma el corazón.

Y mucho tiempo ántes que el poeta habia dicho el Espíritu Santo: *¡Qué puede saber el que nunca ha experimentado el dolor (1)? El dolor se*

(1) Ezeq. 84. 9.

parece á esas atmósferas privilegiadas que producen prematuros y sazonados frutos. Hombres hay á quienes, para ser grandes, solo ha faltado una desgracia, uno de esos pesares que fecundan el corazón sin desgarrarlo, como las incisiones practicadas en la corteza de ciertos árboles, que hacen brotar el perfume, sin comprometer los manantiales de la savia.

Padecer en la tierra, es una ventaja para el hombre de talento: las sacudidas que imprime el infortunio á una naturaleza, rompen á veces el velo que limitaba el alcance de su pensamiento. Herido por la mano de Dios, el mortal lanza un grito, grito que unas veces será la sublime alegría de Job y de Jeremías, ó la melancolía de Tasso y de Chateaubriand, y habria tantas lágrimas en sus pensamientos que su desgracia será considerada como la parte más bella de su génio.

Padecer en la tierra es también una ventaja para el hombre moral. De tales pruebas sacamos lo mejor de nuestro saber y de nuestras virtudes, y si es en el Calvario dónde Dios se anonada, en el calvario de su dolor es donde el hombre se transfigura. El día despues de esas crisis fecundas, se levanta con más inteligencia en el corazón; más profundidad en sus simpatías; más

fuerza para experimentar nuevos reveces, y más madurez para el gobierno de su existencia. Es verdaderamente paternal esta economía que comunica sabor á nuestros sacrificios, mérito en las esperanzas y saber en nuestros dolores.

Y dichoso también aquel que gracias á la fé, sabe colocar á Dios entre su dolor y su corazón. Felizmente tenemos un Maestro capaz de tomar parte en nuestras amarguras, no somos nosotros los primeros que padecemos el martirio de la cruz; el sufrimiento soportado con resignación, establece entre la víctima del Calvario y nosotros la sociedad más bella que pueda existir en honor de la criatura. Cuando no se posee la virtud suficiente para parecerse á Dios por la grandeza moral, es por lo ménos una ventaja poder acercarse á él merced á un acto de nuestra debilidad, las lágrimas! Si, el que se parece á Dios no es aquel que semeja á Lucifer exclama: Subiré y estableceré mi trono al lado del Altísimo, sino el hombre que presa del dolor no deja escapar la más leve murmuración desde la cima de su Calvario, con todo y conocer la intensidad de su mal. Compensación verdaderamente sublime en provecho de los desgraciados, porque si ha podido decirse que el proscrito está solo donde quita que se encuentre el cristiano.

colmado de margura no lo esta jamás, ya que puede contar constantemente con la compañía de Jesucristo, el amigo de los que no tienen otro, y que estima en todo lo que valen las lágrimas vertidas al pie de su cruz.

El mal ladrón es para nosotros una prueba manifiesta de que la cruz no basta para cambiar los pensamientos en todos los hombres; mas en esta compañía casi divina, el hombre se halla ménos inclinado á la blasfemia que á la adoracion y si el primer momento de su pasion se halla marcado por las blasfemias, el segundo concluye casi siempre por la adoracion.

Finalmente: dichoso sobre todo aquel que merced á la esperanza, sabe colocar á Dios entre su dolor y su corazón. La esperanza es la contestacion que da á todas sus dudas: por esto los no solo la consiente sino que la prescribe, de manera que la desesperacion constituye un pecado más terrible que la presuncion. Aquellos que realizan su peregrinacion por la tierra, con los ojos bañados en llanto, elevan de cuando en cuando al cielo sus miradas, y no acusan de injusta la divina providencia, por que la esperanza les da mas de lo que les han arrebatado la tumba y la adversidad.

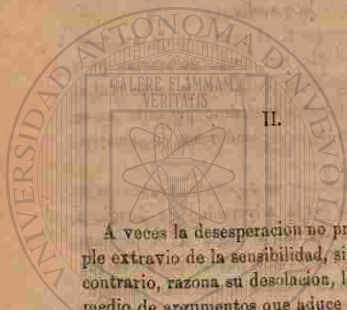
Al presente vamos fecundando con nuestras lágrimas el suelo que abrimos con nuestro paso; mas en cambio cuando llegue el momento de atar los haces de espigas, podremos regocijarnos con lo pingüe de la cosecha.

Con tales perspectivas no es posible la blasfemia. A más de que, son harto necesarias para que no las juzguemos probables, y harto probables para que nuestro tristísimo presente no se ilumine con los rayos esplendorosos de semejante porvenir.

No nos cansaremos de repetirlo. Guárdese el hombre tratado por la adversidad de Juzgar á Dios y las cosas divinas, al llegar á la primera estacion de su Via-Crucis, puesto que en tal instante reinan las tinieblas á su alrededor; adelante animoso por el camino del Gólgota y cuando llegue el momento oportuno, ora bajo la figura de la Verónica, ora bajo la del Angel del Jardín de los Olivos, se le ofrecerá el consuelo necesario, y se le revelará el ministerio de los sucesos inexplicables.

UNIVERSIDAD DE LEÓN  
BIBLIOTECA





A veces la desesperación no proviene de simple extravío de la sensibilidad, sino que, por el contrario, razona su desolación, la justifica por medio de argumentos que aduce en su favor, y del paroxismo pasa fácilmente al sofisma. Aun cuando, consideraba bajo este aspecto, pertenece, ce ménos á la categoría de las pasiones, que á la de los errores del espíritu, juzgamos indispensable disipar el error á fin de acudir al amparo de la desolación que encierra.

En semejante estado el alma se obstina contra la esperanza por tres motivos que al par la devoran y la desgarran: 1.º porque un Dios bondadoso no puede causarnos tales penas; 2.º

porque Dios, por su grandeza se ocupa en todo caso del mundo, mas no de las personas; 3.º porque un Dios inmutable no se deja enternecer. En otros términos: Dios no aflige, Dios no vé, Dios no escucha; ¿Cómo consolarse con Dios de las lágrimas á que permanece indiferente?

Pero ¿es cierto realmente que un Dios bondadoso no debe afligir jamás á sus criaturas con el dolor, y por consiguiente que los llantos que se oyen en su imperio, son una prueba de que no se ocupa poco ni mucho de los seres que lo pueblan? Sentemos con Tertuliano que Dios es bueno, no solo con esa bondad que compadeca y consuela, sino tambien con esta otra bondad de justicia, que subordina todos los bienes al bien moral. Un padre es bueno, precisamente porque ama á sus hijos, los hace llorar con objeto de mejorarlos, y habrian de ser de peor condicion los derechos de Dios respecto del particular. Un príncipe es bueno aun en el momento mismo en que, obediendo á un interés superior, dispone de la vida de sus súbditos y estará intercedido á Dios el derecho de hacer mártires en este mundo para coronar elegidos en el otro! Añadamos á lo dicho que la felicidad universal sobre la tierra, no solo haría el cielo completa.

mente inútil, sino que además lo haría imposible ya que no habría quién fuese digno de él, por la razón sencilla de que nadie estaría debidamente preparado por medio del dolor, aroma purísimo que impide que la libertad humana se corrompa. Para cada hombre que se pierde por falta de resignación en su desgracia, hay ciento que se deterioran à consecuencia de la felicidad sin correctivo. No hay pues para que hacer de nuestras lágrimas un cargo à la bondad de Dios, pues que no hay cosa más digna de esta bondad que salvarnos haciéndonos verter lágrimas.

De manera que, siguiendo el pensamiento de Santo Tomás y de S. Agustín, *Ut bene faceret et de malo* (1) el mal es en las manos de Dios un instrumento para el bien. ¡Cuántos son los hombres que se han librado de la caída merecida à las pruebas à que se han hallado sometidos; y cuantas las virtudes que se han practicado en la tierra, que de seguro no se habrían ejercitado sin tener à la vista la posibilidad del dolor.

Y téngase en cuenta que no solo moraliza al que lo experimenta, sino tambien al que lo con-

(1) *Enchir.*, cap. 11.

templa. De seguro que no existirían tantas hermanas de la esperanza si fuesen ménos los que desearan; à ser ménos los desconsolados, sería más reducido el número de ángeles del consuelo. Imagínese la tierra poblada de ángeles completamente felices, es decir, sin que los unos necesiten de los otros, y resultará lo que en un mecanismo que no funciona, sus ruedas rozarán, pero sin llegar à engranar los dientes de las mismas: es decir que los hombres formarán una agregación de individualidades; pero en manera alguna una sociedad. Para que la beneficencia prospere es menester que exista la pobreza: esta suscita aquella, como la beneficencia engendra la gratitud.... en una palabra, es indispensable la existencia de una armonía que ponga à los débiles en los brazos de los fuertes, que tenga para cada miseria su grandeza correspondiente y que haga del género humano una especie de conjunto eléctrico y de existencia múltiple, en la cual todos los movimientos resulten comunes.

Nada más cruel que la teoría de la beatitud para todos; porque so pretexto de suprimir unos desgraciados, tiende à producirlos en mayor número. Suprímase la miseria y se hacen imposibles las dulcísimas fruiciones de la caridad; háganse desaparecer los pobres y Vicenta de Paul,

arrastrará durante ochenta años consecutivos, el desencanto de un corazón inmenso que no le sirve para nada. En resolución, destrúyase la desgracia y no les queda más recurso que el de refugiarse al fondo de las almas, á todos los heroísmos creados para aliviarla. Muy triste sería el día en que debieran borrarse del diccionario las dulces palabras de bienhechor porque nadie hubiese menester beneficios, y de compasión porque se hubiese extinguido el dolor; en que los héroes de la santidad se vieran reducidos al mezquino nivel del buen ciudadano, y la magnanimidad, enferma de concentración, tuviera que lamentarse á Dios de que habiéndole dado el corazón para el sacrificio, le quitara los medios para sacrificarse.

Por lo demás conviene consignar que en nuestra economía de la solidaridad, nadie resulta sacrificado, puesto que las desigualdades del tiempo se ven corregidas por la justicia de la eternidad.

De suerte que la bondad hace provechosas las lágrimas é nuestras virtudes, y, digámoslo también, siquiera como de pasada, no hay cosa alguna, incluso el mal moral, de la cual no haga

brotar el bien, *considerando preferible utilizar de esta suerte el mal á no consentirlo* (1).

¿Habría brotado la noble intrepidez de los mártires sin la persecución de los tiranos? ¿Cómo se manifestaría sin el pecado la inagotable clemencia de Dios? Supongamos un mundo inocente ¿de qué manera se realizarían el arrepentimiento de David, la penitencia de Magdalena, el celo de San Pablo, las inagotables lágrimas de San Pedro? La tierra carecería de Calvario, cierto; mas en cambio el cielo no tendría tanto precio; las gracias del perdón concedido y las del perdón reconquistado serían desconocidas completamente; en suma, los sacramentos carecerían de su razón de ser. Resulta pues de todo lo dicho, que la bondad de Dios jamás se manifiesta tan patente como en presencia del mal moral, en primer lugar, porque le cubre, y después, porque siendo, en cierto modo, dicho mal, la abertura por donde llega hasta nosotros y nos inunda el caudaloso río de la misericordia, Dios hace que dicho desorden concurra á la realización del orden más sublime. Solo de este modo puede explicarse el siguiente pensamiento de

(1) *Ynoble*, cap. II.

Santo Tomás. *Si estuviesen prohibidos todos los males, faltarían muchos bienes en el universo* (1).

La desesperacion no puede fundarse pues en que Dios al afligirnos obre impulsado por falta de bondad, pero ¿tiene acaso más fundamento la presunción de que al obrar de esta suerte da indicios poderosos de que carece de prevision? Hay un deísmo popular que consiste en conceder á Dios la honra de la creacion, sin perjuicio de regalarlo despues á una eternidad ociosa y solitaria en la cual olvida su obra. Segun este sistema Dios procede como el pintor y el escultor que se separan de su obra en cuanto le han dado la última mano, ó á la manera del potentado que, no pudiendo disponer ni de fuerzas ni de tiempo para todo, resérvase para los asuntos de empeño y trascendencia, y confia á sus delegados el cuidado de las ménos importantes. Los autores de esta malbadada fantasía, no adviertan que procediendo de esta suerte, y convirtiendo, si así puede decirse, al Creador en una especie de inspector sumario de su creacion, que distingue los mundos, pero no los individuos; en primer lugar bajo pretexto de engrandecerle le

(1) I parte quest. 21 ca. 2.

empequeñecen, y despues sumen al hombre en la desesperacion, en lugar de fortalecer la base de su creencia, porque cuanto más teme el hombre ser visto por Dios cuando es culpable, tanto más necesita serlo cuando es desgraciado.

No tema sin embargo el desesperado semejante abandono de parte de su Padre. El cuadro ó la estatua para nada han menester la contemplacion del artista, en el punto y hora en que este los ha dado por concluidos; mas el mundo con su complicado mecanismo, con sus innumerables rodajas de los cuales unos obedecan á la necesidad, otros á la libertad; necesita para no desbaratarse, que sobre él se ejerza continua vigilancia, y hé aqui el motivo de ejercerla Dios incesantemente, con objeto de atender á su conservacion, que viene á ser una creacion continuada por lo mismo que ni el átomo más insignificante escapa á la ubicuidad de su mirar.

Como garantía de este auxilio la fe presenta á la desesperacion la inmensidad divina, que es la omnipresencia de Dios en toda la extension de su obra; el poder divino, que nada fatiga ni nada limita, porque es el brazo de lo infinito; la sabiduría divina, que debe llegar á todos los puntos á que alcanza su brazo, porque es el ojo del infinito; y por último la bondad divina, que de-

be cuidar de todo cuanto produce, porque es el amor infinito. Por esto cuando el poeta exclama.

Que tu produces las flores  
que son gala del pensil,  
y el vergel, avaro siempre,  
no diera frutos sin tí.

A los dones que prodigas  
todos pueden acudir,  
hasta el insecto es llamado  
de la natura al festin.

el poeta habla como el Espíritu Santo que ha dicho: El Señor ha hecho al grande y al pequeño y dispensa idéntico cuidado en la conservación del uno y del otro (1), y habla como San Agustín que la escribió: «Dios ha creado los Angeles del cielo y los gusanillos de tierra, y no se muestra ni más grande en los primeros, ni más pequeño en los segundos (2).» Y despues de lo dicho, permitaseme preguntar: ¿No debe considerarse presa de verdadera alucinación al que desespere de ser visto por Dios en sus sufrimientos?

(1) Sap., v. 1. 8.  
(2) Orig., De Urat., 3.

El hijo de una madre tan cristiana como de talento, decíale un día: Me recomendais que tema la mirada de Dios, ¿no comprendéis, madre mía, que Dios tendria mucho que hacer, si al par debiese mirar á todos lados?—Hijo contestó la madre, verdaderamente inspirada, Dios ha hecho un sol que ilumina toda la tierra, ¿por qué la mirada de Dios ha de tener ménos alcance y extension que la luz del sol?— ¡mágen elocuente y argumento decisivo, que pone de manifiesto hasta qué punto se engañan los que temen que no han de tener en el cielo quien les vea cuando lloran, como si la vasta mirada de Dios no bastara á abarcar nuestras vidas todas, y á contar todas nuestras lágrimas!

¿Y no es tambien y finalmente, víctima de una ilusion, la desesperacion, cuando imagina que Dios es inflexible en virtud de ser inmutable? Debemos dejar consignado que en este punto los apóstoles de la religion natural han proporcionado numerosos argumentos al desconsuelo. «Dios, dice uno de ellos, co modifica sus designios, y por consiguiente nuestras plegarias no bastan á apartarle del orden establecido. . . Si la súplica es seria, equivale á la peticion formal de un milagro.» Mucho tiempo ántes habia dicho Celsus: «Suplicar á Dios vale tanto como inferir.

le una injuria, puesto que lo prevé todo, y es inmutable por naturaleza (1).»

A esta paradoja pueden oponerse dos refutaciones, la una por el procedimiento de lo absurdo, y la otra resultado del sentido comun. Procediendo por la vía del absurdo, puede decirse á un racionalista que esté expirando, y que no quiera que se ruege á Dios para que le devuelva la salud, so pretexto de que teniéndolo todo resuelto de antemano, no ha de modificar cosa alguna. «¿Por qué razon llamais al médico? Si Dios tiene determinado que no habeis de morir, de nada sirven los remedios; y si ha dispuesto que sucumbais, es por demás que se practiquen las prescripciones que aquel haya dictado.» El segundo razonamiento conduce al mismo término. De manera, que en tanto la humanidad presente su asentimiento á la virtud de la medicina, ha de creer en la eficacia de la oracion: lo mismo esta que aquella se han instituido por permision de la divinidad, para cooperar á la ejecucion de los divinos designios, no para modificarlos. Debemos insistir, pues, en que Dios prevé y dispone condicionalmente las cosas, con el con-

(1) Sapi, v. A. 2

curso de nuestra libertad. Si esta interviene con auxilio de sus medios naturales ó sobrenaturales, la voluntad divina llega á su término por el camino natural; pero si no interviene la libertad humana, la voluntad divina realiza sus fines por otra vía: en uno y otro caso es al par flexible é inmutable; flexible, en cuanto su designio se ejecuta en favor ó en contra de nosotros, segun cooperemos á la ejecucion; inmutable, puesto que sea como quiera, su designio al cabo se ejecuta.

Ocupémonos ahora detenidamente en la refutacion que resulta del sentido comun. Para ello resumamos en breves palabras la contestacion dada por Origenes á las añejas oposiciones dirigidas contra esta invencible propension de nuestro estado moral, que nos mueve á acudir á Dios.

En tanto no se arranque al alma humana la costumbre y la necesidad de exclamar: ¡Dios mio, Dios mio! la oracion tendrá para ella toda la fuerza y valor de una necesidad de la naturaleza. Cierto que Dios es infalible é inmutable en sus determinaciones; mas tambien es benéfico; no puede dudarse, puesto que yo lo soy, y no hemos de suponer que Dios carezca de una de las dotes que me adornan. Hé ahí, pues, dos axiomas de cuya verdad no me es posible dudar, siquiera no me sea dable demostrar su acuerdo.

Tengo en mis manos los extremos de la cadena, y por consiguiente puedo decir con Bossuet, tengo la evidencia de que existen los eslabones que los enlazan. Esto sentado, si la beneficencia y la inmutabilidad de Dios son indemostrables en sus relaciones, son indiscutibles aisladamente consideradas. Sabemos que las verdades, unas son ciertas porque se las ve, y otras porque no pueden dejar de serlo. Ahora bien; si la eficacia de la oracion no tiene la evidencia de la luz, tiene en cambio la de la necesidad, y por consiguiente la cuestion queda reducida á estos términos concluyentes: O es indispensable que Dios deje de ser, ó es preciso que mis acentos penetren en su corazon.

Por lo demás, vosotros que pretendis que la bondad y la inmutabilidad de Dios se excluyen mutuamente, ¿tenéis de esos dos atributos nociones completamente exactas? Cierito que Dios lo ha previsto todo infaliblemente; mas en la complicada trama de su plan, ha dejado sendas roas en blanco, por los cuales pueda pasar ó dejar de pasar nuestra voluntad sin que por esto se violente la suya. Sí, todo lo tiene dispuesto desde la eternidad; pero tambien tiene dispuesto el reservarse la eleccion del camino y del momento. Roguémonle, y llegará al resultado por

el camino de la misericordia; no le roguemos y alcanzará el mismo termino por el camino de la justicia. Realmente nuestra súplica determinará su voluntad; mas no la cambiará, ya que, sea lo que quiera, lo que hagamos su Providencia es lo que ejecuta; sin más diferencia que redundar en nuestro beneficio si extendemos á él nuestra mano, y en perjuicio nuestro si no imploramos su misericordia.

¿Tiene la teoría de la desesperacion algo que sea más claro que la solucion que acabamos de exponer? No, ni la naturaleza ni el buen sentido puede admitir un Dios que, al enagenar todos sus bienes por exceso de prevision, se ha cerrado el camino de poder hacer concesiones. Es absolutamente incomprendible una misericordia infinita que no cuente con fondos de reserva para hacer frente á las miserias eventuales de sus súbditos. Por lo demás, un Dios que nada diese, constituiria una monstruosidad espantosa ya que el hombre que no recibiese limosna, de seguro no la daría, y permaneceria insensible á las súplicas, si sabia que las suyas no debían encontrar eco en el cielo. Afortunadamente, puesto el hombre en la alternativa de elegir entre el tierno Padre de los cristianos y la fatalidad antigua, no puede vacilar. Si las lágrimas

nos ocultan por un momento el cielo, con el transcurso del tiempo acaban por purificar nuestra miradas, y ora exista la desesperación en nuestros corazones, como resultado del racimo; ora provenga de exacerbación de sentimientos, encuentra todas las contestaciones que puede acontecer, en las hermosas palabras impregnadas de ternura: ¡Padre nuestro que estás en los cielos!

turaliza el poder de conducir las cosas á su término, y substituyendo á las de la Providencia sus fuerzas ciegas, presta apoyo poderosísimo á estas debilidades acusadoras. Oportunamente nos ocuparemos con la detención debida de ese naturalismo que elimina á Dios creador y conservador: mas entretanto no podemos prescindir de contestar á la tentación del hombre desgraciado que no cree en la protección divina, por la sencilla razón de que padece ó de que hay otros que padece menos que él. Para esclarecer y poner de bulto tamaño infortunio, juzgamos indispensable poner de manifiesto la maravillosa economía de la Providencia: 1.º sobre la distribución de los bienes y de los males en general; 2.º sobre la prosperidad de los malvados en particular.

Exista una voluntad inteligente y justa que presida á la repartición de los bienes y de los males, sea en nuestra primera, sea en nuestra



nos ocultan por un momento el cielo, con el transcurso del tiempo acaban por purificar nuestra miradas, y ora exista la desesperación en nuestros corazones, como resultado del racismo; ora provenga de exacerbación de sentimientos, encuentra todas las contestaciones que puede acontecer, en las hermosas palabras impregnadas de ternura: ¡Padre nuestro que estás en los cielos!

turaliza el poder de conducir las cosas á su término, y substituyendo á las de la Providencia sus fuerzas ciegas, presta apoyo poderosísimo á estas debilidades acusadoras. Oportunamente nos ocuparemos con la detención debida de ese naturalismo que elimina á Dios creador y conservador: mas entretanto no podemos prescindir de contestar á la tentación del hombre desgraciado que no cree en la protección divina, por la sencilla razón de que padece ó de que hay otros que padece menos que él. Para esclarecer y poner de bulto tamaño infortunio, juzgamos indispensable poner de manifiesto la maravillosa economía de la Providencia: 1.º sobre la distribución de los bienes y de los males en general; 2.º sobre la prosperidad de los malvados en particular.

Exista una voluntad inteligente y justa que presida á la repartición de los bienes y de los males, sea en nuestra primera, sea en nuestra

segunda existencia? ¿Existe un punto culminante desde el cual pueda penetrarse así en lo más oscuro, como en las regiones más esplendentes de semejante designio? Bossuet se elevó un día á esas alturas sublimes, y ante el espectáculo de las bellísimas perspectivas que se ofrecían á su penetrante mirada, nó pudo menos que prorumpir en himnos de júbilo, dictados por la más sublime inspiracion, himnos que vamos á reproducir, y que con ser un bellísimo y acabado fragmento oratorio, valen más aún en el concepto de constituir una apología, presentada bajo las formas de una inspiracion profética.

«Leemos en la Historia sagrada (1) que habiendo el rey de Samaria levantado un castillo que tuviera en alarma y continuo sobresalto todas las defensas del rey de Judea, este reunió á su pueblo y llevó á cabo tan poderoso esfuerzo contra el enemigo, que nó solo destruyó la fortaleza samaritana, sino que aprovechó los materiales de la misma para levantar en las fronteras de su reino dos grandes torres ó castillos que le dieran mayor seguridad.

«Por mi parte he resuelto llevar á cabo una empresa á esta parecida, proponiéndome como modelo para mi ejercicio pacífico este hecho militar. Los libertinos tienen guerra declarada á

Divina Providencia, y no encuentran cosa alguna superior y de más fuerza contra la misma, que la distribucion de los bienes y de los males que les parece injusta é irregular, sin que exista diferencia entre los buenos y los malos. En este punto se hacen fuertes los impíos como en fortaleza inexpugnable, y desde ella, lanzan sus tiros envenenados contra la Sabiduría que rige al mundo, falsamente persuadidos de que es un testimonio de la manera injusta como procede, el desorden aparente que reina en las cosas humanas. Derribemos las altas murallas tras las cuales se baten esos nuevos Samaritanos, y demostrémosles que lejos de perjudicar á la bondad de la Providencia esta desigual distribucion de los bienes y de los males en el mundo, contribuye más y más á que se haga más patente. Demostremos también, fundándonos precisamente en este desorden, que existe un orden superior, al cual, en virtud de una ley inmutable, está todo subordinado, y con las ruinas de la fortaleza de Samaria, levantemos las torres que han de ser nueva defensa para las fronteras del reino de Judá.

«El teólogo de Oriente S. Gregorio Nacianceno, contemplando la belleza del mundo, en cuya estructura se ha mostrado Dios tan sabio y

tan magnífico, llámale elegantemente en su lengua, placer y delicias de su Creador (1). Había aprendido en Moisés que á medida que el divino arquitecto adelantaba en la construcción de ese edificio inmenso, contemplaba admirado cada una de sus partes: «Dios vió que la luz era buena (2);» que al dar por terminada su obra encañeció de nuevo considerándola «perfectamente bella (3);» y por último, que había experimentado el júbilo más inmenso en la contemplación de su propia obra. Por lo dicho no debe suponerse en manera alguna que Dios tenga un punto de semejanza con los obreros mortales, que por lo mismo que se apenan no poco en la realización de sus empresas, y están temiendo siempre por el éxito de las mismas, experimentan íntima y natural satisfacción al ver terminada una obra que les libra de fatigas y asegura su buen nombre. En cuanto á Moisés juzgando las cosas desde un punto de vista más elevado y con un pensamiento superior y previendo que había de llegar un día en que los hombres ingratos no vacilaran en negar la Pro-

(1) Reyes, X, 17, 22.

(2) Orat., xxiv, 1, L. p. 577.

(3) Génesis, I, 4.

videncia que rige los destinos del mundo, nos revela y pone de manifiesto que Dios está desde el comienzo plenamente satisfecho de la obra maestra que creó con sus manos, para que, siendo para nosotros el placer que experimentó en formarla, prenda segura del cuidado que en conservarla y dirigirla ha de poner, no pueda asaltararnos en tiempo alguno la duda de que no ha de inspirarle el menor afecto el régimen de lo que con tanta placer llevó á cabo, y que juzgó verdaderamente digno de su profunda sabiduría.

«En consecuencia debemos comprender que el universo en general y especialmente el género humano, constituye el reino de Dios, que rige y gobierna personalmente por medio de leyes inmutables por él mismo establecidas y nos consagraremos á meditar los secretos de esta política celeste que rige la naturaleza entera, y que encerrado en su orden la inestabilidad de las cosas humanas, no pone menos atención en los accidentes que son propios de la vida de los individuos, que en los grandes, y memorables acontecimientos que deciden de la fortuna de los imperios. ®

«Cuando considero la disposición de las cosas humanas confusa, desigual, irregular, no puedo

ménos que compararla á ciertos cuadros que pueden exhibirse en los gabinetes de los curiosos, como un nuevo juego de perspectiva. A la primera mirada sólo distinguimos rasgos informes y una mezcla confusa de líneas y colores, que mas bien parecen ensayo de aprendiz ó juego de niño, que trabajo producido por una mano maestra. Mas en el instante mismo en que el que está enterado del secreto, lo coloca del modo conveniente agrúpanse de cierto modo todas las líneas desiguales, la confusión desaparece, y vése aparecer un rostro con todos sus lineamientos y proporciones, donde no existía antes apariencia alguna de forma humana. Pues bien, semejante mecanismo se me figura que puede darnos una idea bastante exacta de lo que sucede con la imagen del mundo, de su confusión aparente y de su orden oculto, de esa orden y proporcionalidad que jamás podemos distinguir, como no sea contemplado aquel por un punto determinado, que nos pone de manifiesto la fé en Jesucristo.

«He visto, dice el Eclesiastés (1), un desorden extraño debajo del sol: he visto que por punt

(1) Génesis, I. 4.

to general no se confia el correr á los más diligentes, ni los negocios á los más prudentes, ni la guerra á los más valerosos, sino ser el azar y la ocasion los que dan todos los empleos, los que arreglan todas las pretensiones.

«He visto, que lo mismo acontece al hombre de bien que al malvado, al que hace sacrificios, que al que blasfema.

«Casi todos los siglos se han lamentado de haber visto triunfante á la iniquidad, y á la inocencia afligida; mas en cambio y para que se vea que no hay nada que pueda considerarsó como base segura, tambien en muchas ocasiones ha podido contemplarse la inocencia ocupando el trono, y á la iniquidad subiendo al cadalso. En suma que existe en el cuadro verdadera confusión, y que los colores se han puesto á lo que parece al azar, y sin más objeto que manchar la tela ó el papel.

«En vista de esto el libertino que carece de reflexion exclama; esto es una confusión, aquí no hay orden, y luego por lo bajo, en el fondo de su corazon añade, aquí no hay Dios, y si lo hay, preciso es convarir en que abandona la vida humana al capricho de la suerte. Poco á poco desgraciado, refrenad vuestra imaginación, y no juzguéis tan precipitadamente en asunto de

tanta importancia. A caso lo que juzgais confusión es un mecanismo secreto, y mientras no lo greis dar con el verdadero punto de vista, desde el cual deben contemplarse las cosas, no veréis rectificadas todas las desigualdades, ni que aquello que juzgais confusión y desórden es resultado de la sabiduría más profunda.

«Si, si: este cuadro tiene su especial punto de vista para ser contemplado; no os quepa en ello la menor duda, y el mismo Eclesiastes que nos ha revelado la existencia de la confusión, nos conducirá al lugar desde el cual nos será dado distinguir el orden que reina en el mundo. «He visto, dice, debajo del sol, á la impiedad ocupando el lugar del juicio, y á la iniquidad allí donde debía estar la justicia.» Es decir, si no nos equivocamos, á la iniquidad en el tribunal, á la iniquidad ocupando el sélio destinado á la justicia. No cabe mayor elevacion ni ocupar un lugar más indebido. ¿Qué debía pensar Salomon en vista de semejante desórden? Que Dios abandonaba las cosas humanas á sí mismas, sin haber quien las dirigiera. Esto parece á primera vista; mas despréndese todo lo contrario de las palabras de tan sabio príncipe, cuando ante el espectáculo de semejante trastorno exclama: «Inmediatamente he dicho en el fondo de mi cora-

zon: Dios juzgará al justo y al impío, y entonces acabará el tiempo de cada cosa (1).

«Hé ahí un raciocinio digno del más sabio de los hombres: descubre en el género humano una extremada confusión, y vé en el resto del mundo un orden maravilloso; presume que es imposible que nuestra naturaleza, única que Dios ha criado á su semejanza, sea la única que abandone al azar, y convencido con razon de que debe reinar el orden entre los hombres, al ver que no se encuentra aún establecido, concluye necesariamente que el hombre debe esperar algo. Aquí se encierra todo el ministerio del consejo de Dios; tal es la gran razon de Estado de la política del cielo. Dios quiere que vivamos en el tiempo esperando perpétuamente la vida eterna; nos establece en el mundo dónde nos pone de manifiesto un orden admirable para evidenciar-nos que su obra está sabiamente dirigida, dejando de intento cierto aparente desórden, para que comprendamos que no ha dado aún la última mano. ¿Para qué? Para mantenernos constantemente en la expectativa del día grande de la eternidad, en el cual en virtud de una decision

(1) xx, 11.

postera é irrevocable, serán todas las cosas debidamente apartadas, y separada una vez más la luz de las tinieblas, puestas en virtud de un postrer juicio la justicia y la impiedad en el lugar que les corresponde. «Y entónces, dice Salomon, habrá llegado el tiempo de cada cosa.»

«Abrid, pues, los ojos, mortales: Jesucristo es quien os exhorta en el admirable discurso que se lee en el capítulo VI de San Mateo y en el XIII de San Lucas de los cuales vamos hacer una paráfrasis. Contemplad el cielo y la tierra y la sábia economía de este universo: ¿puede imaginarse nada mejor dispuesto que este edificio? ¿Existe cosa alguna más bien prevista que esta familia? ¿Hay nada mejor gobernado que este imperio? Este poder supremo que ha construido el mundo y que nada ha hecho que no sea muy bueno, ha creado sin embargo seres más perfectos y mejores unos que otros. Ha creado los cuerpos celestes que son inmortales, y ha dado vida á las criaturas terrestres que estan destinadas á perecer: ha creado animales de desmesurada corpulencia, y pájaros é insectillos cuya pequeñez excede á toda ponderacion; ha producido los árboles gigantescos que son preciado adorno de las selvas, y que subsisten durante siglos y más siglos, y las florecillas

del campo que nacen y mueren con el sol del mismo día.

«Hay desigualdad en sus criaturas, porque esta misma bondad que ha dado á las más nobles, no ha querido enviar á las que lo son ménos; mas su providencia alcanza lo mismo que á las inferiores á las superiores. Proporciona alimento á los tiernos pajarillos que todos las mañanas le saludan con sus trineos melodiosos, y á las flores, cuya belleza y lozania se marchitan en breves horas, las viste con tan preciosos colores, durante los cortos instantes de su existencia, que Salomon, en medio de sus pompas y esplendores, no tuvo nada comparable á tanto ornamento. ¡Y vosotros hombres, creados á su imagen iluminados con la luz del entendimiento, llamados á disfrutar de su reino, ¿podeis imaginar que os olvide y que seais los únicos entre todas criaturas, sobre los cuales no tienda la mirada protectora de su providencia paternal? «No sois, por ventura, superiores á ellos?» Si llama vuestra atencion un aparente desórden, si presumís que la recompensa para la virtud se hace aguardar mucho tiempo, y que el castigo no sigue muy de cerca al vicio, pensad en la eternidad de este Sér primero; sus propósitos, sus designios formados y concebidos en el seno in-

menso de esta eternidad inmutable, no dependen ni de los años ni de los siglos, que como momentos se pasan adelante de sí, y que es menester la duracion entera del mundo para desenvolver completamente las órdenes de tan profunda sabiduría.

«Y nosotros, mortales miserables, quisiéramos ver cumplidas todas las promesas de Dios, en el brevísimo periodo de nuestros días! ¡Porque nosotros y nuestros consejos, estamos limitados á un tiempo tan reducido, quisiéramos que el Infinito se encerrara tambien dentro de los mismos límites, y que en tan breve espacio desplegara cuánto su misericordia prepara á los buenos, y su justicia tiene destinado á los perversos (1)! ¡Oh! esto no sería justo. Dejemos que el Eterno obre segun las leyes de su eternidad, y léjos de pretender que se reduzca á nuestras dimensiones, trabajemos en alcanzar su extension.

«Si logramos hacernos capaces de esta dichosa libertad de espíritu; si medimos los consejos de Dios segun la regla de la eternidad, contemplaremos sin impaciencia esta mezcla confusa de

(1) San Agustín.

las cosas humanas. Cierto que Dios no ha establecido un diferenciacia entre los buenos y los malos; mas proviene esto precisamente de que ha fijado de antemano un día para ello, y en él la pondrá de manifiesto á la faz del mundo entero, y este día será aquel en que se haya completado el número de los unos y de los otros. Esto es lo que ha hecho pronunciar á Tertuliano esas excelentes palabras: «Como Dios ha permitido el juicio á la consumacion de los siglos, no precipita el discernimiento que es condicion indispensable del mismo. Muéstrase casi igual sobre toda la naturaleza humana, y los bienes y los males que envia entre tanto á la tierra son comunes á sus enemigos y á sus hijos (1).»

«Si, solo la misma verdad pudo dictar á Tertuliano tan elocuentes como inspiradas palabras: Póngase la atención en el pensamiento. «Dios no precipita el discernimiento. Precipitar la resolucion de los asuntos, es propio únicamente de la debilidad que se ve precisada á apresurar la ejecucion de sus designios, porque depende de las ocasiones, y estas ocasiones son, por punto general, momentos contados, cuya rapidez y

(1) Agol. c. 41 n. 37.

brevedad exigen que procedan precipitadamente los que se ven obligados á sujetarse á los mismos. Pero Dios, que es el árbitro del tiempo, y que desde el centro de su eternidad desenvuelve todo el órden de los siglos, que conoce su omnipotencia y que sabe que nada puede escapar á su soberano poder, no tiene por qué apresurarse en sus determinaciones! Sabe que la sabiduría no consiste en obrar rápidamente, sino en hacer las cosas con la debida oportunidad. Permite que los locos y los temerarios censuren sus procedimientos; pero no juzga que deba modificar sus resoluciones por los rumores de reprobación que deban suscitar. Bástale con que sus enemigos y sus servidores esperen humildes y temerosos la llegada de su día: en cuanto á los demás, sabe perfectamente donde debe aguardarles, y que esia previamente establecido el día del castigo, no se conmueve por sus reproches porque ve que tarde ó temprano ha de llegar su día (1).

«Pero entre tanto, se dirá, Dios colma de bienes á los malvados é impone á los justos terribles penalidades, y aun cuando este desórden so-

(1) *Psalmus xxxviii 13.*

o durara brevísimo instante, bastaria para sostener que hay en él mucho de injusto. Desengañémonos cristianos, y penetremos la diferencia existente entre bienes y malos, por lo mismo que los hay de dos especies completamente distintas; pues hay bienes y males confundidos que dependen exclusivamente del uso que hagamos de los mismos. Por ejemplo, la enfermedad es un mal; mas podemos convertirla en un bien incomparable, si logramos santificarla por medio de la paciencia: la salud es un bien; mas podemos convertirla en un mal peligrosísimo, si la empleamos en la disipacion. Tales son los bienes y los males confundidos que participan de la naturaleza del bien y del mal, y que se convierten en mal ó en bien segun el uso que se hace de los mismos.

«Téngase en cuenta, sin embargo, que el omnipotente Creador, tiene en los tesoros de su bondad un bien supremo que jamás puede convertirse en mal: este bien es la felicidad eterna; y además tiene tambien en los tesoros de su justicia, ciertos males extraordinarios que no pueden convertirse en bien para aquellos que los sufren, y estos males son los suplicios de los réprobos. La regla de su justicia no permite que los malvados gusten en tiempo alguno ese su-



premo bien, ni que los buenos deban padecer los tormentos eternos: por esto cuando llegue la ocasion pronunciará la sentencia que le dicta su juicio; pero en cuanto á los bienes y males que se confunden, los dispensa indiferentemente á los unos y á los otros.

«Esto sentado se comprende fácilmente que esos bienes y esos males supremos corresponden á la época del juicio final, de los discernimientos generales, en la cual los buenos serán separados para siempre jamás de la sociedad de los impíos, y que esos bienes y esos males confundidos, hallanse equitativamente distribuidos de la mezcla que formamos, «porque dice San Agustín, era verdaderamente indispensable que la justicia divina, predestinara ciertos bienes á los justos, bienes que no deben disfrutar los malvados en tiempo alguno y que preparara á estos ciertas y determinadas penas que no deben experimentar jamás los buenos.»

«Esto es lo que constituirá en el último día el discernimiento eterno, mas en tanto llega el tiempo prefijado, en este siglo de confusion en que yacen mezclados los buenos y los malos, es indispensable que los males y los bienes sean comunes á los unos y á los otros, á fin de que el mismo desorden que de ello resulta, mantenga

suspensos á los hombres de la postrera é irrevocable decision.

«Cuán divinemente ha celebrado el santo, el divino Psalmista, esta bella distincion de los bienes y de los males! «He visto, dice, en la mano de Dios, una copa llena de tres licores: es el «primero vino purísimo; el segundo vino mezclado; el tercero lo forman las heces.» ¿Qué significa el vino puro? El júbilo de la eternidad, júbilo que no altera mal alguno; alegría que no enturbia el más ligero pesar. En cambio ¿qué significan esas heces sino es el suplicio de los réprobos, suplicio que no puede templar la más insignificante dulzura? Y este vino mezclado ¿qué representa más que esos males cuya naturaleza puede hacer cambiar el uso, tales cuales en la vida presente los experimentamos? ¿Qué bella distincion de bienes y males la cantada por el profeta, y qué sabia distribucion la llevada á cabo por la divina Providencial! Hé ahí los tiempos de mezcla, los tiempos de méritos, durante los cuales es preciso ejercitar los buenos para experimentarlos, y sufrir á los pecadores para esperarlos: que se derramen en esa mezcla esos bienes y esos males mezclados de que saben aprovecharse los sábios, y de los cuales abusan los insensatos; mas téngase entendido que esos

tiempos de confusión acabarán. Venid espíritus puros, espíritus inocentes, venid á saborear el vino puro de Dios, la felicidad sin mezcla. Y vosotros pecadores empedernidos, malvados eternamente separados de los justos, han concluído para vosotros la felicidad, los juegos, los banquetes, los gozos mundanos, venid á apurar la amarga copa de las divinas venganzas (1). Contemplad el discernimiento que separará todas las cosas por medio de una sentencia definitiva é irrevocable.

«¡Cuán grandes son vuestras obras; ¡Cuán justas y verdaderas vuestras alegrías, oh Señor Dios Omnipotente! ¡Quién será el que no os bendiga? ¡Quién el que no os alabe oh Rey de los siglos (2)! ¡Quién dejará de sentirse admirado al considerar vuestra prudencia; quién será el que no tema vuestros juicios? ¡Ah! verdaderamente el hombre insensato no entienda tales cosas y el loco no las conoce (3); «solo vé lo que le conviene y se engaña (4).» Por que vos habeis de

(1) Psalmo LXXVI 2.

(2) Apoc. xv 3 4.

(3) Salmo xxxi 6.

(4) Sap. 11 21.

terminado, oh arquitecto celeso, que no pudiera contemplarse la belleza de vuestro edificio, mientras no le hubiérais dado por completamente concluído, y vuestro Profeta ha predicho « que sólo en el último día podría comprenderse el misterio de vuestro consejo (1).»

«Mas entonces será demasiado tarde para sacar provecho de un conocimiento tan necesario; anticipemos al momento predicado; asistamos con los ojos del espíritu al espectáculo del último día, y situados cabe el dintel del tribunal á cuya presencia compareceremos, contemplemos las cosas humana. En este temor, en este espanto, en el silencio universal de la naturaleza entera, ¡qué terrible efecto han de producir las carcajadas arrancadas por el raciocinio de los impíos que hayan perseverado en el crimen, al ver la impunidad de otros criminales. En cambio ellos mismo quedarán sorprendidos al considerar que esta pública impunidad les anunciaba en altas voces el extremo rigor de este último día. Si, yo sendo al testimonio de Dios vivo, que da en todos los siglos pruebas manifiestas de su venganza; los castigos egeplares que impone á algunos, me

(1) Jerem. xxxi 26.

parecen ménos terribles que la impunidad de todos los demás. Si castigara en la tierra todos los crímenes que en ella se cometen, juzgaría agotada su justicia, y no abrigaría el fundado temor de un juicio más temible. Mas al presente su propia dulzura, y hasta su proverbial paciencia, no me dejan la menor duda con relacion al gran cambio que debemos presenciar. Nó, las cosas no ocupan todavía el lugar que las corresponde: Lázaro, siquiera inocente, sufre aún, el mal rico, no obstante su culpabilidad, disfruta el lugar que les corresponde, este estado es violento y no puede durar siempre. No fisis en ellos, hombres del mundo, es indispensable que cosas cambien. Y en efecto, fijaos en lo que sigue: Hijo mio, durante tu vida has tenido solamente motivos de satisfaccion al paso que Lázaro no los ha tenido más que de de pena. Semejante desorden podia tolerarse durante el tiempo de confusion, y mientras Dios estaba preparando una gran obra; mas bajo el dominio de un Dios bueno y justo, era imposible que semejante confusion se eternizara. Hé ahí porque, prosigue Abraham, ahora que habeis llegado ambos al lugar de vuestra eternidad, va adictarse una nueva disposicion, en virtud de la cual cada cosa ocupará el sitio correspondiente. La pena se

guirá constantemente al culpable que se ha hecho digno de ella, y al justo que lo hubiese esperado, serále concedido el consuelo. Tal es el consejo de Dios expuesto fielmente por su Escritura.

## II.

Si por tan elocuente manera justificaba Bosuet los propósitos de la Providencia, no se ocultaban á su mirada ciertos rincones ocultos y determinados pliegues escondidos. Así se explica que el magnifico acto de fé, que acabamos de escuchar, parezca turbarse su espíritu cual si se hallará en presencia de un enigma impenetrable, y exclame en consecuencia: "Cuando llamando á juicio los recuerdos de todos los siglos que fueron, veo en manos de los impios las grandezas de la tierra; los hijos de Abraham y el único pueblo que adora al verdadero Dios,

relegado á Palestina, pequeño rincón del Asia, rodeado por las monarquías soberbias de los orientales infieles; y, viniendo ya á algo que de más cerca nos interesa, cuando contemplo á este enemigo declarado del nombre cristiano sostener por medio de las armas las blasfemias de Mahoma contra el Evangelio; someter á la media luna la cruz de Jesucristo nuestro Salvador; disminuir diariamente la cristiandad, merced á la fortuna de sus armas, y considero además que no obstante haberse terminantemente declarado en contra de Jesucristo, este sabio dispensador de coronas, lo contempla desde lo alto de los cie- los ocupando el trono de Constantino . . . . .

¡Hemos de temer que ante semejante espectáculo la fé de Bossuet vacile, y se arrepienta y retracte de las protestas que constituyen el himno de adoracion que acaba de cantar? De ningún modo y en prueba de ello continuemos pres- tándole atencion. "Cuando considero que el verdadero Dios no vacila en abandonar á sus enemigos tan vastos y dilatados imperios, cual si fuesen presentes de escaso valer, comprendo fácilmente que no debe hacerse gran caso de tales favores, así como de los bienes que concede para la vida presente. Y tú, vanidad y grandera humana, triunfo de un solo día, soberbia nada,

¡cuán pequeña y despreciable me parece al contemplarte bajo este concepto (1)!" La eternidad, esta es en efecto la última palabra de los juicios de la Providencia. Sin esta salida la vida se acaba, más no se desenlaza, los destinos humanos no tienen verdadero acabamiento, y Dios continua sometido á acusacion.

Mas en tanto que semejante solucion se realiza ¿nada podremos decir, en descargo de la responsabilidad divina, en el feliz resultado que alcanzan los malvados?

Empezemos desde luego por consignar que la adversidad no hace distincion de personas, y que las probabilidades de la mala fortuna son por lo ménos iguales para los buenos y para los malos. En tiempo de hambre no solo los inocentes son los que sucumben á la necesidad, del mismo modo que cuando la guerra pasea por campos y ciudades, no basta con ser malvado para escapar á sus horrores.

"No, nadie ignora que las balas no elijen á sus victimas . . . . . Si el hombre de bien padeciera por ser hombre de bien, y el malvado padeciera porque es malvado, el argumento no ten-

(1) Jerem 25.

dria solución, mas desde el instante en que se supone que el bien y el mal se hallan distribuidos indiferentemente entre los hombres, cae por tierra completamente desacreditado (1)."

Y téngase en cuenta que esta indiferencia absoluta de la repartición del bien y del mal no existe. Al hacer la enumeración de los dolores humanos, espanta el ver la parte que le corresponde á las pasiones, precisamente porque de ellas proceden, y las lágrimas vertidas por la disipación, por la pereza reducida á la miseria, por el orgullo desengañado, por la cólera y la injusticia condenadas á las expiaciones; comparadas con las que vierten las virtudes opuestas, forman un contraste elocuente, demostrativo en favor de la justicia de Dios en el tiempo. La desgracia no fué el crisol de donde hizo brotar los santos, la Providencia podría aplazar perfectamente las compensaciones que le reserva, sin necesidad de desaparecer de la escena, puesto si se oculta frecuentemente imponiéndola á la virtud, se patentiza con más frecuencia empleándola en el castigo del vicio. Y esto que es evidéntísimo, considerado el hombre aisladamente,

(1) De Malteser.

lo es más aún cuando se fija la atención en esas agregaciones de hombres que se llaman sociedades. Cuando los individuos son inmortales, Dios puede abstracer, sin perjuicio de proceder de nuevo llegada la hora de la justicia eterna; mas como las naciones son perecederas, es menester que su juez se apresure á fin de que no eludan tales leyes: «La justicia eleva las naciones y el pecado hace miserables á los pueblos (1). Tal es la razón de que los pueblos no mueran rodeados del prestigio de la gloria inmerecida, siendo en cambio muy frecuente el que pasen ántes por un dilatado período de decadencia que venga á compensar los escándalos de su elevación; en tanto que el individuo culpable perece ocupando un lugar distinto del que le corresponde, porque basta la tumba para volverle al que realmente merece.

¿Qué pretenden, pues, los espirítus descontentadizos á quienes no satisface semejante orden? ¿Una ejecución inmediato contra el mal y la apoteosis instantánea del bien? Mas semejante economía no tendería á otra que cosa más á la destrucción de la libertad, de la moralidad hu-

(1) Prov. XIV.

mona, y del trastorno de la misma naturaleza física.

Supóngase, que en virtud de una disposición divina deba caer la mano del ladrón en el instante mismo en que acaba de cometer un robo. ¿Qué sucedería en tal caso? Que el ladrón se abstendría de robar, como de poner su mano debajo del hacha del verdugo (1). Es decir, que todo sería resultado de la opresión de la espontaneidad, y por consiguiente de la ciencia.

Supóngase, en cambio, que en cuanto se lleve á cabo un acto de virtud, ha de descender del cielo un ángel, con el exclusivo objeto de recompenarlo. En este caso lo que resultaría sería llevar á cabo buenas acciones, de la misma manera que se elaboran productos de primera calidad para obtener el galardón, especialmente si este es muy preciado y valioso. La recompensa inmediata y milagrosamente visible de los actos virtuosos, sería el término de la virtud meritória.

A más de que, cuando descargue la nube cargada de pedrisco, ¿será menester que este se mantenga en el aire para que no resulte des-

(1) De Místre.

truida la viña del justo? Y cuando rueda el alud desde la cumbre de la montaña ¿deberá detenerse en presencia del hombre de bien que atraviesa su camino? Y cuando tenga lugar un naufragio, ¿los buenos deberán salvarse necesariamente aun cuando no sepan nadar? Y si descarrilla un tren, ¿solo habrán de estar expuestos á las consecuencias del choche los perversos y los impíos? De manera, que los incrédulos que no admiten ni la existencia ni la posibilidad de los milagros, quisieran que Dios los estuvieran realizando incesantemente, para no abrigar la menor duda respecto de su intervencion en las cosas de la tierra. Exagerad lo falso y resultará lo absurdo.

¡Cuánto más profunda y luminosa es la doctrina de la fé! Dios hace salir el sol, dice San Agustín, para los buenos y para los malos, mas si los bienes de esta vida les son comunes, en cambio, en la vida futura existen otros de los cuales no podrán participar los pecadores, así como hay males de los que los buenos estarán siempre libres, resultando con ello restablecido el equilibrio. Hay más aun, la comunidad de bienes y de males no ofrece idénticos resultados para los primeros y para los segundos, porque bajo el imperio de una misma aflicción, el vicio

blasfema, la virtud ora, de la propia suerte que bajo la acción del mismo fuego, la leña se consume y el oro brilla con mas esplendor (1).

Por lo demás, respecto del particular, la antigüedad pagana ha tenido intuiciones, y ha dado testimonios capaces de abochornar el racionalismo contemporáneo. Séneca escribió un tratado famosísimo bajo el título siguiente, verdaderamente digno de llamar la atención: «¿Por qué motivo ya que existe una Providencia, las gentes honradas se ven sometidas al infortunio? Y se contesta:

«Porque entregando los hombres virtuosos á los embates del infortunio, Dios les trata con un cariño verdaderamente paternal, puesto que trabaja en hacerlos dignos de él, les purifica, les fortalece los prepara para sí. *Sibi illum preparat.*

«Porque, propiamente hablando, no existe verdadero mal para el justo, puesto que la prueba es para él tan necesaria, como la lucha para el atleta y la guerra con sus peligros para el soldado.

«No debe sorprendernos, continúa, que Dios

(1) Cicerón, *De Dicit* lib. I.

que ama á los buenos, les conceda la fortuna como adversarios, por lo que á mí toca, nada ha llo mas hermoso que esta lucha. El hombre fuerte que lucha con la desgracia, es un lidiador digno de la contemplación de Dios.»

Y Séneca, sin dejar de la mano la historia continúa haciendo la apología de la Provincia, que opone, á título de correctivo los héroes á los criminales: es decir, Múcio á Porcena; Fábio á Pyrro; Régulo, esclavo de su juramento, á Mecenas, esclavo de la disipación; Rutilio, en fin, prefiriendo el destierro y desdenando el perdón de Sylla; al mismo Sylla triunfando merced á sus malas artes. De suerte, que sobre la tierra, la virtud se ve con frecuencia oprimida; pero siempre está presente, porque si Dios abandona á la libertad los movimientos del mundo, no se ausenta jamás.

Cuando se considera que tales cosas se han escrito en Roma, en tiempo de un emperador como Neron, no puede ménos que producir admiración profunda el espectáculo de convicciones mucho más arraigadas que las crueldades de las crueldades de los Césares, y las debilidades de semejante periodo de decadencia. Pero, sobre todo, aumenta la compasión que inspiran los hombre de nuestro tiempo, el que, despues de

diez y ocho siglos de cristianismo no acierten á descubrir la señal del dedo de Dios en los acontecimientos que han transformado el universo.

¿Cuánta mayor filosofía se encerraba en la sabiduría de David! Porque no es de nuestros tiempos la existencia de semejante problema, y en las siguientes palabras podemos ver la manera como expresaban sus angustias los reyes y los profetas, y la solución que daban por su parte á dicho problema.

"Yo he sentido celos contemplando la paz de los pecadores. Iniquidad ha parecido brotar de su abundancia; su boca ha blasfemado contra el cielo, háñese aumentado sus riquezas; ha crecido en gran manera su importancia en el siglo. Y yo, en cambio, en vano he justificado mi corazón, y lavado mis manos en medio de los inocentes; toda mi vida he sufrido los rigores de la flagelación, y mi suplicio comenzó muy temprano. He tratado de penetrar semejante misterio; pero mi razón ha sucumbido en la empresa, mientras no he penetrado en los designios de Dios..... y en tanto no he llegado á comprender el postrer destino de esos pretendidos dichosos. *Donec in telligam in novissimis eorum* (1).

(1) Salmo xix 6

Por consiguiente, todo el misterio se reduce á saber aguardar á que se complete la economía de estas palabras: "He visto al impio elevado sobre la tierra como los cedros del Libano, pero no he hecho mas que pasar, y habia desaparecido, y hasta se habia borrado la huella de su paso."

Tal es el primer grado de la justicia divina.

"Cuanto mas tiempo haya permanecido el pecador en el seno de las delicias, tanto mayor será el que viva en los tormentos.

Este es el segundo,

Para no creer razonable este orden, es indispensable dejar de prestar crédito á la propia razón.



conocer ese género de escepticismo personificado en uno de sus amigos, á quien dirigió una carta que responde perfectamente al asunto del presente capítulo. Cedamos pues la palabra sin comentario alguno á ese espíritu observador. Su pensamiento corre con tanta claridad en este fragmento, que le seguiremos gozosos hasta el fin, no obstante las sinuosidades de su curso, y sus repeticiones un tanto frecuentes.

«No podía yo figurarme que la conducta de muchos cristianos le sorprendiera á V. hasta el punto de llegar á suponer que ó finjen hipócritamente estar adheridos á la religion, ó cuando ménos la profesan sin entender una palabra de ella. Dice V. que no alcanza á comprender como es posible que enseñando la religion doctrinas tan altas, algunas de las cuales son sumamente trascendentales y hasta terribles, haya hombres que estando convencidos de la verdad de ellas ó las contrarian con su conducta, ó vivan haciendo poquísimo uso de las mismas. Añade V. que concibe muy bien la religion de un S. Gerónimo, de un S. Benito, de un S. Pedro de Alcántara, de un S. Juan de la Cruz, es decir, hombres profundamente penetrados de la nada de las cosas terrenas, de la importancia de la eternidad, y por consiguiente desasidos de

## CAPITULO IX.

## DEL FARISEISMO INCREDULO NACIDO DE LAS DEBILIDADES DE LOS CREYENTES.

He ahí una nueva pasion que es al par fuerte y pretexto de la incredulidad, y si bien es cierto que carece completamente de fundamento lógico, no por esto deja de ejercer poderosa influencia en las ideas de determinadas personas. Existen almas modestas que solo se acusan á sí mismas de la carencia de ciertas virtudes, pero en cambio hay otras que achacan á los vicios de los demás, hasta la fé que les falta, y que se hallan dispuestas siempre á combatir la utilidad de la religion por la inutilidad moral de los sentimientos religiosos. Balmes tuvo ocasion de

todo lo mundano, muertos á todo cuanto los rodea, y atentos únicamente á la gloria de Dios, y á la salvacion de sus almas y á las de sus prójimos; pero que no comprende, en primer lugar la religion de los viciosos, esto es, de hombres que viven convencidos de la eternidad de las penas del infierno, y no obstante como que hacen todo lo posible para hundirse en él; que no comprenden la religion de otros que sin embargo de no estar entregados al vicio, dejan correr sus dias con cierta indiferencia, sin afanarse mucho por lo que pueda venir despues de la muerte, ni aún de aquellos que practicando la virtud con cierta tibieza, no mostrándo continuamente poseidos de la idea de que muy en breve van á encontrarse ó con una dicha sin fin ó condenados para siempre á horribles suplicios. Segun parece esto le escandaliza á V. y hasta puede contribuir á mantenerle separado de la religion; puez que si nos atenemos á este modo de mirar las cosas, no hay medio entre ser escéptico ó anacoreta.

«En primer lugar se me ocurre una reflexion que no quiero dejar de congnuar aquí, y es: la variedad y contradiccion de los argumentos con que es atacada la religion y lo descontentadizos que con ella se muestran los escépticos ó indife-

rentes. ¿Hay una persona muy cristiana, muy devota, que pasa los dias en la oracion y en la penitencia, que mira todas las cosas del mundo como transitorias y livianas, que se manifiesta profundamente poseida de la nada de todo lo terreno, que con sus palabras y sus acciones muestra bien claro que no se aparta jamas de su mente Dios y la eternidad? entónces se dice que la religion es esencialmente apocadora, que estrecha las ideas, que encoje el corazon, que hace á los hombres misántropos, que los inutiliza y que por tanto solo sirve para frailes y monjas. Hasta se llega algunas veces á dar consejos de prudencia recordando que si se procurase presentar la religion bajo un aspecto jovial y afable no se apartarian de ella tantos hombres que si bien se sienten inclinados á seguirla, no pueden consentir á tornarse tristes, taciturnos, andándose cabizbajos y cuellituerfos por esas calles ó iglesias, y hete ahí, que si hay otros hombres que á pesar de ser profundamente religiosos, de estar altamente penetrados de las terribles verdades de la fé, y quizás muy dedicados á la practica de las virtudes austeras, se muestran no obstante con rostro sereno y apacible, conversacion alegre y festiva, no dejando entrever que se agite en su mente el formida-

ble pensamiento del infierno, entónces se objé-  
ta lo extraño, lo inconcebible de semejante pro-  
ceder, y se echa de menos la conducta de aque-  
llos otros que poco ántes eran blanco de represion  
y tal vez de desprecio y burla. Da suertes  
que si la religion llora, se quejan ustedes de que  
llora, si rio, de que rio, y si se mantiene sosiega-  
da y calmosa la acusan de indiferente. Bueno es  
hacer notar semejantes contradicciones que dejan  
enevidencia la sin razon de los que caen en ellas,  
ya sea por haber meditado poco sobre los obje-  
tos de que hablan, a por dejarse arrastrar del  
prurito de hacer cargos á la religion, ochando  
mano de todo linaje de argumentos.

«Pero vamos desechamente al punto capital  
de la dificultad, y veamos si es posible contex-  
tar satisfactoriamente á las objeciones de Vd.  
¿Cómo es posible que un hombre religioso sea  
vicioso? Esta es, si no me engaño la principal  
dificultad que vd. presenta, y me ha de permit-  
tir vd. que le diga con toda ingenuidad, que  
muestra muy escaso conocimiento del corazon  
humano quien propone seriamente una objecion  
semejante. La vida entera de la mayor parte  
de los hombres es un tejido de esas contradic-  
ciones que vd. no alcanza á explicarse, si debié-  
ramos dar alguna importancia á dicha objecion,

nada ménos resultaria sino exigir que todos los  
hombres arreglaran su conducta á sus ideas, y  
que quien abrigase una conviccion, obrará siem-  
pre en consecuencia de ella. ¿Y cuándo y don-  
de ha existido un proceder semejante? ¿No es-  
tamos viendo todos los dias que, áun precin-  
diendo de las ideas religiosas, se verifica aquello  
de conocer el hombre de bien, de aprobarlo, y  
sin embargo ejecutar el mal? *Videó meliora, pro-  
boque deteriora sequor.* Veo lo mejor, me gusta,  
pero sigo lo peor. No hago el bien que quiero,  
sino el mal que aborrezco. *Non quod volo bo-  
num hoc ago sed quod odi malum illud facio.*  
Hablamos con un jugador y la conversacion lle-  
ga á girar sobre el vicio que le domina; un pre-  
dicador en el púlpito no se expresará con más  
energía contra los males acarreados por el jue-  
go. «¿Qué pasión más funesta! le oiréis decir,  
siempre inquietud, siempre desasosiego y turba-  
cion, siempre incertidumbre y zozobra, ahora  
nadando en la abundancia no sabiendo qué ha-  
cerse del oro, un momento despues todo se ha  
perdido, es preciso pedir prestado á los amigos  
ó empeñar una finca, ó enajenar una prenda, ó  
excogitar algun expediente desastroso para pro-  
porcionarse siquiera una pequeña cantidad con  
que probar fortuna de nuevo. Si perdeis os ha-

lais en la desesperacion: si ganais os veis forzado á presenciar la desesperacion de los demás, á sofocar tal vez los sentimientos de compasion que brotan en vuestro pecho, disfrazándolos y encubriéndolos con chanzas y algazara. ¡Qué momentos más crueles al salir de la casa de juego, al recordar que habéis labrado quizás el infortunio de vuestra familia, ó de la de vuestros amigos, al pensar que ibais con la esperanza de mejorar vuestra posicion, y tal vez de rico que érais habeis pasado á la más estrecha pobreza! No es posible concebir como hay hombres que se abandonen á ese vicio detestable: el jugador es un verdadero loco que va corriendo continuamente tras de una ilusion á pesar de estar convencido de que es ilusion y no más, de haberlo experimentado una y mil veces en sí y en los otros. En un jóven, en el acto de salir de la casa de sus padres, un deslíz en esta parte es disculpable hasta cierto punto; en un hombre de alguna experiencia el vicio carece de excusa. «Ha oído V., mi querido amigo á ese moralista tan juicioso, tan severo, tan inexorable con los jugadores? Pues vea V., apenas ha concluido su santa plática, quizás mientras está perorando saca inquietamente su reloj ó pregunta á los circunstantes qué ahora tienen, ¡y sabe V. para

qué es que el tiempo de la cita está cercano, que la mesita cubierta de paño está esperando y los compañeros se hallan ya colocados en sus asientos respectivos, y barajando con impaciencia y maldiciendo al perezoso y tardío; y su pobre corazon salta los montones de dinero irán girando rápidamente en derredor, ahora en frente de uno de los actores, luego de otro, en seguida de otro, hasta que al fin en las altas horas de la noche se concluirá la funcion, quedando por supuesto vencedor el moralista y completamente vengado de sus descabros de ayer. Por lo ménos, él así lo espera, y tan pronto como ha puesto fin al sermon, se levanta, toma el sombrero y echa correr rabiando por la poca puntualidad. ¡Qué le parece á V. de semejante contradiccion? ¡Oh, se me replicará, este hombre era un hipócrita, decia lo que no pensaba! Es falso, hablaba con la conviccion más profunda y los circunstantes si no eran jugadores, no eran capaces de comprender toda la viveza con que él sentia lo que expresaba. En prueba de esto, suponed que tiene un hijo, un hermano menor, un amigo, una persona cualquiera por la cual se interesa: él le aconsejará que no juegue y lo hará con todas veras de su corazon; si tiene autoridad para ello se le prohibirá severamente; cuando nó, se lo ro-

gará con encarecimiento, y si puede hablar con entera franqueza exclamará con acento de dolor: "creed á un hombre experimentado; este vicio ha hecho y está haciendo mi infortunio, ¡ay de mí! y siempre temo que me llevará á la perdición." El desgraciado no deja de conocer su temeridad, su locura; se la echa en cara una y mil veces, así en los momentos de calma y buen juicio como en los de furor y desesperacion; pero no tiene bastante fuerza de ánimo para resistir al impulso de su inclinacion arraigada y acrecentada con el hábito para conformar sus obras con sus palabras, con sus convicciones más profundas.

"¿Quiere V otro ejemplo? Fácil sería amontonarlos hasta lo infinito. Hay un hombre de fortuna respetable, de reputacion sin tacha, que disfruta en el seno de su familia de toda la dicha que puede desear; su instruccion, su moralidad y hasta su misma educacion culta y esmerada le hacen contemplar con lástima los extravíos de otros; no concibe como consienten en sacrificar sus bienes á una pasion liviana, en mancillar por ella su nombre, en hacerse el objeto de desprecio y ludibrio de cuantos los conocen; sin embargo transcurrido algun tiempo una ocasion, un trato frecuente; le ha enredado á él mismo

en una amistad peligrosa; la hacienda, la fama, la salud, hasta su misma vida, todo lo está sacrificando á su ídolo. ¿Ha perdido por eso sus antiguas convicciones? ¿la variacion de conducta es efecto de un cambio de ideas? Nada de esto; piensa como ántes; no se ha desviado un ápice de sus convicciones primitivas, solo las ha puesto á un lado. A los parientes, á los amigos que le amonestan, que le recuerdan sus propias palabras, que le hacen los cargos que él mismo dirigia á los demás, que le excitan á que tome los consejos que él poco ántes diera á los otros á todos contesta: "sí, cierto, tiene vd. razon, ya, con el tiempo . . . pero . . . . ."

"Es decir que no hay falta de luz en el entendimiento sino extravío en el corazon, está seguro que la dorada copa contiene veneno, pero en su ardor febril se le acerca á sus labios, con el riesgo, con la certeza de peracer.

"Recorra vd. todos los vicios, fije su atencion sobre todas las pasiones, y echará vd. de ver esta contradiccion de que voy hablando. Son pocos poquissimos los hombres, que desconocen el mal que se hacen, los daños que se acarrean con su propia conducta; y sin embargo, ¡cuán difícil es la enmienda! De dónde resulta no ser nada extraño que una persona profundamente convencida de la verdad de la religion, obre contra

lo que ella prescribe, y no es prueba de que no crea lo que dice, el no ponerlo él mismo en practica.

«Si vd. hubiese leído obras de moral ó de mística, ó conversado con hombres experimentados, en la dirección de las conciencias, sabría la triste y angustiosa situación en que se encuentran á menudo muchas almas, y la paciencia que han menester los confesores para sufrir y alentar á esos desgraciados que proponen dejar el vicio, que lloran amargamente sus culpas, que tiemblan por el eterno castigo á que se hacen acreedores, que á fuerza de consejos, de amonestaciones, de remedios y precauciones de todas clases, llegan quizás á resistir por algún tiempo á su funesta inclinacion, y sin embargo reinciden y vuelven á los piés del confesor, y al cabo de algún tiempo tornan á reincidir, padeciendo de esta suerte congojas mortales, hasta que mas fortalecidos por la gracia alcanzan á mantenerse firmes, disfrutando así una vida sossegada y tranquila.

«Si no es imposible, ántes sucede con mucha frecuencia, que quien profesa una religion pura y severa, viva en la relajacion, no es tampoco incomprendible el que otros no sumidos en semejante miseria se porten no obstante con cierta tibie-

za y frialdad, á pesar de que en su entendimiento se hallen las creencias religiosas muy solidas, muy firmes y hasta vivas y ardorosas. Son tantas las causas que pueden producir y conservar un estado semejante, que seria enojosa taréa enumerarlas. Baste decir, que inconsecuencias y contradicciones se hallan á cada paso en toda la vida del hombre; que le afectan de tal modo las cosas presentes, que por lo comun olvida las pasadas y futuras; que estando dotado de inteligencia y voluntad, no obstante sufre tambien á menudo la tiranía de las pasiones que le arrastran por camino de perdicion, áun conociéndolo él mismo, creo que serán suficientes para dejarle á V. convencido de cuán infundadamente atacaba V. la religion y que si semejante discurso tuviese alguna fuerza, probaria que muchos no tienen principios morales, pues que obran contra ellos; que muchos son hasta el extremo ignorantes con respecto á lo que conviene á su salud, á sus intereses y honor, porque les perjudican á cada paso con sus actos; que el que come con exceso no conoce que le ha de dañar, que quien bebe con desatamplanza no sospecha que el vino sea capaz de embriagar y así ratiocinando por el mismo tenor sería preciso afirmar en general, que los hombres están faltos de muchos conocimientos que poseen

sin duda alguna. Digamos que el hombre es inconstante, inconsecuente, que lo afectan demasiado las cosas presentes, para que sepa conciliar el interés ó el gusto del momento con la felicidad verdadera, y estará explicado todo de una manera cabal y satisfactoria, sin suponerle más ignorante de lo que es en realidad.

«Otra equivocación de mucha trascendencia padece V. sobre el particular, y es, el que según indica en su apreciada, opina que la religión produce muy poco efecto en la conducta de los hombres, pues que tanto los creyentes como los incrédulos, suelen vivir como si no tuviesen nada que esperar ni temer después de la muerte. Los hombres, dice V. cuidan de sus negocios, satisfacen sus pasiones ó caprichos, forman continuamente grandes proyectos, en una palabra, viven tan distraídos, tan olvidados de su última hora, tan sin pensar en lo que podrá venir después, que por lo tocante á la moralidad con respecto al mayor número, podría decirse que el efecto de la religión es poco ménos que nulo. Para dejarle á V. convencido de cuan falso es el hecho que V. asienta con tanta seguridad basta recordar la profunda mudanza que produjo en las costumbres públicas la propagación de cristianismo, pues que este solo recuerdo pone

fuera de duda que la enseñanza de la religión no es inútil para modificar la conducta de los hombres, y que ántes al contrario, es muy eficaz y el único medio del cual es dado prometerse resultados felices y duraderos. También ahora como entónces, cuidan los hombres de sus negocios, y tienen pasiones, y se divierten, y viven distraídos y disipados; pero ¡qué diferencia entre las costumbres antiguas y las modernas! si lo consintiesen los límites de una carta, podría aducir mil y mil comprobantes de lo que acabo de establecer, manifestando con cuanta verdad se ha dicho, que se cometían entónces más delitos en un año que ahora en medio siglo. Recuerde V. las doctrinas de los primeros filósofos de la antigüedad sobre el infanticidio, doctrinas que se vertían con una serenidad para nosotros inconcebible, y que revela el funesto estado de la moralidad de aquellas sociedades; recuerde V. los vicios nefandos tan generales á la sazón, y que entre nosotros están cubiertos de baldón y de infamia; recuerde V. lo que era la mujer entre los paganos y lo que es en los pueblos formados por la religión cristiana, y entónces echará V. de ver cuántos son los beneficios que ha dispensado al mundo el cristianismo en lo tocante á la mejora de las costumbres;

entonces comprenderá V. cuán errado es el decir que la religion influye un poco en la conducta de los hombres.

«Sucédenos con mucha frecuencia, cuando tratamos de apreciar el bien producido por una institucion, que nos paramos únicamente en los resultados positivos y palpables, prescindiendo de otros que podríamos llamar negativos, y que sin embargo, no son menos reales, ménos importantes que aquellos. Atendemos al bien que hace y no al mal que evita, cuando para calcular la fuerza y la índole de ella, no deberíamos pararnos ménos en lo último que en lo primero.

«Como la ausencia de un mal, que sin aquella institucion hubiera existido, ya es de suyo un gran beneficio, es preciso agradecer á ella el haberle evitado, y contar este efecto como la produccion de un bien. Para hacer debidamente este cálculo, conviene suponer que la institucion no exista, y ver lo que en tal caso sucederá. Así, á quien pegase la utilidad de los tribunales de justicia ó pretendiese rebajar su importancia no habria otro medio mas apropósito para convenirle que el que acabo de indicar. Si los tribunales de justicia, se lo podria decir, os parecen de poca utilidad, suponed que se quitan, y que el ratero, el ladrón, el asesino el falsario, el

incendio y toda la ralea de malvados, no tienen que temer otra cosa sino la resistencia ó la venganza de sus victimas. Desde luego la sociedad se convertirá en un caos, los unos se armarán contra los otros, los criminales se adelantarán mucho en su carrera de iniquidad multiplicándose el número de ellos de una manera espantosa. ¿Quién evita todo esto? Ciertamente los tribunales; y el evitar este mal es sin duda un gran bien.

«Suponga vd., pues, que la religion no existe; que no se nos dá desde niños ninguna idea de la otra vida, ni de Dios, ni de nuestros deberes, ¿qué sucederá? Todos seríamos profundamente inmorales; y así el individuo como la sociedad caminarían rápidamente hácia la degradacion más abyecta. Y sin embargo, ateniéndonos al argumento de vd. se podria objetar, ya que cuidamos de nuestros negocios, y vivimos distraídos pensando poco ó nada en nuestros deberes, en la otra vida, en Dios; ¿de qué nos aprovecha el haber sido instruídos en estos puntos, el haber recibido una educacion en que se nos inculcaban de continuo dichas verdades? Ya ve vd. que presentada la cuestion bajo este aspecto, no es posible sostener la solucion que vd. pretende darla, y claro es que si este méto-



do de argumentar flaquea en el caso presente, no será muy firme en los otros.

«¿Quién le ha dicho á vd., que ese hombre tan distraído, tan disipado, no piensa en la religión que profesa? ¿Cree vd. que le ha de estar revelando de continuo, lo que pasa en lo íntimo de su corazón, cuando tiene á la vista un cebo que estimula sus pasiones, poniéndole en riesgo de faltar á su deber? ¿Cree usted que le ha de estar narrando cuantas veces las ideas religiosas lo han retraído de cometer un mal, ó han hecho que lo cometiera mucho menor?»

«Una prueba evidente de los muchos efectos que producen en la conducta de los hombres las ideas religiosas, y de los presentes que están en su memoria, aún cuando parecen haberlas descuidado del todo, es la rapidez instantánea con que se les ofrece tan luego como se hallan en peligro de la vida. Casi puede decirse que se despliega en un mismo momento el instinto de la consagración y el sentimiento religioso.

«¿Cómo obra el instinto de la conservación sobre el curso general de los actos de nuestra vida? Si bien se observa, estamos cuidando incessantemente de conservarnos sin pensar en ella; hacemos de continuo actos que entiendan á

este fin, y sin embargo, no reparamos en ellos. ¿Cuál es la causa? Es que todo cuanto se liga muy íntimamente con la vida del hombre está sin cesar presente á sus ojos: no lo mira; pero lo vé: lo piensa sin pensar que lo piense. Lo que se dice de la vida material, puede afirmarse de la vida del alma; hay un conjunto de ideas de razón, de justicia, de equidad, de decoro, que vagan de continuo por nuestra mente, ejerciendo incesante influencia de todos nuestros actos. Ocurre una mentira, y la conciencia dice: esto es indigno de un hombre; y la palabra que iba á ser pronunciada es detenida por este sentimiento de moralidad y decoro. Se habla de una persona con quien se tiene enemistad; viene la tentación de rebajar su mérito, ó revelar una de sus faltas, ó quizás de calumniarle; y la conciencia dice: esto no lo hace un hombre de bien, esto es una venganza; y el enemigo calla. Hay la oportunidad de defraudar sin que nadie lo sepa, sin que el honor pueda correr peligro, y sin embargo, no se defrauda; ¿quién lo impide? la voz de la conciencia. Hay la tentación de abusar de la confianza de un amigo, haciendo traición á sus secretos, y explotándolos en provecho propio, y sin embargo, la traición no se consume, aún cuando el amigo víctima de ella, no pudiese ni

quiera sospecharla: ¿quién lo impide? La conciencia. Estas aplicaciones que podrían extenderse indefinidamente, muestran bien á las claras que el hombre, sin advertirlo, obedece muchas veces al grito de la conciencia, y que aun cuando no piensa, ó no cree pensar en ella, ni en Dios, no obstante obran en su ánimo estas ideas, y le impulsan, y le detienen, y le hacen retroceder y variar de camino, y modificar continuamente su conducta en todos los instantes de su vida.

«Si esto se verifica aun tratándose de las mismas incrédulos, ¿qué sucederá con respecto á los hombres sinceramente religiosos? A los ojos del mundo podrá parecer que ellos se olvidan completamente de sus creencias, que de nada les sirve la fé en verdades grandes y terribles, que el cielo, el infierno, la eternidad, sólo se ofrecen á su mente como ideas abstractas sin relacion alguna con la práctica, pero ellos saben muy bien que la eternidad, y el cielo, y el infierno, se les presentan en el acto de querer obrar mal, que ora los apartan del camino de la iniquidad, ora los detienen para que no anden por él con tanta precipitacion, ellos saben que despues de habers abandonado al impulso de sus pasiones, experimentan remordimientos que los atormentan

tan atrocemente y que los hacen arrojarse de haberse desviado del sendero de la virtud. No hay cristiano que no experimente esta influencia de la religion; si es realmente cristiano, es decir, si cree en las verdades religiosas, sufre repetidas veces el castigo de sus malas obras ó disfruta el galardón de las buenas. Esta pena ó este premio, lo siente en lo íntimo de su conciencia; y el recuerdo de lo que ha gozado en un caso ó padecido en otro, contribuye á menudo á que no se permita extravíos contra lo que le prescriben sus deberes.

«No dudo que con esta reflexion se quedará vd. convencido de que es un error contrario á la razon, á la historia y á la experiencia, lo que V. afirma de que la religion influye poco en la conducta de los hombres. Es cierto que los que la profesan, no siempre se portan como deberian; es cierto que encontrará V. hombres que tienen fé, y sin embargo son muy malos; pero no es ménos cierto que, en general, la conducta de las personas religiosas es incomparablemente mejor que la de los incrédulos. ¿Cuántas ha conocido usted que no profesando ninguna religion observen una conducta de todo punto irreprehensible? Y cuando esto digo, no hablo de cometer delitos de los cuales nos apartan cierto horror natura

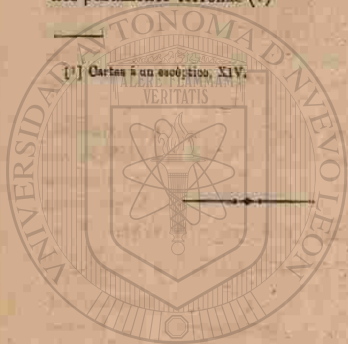
el temor de la justicia, y el deseo de conservar la reputacion: no hablo de cierta inmoralidad asquerosa y repugnante de la cual retraen el honor, el decoro y hasta cierta delicadeza de gusto, fruto de la buena educacion; hablo de aquella moralidad severa que rige en todos los actos de la vida de un hombre, y no le permite desviarse del camino del deber, aun cuando en ella no se interesen ni la honra ni los miramientos de sociedad, ni se opongán otras consideraciones que las inspiradas por una sana moral. Me dirá V. que conoce á ciertos hombres que á pesar de ser irreligiosos, son incapaces de defraudar, de hacer traicion á la amistad, y hasta observan una conducta, que si no es tan rigurosa como yo deseara, está muy léjos de la disipacion y quizás de la liviandad; será posible que usted conozca á incrédulos que sean tales como V. los pinta; será posible que por educacion, por honor, por decoro, por esa luz interior que Dios nos ha dado y que no alcanzamos á extinguir con insensatos esfuerzos, ajusten su conducta una y mil veces á la ley del deber, buscando no se atraviesa algun poderoso motivo que los impulsen en sentido contrario pero no ponga v. á esos mismos hombres á prueba de una tentacion violenta.

—A esa que no cree en nada, ni aun en Dios,

y á quien supone usted tan próbo, tan incapaz de cometer un fraude, redúzcale V. á la miseria, figúreselo luchando entre el apremio de grandes necesidades y la tentacion de echar mano de una cantidad ajena, pudiendo hacerlo de manera que nada pierda su reputacion de hombre de bien; ¿qué hará? V. podrá creer lo que quiera; yo por mi parte no le haría mi dinero, y me atrevería á aconsejar á V. que tampoco.

—Usted mi apreciado amigo, hallándose en una posesion ventajosa y sin otras tentaciones de hacer mal que las ofrecidas por las ilusiones de la juventud, no conoce á fondo lo que es esa probidad que no se apoya en la religion. V. no conoce cuán frágil, cuán quebradiza es esta honradez que á los ojos del mundo se presenta con tanto alarde de firmeza é incorruptibilidad; faltanle todavía algunos desengaños que recogerá V. muy en breve, cuando rasgándose ese velo, tan hermoso con que el mundo se presenta á nuestros ojos en la primavera de la vida, comience á ver las cosas y los hombres tales como son en sí; cuando entre en la edad de los negocios y vea la complicacion de circunstancias que en ellos se ofrecen, y asista á esa lucha de pasiones é intereses que tan á menudo coloca al hombre en posiciones críticas y hasta angustio-

gas, en que el cumplimiento del deber es un sacrificio y á veces un heroísmo. Entonces comprenderá V. la necesidad de un freno poderoso, de un freno que sea algo más que consideraciones puramente terrenas (1)



[1] Carta á un escéptico, XIV.

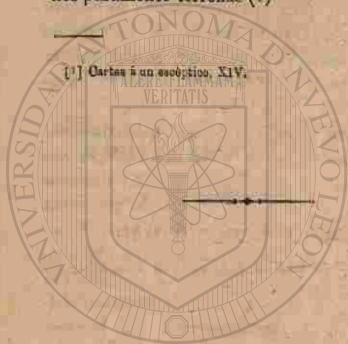
## LIBRO SEGUNDO.

DE LA INCREDELIDAD  
PROCEDENTE DE LAS IMPERFECCIONES DEL ESPÍRITU.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gas, en que el cumplimiento del deber es un sacrificio y á veces un heroísmo. Entonces comprenderá V. la necesidad de un freno poderoso, de un freno que sea algo más que consideraciones puramente terrenas (1)



[1] Carta á un escéptico, XIV.

## LIBRO SEGUNDO.

DE LA INCREDLIDAD  
PROCEDENTE DE LAS IMPERFECCIONES DEL ESPÍRITU.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## CAPITULO PRIMERO.

### DE LA CONSTITUCION INTELCTUAL, CONSIDERADA COMO FUENTE DE PREOCUPACIONES CONTRA LA FE.

La fé, según hemos visto y sienta Santo Tomás, es un acto de la inteligencia; pero un acto prescrito por la voluntad. Como todos los actos humanos implica este esencialmente la libertad y el conocimiento. Si nos hemos ocupado de los obstáculos creados á la libertad por la pasión, antes de hablar de las nieblas difundidas sobre su conocimiento por las imperfecciones intelectuales es por haber tenido en cuenta que por punto general, lo que más altera los espíritus son las extravagancias de la voluntad. Para

combatir la incredulidad, hemos seguido el mismo orden que ella sigue para formarse.

El primer argumento que dirige la razon á las inteligencias rebeldes, se reduce por lo tanto constantemente á la juiciosa observacion de Labruyere. «Quisiera encontrar un hombre que siendo sóbrio, moderado, casto, recto, sostuviera que no hay Dios, siquiera ese hombre no hablaria por interés ó movido á impulsos de la pasion; mas ello es que tal hombre no existe (1).

Anticipándose extraordinariamente á todos los moralistas, el sublime autor de la verdad cristiana habia abierto este venero apologético por medio de palabras inmortales: «Los hombres han preferido las tinieblas á la luz, porque sus obras son perversas (2).» «Quien sigue la verdad, encuentra la luz (3).»

No se olvide sin embargo, que si el abuso de la libertad es un principio dominante en los extravios del espíritu, las imperfecciones de esta fuerzan su rectitud y tienen una parte muy importante en sus errores.

(1) Caracteres cap. 16.

(2) San Juan, III.

(3) Id. 21.

Al penetrar en este terreno nos encontraremos con una objecion muy especiosa. Cuando instruimos el proceso á las pasiones que suscita la ignorancia, encontramos al hombre en flagrante delito de oposicion á su conciencia, y tenemos derecho para obligarle á marchar por la via recta; mas cuando la incredulidad procede en él de los vicios de su constitucion intelectual parece que en vez de acusársele debe inspirar compasion. Dar á la incredulidad semejante origen, ¿no vale tanto como absolverla? ¿Lo que no es más que desgracia de nacimiento, debe convertirse en motivo de responsabilidad? En otros términos, si la justicia divina alcanza al pecado, ¿ha de acontecer lo propio con el error?

La cuestion es esta que porque se haya debatido hasta la saciedad, debe dejarse abandonada, cuando conviene explorarla en todas sus faces para la completa inteligencia del asunto. Desde luego debemos decir que no vacilamos en dejar consignado que las imperfecciones intelectuales de un hombre proceden únicamente de su organizacion, sin que haya podido corregirlos ni por los medios naturales ni por los sobrenaturales que estan á su alcance, Dios no le castigará por lo que ignora. Creo haberlo dicho ya; nadie pue-

de ser castigado por la religion por haber caido en desgracia de la Providencia.

Los espíritus de esta clase tienen sin disputa alguna el derecho de reivindicar en provecho propio, todos los beneficios de la decision doctrinal dirigida á los obispos de Italia por carta de Pio IX. «Nos sabemos y sabeis vosotros, les dice, que los que ignoran nuestra santisima religion y observan cuidadosamente la ley natural y sus principios grabados por Dios en el corazon de todos, y, dispuestos á obedecer á Dios, llevan una vida recta y honrada, pueden, con auxilio de la luz y de la divina gracia alcanzar la vida eterna, porque Dios, para quien nada hay oculto, escudriña y conoce los espíritus, las almas los pensamientos y las inclinaciones de todos, y no permite en su soberana bondad y clemencia, que el que no es culpable por falta voluntaria, sea castigado con las penas eternas (1).»

Segun esta doctrina prudente y afectuosamente liberal, no existiendo falta de parte del hombre, no debe temerse castigo de parte de Dios. Castigar la incredulidad que proviene de

(1) 10 de Agosto.

imperfeccion intelectual, sería tan injusto como castigar al tuerto ó al mope porque no ven con la perfeccion que el resto de la especie. Entonces, ¿por qué pretendemos, al parecer, aminorar en este capítulo determinadas debilidades del espíritu? Y sobre todo, ¿por qué tratamos de explicar, por medio de esas debilidades, el origen de la incredulidad en un buen número de incrédulos? Muchas son las contestaciones que á esa doble pregunta podemos dar.

No puede dudarse que probando que la incredulidad resulta frecuentemente de una deficiencia intelectual, nada se prueba contra aquellos que padecen semejante imperfeccion, pero se hace mucho en favor de los que toman á estos por guías y se presta un gran servicio destruyendo la autoridad de tales oráculos.

De seguro que aun cuando nuestra voz fuese más autorizada, no conseguiríamos que el más insignificante incrédulo desconfiara de su juicio por causa de incapacidad. ¿Qué espíritu exista grande ó pequeño, que sea desinteresado hasta el punto de pensar mal de sí mismo?

Mas aquí, no tanto se trata de curar á los incrédulos, como de destruir su influencia. Enseñar á la humanidad que la mayoría de los blasfemos contempla el cielo con un telescopio que



produce imágenes inexactas, es enseñarle á ponerse en guardia contra los mismos y establecer un contrapeso á la autoridad del blasfemo.

Tal es la elevada utilidad resultante de oponer en evidencia los puntos vulnerables de la armadura en que se abroquelan los grandes adversarios de la fé. Y todavía existen otros motivos que ponen de relieve esta misma utilidad. Los vicios de temperamento intelectual, ménos que de propension fatal, proceden muchas veces de mala direcion impresa al espíritu por la voluntad. En vano se pretenderia eximirlos de culpabilidad so pretexto de que son innatos, pueden ser combatidos ó adquiridos por la direccion comunicada al pensamiento, porque hay debilidades y propensiones enfermizas del espíritu como del cuerpo. A veces son resultado de la naturaleza, otras provienen de higiene defectuosa y del libertinaja. Solo en el órden intelectual el régimen insalubre ocasiona raquitismos y singularidades ménos perceptibles. Sea como quiera, tales anomalías se imputan con harta injusticia á la fé, todavez que la prueban, al poner en evidencia que el espíritu humano cesá nunca abandona el camino de la verdad, mientras no ha perdido su estado de salud.

Digamos pues, para desvanecer los escrúpulos

los de los libres pensadores, y sobre todo para quitarles todo peligroso prestigio, que aun cuando la incredulidad proceda de una voluntad recta, puede venir y viene de una inteligencia indigna de confianza. ¿Qué importancia que una inteligencia sea elevada si se halla desprovista de rectitud?

Ahora bien, la mayor parte de los hombres sin creencias, carecen de rectitud á consecuencia de un vicio radical, que así podría llamarse de situacion como de conformacion. En el número de estos ciegos que no se dan cuenta de serlo, pueden colocarse muchos espíritus cuyos más notables ejemplares, siquiera bajo la forma de bien determinadas siluetas, se han ofrecido sucesivamente á nuestras miradas.

Los sábios, que no lo son en materia de religion, y que leyendo de corrido en el gran libro de la naturaleza, desde las entrañas de la tierra hasta más allá del sol, solo logran balbucir la primera página del catecismo; no son más que éseros que ven á medias, por lo mismo que á fuerza de vivir en los laboratorios de la materia, pierden el sentido de las verdades impalpables y sobrenaturales.

Los espíritus falsos que se dejan impresionar ménos por lo que es sencillamente verdadero,

que por lo que es singular, y que sacrifican voluntariamente, el buen sentido al sistema, á la utopía y á la novedad.

Los espíritus escépticos por naturaleza, que vacilando sobre todo, no sabrían ser afirmativos en esto, y que practicos á veces en sostener el pro y el contra, caen en el pirronismo, impulsado por una especie de falsa elegancia y *dandysmo* intelectual.

Los espíritus prevenidos contra la verdad por influencias de familias, de educación, de posición social, y que solo son irreligiosos en virtud del trato intelectual que sostienen con malas compañías.

Los espíritus desequilibrados que tienen demasiada imaginación ó poco corazón, y en los cuales la facultad de comprender y la de sentir no forman un todo armónico.

Los espíritus ambiciosos ó absolutos que no reconocen ni siquiera en Dios el derecho de fijarles límites, y que estipulan *a priori* en su favor, el derecho de comprenderlo todo en religión, como si no estuviesen en manera alguna condenados á ignorar siempre mucho en materias científicas.

Los espíritus perezosos, que por melancolía se dejan arrastrar á la incredulidad, y que á

fuerza de difundir lo negro en todas partes, hasta sobre la luz del cielo, en la alianza de un juicio pasimista con una conciencia cobarde, encuentran razones suficientes para maldecir de los hombres y blasfemar de Dios.

Finalmente, los espíritus disipados, harto descecidados de sí mismos para conocer sus necesidades y aspiraciones.

¡Quién es capaz de enumerar todos los falsos juicios producidos por el temperamento intelectual! Suponiendo que en un momento dado la tierra fuese poblada únicamente de inteligencias sanas, las preocupaciones contra la verdad quedarían reducidas por este mero hecho á proporciones difíciles de imaginar. No reclamemos semejante milagro de la Providencia. Lo hemos hecho notar explicando la dificultad de creer: el fenómeno de la incredulidad no es más sorprendente que el de la locura. Dios consiente que la naturaleza y la libertad sigan su curso, siquiera sus extravíos deban dar como resultado verdaderas monstruosidades. Sometiendo este desorden aparente á las leyes de este orden sublime, el hombre es solo responsable de sus faltas, y recibirá la recompensa debida á las desgracias que experimenta.

Vamos, pues, á poner de mar fiesto en este libro, que cuanto más se acerca el espíritu humano á su estado de perfeccion, más simpatiza con la fé; y por el contrario, que la mayor parte de los errores resulta de una enfermedad nativa ó accidental de la inteligencia. Con todo, urge recordar, que para el hombre que va en pos de la investigacion de las verdades divinas, no todo se reduce á una mera cuestion de rectitud ó penetracion. La fé no se adquiere solamente por medio de una simple elaboracion teórica. Como pertenece al orden sobrenatural, solo puede resultar de un agente sobrenatural combinado con el libre concurso de la naturaleza, es decir, de la gracia que se nos ha concedido, secundada por un esfuerzo de la voluntad. Por esto, cuando Montaigne dijo: «es indispensable acompañar nuestra fé con nuestra razon,» apresuróse á añadir: «bien que teniendo en cuenta que la fé no depende de nosotros, y que nuestros esfuerzos y argumentos no pueden por sí solo alcanzar una ciencia tan sobrenatural y divina (1).»

Esta doctrina no data de hoy. «Por vuestra parte,—decia al filósofo Justino, que aspiraba á

(1) Ensayos lib. XII.

conocer la verdad, el anciano que le instruíra en las enseñanzas del Evangelio,—rogad á fin de que se sean franqueadas las puertas de la luz, puesto que nadie puede ver y comprender tales cosas, si Dios y su Cristo no le conceden la necesaria inteligencia (1).

Justino, no obstante ser filósofo, siguió dicho consejo; no juzgó indigno de su razon doblar la rodilla, y vióse recompensado por una firmeza en sus creencias, que más adelante debía sellar vertiendo su propia sangre. Antes de recorrer las páginas que siguen, procure el lector incrédulo imitar tan noble ejemplo. Para alcanzar las luces de la fé, no basta permanecer con la frente inclinada sobre los libros, es menester desviarla de ellos, para elevar de cuando en cuando las miradas al cielo.

«Si hay quien sostenga, dice el segundo concilio de Orange, que el principio de la fé, lo mismo que su acrecentamiento, son en nosotros resultado de un movimiento natural, y en manera alguna inspiracion del Espíritu Santo, procede de un modo contrario á los dogmas apostólicos. El bienaventurado Pablo ha escrito: «La gra;

(1) Diálogo con Telfon n. 7.

cia os ha salvado por medio de la fé, y esta no procede de vosotros, sino que es un don de Dios (1).»

Con todo, la naturaleza puede ofrecer al trabajo de la gracia elementos más ó ménos dignos de ser elevados á la fé sobrenatural, y de aquí que sea conveniente describir las disposiciones intelectuales que, ordinariamente, crean obstáculos á la accion de Dios.

(1) Efecto 2.º.

## CAPITULO II.

### EFICIENCIA RELIGIOSA DE LOS SABIOS IRRELIGIOSOS.

Dificultad, y no de poca monta, es persuadir á ciertos sabios de que no lo son tanto como se figuran, pero todavía es mas árdua la de convencer al vulgo de que, en materia de teología, es más competente un pobre cura de aldea que el más consumado académico. Y sin embargo, la verdad es que son muchas las celebridades contemporáneas á las cuales ha podido dar grandes lecciones, el modesto padre Gorini, siendo párroco de una aldea de treiscientas almas (1).

(1) Defensa de la Iglesia contra los errores herejicos.

Que son muchos los hombres graves é ins-  
troidos que viven y mueren en abierta hostili-  
dad contra la religion sin conocerla, es un he-  
cho y al par uno de los más tristes misterios  
del mundo moral; misterio que no porque sea  
harto frecuentemente se ha deplorado hasta el  
punto que merece serlo, y debería serlo tanto  
más, cuanto que si un sabio se equivoca sobre  
las verdades religiosas, jamás redunda la equi-  
vocacion en su provecho. Semejante observa-  
cion es desconsoladora para aquellos que, como  
nosotros, quisieran siempre defender la buena fé  
de aquellos cuyos errores vense forzados á ata-  
car.

Para que nuestra sociedad pudiese compren-  
der la que le hace falta, sería menester que co-  
nociera hasta un punto determinado la ciencia  
religiosa. La prueba de lo que ignoramos, exis-  
te las más veces en lo que tenemos la preten-  
sion de saber. Ahora bien, las pretensiones ba-  
jo este concepto son immoderadas, precisamente  
por lo muy profundo de la ignorancia. Lo que  
falta á muchos incrédulos, no son precisamente  
conocimientos, sino el conocimiento de lo que  
niegan.

Presumen que solo puede creerse mediante  
la aplicacion del principio «cierra los ojos y ve».

rás (1)» y sin embargo procediendo de esta suer-  
te son víctimas de una vana ilusión, puesto que  
son muchos los sabios que han creído despues  
de haber examinado; y ellos mismos para creer,  
no necesitarían más que examinar con algún ma-  
yor detenimiento. Un poco de teología les aparta  
de Dios; mucha les volvería á su lado. Monta-  
igne tiene un pensamiento que expresa más  
pintorescamente la propia verdad. «Acontece á  
los sabios, dice, lo que á las espigas: crecen y  
se elevan con la cabeza erguida mientras están  
vacías; pero á medida que van llenándose é hin-  
chándose los granos que las forman, se inclinan  
y humillan, vencidas por el peso de la madu-  
rez (2)»

La ignorancia de nuestros adversarios, no  
siempre implica en ellos ausencia completa de  
cultura religiosa; lo único que revela es que han  
estudiado la religion de una manera desordena-  
da, á medida que la han habido menester, segun  
las corrientes de la polémica cotidiana y sin  
proceder de lo conocido á lo desconocido. ¡Qué

(1) Joubert, Pensamientos.

(2) Rousseau, lib. II, cap. 46.

resulta de este método? Que nunca llegan á poseer con verdadera perfeccion y claridad lo que han estudiado confusa é incompletamente. Pueden en su espíritu los materiales para el edificio, mas no el edificio en sí. Ahora bien, materiales sin armonía arquitectónica no son más que ruinas, según sea la disposición que se les da, púédese con las mismas piedras construir el Partenon, ó reproducir la imagen del caos. Imagine seun hombre que cada mes estudiase una de los teoremas de Legendre sin levantar la cabeza del libro; este hombre podría acabar por saber geometría; pero de seguro jamás sería un geómetra. Imagínese un constructor que quisiera sentar los últimos sillares de una torre sin haber sentado los precedentes, y por mas que se esforzara, no llegaría á levantar el edificio. Pues esto es lo que les acontece á nuestros teólogos profanos, que se sorprenden al ver que la verdad religiosa se desvanece en su espíritu, al paso que más se esfuerzan para levantarla en él, y por cierto que la sorpresa es peregrina; puesto que mal puede elevarse, cuando no existiese bases en que cimentarla.

Y no solo no han estudiado dichos hombres la religion con el orden indispensable, sino que tal vez lo que de ella saben, ha llegado á su no-

ticia de rechazo, es decir, por las objeciones, mejor que por las luminosas exposiciones de sus apologistas; es decir, como monumento del cual, con haber visto únicamente la parte posterior, se aventurarán á criticar la armonía del conjunto y los detalles de la fachada. San Pedro de Rome visto desde ciertos patios del Vaticano, circécese solamente como un grandioso montón de cúpulas y de estátnas; mas contemplado desde el punto de vista necesario y á conveniente distancia, revela una maravilla del arte. Es decir que para ver como debe verse, no basta con tener ojos, pues se necesita además estar debidamente colocado.

Mas ¿qué podemos añadir á lo que llevamos escrito relativamente á la autoridad comparada de los creyentes y de los incrédulos, desde el punto de vista de la competencia teológica? Nada más que hechos que vendrán á confirmar nuestras observaciones. Podría llenarse una biblioteca con las citas falsas, con las suposiciones gratuitas, con las interpretaciones viciosas, con los asertos vanos que sirven de base á los diferentes sistemas opuestos al cristianismo por la incredulidad sabia. Voltaire, citando una autoridad persa, confunde el título del libro con el nombre del autor. El espíritu satírico de la época

ca recordó á este propósito al mono de la fábula tomando el Píreo por un nombre de hombre. Posteriormente la objecion se ha presentado vestida con más cuidado y elegancia; pero cuando se la despoja de sus adornos, encuéntrase siempre en el fondo la misma ignorancia revestida de cierta fraseología científica.

Para hacer la debida justicia á todas las inexactitudes voluntarias ó inconscientes que abundan y casi constituyen el conjunto de la mayor parte de los libros contrarios á la religion, sería menester reconstruir la ciencia, la filosofía y la historia, es decir; componer una especie de enciclopedia rectificativa que no hay hombre en el mundo capaz de escribir, ni lector que tenga paciencia necesaria para leerla. Por esto nos contentaremos con tomar al acaso algunos ejemplos ó ciertas confesiones que basten á hacernos formar una idea del conjunto, en este vasto campo donde tanto abundan los descuidos, las preveniciones, las distracciones y la malevolencia. De cuando en cuando nos será forzoso habérmolas con nombres justamente ilustres, mas ¿qué remedio! «Por encima del génio que venero, está la verdad que adoro (1).»

(1) Guezmir Introdcción.

M. Michelet en sus buenos tiempos, cuando llamaba á la iglesia su buena madre y celebraba con voz conmovida el celibato eclesiástico, hacia reclinár la cabeza de Jesus sobre el pecho de s. Juan, á pesar del texto que dice: «Uno de sus discípulos reclinó su cabeza sobre el pecho de Jesus ( )» Mas tarde dijo á sus censores: «Os ha sucedido lo que al profeta Balaam que maldijo creyendo bendecir (2)» y la verdad es que el adivino siríaco, colocado delante del campo de Israel, bendijo cuando creía que estaba maldiciendo. En otra parte sienta el propio autor que «Moisés no logró curar al pueblo de Israel de su adúltera idolatría, hasta tanto que le hizo apurar las cenizas de la serpiente de cobre (3)» y no hay lector de la Biblia que no sepa que lo que Moisés hizo beber á su pueblo, fueron no las cenizas de la serpiente de cobre, que subsistió hasta el tiempo del rey Ezequías, y jamás fué reducida á cenizas, sino las del becerro de oro. Mas adelante veremos á M. Michelet, haciendo brotar el culto á la Virgen Maria, de la imaginación mística de San Bernardo, sin que

(1) Hist de Francia. t. I.

(2) Los Jentias, p. 104.

(3) Hist. Rom. t. II. p. 308.

para nada tenga en cuenta los testimonios innumerables de los nueve siglos precedentes que lo hacen remontar hasta el mismo Calvario. De manera que el escritor pintoresco que ha definido la historia; una resurreccion, ha hecho de ella un ser completamente nuevo. El proceso de sus infidelidades sería tan fácil como fastidioso: lo único que podemos añadir es; que si M. Michelet ha padecido tantas equivocaciones respecto y en contra de la Iglesia, cuando la respetaba, puede fácilmente imaginarse lo que de su justicia cabe esperar en los tiempos en que ha llevado hasta el delirio su odio á la misma. Los locos furiosos están sujetos á frecuentes alucinaciones.

M. Quinet ha introducido tambien en la historia su contingente de tergiversaciones é inventaciones más ó ménos voluntarias siempre en perjuicio del catolicismo. Segun él, San Pedro enseñó en el concilio de Jerusalem la necesidad de los ritos judicos hasta para los cristianos (1). Pues bien, San Pedro dice precisamente todo lo contrario; ¿Porqué tentais á Dios, imponiendo á sus discípulos un yugo que ni nosotros ni nues-

(1) El Cristianismo y la Revolución, p. 87.

tros padres hemos podido sufrir (2)? Ahora bien, ¿quién debe merecernos más fé que el mismo San Pedro, tratándose de su doctrina? En tanto que Joffroy escribia su obra: *Comment finissent les dogmes*, (De qué modo concluyen los dogmas), M. Quinet, en sus poemas de *Ahasverus* y de *Prometeo* enseñaba la manera como renacen los dogmas en cada nueva era de la humanidad. Más adelante dará tortura á la historia para que salga en apoyo de esta falsa teoria. Mas renunciemos á instruir este invetario sumariamo de las contra-verdades antirreligiosas dadas á la luz por este fanático de la negacion. Démosnos, no obstante la satisfacion de sentar que cuando en un debate debe juzgarse tan apasionadamente, el honor exige recusarse. Un odio movido por el deseo de ahogar en el lodo al catolicismo, ¿tendria inconveniente en oprimirlo si para ello habia de cometer una injusticia?

Inmediatamente despues de los que acabamos de citar, debemos hacer mencion de otros que con razon gozan merecida fama y grande aprecio en la Europa pensadora é ilustrada, debemos advertir sin embargo, que es una coincidencia

(2) Act. xv. 27 y sig.



no un reproche lo que vamos á manifestar. M. Ampère en su *historia literaria* y los dos Thierry en varios de sus escritos, esos hombres de un espíritu tan agradable y de una intencion tan inofensiva, han adelantado á su vez sobre los Papas y sobre los santos de los primeros siglos, juicios que lo porvenir reproducirá, áun cuando están reñidos con la verdad, por lo mismo que el talento tiene el privilegio de inmortalizar al mismo error, cuando lo toma bajo la proteccion de su buena fé. No hay pues para qué sorprenderse de que á ejemplo de los precedentes, MM. Enrique Martín, Fauriel y otros, hayan tocado con ménos benevolencia áun, si cabe, al pasado de la Iglesia y contribuido á la corrupcion general de la verdad histórica, que, so pretexto de descubrimiento, viene realizándose de cuarenta años acá por medio del teatro, de la novela y de todos los géneros que constituyen la literatura popular. Un historiador contemporáneo refiere en el prefacio de su obra, *Diez años de estudio*, los impulsos de cólera que sentía despertarse en su corazon, cuando en los comienzos de su carrera comparaba con los originales las narraciones de Mézeray, de Villi y de d'Anquetil. Otro profundo investigador de las fuentes históricas responde á estos legítimos arrebatos de

una conciencia honrada: «Como los habria experimentado yo mismo en el exámen de los Anquetil y de los Velli modernos, si no me hubiese condenado de antemano á una imposibilidad estóica, íntimamente convencido de que los comentarios de la indignacion valen más ni ménos que los de la ignorancia (1).

Finalmente hasta el mismo M. Guizot, no obstante la serena elevacion de su espíritu, ha emitido y sostenido opiniones muy poco dignas de su reconocida equidad y del sentido profundo que le distingue en materias históricas, y á pesar de habersele dirigido objeciones irrefutables sobre el origen de la jerarquía eclesiástica, y contra el apostolado de San Pedro en Roma [2]. Ante el espectáculo que ofrece este campo de lo pasado, plagado de cizaña por manos inexpertas ó mal intencionadas, apodérase del corazon el desaliento; ¿Qué medio existe para detener esta vasta conspiracion contra la verdad? En los errores de la historia contemporánea nótase principalmente dos corrientes singularmente terribles, injuriosa la una para los grandes hombres venerados por la Iglesia, diri-

(1) Gorini. Introducción.

(2) Historia de la civil, en Francia.

gida la otra contra el Papado, y producto ambas de una verdadera falsificación.

«En tales libros los santos no honran mucho que digamos a la religion; pero ni siquiera a la humanidad. Este, con el propósito de convertir á un príncipe hereje, pronuncia, á lo que se dice, un pabegirico del fratricidio. Aquel ensalza la piedad de una reina, que tiene buen cuidado de que esté bien provisto el harem de su nieto. Tal pontifice ha dejado perecer en su corazon atrofiado al sentimiento del bien moral; tal otro santo prelado reuníase con unas santas monjas en festines nocturnos dignos de Horacio y de Tibulo. Aquí tenemos á un ilustre rey de Francia, que hasta el presente se ha considerado como un verdadero santo, y que en todo caso, solo habria sido, como el mismo Jesucristo, un solemne esceptico. Contemplad á esos misioneros: van á evangelizar á los bárbaros; pero lo que quieren es que se preste adoracion á su orgullo. El ódio, el orgullo y la ambicion, constituyen á decir de esos escritores la trinidad del sacerdote católico.

«Pero lo que principalmente tiene el privilegio de excitar sus iras es el Papado. Tal hay que se retira delante del Papa para decirle: ¡Quíente hizo rey! Otro por el contrario se pene de rodi-

lias delante de San Pedro; mas no para adorarle, sino como áquel soldado de Rolloa que bebaba el pié de Carlos el Simple, para derribarlo más fiadamente. ¡A qué siglo atribuis la aparicion del Papado en la Iglesia? ¡al primero? ¡al quinto? ¡al noveno? ¡al undécimo? No faltarán escritores que lo sostengan todo, para quienes es excelente toda explicacion del poder pontificio, excepto la que da el Evangelio, y que admitirian el establecimiento del Papa por Mahoma, pero en manera alguna procedente de Jesucristo (1).»

Tal es la exactitud de los historiadores irreligiosos. ¡Qué deberemos pensar de la de los filósofos? Sus confesiones son el testimonio más seguro de sus errores.

Maine de Biran, que desde las profundidades de la duda ha ascendido á las regiones de la luz, declara francamente su antigua ignorancia respecto de las cuestiones religiosas. Este órden de ideas estaba cerrado para él, y al presente, añade:—consignemos de nuevo este regreao y esta confesion,—“al presente solo alcanzo á distinguir verdadera ciencia allí donde antiguamen-

(1) Hist. de la civil en France.

te solo veía sueños y quimeras. Solo la religión puede resolver los problemas propuestos por la filosofía (1)» ¡Cuántos serían los sábios que dirían otro tanto antes de acabar su carrera, si alcanzaran la dicha de reconocer que el hombre para creer no necesita más, por punto general, que extender sus conocimientos!

Hemos nombrado hace poco á Agustín Thierry, y por lo mismo juzgamos justo hacer mención de las nobles prendas que ha dado de sinceridad y honradez, corrigiendo uno de sus más bellos libros, conforme á las indicaciones que le hiciera un erudito desconocido. Consignemos las instructivas confidencias que vertía en el seno de una santa amistad.

«En aquel tiempo no me preocupaba gran cosa de la historia de la Iglesia. Cuando fijé en ella la atención, comprendí perfectamente que el protestantismo no podía ser en manera alguna la religión establecida por Jesucristo... Háase dicho, y es una preocupacion de que he participado durante mucho tiempo, que la doctrina de la Iglesia se ha ido formando con piezas y fragmentos de aquí y de allá. La verdad

(1) Discurso íntimo, 25 de Mayo, 23 de Junio de 1846.

es que no puede imaginarse absurdo mayor. Su unidad es incomparable; basta el exámen de los textos, para que se disipen todas las dudas y se desvanezcan todos los errores..... Quiero corregir cuanto haya podido escribir contra la verdad en todos sentidos. Todos los dias y todas las noches le pido á Dios que me conceda el tiempo necesario para llevar á término esa empresa; trabajando en ella páreceme que trabajo para Dios. Si, á veces al sentirme abatido por el cansancio, me animo; y cobro nuevas fuerzas cuando sintiendome acosado por el insomnio digo: Soy un obrero de Dios [1].

¿Debe tenerse en más estima la autoridad teológica de los literatos?

Otro miembro de la academia francesa, M. Droz, ha tenido la franqueza de manifestarnos la razon de haber abandonado momentáneamente la fé cristiana, y por qué razon volvió á ella: sus «*Confesiones de un filósofo*» son la historia íntima de muchos otros.

«Sin haber prestado jamás la atención debida á las enseñanzas religiosas, dice, estaba muy lógo de haber dado á mi creencia las bases sólidas»

[1] Carta al Arzobispo de París, para el F. Göttry, Correspondiente del 29 de Junio de 1836

das que habria exigido el tiempo en que vivimos. La filosofía del siglo décimo octavo estaba en boga. Los deístas, para ejercer influencias, no necesitan ni un saber profundo, ni una dialéctica irresistible; la irreligion era en lo que más privaba, y habíase dicho que la incredulidad y la indiferencia llenaban el aire que respirábamos. En tanto que me ocupaba en literatura, y descendía prudentemente de la poesía á la prosa, oía frecuentemente numerosas voces repetir con firmeza y seguridad; *La causa del cristianismo queda juzgada, y lo que más, perdida para siempre.* Por mi parte estaba persuadido de que debía partirse de esta opinion, como de un hecho cierto, cuando se hablaba de religion con los hombres esclarecidos por los conocimientos de su siglo. Así es como procedía la juventud de entonces" (1).

¿Obra con más prudencia para decidirse de nuestro tiempo? En las filas de la incredulidad no viven áun muchos ancianos que son verdaderamente jóvenes... dada la falta de base de sus juicios?

Peró hay además de los dichos una clase de

(1) Confesiones de un filósofo cristiano, por José Dros.

espíritus eminentes que no deben contarse ni entre los historiadores, ni entre los filósofos; ni entre los literatos, por lo mismo que no cultivan exclusivamente la historia, ni la filosofía, ni la literatura, pero que, al par, son todo esto. ¿Qué grado de competencia debe reconocerse en la materia á tales publicistas, cuando no son favorables á la religion? Limitémonos á un solo ejemplo, que por lo mismo que es de bulto, nos dispensará de alegar otros.

Entre todos los escritores poco simpáticos á la verdad,—no queremos decir que le sean hostiles,—uno de los más notables por la gravedad, por el respeto de sí mismo y de sus adversarios, por el conocimiento y por el amor con que trata las cuestiones religiosas, es M. Carlos Remusat. Desgraciadamente, este escritor que se distingue por sus afirmaciones sobre varios puntos, y que procede con el dogmatismo peculiar á la escuela doctrinaria, vacila cuando ménos en todos los artículos de fé que se apartan del programa de la filosofía espiritualista. ¿De qué procede esto? Si no temiéramos que se tachara de inoportuna digresion, diríamos que áun buscando lealmente la verdad, los espíritus delicados no tanto han menester acaso determinar su contorno, como poner de relieve las medias tintas, y que

por amor á la originalidad inclinanse á la paradoja: y hasta nos permitiríamos añadir que, sea hijo del hábito ó resultado del instinto, la inteligencia de M. Remusat pertenece á la oposición, calidad que justamente honrada en política, cuando es señal de desinterés, favorece poquísimo al descubrimiento de la verdad religiosa, porque debilita siempre el derecho de la autoridad, en provecho de la libertad de los disidentes. Mas volvamos al asunto. Pues bien, ese pensador, no ménos espiritual que espiritualista, que tiene escritas páginas dignas de los mejores maestros sobre *Teología natural*; ese talento singular en el cual ha fundido Dios algo de la nebulosidad germánica, con mucho de la brillantez característica del espíritu francés, incurre en frecuentes inexactitudes cuando trata de cosas pertenecientes á la fé. Lo que especialmente le distingue es la manera como entiende las medias tintas, y sin embargo, cuando en teología se ocupa, las medias tintas le escapan: tenemos de ello una prueba en las siguientes líneas tomadas de uno de sus artículos:

«La Iglesia, dice, está divinamente inspirada, y aún cuando cueste decir, síguese de aquí que estando la Iglesia presente y viviente, su autoridad es mayor que la de la misma Escritura; la

primera garantiza á la segunda. Esta consecuencia fatal, no es en manera alguna negada por los apologistas contemporáneos. En cuanto dá la cuestión relativa á saber dónde descansa de hecho la autoridad de la Iglesia, es decir, si en la Iglesia entera, en el concilio, en el soberano Pontífice, es decir, el sufragio universal, el sistema representativo, ó el gobierno absoluto, es cosa discutible. El catolicismo descansa sobre este problema (1).»

Difícilmente puede amontonarse más errores en ménos palabras. Para convencernos de ello, fijémonos en el modo como destruye los argumentos de M. Remusat un verdadero teólogo y veamos lo que queda de esas contadas líneas en las cuales, el mayor número de lectores, no habrán visto más, probablemente, que la ortodoxia un tanto desvanecida del hombre de mundo (2).

Desde luego debemos consignar que no puede decirse que la Iglesia esté *divinamente inspirada*. Los auxilios que incesantemente le pres-

(1) *Revue des Deux Mondes*, L.º de Enero de 1861.

(2) Para el fondo de esta cuestión, véase la revista titulada *Estudios religiosos*, Enero 1862, p. 105 y siguientes.

ta el Espíritu Santo, para preservarla de caer en error, llámase asistencia. Solo las Escrituras son fruto de la inspiración. En la Iglesia la infalibilidad resulta de la asistencia. Por esto la Iglesia no ha escrito uno solo de los libros sagrados puesto que no está inspirada; pero, en cambio, interpreta todo los libros inspirados, porque precisamente para esto cuenta con la asistencia del Espíritu Santo. Son las que acabamos de exponer distinciones capitales en teología, de las cuales apenas se ocupan los maestros en el arte de bien decir. Así se explica el *quid pro quo*, origen y fundamento de esta objeción.

En segundo lugar, es muy inexacto decir que la autoridad de la iglesia es *mayor* que la de la Escritura. El tribunal que guarda, interpreta y aplica la ley, hállese en este mero hecho sometido á la ley. Pues bien, tal es en el fondo el papel que desempeña la iglesia en lo concerniente á las Sagradas Escrituras. Encargada por Jesucristo de enseñarnos, nos certifica que los Libros santos son canónicos, nos garantiza los textos ó las versiones auténticas, y por último, interpreta el sentido y todo esto, con tanta mayor autoridad que, en cuanto que para este trabajo cuenta con el auxilio de la tradición divina de que es depositaria. Téngase en cuenta, sin em-

bargo, que el arca santa que conservaba las tablas de la ley, no era más venerable que las tablas en que la ley estaba escrita.

Esto sentado; no sabemos ver lo que haya de fatal en las consecuencias que deduce M. de Remusat. Aun admitiendo que la Iglesia garantiza la Escritura, no puede decirse que su autoridad sea superior á la de la Escritura. La Iglesia se prueba, desde luego, como un hecho histórico y divino, una vez establecida sobre esta base natural, conviértese lógicamente en órgano de las verdades sobrenaturales, certificándonos el milagro de su historia la infalibilidad de sus decisiones. Nada hay en esto que no esté conforme con las leyes de la razón. Por consiguiente, cuando M. de Remusat nos acusa de hacer á la Iglesia superior á la Escritura, dá lugar á presumir que, respecto del particular, ha tenido más en cuenta las autoridades protestantes que las católicas y cuando nos echa en cara una flagrante petición de principio, como si probáramos alternativamente, la Iglesia por la Escritura, y la Escritura por la Iglesia, renueva, sin darse cuenta de ello, una antigualla y una falsedad indignas de su imparcialidad y de su saber.

M. de Remusat, ha insistido, no recordamos

precisamente dónde, en los inconvenientes del examen individual de los protestantes, ¿No basta esta sola consideracion para indicar que, al par que la Escritura, ha debido Jesucristo establecer una autoridad docente que interpretara los textos y juzgara las controversias? Esto y no otra cosa es lo que admiten los apologistas ortodoxos contemporáneos sin la menor duda ni vacilacion, no teniendo para qué decir que no hay uno solo que coloque pura y simplemente la Iglesia por encima de la Escritura.

No se discute en manera alguna respecto de la cuestion relativa al fundamento en que descansa de hecho la autoridad de la Iglesia; pues es artículo de fé para todos los católicos, que dicha autoridad reside en el cuerpo de los pastores unido á su jefe el Soberano Pontífice. De esta proposicion resulta:

Que solo á los ojos de los herejes reside la autoridad en la *Iglesia entera*, comprendiendo en ella el clero inferior ó los laicos.

Que todo concilio ecuménico, verdaderamente ecuménico, es halla revestido de una autoridad infalible.

Que el romano Pontífice ha recibido pleno poder de apacentar, regir y gobernar la Iglesia

universal y que toda definicion dogmática que de él emane, es y debe ser irreformable.

Por consiguiente, las palabras, *sufragio universal* carecen de sentido cuando se trata de la Iglesia, puesto que el pueblo no tiene parte alguna en la autoridad.

Por consiguiente la calificacion de *sistema representativo* solo de un modo inexacto se aplica al concilio general.

Por consiguiente, la autoridad del Soberano Pontífice nada tiene que le haga semejar al principio *absolutista*, segun opinion de los mismos teólogos que mayor extension conceden á esta autoridad.

En resolucion, el catolicismo no tiene por fundamento un problema, ya que nada hay mejor definido que tales bases.

Y toda vez que M. de Remusat cita dos veces al padre Perrone, ¿por qué no lo ha leído con más atencion? De haberlo hecho, hallaria encontrado en esta meditacion la respuesta á las proposiciones que sienta, y la verdadera fórmula de las verdades que rechaza.

Nos hemos fijado en M. de Remusat con preferencia á otros publicistas de la misma familia intelectual, porque lo juzgamos uno de nuestros adversarios más justamente acreditados. Si en

lugar de sus párrafos, hubiésemos sometido á la piedra de toque sus obras completas, habríamos podido corroborar con más fuerza áun la verdad que nos ocupa. En realidad M. de Remusat juzga al catolicismo con espíritu sereno, y no obstante no debemos ocultar que se halla respecto de él contaminado de parcialidad, puesto que de las creencias que rechaza, exige más pruebas y mayor claridad que de ciertas opiniones filosóficas y políticas á las cuales está firmemente adherido. Debe tenerse también en cuenta, que si M. de Remusat está más bien enterado de la cuestión religiosa que un académico cualquiera, en cambio le falta haber estudiado la teología en las buenas fuentes, mejor que en los libros de la parte adversa, especialmente en los del protestantismo, hacia el cual se siente inclinado en virtud de ciertas amistades intelectuales, y de sus tendencias liberales aplicadas al orden religioso. M. Royer-Collard lo definió en otro tiempo llamándole al primero de los aficionados á todas las cosas, pero este juicio que pudo ser exacto, al presente ha dejado de serlo, puesto que hace ya mucho tiempo que M. de Remusat, como escritor de filosofía, ha sobrepujado el nivel de los simples aficionados, hallándose muy cerca del de los grandes maestros. ¡Con-

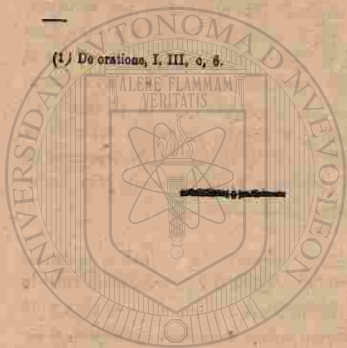
viéncle sin embargo la definición de Royer-Collard, considerándolo como teólogo? Preferimos plantear la cuestión á resolverla. Por lo demás, existen espíritas de quienes uno se separa para dejar consignado, que el camino que recorren, por más que se aproxime mucho á la verdad, no es el que derechamente conduce á ella; mas al verificarse semejante separación no hay ruptura, porque se está persuadido de su elevación de sentimientos, y porque se espera tanto de su sinceridad, que en el momento de separarse de ellos, no se tiene el valor suficiente para darles un perpétuo adiós.

Conclusion general, sin aplicación personal alguna. Existen muchas equivocaciones entre la fé y las inteligencias á veces más elevadas; y de seguro serían á ménos los sábios incrédulos, si tuvieran presente que es menester ser tan sabio en lo que se niega como en todo lo demás, para poder negar con la autoridad de su ciencia. Si así fuese, de seguro harían la misma justicia á su ciencia que á su religión, porque esta ciencia que no tiene límites en sus pretensiones, los tiene, y por cierto bien marcados, en lo que á su extensión se refiere. Hoy como en tiempo Ciceron, nos encontramos oprimidos por las opi-



niones, no solo del vulgo, sino tambien de los hombres de instruccion superficial. *Oppressi sumus opinionibus non modo vulgi; verum etiam hominum leviter erudientum* (1).

(1) De oratione, I, III, o, 6.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

### CAPITULO III.

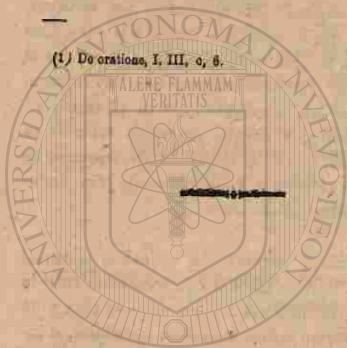
#### DE LA INCRECULIDAD DE LOS FALSOS ESPIRITUS.

Acontece algunas veces que espíritus que se tienen por eminentes, no pasan de ser espíritus falsos. Vienen á ser como brújulas bien construidas, cuyas agujas no señalan jamás el norte en virtud de la influencia sobre las mismas ejercida por algun cuerpo extraño que se encuentra cerca de ellas (1).

(1) Joubert.

niones, no solo del vulgo, sino tambien de los hombres de instruccion superficial. *Oppressi sumus opinionibus non modo vulgi; verum etiam hominum leviter erudientum* (1).

(1) De oratione, I, III, o, 6.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

### CAPITULO III.

#### DE LA INCRECULIDAD DE LOS FALSOS ESPIRITUS.

Acontece algunas veces que espíritus que se tienen por eminentes, no pasan de ser espíritus falsos. Vienen á ser como brújulas bien construidas, cuyas agujas no señalan jamás el norte en virtud de la influencia sobre las mismas ejercida por algun cuerpo extraño que se encuentra cerca de ellas (1).

(1) Joubert.

Este pensamiento de un profundo observador pone de manifiesto el origen de muchas de las prevenciones existentes contra la fé. Hombres hay que al paso que se hallan dotados de gran talento, tienen un juicio muy limitado, de suerte que si se hacen incrédulos, suele atribuirse la causa al talento que los distingue, siendo así que solo procede del juicio que les falta.

Una inteligencia sin exactitud en sus apreciaciones, debe ver á Dios como ve todo lo demás, es decir, con poca verdad. Los juicios falsos son las miradas torcidas del hombre de inteligencia. Dios no puede enderezar milagrosamente esas miradas en el instante en que se dirigen al cielo, porque esto constituiría una de rogacion perpétua de las leyes de la naturaleza; basta para su justicia que no nos sean imputadas como pecado las miradas inocentemente erróneas de nuestro pensamiento. Mas conviene saber que si Dios permite la existencia de los espíritus falsos, á la manera de la de los ojos bizcos, los primeros nada prueban en contra de la verdad que desfiguran, del mismo modo que el estrabismo de los segundos no influye en contra de la realidad de los objetos que distinguen.

Renunciemos á iluminar la incredulidad proveniente de un defecto de rectitud en el espíritu. Se ha hecho observar con razon, que el hombre cura más fácilmente de la locura, que de un juicio falso. No queda pues más recurso que compadecer á esta categoría de inteligencias que serian fatalmente perdidas para la verdad, si la gracia no ejerciese á veces sobre ellas una accion íntima superior á la de la luz especulativa. Mas sin pretender la conversion de esos espíritus conveniente denunciarlos á la desconfianza de la razon pública, cuando se convierten en blasfemos, ya que evaluando su autoridad para que no se le dé más importancia de la que merecen se trabaja en beneficio de la comunidad intelectual.

Es uno de los síntomas mas característicos de los tiempos que alcanzamos, y por cierto bien triste, el poco aprecio que se hace del sentido común. Indiferente por todo lo bello de los siglos pasados, en todo exige emociones fuertes, y se complace hasta con los sofismas, con tal que se le ofrezcan con apariencia de novedad. Bossuet, que era voto en la materia, ha definido el génio un elevado buen sentido, servido por una imaginacion poderosa; nuestra generacion, en la nocion que de lo sublime tiene concebida, ha

reducido la parte correspondiente al buen sentido y exajerado la de la imaginacion. Por esto ensalza al génio, avergonzándose del buen sentido: á sus ojos todo aquel que se aparta del camino seguido por la generalidad, pasa fácilmente por original, y esta tendencia ambiciosa engendra innumerables errores, sin que en cambio ponga de manifiesto verdades ocultas.

¡Cuántos son los libres pensadores incrédulos, por amor á la novedad! No permita Dios que pretendamos imponer al espíritu humano el dogma de lo trivial ó de la inmovilidad. Los horizontes de la verdad carecen de límites, y la humanidad descubrirá puntos de vista ignorados mientras realice su peregrinacion en el seno de esta inmensidad. Mas ¿dónde se encuentran los Cristóbal Colón de ese genero de exploraciones? Vémonos asaltados por todas partes por espíritus pretensiosos que toman por nuevo lo que es extravagante, ménos cuidadosos de obrar el bien, que de proceder de una manera distinta de la que siguieron sus predecesores, y prefiriendo ser inventores en lo absurdo, á imitadores siguiendo el camino trillado. Es preciso añadir también que hasta los mismos espíritus rectos se hacen á veces cómplices en este desorden, animándolo, persuadidos de que admirando la

mala originalidad se inclinan á la buena. Solo los hombres verdaderamente juiciosos son capaces de sostener las verdades antiguas, por lo mismo que, por punto general, pagan con su reputacion de atrasados, el valor de ser razonables.

Este valor falta á muchos de nuestros contemporáneos incrédulos, constituyendo en el fondo la razon principal de su incredulidad. Artistas, publicistas, hombres de sociedad, cual para la forma de sus trajes, consultan la moda para la eleccion de sus creencias. Cuántos resisten el cristianismo, nada más que por amor á los primeros filósofos nacidos bajo el cielo de Paris ó de Berlin. A una nueva opinion sacrificarian voluntariamente el antiguo simbolo de los Apóstoles, sin considerar que á pesar de todo, el simbolo continúa siendo la novedad más inalterable de este mundo, por lo mismo que es eterno. Y que esta propension de ciertos espíritus á preferir la originalidad á la exactitud, ha sido en todo tiempo peligrosa para la fé, es un hecho incontrovertible, puesto que el lenguaje eclesiástico designa á los herejes bajo el título genérico de *novadores*, y San Pablo recomienda á sus discípulos, que procuren evitar al par de los

vicios más vergonzosos, las *profanas innovaciones de palabras* (1).

Tenemos pues, que así como existen inteligencias falseadas por la investigación desordenada de lo desconocido, hay otras que lo son por el espíritu de sistema. Nueva concupiscencia particular de los espíritus de segundo orden, sobre todo cuando quieren pasar por ser del orden superior.

Agrupar hechos ó ideas, deducir de ellos leyes generales, y explicar por semejante procedimiento la armonía de las cosas, es en cierto modo penetrar en el pensamiento creador de Dios, y recomponer el mundo que ha formado. Nobilísima función del espíritu, cuando no lleva sus afirmaciones más allá de lo que ha comprobado, pero por demás peligrosa, cuando toma por realidades indiscutibles las más arbitrarias combinaciones.

En efecto, el amor á generalizar, es una inclinación intelectual muy ocasionada á cometer errores. Cuando el espíritu, de datos pensadamente reunidos, ha sacado una consecuencia simpática á su orgullo, si en el camino se le interpo-

(1) Tim. 6. 20.

ne la fé, pasa decididamente por encima de la fé, con tal de mantener firme su conclusión. La operación relativa á agrupar hechos é ideas, para deducir de ello inmensas consecuencias, ofrece un encanto que participa bastante de la pasión del juego. Organizar un sistema, es algo parecido á una partida de ajedrez que durase lo que la vida: en tanto permanece el hombre bajo la influencia de ese esfuerzo fascinador, carece de fuerza para prestar homenaje á la verdad, puesto que se halla bajo el imperio de una obsesión contraria.

¿Dónde está la causa implícita de las negaciones de Rousseau? En sus ideas preconcebidas sobre las ventajas del hombre en el estado de naturaleza. ¿Y la del materialismo de Condillac? En su teoría sobre el origen de las sensaciones. ¿Y la de casi todos los señadores contemporáneos? En los innumerables planes de reforma política y social que han inundado nuestro siglo. Si, no es siempre el odio á la religión lo que produce los sistemas irreligiosos; es más bien el afecto que estos inspiran, lo que influye en que aquella se mire con verdadera prevención. Lo que ciertos teóricos no pueden perdonar al Evangelio, es que les inutilice los peones que tienen colocados en su tablero; háñese im-

puesto la obligación de enseñar el cielo en toda su extensión, al través del ojo de una cerradura, y en la imposibilidad de conseguirlo, niegan la existencia de cuantas estrellas se encuentran fuera de ese campo reducidísimo.

Con todo, el espíritu de sistema, no es tan desfavorable al equilibrio del juicio, como el amor á la utopía. Un sistema, en último término, puede ser verdadero: la utopía por lo mismo que es impracticable, siempre es falsa. El uno es ordinariamente un error, la otra es un quimera, pero quimera que puede convertirse en fuente de muchos errores. Al presente hay una tendencia á la utopía que reconoce la misma causa que nos hace inclinár á las novelas. Los novelistas son los utopistas de la vida real; los utopistas son los que hacen novelas en el orden especulativo; mas si los utopistas tienen poder bastante para fascinar á sus lectores, júzguese cuál debe ser el poder de espejismo que debe ejercer la utopía sobre los mismos que la imaginan! ¡Cuántos son desde la república de Platon, hasta las constituciones armónicas de los falansterios, los espíritus elevados que se han dejado extraviar por tan locas imaginaciones!

Por desgracia otros han ido más allá todavía, porque la utopía ejerce tanto imperio sobre las

afecciones del hombre, que se ha llegado al extremo de ver este en Icaria sacrificar no solo á su Dios, sino también á su familia, á su razón y á su patria. La utopía es para el hombre lo que el ópio, lo absorbe gozoso, sin pensar que ha de concluir por embruteecerle y hasta por matarle. ¿Debe pues sorprendernos el que siendo la fé contraria á la utopía, esta acabe por vencer á la primera, sobre todo cuando la fé es un yugo, y la autopia constituye una pasión? Babeuf, Saint Simon, Fourier, todos los pretendidos reformadores de nuestra sociedad y sus adeptos, han repudiado el cristianismo precisamente porque era un obstáculo para el desarrollo de sus teorías; mas rechazadas sus teorías por el sentido común, ¿que autoridad podian tener en contra del cristianismo?

La tendencia á la utopía se ha convertido al presente en una enfermedad que alcanza hasta el dominio de la ciencia. La utopía no reviste siempre el estilo poético del Telémaco, pues en caso de necesidad, se presenta ostentando formas más severas, y esto es tan cierto, que unas veces la vemos instalarse en una asamblea de liberativa rodeada del pretensioso aparato de cálculos económicos, y militando bajo el estandarte del socialismo; otras se desliza junto á las

ciencias, bajo el título consagrado de hipótesis; recibiendo en el Instituto plácemes y adhesiones que no alcanzan los principios de nuestra fé. Sí, los que no creen en Dios, creen firmemente con frecuencia en meras hipótesis. ¿Cuál es si nó el fundamento de muchos de los sistemas que privan en la geología, en paleontología, en antropología y hasta en astronomía? Y sin embargo con ser tales fundamentos mera hipótesis, no es esto inconveniente para que sus autores hagan la guerra más despiadada á los dogmas más sagrados, so pretexto de que en sí mismos no son más que mera hipótesis. Convengamos en que los hombres más consagrados á las ciencias positivas, son algunas veces los ménos positivos.

Finalmente, los espíritus se sienten tambien inclinados á lo falso en virtud de una disposicion natural á la paradoja. El espíritu de paradoja, se ha dicho, es al espíritu original, lo que la afectacion es á la gracia. Así se explica que los pensamientos contrarios á las opiniones comunes, constituyan para los hombres superficiales el adorno más preciado, porque, lo propio que para el embellecimiento del cuerpo, existe tambien el mal gusto para el embellecimiento de las inteligencias: tal hay que prefiere el brillo del oro pel, á la verdad del oro mate, lo extravagante

á lo bello, y semejante gusto constituye el motivo oculto en virtud del cual hay muchos incrédulos que forman en las filas de la oposicion á Dios. A sus ojos Dios representa el pasado, y como ellos quieren lo porvenir, á la via recta y anchurosa que Dios representa, prefieren las sendas sinuosas, estrechas y poco frecuentadas. No cabe desconocer pues, que es esta una nueva categoría, que debe suprimirse del número de las autoridades competentes en materia de doctrina. Cuando se considera la rectitud como calidad de poco precio, y lo excéntrico como carácter de distincion intelectual, puede probarse otra cosa, al combatir la verdad, sino que no es digno de poseerla? «Un hombre aficionado á la paradoja, es semejante al charlatan, que con objeto de llamar la atencion de los bobos que pasan por el Fuente-Nuevo, se viste de la manera más extravagante, para mejor dar salida á sus drogas y específicos (1).» Y sin embargo no es otro el grave motivo porque cierto número de hombres piensan de un modo distinto que Jesucristo.

Tenemos, pues, en conclusion, que existen

(1) Sainte-Foix,

muchos espíritus irreligiosos por estar falsificados por el desordenado amor á la novedad, al sistema, á la utopía, á la paradoja, de la propia suerte que existen muchos ojos alterados por defecto de conformación. Mas así como los ciegos no se atreven á lanzarse á la carrera, por temor á los obstáculos que pueden cruzarse en su camino, los espíritus falsos, no tienen para nada en cuenta los malos pasos á que puede conducirlos lo falso de sus juicios.

#### CAPITULO IV.

##### EL ESCEPTICISMO NATURAL, OBSTÁCULO PARA LA FÉ SOBRENATURAL.

Existe un escepticismo proveniente de la constitución intelectual, que difiere esencialmente del escepticismo doctrinal. Este es un sistema; aquel un defecto, mejor aún, una debilidad.

Debilidad vergonzosa, por lo mismo que menos que de la extensión del espíritu, resulta de lo vago de las ideas y de las debilidades de la voluntad, es decir, del deavancimiento de los caracteres,



Debilidad, sin embargo, harto comun, puesto que se multiplica incessantemente esta raza de inteligencias enervadas, que vacilan en vez de afirmar, concediendo al pro y al contra, en todas las cuestiones, una tolerancia que participa mucho del pirronismo y que son casi tan escólicas respecto de las verdades que niegan, como de las que afirman.

Y francamente, nada tiene de particular que un hombre dude en materia de religion, cuando solo afirma la duda universal. Ello es que en semejante estado, sea el que se quiera su grado de talento, debe considerarse únicamente como una anomalía; pero de ningún modo como una autoridad contraria á la fe.

Un publicista contemporáneo, que bajo una apariencia de honradez y buenhombría parisiense, ocultaba mucho de la proverbial malicia francesa (1), ha bosquejado en sus memorias el retrato de un escritor eminente y honrado, que considera uno de los *más perfectos escépticos* de estos tiempos. En este bosquejo nos lo representa desde luego seducido por los encantos de Chateaubriand y cantando el *Rey de Ivrot*;

al ab establecer en el y nesti en el  
sol ab olacionarabab los, doab se, hestab

(1) El doctor Veron.

aplaudiendo los discursos de Fitz-James y los del general Foy, asistiendo por las mañanas á las lecciones del Colegio de Francia y entusiasmados por la noche con la representación de los dramas románticos de los cuales se erige en defensor. Este filósofo, andando el tiempo, se hizo hombre político, y llegó á ser ministro, y en esta nueva faz de su existencia, fiel á los hábitos de su juventud, *no habria tenido inconveniente en hacerse á sí mismo la oposicion.*

Un dia, dando con ello indiscutible prueba de valor cívico personal, dirigióse á reprimir las colisiones de obreros y en el camino iba diciendo al que le acompañaba: «Verdaderamente no sé por qué razon vamos á disolver esas reuniones, porque, en mi concepto, creo que esas pobres gentes tienen derecho perfecto para congregarse.» En 1848, asustado durante un momento ante el espectáculo del furor revolucionario, trabajó para el restablecimiento de una forma de gobierno que habia desaparecido hacia ya mucho tiempo, y como se le preguntara cual sería su actitud si dicho gobierno llegaba á prevalecer, contestó sin vacilar: *Le haré la oposicion (1).*

(1) Para nosotros el retrato que precede carece de original. Solo lo reproducimos por lo mismo que puede aplicarse perfectamente á muchos de nuestros contemporáneos.

Por supuesto, que hay en el bosquejo una parte de exageracion debida al manejo del lápiz; mas es preciso convenir en que cuando de esta suerte está organizada la inteligencia, deba ser recusada en todo cuanto se refiere á las cuestiones religiosas. El escéptico por temperamento, puede indudablemente ser muy dogmático respecto de muchas cuestiones extrañas á la religion; mas en tal caso, ¿no afirma más bien en virtud de inclinacion natural, que por hallarse verdaderamente convencido? Es este un problema de resolucion difícil que dejamos á la suprema decision de Dios.

Rousseau ha dicho: «¿Es posible ser escéptico por sistema y de buena fé? Lo que es yo, no lo comprendo.» Como para nosotros la buena fé, del mismo modo que las piedras preciosas, es muy difícil de comprobar, preferimos prejuzgar á juzgar la de nuestros adversarios. Mas ¿no hay motivo de que ciertos escépticos sean tan resueltos y determinados en política, por ejemplo, y que vacilen tanto en religion? ¿Cómo se explica que puedan más en su espíritu los argumentos aducidos en pro de un derecho dinástico, que las pruebas alegadas en pro del cristianismo? De fijo no será esto consecuencia de hallarse interesados en su honor y sus simpatías en

la primera conclusion y no en la segunda, puesto que la misma fidelidad, por más que sea bella, puede ser para él cuestion de respeto personal y de bien parecer, más bien que de intrínseca.

Afortunadamente, si el espíritu humano tiene consecuencias desfavorables á la verdad, á veces se contradice en provecho de la misma. Aun cuando el escepticismo constituya una enfermedad crónica, tiene intermitencias luminosas durante las cuales ve muy léjos en el campo inmenso de los cielos, y en este caso se escapan de sus líbios palabras casi sagradas y dignas del mismísimo Platon.

«Hay en la razon algo superior á ella misma. Sabe más de lo que ha aprendido: da más de lo que tiene, y por lo determinado de sus límites revela perfectamente su origen. El que la expuso sobre la tierra, dejó en su cuna señales evidentes de su elevada progénie, y algunas letras medio borradas de la lengua que él habla y que ella ignora completamente (1).»

¡Cuánto se eleva el hombre, cuando las creencias prestan alas á su elevacion natural! Así es

(1) M. de Remusat.

como la Providencia coloca el correctivo de ciertos males en las mismas inteligencias que los engendran.

Demostrado el azote del escepticismo, ¿cuáles son las fuentes de dónde procede, especialmente en nuestro siglo y en nuestra sociedad? El temperamento de ciertos espíritus, su alimento, su ejercicio habitual y los desencantos de la vida.

El temperamento intelectual. Muchas son las pendientes que inclinan al hombre al mal: dominante al uno el orgullo, al otro el odio, este se deja arrastrar por la lujuria, aquel por la incredulidad. Todos estos combatientes logran salvarse por medio de la lucha, mas si las inclinaciones orgánicas atenúan en nosotros los extravíos de la libertad, no basta, sin embargo, á exusarlos. Poco importa, pues, que no se experimente el júbilo inexplicable de creer si no se tiene voluntad para ello, para salvarse, no es indispensable; no se requiere una fé ciega: basta con que se tenga esta fé que reclama de Dios los aumentos de que carece: *Credo, Domine, sed au-  
dauge nobis fidem.*

Al presente, los temperamentos intelectuales hallanse inclinados á la incredulidad por una disminucion de vigor que anuncia cuando mé-

nos rebejamiento. Hase empezado por reducir á tema poético *lo vago de las pasiones*; esa vaguedad ha pasado del corazon á los espíritus, y al cabo de poco tiempo la fé, en la esfera de las cosas naturales, ha sido reemplazada por una muelle fantasía. Despues de la teoria del arte, ha venido la de la ciencia por la ciencia, abstraccion hecha de toda verdad absoluta: las ideas han sido para muchos espíritus una especie de balancin para mecerse, no un punto de apoyo para adelantar, y se ha acabado por dudar, tan solo para no tomarse la pena de concluir.

¡Pereza tanto más culpable en cuanto es más dolorosa! Nuestros padres del siglo décimo octavo, eran escépticos con la sonrisa en los labios: nosotros lo somos con el llanto en el corazon pero tronizados por la desgracia de no creer, preferimos continuar sometidos á tan terrible tortura, á hacer el esfuerzo indispensable para librarnos de ella: el desórden es grave y ha arrancado elocuentes palabras de compasion.

«Experimentamos tanto dolor en no ser verdaderos creyentes, como sentian nuestros padres en ser incrédulos: de manera, que en nuestros tiempos, se padece una enfermedad ardiente é indefinible que nuestros antepasados no conocieron. Tan pronto lanza una mirada dolorosa

hacia lo pasado, como contempla lo porvenir con ojos de esperanza, y sentado sobre los restos de sus creencias religiosas, y de su perdida felicidad, investiga el punto donde brillará la nueva fé, de la propia manera que el pastor que ha pasado la noche en arruinada choza, aguarda la aurora que no llega (1).»

Lo dicho no es en manera alguna resultado de un progreso sino de una modificación en la constitución intelectual del mundo. Fortifíquense las inteligencias, y dejarán de dudar. Porque las generaciones presentes no tengan la robustez necesaria para resistir el peso de las armaduras de la edad media, no hemos de deducir que la humanidad esté próxima á su fin. Poco importa pues á Dios eterno que algunos espíritus afeminados no puedan soportar el peso de su pensamiento: en cuanto adquieran nuevas fuerzas recobrarán la fé. ¿No constituye para esta un verdadero honor, no poder subsistir en inteligencias desamparadas y totalmente desprovistas de criterio en materia de verdadero y de falso, de bien y de mal?

(1) Silvestre de Sacy.

Además del temperamento, puede contribuir al escepticismo de los espíritus, el sistema de alimentación. Existe siempre una relación íntima entre el organismo y la naturaleza de los alimentos: pues bien, lo propio acontece en el orden intelectual. El espíritu que se asimila libros y teorías contrarias á la fé, casi siempre se envenena sin darse cuenta de ello. Si dicho espíritu tiene la firmeza y el desinterés indispensable para discutir lo que recibe, puede como Mitrídates acostumbrarse al veneno y hasta digerirlo; mas hoy en que la generalidad de los gentes lee por mero pasatiempo, más bien que para instruirse, la lectura se ha convertido para las inteligencias en un verdadero epicureismo y los libros y los periódicos, elegidos sin conciencia, y aceptados sin prevención, acaban por propagar con la mayor facilidad el escepticismo que exhalan.

¿Con qué derecho los escépticos, de tal manera formados, pretenden prevalecer contra la fé? Han hecho para perder la suya cuanto ha estado de su parte, y por consiguiente ni tienen motivo alguno para acusar al cielo, ni debemos sorprendernos de su naufragio. «Los más ilustrados buscan su pasto intelectual en los libros y revistas más en boga; los demás se satisfacen

con la lectura de algun diario escrito con espíritu detestable, y viven al día, aceptando todo cuanto se les sirve.

« Ahora bien, nada puede imaginarse más perjudicialmente combinado que tales periódicos y semejante revista para hacer la duda inevitable. Excepcion hecha de un número reducidísimo, solo se encuentran en ellos la más insolente blasfemia, lenguaje violento, el cinismo de por gusto, intolerancia exclusiva. Los que los escriben no discuten, critican; exponen y suponen; pero rara vez sacan consecuencias. Uno de sus principios fundamentales consiste en que entre las proposiciones más contradictorias no hay más que diferencias insignificantes, y el lector se acostumbra á no ver más que esas pequeñas diferencias en cuestiones tan trascendentales como la de la personalidad de Dios, la divinidad de Jesucristo y lo sobrenatural. Por supuesto que todo lo dicho no es obstáculo para que esos hombres se llamen cristianos, en el sentido mal definido de un cristianismo libre, que deja subsistir el nombre de todos los dogmas antiguos, destruyendo la cosa. En cuanto á la verdadera religion no la atacan de frente; pero minan seriamente los fundamentos en que se apoya, y establecen hábiles paralelos en contra de su doc-

trina revelada, hasta tanto que estallando la proposicion previamente dispuesta, la derriban completamente, bien que sin intencion aparente de obrar contra la misma.

« Logrado semejante resultado, apresúranse á cubrir de flores las vastas ruinas. ¡Qué es entonces el verles llorar lágrimas hipócritas sobre la tumba que acaban de abrir!..... Revista hay que, con pocas páginas de intervalo, ofrece un artículo formalmente ateo, al lado de otro inspirado por la más sólida ortodoxia; pero las dectadas concesiones hechas á la verdad, léjos de aprovecharle, sirven solo para añadir nuevas garantías, y más fascinadora seduccion á los sistemas erróneas.

« Así se explica el que lo verdadero y lo falso, el sí y el no, se mezclen y confundan en los espíritus incapaces de discernir del modo conveniente, hasta tanto que extraviados en esos caminos que se entrecruzan, y cansados de tanta contradiccion, los más moderados ven en la duda el lugar de descanso y la más sublimada sabiduría [1].»

Apelo á la buena fe de los incrédulos que por

[1] El Edo, Baunard, La duda y sus victimas.

tal manera han hecho su educación religiosa: ¿A quién pueden achacar la responsabilidad de su escepticismo? Apelo principalmente á los que se dejan dirigir por tales jefes. ¿Qué prueba ese escepticismo? Que el hombre tiene la libertad necesaria para alterar la salud de su espíritu como la de su cuerpo, por medio de un régimen insalubre; pero de ninguna manera, que los enfermos estén mejor que los que gozan cabal salud.

Además del alimento mal sano, ciertos hábitos intelectuales pueden ser un tercer disolvente de toda convicción robusta, y por consiguiente un nuevo manantial de escepticismo. Nada predispone tan fácilmente á dar la misma importancia á lo verdadero y á lo falso, como la costumbre de defender del mismo modo las buenas causas que las malas. Resulta de esto la existencia de toda una familia de espíritus, que viéndose compelidos por su estado á sostener el pro y el contra, hállanse por demás expuestos á caer en el desden del uno y del otro.

El escritor que ha prestado su pluma á todos los partidos; que ha combatido en todos los campos; que ha visto á los hombres públicos en escena y entre bastidores, acaba por deducir de semejante espectáculo, la triste convicción de

que la vida humana es una comedia en la cual lo blanco y lo negro, pueden ser sostenidos con éxito igual, no siendo lo más importante la moralidad de la acción, sino la habilidad del actor, y mas especialmente la cifra de sus honorarios. Ahora bien, es muy justo que ese escritor despues de haber empleado su vida jugando con la mentira, obtenga como castigo la vergüenza de no creer en la verdad.

El abogado que hace profesion de cubrir el crimen con los colores de la virtud, siéntese enternecido en presencia de los monstruos, y más son los culpables á quienes declara inocentes, que los inocentes á quienes logra salvar. Después de muchos años pasados en hacer brillar con idéntico esplendor el bien y el mal, no tiene nada de particular que el sentido moral se ofusque; que se tenga más fé en la palabra que en la verdad, y que no se vea en la religion otra cosa más que una causa que se ha defendido como tantas otras... con circunstancias atenuantes.

El hombre político que ha prestado cuantos juramentos se han exigido de él, y á veces hasta aquellos que no se le han reclamado; que ha pronunciado discursos en defensa de todos los

sistemas de gobierno; que ha servido á todos los partidos, burlándose de todos los principios, y que habiendo ultrajado la verdad bajo uno de sus aspectos, se ha creado obstáculos él mismo para contemplarla bajo el aspecto opuesto, ¿puede quejarse con razon si procediendo sin la natural moralidad, pierde sus convicciones sobre naturales?

El filósofo que se consagra á la especialidad de crearse dificultades sin resolverlas, júzgase satisfecho, no cuando ilustra á la humanidad, sino cuando, á la manera de Kant, la encierra en un callejon sin salida. "No soy más que un Júpiter amontona nubes, decia Bayle hablando de sí mismo; mi talento consiste en formular dudas." Muchos de sus sucesores no han hecho, otra cosa, sin exponerlo tan claramente. Pero, ¿qué resulta de semejante costumbre? Que esos hombres caen desde la filosofía á la sofística, y que acaban por no ver en lo verdadero y en lo falso más que dos ilusiones de un color distinto, susceptibles de ser mezcladas á todas dosis, merced á una hábil prestidigitacion del espíritu.

Así se explica que la moralidad del hombre de inteligencia pueda depender de su régimen. Existe un escepticismo hasta natural, harto peligroso para la conciencia, que contrae á veces

esta enfermedad no tanto por haber seguido la naturaleza, como por haberla corrompido.

Finalmente el desencanto de la vida, puede igualmente reducir ciertos espíritus á la triste condicion que nos está ocupando. Si el hombre procediera lógicamente, no debería dejar de creer en sus semejantes hasta tanto que hubiese dudado de Dios; mas por una contradiccion que no obstante ser frecuente, resulta inexplicable, deja de creer en Dios en cuanto ha dejado de creer en sus semejantes. ¡Triste asunto de meditacion el estudio de ese trabajo íntimo de las almas!

Los que han mandado durante mucho tiempo, acaban á veces por sentirse tan cansados de la vida, como los que de ella han abusado; á fuerza de mirar y contemplar á la humanidad bajo todos los aspectos imaginables, han llegado á descubrir en los repliegues de su alma, tan vergonzosos misterios, que se sienten inclinados á negar la alta sabiduria del Dios que la formó. Son tantas las injusticias que han visto; los egoísmos que han tocado; las ingratitudes que han debido experimentar; los sentimientos ruines que á cada paso se les han ofrecido, disimulados bajo las más bellas apariencias, que les asalta el pensamiento de si la vida, en lugar de una prueba santificadora bajo la mirada de Dios,

no es más que un juego en el cual todas las probabilidades están en favor del más astuto y del más fuerte. Solo la fe puede influir en que encuentren al hombre grande hasta cuando se rebaja, por lo mismo que únicamente la fe puede ver en el hombre la imagen del Creador y el precio de una redención infinita.

Y sobre todo, sólo la humanidad puede servir de salvaguardia á su fe, víctima de las tentaciones resultantes de los sufrimientos de la autoridad, puesto que de cuantas autoridades existen, ninguna tiene tanto derecho á ser severa como la de Dios, y sin embargo Dios ama á esta humanidad, que no vacilamos en maldecir, como si de ella no formáramos parte! Pues bien, vosotros los que desconfiáis del Creador, porque os sentís heridos por sus criaturas, os condenáis, sin daros cuenta de ello, puesto que con vuestras acusaciones demostráis únicamente que tenéis menos paciencia que él.

Pero además de las decepciones que son resultado del mando, pueden tambien ser motivo de blasfemia las ventajas que provienen del mismo. Los halagos de la vida quitándonos la fe humana, ponen en peligro la fe divina en nuestras almas. Existen áeres francos, ingenuos, y sencillos que hacen su peregrinacion sobre la

tierra con la sonrisa en los labios, sin comprender la glacial filosofia de la desconfianza, pero llega un dia en que habiendo tocado de cerca la falta de sinceridad en los amigos, la carencia de desinterés en las opiniones, la miseria y la ruindad de los grandes, el servilismo y versatilidad de los pequeños, se hacen incrédulos por exceso de decepcion. Champford ha dicho: «A los treinta años es indispensable que el corazon ó se haga pedazos ó se cubra de bronce.» No es caso extraño que al estallar de dolor el corazon se metalice por medio del escepticismo. Ya lo hemos dicho: El que no cree en el amor, no puede creer en Dios.

Ahora bien, vosotros los que haceis un cargo á Dios por no haber fijado vuestra adhesion, aun cuando hubiese sido por un medio violento, examinad ántes si sois dignos de semejante favor, ó por lo ménos si no habeis empezado por hacerle interiormente la oposicion.

UNIVERSIDAD DE NÚMERO DE NUEVO LEÓN  
CENTRAL DE BIBLIOTECAS



...segunda...  
...tercera...  
...cuarta...  
...quinta...  
...sexta...  
...séptima...  
...octava...  
...novena...  
...décima...  
...undécima...  
...duodécima...

### CAPITULO V.

#### EXCESO DE RAZONAMIENTO, AUSENCIA DE SENTIMIENTO, PREDISPOSICION A LA INCRECULIDAD.

Un obscura geometra del siglo décimo séptimo, que asistia á la representacion de la *Ifigenia*, en cuanto hubo terminado el espectáculo volviöse á su vecino, y le dijo: *¿Pero bien y esto qué prueba?*

Este matemático representa el estado de muchas inteligencias respectivamente á la religion. Desprovistas de corazon, al contemplarla, solo logran verla á medias, porque ella es al par luz y amor, y en tanto que se hurta á sus miradas una parte de la antorcha divina, acusan á la au-

torcha en lugar de achacarlo á la insuficiente extension de su mirada.

¡Cuántos hombres hay que tan sólo son in-completos porque no sienten, y cuantos que son incrédulos únicamente porque son incompletos!

El afecto, cuando no es pernicioso, constituye un complemento indispensable de la superioridad, y la superioridad cuando es verdadera, es decir, la perfeccion de la exactitud, predispone á la fé.

Contraste sobre el cual no se ha fijado debidamente la atencion! El amor desarreglado constituye un principio de ceguera. La mitología tradujo esta verdad valiéndose de una imágen muy expresiva, al echar una venda sobre los ojos de Cupido. En cambio, el amor debidamente ordenado, á la intuicion del corazon añade la del espíritu y constituye la reunion de esos dos focos que producen el dia completo en la razon del hombre.

Y no se crea que esto sea una derogacion de las leyes de la naturaleza, en efecto, el calor desarrollado hasta cierto grado produce la luz: es conforme á esta economía que, en un órden superior, el fuego engendra también la claridad. Seria curioso saber hasta qué punto descenderian los conocimientos de la humanidad, el dia

en que le fuese arrebatado el suplemento de luz que le resulta de la simpatía.

Conozco muchos escritores de libros y revistas y muchos libre-pensadores de salon que presumen ser incrédulos por exceso de razon, y que lo son únicamente por indigencia de sentimiento. Consiste esto en que si basta nuestro espíritu para darse razon de la fé, la sensibilidad por sí sola no alcanza á más que á hacernosla saborear: una religion de amor ha de ser forzosamente un enigma para los que no aman.

Un publicista contemporáneo echa en cara á la fé cristiana el exigir de nosotros el sacrificio *de la mitad que piensa, á la mitad que llora*. No pasa esto de ser una sutileza indigna. Porque la mitad que llora, léjos de ser en el hombre resultado de inmolation, es extension de la que piensa. Cuántos han sido los hombres á quienes, para llegar á ser verdaderos gónios, solo faltó haber llorado más! Del corazon, dice Vauvenargues, es de donde proceden los grandes pensamientos, y como quiera que es el corazon el que duda, en la mayor parte de las gentes del mundo, añade el propio moralista, cuando el corazon se convierte, nada queda por hacer. Hé ahí la razon en virtud de la cual, si se distingue más difícilmente la naturaleza al tra-

vés de una mirada velada por el llanto, por punto general véense mejor las cosas de Dios.

Por consiguiente no se conoce al hombre cuando se cree que su espíritu contiene toda su razon. Consiste esta en una proporcionada fusion de inteligencia y afecto, y estas dos cosas se armonizan tan perfectamente la una por la otra, que aquel á quien falta el corazon, tiene en este mero hecho mutilada la inteligencia. Este hombre se cree sin ilusiones y es el juguete de la más grosera de ellas: la de creer que el pensamiento es más seguro, cuando está privado de las luces del amor.

No, la escasez de corazon no constituye equilibrio de espíritu, lo que produce es disminucion de juicio. ¿Debe sorprendernos, pues, que semejante laguna influya en que sean menos perceptibles las luces de la fé?

Los hechos deponen en favor de esta verdad. ¿A qué edad empieza generalmente á dudar el hombre? Cuando los paroxismos de la sensacion han agotado su sensibilidad; cuando las pasiones han aspirado en él la vida del corazon en provecho del organismo; cuando la impotencia de su sentimiento, en fin, con el agotamiento de la simpatía, han echado sobre él el germen de todos los esceptismos.

Y en cambio, ¿á qué edad empieza á creer nuevamente? En plena madurez intelectual, es decir, cuando el corazón ha recobrado su imperio sobre la carne, y cuando la facultad de sentir, repuesta de la fatiga de las tempestades, ha vuelto á su estado normal. El otoño de la vida humana es indudablemente la estación más saludable, y con razón se ha dicho, que si en ella es más triste la tierra, en cambio se ve más bien el cielo.

Ni es menester la pérdida total del corazón para que se resienta nuestra fé: basta para que vacíe, que nuestras facultades simpáticas se empequeñezcan. Hasta la vida de los creyentes ofrecen fases tristísimas durante las cuales vése el cielo de color aplomado, resultando adormecido el fervor religioso. Durante ellas se cree en Dios como se cree en la existencia del sol en uno de esos días nebulosos de Diciembre, en los cuales no pueden llegar á nosotros ni su luz ni sus tibios rayos; mas cuando menos podría esperarse, el astro disipa las nubes, brota de nuevo el calor íntimo, el corazón que al parecer había cesado de latir aporta á la fé el contingente de afecto que la completa, y desde el momento en que ama más, el cristiano cree más fácilmente.

Horas privilegiadas de regreso á la fé viva

mediante las luces del amor: todo aquel que ha vivido concentrado en sí mismo, os ha experimentado y bendecido.

Si ha existido en tiempo alguno un genio capaz de creer firmemente por la mera fuerza de la razón, ha sido el genio de Pascal. Y sin embargo, ese pensamiento austero, ese incomparable geómetra no ha podido menos que reconocer que Dios solo llegaba al espíritu, en fuerza de una especie de reflexion; es decir, despues de haber herido la parte afectiva del alma; por esto define la fé. *Dios sensible al corazón*, y ha formulado la ley que dice: *Solo se penetra en la verdad por el camino de la caridad* (1).

Gracias á esta economía, cada una de nuestras percepciones, por más que sean inmateriales, tiene su lugar correspondiente, ó más bien su mediador en uno de nuestros órganos materiales. El oído es para nosotros el medio por el cual distinguimos los sonidos, el ojo el que nos deja percibir la luz, la mano es el órgano del tacto, el cerebro el del pensamiento, el corazón el del amor y la fé.

En vano pretende la fisiología materialista

(1) Pensamientos.

que las cosas que salen del corazón pertenecen al dominio de las ilusiones. El hombre puede dudar de la verdad de sus pensamientos, más bien que de la realidad de sus sentimientos. Dios, al establecer la fé sobre el amor, la ha establecido en el fundamento más firme de nuestro ser. Si Descartes hubiese dicho: amo, luego soy, acaso no se habría atrevido jamás la humanidad á poner en duda la rotunda y conmovedora verdad de semejante criterio. Hé aquí por qué al contemplar sobre nuestro horizonte el crepúsculo del racionalismo, lejos de ver en él un desenvolvimiento de la razón, contemplamos la invasión del egoísmo. Es decir, que si se va menos á Dios, no tanto proviene de que se hayan abierto más los ojos, sino de haberse cerrado más el corazón.

Por esto aun cuando, segun el orden teológico, la fé engendra el amor, frecuentemente lo que como hecho natural acontece, es que se realice todo lo contrario. Facilísimo nos sería confirmar lo que acabamos de decir, valiéndonos de palabras procedentes de espíritus superiores, si no hubiésemos aducido ya este testimonio. Así podríamos recordar á San Agustín, exclamando en el paroxismo de la convicción, embriagado de felicidad; *Amar es ver*; ó á San Juan ense-

ñándonos que el principio del conocimiento de Dios por el hombre es el corazón. Por desgracia, los hombres de corazón son contados; en cambio los que presumen serlo son muchísimos, y si en materia de religion no hay incrédulo alguno que se recuse, por causa de mediocridad de sentimiento, proviene de que su amor propio es tan intenso como invencible. Fácilmente se habla mal del propio espíritu, ha dicho Rochefaucault, mas ¿quién ha maldecido jamás de su corazón?

UNIVERSIDAD

JANU

UNIVERSIDAD

NOMA DE NUEVO HÓN

RAL DE BIBLIOTECAS

®

entusiasta de los poetas y artistas. Y aquí se vé que ciertos extremos intelectuales, con ser por demás distintos, son completamente iguales en sus efectos contra Dios.

¿Qué diferencia hay entre una imaginación desenfadada y un desarreglo mental? ¿Dónde acaba el delirio de la inspiración? ¿Dónde comienza el de la locura? Ciertamente la razón universal no se equivocará jamás sobre este punto de demarcación; pero tampoco debe pasar desapercibido que de esto, mejor aun que de otras muchas cosas, puede decirse que los extremos se tocan. Los materialistas han definido el góno, una neurósis cerebral. ¿No hay acaso incredulidades provenientes de la misma afección?

No cabe dudar que el góno será siempre lo sublime del buen sentido; sin embargo, en algunas artes de imaginación, parece excluirlo. ¿Debe sorprender por ejemplo, que autores acostumbrados a crear ficciones, á nutrirse de ellas, á venderlas á alto precio, en una palabra, á jugar incesantemente con lo falso, concluyan por mirar con repugnancia la verdad esencial? Nada más antipático á la inmutabilidad del dogma que la versatilidad de la fantasía.

El capricho de la musa, para los hombres dotados de imaginación ardiente, es la primera ra-

## CAPITULO VI.

EXCESO DE IMAGINACION  
Y DEFECTO DE RAZON, NUEVO MOTIVO DE DESE-  
QUILIBRIO PELIGROSO PARA LA FE.

El presente capítulo constituye el reverso del que precede.

Así como el raciocinio llevado al extremo, cuando no está contenido por este discernimiento exquisito que nace del corazón, es perjudicial á la fé; de la propia suerte el exceso de imaginación, cuando no se halla regulada por el buen sentido, conduce al mismo resultado. Lo primero constituye la fría incredulidad de las almas empedernidas; lo segundo la incredulidad

zón de su incredulidad. Para ellos lo importante no es la verdad absoluta, sino la verdad del color: no enseñan, pintan. El pro y el contra tienen para ellos los mismos atractivos, con tal que puedan de ellos obtener idénticos brillantes efectos, y si la blasfemia no tiene para ellos encantos, consiste únicamente en que representa la originalidad en materia de creencias.

«Cada pasión al pasar por mi alma  
arranca de ella dulcísima armonía.»

Tal es la regla, ó más bien el desarreglo negligente á que se atemperan. Desgraciado pues de aquel que les escucha como oráculos, cuando no son más que débiles ecos! Cierta que hoy cantan la impiedad; mas esperámos, los vientos cambiarán, y á su impulso la lira dejará oír sonos piadosísimos.

Además del capricho de la imaginación, suelen extravai también al géaio los accesos de la impresionabilidad. La sensibilidad normal puede ser un guía para el espíritu, porque es una delicadeza de la razón; pero la sensibilidad enfermiza oprime la inteligencia, y la hace zozobrar en vez de perfeccionarla. En semejante situación el corazón humano, según la expresión de la Escritura, padece una extraña fantasmá-

goria; *cor tuum phantasias patitur* (1) Conmovido hasta sus pliegues más íntimos, devora incomprendibles melancolías, lanza al cielo anatemas desprovistos de sentido común, y forma increídulos por desencanto. Byron, J. J. Rousseau son las representaciones genuinas de estos genios no comprendidos, que tocando á lo sublime por uno de sus extremos, caen por el opuesto en lo absurdo y blasfeman, más bien que por haber penetrado los enigmas del mundo, por pasar por él sin saber siquiera lo que pretenden.

Comprendo que el tormento del talento dominado por la imaginación, pueda causar una noble inquietud, cuando proviene de la paciente investigación del ideal, y de una aspiración ardiente hácia lo infinito: hay más aun, consideraos bajo este punto de vista, el artista y el poeta, tienen algo de fatídico, si no queremos decir de divino. Si, cuando se apoderon de los generosos impulsos de la humanidad para conducirlos á Dios, término de todo reposo, la alivian del peso de su llanto interminable y elevándola se elevan; mas cuando no saben verter en el seno del infinito el sobrante de sus emo-

(1) Eccl, 24 5

ciones, este licor que fermenta dentro de un vaso sin salida, acaba por hacer estallar el vaso que le contiene, no siendo extraño que el hombre inspirado, desde el trípode en que se hallaba establecido, vaya á parar á la celda de un manicomio. De aquí nace la opinion vulgar que considera el génio artístico como una especie de estacion intermedia entre el buen sentido y la locura, y desde la cual más fácilmente puede llegarse á esta que volver á aquel. Es extraordinario el catálogo de nombres que se colocan debajo de la pluma para confirmar la opinion popular, nombres que citaria, si el respeto debido á tales desventuras no aconsejara la discrecion.

Es indudable que Childe-Harold, Werther, René, Joselin, Rolla, y tantos otros tipos del mismo género como podriamos citar, personifican la humanidad bajo uno de sus más interesantes aspectos; mas tambien es preciso reconocer que esos grandes infortunios, más bien que excitar piedad en el corazon, proporcionan cansancio y fatiga á la conciencia. Desde luego el corazon, al fijarse en ellos, experimenta el efecto producido por esos niños llorones, que vierten lágrimas para proporcionarse el placer de que se les contemple: despues de esto la conciencia se agusta al considerar que se hallan en

una situacion tirante y comprometida, puesto que no les ofrece más salida que la desesperacion, si se empeñan en no creer.

Por punto general los poetas prefieren lo primero á lo segundo por juzgarlo más bello; pero lo peor es que hay almas ingenuas que creyendoles de buena fé, experimentan al par de ellos esa atraccion vertiginosa.

Y sin embargo, ¿en qué consiste el valor lógico de esas líricas extravagancias? ¿No depoen más bien contra la razon de los poetas, que contra la verdad de la fé?

Resumamos los dos capítulos, deduciendo de ellos la moralidad que encierran. ¿En qué consiste que ciertos espíritus razonadores y consagrados á las abstracciones, sean hostiles á la religion? En que piensan sin corazon. Recuerdo á propósito de esto un testimonio de Rousseau que podriamos agregar á tantos otros. "Razonar constantemente, dice, es la máxima de los espíritus mezquinos. . . . Un corazon recto es el primer órgano de la verdad".

En cambio, ¿por qué razon ciertas organizaciones artísticas ofrecen á la religion idéntica resistencia? Porque su imaginacion y su razon en vez de formar un todo armónico, constituyen un

conjunto desproporcionado, en el cual gobierna la imaginación.

¡Siguese de estas premisas que el hombre corre peligro de condenarse, por haber tenido sobra de imaginación, ó falta de sentimiento! No; puesto que no tiene más obligación que buscar por guías en materia de fé, maestros que no carezcan ni de corazón ni de razón; además y principalmente está obligado á vigilarse á sí mismo, á fin de no perder cosa alguna ni de su corazón ni de su razón, puesto que éstos son los dos ojos por cuyo medio penetra en el mundo sobrenatural, y con el auxilio de ambos, ve mucho mejor que con el de uno solo.

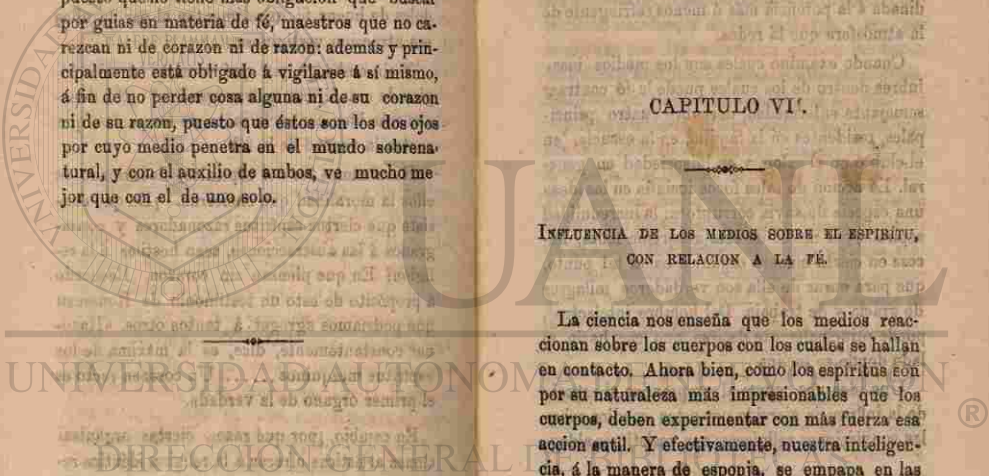
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES  
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES  
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES PSICOLÓGICAS

(1) En el mundo natural, el hombre se encuentra en un estado de equilibrio entre la razón y la imaginación. Sin embargo, en el mundo sobrenatural, la imaginación puede volverse dominante, lo que puede llevar al hombre a perder su conexión con la realidad y a caer en el error. Por lo tanto, es esencial que el hombre mantenga un equilibrio entre ambos aspectos de su naturaleza.

### CAPITULO VI.

INFLUENCIA DE LOS MEDIOS SOBRE EL ESPIRITU,  
CON RELACION A LA FÉ.

La ciencia nos enseña que los medios reaccionan sobre los cuerpos con los cuales se hallan en contacto. Ahora bien, como los espíritus son por su naturaleza más impresionables que los cuerpos, deben experimentar con más fuerza esa acción sutil. Y efectivamente, nuestra inteligencia, á la manera de esponja, se empapa en las corrientes en que está sumergida, hasta tal punto, que muchos hombres que se jactan de ser





autores de su incredulidad, no son otra cosa que meros recipientes más ó ménos pasivos (1).

Segun otra ley física, la luz es más ó ménos refractada, segun la diferencia de los medios que atraviesa. Pues bien, la luz intelectual, en su modo de transmision, hállase tambien sujeta á la potencia más ó ménos refringente de la atmósfera que la rodea.

Cuando examino cuales son los medios insalubres dentro de los cuales puede la fé contraer semejante enfermedad, descubro cuatro principales, residentes en la familia, en la escuela, en el club ó en el salon, y en la sociedad en general. La accion de tales focos insinúa en las ideas una especie de savia corruptora: la incredulidad aspirada por medio de esta absorcion lenta, hácese en cierta manera orgánica hasta tal punto, que para curar de ella son verdaderos milagros de gracia y de trabajo. Del hombre intelectual, puede principalmente decirse, que cae hacia el lado donde se inclina.

Una idea nos ocurre al emprender el estudio de la influencia ejercida por estos medios sobre las convicciones religiosas; nos resistimos al de-

(1) Tomo I cap. 4º

ma de la Iglesia, es decir, á la idea de vernos censurados y enseñados, sin apelacion, por una autoridad superior, y desnaturalizamos esta creencia; forjandonos falsas Iglesias, cuando renunciamos á la verdadera. Tal existe, que se juzgaria humillado inclinándose ante la decision de la sociedad católica, y que sin embargo, jura por la dictada por las asambleas ménos infalibles. Entre esos oráculos de mera convencion, el primero que se ofrece al hombre es la familia.

No hay un solo hombre que en lo moral, más aun que en lo físico, no lleve impreso el sello de la familia. La familia no forma nuestras convicciones por medio de argumentos, sino con su amor y sus palabras, como hace Dios, resultando de aquí que su accion se ejerce de una manera misteriosa, que recuerda la de la gracia: Podria decirse que viene á ser una especie de inoculacion que se extiende en la sangre del niño y que brota en las ideas del hombre maduro, con la energia latente y fatal de las disposiciones nativas. Por esto, así como existe la fé infundida por el bautismo, hay tambien la incredulidad infundida por la educacion, y si los dos fenómenos difieren en cuanto á la causa, en cambio son muy análogos por lo que mira á sus efectos. No debe, pues, sorprendernos la existencia

de espíritus de tan difícil enderazamiento, como lo son ciertos miembros del cuerpo que tienen un vicio de conformación. Lo que desde este punto de vista hace una madre, es tan indestructible, que la Iglesia con todas sus fuerzas y á pesar de ser también madre, no puede alcanzarle de manera, que tratando con esta potencia de igual á igual, y aun dejándose vencer por ella, no debe hacerse un cargo á Dios por esta derrota, teniendo en cuenta que cuanta mayor libertad nos concede, más honra dispensa á nuestro mérito y á su liberalidad.

¿De qué manera se realizó la conversión de San Agustín? Algo influyó, indudablemente, la larga peregrinación realizada en el mundo de las falsedades; pero lo que contribuyó principalmente, fué la influencia de aquella madre tierna, á quien predijo San Ambrosio, que no parecería el hijo que tantas lágrimas había causado. Un poco, por la inclinación espontánea de su genio hacia la verdad abstracta; pero mucho más, en virtud de la sublime aparición de la verdad, bajo los rasgos del amor maternal, que logró conseguir gracias, á las perseverantes súplicas de Mónica.

Por lo mismo que el hogar es el primer laboratorio de las doctrinas, vemos confundirse á

cada paso la historia de estas con la historia de aquel. Cuando Byron exhalaba el último aliento en Missolonghi, el día de Pascua de 1822, en tanto que llegaban á sus oídos los acentos del pueblo griego que cantaba en las calles; *Cristo ha resucitado*, el poeta, en vez de pronunciar este nombre adorable, que habría endulzado su agonía desesperada, moría exclamando: «¡Mi hija, mi hermana!» objetos de un culto sagrado sin duda alguna; pero que si bien basta algunas veces para volver á Dios, no puede en manera alguna reemplazarlo.

Y si la religión de Teodoro Jouffroy lleva ese sello de desesperación que la convierte en una especie de propaganda religiosa, ¿á quién debe la gloria de sus remordimientos? El mismo, ¿quien nos lo dice:

«Encontrábame bajo el techo en que habían discurrido los días de mi infancia, rodeado de las personas que con tanta ternura me habían educado, en presencia de los objetos que tanto me impresionaran, que tan hondamente me habían conmovido, que tan profundamente habían tocado mi inteligencia en los días más bellos de mi primera edad. Cada voz que llegaba á mis oídos, cada objeto que veía, cada uno de los sitios á que dirigía mis pasos, despertaba

ba en mí, recuerdos que juzgaba completamente extinguidos, que eran otras tantas impresiones desvanecidas de esa edad hermosa; al refugiarme en mi alma, esos recuerdos y esas impresiones no despertaban en mí el eco más ligero. Todo permanecía como ántes, menos yo mismo! En la iglesia se celebraban todavía las festividades y se honraban los mismos santos misterios del mismo modo que ántes, al llegar la primavera bendecíanse los campos, los bosques y las fuentes como había visto en mi edad primera, en la casa de mis padres se levantaba, en día determinado, el altar guarnecido de flores y verdura como se hacía en mi infancia: el sacerdote que me inculcara las máximas de la fé, aun cuando había envejecido, permanecía entre nosotros creyendo siempre, y cuanto yo amaba, cuanto me rodeaba, tenía el mismo corazón, el alma misma, idéntica esperanza en la fé. (Solo yo la había perdido; solo yo estaba en el mundo sin saber cómo ni por qué: solo yo, sabiendo mucho, lo ignoraba todo: solo yo me sentía vacío, agitado, privado de luz, ciego, inquieto (1).)

(1) Nueva miscelánea, p. 199.

Esos recuerdos de infancia de Jouffroy combatían su incredulidad; mas, ¡cuántos son aquellos que junto á su cuna encuentran lecciones completamente contrarias! Cuando el vulgo ve á personas eminentes negando la religión, presume que proviene de que han hecho descubrimientos decisivos contra ella, siendo así que, por un punto general, consiste en que tuvieron un padre indigno del augusto sacerdocio que se le había confiado. La fé nos viene ordinariamente como la sangre, por transmisión genealógica, y puesto que, en general, la familia hace más bien á los incrédulos que estos se hacen á sí mismos, es excusado buscar á su incredulidad una autoridad distinta de la de las preocupaciones de la educación.

Sé que de la fé puede decirse otro tanto; mas de seguro que las razones no serán las mismas. La familia, al inculcar á los pequeñuelos santas creencias, obedece á la voz de la naturaleza: la familia que enseña blasfemias procede contra ella. Ahora bien, cuando está de acuerdo con la naturaleza se impone á nuestro respeto, y cuanto es desnaturalizado merece nuestra reprobación.

La escuela, después del hogar doméstico, es el crisol más ordinario de las convicciones. Los

padres son discretos en su profesion de incredulidad en presencia de la familia, sea porque les contiene el pudor, sea porque temen las consecuencias que contra su propia felicidad podrian resultar. La escuela procede con ménos reserva: en primer lugar, porque no es madre; y despues, porque nada debe temer de la impiedad de sus discípulos. Conocido es el hecho de aquel famoso profesor de Veies que, cuando la ciudad estaba sitiada, so pretexto de llevar á paseo á sus discípulos, sacólos y los entregó al enemigo: pues bien, muchos son los profesores que han hecho traicion á la confianza de las familias, entregando á sus hijos al más cruel de los enemigos: el escepticismo!

El hombre no comienza á dudar ó á afirmar su incredulidad, cuando se encuentra en la edad madura, y bajo los esplendores de un cielo sereno, y en el apogeo de la razon, sino que por el contrario y por punto general, forma semejante juicio en la escuela, entre los trece y diez y ocho años, cuando sus pasiones tienen toda la fuerza de la juventud y su espíritu todas las vacilaciones de la adolescencia. Despues de haber levantado sus negacion en el aire, vivo sobre ese fundamento movable hasta el término de su carrera, y no es raro que llegado á la vejez continúe

negando, basado en su exámen de colegial. Así se explica, que bajo pretexto de progreso muchos incrédulos entreguen su espíritu á preocupaciones juveniles, es decir á *prioris* completamente gratuitos, de tal manera que el cristianismo será siempre condenado en su tribunal, sin que en tiempo alguno se le haya escuchado.

Si se suprimieran en nuestro país todas las incredulidades que han nacido en el liceo, en el colegio de Francia, en Saint Cyr, en la Escuela Normal, en la Politécnica, en la de Minas, y en otros establecimientos del propio género, seríamos casi un pueblo de verdaderos creyentes. Acaso habria más crueldad que necesidad, en enumerar todas las víctimas á quienes la Universidad arrebató su fé, sin proporcionársles en cambio, la moralidad necesaria para llenar el vacío que resultaba en su corazón.

Téngase en cuenta que esta influencia no es exclusivamente propia de nuestro suelo. Así como los hombres llegan al cristianismo por la enseñanza, también por medio de la enseñanza dejan de ser cristianos. Cuando Silvio Pellico escribió estas hermosas palabras: «Estudié y ví que un católico puede como el gran Voltaire, rezar humildemente su rosario, sin que por esto deje de ser una inteligencia elevada, prespicaz y ro-

busta," expresaba la profunda reaccion que debió experimentar su espíritu, contra las corrientes pseudo-científicas en que se vió á punto de zozobrar. Si Schiller llegó á perder un instante la ingénuu fé que su tierna madre la inculcara, cuando colocada entre él y su hermana Cristobalina les explicaba el Evangelio del día, y en los festivos les acompañaba á la iglesia, proviene de que desde la aldea de Marbach pasó á la escuela llamada de Cátlos, en Wurtemberg donde en cambio de la desgracia de dudar mucho, obtuvo la ventaja de aprender muy poco. ¡No bastó á Hegesippo Morsau el simple recuerdo de los padres que fueron sus maestros en el Seminario de Avon, para que concibiera estas palabras de arrepentimiento:

Un tiempo fué: mis labios infantiles,

Abriáanse gozosos para orar

Y en los días más grandes de la Iglesia,

Ante el Señor, hincadas las rodillas,

Flores y preces le rendía al par.

Después de estos ejemplos y otros muchos que podríamos aducir, con tal que el hombre está algo iniciado en los misterios del alma, comprenderá que es por demás difícil borrar comple-

tamente la huella de una primera educacion. Por lo demás, ofrece ménos dificultad el romper á los espíritus que el curarlos; el plantar un arbusto que el enderezar un árbol, y por esto le cuesta tanto á la religion el corregir los males que la escuela lleva á cabo con tan poco esfuerzo. En un principio habria bastado dirigir un solo argumento á ese jóven libertino encauagado en la duda, argumento expresado por las bellísimas palabras de Bossuet: «Limpiad el templo de Dios, y penetrará nuevamente en él; mas al presente para alcanzar idéntico resultado, para enderezar este cuerpo torcido, es indispensable la realizacion de prodigios de que Dios se muestra avaro, por lo mismo que son contados los mortales dignos de ellos.

Al salir el jóven de la escuela, halla en su camino nuevos medios que influyen para que la fé se debilite y en ocasiones acabe por extinguirse: me refiero á los clubs, á los casinos y á los salones. No en vano y repetidas veces hemos hablado de la influencia ejercida por las sociedades secretas sobre sus afiliados. El error ha tomado de la verdad sus catacumbas, porque en esta existencia subterránea encuentra un poder y un encanto fascinadores. No nos volveremos á ocupar en los funestos efectos de este alista-

miento; pero harémos notar, sin embargo, que la incredulidad debe contar muy poco en el poder que ejerce sobre las almas, cuando para asegurarse de ellas exige el juramento. La fé que está más segura de su derecho y de su imperio, solo exige del cristiano meras promesas y promesas tales que se reducen al *buen propósito*.

Las clubs, los casinos y los salones reúnen un público más numeroso que los cenáculos de la francmasonería, ejerciendo también una influencia de proselitismo á la cual son muy pocos los que pueden jactarse de escapar completamente. ¡Cuántos son los que no queriendo prestar crédito á los imponentes asertos de la Iglesia, son escépticos, sin mas fundamento que las palabras de un decidor ingenioso que goza gran prestigio en la sociedad de que forman parte!

Consiste esto en que las malas compañías no son ménos temibles para la fé, que para las buenas costumbres, y esas malas compañías encuentran confundidas con las buenas. Por lo demás la incredulidad, lo mismo que la fé, tienen un poder de comunicacion excesivamente rápido y se exhalan del alma que las encierra como perfume por demás penetrante. Así se explica que el contacto habitual con alma creyente baste para hacer inquebrantables nuestras creencias y

que las quejas y suspiros de un vecino escéptico, nos hagan partícipes de sus vacilaciones. ¡Dichoso aquel que sabe ponerse á cubierto de esas emanaciones contagiosas, y atender á su fé como á su salud, proporcionándola constantemente la temperatura apropiada á sus necesidades!

Segun una frase popular, los amigos se reúnen porque se parecen: lo contrario resulta á veces más exacto, puesto que, en el orden de las ideas religiosas sobre todo, los amigos acaban por parecerse á consecuencia de haberse reunido. Todo aquel que conoce debidamente los círculos literarios de París, sabe donde y de qué manera se ha formado, de dos siglos acá, la mayor parte de los incrédulos. Si, de esas reducidas iglesias del libre pensamiento nacen tantos y tantos descreídos que dan vida á otros muchos; pero cuando puede apreciarse la ligereza habitual de ese comercio de inteligencias, se sabe cuál es el valor dogmático de las negaciones que resultan. De un manantial corrompido, no deben esperarse aguas puras.

«Dos cosas existen, dice el conde de Maistre, cuyo recuerdo difícilmente puede olvidarse, el

sol y los amigos. Convengo en ello; pero debiendo hacer constar además, que las amistades intelectuales dejan generalmente en nuestra vida una huella más profunda que las resultantes del afecto: de manera que si son muchas las gentes que piensan mal, no tanto depende de que haya muchas nubes que nos ocultan la verdad, como de la existencia de pocos hombres que guarden á sus pensamientos las consideraciones debidas puesto que, en la eleccion de sus amigos de la cabeza, no ponen el mismo cuidado que en la de sus amigos del corazon.

Hay sin embargo una sociedad más extendida que aquella en que pasa el hombre sus veladas, y es aquella en que discurre su existencia: me refiero á la gran familia nacional á que pertenece, y en la cual se empapa, sin darse cuenta de ello, en los principios de la fé, ó en las máximas del escepticismo.

Lo hemos dicho ya, el hombre no puede ser eternamente castigado por el crimen de haber nacido en una zona ó en un período histórico sin religion. Dios mide la responsabilidad que nos impone, según los auxilios que nos presta; mas obligación nuestra es examinar detenidamente, antes de prestar nuestra confianza á un corifeo

de la impiedad, si no cree por proceder de un lugar en el cual todo el mundo es incrédulo, más bien que por militar en su favor razones poderosas para ello.

El espíritu público es un receptáculo inmenso de vida intelectual, donde, sin darse cuenta de ello, se aspira el aroma de la fé ó el deletéreo miasma de la irreligion. Por ejemplo: desde el año 1793 hasta el famoso día de Páscoa de 1802, la nation francesa entera se entregó á la blasfemia, resintiéndose de ello, como no podia ménos de suceder, la generacion que fué educada en esa época impía. ¿Qué debemos deducir de semejante apostasía? Que los espíritus subyugados entónces momentáneamente por esa epidemia, dudaban porque estaban enfermos; pero no que los *incroyables* del Directorio, ó los energúmenos de la Convencion, tuviesen para dudar motivos más poderosos que la generacion siguiente. Si de Francia nos trasladamos á Alemania, nos causará verdadera estupefaccion el radicalismo audaz con que proceden en sus negaciones ciertas escuelas de allende el Rhin. ¿Qué prueba esa originalidad, iba á decir esa especialidad, tedesca? Que en su investigacion de lo abcluto, es capaz de extermarse hasta lo at-

surdo; pero no que el Dios imposible de ciertos soñadores alemanes, esté destinado á destruir al que reina sobre el mundo entero. Finalmente, si salvando la gran muralla, contemplo á los trescientos millones del sùbdito del Celeste Imperio entregados á lo que se dice, á un escepticismo casi universal, ¿qué deduzco de esta anomalía? En manera alguna el que sean vanas las creencias de la humanidad, sino que es costumbre en los chinos el no creer, como lo es el intentar su extraña coleta, y constituyen un pueblo en decadencia, pero no un centinela avanzado de la civilizaci3n del porvenir.

Tal es el poder de los medios sobre aquellos que á los mismos se hallan sometidos, potencia ciega que procede de la simple autoridad del ejemplo, es decir, de una moda servilmente seguida, y no de una conclusi3n l3gicamente aceptada. Ahora bien, de que un incrédulo tenga un trato intelectual frecuente, capaz de pervertirle, ¿puede deducirse un solo argumento intrínseco en apoyo de su incredulidad? Y *tal es la raz3n*, le diremos valiéndonos de un célebre rasgo de ironía, *de ser muda vuestra hija.*

Cuanto más se reflexiona, mayor sorpresa causa el considerar cuántos esfuerzos debe realizar el hombre en contra de su raz3n, para emanciparse de la fé.

JUAN L.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

SISTEMA NACIONAL DE BIBLIOTECAS



CAPÍTULO VII.

DE LOS ESPÍRITUS ABSOLUTOS QUE EXIGEN LA  
DEMOSTRACIÓN CIENTÍFICA DE LA  
VERDAD RELIGIOSA.

Cada orden de conocimientos tiene sus pruebas especiales. El médo más seguro para que todos los conocimientos bamboleen, consiste en establecer las unas por medio de razones que solo convengan á las otras, ó en exigir de estas las demostraciones propias de aquellas. Uno de los primeros, mejor aun, el primer geómetra del siglo décimo octavo, Eulero, habia ya entrevisto la tendencia que tiene la incredulidad á producir semejante confusión y en consecuencia establecía esta distinción luminosa: «Todas las verdades que se hallan al alcance de nuestro

conocimiento, se refieren á tres clases esencialmente distintas. La primera encierra la verdad de los sentidos; la segunda las verdades del entendimiento; la tercera las verdades de la fé. Cada una de estas tres clases reclama pruebas particulares para las verdades que á ellas pertenecen, y todos nuestros conocimientos derivan de alguna de dichas tres clases.

«Las pruebas de la primera se reducen á nuestros sentidos por ejemplo, cuando puedo decir: *Esta cosa es verdad, puesto que lo he visto, ó me he convencido por vista de ojos.* De esta manera averiguo que el imán atrae al acero, puesto que la veo, y que la experiencia me la prueba indubitavelmente. Estas verdades llevan el nombre de *sensuales* (ó sensibles) y están fundadas en nuestros sentidos ó en la experiencia.

«Las pruebas de la segunda clase están encerradas el raciocinio, como cuando digo: *Esta cosa es cierta, puesto que puedo demostrarla por un raciocinio justo ó por medio de silogismos legítimos.....* Por este medio conocemos que los tres ángulos de un triángulo rectilíneo equivalen á dos ángulos rectos.... Estas verdades se llaman *intelectuales* y á ellas pertenecen todas las de la geometría y de las demás ciencias, en

tanto que se está en disposición de probarlas por medio de demostraciones.

«Paso á la tercera clase de verdades, es decir á las de la fé, verdades que creemos, porque nos las refieren personas que nos merecen completo crédito, y en cuyo caso podemos decir: *Esta cosa es verdad, puesto que me la han asegurado dos ó tres personas dignas de crédito.* A esta clase pertenecen, pues, las verdades *históricas*..

V. A. cree sin la menor duda, que en otro tiempo existió un rey de Macedonia llamado Alejandro Magno, que se hizo dueño de la Persia, aun cuando jamás lo ha visto, ni pueda demostrar geoméricamente que dicho hombre haya existido en la tierra. Nosotros lo creemos atentos á la narracion de los escritores de historia, y no ponemos un momento en duda su fidelidad. Pero ¿no esté en lo posible el que todos esos autores se hayan puesto de acuerdo para engañarnos? Estamos en lo cierto al rechazar semejante objecion y estamos además tan convencidos de la verdad de estos hechos, por lo ménos de una parte de los mismos, como de las verdades de la primera y de la segunda clase.

«Es menester, pues, que las verdades de cada una de esas tres clases se contenten con las pruebas que convienen á su naturaleza y sería

ridículo exigir una demostracion geométrica para las verdades de experiencia ó históricas. Los *esprits forts*, y los que abusan de su penetracion en las verdades intelectuales, padecen ordinariamente el defecto de pretender demostraciones geométricas para convencerse de todas las verdades religiosas, que, en su mayor número, pertenezcan á la tercera clase (1).»

Resulta de lo dicho, que si la comprension arguye fuerza de juicio, el deseo de explicársele todo demuestra debilidad. Pedir que la religion se reduzca á un teorema matemático, es una exigencia que, aun cuando sin razon, se califique de científica, tiene en realidad muy poco de razonable. Desgraciadamente la ciencia contemporánea es una potencia ambiciosa que no reconoce limites á su dominio, y hace de la religion un conjunto de sus diversas categorías, excluyéndolo del número de las certezas. «Y sin embargo, el saber que existen cosas, que nosotros no podemos saber, constituye un conocimiento tan precioso como seguro. No puede prestarse á la ciencia mejor servicio que la exacta determinacion de sus limites (2).»

(1) Certes á una princesa de Alemania.

(2) D. Ohalmers.

Y todavía se comprenderían tan descabelladas pretensiones, si la ciencia estuviese completamente formada; mas ¡qué derecho tiene para sublevarse contra nuestros misterios, cuando sus luces actuales suceden á los misterios de la víspera, así como sus misterios de hoy han de ser las luces de mañana?

En el seno de una existencia que rodean completamente las sombras naturales, no hay para qué sorprenderse de que la fé nos imponga las suyas. Cuando los dogmas impenetrables no fuesen más que la expresion de la ley que sienta que el Océano de la verdad carece de límites, y que aún avanzando siempre jamás nos será dado tocar á la orilla, ¿no se trocarían en creencia racional los dogmas supra-racionales?

¿De dónde procede, pues, esta inflexibilidad lógica que no quiere suscribir más que á lo que se halla geoméricamente demostrado? De una falta de inteligencia, ó de una estrechez de juicio. Existe la demostracion intrínseca consistente en hacer que se ponga de relieve la evidencia de las cosas. Existe también la demostracion extrínseca que consiste en establecer su certeza; esta demostracion indirecta basta para fijar el asentimiento de la razon, y esto nos explica por qué los misterios cristianos, por más que sean

incomprensibles, son ménos violentos al espíritu, que la negacion sistemática de sus pruebas. Cier to que son verdades ocultas; mas nada importa que una verdad sea invisible, con tal que sea cierta.

El último testimonio de la razon, dice Pascal, consiste en reconocer que hay una infinidad de cosas superiores á la razon. Esta consecuencia final, por medio de la cual la filosofía va á completarse, mas bien que á perderse en la fé, es siempre de difícil deducción, y no obstante todavía es más difícil hurtarse á su necesidad.

Puede decirse que la fé en lo incomprendible, forma parte, en cierto modo, del verdadero espíritu científico; en primer lugar, porque siempre habrá para la ciencia misterios de hecho, aún en el terreno sometido á sus exploraciones, y despues y principalmente, porque es indispensable que existan para ella misterios de fé, es decir, un punto más allá del cual debe renunciar á ver, porque en él termina su imperio y comienza otro.

«Los límites del mundo finito son los de la ciencia humana; no hay nadie capaz de decir hasta donde pueda esta extenderse dentro de tan vastos límites; pero lo que sí se puede y debe afirmar, es la imposibilidad absoluta de tras-

pasarlos. Solo el mundo finito se halla á su alcance y es el único que puede medir. Solo los hechos del mundo finito están al alcance de sus miradas, solo estos hechos son los que puede abarcar en todo su extension, bajo todas sus formas, y reconocer sus relaciones y sus leyes, que son también hechos, y comprobar por consiguiente el sistema de los mismos. En esto consiste el trabajo y el método científico, y las ciencias humanas constituyen el resultado.

«Ya se comprenderá que al hablar del mundo finito, no me refiero exclusivamente al mundo material. En efecto, existen igualmente hechos morales que caen bajo el dominio de la observación y entran por consiguiente en el de la ciencia. El estudio del hombre en su estado actual, personas y naciones, es igualmente un estudio científico sometido al mismo método que el estudio del mundo material, y que puede también poner de manifiesto cuáles son en el orden actual de este mundo, las leyes de los hechos á los cuales se aplica.

«Mas si los límites del mundo finito son los de la ciencia humana, no son en manera alguna los del alma humana. El hombre lleva en sí mismo nociones y ambiciones que se extienden más allá y se elevan sobre el nivel del mundo finito,

que son las nociones y las ambiciones de lo infinito, de lo ideal, de lo completo, de lo perfecto, de lo inmutable, de lo eterno. Esas nociones y esas ambiciones son hechos reconocidos por el espíritu del hombre, pero al reconocerlos, se detiene, pues le hacen presentir, ó para hablar más propiamente, le revelan un nuevo orden de cosas distintas de los hechos y de las leyes del mundo finito que observa. Mas así como el hombre tiene el instinto y la perspectiva de este orden superior, no tiene ni puede tener la ciencia: el que su alma entrevea lo infinito y aspire á alcanzarlo, constituye la sublimidad de la naturaleza; mas, en cambio, es el rasgo característico de su condición actual, el que la ciencia se encierra en el mundo finito en que vive (1).»

De manera, que el misterio es la ley de la ciencia, porque es su límite lógico, por lo mismo que el dominio de la ciencia llega á lo finito, y el misterio pertenece á la religion de lo infinito. Ahora bien, nada más científico por parte de la razon que renunciar á medir lo inconmensurable.

Pero así como lo que nosotros ignoramos en

(1) Goulet.

el órden científico, podemos extenderlo por medio de nuestras investigaciones, lo que ignoramos en el órden sobrenatural, siquiera reducible por el trabajo del hombre y por la gracia de Dios, es completamente impenetrable. Y sin embargo, debemos conformarnos con ello, porque el supremo esfuerzo de la ciencia estriba en conocer cuáles son las cosas que no le competen sin dar menos garantías á su razon.

¿No causa lástima ver á unos mismos hombres despreciando los misterios de la religion y adorando los de la ciencia?

Y sin embargo, el misterio es la ley de esta como de aquella. Toda religion positiva es una manifestacion de Dios á la inteligencia humana, y en esta manifestacion, mejor aún que en la inmensidad de los cielos y en la del mar, hay algo que se halla fuera de los límites de nuestro horizonte, por lo mismo que no ocupamos la altura indispensable para distinguirlo. En nuestra economía religiosa, la porcion de lo divino que abarca el ojo esta revelacion, lo que se le escapa es el misterio. Solo una inteligencia inmensa, como la de Dios, es capaz de reflejarlo completamente. Por esto el Verbo y el Espíritu Santo, que son la repetición adecuada de su inmensidad, son los únicos para quienes el misterio no

existe; mas, excepción hecha de las tres personas divinas, los hay para todos los seres, según el grado gerárquico que ocupan debajo de la Trinidad.

De esta suerte, lo incomprendible es, en materia de fé, una necesidad de nuestra condición; en manera alguna una poesía supersticiosa de las revelaciones. Impedir que Dios tenga secretos para el hombre, es erigir en principio que el espíritu del hombre debe estar hecho á la misma medida que el de Dios, lo cual implica la blasfemia y el absurdo, so pretexto de rigor científico.

¿No es además el misterio una ley de la razon por lo mismo que la traspassa? Sí, porque nada tiene de imposible, ni de contradictorio, ni de incomprendible, que se crea sin que exista razon alguna para crear, ni está opuesto en manera alguna á la razon: es una verdad percibida, siquiera no comprendida por la razon, y percibida de una manera perfectamente conforme con los procedimientos racionales. En efecto, el espíritu humano, según en otro lugar dejamos consignado, recibe por dos conductos las verdades á las cuales se adhiere: directamente, es decir, en su evidencia inmediata, ó indirectamente

te, esto es, según el testimonio que las garantiza.

¡Cuántas creencias hay en nuestro espíritu que no tienen otra base que un testimonio digno de fe! ¿o ventura no merece tanto crédito la Iglesia respecto de las verdades sobrenaturales cuya custodia le está confiada, como el historiador, relativamente á los hechos pasados; el geógrafo, con relación á las países lejanos; el astrónomo, sobre el mundo sideral; y todos los demás testigos oculares, sobre una porción de verdades que admitimos con completa confianza? Lo esencial para creer, no tanto estriba en haber visto por sí mismo, como en tener la seguridad de que el hombre no está inducido á error. Ciertamente que la razón tiene derecho á pruebas de parte de la fe; mas la razón tiene también el deber de someterse á la fe cuando esta le ha dado sus pruebas.

Al presente se habla mucho de la experiencia como única certeza. «No se olvide, dice San Anselmo, que la fe ocupa en las cosas religiosas, el mismo rango que la experiencia en las cosas naturales (1).» Así como el observador propor-

(1) De fide Veritatis, cap. 29

ciona á la razón científica la primera materia sobre la cual se ejercita, de la propia suerte la fe nos revela los hechos divinos que la razón clasifica y sobre los cuales descansan sus teorías, y de esta suerte la razón se encuentra hasta en su adhesión á los misterios, porque tiene la comprobación necesaria antes de admitirlos.

¿Tenemos para qué ocuparnos en probar que el misterio es también ley del mundo? No, porque al lado, ó mejor, debajo de los misterios de Dios, existen los relativos al hombre y á la creación, que son y serán siempre impenetrables para la ciencia materialista.

«La naturaleza íntima de los seres, dice Laplace, será eternamente desconocida para nosotros: la naturaleza de las fuerzas es y será siempre un misterio.» Hé ahí pues al misterio encima de nuestras cabezas y debajo de nuestros pies. Lo llevamos en nuestra alma; lo llevamos en nuestro organismo, y cuando el mundo entero no es más que un gran misterio lanzado en medio de una inmensidad que es también en sí misma un misterio poblado de misterios innumerables, ¿podemos pretender que la religión, que es Dios hablando y obrando en la humanidad, se ofrezca á nuestras miradas sin el velo más tenue que puede imaginarse? Por lo que á

nosotros toca, sorpreáenos la existencia de esas nubes; pero más nos prendería el que no existirían.

Si fuese posible negar la admisión de lo incomprendible, bajo pretexto de progreso intelectual, se explicaría semejante empeño, mas qué hemos de hacerle cuando es su ley imprescindible. Filósofos hay que hacen un cargo al catolicismo por su inmovilidad diez y ocho veces secular, sin perjuicio de echarle en cara al propio tiempo la invención continua de nuevos dogmas; mas á esos filósofos les ha probado Vicente de Lérins, que es precisamente todo lo contrario lo que sucede, pues lo que en realidad se verifica es, no un cambio, sino una expansión, una evolución de las creencias primitivas, que forma una sublime conciliación de la inmutabilidad divina, con la marcha ascendente del hombre, y que constituye el misterio que concierne á estos dos estados en apariencia contradictorios.

Cierto que la esencia del misterio escapa á nuestra inteligencia; mas parece que podría representarse por medio de una pirámide en cúspide solo Dios vé y mora, y que está formada por diferentes pisos más ó menos iluminados. El espíritu humano pueda remontarse libremente

con el auxilio de sus alas á esas diferentes regiones esplendentes de luz; mas á pesar de sus esfuerzos jamás le será dado alcanzar á la cumbre sin que esto sea obstáculo para que incesantemente pueda ascender en esta dirección. Lo incomprendible de la fé subsistirá siempre: la parte no comprendida disminuirá sin cesar.

A más de que, este incomprendible ¿no es porventura la ley de la naturaleza humana? «El hombre es el mismo en la esfera del pensamiento que en la de la acción, aspira á mayor altura de la que le cabe alcanzar: es su naturaleza y su gloria, y si renunciaba á ello pronunciaría su propia caída. Mas es menester que sin abdicar, se conozca: conviene que sepa que su fuerza en la tierra, es infinitamente inferior á su ambición, y que no le es dado conocer el mundo de lo infinito y de lo ideal en pos del cual se lanza. Los hechos y los problemas que en él, se le ofrecen, son tales, que los métodos y las leyes que dirigen el espíritu humano en el estudio del mundo finito no tienen en él aplicación. Lo infinito es para nosotros objeto de creencia, no de ciencia, ni podemos rechazarlo, ni nos es posible aprehenderlo.

«Muchas veces, y por cierto con mayor habilidad que el presente, la escuela positivista ha pronunciado sentencia de proscripción, contra la metafísica que propone los problemas de lo infinito. Pero esta sentencia no la acepta ni la aceptará jamás el espíritu humano... El hombre cree natural y espontáneamente en estos problemas, sin que le sea dado abarcarlos ni medirlos, sin que pueda desconocerlos ni conocerlos, ni adquirir la ciencia, ni privarse de tener fé en ellos (1).»

Añadamos que haciendo tabla rasa de la metafísica como un sistema de hipótesis, la ciencia experimental cae en flagrante contradicción. ¿Háanse suprimido las hipótesis metafísicas en virtud de la hipótesis positivista? ¿Con qué razón? ¿Existe ciencia alguna que haya recibido de la experiencia una consagración más auténtica que esta, por lo mismo que es una necesidad invencible y permanente de la humanidad? El sistema de observación exclusivamente físico cuenta muy pocos años; la metafísica es tan antigua como el mundo. Para que la primera lle-

(1) Geison. Meditaciones.

gue á ser tan experimental como la segunda, es menester que transcurra mucho tiempo.

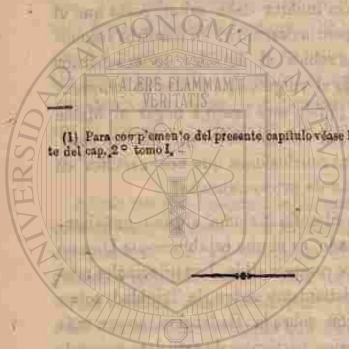
Finalmente ¿no es también el misterio una secuencia necesaria de la naturaleza de Dios? Si la inteligencia infinita debe saber cosas que el hombre no podría descubrir. Si nosotros reconocemos en los sabios el derecho de enseñarnos teoremas que el vulgo de las gentes no comprenderá jamás, ¿quién será osado á negar al Maestro supremo, el derecho de exigir nuestro asentimiento á las conclusiones que nos certifica en el mero hecho de proponérselas?

Si hay en filosofía (axioma alguno unánimemente aceptado, es el que establece que Dios no es totalmente comprensible. Los principales misterios del cristianismo sobre la Trinidad, sobre la Encarnación, sobre la Redención, no son más que la expresión particular de este dato general. ¿Por qué motivo la misma idea adoptada por el racionalismo bajo forma filosófica, es por él rechazada cuando se le presenta por la revelación? Difícil le es á la razón sublevarse sin contradecirse.

En resolución, por más que el hombre se esfuerce, solo logrará descubrir fenómenos en la tierra, la substancia de las cosas jamás consigui-



rá conocerlas. La ambición intelectual que pretende explicarlo todo, no es más que el orgullo de una debilidad que no se conoce (1).



(1) Para complemento del presente capítulo véase la primera parte del cap. 2.º tomo I.

## CAPITULO IX.

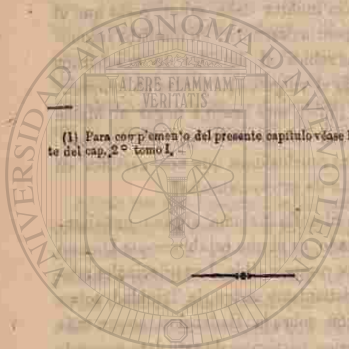
### DE LA VERSATILIDAD RESULTANTE DE INTERMITENCIAS EN LA DUDA.

El espíritu de los hombres más grandes del mundo no es independiente hasta tal punto, que no se halle sujeto á verso turbado por el rumor más insignificante; no os cause sorpresa que al presente razone mal; es que una mosca zumba junto á su oído (1).

Tales son, según Pascal, las vicisitudes de la inteligencia aplicada á las cosas sensibles. Calcúlese después de esto cuáles deben ser sus va-

(1) Pensamientos.

rá conocerlas. La ambición intelectual que pretende explicarlo todo, no es más que el orgullo de una debilidad que no se conoce (1).



(1) Para complemento del presente capítulo véase la primera parte del cap. 2.º tomo I.

## CAPITULO IX.

### DE LA VERSATILIDAD RESULTANTE DE INTERMITENCIAS EN LA DUDA.

El espíritu de los hombres más grandes del mundo no es independiente hasta tal punto, que no se halle sujeto á verso turbado por el rumor más insignificante; no os cause sorpresa que al presente razone mal; es que una mosca zumba junto á su oído (1).

Tales son, según Pascal, las vicisitudes de la inteligencia aplicada á las cosas sensibles. Calcúlese después de esto cuáles deben ser sus va-

(1) Pensamientos.

riaciones en sus relaciones con lo invisible! El Dios del Evangelio ha descrito indirectamente las oscilaciones de la fé cuando ha dicho á la humanidad: «*Esperad un instante y me veréis; esperad un instante y no me veréis*» (2).»

Y en efecto, no es mucho lo que se necesita para que se oscurezca ó para que se ilumine nuestro horizonte intelectual. No es cosa extraña vernos alternativamente creyentes y escépticos, así como nos sentimos robustos ó yaletudnarios segun nuestros achaques y el estado de la atmósfera. Afortunadamente la incredulidad que sufre intermitencias, es solo una fé que padece y que por lo tanto es más meritoria.

Hay fuentes que solo manan á intervalos, si quiera no se agote jamás su misterioso manantial. Lo propio acontece con la fé en algunos: siempre subsistente en el fondo, solo por momentos tiene el sentimiento de sí misma.

Eos letargos, más ó ménos prolongados, de nuestra convicción íntima, reconocen como causas, ora la inestabilidad de nuestras ideas, ora la manera normal de afectarnos en presencia de lo

(1) S. Juan 27.

divino, ora la tentación. Estas tres causas aisladas ó confundidas en proporciones variables, explican fenómenos todavia mal estudiados, concernientes á la vida de las creencias religiosas.

La inestabilidad de las ideas engendra desde luego muchas dudas efímeras que en nuestro concepto equivalen á ausencia de fé, siendo así que constituyen una prueba de ella. Muchos son los hombres que pierden y recobran su fé con la misma facilidad que el apetito ó el buen humor: lamentándose de ello en nombre de la razón, pero son el juguete de sus impresiones y no obstante de que imaginan dirigirse al norte como la flecha de la brújula, giran á merced de los vientos como la veleta.

Todo el mundo ha conocido seres de esos que vibran espontáneamente bajo las más encontradas influencias: creyentes en la iglesia, escépticos en los salones, cristianos al recorrer las páginas del Evangelio, libre pensadores cuando se consagran á la lectura de Voltaire; mudan de religion como de periódico, dispuestos siempre á responder al postrer son que les ha herido.

El deber superior de tales inteligencias, consiste en desconfiar de su primer movimiento, y en someter sus juicios á cuarentenas de observación, con la circunstancia de que semejante

proceder es en ellos obligacion de prudencia al par que deber de conciencia, porque todo aquel que no deduce sus consecuencias con esta lentitud perservadora, compromete la parte seria de su carácter, convirtiéndose al par que en creyente de ocasion, en un espíritu mudable y tornadizo.

Para que sean equitativos nuestros juicios relativos á la religion, es indispensable que las cosas pasen en nuestro fuero interno como en los tribunales; por consiguiente cuando la duda ha presentado sus acusaciones, debe contestar la razon, y oídas las respectivas defensas, y tomándose el tiempo necesario para meditar la sentencia, la conciencia pronunciará el fallo correspondiente. Los que en sus juicios antireligiosos precindan de semejantes formas, hácense culpables de una negacion de justicia respecto á Dios, porque proceden con él, como los tribunales revolucionarios respecto de sus víctimas, es decir, escuchando la acusacion y prescindiendo de la defensa ó rechazándola. Al presente las nubes cubren la diatandad y transparencia de la bóveda celeste; pues bien, suspendan hoy sus observaciones y mañana serán más exactas: si la causa perturbadora de la fé fuese una lectura imprudente, busquen en otra lectura la fuerza

que hubiesen perdido: si las repentinas tinieblas reconocen por origen un disgusto, una decepcion, búsqase la luz en la práctica de buenas acciones: en una palabra, hágase por medio del trabajo meditado, un verdadero contrapeso á las impresiones, y si se dá tiempo al tiempo antes de tomar una resolucioñ definitiva contra la verdad, esta acabará por triunfar del error.

La incredulidad, por punto general, no es más que una conclusion precipitada. Hay en la vida algunas horas infortunadas que pertenecen á la duda; pero el conjunto de aquella, sus días más serenos y especialmente su agonía pertenece á la fé.

Además de la inestabilidad de las ideas, existe en nuestro espíritu otra disposicioñ especial que causa en nosotros eclipses pasajeros: esta disposicioñ es una anomalía de nuestra impresionabilidad en presencia de lo sobrenatural. Aun cuando todas las almas sean *naturalmente cristianas*, por lo mismo que el cristianismo está en armonía con las buenas tendencias de su naturaleza, no lo son hasta tal punto que el cristianismo las penetre sin esfuerzo, ni lo toleren sin oposicioñ.

Almas hay á las cuales parece faltar el sentido de lo sobrenatural, como hay otras á las cuales falta el sentido literario, ó el musical, y otras

que carecen de eso que la frenología llama órgano de la benevolencia, de las matemáticas, etc. No permita Dios que fundados en lo que acabamos de decir, consideremos la irreligion como un instinto insuperable, y una fatalidad de temperamento. No; la fé se parece á todas las virtudes: los que no la poseen porque no constituye para ellos un encanto, pueden llegar á ella por un movimiento de la voluntad bajo el impulso de la gracia. De esta manera llega á ser más sobrenatural, en cuanto es una predisposición ménos natural; mas de aquí se sigue que la fé pasa en algunas almas por todas las vicisitudes que caracterizan los actos no espontáneos: se inflama ó languidece, vive ó vejeta en virtud de mil encontrados accidentes. Con todo, aun en sus estados de crisis existe, puesto que sufre importando muy poco que un alma no sea religiosa por inclinacion; toda vez que si llega á serlo en fuerza de su voluntad es todavía muchísimo mejor.

Son sin embargo, verdaderamente dignos de lástima, los que se hallan en semejante situacion. Por lo mismo que su facultad de comunicacion con Dios está sujeta á error, es ménos conductora de los rayos sobrenaturales; sólo en este caso deberian acusar al instrumento, de los eclipses del

objetivo, no al mismo objetivo. Cuando las verdades de la fé desaparecen de nuestro horizonte, ¿por qué juzgamos más admisible su no-existencia, que la insuficiencia de nuestro órgano visual?

Y sin embargo, cuántos son los hombres que sin otro motivo, permanecen refractarios á la revelacion, uniendo en su incredulidad, una buena fé de intencion que sorprende á injusticias de hecho que sorprenden más todavía. De semejantes incrédulos decia José de Maistre: "No hay nada más peligroso que los malos libros, escritos por hombres excelentes cegados por la pasión."

Un dia, en tanto que Beethoven dirigia la ejecucion de una de sus más bellas composiciones, la orquesta dejó de repente de seguir el movimiento marcado por el maestro: este en el primer instante se incomodó, turbóse luego, é inmediatamente arrojó llorando el arco del violín con que marcaba el compás. Acababa de adquirir el convencimiento de que habia ensordecido.

Los ciegos de que estoy hablando deberian proceder como este sordo sublime, y si á la primera desaparicion de la luz se lamentan de la luz misma, despues que hayan reflexionado, ¡el

espíritu de justicia no les llevará á acuar su conformacion intelectual?

Despues de la poca firmeza de nuestras ideas, y del estado anormal de lo que podria llamarse nuestra facultad religiosa, la tercera causa generatriz de intermitencia en la duda, es la tentacion.

La duda surge unas veces de la region intelectual, otras de las profundidades del alma: en el primer caso es razonada y descansa en las alegaciones positivas del espíritu; esta obra está consagrada á contestarla: en el segundo no tiene nada de lógico, no es más que una angustia instintiva de la conciencia, y deja de ser un acto de razon, para transformarse en tentacion. Angustia cruel, sin embargo, porque nada puede explicar el estado de una alma que incesantemente cree percibir el crujido que le anuncia que el edificio de sus creencias está próximo á derrumbarse, sin poner atinar en el punto de dónde procede el soplo que ha de determinar su ruina.

Desde S. Pedro exclamando; «Señor, salvadnos que vamos á perecer» hasta santa Teresa, comulgando con disgusto despues de veinte años, casi todos los amigos de Dios han sentido esta obsesion dolorosa. Antes de llegar al Tha-

bor su fé se detiene muchas veces en el jardin de Gethsamani, mas en vez de debilitarse con semejantes pruebas, encuentra en ellas una nueva consagracion y una garantia más, porque el autor y el consumidor de la fé ha dicho: *Felices aquellos que han creído sin haber visto* (1).

Como semejante duda nada tiene de filosófica, es filosófico oponerle la fé pura y sencilla conocida vulgarmente con el nombre de fé del carbonero. Los actos cristianos son al par el efecto y la antorcha de la conviccion cristiana. Portándose como si no dudará, es del único modo que merece el hombre ver terminar sus dudas.

Por lo demás repitamos á esas almas, victimas de la incredulidad involuntaria, que Dios no ha establecido el asiento de nuestras virtudes en la inteligencia ni en el sentimiento, sino en la voluntad. Hé ahí porque un hombre poco casto de imaginacion, de corazon y hasta de cuerpo, puede llegarlo á ser de una manera muy meritoria, como su intencion sea eficaz. Hasta el mismo amor divino, dice santo Tomás, no reside en la sensibilidad, y con frecuencia es efectivo sin ser afectivo, pues Dios es el único ser

(1) S. Juan 27

que satisface con ser amado de la manera que nosotros tememos serlo, es decir por caridad. ¿Porqué razon ha de acontecer otra cosa con la fé? Si el simple deseo de amar á Dios es un principio de amor, la desesperacion resultante de no creer lo suficiente, constituye una fé superior á la fé comun, puesto que es la expresion de una fé mártir de su propia humildad.

Concluyamos y resumamos valiéndonos de las palabras de oro de un gran apologista.

«Creed que creéis apesar de vuestras dudas: la fé no es en manera alguna el sentimiento de la fé. El sentimiento va y viene: la fé es independiente de él y subsiste sobre una base más estable y más lógica: la palabra de Dios y sus testimonios. Hállase alegada mejor que aumentada por el sentimiento; subaiste tanto más por ella misma, en cuanto se contiene y obra sin este sentimiento y consiste en el más alto grado en la intencion. Es una voluntad activa, de sumision y de fidelidad. Ya he dicho que es una lámpara que no ilumina siquiera la mano que la lleva, y entonces está en la mejor condicion meritória de la fé.

«Convento en que esta no es la fé comun: por punto general la fé tiene el sentimiento apasible y á veces vivísimo de su objeto y de sí mis-

ma; pero la fé que se halla desprovista de este sentimiento, es más de lo que debiera ser su propia naturaleza; más meritória, más excelente, más agradable á Dios, que la contempla con complacencia en la prueba á que la somete: es es más digna y se halla más próxima al objeto de que se cree indigna y apartada: la union con su Dios (1).»

De todo lo expuesto resultan dos verdades en alto grado consoladoras: es la primera que la fé brilla en algunas almas por medio de centellas irregulares como acontece con la luz de los astros, siquiera la luz de su foco no disminuya en intensidad; consiste en la segunda en que la fé, como la belleza, pueda poseerse sin darse cuenta de ello.

(1) M. Augusto Nicolás, El Arte creer.



CAPÍTULO X.

DUDAS RESULTANTES DE LA DISENACION.

*El reino de Dios está en medio vosotros*, ha dicho el Evangelio: verdad capital en el sentido místico, puesto que indica el recogimiento como condicion esencial de la perfeccion; pero verdad no ménos importante bajo el punto de vista dogmático, de donde resulta que muchos espíritus sólo se alejan de Dios en cuanto se alejan de sí mismos. Para distinguir á Dios, es indispensable contemplarlo desde el fondo de su propio corazón: cuando se le contempla desde la parte exterior, cosa que acontece cuando no se habita en su propia morada, no se le ve directamente,

sino en virtud de una especie de refraccion que le desfigura.

Existe en nosotros lo que podríamos llamar el individuo y el personaje (1) aquel representa al hombre natural, este el hombre oficial. A veces el personaje absorbe al individuo. Es preciso convenir, sin embargo, en que el primero tiene siempre algo de ficticio, por lo mismo que se ha formado por la posicion y no por la naturaleza, y cuando hace dudar al individuo, la duda es el efecto de una anomalía, mejor que de una tendencia legitima.

«Todo nuestro daño, dice la Bruyere, nace de no poder estar solo (1).» Casi nunca se retrocede delante de pena alguna para poder disfrutar de la ventaja de huir. La vida se recorre en medio de la mayor agitacion, á fin de tener que pasar consigo mismo el menor tiempo posible, y cuando se ha logrado crear una especie de torbellino en derredor de la propia existencia, lo mismo que cuando se pierde un amigo en medio de la barahuada, deja de verse á Dios á través

(1)

(1) El ho



de los obstáculos y de las complicaciones del camino.

Muchos hay que creerían en la verdad, como tuviesen tiempo para ocuparse en ella; mas esos hombres interiores de que nos habla Maine de Biran, que ven medio del mayor movimiento exterior tienen un ojo que mira hacia dentro, que están en presencia de Dios y de su propia presencia, y que jamás pierden de vista los dos referidos polos de su ser (1), son por desgracia en número muy reducido. De ser este tan pequeño, resulta que abunde extraordinariamente el de los incrédulos, puesto que de la disminución de la fé, como de las buenas costumbres, puede decirse: «Si la tierra se halla desolada, consiste en que nadie se reconcentra en su corazón [2].»

A la cabeza de esta categoría de incrédulos, que podríamos llamar escépticos atareados, colocamos ciertos hombres políticos. Su principal tentación contra la fé, proviene indudablemente de su poder; la fuerza y la habilidad dánles fre-

(1) Diario íntimo,

(2)

cuentemente razón contra la justicia; creen en el poder de sus cálculos más que en la misma Providencia; pero, con todo esto, existe en el fondo de sus conciencias un manantial de incredulidad más peligroso que su mismo poder, y son sus preocupaciones. Encerrados continuamente en un cuarto de estudio que ni siquiera abandonan en los instantes en que permanecen ausentes, no conocen á Dios por sus obras, ó mejor, no le distinguen sino en virtud de su obra al par más bella y enigmática, el hombre. A la vista de semejante espectáculo, engéndrase en ellos una filosofía pretenciosa, y un desden inmenso por su propia especie, que son gérmenes de escepticismo.

El que contempla el mundo con la sonrisa de Talleyrand, no puede distinguir en él á Dios, porque sólo se ve á él mismo; es decir, el poder de sus combinaciones. En semejante situación, la vida no es para él otra cosa más que una cuestión diplomática, que debe resolverse en su propio provecho, y el universo un vasto tablero de ajedrez en el cual el primer peon que debe moverse son los principios, si es conveniente ofrecer este sacrificio á lo que se llama razón de Estado. Añádanse á estas tristes disposiciones la serenidad interior, turbada por el tumulto de los

negocios, el candor natural marchitado por contactos ponzoñosos, y se comprenderá que basta lo dicho para determinar una enfermedad de la razón y del corazón, irremediablemente opuesta á las afirmaciones religiosas.

¿Qué ha menester ese escéptico de alto coturno para penetrar nuevamente en la verdad antes de terminar su existencia? El tiempo indispensable para descansar en un hogar virtuoso, pensando algo menos en los acontecimientos de Europa, y algo más en sí mismo. Aquel espíritu que, presa de la agitación, no podía reflejar la imagen de Dios, en cuanto haya recobrado la tranquilidad, como las aguas de un lago, será un espejo brillante de luz celeste. La Providencia, que para él había pasado desapercibida en mes día de la complicación de los acontecimientos públicos, aparecerásele en la sonrisa de sus hijos y en las ternas caricias de su dulce compañero: en una palabra, en cuanto haya vuelto en sí reaparecerá en él la fé, porque su escepticismo no proviene de que sea hombre, sino de ser hombre de negocios.

En el número de los incrédulos por disipación pueden incluirse también muchos trabajadores. Los primeros son los preocupados por el libre pensamiento, los segundos los ocupados. Traba-

adores de la fábrica y del taller, sin derecho al reposo del domingo, ni al de la oración, dudan, por lo mismo que llegan á sus oídos frecuentes acusaciones contra Dios, sin que al par llegue jamás la justificación del mismo. Trabajadoras de la especulación ó de la oficina, pasan los días festivos ocupados en sus habituales quehaceres, y no en la iglesia, y calumnian á la Iglesia, más por sobra de ignorancia que por exceso de orgullo. Trabajadores del pensamiento, se hacen irreligiosos porque el culto de la gloria, de la fortuna y de sus propias ideas, ocupa el lugar de todo lo demás, y como por otra parte se halla su espíritu nutrido superabundantemente, en perjuicio de su alma, toda la potencia afirmativa abandona su alma para concentrarse en su espíritu. En semejante situación, el hombre niega porque le falta tiempo para profundizar; es escéptico porque vive distraído, y acaba por desconocer á Dios perdiendo el conocimiento de sus necesidades más imperiosas.

Después de los hombres entregados á los negocios de la política y del trabajo, vienen los que pasan su vida en medio de los placeres: espíritus que, por lo mismo que viven constantemente fuera de sí, no pueden ver lo que sólo desde

dentro puede distinguirse. ¿Tienen motivos para quejarse de que no distingán los objetos, los que gozan en vivir incesantemente aturcidos? Cuando se vive dentro de la atmósfera de los bastidores y el círculo del casino y del periodismo, de la política y del mentidero, de la galantería y de la moda; cuando no se sabe vivir como no sea escuchando incesantemente el zumbido de esa colmena humana que se llama la ciudad populosa; cuando sólo se distingue el cielo al través de una ventana que cae á la calle de Rivoli, y la naturaleza en los árboles del jardín de las Tullerías; en suma, cuando se busca el París de siempre hasta en los establecimientos de baños situados en las orillas del Rhin, ó en las faldas del Pirineo, y se arregla la vida de manera que no puede pasarse un sólo minuto frente á frente con el alma, no hay para qué sorprenderse de que se llegue á la muerte sin haber encontrado á Dios en un camino en el que no se encuentra el hombre á sí mismo.

No se pierda de vista que el hombre, corriendo solo distingue las cosas á medias: la estabilidad, la quietud, son condiciones indispensables para la recta contemplación. Acontece con Dios lo que con los demás objetos: para revelarse exige ser contemplado; por esto queda re-

ducido á la condición de una especie de misterio para los que atraviesan la vida cual si viajaran en tren expreso, y que ni en las estaciones santas se detienen para contemplarlo con la debida atención.

¡Coincidencia verdaderamente singular! Los hombres más distraídos, son los que viven más hastiados. Para evitar el fastidio se entregan á la distracción, y esta les sume de nuevo en aquel. Mucho tiempo ha transcurrido desde que Lucrecio describió con vívidas tintas ese fiebre devoradora, que consiste en huir los halagos de una morada fastuosa y llena de todas las comodidades apetecibles, para buscar en la plaza y en la calle una distracción que pueda cautivar el alma; y en dirigirse á la casa de campo, como si en ella se hubiera declarado un incendio, y en tomar aprisa corriendo, apenas llegando á ella, el camino que conduce á la ciudad, por haber encontrado en sus umbrales el hastio de que se pretendía huir.

Pues bien, el hastio, que es el terror de ciertas naturalezas, podría devolverles la fé que han perdido; porque el hastio, no lo olviden, es a reflexión obligada y por tanto el correctivo de la distracción inmoderada. Semejante estado deja como consecuencia un vacío en el alma, y

cuando esta advierte que solo Dios puede llenarlo, entre á veces en posesion de Dios, por una secreta necesidad de salvacion.

Dichosos aquellos que á consecuencia de haber perdido la libertad, ó por reveses de fortuna, ó por las injusticias del mundo, véanse precisados á hacer un alto en su existencia y á sentir el espantoso hastio resultante de la soledad. Muchas veces basta esto para regenerar á los que habia extraviado el ruido del mundo. La nostalgia que experimentan las almas desterradas de la fé, bastaria á salvarlas, si tuvieran el tiempo necesario para examinar á sí mismas; ¡mas ay! cuantos son los que antes de haber penetrado en el interior de su conciencia, perecen en la embriaguez como el rey de Judá.

¿De qué proviene por ejemplo, que los habitantes del campo, sean por punto general, más religiosos que los de las ciudades? No de que sean más ignorantes, sino de que viven más recogidos. La sociedad de la naturaleza conduce al hombre á su interior, en tanto que la de los hombres, le lleva fuera de él: de donde resulta que la naturaleza se asemeja á esos templos en los cuales hasta las mismas sombras contribuyen á la adoracion, y cuyas sublimes armonías hacen pensar en Dios. Es esta una ver-

dad descrita con las tintas más delicadas por un observador profundo. «En el seno de las ciudades diríase que el hombre es el gran asunto de la creacion; en ellas brilla su aparente superioridad; en ellas parece dominar la vasta escena del mundo, ó hablando más propiamente, cuando solo; pero cuando ese ser tan fuerte, tan orgulloso, tan lleno de sí mismo, tan exclusivamente preocupado por sus intereses, en el recinto de las ciudades, y entre la muchedumbre de sus semejantes, encuéntrase por azar en medio de una naturaleza inmensa, ¡cuán solo se contempla ante ese cielo sin fin, ante el horizonte que se distingue en lontananza, y detras de cuyos límites se encuentran todavía nuevos horizontes, en medio de las grandes producciones de la naturaleza que le abruman, si no por su inteligencia, por su masa! Y más tarde al contemplar desde la cima de elevada montaña y bajo la luz de las estrellas, pequeñas aldeas que se pierden en el interior de frondosos bosquecillos, bosquecillos que á su vez se pierden en la extensa perspectiva, y considera que dichas aldeas hallan se pobladas por seres tan miserables como él mismo, y luego compara esos seres y sus miserables viviendas con la naturaleza que le rodea, y esta naturaleza con nuestro mundo sobre cu-

ya superficie, no constituye él más que un punto insignificante, y este mundo con los millares de mundos que flotan en el espacio y para los cuales es él como si no fuera; á la vista de semejante espectáculo el hombre se lamenta de sus pobres pasiones siempre contrariadas, de sus miserables dichas que conducen invariablemente á la decepcion, y, sin que de ello se dé cuenta, ofrecésele la necesidad de saber lo que él es y lo que hace en la tierra, y sin quererlo tambien, propónese el problema de sus ultiores destinos (1).»

Es decir, en resumen, que así como las fantasmas se desvances cuando uno se aproxima á ellas, cuanto más familiarmente se vive con la verdad, tanto más se la encuentra. Y nada tiene de extraño puesto que lo propio acontece con todas las maravillas del mundo desde las bellezas del arte hasta la magnitud de las Pirámides. La contemplacion sostenida influye en que las admiremos: una mirada indiferente hace que no las apreciemos cual corresponde.

Ha dicho Fenelon que la manera de estar sólo, consiste en estar consigo mismo: es esta una

1 Joutfroy, Miscelaneas;

soledad de la cual son muy pocas las almas que puedan ser capaces, y como en esta soledad es dónde Dios se ofrece preferentemente, no es difícil comprender la causa de que ciertos espiritus no le vean.

UNIVERSIDAD

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

propensa á la incredulidad que la satisfaccion y la dicha.

No hemos de tratarlos severamente. El incrédulo que lo es en virtud de su temperamento melancólico, es de todos el más digno de compasion: los demás necesitan llorar para que su vista se aclare; este ha llorado tanto que ha perdido la vista. Es que el dolor tiene tambien sus nieblas como tiene sus revelaciones: un ladrón confiesa á Cristo en el Calvario; al paso que otro blasfema de él, lo que prueba que el hombre puede abusar de todo, hasta de la cruz que ha salvado al mundo.

Difícilmente podria creerse, si no se hubiese comprobado, que haya mortales refractarios á la esperanza, que en cierto modo se gozan en su desolacion. Cual si encontraran ser el negro el más bello de los colores, lo emplean y lo ven en todas las cosas, sin perjuicio de achacar á la humanidad la fealdad que es obra exclusivamente suya, y á Dios el mal estar que á sí mismos se proporcionan. Esta malestar moral procede generalmente ó de reveses de fortuna, ó de una enfermedad especial, ó de efectos de la conciencia. ¡Cuántos espíritus podríamos señalar ora á sus propias desconfianzas, ora á las de los demás,



## CAPITULO XI.

### DE LAS NIEBLAS PROCEDENTES DE PESIMISMO DE ESPIRITU.

El mal humor, lo que en el lenguaje vulgar llamamos humor negro, hace en ciertas gentes el mismo oficio que el vidrio ahumado que impide que lleguen á la vista los rayos del sol en toda su intensidad. Esos desgraciados encuentran el mundo triste porque no saben persuadirse de que Dios se ocupe de él. En los dias de dicha la embriaguez les conducia á conclusiones materialistas; en los dias de prueba inclinanse hacia la propia pendiente por falta de valor, con la circunstancia de que la hipocondría es más

indicando la filiacion que enlaza su incredulidad á esas diferentes causas!

Los reveses de fortuna tienen el triste privilegio de apegar cuando no se convierten en leccion provechosa, y de ocultarnos á Dios, cuando no nos hacen mejores. Hacen descontentos entre los súbditos del gobierno divino y el hombre descontento de una dominacion cualquiera, es capaz de creerlo todo y de no creer cosa alguna; de creer todo aquello que puede justificar su pasion contra la autoridad, de no creer nada de lo que pueda justificar esa misma autoridad. Bajo este punto de vista encuéntranse en todos los grados de la gerarquía las supersticiones y la incredulidad de la rebelion; pero el consuelo inefable de aquellos que no andan, es pensar que Dios, más que todo otro superior, experimenta el mismo ultraje.

Y se explica perfectamente: los demás superiores, se ven apegados en sus cualidades, Dios lo es en su existencia, porque el descontento de su imperio lleva en gérmen el ateismo en sus murmuraciones, toda vez que es imposible negar á Dios sin renegar de él. Y sin embargo, ¿hay nada más injusto que este descontento impío?

¿Quiérese saberse la razon en virtud de la cual

ese pensador malhumorado mira con prevenicion á la Providencia y la destierra de su *Cre-do*? Pues todo consiste en que el pedrisco ha asolado sus cosechas, ó porque le han salido al revés de lo que pensaba sus operaciones bursátiles, ó porque la muerte le ha arrebatado á un sér querido, ó porque padece á consecuencia de su propension á enojarse. Pero ¿acaría las mismas consecuencias si en lugar de experimentar en sí mismo tales pruebas, afligieran estas á su vecino? Y sin embargo, ¿sería Dios más injusto en el segundo que en el primer acaso? ¿A qué pedir en este mundo felicidades que implicarian la inutilidad del otro? El órden moral que hace santos por medio de pruebas, ¿no es preferible acaso al órden material que, suprimiendo las lágrimas, haría egoistas? A más de que, ¿es posible la existencia en la tierra de seres felices como deberian serlo para justificar determinadas exigencias? Y esto sin contar que la igualdad dentro de un bienestar necesario, sería ménos honrosa que las desigualdades resultantes de la libertad (1). Preferamos pues ser víctimas á ser

1 Esta acusacion contra la Providencia, que aqui se nos representa como efecto del pesimismo del espíritu, la hemos visto ya en estado de pasion. Véase T. II. lib. I. cap. 7 y 8.

autómatas, tanto más cuanto que, propiamente hablando, no hay más víctimas entre los cristianos que Jesucristo, puesto que por lo que á nosotros dice relación, fructificamos cuando nos vemos reducidos á padecer. En tanto debemos contemplar la tierra como lugar de combate, y el cielo para recibir el triunfo merecido, y vivamos desterrados en un valle de lágrimas y sea un mundo de delicias nuestra morada eterna, todo será compensado, todo tendrá explicación, y los espíritus morosos que mutilan semejante plan, creyendo tener razones para quejarse, piden lo absurdo para escapar á lo misterioso.

Después del pesimismo de indisposición contra Dios, existe el pesimismo de disposición; aquel es resultado de los acontecimientos adversos, el otro es hijo de marasmo intelectual y moral.

Refiere la historia que el gran Condé, jóven áun, y padeciendo los sufrimientos inherentes á un amor vehemente, tuvo una enfermedad que puso en peligro su existencia. Llegada la dolencia á un paroxismo supremo comenzó á ceder: esta crisis saludable sucedió la convalecencia, no transcurriendo mucho tiempo antes de que el héroe se hallase completamente restablecido de sus padecimientos y de su afección desordenada. Tal es la inesperada revolución que ciertas per-

turbaciones físicas pueden producir en nuestro estado moral: en muchas blasfemias, respecto de las cuales presumen sus autores obrar con completarazon, no debe verse más que *temperamento*.

La misantropía no es completamente extraña á las paradojas antisoñales de J. J. Rousseau, y á las rencorosas obstinaciones de Lamennais. Un poco más ó un poco menos de negra bilis en el organismo basta para cambiar el color de nuestras ideas. Hay ciertos estados neurálgicos durante los cuales no es posible conciliar la existencia de una Providencia maternal con lo que se padece; en cambio existen otros que inspiran el ódio á Dios y el deseo de la nada; y los hay finalmente que empujan á la desesperación, rodeando de un encanto fascinador ese crimen, que encerraría implícitamente todas las negaciones, si no fuese la consecuencia de un delirio: el suicidio.

Tal es la pendiente recorrida por una multitud de almas á las cuales la neurósis ó la bilis han reducido al último extremo. Semejantes incredulidades más han menester buenos medicamentos que apologías, y especialmente carinosos afectos que fríos razonamientos. Cuando la mirada hoesca y zahareña, la cabeza inyectada á veces en sangre y llena de pensamientos sinies-



tros, esos pobres alucinados reclaman socorro, no siempre produce buen efecto predicarles hablandoles de religion; pues aun cuando tengan una inmensa necesidad de Dios, casi no pueden tolerar que se les hable de él: lo que más les alivia es el llanto, de suerte que así coma se alivia el organismo quitándole sangre, algunas veces se cura á esos enfermos procurando que viertan lágrimas. Las lágrimas que no tienen salida, así como la sangre que no circula, causan terribles destrozos y para evitarlos ó remediarnos no cabe otro recurso que restablecer la circulación.

¡Cuántos hombres rendidos y extraviados por la prueba se ven reconducidos á la verdad por medio del benéfico desahogo del llanto! Desde el momento en que los humores han recobrado su equilibrio, el sistema nervioso ha perdido su tirantez, el alma se ve libre de los dolores agudos y las santas verdades recobran su límpido esplendor. Por esto todo lo que Dios puede pedir á esos desgraciados es que no se pronuncien contra la fé en tanto conserven un resto de libertad, y que permanezcan fieles, por lo ménos con la voluntad, hasta tanto que el mal quite á esta toda su accion.

Por último: el pesimismo anti-religioso puede provenir tambien del enmolecimiento de las

costumbres, y de la cobardía de la conciencia. El amor de que ménos podemos prescindir es el nuestro: cuando lo hemos perdido puede decirse que ménos que desgraciados somos dignos de lástima, y nos vemos arrastrados ó negar en fuerza del decaimiento moral que de ello resulta. Hé ahí la gradacion segun la cual se realiza la corrupcion del espíritu por las costumbres: el hombre se eleva, ó mejor descende hasta la incredulidad por tres escalones perfectamente determinados. Sus decaimientos le hacen dudar de sí mismo, el descontento de sí mismo le hace dudar de su propio deber, y la dificultad del deber le hace dudar de Dios. Cuando el hombre se desprecia á sí mismo acaba por despreciar á la humanidad, que estima en lo que á sí mismo se aprecia, y sus desdenes subiendo de grado en grado, se extienden luego desde la obra de Dios á su propio autor.

De manera que lo negro en el fondo de las inteligencias produce el mismo efecto que las aguas corruptas de donde se exhalan las brumas.

Hemos consagrado tanto espacio al estudio de las disposiciones intelectuales contrarias á la fé, porque del mismo modo que la anatomía en medicina, la diseccion moral en la apologetica, es la base del arte de curar. ¡Cuántos incrédulos

hay á quienes para reconocer la verdad, les falta únicamente el conocerse mejor!

El terreno en el cual vamos á penetrar, solo se halla separado de éste por una línea imperceptible, puesto que se refiere á los estudios exclusivos y estos forman parte de los vicios constitutivos del espíritu; mas al presente ha tomado tal vuelo esta fuente de negaciones, que nos vemos obligados á concederle un lugar proporcionado á la influencia que ejerce en la incredulidad contemporánea.

## LIBRO TERCERO.

### DE LA INCRECULIDAD

PROVENIENTE DE LOS ESTUDIOS EXCLUSIVOS.

ó

*Del especialismo científico.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hay á quienes para reconocer la verdad, les falta únicamente el conocerse mejor!

El terreno en el cual vamos á penetrar, solo se halla separado de éste por una línea imperceptible, puesto que se refiere á los estudios exclusivos y estos forman parte de los vicios constitutivos del espíritu; mas al presente ha tomado tal vuelo esta fuente de negaciones, que nos vemos obligados á concederle un lugar proporcionado á la influencia que ejerce en la incredulidad contemporánea.

## LIBRO TERCERO.

### DE LA INCRECULIDAD

PROVENIENTE DE LOS ESTUDIOS EXCLUSIVOS.

ó

*Del especialismo científico.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

## CAPITULO PRIMERO.

INCONVENIENTES DE LA CIENCIA EXCLUSIVA, EN  
GENERAL, CON RELACION A LA FÉ.

Los hombres especiales son útiles, los espíritus exclusivos son peligrosos. Los estudios especiales, es decir, los que ponen en ejercicio una aptitud particular de la inteligencia, sin paralizar las demás, están conformes con las necesidades de la naturaleza; en cambio los estudios exclusivos que, si así podemos decirlo, determinan una especie de vida congestional sobre un punto del espíritu, dejando todos los demás reducidos a la inacción, constituyen un desarrollo anormal; son algo parecido a una excrecencia de la vida intelectual: de manera que así como la especia-

lidad científica produce los hombres eminentes, el exclusivismo científico da como resultado la falsedad en el juicio.

Este es el único de quien debe temer la religión y la verdad es que no hay otro que se le oponga; y si bien es un hecho que nuestros contemporáneos tienen muy buen cuidado de achacar á la ciencia la responsabilidad de todas sus negaciones, debe tenerse en cuenta que la ciencia que sirve de pretexto á esas sutilezas y juegos del espíritu, no es la ciencia verdadera, debiendo añadir que la falta de esta condición esencial, resulta precisamente y casi siempre de exceso de exclusivismo.

El sabio que se ha concretado á una especialidad, ofrece muchos puntos de semejanza con el hombre que se halla metido en un callejón sin salida: ve una sola cosa; pero no distingue las demás que existen á su alrededor: su mirada podrá ser penetrante y profunda; pero distará mucho de ser vasta y extensa. No se olvide que lo que revela la creación, no es el conocimiento de un fragmento de ella, sino el de sus leyes generales y el de las relaciones existentes entre las mismas. Desde las alturas á que se remonta el aeronauta, no hay dificultad en comprender que nuestro planeta tenga la forma esférica

porque se distingue la línea convexa y circular de su superficie; mas desde las profundidades de una mina, ó desde el fondo de ciertos valles del Himalaya, nadie es capaz de ver un globo, en lo que se ofrece bajo la forma de un pozo.

Muchos son los filósofos que miran desde el fondo de este pozo, resultando de aquí que solo muy imperfectamente logran vislumbrar el cielo. «La armonía de las ciencias, dice Bacon, es, el apoyo que mutuamente se prestan las unas á las otras, es lo que constituye la gran autoridad que la ciencia tiene; mas desprendáse del conjunto una sola rama, y esta que empezará por doblarse, acabará por romperse (1).» Efectivamente, la propiedad que tiene de doblarse, revela su carencia de solidez. Por esto desde el momento en que un naturalista se da á raciocinar, cual si no existieran la moral y la teodicea no puede ménos que caer en el absurdo, aconteciendo comunmente que la ciencia se hace irreligiosa, en el instante mismo en que precinde ó se separa del sentido común.

No cabe negar que los representantes de esta ciencia son algunas veces hombres de verdate: o

genio; mas, repito, que no tienen más que un ojo; y si distinguen con toda claridad un punto determinado, en cambio abarcan muy poco del conjunto, y en el mero hecho de ser más reducido el campo de la visión, es más limitado el sentido de la vista.

«Si fuera dado á nuestra percepcion, contemplar las obras de Dios en el mundo visible y en el mundo moral, no cual las vemos al presente, es decir á pedazos y por fragmentos, sino unidas en conjunto, en el plan vastísimo de la armonía universal; veríamos indudablemente á la religion establecida por Dios, formando parte integrante del plan general, adaptándose al mismo tan completa y necesariamente, que no sería posible excluirla, sin que el conjunto en masa quedara desorganizado y destruido. El ponerla en evidencia de este modo, es decir, penetrando con su influencia la economía y la organización de la naturaleza entera, constituiría sin la menor duda la demostracion más elevada y al par más bella de la verdad (1).»

Hé ahí el punto más favorable para la con-

— DIRECCIÓN GENERAL D  
 1 Cardinal Wiseman. *Discursos sobre las relaciones entre la ciencia y la religion.*

templacion de la verdadera religion. El que pudiera considerarla no solo en sí misma, sino tambien en sus innumerables relaciones con la trama del orden universal, sería quien la distinguiera con más perfeccion. Sólo á Dios y á sus elegidos es dado abarcarla desde lo alto de ese observatorio sùblime que se llama cielo, y cuanto más se eleva el hombre en alas del pensamiento, para acercarse á dicho punto de vista, más bien se hace cargo del inefable panorama que se desarrolla bajo sus ojos. El especialista es el hombre ménos indicado para elevarse hasta dicho punto de vista, por lo mismo que apegado á los detalles, acaba por perderse en ellos.

Y sin embargo, hase hecho notar con verdadero fundamento de causa, que aun cuando se presentaran algunas objeciones de detalle, verdaderamente insolubles, no podrían prevalecer contra las numerosas y decisivas pruebas de la revelacion cristiana. Ahora bien, en tanto que una verdad, tan necesaria como la de la religion, conserve grandes probabilidades en su favor, ¿á qué viene el rechazarla, sin más razon que el contener algunos puntos que hasta el presente no han logrado explicarse? En buena lógica sería siempre más difícil suponer falsos todos los sistemas del cristianismo, que admitir que una ob-

jecion que hasta hoy no ha podido solventarse, no pueda serlo mañana. ¡Cuántas veces, por otra parte, ha acudido nuestra verdad á proveerse de pruebas en el arsenal en que se elaboraban las armas con que se pretendía acabar con ella!

Por consiguiente cuando los exploradores de la ciencia exclusiva lleven á cabo algun descubrimiento, en apariencia concluyente, contra el dógma, cuiden de concederle el tiempo indispensable para que pueda aparecerse á la defensa, que, seguro de la victoria, no se hará aguardar en el terreno á que se le cite. Especialmente las ciencias naturales más bien que mostrarse agresivas deben contemporizar con la fé. «La Biblia y la naturaleza son la palabra de Dios y por consiguiente es indispensable que estén de acuerdo; y si bien hay ocasiones en que este acuerdo, al parecer, no existe, no está el defecto en la naturaleza ni en la Biblia, sino en la exégesis del teólogo, ó en la exposicion del naturalista (1).»

Antinomias son estas que jamás aceptará espíritu generalizador alguno, y tarde ó temprano los vendrian á justificar semejante proceder. En

cambio al oír al positivismo manifestando que elimina «la hipocresía teológica, tan degradante cuando se ejerce, como opresiva para el que la sufre; y más aún la hipocresía metafísica más enojosa y ménos excusable (1).» preparémonos para ver mezquinas conclusiones. Esta teoría absoluta que consiste en suprimir las ciencias que le estorban, con el pretexto de tener más fácilmente razon, no ve el mundo en el mundo real, sino en la lente de un sistema y por consiguiente no ha de pasar mucho tiempo sin que niegue toda la porcion del cielo que se encuentra fuera de ese foco microscópico.

Cierto que la teología y la ciencia de la naturaleza se mueven dentro de dos órdenes enteramente separados; pero aun así, pueden considerarse como los dos hemisferios de un mismo mapa mundi. El naturalista que negara en conjunto la teología, sin conocerla, pareceríase al Europeo que no creyera en la existencia de América porque no distingue la ciudad de Nueva-York desde las torres de Nuestra Señora de París. En cambio la teología admite las ciencias que la rechazan, pues aun cuando su destino la lleva á

ocuparse en las verdades reveladas; estudia aquellas que son objeto de la investigación humana, sin oponer á ninguna especie de conocimiento la exclusión preconcebida con que se pretende herirla. Roma ha erigido en sus universidades una cátedra de física sagrada, con el fin exclusivo de estudiar los descubrimientos modernos en sus relaciones con los hechos consignados en la Escritura; todos los apologistas de la fé se ocupan en preparar las bases de un acuerdo entre la ciencia y la Biblia: y finalmente, la revelación tiende la mano á todas las aptitudes especiales del espíritu humano, juzgándose dichosa en poder armonizar sus conquistas con su inmutable símbolo, sin perjuicio de no dar jamás á luz, bajo su exclusiva responsabilidad, otras verdades que las que no son nuevas, dejando á cargo de los especialistas las novedades que no son verdaderas. Y sin embargo, ¿dónde es an los naturalistas tan bien informados de nuestras pruebas, como lo estamos nosotros de sus objeciones?

La consecuencia de estas premisas, no consiste precisamente en que las ciencias materiales sean funestas en sí mismas, sino en que es menester que vayan acompañadas de una cultura filosófica y moral que pueda servirles de contra-

peso; pues, como otras muchas cosas, por cierto muy buenas, para que no causen enojo, es menester que sean corregidas. La inteligencia más justa, es pues aquella en que las ciencias del espíritu y las de la materia se desenvuelven en un paralelismo armónico. Por punto general, los sabios más eminentes han sido religiosos, por lo mismo que en esos espíritus profundos los conocimientos marchan acompasados, y en el más perfecto armónico equilibrio. No me refiero aquí á la instrucción teológica de Descartes y Pascal, de que dejamos hecha mención; mas no debe echarse en olvido que Newton empleó los últimos años de su existencia en sondear los misterios del Apocalipsis; que Euler ha dejado una obra que lleva el título de *Defensa de la revelación*; que Leibnitz estaba lo suficientemente versado en determinadas cuestiones religiosas, para proporcionar réplicas al mismo Bussuet, y que gran número de eminencias científicas de Alemania, Inglaterra y América, sin contar las de Francia, tales como Cuvier, Alejo Brongniart, Binet, Biot, Ampere, Cauchy, Marcelo de Serres y Blainville, pueden testificar, que lo que aleja de la fé, no es en manera alguna la ciencia de la naturaleza que se posee, sino la ciencia de la religion que no se tiene,



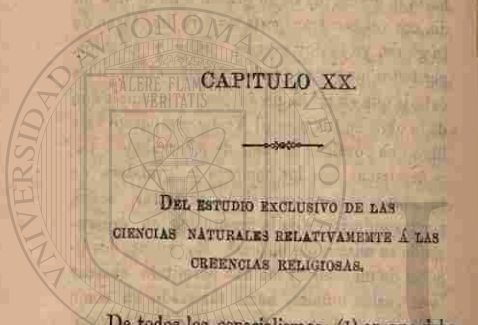


prenderá que no puede entrar en nuestro plan ocuparnos *ex profeso* de todas las ciencias en sus relaciones con el cristianismo, ya que para ello sería menester una aptitud enciclopédica que no poseemos; pero, en cambio, procuraremos clasificar y reducir á términos precisos las objeciones fundadas en los conocimientos que más boga alcanzan actualmente, y concentrando toda nuestra ambición al modesto papel de meros narradores, probar que si la ciencia, al paso que adelanta, no siempre aumenta el caudal de nuestras piezas justificativas, en cambio *no existe ciencia alguna que pueda erigir verdaderas certezas en contra de la religión.*

¿No constituye, por ventura, el acuerdo más honroso para las ciencias y para el Evangelio, al propio tiempo que la más firme y poderosa para la razón, el dejar establecido que el Dios de la ciencia, es al propio tiempo el Dios del Evangelio? Dichosos nosotros si logramos comunicar á ciertos exploradores, demasiado exclusivos, del mundo físico, los sentimientos que llenaban el alma de Keplero al terminar una de sus obras de astronomía, y que le movían á decir:

«Antes de abandonar esta mesa sobre la cual he realizado mis investigaciones todas, solo me resta levantar las manos y los ojos al cielo, y di-

rigir una humilde plegaria al autor de toda luz. ¡Oh, tú, que gracias á las luces que has difundido sobre la naturaleza, elevas nuestros deseos hasta la divina luz de tu gracia, á fin de que un día nos veamos transportados á la luz eterna de tu gloria, yo te doy gracias, Señor y Creador, por todos los goces que he experimentado en los éxtasis que en mí ha producido la contemplación de la obra de tus manos! Yo he compuesto este libro que contiene la suma de mis trabajos, para proclamar ánte los hombres la grandeza de tus obras; ¿habríame dejado arrastrar, acaso, por las seducciones de la presunción, en presencia de su admirable belleza? En cuanto los límites de mi espíritu me han permitido abarcar la extensión infinita, héme estorzado en conocerlos tan perfectamente como me ha sido posible, y si algo se me ha escapado que no sea digno de tí, házmelo conocer á fin de que pueda borrarlo [1].»



CAPITULO XX.

DEL ESTUDIO EXCLUSIVO DE LAS CIENCIAS NATURALES RELATIVAMENTE Á LAS CREENCIAS RELIGIOSAS.

De todos los especialismos (1) en que deberemos ocuparnos, y cuya pernicioso influencia deberemos señalar, ninguno más funesto que este. No cabe negar que es por demás ventajoso

1 Permittásemos el empleo de esta palabra que no se halla consignada todavía en el vocabulario, no obstante que el frecuente uso de la misma la autoriza suficientemente. Así se expresa el autor, por nuestra parte debemos consignar que no hemos vacilado en adoptar el neologismo, teniendo en cuenta que, en el lenguaje filosófico, traducido perfectamente el pensamiento, lo que no se conseguiría empleando la palabra especialidad. Esta es á aquel, lo que la libertad es al liberalismo.

el conocimiento de las ciencias naturales; pero el conocimiento exclusivo de las mismas constituye una verdadera desgracia.

La exploracion exclusiva de las cosas físicas, trae consigo una tentacion. A fuerza de penetrar en los secretos de la naturaleza, el hombre se acostumbra á pensar que para él no puede haber misterios: y despues al paso que explica el mundo, llega á presumirse en situacion favorable para descubrir que el mundo se ha hecho sólo.

Cuando la naturaleza no es para un espíritu la manifestacion de Dios, conviértese en un velo que la oculta: de aquí que la investigacion de sus leyes, dé como resultado ó grandes adoradores ó grandes impíos. M. Biot ha demostrado con la autoridad de su larga experiencia, que las ciencias naturales solo son religiosas cuando alcanzan un determinado grado de profundidad. El mundo contemplado con la mirada del alma, conduce á Dios: no debe sorprender que estudiado físicamente, lo oculte. Contemplando la superposicion de las capas geológicas de nuestro planeta; descubriendo la ruta de los astros; comprobando que los seres vivientes preceden por una progresion graduada á la formacion del hombre, el sabio novicio ó ligero experimenta

al-par bien estar en el espíritu y angustia en el corazón: un paso más, y creyendo haber llegado á la nada que forma la base del sér, sustituye á Dios por fuerzas misteriosas. En cambio, el sábio profundo y verdaderamente digno de este nombre, reacciona por medio de la razón contra este escalofrío que difunden en su alma los descubrimientos realizados en la naturaleza. Comprendiendo que las fuerzas que divinizaba están demasiado bien ordenadas para que no procedan de un ordenador supremo, admira como efecto lo que en un principio adoró como causa, y vuelve á Dios con un empuje proporcionado al doloroso impulso que terminara el alojamiento y la separación. Así se explica el que ciertos espíritus, despues de haber leído un libro peligroso, crean mucho más, al paso que otros crean menos. La culpa no está en el mundo físico, sino en los séres que se aventuran sin brújula en esa inmensidad sembrada de escollos.

¿De dónde proviene el antagonismo existente entre la fé y el cultivo inmoderado de las ciencias naturales? De que semejante aplicación falsea la rectitud del juicio. Sin hacer el proceso de la ciencia, ha escrito con razón Vauvenargues: "Hay mucho que decir respecto de que un vasto caudal de conocimientos conduzca al

espíritu de rectitud. La multiplicidad de objetos confunde la mirada, muchos conocimientos diversos destruyen nuestro propio juicio... el número de las gentes que saben utilizar debidamente el espíritu ageno es muy reducido: los conocimientos se multiplican; pero el buen sentido es siempre escaso (1).» Efectivamente, la erudición mal digerida, léjos de ser una ventaja es inconveniente. Todo espíritu que absorbe más de lo que puede asimilarse, se hincha en vez de fortalecerse, y si esto acontece respecto de los efectos de la ciencia en general, fácilmente puede medirse cuál ha de ser la influencia ejercida sobre la rectitud del juicio por las ciencias de la materia.

A la dirección recta y sencilla, que es el sentido comun, substituyen la inflexibilidad de la razón geométrica. En cierto modo hacen de las inteligencias algo semejante á un objeto que distinguen perfectamente delante de sí, pero cuya vision es limitada porque no pueden girar sobre sí mismas. Matemático hay, por ejemplo, que jamás logrará comprender cosa alguna de la religión, porque se empeña en encontrar las

1 Fragmentos sobre los efectos del arte, p. 556, edicion Didot.

pruebas matemáticas que no pueden existir, y prescinde de las pruebas racionales; y en tanto que la religión se certifica por el testimonio de la historia, de la revelación, de la razón filosófica, y del sentimiento, él sólo admite la verdad de las cifras. Exageración de raciocinio que, en último resultado, no es otra cosa más que empujamiento de razón. De seguro se refería Montaigne á uno de esos hombres tan especiales al trazar ese picante perfil: «Ese sábio supo componérselas tan bien en punto á tirar la cuerda, para enseñar á su alma la manera como debía pensar que al fin se salió con la suya, sacando de quicio el juicio hasta tal punto, que nunca logró volverlo á meter en caja, pudiendo alabarse de haberse vuelto loco á fuerza de ser sábio (1).»

Cuéntase que como los padres del baron de Cauchy solicitaran los consejos de Lagrange, para dirigir á su hijo, que tan felices disposiciones revelaba, este les contestó: «No le permitais abrir un solo libro de matemáticas mientras no haya terminado las humanidades.» Al indicar este plan de estudios á un matemático de tan

1 Leib, I. cap. 25.

grande porvenir, sólo se propuso Lagrange someterlo á la disciplina más fecunda; mas por este medio acaso logró también sostener la fé de su discípulo, al par que su rectitud de juicio.

El abuso de las ciencias físicas, además de falsear las inteligencias las deprime, y lo que las inteligencias pierden en elevación, como lo que pierden en certeza, de la medida de su desviación en el órden de las creencias. Cierto que bajo el imperio de tales preocupaciones se llevan á cabo importantes descubrimientos; pero todo lo que se ensancha el horizonte hácia la tierra, se reduce hácia el cielo. Cierto que entonces se puede entregar el espíritu á un movimiento verdaderamente desenfrenado; pero el progreso se cumple en el sentido horizontal y no en el vertical. En una palabra, la ciencia da cuatro piés al espíritu, pero le corta las alas: de manera que la humanidad adelanta; pero no se eleva. Consecuencias peligrosas para todas las convicciones espiritualistas, puesto que á fuerza de analizar la materia, llega el hombre á persuadirse de que no existe otra cosa en el mundo. Como la fé se ha definido diciendo que es *el argumento de las cosas que no parecen*, y la ciencia se ha considerado el estudio de las cosas aparentes, esta acaba por decretar la imposibilidad de la

primera y véñse surgir celebridades de laboratorio, que miran con completo desden toda verdad que no deje un residuo en el fondo de sus retortas.

De seguro que como resucitara alguno de nuestros antepasados del siglo décimo séptimo, no habia de confirmar con sus palabras el elevando concepto que de nosotros mismos nos hemos formado, puesto que sin perjuicio de hacer la debida justicia á las ventajas que á su tiempo lleva nuestro tiempo, no podria menos que decir: cierto que marchais con mayor rapidez, pero an cambio no os elevais á tan remotas regiones; cierto que hablais con los que moran en otro continente por medio de hilos establecidos bajo las olas del mar, pero, por lo que á Dios se refiere, apénas si acertáis á balbucear algunas palabras; cierto que habeis logrado medir los cielos, mas no conoceis á su autor: así se explica que llaméis á vuestro siglo el siglo de la locomoción y no el del progreso; el del vapor y no el de la luz.

Convego en que el ontologismo de los siglos pasados tendia por sus excesos á la negación de los cuerpos, como el materialismo contemporáneo suprime las almas; pero, en último resultado, Mallebranche honra más á la humani-

dad viendo las cosas en Dios, que la ciencia explicando el mundo sin Dios, y cuando un explorador célebre, de regreso de su lejanas excursiones dijo al rey de Prusia: «Señor, he buscado á Dios por toda la redondez de la tierra y no lo he encontrado en parte alguna.» infirió al espíritu humano un agravio más grande que la li-soja que presumia dirigirle, puesto que puso en evidencia, que el progreso de los descubrimientos puede marchar al par con la decadencia de las ideas.

Las ciencias naturales sin correctivo alejan pues al hombre de Dios, porque Dios mora en las regiones más elevadas, y aquellas llevan el espíritu hácia las bajas, con la circunstancia empero de inspirar en sus adeptos ambiciones desordenadas. Un sabio que ha conseguido explicar algunas leyes desconocidas, no puede admitir en manera alguna que no sean explicables todas las verdades: pues imagina que cuando la naturaleza le ha entregado sus misterios, sería en él un acto de debilidad el permitir que Dios le reservara los suyos. Y hay más aún: estos mismos sabios que á veces sbrigan supersticiones relativamente á los misterios de la naturaleza, son escépticos respecto de los misterios divinos. Si la religion les dice que el infierno tie-

ne fuego, sonrñense irónicamente de esas llamas que no han sometido al análisis; pero si la ciencia les dice que Saturno y Júpiter pesan tantos kilógramos, lo creen á puño cerrado como si ellos mismos hubiesen sostenido la balanza.

[Contradicción y flaqueza humanas! ¿Como se explica que la ciencia de las cosas naturales, tan sumisa á la fé en Descártes, se emancipe tanto de ella en Laplace? Es que Descártes para lanzarse á las cimas de lo infinito, contaba con la fuerza proporcionada por la instruccion filosófica, en tanto que los otros, encadenados por las reglas del A más B, no aciertan á ver más allá de su telescopio. Y puesto que hemos escrito la palabra telescopio, aprovechémosnos de ella para establecer una comparacion. La ciencia con su dos ramas de conocimientos espirituales y de conocimientos naturales, parécese á los anteojos cuyos cristales alejan ó aproximan los objetos, segun sea el extremo por el cual se miran: cuando se contempla á Dios por medio de las segundas, acaba por perdersele de vista. ¿Cuántos son los sabios cuya mirada, en religion, no fiene mucho alcance, precisamente porque emplean al revés su instrumento óptico!

Vengamos ya á la razon más decisiva. Si se ha dicho de la ciencia que es motivo de orgullo,

*scientia inflata*, las ciencias físicas, más que las otras, conducen al hombre á la irreligion por el sentimiento exagerado que de su importancia le hace formar. Cuando nuestros antepasados de la edad media llevaban á cabo sus descubrimientos en el dominio del pensamiento, no abandonaban jamás su modestia, por lo mismo que para ellos, el descubrimiento estaba en Dios, y cuanto más se aproximaban á ese rostro adorable, tanto más oprimidos se sentian por tan soberana Majestad; mas desde que el hombre realiza sus descubrimientos en las fangosas profundidades de la creacion, se ha declarado rival del Creador, y en cuanto ha tenido encerrados en sus crisoles los elementos de la creacion, no ha vacilado en erigirse en creador del mismo Dios, segun la feliz y atrevida expresion de Boasuet. ¡Y bien, dice, al parecer, el sabio contemporáneo: ¿cuál es el acto por excelencia de la divinidad? ¿Los milagros? pues tambien los realizo yo, que ocupado una aérea navecilla héme paseado entre los astros del firmamento; yo, que habiendo dado alas á mis buques, he surcado en todas direcciones la vasta extension del Océano con la rapidez de las aves marítimas; yo, que henchiendo de fuego mis carros he cruzado la tierra de Oriente á Occi-

dente con la velocidad del rayo. Dios creó las olas furiosas y yo las domo: Dios creó la tempestad y yo la subyugo: Dios creó las distancias y yo las suprimo... ¿Quién semejante á Dios? se dijo un día en las alturas celestiales: y yo me presento con las pruebas en la mano para sostener la competencia, porque es señor del mundo el que tiene á su disposición todos los resortes.

Y la ciencia moderna se halla tan empapada en este sueño quimérico, que á cada nuevo descubrimiento que se lleva á cabo, los hombres de poca fé se miran cual si pretendieran preguntarse, si Dios va á ser convencido de falacia, no faltando quienes hayan insinuado al magnetismo que se ocupe en la resurreccion de los muertos, á fin de ver si se daría con medio apropiado para acabar con Nuestro Señor Jesucristo. De manera que el orgullo de las ciencias naturales, del mismo modo que los sofismas de la filosofía, conducen á una misma blasfemia: ¡Somos Dioses, somos Dioses! y el crimen intelectual de la época presente, recuerda el de Santos.

¿Qué es lo que convendría á ciertos sabios, para que fueran más respetuosos con la fé? El sentimiento de la modestia y la conciencia de

su debilidad, que son el más preciado perfume de las almas elevadas, y el adorno más bello de los espíritus eminentes. Mediante esos elementos harían al par justicia á su conciencia y á la religion, porque el saber, que en sus pretensiones carece de limites, los tiene muy marcados en sus conquistas. Si duda, en materia de religion, no proviene de que sea extenso, sino de que es incompleto. Newton jamás pronunciaba el nombre de Dios sin humillar su potente cabeza en testimonio de adoracion y respeto, dando así una prueba manifiesta de que si la cabeza del hombre se resiste á inclinarse ante su Creador, no tanto proviene de los méritos que le distinguen, como de las circunstancias que le faltan (1).

(1) Si en esta parte de nuestro libro somos ménos concisos que en la que hemos dedicado á contestar las objeciones filosóficas, conato en que al presente nos vemos obligados á ocuparnos al par en la exposición de los hechos y en el raro asunto apologético, y al propio tiempo en llevar á cabo la educción científica del lector, y la refutación de nuestros adversarios.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





Señalar los peligros de nuestro especialismo científico, no es revelar sus errores. Tratemos, pues, por medio de una discusión preliminar, de destruir esta autoridad por la base socavándola, ó mejor suprimiéndole esta misma base; es decir, procedamos como se procede con el árbol que se intenta derribar, en el cual, antes de cortar las ramas, se comienza por socavar las raíces.

Durante la primera mitad del presente siglo, la negación era audaz; pero no antinatural: al

presente la incredulidad solo considera la naturaleza separada del hombre, no confundola para nada absolutamente en el hombre mismo. El haber suprimido esta base de observación ha hecho del método llamado experimental el más hipotético, y reducido al par á la ciencia contemporánea á un vasto cuadro de los tres reinos mutilado por la cabeza. Porque, ¿qué es el hombre abstracción hecha del alma? Un mamífero que no tiene sobre los astros más ventaja que la de saberlos clasificar, sin tener el derecho cierto de mandarlos; un ser inexplicable que tiene la vana pretensión de explicarlo todo.

«El naturalista solo conoce los cuerpos y las propiedades de los mismos: todo el que no sea esto es trascendental, el naturalista considera el trascendentalismo como el extravío de la razón humana (1).»

«El estudio empírico de la naturaleza no tiene más fin que la verdad, sea esta consoladora ó desesperante, estética ó no, lógica ó absurda, conforme ó contraria á la razón; necesaria ó extraordinaria (2).»

1 Virchow.

2 Cotta.

Tales son las fórmulas de una teoría hoy en boga, que absorbe ó mejor elimina al par, cuanto trasciende á la religion y á la filosofía. Según este delirio de experimentacion material y materialista, el hombre no puede tener certeza de lo que ve con los ojos del espíritu, en tanto no ha obtenido confirmacion por medio de los ojos del cuerpo. Sistema verdaderamente singular, que llega al extremo de aceptar el absurdo, con tal que se halle certificado por los procedimientos positivistas; que rechaza hasta el sentido comun cuando no se presenta como cuerpo, ó como propiedad de los cuerpos; y que concede más autoridad á la experiencia que á la razon, como si la experiencia no alcanzara todo su valor de la comprobacion y de la direccion que la razon le proporciona.

La trasiicion del naturalismo espiritualista, en boga hace todavia muy pocos años, al naturalismo ateo, empírico, y brutalmente negativo, cuya repugnante fórmula acabamos de transcribir, háse realizado bruscamente. ¿Qué se han hecho aquellos tiempos en que Kant, Fichte, Schelling y Hegel en Alemania; Laromiguiere, Royer-Collard y Cousin en Francia, ocupaban la atencion del mundo con sus especulaciones ó con sus sofismas ontológicos? Al presente

toda la filosofía ha venido á reducirse á la historia natural, y la historia natural á una universal blasfemia. Acúsase frecuentemente á los poderes públicos, y hasta ellos solos se achaca toda la culpa de la decadencia en que han venido á parar las creencias, y el cargo, en rigor, nada tiene de infundado: fijese bien la atencion, y se verá que los gobiernos, con el escepticismo de su conducta, pueden determinar el escepticismo en las ideas; pero el movimiento científico de los quince últimos años, ha producido más dudas que todas las oscilaciones de la política europea. ¿De dónde proceden, pues, las bramas que hánse levantado delante de nuestro sol?

Vamos á decirlo. El progreso de las ciencias naturales engendró desde luego en Alemania un profundo desprecio respecto de la filosofía teórica de nuestros últimos cincuenta años: el empirismo de algunos espíritus, positivos hasta la exageracion, reaccionó violentamente contra los maestros de la escuela idealista, y á consecuencia de esta revolucion el cetro de la ciencia pasó de las manos de los filósofos á las de los médicos. Luis Buchner, la expresion más acabada y popular de esta tendencia, profesó el materialismo y el desden por las doctrinas al mismo opuestas, con una franqueza que ra-

yaba en cinismo. La conclusion práctica de su sistema ha sido formulada en los siguientes términos por Rodolfo Wagner: «Comamos y bebamos, que mañana ya no serémos. Los pensamientos más grandes y elevados no son más que vanos sueños, pura fantasmagoría, agudezas de autómatas que tienen dos brazos y andan con dos piés, y se descomponen en átomos químicos para combinarse de nuevo (1).» Certo que el autor contradice las consecuencias que deduce de su pensamiento; mas no puede impedir al pensamiento el que las formula. En vano se pretendería imponer al hombre las cargas propias del alma, cuando se le suprime el honor.

A la sombra proyecta por el estandarte de este radicalismo anti-religioso, marchan otros muchos escritores, que procedentes de puntos distintos, coinciden en la tesis de la incredulidad absoluta. Schopenhauer, Feuerbach, Bruno Bauer, Max Stirner, Arnoldo Ruge, Moleschot, han expuesto sus variadas negaciones con una crudeza de formas que darian de su país la más triste idea, si no se supiera que la Alema-

1 Dilectores leído en la reunion de los médicos y natur. alistas celebrada en Coahuila.

nia es al par la patria de las almas piadosas y de los espíritus audaces. Hasta los mismos gigantes de la incredulidad trascendental han sido tratados por esos materialistas al uso de *charlatanes de ideología* y de *retardatarios anticuados*. En suma, háse llegado al extremo de decir que el ateísmo es un sistema demasiado religioso, puesto que puede hacer algo de más provecho que negar la religion; y es olvidarla (1). ¡Revancha desatinada del empirismo contra los excesos de la especulacion *a priori*! ¡Degradacion providencial de la inteligencia siempre condenada á expiar sus blasfemias con monstruosidades!

La filosofia francesa ha roto por su lado con la tradicion espiritualista de Cousin y de Colard, para reanudar la materialista de Broussais y Cabanis. La direccion del movimiento negativo ha pasado desde la escuela normal á la escuela de medicina; las ideas han cedido su lugar á la diseccion anatómica; y por último, la metafísica, la teodicea y la psicología, han sido suplantadas por la fisiología animal, y merced á eliminaciones arbitrarias, hasta la misma nocion de la

1 Arnoldo Ruge.

ciencia se ha visto falsificada, á fin de que ni el alma, ni Dios, ni la religion, pudiesen contar con un sitio á propósito en este dominio que les estaba reservado. Augusto Comte y Littré han suscitado esta corriente, arrastrando en pos de sí gran número de discípulos que les exceden en audacia, sin igualarles en talento.

Astutados ante las consecuencias que de sus principios se deducen, en vano han declarado los corifeos del positivismo, que su doctrina, como ninguna desinteresada, respecto de todas las escuelas especulativas, miraba con la misma indiferencia al materialismo y al espiritualismo, porque en estas atenuaciones hay más galantería que sinceridad. Cuando un positivista define el alma humana «el conjunto de las funciones de la masa encefálica (1),» ¿qué es más que un materialista, si quiera no lo confiese? Y cuando identifica *la causi primera con la materia organizada*, ¿qué hace más que profesar decididamente al ateísmo, sin tener valor para responder de él?

Por lo demás, es completamente inútil que los oráculos de esta escuela traten de desvirtuar las

1 Diccionario Knyten.

conclusiones doctrinales de su sistema; pues las gentes han sabido leer lo que puede adivinarse en sus escritos; y nada prueba mejor el ateísmo que profesan, que el ateísmo que engendran. Lo único que hay es que al paso que los maestros se avergüenzan de sus opiniones, los discípulos se enorgullecen de ellas, y que asistimos á un desbordamiento de incredulidad que podría ser motivo de serias inquietudes, si con el limo del espíritu, no aconteciera lo que con el limo de los ros, que despues de haber destruido, fecunda.

Además de las expuestas, existe todavía una tercera causa que ha contribuido á preparar los etoctos que lamentamos, y son los descubrimientos llevados á cabo recientemente por la historia natural. ¡Extraña contradicción! Los mismo espíritus que encuentran admirable á Dios, cuando emplea nueve meses en hacer madurar un grano de trigo; cien años en hacer que completamente se desarrollen ciertas y determinados árboles; y mucho más tiempo todavía en enviarnos la luz de los astros, no saben distinguir su providencia creadora en el primitivo crecimiento de nuestro globo y en las sucesivas transformaciones que ha experimentado. En vez de contemplar el origen de la vida como una producción divina, solo ven en ella una acción de las

fuerzas físico-químicas. Según ellos, la vida, surgiendo de un prototipo ó proto-organismo desarrollado fortuitamente, lanzóse y se ramificó espontáneamente por medio de enlaces incalculables, hasta que al cabo de un número de siglos más incalculable todavía, corrigiéndose y perfeccionándose incesantemente este trabajo sordo de la naturaleza, acabó por hacer brotar al hombre de un intermediario colocado entre él y el mono, del mismo modo que, con el transcurso del tiempo, el hombre dará vida á una especie superior. Esas fantasías desmoralizadoras que flotaban en estado de mera hipótesis desde Lamark, Robinet, y Da Maillet, han obtenido una especie de justificación científica en el sistema últimamente publicado por Darwin. Como observara este naturalista inglés que las razas bajo las influencias de la domesticación y de lo que él llama selección, pueden al cabo modificarse, dedujo que del propio modo pueden ser transformadas las especies (1). Semejante gravísimo error rodeado de un gran prestigio de exposición, y presentado con todas las reservas de

1 Del origen de las especies por Darwin.

una modesta imparcialidad, ha contribuido poderosamente á acreditar la loca fantasía de nuestro origen químico. Solo que así como Lamark y Darwin todavía colocan á Dios en la raíz del árbol de la vida universal, sus comentadores no han concedido á este otro seno natal que el lodo, de manera que si nuestros últimos padres han sido los gorillas y los chimpanzés, los primeros fueron los infusorios de los pantanos cuaternarios! ¿Pueden concebirse los residuos putrefactos de una antigua vegetación, macerados en las aguas de algun antiguo diluvio, produciendo el germen sublime, predestinado á ser, andando el tiempo, el talento de Bossuet, el corazón de Vicente de Paul ó el alma de Jesucristo? ¡Vergonzosa concupiscencia la que inclina al hombre hácia los misterios que no le merecen respeto, para que le dispensen de la penosa obligación de respetarse!

Tales son las fuentes del mal: la extensión del mismo, sólo Dios es capaz de abarcarla. Antes empero de estudiar los grupos diversos de negaciones que esta negaciones generales suponen, juzgamos conveniente establecer una tésis preliminar, en contraposición al aparato científico de la época presente, en cuanto encierra de contrario á la fé. Y téngase en cuenta que se-

mejante procedimiento es mucho más positivo que el adoptado por el partido adverso, puesto que en él vamos á fundar nuestra defensa en los hechos de la humanidad. Nuestros adversarios con tal de dar apariencia de verdad á sus lucubraciones, no vitilan en mutilar la humanidad: nosotros, con un propósito más elevado, vamos á restaurar la integridad de semejante testimonio. Todo el método experimental descansa sobre la base de que nada más existe cierto que la evidencia física y las leyes que de la misma se desprenden; mas la evidencia física sólo tiene autoridad en cuanto la comprueba la razón, determinando al par sus límites y condiciones. Por consiguiente no es impropio, sino por el contrario muy natural en el espíritu humano, el que la experimentación busque base segura á sus afirmaciones (1). Esto sentado, preséntase la naturaleza humana reclamando para todas y cada una de sus facultades el privilegio concedido únicamente á su inteligencia, de servir de fun-

1 No deben confundirse sin embargo la Escuela experimental propiamente dicha, representada por M. Claudio Bernoulli, cuyo determinismo no excluye ninguna de las ciencias por medio de las cuales el espíritu puede remontarse á Dios, con el método positivista que después de haber dado algunos pasos, se encorva en el lado del materialismo sico.

damento á la verdad. Si, nuestra naturaleza no solo tiene evidencias materiales á disposición de su juicio; sino que cuenta además con evidencias de sentimiento, evidencias de dignidad personal, evidencias de sentido comun, y evidencias morales, que constituyen para ella una regla absoluta de certeza. Ahora bien, con presentar á la negación científica completamente opuesta á todas esas evidencias, queda dicho todo. La naturaleza que es la misma en el hombre que fuera de él, no puede contradecirse: por esto, desde el momento en que nuestro conocimiento del mundo desmiente al que de nosotros mismos tenemos adquirido, el primero, que siempre es más ó ménos dudoso, debe subordinarse al segundo del cual en manera alguna podemos dudar. No es así como proceden actualmente las ciencias llamadas naturales. La prueba más convincente de que explican mal la naturaleza, la tenemos en que constituyen un atentado contra la naturaleza humana, implicando con relación á esta, la *deshonra*, la *sin razon*, la *barbarie*, la *inmoralidad* y por tanto el trastorno completo de la economía racional. ®

solverse en el sistema del hombre hecho Dios, solo nos ensalza para despues humillarnos. En el primer caso, Dios es el principio y el fin de las cosas; y la regla de las creencias y de los deberes se llama teología: en el segundo, el hombre es el único Dios de este mundo; y la ciencia más importante es la que se conoce con el nombre de antropología ó *humanismo*. Pues bien, en realidad el hombre se rebaja en toda la elevacion que en sus errores se atribuye. Si consciente en considerarse simple criatura formada por el poder divino, caida en virtud de un acto de su propia voluntad y rescatada por medio de una sangre reparadora, crece hasta el punto de adquirir proporciones verdaderamente sobrenaturales: en cambio si se arroga la divinidad ó si la niega, llega á experimentar en una miseria sin nombre, el castigo de los ángeles anatematizados. En este sentido es como se realiza la palabra de un profundo pensador: «El que hace el ángel hace la bestia (1)». La historia nos proporciona copiosos y memorables ejemplos de semejantes caídas.

A fines del siglo décimo octavo, como se pronunciará el nombre de Dios en una lectura da

1 Pascal. Pensamientos.

## I.

Pascal ha dicho: «Hay mucho peligro en evidenciar extremadamente al hombre la semejanza que tiene con las bestias, si al propio tiempo no se pone de relieve su grandeza: tambien existe peligro en poner demasiado de relieve esta grandeza, si al par no se le muestra su pequeñez: lo más conveniente es ponerle de manifiesto la una al lado de la otra (1)». Solo el cristianismo es capaz de mantener á la humanidad en este difícil equilibrio: fuera de él el hombre tiende, ó á suprimir á Dios ó á ocupar su lugar, con lo cual, y es este un contraste muy digno de ser estudiado, desciende de toda la altura que usurpa en detrimento de su Autor.

El cristianismo, que se reduce al dogma de un Dios hecho hombre, es para nosotros fuente de grandeza: el anticristianismo que, viene á re-

1 Pascalsentences.

da en el Instituto, Cabanis, encendido en cólera, reclamó que no se pronunciara jamás semejante palabra delante de los individuos de aquella distinguida corporación. Al cabo de algun tiempo, un fisiólogo de la propia escuela, que se vió obligado á contestar á esta pregunta ¿qué es el hombre? salió del paso definiéndolo: un tubo abierto por sus dos extremos.

Dios quedaba vengado:

Durante una gran parte de este siglo, el panteísmo, es decir, la divinización del hombre por el dogma de la unidad de substancia, ha sido la opinion acreditada por la filosofía de lo absoluto. La Alemania fué la primera que se dejó desvanecer por los perfumes exhalados por esta doctrina; despues de lo cual pasó la copa primero á Francia, y posteriormente al resto de Europa, que por un momento se dejaron prender en las redes de tan seductora perspectiva. Mas no bien los ideólogos de allende el Rhin dijeron «Somos Dioses», cuando los materialistas les respondieron: «Somos brutos.» Tanto es así, que Burmeister no vaciló en escribir: «El cuerpo humano es una forma modificada del cuerpo animal: el alma humana es una alma animal fortalecida,» á lo cual añade Carlos Vogt: «El hombre no tiene ventaja alguna so-

bre el animal, su superioridad intelectual, respecto del último, es meramente relativa.»

Tal es la manera como se precipita la humanidad desde el lugar en que le corresponde mantenerse, cuando pretende alcanzar un sitio superior.

Ante semejante espectáculo, represéntaseme Adán naciendo de un soplo de la divinidad, é instituido rey del universo: yo le contemplo en su actitud soberana colocado sobre la tierra y mirando al cielo, para representar la doble predestinacion que le da el mundo presente en propiedad, el mundo futuro en herencia, y finalmente, le considero emanado de Dios por medio de la creacion; reconquistado por Dios por medio de la redencion, y reunido, al cabo, eternamente á Dios por medio de la glorificacion, despues de lo cual me es imposible vacilar respecto del simbolo que debo seguir. La doctrina que me aconseja el desprecio de mí mismo y el de mis semejantes es despreciable: en cambio, la que me eleva y los eleva, es verdaderamente digna de respeto. Por lo demás, y siguiendo esta ley, no hago más que seguir la inclinacion de mis propios impugnadores, porque «hasta aquellos que igualan los hombres á las bestias, quieren merecer su aprecio: para ellos el mejor



sitio del mundo se halla entre ellos, pues tenemos del alma humana tan eleva idea, que podemos sufrir vernos despreciados. Así es como se contradicen á sí mismos en virtud de su propio sentimiento, los que todo lo explican por medio del organismo (1).»

¿Qué es lo que ha resultado de este crimen de la humanidad contra su propia dignidad? Que cuanto ménos se respeta más se estima, y que cuanta mayor es la estimacion que se profesa, ménos concede á los otros, por lo mismo que no le queda mucha de que disponer. De aquí resulta una verdadera epidemia de desprecio universal. Hoy los menospreciadores ó mofadores, han reemplazado á los héroes y á los santos, y cuando la humanidad se prodiga á manos llenas el desprecio, no hace más que hacerse justicia, porque ¿qué pueden merecer acá en la tierra, los movimientos de un mono que habla, lucha y gobierna, sino un poco de curiosidad cuando desempeña perfectamente su papel, y los silbidos de los espectadores cuando fracasa en la ejecucion del mismo?

— DIRECCIÓN GENERAL

1 Pascal Pensamientos.

Y sin embargo, no le basta al hombre con insultar á su especie: desde el momento en que únicamente ve en ella una coleccion de animales, ha menester adorarse. Por lo mismo que la necesidad de la adoracion es en él innata, y por lo mismo, tambien, que en su concepto, no existe objeto alguno verdaderamente digno de semejante honor, ¿qué inconveniente puede haber en que se lo tribute á sí mismo? Por esto Feuerbach propone subsistir la *anthropolatría* á la religion, es decir, sustituir el culto á Dios por el culto del hombre, y Max Stirner, llevando más adelante sus conclusiones, se burla de ese Dios-humanidad, como de la última de las supersticiones, y predica la *atholatría*, desplegando al viento la bandera en que ha escrito: *Quisquis sibi Deus*, cada cual es el Dios de sí mismo. Librenos el verdadero Dios de presenciár la aplicacion social de tan perversas invenciones, si es que pueden ser compatibles la sociedad y tales experiencias. Era espantosa seria la que tal ensayo presenciara, puesto que en ella el hombre prodria prevalerse de su título de Dios para reivindicar todos los derechos; y de sus inmunidades de animal, para declinar el cumplimiento de todos sus deberes, po que en el momento en que

se juzga incapaz de la virtud tiene razon de sobras para creerse dispensado de ella.

La incredulidad científica contemporánea al arrebatar al hombre la dignidad de su origen, le hace perder, como consecuencia precisa, su dignidad moral, puesto que la familiariza con tres errores monstruosos que son el deicidio, el suicidio y el homicidio doctrinal.

Existe un crimen más espantoso que el que proviene de atentar á la vida de sus semejantes, ó sea el fratricidio; más horrible que el de bañar las manos en la sangre de los padres, ó sea el parricidio; este crimen es el que consiste en atacar la existencia de Dios, ó sea el deicidio. Semejante exceso hállase virtualmente contenido en la doctrina del ateísmo, puesto que esta blasfemia implica la doctrina de lesa divinidad. Pues bien, júzguese por lo que vamos á decir del estado á que ha llegado la decadencia que caracteriza nuestra época. En tanto que la negación idealista de Dios se disfrazaba cual si tuviera vergüenza de sí misma, la negación materialista osténtase desembozadamente cual si tuviera satisfecha y orgullosa de su proceder. En otro tiempo la filosofía, despues de haber trabajado en anonadar á Dios, hablaba de él, cual si

por semejante medio pretendiera declinar el opróbrio proveniente de tamaño exceso hoy prescindiendo de sus antiguos pudores, y habiendo del deísmo una especie de franqueza depravada, exclama: «Dios es un cuadro vacío sobre el cual puedes escribir lo que mejor se te antoje (1),» ó bien: «Lo mismo da que adores á Jehová ó al buey Apis, á tu propia sombra ó al *Statu ventris*, pues Dios no es más que el dominio de la fantasía (1),» ó tambien, — y no puedo ménos que sonrojarme al considerar que nuestra lengua ha podido servir para lanzar tan horrenda blasfemia, — «... ¡es el mal! (3).» ¡Qué pensarían finalmente Newton, Descartes y Keplero y todos los religiosos fundadores de la astronomía, oyendo á una posteridad de pigmeos que sin pruebas de ninguna clase y sin respeto alguno ha osado exclamar: «Los cielos no cuentan ya la gloria de Dios, sino la de Laplace (4).»

El anonadamiento del yo, es tambien una tendencia desordenada de nuestro especialismo científico. El mundo echa á veces en cara á la mor-

1 Büchner.  
2 Feuerbach.  
3 Froudon.

4 Véase Jacot, *Materialismo contemporáneo en Alemania*.

tificación cristiana el que se suicidie, siendo así que no es más que un desprecio. Disminuir la vida del cuerpo (para aumentar la del alma es vivir más y de ningún modo morir. El verdadero suicidio es el organicismo, que consiste en el abrazo eterno de la nada. Si, el materialista que ha dicho *al polvo y á los gusanos: Sois mis hermanos, que ha exclamado: Moriré, y se ha estremecido de placer*, es el que realmente se suicida para toda una eternidad. Y la verdad es que al presente abundan los pensadores que ponen en duda la imposibilidad de la inmortalidad individual, acaso por que les asisten poderosas razones para temerla! Cuanto menos dignos son los hombres de sobrevivir á sus obras, mayor afecto profesan á la nada: por esto los discípulos de la nueva doctrina se hallan poseídos de una especie de furor de destrucción.

No se diría sino que se les infiere una injuria concediéndoles el honor de pensar, cuando se haya extinguido ya su cerebro, orgullosos como están de su nobleza de *hombre-máquina de hombre-planta*, y de otras genealogías que si les hacen superiores al orangutan respecto á inteligencia, les hacen sumamente inferiores al elefante y á la ballena por lo que mira á la longevidad. Lo que han escrito los especialistas

de Francia y de Alemania para establecer que, según las leyes de la naturaleza, *cuanto nace debe morir*, no es para reproducido: el sentido moral desfallece ántes de la idea de tener que emprender tan ingrata tarea, sin contar con que las exposiciones desnudas de la extravagancia ó de la perversidad, constituyen un espectáculo peligroso, toda vez que el hombre al instruirse en sus propias bajezas, se familiariza con lo monstruoso, y corre el riesgo de adherirse á él.

Y nótese que la negación científica relativa á la vida de ultratumba hace tan fácilmente prosélitos entre los hombres, como en sus propios autores. Por lo mismo que procede del espíritu del mal, que fué homicida desde el principio del mundo, diríase que con el ódio á Dios y al yo implica el ódio á la humanidad. Sus secuaces admiten fácilmente que las moléculas del cuerpo viven siempre; pero condenan en nosotros á perpétua extinción el principio de vida. A sus ojos la última palabra de los destinos futuros hállase contenida en esta máxima esculpida sobre la puerta de los cementerios por Chaumette: *«La muerte es un sueño eterno,»* y ponen las siguientes palabras en boca del representante de una tribu salvaje que interpela á un misionero

cristiano: «Pretendeis que soy inmortal, ¡por qué no lo han de ser igualmente mi buey y mi perro? ¿En qué me diferencio de ellos, en qué se distingue el hombre del animal, sino es en ser el hombre mucho más bellaco (1)?» Finalmente, no se diría sino que se gozan en pisotear desapiadadamente á la humanidad en el interior de las tumbas en que yace, cual si pretendieran impedirle la salida; pero la humanidad á pesar suyo llama á las puertas de su cárcel, y en tanto que la naturaleza física yace enterrada en el fango, la naturaleza moral, sacudiendo ese sudario repugnante, contesta irremisiblemente á la disolución: *Espero la resurrección y la vida del siglo futuro.*

Tenemos pues, que sea lo que se quiera de las intenciones sentimentales de los incrédulos, sus teorías son inhumanas. No ha faltado uno entre ellos que ha osado decir que *la fe es contraria al amor*: quisiera saber qué filantropía puede existir en el dogma del dolor sin esperanza, y de la impunidad eterna de los malvados.

La negación contemporánea con la dignidad

original y la dignidad moral, destruye también la dignidad intelectual de nuestra especie. Al presente se repite con mucha frecuencia la pregunta encaminada á averiguar, por qué no son reemplazados los hombres ilustres que perecen y por qué razón, nuestro siglo glorioso en su comienzo, se vé condenado á ostentar el sello de la medianía en sus últimos años. Consiste semejante fenómeno, en que los talentos elevados no son, con frecuencia, otra cosa más, que la expresión de la conciencia elevada que tiene el hombre de sí mismo, y en que el genio, si quiere darse alas, necesita creerse predestinado, á elevarse al cielo. El arte, la poesía, la elocuencia, la literatura, en suma, los dones todos que se basan en la inspiración, brotan del alma, y no podrían existir cuando se pone á discusión la existencia de esta.

Los hombres políticos atribuyen siempre á las influencias políticas la decadencia intelectual de las naciones; pero bajo este punto de vista, el despotismo no ha cometido, con mucho, todos los delitos que se le imputan, del mismo modo que la libertad no ha llevado á cabo todos los prodigios que se le atribuyen. Lo que principalmente contribuye á fecundar el pensamiento de una generación son las doctrinas. El siglo de

Luis XIV no contaba para inspirarse con las emociones del foro y de la tribuna, y sin embargo cuéntase entre los más grandes en los anales del espíritu. El siglo de Augusto fué la tumba de la libertad romana, lo que no impidió que fuese la cuna de Horacio y de Virgilio; mas la verdad es que en tiempo de Augusto y de Luis XIV las almas creían tan y por consiguiente los espíritus eran poderosos.

En efecto, equivocábase tristemente el que considerara á la fé como una traba intelectual: su peso es para la inteligencia lo que para el pájaro son las alas, le cargan; pero permiten que remonte su vuelo. Con frecuencia se acusa al despotismo del primir imperio de la inferioridad literaria ó filosófica de este periodo. Ciertamente que la savia entónces invertida en las gigantescas luchas sostenidas en el exterior, concentrada en el interior, habria podido dar vida á muchas obras maestras. Mas el fenómeno de que el espíritu francés jamás lograra remontarse durante la era imperial, debe principalmente atribuirse á la filosofía reinante en aquella sazón. La Francia acababa de salir de las aulas del ateísmo, levantadas por el siglo décimo octavo y por el periodo revolucionario; su pensamiento no podia en manera alguna desprenderse instantá-

neamente de aquella pernicioso influencia y por consiguiente permaneció paralizado hasta tanto, que gracias á una poderosa reaccion espiritualista, abrió de nuevo los ojos y pudo contemplar el camino del cielo. Cuando el materialismo cayó en descrédito, reaparecieron los espíritus eminentes, con la fé que forma la atmósfera indispensable para su vida. Poetas, oradores, filósofos, historiadores brotaron de improviso del reducido círculo en que el sensualismo de Condillac mantenía encadenado el vuelo nacional, y formaron esa hermosa pléyade cuyos últimos representantes nos inspiran tan profundo respeto, como profundo duelo nos produjeron sus últimos muertos.

Transcurrieron algunos años, una nueva invasión de naturalismo ha venido á sumergir el dominio del pensamiento, y las ciencias de la materia han oprimido y esterilizado nuevamente las facultades intuitivas del espíritu. Ante semejante espectáculo no ha faltado quien haya atribuido esta nueva caída al escepticismo de los poderes; otros la han achacado al escepticismo de los pueblos; mas la causa principal debe buscarse en una evolución científica, encaminada á hacer de este mundo una exposición perma-

nente de los tres reinos, y en manera alguna el vestibulo de una patria mejor. Bajo el imperio de la fé surgen creyentes; el materialismo sólo engendra ingenieros; con la fé el hombre canta, ruega, espera y ama á sus semejante; sin ella se agita, calcula, goza y desprecia; y cuando las cosas han llegado á este extremo, aun cuando es verdad que el mundo produce todavía grandes naturalistas, es más bien para vergüenza suya, que como anuncio de progreso, pues lo único que esto indica es que la humanidad, que nada sabe distinguir contemplando el cielo, estudia, estima y abarca la tierra como su seno maternal y su verdadero paraíso.

Finalmente: hasta lo que podríamos llamar nuestra dignidad animal, se halla comprometida por la negacion contemporánea. El hombre de nuestros días defiende la libertad ilimitada en política, y su servidumbre en el foro interno, sin considerar que no puede merecer el verse emancipado de los poderes, mientras sea considerado esclavo de sus inclinaciones. La ciencia actual ha puesto su formulario al servicio de esta tendencia culpable, haciendo caer de este modo al rey de la creación, de las categorías zoológicas en que se había vergonzosamente colocado, hasta los últimos grados del reino maquina-

Más adelante pedirémos cuenta de este agravio al materialismo en nombre de la moral; pero entre tanto juzgamos indispensable revelar las bofetadas que ha recibido nuestra dignidad. En virtud de este fatalismo fisiológico ¿á qué se reducen, en qué consisten la continencia de Scipion y la fidelidad de Régulo? «Ea la preponderancia de una funcion cerebral sobre las demás.» ¿Qué son un santo ó un héros? «Un teorema que anda.» ¿Qué es la civilizacion? «Una resultante de estas tres diversas influencias: la raza, el medio, el momento.» Por último, ¿qué es el mundo en general? «Una gerarquía de necesidades, un mecanismo universal que se sostiene en virtud de una fuerza interior y forzosa, que hunde en el corazon de toda cosa viviente las tenazas de acero de la necesidad (1).» De esta suerte la personalidad humana desprovista de todo imperio sobre sí misma, se ve sometida al dominio de las leyes de una mecánica envilecedora, y almas y moléculas de materia vense igualmente arrastradas por un engranaje inflexible. Nó, no bastaba para vuestra humillacion el haber nacido, en virtud de transmuta-

1 Véase MM. Littré, Taine, Compté, etc. Positiv.

ciones genealógicas, de algun reptil semi-animal, semi-vegetal que se arrastraba hace millares de años en las últimas capas de un mundo desaparecido, debéis ser ménos, mucho ménos que un simple bipedo; debéis ser una fuerza ciega: ménos aun que un animal, debéis contentaros con el modestísimo papel de autómatas.

Hasta que extremo de degradacion podría degenerar la humanidad, sometida á tan dura presion, si no existieran rasgos de dignidad, de sensibilidad, de espontaneidad indomable que sublevándose al sentirse oprimidos por tan brutales ataduras acaban por romperlas, es imposible imaginarlo. Por esto no nos sorprende que las costumbres se corrompan, que se pisotee la fé conyugal, que las convicciones se enervan, que los caracteres se empequeñezcan, que las estadísticas criminales asusten á los tribunales de justicia, en suma, que corroan el cuerpo social las gangrenas todas del orden moral; lo que nos sorprende es que con tales doctrinas el mundo no haya llegado á mayor degradacion. La verdad es que si esto no ha sucedido, consiste en que tales doctrinas no tienen fuerza para ello. ¡Por qué, sino, trabaja el hombre en respetarse más de lo que hacian los cuadrumanos sus abusos! Entre individuos pertenecientes á

tales razas, la primacia no corresponde al más digno, sino al más diestro. Mas la prueba indoleble de la grandeza nativa del hombre la tenemos en que es incapaz de realizar todo el mal que de él imagina, y en que gracias á su desden ó á su virtud, considera una ofensa hecha á la naturaleza todas las teorías que rebajan la dignidad humana.

## II

La negacion científica, tomada en conjunto, además de rebajar la dignidad humana, constituye una injuria y una especie de violencia inferida á la razon. Y ¡cosa extraña! La incredulidad niega en nombre de la razon, y so pretexto de restituírle sus derechos, la tortura. Y es que, segun se ha dicho, todo es razonable en la fé, hasta el sacrificio que en aras de la misma hace la razon. Por esto desde el momento en que se emancipa de la tutela celeste, cas de las alturas de la religion incomprensible, en los arcaicos de una filosofía que no pueda comprenderse,

alejándose del buen sentido, todo el espacio que interpone entre ella y lo divino. Uno de los caracteres más generales de la ciencia positiva es el ser una mutilación, un desmembramiento de la razón.

El testimonio de la razón solo es completo, cuando ha obtenido el asentimiento de todas nuestras facultades respecto de una verdad. En efecto, la luz no nos viene solamente de la inducción especulativa, si el sentido común no la rectifica. Kant probó de una manera irrefutable que fuera de la esfera de lo subjetivo no puede haber certeza; pero esto no ha sido obstáculo para que el experimentalismo haya establecido su método de observación sobre el axioma de la certeza objetiva. Por otra parte el entendimiento por sí solo no tiene el derecho de sacar una conclusión, sino la ratifican el sentido íntimo y el instinto moral. *El corazón tiene sus razones que no comprende la razón* (1) y por esto podría preguntarse á los naturalistas que eliminan la fé en nombre de una humanidad química, que suponen sin entrañas y sin necesidad del gioso, "qué naturaleza es esta de la cual

se nos habla, y quién ha conocido á esa señora (1) No debe pues separarse en el hombre lo que se halla en él unido indisolublemente, la facultad de comprobar los hechos y categorizarlos, y la de amar, aspirar y esperar una más allá. Solo la convergencia de todas esas visiones en una aspiración común, pueda constituir un juicio racional. Su divergencia es ó una opresión del hombre intelectual por las usurpaciones del hombre moral, ó el sacrificio de este á las exigencias del hombre intelectual.

Tal es el grande atentado del positivismo contra la razón humana. Acusa á los metafísicos de "profundizar incesantemente el abismo de la irracionalidad y de la divergación, como una especie de cierecía filosófica incapaz ó indigna (2)." Y sin embargo podrían devolversele los tiros resultantes de tales linderas, porque ese abismo de la irracionalidad consiste en declarar la mirada del hombre, infalible en el exterior, é incierta respecto de los hechos de conciencia, como si la conciencia no fuese el espejo, cámara oscura dentro de la cual los objetos



externos se certifican y reflejan por sí mismos; y en cuanto al *exceso de divagación* forma parte del programa que coloca las matemáticas, la astronomía, la biología y la sociología en el vasto departamento de los conocimientos humanos del cual sin embargo excluye la psicología; lo cual vale tanto como incluir dentro de la ciencia los astros conocidos por el yo, y dejar al yo fuera de ella, todo con el propósito de tener una razón para establecer que el hombre no es más que contador viviente, una especie de aparato físico destinado á comprobar las leyes; pero en materia alguna un alma capaz de elevarse á su principio.

«Pero vosotros no me bastais, contesta la naturaleza moral á los que más ó ménos inconscientemente de esta manera la insultan, porque vosotros no me enseñais más que la materia. Vosotros me reducís á lo visible y á lo palpable y yo tengo pensamientos más elevados.... El origen y el fin de las cosas, problema del cual yo formo parte, me atrae especialmente. Prefiero entregarme á conjeturas en asunto para el que tengo tanto interés, á saber por medio de razones demostrativas ciertas cosas que me parecen secundarias..... Vosotros no me quitéis del espíritu las aprensiones, las curiosidades

ultra-tumba. En el fondo mi negocio principal soy yo, lo que me espera á mí, máquina ardiente de ideas y pasiones, en el momento en que ciertos órganos dejan de prestar servicio á la máquina. Ser ó no ser: tal es la cuestión de las cuestiones; prescindiría muy satisfecho de la química y la geometría, y no sabría pasarme de esta contemplación y de las esperanzas que á la misma van anejas. Disputarme este sueño, no es en manera alguna colocarme en el lugar que me corresponde, es degradarme, por que yo no soy únicamente un animal político, sino que sobre todo y ánte todo soy un animal religioso (1).»

Hé ahí la ciencia verdaderamente positiva, porque no excomulga en manera alguna lo mejor de nuestra individualidad de las verdades científicas. Un crítico burlon de nuestro tiempo echa en cara al espiritualismo el dividir al hombre en dos, cuando admite que una porción de nosotros puede vivir, en tanto que la otra pudre en el suelo (2). Ironía de un gusto y de un corazón por cierto muy poco delicados. Los que parten el hombre en dos, son los que colocan

1 Dupont White, Revista de Ambos Mundos, 15 de febrero de 1866.  
2 M. Renan.

su experiencia física en oposicion con sus evidencias morales; son los que le dividen para alcanzar de la parte adhesiones que en vano esperarían del todo, desnaturalizando en cierto modo á la naturaleza, para obtener de ella un testimonio falso. Buchner ridiculiza al que cree sin ver, comparándole al hombre que pensara llevando la cabeza debajo del brazo: hay una anomalía más espantosa que esta, y es la del hombre que piensa, al par que pisotea su corazón. Si la fé ciega oscurece, la razon desprovista de corazón disminuye la inteligencia.

La negacion contemporánea por consiguiente empujeñece la razon; pero además es, una reduccion de la ciencia. Segun se ha hecho observar, el positivismo no es ni revelador, ni inventor, ni organizador, sino eliminador. Ha tomado entre manos la carta del mundo científico, y ha suprimido todos los pueblos que mira con prevencion, y en virtud de la más orgullosa de las arbitrariedades, ha dicho á la moral, á la metafísica, á la teodicea y á la psicología, os aspero de la ciencia; añadiendo, luego hablando de sí mismo, yo soy la ciencia: y la credulidad del vulgo se ha dejado sorprender por ese juego de prestidigitacion que pretende pasar plaza de filosofía.

Véase en substancia la descripcion de su procedimiento: no emplear jamás el *como* ni el *porqué* en los hechos del universo y en los de la humanidad; echar mano exclusivamente como medios de conocimiento de la observacion externa y de la experiencia; admitir los hechos que caen bajo el dominio de los sentidos, sin hacer mencion de los que solo pertenecen á la conciencia. Como todos los hechos son esencialmente homogéneos, solo existe un procedimiento para conocerlos, y cuando no son físicamente observables deben tenerse por dudosos. Por consiguiente en lugar de aventurarse en la investigacion de las causas y de las esencias, y en las especulaciones de la teología, de la metafísica, de la psicología, y de la moral, es preferible aplicar los recursos del cálculo al estudio de las realidades materiales, puesto que es el único camino cierto para llegar al conocimiento de los seres y de sus leyes. Seis ciencias encierran y circunscriben el campo de la exploracion científica: las matemáticas y la astronomía; la física y la química; la biología y la sociología: fuera de este mundo imaginado por los Colones y los Layeprouses del positivismo, no existe para el espíritu humano tierra firme, todo son mares insondables ó regiones fabulosas, en las cuales pue-

den aventurarse los poetas; pero en que el filósofo no debe imprimir jamás su huella.

Al llegar á este punto ocurresenos que en nombre de la religion, podriamos pedir al positivismo, estrecha cuenta del destierro extracientífico que le impone. ¿Cómo se arregla en efecto, para suprimir de una plumada lo que llama la hipocresía teológica? Suprime cuantas ciencias pueden estorbarle, y de este modo establece en principio lo que es objeto de discusión; hace un axioma del asunto de la tésis, y en suma resuelve de antemano que siempre tendrá razón contra nosotros, y nosotros no la tendremos jamás contra él: procedimiento como pocos cómodo, que solo tiene de positivo la pretension de tal, porque en lugar de avanzar gira sobre sí mismo, semejante á la figura de ciertos antiguos mosaicos que representa una culebra mordiendo la cola.

Mas quién principalmente tiene derecho para apelar, es la ciencia que ve sus dominios reducidos, restringido su vuelo, y destruida la mitad de sus medios de comprobación ó de conquista por medio del positivismo. La ciencia puede decir: devolvedme mis grandes hombres, porque Sócrates, Platon, S. Agustín, Bossuet me han pertenecido y vosotros me los arreba-

téis; devolvedme mis fronteras porque yo ocupo todo el espacio comprendido entre el estudio de los números y el estudio de Dios, y vosotros me despojais de la mitad de dichos dominios y hacéis inscribir la restante bajo vuestro nombre; devolvedme una inviolabilidad, porque la circunscripción de la ciencia, es decir, de todo lo que el hombre puede saber con certeza, ha sido trazada por Dios, y no existe sistema alguno que pueda disponerla de otro modo. Y en efecto, ¿con qué derecho pretende el positivismo arrogarse el poder dietatorial de fijar los contornos de la esfera científica? ¿Después de todo, la escuela positiva es una de tantas en que se halla dividido el campo de la filosofía. Si crítica es también criticada, cuenta con amigos y con adversarios; no es únicamente juez del combate, sino que figura en el número de los combatientes y cuenta ya con sus sectas y con sus escuelas (1).

Finalmente, la negación hoy día dominante, después de haber mutilado la razón y la ciencia, suprime todos los instintos lógicos, puesto que implica la hipótesis gratuita y la contradicción.

Constituye una idea fija en el positivismo el ver únicamente meras hipótesis en todas las ciencias á las cuales excluye. Según él la teología, la metafísica, la moral, la psicología, no son más que un mundo de hipótesis: hasta Dios mismo no es más que la primera hipótesis; el alma humana á su vez pasa á la categoría de la hipótesis, y hasta las creencias más universales, más generalmente admitidas y más acreditadas, solo le parecen un vasto sistema de hipótesis. Entonces, ¿dónde comenzará el granito de las verdades inquebrantables para ese riguroso eliminador? Escuchemos, va á hablar el oráculo: «El saber, dice M. Littré, es el estudio de las fuerzas que pertenecen á la materia, y el de las leyes porque se rigen dichas fuerzas.» Pero si hemos de creer á Aristóteles, «lo que hay de más científico son los principios y las causas» y por consiguiente resulta que M. Littré, no da á su sistema más base que su propio sistema, y que contra las supuestas hipótesis que combate, solo tiene el recurso de emplear otra hipótesis.

¿Qué es si no la idea fundamental del positivismo, haciendo evolucionar á la humanidad dentro de un ciclo que empieza por la teología, que continúa por la metafísica, y que acaba por la

ciencia de observación física? Una hipótesis.

¿Qué es la fórmula sacramental? «Todos los hechos, sean de la naturaleza que se quiera, se hallan sometidos al mismo medio de comprobación, y toda realidad, para ser reconocida, debe ser directamente observable por los sentidos?» Una hipótesis.

¿Qué es la doctrina en virtud de la cual las cosas carecen de principio y de fin? Una hipótesis.

¿Qué es la afirmación de una serie de causas sin causa primera, de una serie de movimientos sin primer motor, y de la inmanencia fatal de las fuerzas de la naturaleza sin primer regulador? Una hipótesis.

¿Qué es en fin la pretensión según la cual de cretais que más allá de lo tangible y de lo comensurable no puede haber más que la nada; que la ciencia del yo, del bien, del ser en general, no existe, y que vosotros sois la verdad total? hipótesis y nada más que hipótesis.

No digais pues: *El saber es el estudio de las fuerzas que pertenecen á la materia, y el de las leyes porque se rigen dichas fuerzas*: decid más bien que esto es lo que se trata de averiguar: prejuzgar la cuestión en provecho propio desde

la primera palabra, vale tanto como exigir que seos conceda desde luego lo que estal obligados á demostrar. Y si pretendéis que esto no ha menester demostraciones, es porque convertís en evidencias vuestras propias hipótesis, en tanto que convertís en hipótesis las evidencias de los demás. Procedimiento cómodo, en virtud del cual puede cualquiera adjudicarse el privilegio de no equivocarse nunca, sin tomarse siquiera el trabajo de tener razón.

Y téngase en cuenta que el positivismo, basado en este fundamento puramente hipotético, establece sillares sin cimiento que no son más que un conjunto de contradicciones: prestad oído á su confesion.

«Allí se proclama el reinado exclusivo del hecho y se rechazan todos los hechos que contradicen al sistema que se quiere honrar. Por ejemplo: el hecho de la historia humana entera afirmando las ciencias que niega el positivismo: el hecho del pensamiento humano adhiriéndose siempre y en todas partes á las cualidades invisibles: el hecho de la inteligencia humana llevando constantemente impreso el sello indeleble de lo absoluto: el hecho de la conciencia humana, marcado siempre y en todas partes con el sello de la ley moral: finalmente una familia de he-

chos tan ciertos como los fenómenos observables en sí mismos, dejada á parte sin más razón que la de que, inaugurando la soberanía de los hechos, el positivismo se reserva el derecho de elegir los que están de su parte rechazando los demás (1).»

Otra contradicción de la misma escuela: prescindir de la metafísica por considerarla un prejuicio, y servirse de ella como de una base. Dejamos ya consignado que el positivismo coloca las matemáticas en la base de su pirámide científica. Pues bien, la verdad matemática no reside ni en los cuerpos que analiza ni en la extension que mide: hállese si, en una ley superior y anterior, en virtud de la cual el espíritu analiza y mide; hállese en una generalizacion abstracta que ni aún microscópicamente puede distinguirse; hállese, en fin, en un axioma fundamental del cual se deducen las conclusiones geométricas ó algebraicas; la ley, generalizacion y axioma, que vienen á ser la metafísica de este ramo del saber. De manera, que los positivistas cultivan la metafísica sin darse cuenta de ello y hasta á

pesar suyo, y que la verdad, lanzada por el sofisma de sus sistemas, penetra de nuevo en ellos por la fuerza.

¿Y no implica también contradicción el querer realizar una construcción científica, prescindiendo del concurso de lo absoluto? No es tan fácil al espíritu humano como se imagina, dice Hamilton, «exorcisar el fantasma de lo absoluto.» Para elevar una estructura científica, lo mismo que para levantar un edificio cualquiera, son menester materiales y un plan determinado. Ahora bien, en el edificio intelectual los materiales son los hechos; el orden que los clasifica, y que superpone los sillares, es siempre lo absoluto. ¿Cómo organizar una serie de experimentos, sin un principio de organización? ¿Cómo constituir la ciencia, sin una regla constituyente? ¿Acaso todo razonamiento no supone un punto de apoyo absoluto, arrojado delante del espíritu humano para ayudarle á salvar el espacio comprendido entre dos proposiciones? ¿Es posible enlazar á un hecho otro hecho, por una ley cualquiera, si no se interpone lo absoluto como intermediario que ha de formar la cadena?

No cabe, por consiguiente, más recurso que, ó renunciar á la ciencia, ó doblar la cabeza al ine-

ludible imperio de lo absoluto, porque la ciencia constituye un manajo y lo absoluto es el vínculo que lo mantiene unido. Por esto así como en ciertos jardines simétricos, suele colocarse una estíttua en la cual convergen las diferentes sendas y paseos del mismo, de la propia manera, en el término de todas sus ramificaciones, distingue la ciencia la inevitable cara de lo absoluto. Aspecto más ó ménos reconocible de la divinidad, tan fatíamente identificado con el espíritu, que aun negando la afirma, no existiendo para el pensamiento orientación alguna que sea tan necesaria como esta, puesto que se extravía en el instante mismo en que la pierde de vista.

Finalmente, ¿puede imaginarse más flagrante contradicción que la que existe entre la fé del positivismo y sus profesiones de fé? No se muerca el trabajo que se toma para no verse confundido con el materialismo y el ateísmo, de los cuales, en verdad, no se distingue, no habiendo más ventaja en su favor, ó si se quiere, más inconveniente respecto de estos, que el tener ménos franqueza. ¿Necesitaremos insistir en esta idea que dejamos ya indicada? Sí, para que acaben de una vez para siempre los errores y equivocaciones. No es cierto que el positivis-

mo pase al lado de los grandes problemas del destino humano sin pronunciar una sola palabra: esta palabra la ha pronunciado, y de ella resulta que el positivismo es para la fé un enemigo que se oculta tras una fingida neutralidad:

¿Qué concepto merece una escuela que para nada se ocupa del alma, y que, sin embargo, no tiene inconveniente en definirla «el conjunto de las funciones del cerebro y de la médula espinal;» que excluye de su programa las causas finales, y que, no obstante, escribe: «Es una propiedad inherente á la materia organizada adaptarse á un objeto y acomodarse á sus fines;» que nada sabe de las causas primeras y declarara, sin embargo, «que es imposible explicar el origen del mando, ni por muchos Dioses, ni por uno solo!» ¿Qué hemos de pensar, repetimos, de tal escuela, sino que se contradice ó se mofa de aquellos á quienes se dirige? Si la contradicción es irreflexiva, tiene para su filosofía muy poco de honrosa, y si es calculada, honra poquísimamente su lealtad.

No venga, pues, el especialismo contemporáneo interdiéndonos el que hagamos excursiones fuera del círculo científico trazado por su mano; no se empeña en levantar diques á nues-

tras aspiraciones hacia lo infinito, ó reducir á lo finito nuestros pensamientos, diciéndoles, no te desbordarás; porque por nuestra parte le contestaremos con un elocuente intérprete de la humanidad amenazada por esta prision celular. «Esto es bueno para contado á los topes.» ¿Y si á mí me gusta más contemplar el sol frente á frente; si yo sufro ménos en las alturas en que puedo verme deslumbrado, que sometido á la pálida claridad que reina en un valle estrecho y profundo? Por lo demás, sea el que se quiera el despotismo de vuestras clasificaciones, no ha de influir poco ni mucho en que varíen las leyes de la naturaleza, y en que el género humano pierda la costumbre de ejercitar su noble inteligencia en los problemas de su destino, pues su honor esta interesado en agitarlos incesantemente.

Mutilación de la razón, reducción del terreno de la ciencia, ultrajes repugnantes infringidos á la lógica: tales son los principales cargos que pueden dirigirse al positivismo en el órden intelectual. Pero tomando la negación actual bajo un punto de vista más lato, todavía podremos echarle en cara muchas otras actitudes antiracionales relativamente á la fé.

Podría concebirse en último resultado, si con-

cediera á la razon el beneficio de una evidencia absoluta; pero por más que he buscado entre todos los sistemas científicos y filosóficos que merecen al presente el favor público, no me ha sido dable encontrar uno solo que exceda en claridad al símbolo cristiano.

Por ejemplo, ahí tenemos á un emancipador del espíritu humano, empuñando el martillo de la crítica para retocar la fisonomía de Cristo. Suprime el nimbo celeste que rodea la santa faz del Crucificado; substituye al hombre Dios, un hombre casi divino, y con esto presume haber reconciliado al cristianismo con la razon. Y sin embargo, la razon ofendida le contesta: Realmente, el misterio de un Dios hecho hombre es superior á mis fuerzas; pero una cristología que admite á un sabio desempeñando el papel de Dios, y á un santo robando mano de la superstición para alcanzar adoraciones idolátricas, me revuelve, y creo, para escapar á semejante creencia.

¿Y qué motivo puedo alegar para exusarse esa mitología que considera únicamente como símbolos los dos hechos de la encarnacion y de la redencion? Ninguno más sino el de que su filocofía solo cree lo que se explica. Es decir, que elude un problema por medio de otro. ¿Por qué

si no en el momento en que tales hechos se cumplieron, encontrábanse los pueblos dominados por fútidicos presentimientos? ¿Por qué si no, desde aquel día, los conquistadores marchando á pié desnudo y padeciendo el rigor del hambre, adelantaron hácia el centro del mundo con más rapidez que las legiones romanas? ¿Por qué, finalmente, la humanidad, al otro día de haberse realizado tales acontecimientos, se asemeja tan poco á la de la víspera, que no parece sino que han surgido nuevos cielos y tierras nuevas en el pensamiento de los mortales? Aun cuando en las lejanas nubes de lo pasado, aparecieran esas consecuencias, completamente separadas de su verdadera causa, formarían un misterio histórico ménos admirable que las sombras correspondientes de la teología.

Supóngase ahora que se trata de un panteísta orgulloso, que juzga más sencillo declararse Dios, que adorar á un Dios verdadero. Pregúntese cómo puede concebirse que descubra en la piedra con que tropieza, en los vegetales que crecen en su huerta, y en los seres peores de la creacion, la divinidad que no sabe reconocer en el autor más exorbitante su maravilloso que el de la fe.

Ahora nos las hemos de haber con un natu-



ralista que no conociendo cosa alguna anterior á la fuerza y á la materia, no quiere oír hablar de la creación del mundo. Mas si un mundo creado de la nada es para la razón motivo de admiración y sorpresa, un mundo sin Creador le repugna. Nosotros, por lo ménos, cuando creemos en una causa actora, adoramos obscuridades lógicas, al paso que el ateo creyendo en un efecto sin causa, adora un absurdo.

¡Quién no conoce á alguno de esos razonadores difíciles que se burlan de la inmortalidad según el cristianismo, y que para simplificar, aceptan la inmortalidad según la metempsicosis!

Así se explica el que los pensadores más puntillosos de la tierra sean frecuentemente los más supersticiosos, y que para corregir la seducción infernal inseparable de la blasfemia, Dios condene á esta á creer más dificultades de las que ha resuelto.

Y si el blasfemo viola la razón cuando se apasiona por negaciones más oscuras que nuestras afirmaciones, con mayor motivo cuando alega objeciones que hacen oficio de pruebas. Por esto ha podido escribirse con verdadero éxito un libro que lleva por título: *Los apologistas involuntarios, ó la religión cristiana demostrada y*

*defendida por los ataques de sus propios enemigos.* De manera que así como los pilotos utilizan los vientos contrarios, han podido aprovecharse en beneficio de Dios las oposiciones de que es objeto.

Por ejemplo, ¡qué increíble hay que no haga un cargo á la religión por las sombras que la oscurecen?—no nos cansaríamos de repetir lo que, por más que se diga, jamás llegará á comprenderse.—Semejante escándalo de espíritu no proviene en manera alguna de exigencia filosófica. Porque esas sombras no constituyen en manera alguna la noche, sino que son la parte de la esfera dogmática que se encuentra debajo de nuestro horizonte. Si el pensamiento humano logra elevarse más, vería brillar el sol en los mismos puntos en que presume que se extingue. Tales sombras prueban pues únicamente una cosa; que el objeto de la creencia carece de límites, en tanto que el espíritu de los creyentes los tiene. Acontece con el campo de la fe, lo que en el campo del eter; nada demuestra mejor su inmensidad, que la imposibilidad de sbarcarlo con una sola mirada. De manera que en la religión todo, hasta ciertas obscuridades, engendra la luz; puesto que de ellas puede decirse lo que de Dios fué escrito que si no existieran sería menester inventarlas

Espíritus hay también que miran con más antipatía los hechos que los dogmas sobrenaturales. Y sin embargo, ¡no son el milagro y el misterio dos aspectos distintos de la misma economía que se justifican recíprocamente? Sin milagro, ¿qué medio quedaría á Dios para darse á conocer y al hombre para distinguir á Dios? Por consiguiente vosotros que menospreciáis al cristianismo á causa de lo sobrenatural de su historia, abusáis de tales premisas, porque yo soy cristiano, precisamente por la misma razón que á vosotros os impide serlo. De esta suerte me apodero de la negación contra la misma negación, y llego á la verdad con los argumentos del error.

Finalmente, ¿cuántos son los hombres que se obstinan en vivir irreligiosamente á causa de los abusos que existen en la práctica de la religión? Extraña filosofía es la que acabaría por decretar la abolición de Dios, teniendo en cuenta únicamente el mal que algunas veces se realiza en nombre suyo. Esto recuerda á aquel loco que puso fuego á su casa á fin de destruir las arañas. Los que movidos por el odio que las alianzas religiosas les inspiran proscriben la religión, deberían cambiar sus conclusiones. No quieren ser partícipes en una verdad que cuenta

criminales entre sus representantes: Juan Strafort, convertido por los desórdenes de la Iglesia, les contestará que cree en semejante verdad, principalmente, porque no puede perecer á consecuencia de los crímenes cometidos por sus representantes, y gracias á este cambio de frente, la defensa se apodera del enemigo en las mismas posiciones en que se estableciera por juzgarse inexpugnable en ellas. *Incidit in foveam quam jecit.*

Resulta de lo dicho, que ora se la considere bajo la forma filosófica, ora bajo la relación científica, la negación contemporánea se ve reducida á disparatar siempre y cuando razona contra Dios. Sus ataques tienen á veces el valor implícito de una apología y llegado al término de este desenvolvimiento, puedo repetir en la lengua monumental de Bossuet: He levantado las murallas de Israel, con las ruinas de las fortalezas de Samaria.

## III

Las aspiraciones del corazón si son permanentes y universales; constituyen un órgano infal-

ble de la vision racional. Si la razon juzga sin esta luz interna, ó á pesar de ella, en lugar de hacerse independiente, se reduce y concluye contra ella misma. Ahora bien, la negacion especia- lista implica una suerte de barbarie, por lo mismo que es la eliminacion sistemática de ese gran testimonio de la naturaleza.

Y sin embargo, la naturaleza es la divinidad de aquellos que no tienen otra, y por lo que á mí toca, no me inscribo en falso contra el culto que le está consagrado, bajo la condicion de que será respetada en sus sentimientos, del mismo modo que en sus fenómenos, es decir en el hombre moral de propia manera que en sus demás manifestaciones. Por lo demás, Dios mismo no contraria á la naturaleza como no sea en sus desordenadas inclinaciones, y tundando sobre las demás la ley cristiana entera, hace servir su asentimiento de criterio á su verdad. Respecto del particular los hombres estuvieron siempre de acuerdo con Dios, puesto que comprenden que tocar á la naturaleza, es lo mismo que atacar la humanidad en los manantiales de su dignidad y de su vida; de aquí que los crímenes contra la naturaleza sean castigados de un modo particular por el código de los pueblos civilizados. Mas así como hay crímenes, existen tam-

bien ideas contra la naturaleza que *todo lo suprimen en el hombre, excepcion hecha del sentimiento de su miseria, y le conducen á la tumba entre la inquietud y el disgusto* (1). Doctrinas infames que es imposible que sean la verdad, por que esta jamás conduce á la deshonra ni á la desolacion.

Distingo con el nombre de ideas contra la naturaleza aquellas que, lógicamente, conducirían á la humanidad al suicidio, como hiciera de ellos su filosofia práctica. Segun este principio, ¿cuántos son los crímenes intelectuales de los cuales, por más que haga, no podrá sincerarse el especialismo científico? Por ejemplo, presume sacar conclusiones inofensivas, deduciendo de la fatalidad de las leyes físicas la negacion de la Providencia, y al hacerlo cometido un atentado contra la humanidad. En efecto: la humanidad le responde: Eres anti racional, en el mero hecho de ser anti-natural; no me es posible ver la necesidad ciega en los movimientos de este mundo, sin ahogarme bajo un cielo de plomo. Nada puede representar, ni siquiera dar idea de la tristeza del universo, en el punto y

1 Lamennais.

hora en que queda vacío de la presencia y de las atenciones de su autor. Vosotros que explicáis las cosas para mi cuidad de explicarme con todo lo demás. Mientras yo sea un enigma, lo será el mundo. Vosotros no teneis el derecho de arrebatarne las creencias que reclama todo mi ser, para imponerme la incredulidad que rechaza, y suscitar al hombre contra sí mismo: esto no es fuerza de razonamiento es violacion de la naturaleza.

Por consiguiente, no me diga el blasfemo de las causas finales: «la conformidad con el fin ha sido creada por el espíritu reflexivo, que admira un milagro que él mismo ha creado (1)» ni añada luego: «el plan en el universo no existe: no es más que mera apariencia: las fuerzas obran necesaria, ciegame, y de su concurso resultan los seres. Creer que la naturaleza obra segun un plan preconcebido, seria un error (2)» porque esto no son demostraciones formales, sino hipótesis crueles que, merced á la crueldad que las distingue, revisten el sello de lo inverosímil. ¡Como! Puede concebirse que una fuerza ciega

1 Kant.

De Jouvencel. El Génesis segun la ciencia.

haya producido mi inteligencia; una fuerza sin corazon mi amor; una fuerza sin paternidad para su obra, esta tierna solicitud de los seres generadores en favor de su posteridad; una fuerza necesaria, en fin, esta nocion de justicia que se rebela en mí ante la idea del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto, alcanzando idéntica suerte y triturados bajo los dientes de hierro de la misma fatalidad? Y ¿cuándo fué que mi especie empezó á tener tales exigencias para las necesidades de su corazon? ¿En que época volverá la indiferencia del reino animal, respecto de semejantes cuestiones (\*)? Por consiguiente que me dé cuenta de mi naturaleza antes de trabajar en hacerme comprender el conjunto de las cosas, porque yo soy el instrumento necesario de mis propias observaciones y no puede haber razon explicativa que deje sumido en la sombra al que da la explicacion.

No acontece así con el dógma de una causa inteligente. En tal caso, si en la naturaleza se observan aberraciones, vese con frecuencia que lo que choca como detalle, constituye una armonía en el conjunto, y que el desórden presente,

(\*) Vasee la nota puesta al fin del capítulo.

convírtese, mediante el progreso en orden en lo porvenir. En tal caso se vé en los monstruos una amplia economía, que estableció las leyes generales, sin contradecir á las causas segundas, ni la libertad humana, en particular. En tal caso se vé en el dolor el fruto de nuestra libre corrupcion, providencialmente empleado por el autor de la humanidad, para evitar que se corrompa completamente. En tal caso distingo en lo más alto de los cielos un ojo que vela constantemente sobre mí; en cada beneficio resultante de la creacion una tierna solicitud, y en la creacion misma una casa paterna dentro de la cual, sea el que quiera el lugar en que me lamente, despierto ecos cariñosos, y una especie de seno amantísimo que me lleva entre sus amorosos brazos, que nada se parecen á un engraje de metal. Y en cuanto á vosotros, víctimas de esa armonía poco comprendida ó poco amada, silencio! Comienza aquí; pero concluye en otra parte, lejos, muy lejos. Si es causa de vuestras lágrimas, será fuente de nuestras virtudes; cuanto menos os acontece más os promete, porque la esperanza reconstruye la igualdad destruida por la desgracia. Mas si llega el caso de que sus párpados se humedezcan, guardarse muy bien de mirar á lo alto el adorador de un

gran todo inexorable y sordo; el gran todo le dió corazón, pero él no lo tiene; el gran todo le causó las heridas que le destrozan; pero carece de compasion; el gran todo permitió que cayera, pero no lo ve caido; por esto desafío al hombre á que ponga sin repugnancia la negacion de la Providencia como base de las cosas, convencido de que á medida que la ciencia va escribiendo semejante blasfemia, el corazón la borra y acusa á la ciencia de haberle engañado.

Hay tambien en la negacion de la inmortalidad un ultraje hecho á la naturaleza, que consiste en el dógma de la Providencia negando del lado allí de la tumba. Profesando semejante opinion se reduce la mejor porcion de la existencia, y se proporciona una segunda muerte. La nada no será jamás la esperanza de aquellos que respetan la naturaleza, sino la de los culpables que la deshonoran. Por lo demás, si segun la conviccion del materialismo, el mundo es una obscura prision que jamás alegra la mirada de Dios, déjenos siquiera una esperanza para lo porvenir: el dolor tiene un derecho sagrado, incontrastable á pensar en el alivio que puede conseguir en el día de mañana; y la vida no debería considerarse más que como una burla de la suerte, si durante las borrascas de que es juguete, no pue-

de distinguir en lontananza las playas de esa patria eterna en las cuales cada pasajero lanzará el ancla seguro de haber arribado á puerto de salvacion. En una palabra, en el mero hecho de existir, necesito imprescindiblemente del beneficio de la inmortalidad, pues de lo contrario mi existencia es motivo de vergüenza para su autor. Demostrada esta necesidad de la naturaleza moral, ¿qué es lo que para satisfacerla hace la negacion?

Apénas existe un sistema de incredulidad que afirme resueltamente la supervivencia del alma. No hay quien pueda decirnos en qué consiste el paraíso de la filosofía. Ora substituye la inmortalidad de los individuos la inmortalidad de *todo cuanto existe*; ora reemplaza por medio de incesantes emigraciones las recompensas eternas que ha osado llamar *un delirio de los peregrinos*, y casi siempre hace del fin de la vida el fin de la personalidad; de donde resulta que conduce á nuestra destruccion por caminos con más ó ménos franqueza revelados, y mata en masa á la humanidad en la tumba. Pues bien, lo afirmo sobre las entrañas infalibles de la humanidad, la naturaleza se siente ultrajada, la vida es al par emponsoñada y reducida por semejante

doctrina; y lo que repugna á la rectitud del alma, es imposible que sea verdad.

Finalmente, ¿no hay tanto de barbarie como de irreligion en la simple negacion de la plegaria? Fuerza es convenir en que discurren de un modo distinto, y aun al revés que la generalidad de los hombres, los que no clasifican entre las primeras necesidades de la desgracia, la de deshogarse en el seno de Dios. ¡Ay! ¿que es lo que puede proporcionarse á los que padecan, cuando no tienen más alivio que el de los lamentos! La sabiduría que niega el consuelo de las lagrimas al corazón lacerado por el dolor, es decir, la única felicidad de que puede disponer el que todas las ha perdido, no cuenta bastante con la naturaleza humana para imponerse á su fí.

En verdad que nuestra religion es eminentemente compasiva para esos venerables desolados, puesto que les da á besar al que por nosotros murió en la Cruz, les deja contemplar los dolores de su atribulada Madre, les ofrece el cielo en perspectiva, y les consuela casi con la misma eficacia que si no tuviera con que recomendarlos. Despues de haber fijado en esto la atencion, convertida hacia los aridos predicadores del libre pensamiento, y preguntádes que

cordial tienen reservado para el infortunio. La filosofía ha comenzado por negar el dolor, para eludir la dificultad de tenerlo que romper: más tarde ha pretendido desafiario y si se ha encontrado en sus filas con seres por demás sensibles, cuyas abundantes lágrimas no basta á contener la impasibilidad de Zenon, ni logran secar las seducciones de Epicuro se ha contentado con ofrecerles por todo consuelo una copa de veneno, dejando á su cuidado el que dedujera la última consecuencia.

De manera que así como la negacion conduce lógicamente á la abdicacion de la existencia, las blasfemias contienen implícitamente la desesperacion, y el impio, presa de inmensos dolores, se veria precisado á buscar el descanso en los abismos de la nada, si la autoridad de la naturaleza no prevaleciera en él sobre los extravíos de su pensamiento. En mi concepto no hay cosa alguna que pruebe mejor lo reducido del número de los verdaderos incrédulos, que lo limitado de los que rehusan la vida, habida consideración á la inmensidad de los que no tienen porque mostrarse satisfechos de ella.

Lo opuesto á dicha tesis, es decir, la ventura de la naturaleza en la fé, no es en manera alguna una ficcion de la poesía cristiana. «Hijo

«mío, exclama el autor del *Emilio*, despues de haber establecido los dogmas bienhechores de la existencia de Dios y de una vida futura, ojalá pudiesas un dia conocer el peso de que se siente el hombre aliviado, cuando despues de haber agotado lo vano de las humanas opiiones, y gustado la amargura de las pasiones, se encuentra, al cabo, tan al alcance de la mano, en la senda de la sabiduría, el precio de los afanes de esta vida y la fuente de felicidad de que habia ya desesperado. ¡Qué inmensa dicha la que resulta de sentirse formando parte de un sistema en el cual toda es bueno! Presa del dolor, lo auro con paciencia considerando que es pasajero y que proviene de un cuerpo que no soy yo. Si llevo á cabo una buena accion sin testigos, sé que no falta quien la ve, y tomo acta para la vida futura de mi conducta en esta. Cuando soy víctima de una injusticia, digo para mí. El Sér justo que todo lo ordena, sabrá librarme de ella; las necesidades de mi cuerpo, las miserias de mi vida me hacen la idea de la muerte más soportable; estos vinculos de méasos deberé romper cuando llegue el momento de abandonarlo todo (1).»

1 *Emilio*, tom. III, pág. 110.

Respecto del particular, más de una vez este célebre solista confirmó con su conducta sus confesiones. Un día se encontró con Bernardino de Saint-Pierre, en el monte Valeriano, y después de un paseo campestre, entraron en la capilla de los ermitaños, en el momento en que estaban rezando las letanías de la Providencia. Impresionados por la tranquilidad del sitio y dominados por una emoción religiosa, los dos filósofos se hincaron de rodillas y unieron sus oraciones á las de los asistentes. Terminada la función religiosa, incorporóse Rousseau, diciéndole á su amigo: «Al presente experimento lo que se anuncia en el Evangelio: «Cuando muchos de vosotros os hallen reunidos en mi nombre, yo me encontraré en medio de ellos.» Aquí se respira una atmósfera de paz y bien estar que penetra hasta el fondo del alma.»

Tal es la naturaleza cuando se la toma tal cual es. Con razón se ha dicho que el corazón del verdadero creyente es una fiesta continuada; que disfruta más con lo que se prohíbe, que el incrédulo con lo que se permite; que hasta las lágrimas de la penitencia proporcionan más gozos que las faltas que dieron motivo á que se vertieran. Así se explica que el hombre vuelve de nuevo al Evangelio como al redil la oveja

descarriada, por la imposibilidad en que se halla de vivir sin él. Maupertuis ha formulado en favor del Cristianismo un pensamiento que vale toda una apología. «Si encuentro un sistema que baste por sí solo á llenar el deseo que tengo de ser dichoso, ¿no debo juzgarlo motivo poderoso y bastante para reconocerlo verdadero? ¿No debo creer que el que me conduce á la felicidad, no ha de querer engañarme?»

Solo una verdad fuerte como la naturaleza es capaz de evocar en su defensa testimonios tan desinteresados. Así es como se procedía en el siglo décimo octavo, cuando el hombre, no habiendo todavía descendido al rango de los animales, juzgaba llevar derechos y una regla fija en sus aspiraciones íntimas. ¿Qué contesta al presente la ciencia á la humanidad desolada por nuevas revelaciones? «¿No sería el colmo de la ridiculez el llorar como niños, porque nuestras tostadas no tienen la suficiente manteca (1)?»

Que un mono nada tenga que oponer á tales consuelos, se comprende; pero cuando se ha



contraído la costumbre de ofrecer á los que lloran la imágen de Cristo para que la besen, se sabe lo que estos piensan de esta filosofía desnaturalizada. Una repugnancia invencible le cierra la entrada de sus convicciones, y lo falso les es demostrado por la atrocidad de sus consecuencias.



La moralidad es uno de los aspectos más venerables del hombre. Muchos de aquellos que niegan la verdad se inclinan en presencia de la virtud. Una buena acción es una de las cosas que están menos sujetas á las contradicciones del espíritu, y esta instinto está tan profundamente arraigado en nosotros, que Dios lo emplea como *criterio* para nuestros juicios especulativos. Para nosotros lo verdadero será siempre lo que produce el bien, del mismo que lo falso será siempre lo que nos corrompe. Según esta regla, el especialismo contemporáneo revisa los caracteres más indubitables del error,

puesto que es la teoría del mal. Prescinde completamente de la moral, y bajo este punto de vista tiene razón de sobras; porque si el hombre no es más que un fragmento consciente del gran todo, es Dios y el único Dios del universo, por consiguiente sus inclinaciones todas son legítimas, y su lucha contra sí mismo constituye un esfuerzo desordenado.

En otro concepto, si el hombre no es más que la parte más inteligente de un mundo compuesto de energías fatalmente combinadas, hállese fatalmente inducido á la comisión del bien ó del mal, y por consiguiente no puede decirse que haya moralidad donde no existe libertad.

Finalmente, considerando la cuestión desde el punto de vista de la historia natural, puede también deducir la misma consecuencia la filosofía negativa. Cuando el hombre se considera como proveniente de Dios, débale mucho á Dios que es su padre, y á sus semejantes que, por lo mismo que proceden del mismo seno, son sus hermanos. La moral entera tiene su origen en esta creencia. Pero cuando el hombre reconoce sus antepasados en los animales, ¿por qué razón ha de considerarse obligado á guardarles consideraciones? Por esto variamos la regla de las costumbres al compás que vacilamos en nues-

tras creencias, y hemos de considerar una anomalía, sino es que constituye una quimera, la existencia de un hombre que careciendo de fé en su alma, se halle adornado de virtudes.

Con todo, respecto del particular, la parte adversa carece del valor suficiente para llegar á las últimas conclusiones: para declararse ateo, no debe hacerse gran violencia; pero no sabe resignarse al desairado papel de producir vicios únicamente, aun predicando virtudes. Tal es la razón de trabajar en constituir la moral independiente de toda la religión, para lo cual reemplaza los preceptos divinos, por la justicia inmanente é innata existente en el fondo de la humana conciencia; establece toda la teoría del deber en una sabia ponderación entre los instintos egoístas y las tendencias altruistas del corazón y cuando ha logrado realizar esta sacrilega parodia del primer mandamiento, presume haber dado vida á una nueva moralidad, sin tener en cuenta que para ello ha prescindido de tres elementos indispensables, que son: un agente libre, una ley fija, y las sanciones suficientes.

La libertad moral es la condición esencial de la moralidad, porque el vicio y la virtud no son más que actos orgánicos desde el momento en que caen bajo el régimen de las fuerzas mate-

nicas. Pues bien, según la fisiología materialista, la condición del hombre no es más que la que dejamos indicada: «Sus nervios, su sangre y sus instintos le conducen; sobreponese la rutina, la necesidad agujonea y la bestia avanza (1).» Consecuente consigo misma, esta doctrina establece en principio la negación del libre albedrío, y considera al hombre moral como un producto provisto de las circunstancias ambientes que lo formaron; como una especie de autómatas pensante, cuyas resoluciones cambian según las influencias atmosféricas, cuya voluntad es juguete del temperamento y que sin pertenecerse á sí mismo reina sobre los demás seres.

Resultado de esto, la medicina legal sólo ve en el día enfermos en la mayor parte de los criminales, al paso que ciertas escuelas filosóficas, dejándose llevar de la propia tendencia, reclaman la abolición de la pena de muerte, por considerar á los asesinos como desgraciados más dignos de compasión que de castigo, y cubriendo de este modo con una máscara de filantropía la negación implícita del alma y de su respon-

sabilidad. Por un contraste sorprendente, los mismos teóricos que son contrarios á la pena de muerte aplicada por la justicia, defienden la imposición de la misma por el capricho popular y no tienen inconveniente en erigirse en voluntarios apologistas de esas empresas de destrucción y exterminio llamadas revoluciones. Sin embargo, esta consecuencia, más bien es aparente que real: cuando no quieren que se mate al que ha asesinado, es porque juzgan á este incapaz de obrar de otro modo; cuando rehabilitan á las naciones que se han sumergido en un mar de sangre, es por considerar que su estado plebérico, exigía esa especie de evacuación reparadora; mas en uno y otro caso, tenemos la afirmación implícita de la obligación moral y del libre albedrío, sometidos á las exigencias de la necesidad fisiológica.

Dados estos precedentes ya se comprende á qué se reduce la noción santa del deber. Si cada una de nuestras acciones es la resultante de la función fatal de nuestras facultades, todo lo que sucede es porque deba suceder, y todo cuanto se realiza pertenece á la esfera del bien porque no puede ser otra cosa. «El vicio y la virtud son meros productos como el azúcar y el vitriolo.» Así como el hígado segrega la bilis, el

cerebro segrega con el pensamiento el bien y el mal. No hay más razón para prohibir al hombre sanguinario el homicidio, que la que habría para exigir del tigre y de la pantera que sean compasivos. Y lo que pone el colmo de nuestra vergüenza en tan repugnante asimilación del hombre con la bestia, es que el hombre puede descender hasta el extremo de violar las leyes de la naturaleza, en tanto que el bruto las respecta constantemente.

Y desde el instante en que el mal y el bien reales no existen, ¿qué significan las leyes y las represiones divinas ó sociales? Cuando no existe el crimen, los criminales no pueden existir. La impunidad es el derecho sagrado de los que nacen sin responsabilidad; por consiguiente no cabe más recurso que suprimir los jueces, derribar los patibulos, abolir los premios á la virtud suprimir todo castigo moral, en suma, convertir las cárceles y presidios en departamentos de los hospitales de alienados y de las casas de curación. «¿Y qué significa mi violación de la ley y vuestro derecho de castigar? Palabras, nada más que palabras. Mi delito es una irrisión, vuestro derecho de castigar no es más que una ironía añadida á una falsedad. Mi crimen es el efecto de una máquina que funciona; vuestro

derecho de castigar no es más que la fuerza de herirme. Mi acción coarta la vuestra, detenme: mi máquina estorba á la vuestra, vos sois más fuerte, destruidme; pero no me habéis de crímenes, ni de castigo, ni de derecho, ni de pública vindicta. En todo esto no veo más que una máquina hecha pedazos por otra máquina que teme verse despedazada por aquella; una fiera destruida para evitar el verse por ella devorado; un loco que encarcelais temerosos de que en el paroxismo del furor os hiera ú os asesine (1)."

Lo más triste de semejante negación es que tiene complicidades simpáticas en los últimos rincones del corazón. Los pueblos y los hombres que han caído, admiten fácilmente la idea de que no eran libres de no caer, pues en esta fatalidad hallan una causa que excusa su caída. Por fortuna no creen en la fatalidad de sus virtudes tan fácilmente como en la de sus vicios, con lo cual el dogma de la libertad moral queda asegurado en sus convicciones. Cuando son viciosos, en vano protesta su conciencia contra la hipótesis de su propia servidumbre; en vano

1 El padre Falla. Negación materialista.

reclama la dignidad humana; en vano la historia con sus castigos y recompensas les muestra la prueba de lo contrario, inclinanse á creerse dominados por la fuerza, para confesarse vencidos por sus debilidades, pero cuando son heroicos no consienten que se les despoje de la gloria de sus esfuerzos en provecho de la necesidad. Jamás podrá persuadirse á la humanidad de que Régulo retroceda á Cartago; de que los mártires se ofrezcan á sus verdugos; de que los apóstoles vayan á buscar la muerte al otro lado de los mares; de que los solitarios se entierren en la Thebaida y de que los santos se mantengan castos y sufran toda suerte de mortificaciones, únicamente porque no pueden pasar por otro punto. La libertad de obrar bien, que en manera alguna podemos negar, siempre nos obligará á reconocer la de obrar el mal. Solo el hombre corrompido es el que no cree en el libre albedrío por lo mismo que abusa de él.

Bajo el imperio del dogma materialista el agente moral es pues incapaz de moralidad. ¿Será cierta la ley moral? Es esta sin embargo una segunda condición necesaria á toda acción de esta naturaleza, porque el agente es el sujeto y la ley es el objeto indispensable del deber. Yo bien sé que se ha escrito: Sólo hay una mo-

ral, al paso que existen muchas religiones, y estas son dos cosas distintas en teoría é inseparables en la práctica. Por más empeño que pone el positivismo en combinar sus preceptos *egoistas y altruistas* en proporciones exactas, fuera de toda creencia religiosa, jamás lograrí otra cosa que promulgar un decálogo bárbaro. La idea de Dios es indispensable para establecer la verdadera armonía entre la del yo y la del prójimo. Sin este intermediario, ó se destruyen ó se absorben hasta el punto de crearnos una dificultad mayor que la de llenar nuestro deber y es la de conocerlo.

Por esto la moralidad que se desprende de los recientes sistemas de historia natural es la ley del más fuerte. Después de tantos años de una educación laboriosa, el mundo vuelve al punto de partida de que nos habla la Biblia con las palabras. *Lex justitia nostra fortitudo est* (1) Así como según Darwin los séres débiles son sacrificados á los más vigorosos en la lucha por la vida y el crecimiento por selección, de la propia suerte, parece que entre los hombres, el dominio y el porvenir deban pertenecer

1 Rep. II.

al despotismo de la fuerza. Prestemos atención al código moral de los que quieren constituir la sociedad basada en el ateísmo, y nos sorprenderemos de las disparatadas locuras de sus invenciones.

Por ejemplo: ¿son los mismos los derechos del yo en la antropología egoista de Feuerbach, que las teorías altruistas de M. Littré? ¿El respeto debido al bien ajeno tiene el mismo sentido para el materialismo comunista y para el materialismo conservador? ¿El sexto mandamiento «no fornicar» se entiende del mismo modo por el ateo que tiene una hija que guardar, que por el que bajo este punto de vista no corre el menor riesgo? Finalmente, ¿se comprende de la propia manera la obligación de no matar por la escuela política de Robespierre, que por los pacíficos sucesores de Augusto Comte? Es que en lugar de escribir: no hay más que una moral, existen varias religiones, debía haberse dicho: solo existe una moral verdadera; pero hay tantas morales como libre pensadores, y la unidad en la moral solo puede resultar de la unidad en la religión. ®

Los límites de la ley son pues indeterminables en el sistema positivista; pero con mayor razón son insuficientes las sanciones. Queda ya

apreciada en su verdadero valor la utopía que consiste en predicar la virtud por el amor que en sí misma inspira, abstracción hecha de Dios, que queda eliminado de la cuestión, cual si fuera un problema insoluble.

Ciertos que el bien por el bien, sin esperanza de recompensa en este mundo ni en el otro, constituye una aspiración tan noble como levantada; pero además de estas condiciones reúne las de ser incompleta y quimérica.

Nosotros también hacemos el bien por el bien; no por ese bien abstracto que no comprende la muchedumbre, y que bajo tan diversos aspectos consideran los filósofos; sino por ese bien concreto, personal, viviente que será eternamente el primero y necesario del mundo, Dios. Cuando el racionalismo señala el bien esencial como fin á los esfuerzos de la actividad humana, presume inventar una solución, siendo así que no hace más que usurpar la nuestra desfigurándola.

¡Pero, es realmente cierto que el hombre puede inmolarse al bien sin estipular nada en provecho propio? ¿La vista de las penas y de las recompensas de nada ha de servir á las almas para la realización de toda la grandeza moral de que son capaces? Creerlo así, más bien que

conocer á nuestra especie, es adularla, y conducirla al precipicio por medio de la exaltación. El ejemplo de la revolución francesa no se borrará jamás: también ella creyó que la sociedad podía prescindir de esperanzas futuras; mas asustada al cabo de poco tiempo de su propia obra, debió proclamar la inmortalidad en medio de la tormenta. Con razón se ha dicho: negóse el infierno y surgió en medio de la Francia para dar testimonio de su existencia. Tal es la verdadera humanidad, sustituida á esa humanidad imaginada por los sofistas unas veces más grande, otra más pequeña que natural.

Convengo en que existan almas especiales á las cuales bastan las delectaciones del supremo bien: no se ha borrado de mi memoria la divisa de los perfectos: *Amo por el solo placer de amar, Amo ut amem*. Muchos son los santos que han llegado al colmo de la virtud, sin pensar ni en las penas ni en las recompensas venideras; mas es indispensable reconocer que estas son excepciones gloriosas. Por punto general la humanidad solo alcanza su poder moral abarcando en su fin al bien supremo y á sí misma: toda nación desprovista de uno de esos móviles, es un punto de apoyo insuficiente para salvar el abismo que separa el mal de las grandes virtudes.

También sé que el materialismo alemán procura á prevención lavarse las manos, de los crímenes resultantes de su doctrina. «Si por esto tuviese el hombre que detenerse, dice, sería indispensable prohibir el uso de los fósforos por que puede ser causa de incendio; dictar órdenes de detención contra las locomotoras, porque pueden atropellar al viandante distraído, y prohibir que se levantaran casas de muchos pisos, para evitar que desde las ventanas superiores pudiese un habitante precipitarse á la calle (1).»

Los fósforos, las locomotoras, y las casas elevadas, son útiles por naturaleza; si dañan es solo por accidente; mas no acontéce lo propio con las doctrinas materialistas: el bien que producen es imaginario; el mal que de ellas puede resultar no puede imaginarse. Suprimáse aquellas y resultarían perjudicados muchos intereses; la destrucción de las segundas librerías á la sociedad de un foco de disolución que la tiene en constante peligro. Los hombres están por demás interesados en no abusar de las cerillas fósforicas, de las locomotoras y de las casas de más de un piso, porque en ello les va la vida. Tienen

(1) Reclam. Mex. cit.

también completo interés en declararse animales irresponsables porque con ello se proporcionan un lecho de flores para el logro de sus pasiones en este mundo y la seguridad de la impunidad eterna. Por esto los inventores de nuestros descubrimientos industriales serán clasificados entre los bienhechores del género humano, al paso que los propagadores del ateísmo deben considerarse como sus más terribles azotes.

Y no vale que opongan sus santos de laboratorio á los que nosotros invocamos, ni los mártires de la ciencia á los de la fé. Los dioses del positivismo dorados por la superficie, están interiormente devorados por los gusanos. Niegan los sacrificios evangélicos porque carecen de fuerza para reproducirlos, y en cierto modo cortan el deber á la medida de su egoísmo, para tener la ventaja de servir de modelo. Pero la historia que es un testigo incorruptible, ha puesto en evidencia las diferencias que existen entre los ejemplares formados por el orgullo y los que producen las sanciones divinas, y su deposición, respecto del particular, consiste en la vida de los santos del paganismo, escrita por Plutarco; en la de los del filosofismo, debida á la pluma de Bayle; y en la de los del cristia-

nismo, redactada por Godescard: la eleccion de la posteridad entre esas tres agiografías, jamás será dudosa, y si va á buscar á un lado temas oratorios, ó ejemplos de calma estóica á otro, de seguro se dirigirá al último siempre y cuando pretenda honrar los tipos de la verdadera moralidad.

Antihumano el especialismo científico, en sus radicales oposiciones á la dignidad, á la razon, al corazon y á la moralidad del hombre, en este mero hecho está convencido de error. Sí, nada hay que sea verdad si no lo es la naturaleza humana, puesto que ella es la que comprueba todas las verdades; cuando la ciencia hace abstraccion de esta parte de la naturaleza, para mejor juzgar de la otra, imita la locura de aquel que con achaque de ver mejor, comenzara por arrancarse los ojos.

#### NOTA.

Compaginado y dispuesto para la impresion el presente pliego, llega á nuestras manos una Revista bibliográfica en la cual dándose cuenta del volumen que con el título de MELANJES (Miscelánea) acaba de dar á luz M. Renau, se con-

tinúan los siguientes fragmentos del pretenso prólogo que sirve de introduccion al mismo.

“El período que vamos á atravesar, puede y debe ser un período de libertad á la americana.....Lo que tendremos podrá ser muy agradable, muy brillante y muy apetecible, con tal que no nos empeñemos en agregarle las ventajas de un gobierno fuerte. La república solo puede ser fuerte por medio del terror, y el terror está á mil leguas de nosotros.....

“El partido conservador se deja llevar de alarmas pueriles, imaginando que nos hallamos en vísperas de escenas de saqueo y devastacion. No es la violencia lo que nos está reservado sino la molice. La era que comienza podrá ser altamente provechosa para la iniciativa particular é individual; mas por lo que á la direccion de la alta política atañe, será un tiempo casi absolutamente perdido. Si no turban la paz los acontecimientos exteriores, podremos ofrecer el espectáculo de una de las más ricas y variadas producciones que pueden imaginarse: mas en vano se buscaria en el fondo del mismo, el resquicio más insignificante de autoridad. La indulgencia universal lo permitirá todo, y con el transcurso del tiempo aparecerá un disolvente general, que acabará con todas las in-



fluencias superiores, siempre que procedan de una clase aristocrática, ó de grupos privilegiados.

“Semejante perspectiva no debe sin embargo infundirnos gran temor, porque, probablemente, todos los países vendrán sucesivamente á parar al estado á que nosotros hemos llegado. Los progresos de la reflexion en las naciones, favorecidos por la generalizacion de la instruccion primaria, por el ejercicio de los derechos políticos, por los adelantos de la industria, y por el aumento de la riqueza, harán al individuo cada vez ménos apto para que realice los esfuerzos de abnegacion de que fueron testigos los tiempos pasados. La nacion vive de los sacrificios que por ella hacen los individuos; el egoismo siempre creciente, acabará por considerar insoportables las exigencias de una entidad metafísica que carece de personalidad determinada. Consecuencia de esto será el espectáculo de Europa entera contemplando con indiferencia el rebajamiento del espíritu nacional y de la idea de patria, que implican más de una preocupacion y de un error. La nacionalidad alemana, la última que se ha creado, resistirá durante más tiempo, gracias á sus recientes victorias y al singular instinto de emision de la raza alemana; pero le

será imposible sustraerse á la influencia general y acabará por seguir el camino de las demás.»

Los fragmentos que preceden son al par contestacion categórica á las preguntas: “¿Cuándo fué que mi especie empezó á tener tales exigencias para las necesidades del corazon? ¿En qué época volverá á la indiferencia del reino animal respecto de semejantes cuestiones.” que herido en sus más nobles sentimientos se dirige el autor de la presente obra, y anuncio del porvenir que ofrecen á las sociedades los delirios del positivismo. En verdad que tiene bien poco de halagüeño, para los que sienten latir su corazon al impulso de los elevados sentimientos que inspiraron los hechos más culminantes por su sublimidad y grandeza que registra la historia, y siente arder en su pecho el fuego de la indignacion que brota ante la idea de la patria ultrajada y de las creencias escarnecidas. ¡De manera, que para llegar al supremo grado en la escala del progreso, hemos de abogar en nosotros las aspiraciones más elevadas; que los nombres mágicos de patria, de nacionalidad, de grandeza y poderío, deben ser relegados al olvido y borrados de la mente humana, como factores de preocupacion y error; que el término de la civilizacion ha de ser un cosmopolitismo indifere-

te, sin otro objetivo que la molice más refinada, los goces más groseros, el materialismo más repugnante! ¡Es decir que el ideal que la humanidad persigue, y al cual decididamente le encaminan la generalización de la instrucción primaria, el ejercicio de los derechos políticos, los adelantos de la industria y el aumento de la riqueza, es la impasibilidad del reino animal; el estúpido indiferentismo del bruto! ¡Ah, cómo maldeciríamos de tales progresos y adelantos, si el que el positivismo supone, fuese realmente el término a que conducen!

¡Cómo lloraría la humanidad el haberse colocado en su senda, si la repugnancia invencible que tales conclusiones la inspiran, al cerrar su corazón á la admisión de tales despropósitos, no le advirtiera que «lo falso se demuestra por la atrocidad de sus consecuencias!» Nó; en tanto germinen en el corazón del hombre las santas creencias que son móvil de sus acciones más elevadas; en tanto tiña nuestras mejillas el rubor de la vergüenza, al sentir el honor mancillado, la altivez ofendida, la independencia ultrajada, en tanto signifiquen algo y despierten ecos, acaso adormecidos, pero en manera alguna apagados, los nombres de patria y nacionalidad, y arranquen voces de aplauso y simpa-

tía los grandes hechos que la historia nos ha legado como testimonio de alto ejemplo; en tanto el hombre no se haya envilecido hasta el punto de convertirse en bruto, no hemos de temer que sea realidad el porvenir que al mundo ofrecen los corifeos del positivismo, y los preconizadores del rebajamiento universal. Sus incubaciones podrán ofrecer el valor implícito de una apología; mas, en último resultado, sus argumentos asestados contra la verdad, se volverán contra ellos, cediendo en beneficio de la propia verdad. *N. del T.*

Cierto que esta preocupación no domina el pensamiento de todos los sabios; pero tampoco puede desconocerse que influye en las conclusiones de la ciencia. Contemplando á esta que marcha á su fin con una impasibilidad serena, sin afirmar ni negar los dogmas, habria motivos para presumir si absorba en su propia contemplacion le pasan desapercibidos; mas reflexionando tranquilamente, salta á la vista que lo que podria tomarse como mera distraccion, no es más que una opinion preconcebida, y se ve que muchos de los datos científicos, completamente inofensivos en sí mismos, en cuanto á la religion se refieren, solo deponen en contra de esta, en virtud de una habil mistificacion de los sabios. ¿En qué consisten esos medios de falsificacion teórica? Difícil seria el determinar su número; contentémonos pues con llamar la atencion respecto de las especies principales.

Deducir de lo desconocido conclusiones hostiles á la fé, que esta podria aprovechar en su favor, constituye una de las injusticias más familiares al génio científico de nuestros dias. Por lo mismo que la afirmacion religiosa se halla en posesion del respeto universal, tendria derecho a censo para utilizar en su provecho cuantas probabilidades se han establecido relativamente á



#### CAPITULO IV.

##### PARCIALIDADES NO MANIFIESTAS DE LA NEGACION CIENTIFICA CONTRA LA FÉ.

Dejamos probado que es un procedimiento en alto grado paradógico el que consiste en separar la ciencia de la conciencia, el conocimiento de los objetos exteriores del yo, el estudio de los fenómenos observables del sujeto observante. El especialismo á que nos referimos añade á este vicio de método un vicio de disposicion natural: me refiero á una pasion antireligiosa oculta bajo la máscara inexorable de la imparcialidad.

los desconocido; mas la negacion se apodera de este terreno, que por lo ménos debería permanecer neutral, y lo explota en provecho propio. Su crítica histórica y su crítica científica proceden de la propia suerte, por suposiciones, sin perjuicio de vestir á la suposicion con las apariencias de la realidad, dando para ello á la frase un valor que realmente no tiene. En el terreno de la historia dice voluntariamente: *acaso, es probable*, y llenando todas las lagunas con ingeniosas imaginaciones, reemplaza los hechos por el sistema. En historia natural, ante los problemas que están por resolver, dice *es posible*, nada impide que, en una palabra, substituya la fantasía á la explicacion, aduciendo como prueba lo desconocido y elevando á la categoría de argumento su propia ignorancia.

Darwin termina con las siguientes palabras, uno de sus capítulos relativos á la insuficiencia de nuestros documentos referentes al pasado de nuestro globo: «Por lo que á mí toca considero los archivos naturales de la geología, como memoria conservadas con negligencia, para que puedan servir para la historia del mundo, y redactadas en un idioma alterado y casi perdido. De esta historia sólo poseemos el último volumen, en el cual se hallan consignadas las suce-

los acaecidas en dos ó tres comarcas; de este volumen sólo se ha conservado uno que otro capítulo dislocado y suelto, y de cada una de las páginas á ellos correspondientes solo podemos comprender un reducidísimo número de líneas (1).» Dígasenos ahora si en buena lógica puede sacarse de tales premisas otra conclusion que la duda: pues bien, Darwin procediendo de otra suerte, contesta á sus contradictores resolviendo el problema por medio de otro problema. La razon dice: Sabemos muy poco, pues bien no llevemos más adelante nuestras afirmaciones; pero la ciencia moderna, procediendo de un modo diametralmente opuesto dice. Precisamente porque es muy poco lo que sabemos, podemos afirmar mucho; porque el descubrimiento de lo que ignoramos, al par que servirá para desmentir á mis adversarios, vendrá á confirmar cuanto me plazca soñar.

Cierto que la ciencia ortodoxa carece de derecho para dogmatizar relativamente á afirmaciones incompletas; pero á su vez la ciencia negativa debe interdecirse el derecho de presentar co-

1 Orígenes de las especies, cap. II

mo testigos esas lagunas, apelando á las hojas extraviadas del gran libro de la naturaleza. Y sin embargo, puede observarse el mismo procedimiento en el fondo de la argumentacion empleada por du Maillet y Lamark, por Geoffroy y Darwin. «Unicamente lo desconocido, dice M. Quatrefages, puede abrir ese vasto campo de especulaciones, en las cuales lo posible se substituye á lo real, y donde no obstante el saber más extendido y la más firme inteligencia, se llega casi fatalmente á mirar como concluyente en su favor, precisamente aquello mismo que declara ignorar (1).»

Nuestras reclamaciones contra tales medios de ataques son tanto más fundadas, cuanto son estos más arbitrarios. Y áun si estuviere lo desconocido ménos extendido, se comprenderia la pretension de adivinarlo; pero acontece con el saber lo que con el espacio: la porcion explorada nada significa comparada con la que no se conoce. ¿Quiérese una prueba de ello?

¿Qué es lo que conocen de los espacios siderales, esos astrónomos que, como Lalande, se

1 Discusion de las teorías transformistas.

lamentan de no haber conseguido descubrir á Dios en el extremo de su telescopio en un rincón del firmamento? Haces apenas un siglo solo se contaban cuatro planeticulas: de entónces acá á Cérés, Juno, Palas y Vesta se han agregado tantos asteroides, que el Olimpo eterno no ha tenido diosas en número suficiente para darles nombres. Herschel ha calculado que la vía láctea está compuesta por lo ménos de treinta millones de soles. ¿Cuántos habrá fuera de ella? ¿Qué sucede en esas profundidades inconmensurables en las cuales mundos, un millón de veces mayores que nuestro sol, ofréncense á nuestras miradas como impalpable polvo luminoso? ¿Cuándo se encendieron y cuándo se extinguirán los globos que surcan los Océanos del etér en que se balancea entera la creacion? Cierta se conoce la densidad de algunos de esos astros y que se ha medido la distancia que los separa y que se ha estudiado la ley de su marcha, y se han descubierto manchas sobre la superficie solar, y elevadas montañas en el hemisferio de la luna que mira á la tierra; pero ¿cuál es la constitucion de los cuerpos celestes, cuáles sus cualidades físicas? ¿Quién será capaz de referirnos la historia de su formacion, las catástrofes que han experimentado, los seres que ellos moran?

Cuestiones todas insolubles, que exigen de todo espíritu que sepa respetarse la mayor reserva á falta de adoracion. Despues de todo, la astronomía que adora á Dios en los insondables misterios del firmamento, es fiel á la razon y á la naturaleza, porque nuestra alma se remonta más allá de los mundos visibles, para ir á buscar á Dios allí dónde no le sigue la mirada de la ciencia; pero el que emplea lo desconocido de la creacion para hacerle deponer en contra de su autor, es un falsificador de la ciencia y un enemigo sistemático de la verdad.

Y si del cielo descendemos á la tierra, ¿sabe la ciencia lo bastante de ella, para creerse autorizada á buscar en contra nuestra de lo que ignora? La tierra no es más que un átomo arrebatado por la gravitacion al través de las llanuras de la inmensidad, apenas conoce cosa alguna de este punto reducido en que mora y que es su observatorio. Por lo demás la geología, la biología, la paleontología y la fisiología, es decir, los conocimientos más agresivos contra la fé, se hallan en estado de formacion; siendo de advertir que tales conocimientos tienen de comun con el hombre el que, despues de haber negado en su juventud, se hacen religiosos en su madurez. ¿A qué profundidad hemos penetrado en las en-

trañas de la tierra, para considerarnos con derecho á hacerle deponer contra su Creador? Cier- to que la geognosia ha estudiado su corteza y señalado las transformaciones primordiales: cierto que ha abierto la vasta necrópolis del mundo antediluviano y removido alguno de los grandiosos fósiles que encierra; pero las tres quintas partes de la superficie del globo terrestre, dice Huley, hallanse cubiertas por el agua, y lo han estado desde la época en que el hombre ha podido consignar sus observaciones (1). Las otras dos solo han sido estudiadas hace muy pocos años y excepcion hecha de Francia, Alemania, Inglaterra y de determinadas comarcas de España, Italia y Rusia, lo demás del globo permanece poco ménos que completamente inexplorado.

Añádese á lo dicho que las mayores profundidades á que se ha alcanzado en las entrañas de la tierra, no alcanzan á las diez milésima parte del radio de nuestro planeta; que las perforaciones practicadas en el seno del globo no representan con relacion á su diámetro, lo que las mordeduras de las hormigas en la cáscara de una naranja; que el arañazo producido por un

(1) Véase nuestro *Manuel*, etc. p. 56.

alfiler sobre una esfera que midiese 90 pulgadas de circunferencia, igualaría relativamente la profundidad de las minas más profundas; que según Lyell, la extensión que alcanzan nuestras observaciones, no es mayor que la ocho centésima parte del núcleo terrestre, siéndonos lo demás tan desconocido como el interior de los demás planetas, que por último, según Humboldt nada nos garantiza que conozcamos el conjunto de las fuerzas de la naturaleza, ni que esas fuerzas hayan sido siempre las mismas (1), y dígame si en presencia de este vasto campo de incertidumbre no deja de ser razonable el hombre que toma pretexto de ellas para sus negaciones más bien que motivo para confesarse humildemente anodado. Si, si la ciencia concede un lugar dentro de ella á las intuiciones conjeturales, Dios, en virtud de este mismo derecho, debe obtener la preferencia sobre todas las hipótesis contrarias; y conjeturas por conjeturas, la ciencia que no prefiere las de la fé á las otras, presta falsedades á la naturaleza para apoyar las suyas.

*Sacar de determinadas opiniones científicas*

1 COSTA.

*inofensivas para la religión, consecuencias ofensivas que realmente no encierran, constituye otra práctica del especialismo contemporáneo. De sistemas conciliables con la ortodoxia, ejerciendo sobre ellos una presión exagerada, las deduce incesantemente el ateísmo. Por ejemplo, ¿qué le importa á la fé, que la tierra cuente mayor edad de la que hasta el presente se le ha atribuido? Dios al publicar el acta del nacimiento del mundo, hála firmado con su propia mano, pero sin estampar la fecha, dejándonos en libertad para retrasar la época. Por lo demás, cuando se contempla al Creador invirtiendo un año en hacer madurar las espigas de nuestros campos, no comprendemos que deba sorprender el verle invertir miles de siglos en preparar la envoltura sólida de nuestro globo. La gloria de su obra no puede serle arrebatada porque al formarla haga pausas instructivas para nosotros; y los que de la antigüedad de la creación, hacen una objeción cual si la Biblia le asignara una cronología fuera de la cual no hay salvación posible, dicen más de lo que saben sobre la antigüedad del mundo y sobre las enseñanzas de la Biblia; pero los adversarios se adhieren á la exégesis menos aceptable, con el objeto implícito de desacreditar la que lo sería.*

Otro ejemplo: suponiendo que, en realidad, se haya descubierto el hombre fósil: ¿puede ello deducir cosa alguna en contra de la semana genésica? Apologista hay que en ello no ven si quiera motivo para una objeción; otros lo estiman como un nuevo argumento en su favor. Y en efecto: sin salirnos un ápice del terreno en que nos hemos establecido, ¿no nos sería lícito presumir que la potencia creadora se ha ejercido en la tierra antes aún de comenzar la obra de los seis días; que en el tiempo que mediara entre el instante en que Dios sacó el planeta de la nada y el estado de vacuidad en que Moisés nos lo describe; su Autor estuvo trabajando en él de una manera digna de su virtud y poder; que han precedido á la nuestra otras humanidades, como la seguirán otras; que cada uno de esos grupos marcha á su fin providencial merced á contar con medios para ello apropiados; que no siendo por último la Biblia más que la historia del ciclo á que pertenecemos, jamás podrá oponerse á los hechos y creencias de este elemento alguno perteneciente á los períodos precedentes?

Pero todavía queremos adelantar más; todavía queremos suponer que la exégesis establece el nacimiento de la humanidad antes de las re-

voluciones diluviales que han precedido á la era histórica: en tal caso los fósiles humanos constituyen la confirmación necesaria de su sistema. Admitidas de esta suerte ciertas y determinadas distinciones, queda desarmada la paleontología fantástica. Presumia con sus hipótesis herir en mitad del pecho á la revelación, y sin embargo esta le pasa por encima sin hacerle el menor caso, y de sus ataques contra el hexamerón mosaico solo restan dos inconvenientes: el de dar vida frecuentemente á fósiles humanos cuya existencia no está probada, y el de que aun cuando en realidad lo estuviera, nada probarían contra nosotros.

Pero dónde más se muestra la parcialidad científica de nuestro especialismo, es en el modo como abusa de la teoría de las generaciones espontáneas. De una opinión indiferente en sí misma, con relación á la cuestión de las causas primeras ó de las causas finales, hace un manantial de negaciones contra unas y otras. Sin embargo solo autoriza tales conclusiones la opinión preconcebida y de ello tenemos la prueba en el ejemplo de lo pasado. Cuando los antiguos creían que el número de los animales nacidos espontáneamente, era superior al de los seres provenientes de las leyes normales de la



reproduccion, distaban mucho de ser atóos. Cuando Plutarco en sus *Conversaciones de sobre mesa* escribia: «en el seno del limo se forma un número considerable de animales adultos,» no hacia profesion de irreverencia contra los dioses. Cuando el jesuita Kircher, en su *Mundus subterraneus* describa los experimentos realizados para obtener animales creados artificialmente, no niega en manera alguna la existencia de un Creador. Finalmente, cuando el mismo Lamarck admite una generacion espontánea incesante, bajo la accion de las fuerzas fisico-químicas, recomienda especialmente que no se confunda «la naturaleza con su supremo Autor, por lo mismo que se halla sujeta á las leyes que son expresion de la voluntad soberana que las ha establecido (1).»

Mas la turba multa de comentaristas, experimentadores y discípulos entusiastas que componen el mundo sabio, hace de esta sencilla opinion biológica un principio de negacion universal. Exagerando el pensamiento de Darwin, que respecto del particular es discreto, su traductor admite sin restriccion la multiplicidad de

1 Historia natural de los animales invertebrados,

los organismos primarios, no reconociendo más antepasado que nuestro propio planeta, dotado en una de las fases de su existencia *del poder de elaborar la vida* (1). El manual del materialismo alemán afirma por su parte que «la creacion orgánica debe haberse realizado sin la intervencion de una fuerza exterior (2).» Lo cual vale tanto como decir que la fermentacion putrida de algún detritus post diluviano, ha sido la causa eficiente de la vida universal. De manera que en tanto los corifeos de la heterogénia hacen remontar al Creador el honor de la creacion, la muchedumbre de sábios en miniatura solo vé en ella el medio de prescindir de un factor en la explicacion del mundo, y gracias á esta suerte de escamoteo lógico, la parcialidad del especialismo ha convertido al hombre que cree en las generaciones espontáneas, en sinónimo de hombre que no cree en Dios.

*Emplear opuestas medidas de apreciacion en conformidad al interés del momento, una muy holgada al tratarse de hechos desfavorables á la fé, y otra por todo extremo esclusiva, cuando se*

1 Mil. Roper.  
2 Fuerza y materia.

trata de hechos que prueban ó confirman la fé, es también una táctica de la negación frecuentemente empleada en sus libros, y solo Dios puede saber hasta qué grado de sinceridad, puesto que así como las pasiones del corazón se confiesan y se acusan, las del espíritu se glorifican ó se ocultan á sí mismas.

¡Cuántas veces ha empleado tan vergonzosa balanza la ciencia contemporánea, principalmente en la interpretación de las leyes que presiden á la formación del reino orgánico! Que un Creador inteligente haya dispuesto el ojo, la mano, el sistema nervioso ó el sistema sanguíneo de nuestra especie con orden y prevision, es un principio al cual de seguro no suscribirian ciertos sabios; pero en cambio, les parece muy natural, y por consiguiente muy admisible, el que un molusco gasterópodo, prolongado su cuerpo bajo el imperio de la necesidad, se haga brotar tentáculos ó miembros completamente nuevos. Que Dios haya creado especies, es un hecho inadmisibles para la ciencia; pero que un día cualquiera una planta se haya convertido en un animal, y hasta que los peces arrastrados por el ardor de la caza y de la huida, ó por la violencia del viento á los arroyuelos de la orilla, hayan visto, bajo la influencia del agua, henderse

sus nadadoras, las aletas que les sostenían transformarse en plumas, cuyas barbas se formaron de las desecadas membranas, su escamosa piel cubrirse de plumon, sus aletas ventrales transformarse en patas, su cuello y su boca prolongarse, en suma, trocarse la carpa en pájaro (1), es lo más natural y sencillo que se puede imaginar. Finalmente, que la religion enseñe las beatitudes corporales reservadas al hombre en un mundo mejor, es cosa que solo puede escucharse con la sonrisa en los labios; pero anuncie un evolucionista que el hombre engendrará, andado el tiempo, una especie superior á él mismo, especie de posteridad olimpica que nada tendrá de su abuelo el mono, y todas las facultades de Francia y Alemania pondrán el oído atento para no perder una sola palabra. Es decir, que la ciencia da constantemente la preferencia á lo absurdo de las explicaciones naturales, sobre el buen sentido de las enseñanzas divinas.

¿Por ventura, fundándose en esta misma injusticia, no opondrá á la fé además de las leyes de la formación, las de la conformación orgánica? Darwinista hay que reúne en sus escaparates

una colección de cráneos humanos al lado de otra de cráneos de mono, con el propósito de demostrar que entre los unos y los otros la diferencia está ménos en la naturaleza que en nûs, tras ideas; pero procurad informaros y averiguaréis que al elegir esos fûnebres fragmentos se ha procedido con premeditacion, escogiendo entre seis mil ejemplares, y que no podrían constituir una regla, por lo mismo que únicamente representan excepciones (1). El mismo Darwin no ha sostenido hasta el presente la teoría de que el hombre proseda del mono; sus continuadores son los que le han hecho responsable de tal aserto; mas, ¿qué debemos esperar de la imparcialidad de estos, cuando ven en el hombre de raza caucásica un descendiente del chimpancé, en tanto que no le reconocen vínculo alguno de parentesco con el negro y el mogol? «Y sin embargo, entre el hombre y el mono, dice Huley, media un abismo todavía imposible de llenar.» En vano se afana la anthropología materialista en buscar los intermediarios destinados á llenar este vacío inmenso: relativamente á la estructura anatómica, del mismo modo que bajo el pun-

1 Históricos.

to de vista del desarrollo intelectual y moral, existe entre ambos extremos la distancia que separa dos especies: y en cambio, entre el hombre blanco y el hombre negro, no existe más diferencia exterior que la mayor ó menor belleza, ni más diferencia interior que la de más ó ménos superioridad. Y sin embargo, ¿qué es lo que hace la ciencia irreligiosa en presencia de esos dos hechos convincentes? Asigna al hombre y al mono, no obstante sus diferencias, los mismos padres, y hace nacer de parejas distintas al blanco y al negro, á pesar de sus semejanzas: todo, por supuesto, para tener la ventaja de contradecir la fé, contradiciéndose á sí mismo, y de pisotear al sentido comun en favor de dos blasfemias, una contra la unidad, otra contra el origen divino del género humano.

Finalmente, ¿no es también un acto equivocado lente á alterar los pesos y las medidas, eliminar á priori de ese solemne debate, todas las ciencias que podrían deponer en favor de la verdad? No tenemos para qué insistir respecto de esas exclusiones y de este exclusivismo del programa positivista: sabemos lo que debemos pensar bajo el punto de vista de la lógica; mas cuando lo consideramos con relacion á la justicia, no podemos evitarnos que se escape de nuestro pecho un

grito de indignación. ¿Básase el naturalista en una certeza científica para suscribir á los misterios de la heterogenia, y poner en duda las demostraciones psicológicas? ¿cree á sus sentidos externos ó á su sentido íntimo? ¿se inclina ántes las deducciones del darwinismo y se rebela contra los primeros axiomas de la metafísica y de la moral? ¿presta, por último, asentimiento á todas las suposiciones que pueden oscurecer la fé, y lo niega á todas las evidencias que pueden rodearla de luz? No, no; no es un dogmatismo especial lo que le mueve, sino la pasión; no es únicamente el espíritu de sistema, sino una hostilidad no reconocida lo que traza esas clasificaciones arbitrarias, de las cuales resulta que no formando Dios parte de la ciencia, debe ser condenado sin ser oído: procedimiento facilísimo por otra parte, porque es más fácil negar la palabra á Dios que contestarle. Y sin embargo, la suprema iniquidad de la negación, no tanto consiste en condenar «según la etiqueta» las ciencias favorables á Dios, sino, en derribarlo haciendo protestas de no ocuparse en él. El no concederle un lugar en el dominio de las observaciones físicas, sería un acto de justicia; mas cortarle las ramas del saber humano que conducen á la contemplación de su santa imagen, es

una traición, y profesar respecto de él la neutralidad, y trabajar en anonadarlo bajo esa máscara inofensiva, es la más odiosa de todas las hipocresías, la del ateísmo.

*Oponer colectivamente á la fé teorías científicas que no tienen autoridad colectiva, puesto que se contradicen frecuentemente,* es también costumbre muy arraigada en nuestros adversarios. Por consiguiente, el creer *en globo* á los sábios que no participan de una misma opinión, constituye superstición pura: tantos geólogos, cuantas geologías, y por lo tanto, antes de negar la Biblia en nombre de esta ciencia, esperamos á que los geólogos se hayan puesto de acuerdo entre sí. Hace poco tiempo, un hombre de mucho ingenio, consignaba bajo formas, al parecer ligeras, las siguientes observaciones que distan mucho de serlo. «M. Littré y otros con él, pretenden que el cerebro secreta el pensamiento, del mismo modo que la mucosa nasal secreta líquidos bajo la influencia de los romadizos. En este sistema el pensamiento es un constipado del cerebro moral. Por su parte, M. Claudio Bernard y no vaya á tomarse por inventor de sistemas al hombre que ha dicho: Cuando penetré en mi laboratorio, empiezo por dejar á la puerta al espiritismo y el materialismo. —M. Claudio

Bernard proclama con notoria autoridad que el cerebro no secreta el pensamiento, así como el reloj no secreta la hora. Nótese, pues, que M. Littré, sabio moderno, y M. Claudio Bernard, moderno sibio, se contradicen completamente respecto de la idea fundamental del materialismo. Entonces, ¿porqué os empeñáis en persuadir al pobre pueblo de que sabeis lo que dice la ciencia moderna, y de que la ciencia moderna sabe lo que se dice?

«Por lo demás, la materia que piensa, es el sistema de Locke traducido del inglés por Voltaire. La Marquesa de Châtelet, que murió hace ciento veinte años, creía en dicho sistema. ¡Y a esto se llama novedad!

«Pero, os veo venir, vais á hablar de la cronología de la Biblia y de la edad del mundo. Graves farsantes se han puesto de acuerdo sobre el hecho de que el mundo es muy viejo: unos dicen que cuenta veinticinco mil años; otros doscientos mil; otros, en fin, de diez á cien millones; respecto del particular están perfectamente de acuerdo: sin embargo, para adquirir por mi parte una convicción, he de esperar que hayan verificado sus cifras.

«Si del mundo pasamos á Dios, tampoco hallaremos acuerdo en esos señores. Un día M.

de Babinet salía del Instituto con uno de sus colegas, matemático recalcitrante, que eliminaba á Dios de todos sus cálculos, como si fuese una incógnita irracional y perturbadora, y sostenía el siguiente diálogo:—«De manera, caro colega, decía M. Babinet, que decididamente Dios no existe.—Decididamente: la ciencia moderna no puede admitir una hipótesis tan absurda como la de un Dios creador.—De suerte que estais convencido, repuso con insistencia M. Babinet.— Perfectamente convencido.— Pues, amigo mio, dijo M. Babinet con su eterna sonrisa, sois más crédulo que yo, puesto que yo no sé nada absolutamente (1).»

Tales son los elementos constitutivos de esos testimonio colectivo llamado ciencia. Si dicho testimonio formara un conjunto de opiniones concordantes, sería en realidad imponente; pero como solo representa individualidades unidas en la negacion, no es posible oponer en masa á la verdad las que están opuestas entre sí. Por consiguiente estar en general en favor de la ciencia contra la fé, vale tanto como tener sobre muchos y determinados asuntos veinte opinio- (R)

nes distintas, sin abrigar una sola convicción, por lo mismo que dichas opiniones, cuando no se contradicen entre sí, son por lo ménos diferentes.

*Acoger con ciega confianza las hipótesis de la arqueología prehistórica y con injustificadas prevenciones los hechos indubitables de la era histórica, es otro de los rasgos característicos de la ciencia antireligiosa. Por un contraste sorprendente, echando mano de un sistema de crítica que amenaza derrumbar completamente las verdades mejor comprobadas, ha socavado el suelo de la histórica y especialmente el de la historia cristiana, y establecido sobre esas ruinas la autoridad de la historia antes de la historia, poblando la noche del pasado de creaciones fantásticas y llenando todas las lagunas de los anales geológicos con imaginaciones grandiosas, en una palabra contando detalladamente los acontecimientos de las ciudades lacustres, de la edad de piedra y de los diluvios primitivos; de tal manera que después de haber destruido la historia verdadera, la ciencia ha creado otra; no ha prestado fé á aquella; pero en cambio cree á pie juntillas sus propias invenciones.*

Sus pruebas de este contraste se encuentran en abundancia prodigiosa. Condúzcase al arqueó-

logo á las catacumbas cristianas, y se verá que no admite ni el sentido de las inscripciones, ni la significación de los signos que atestiguan el sentido de esas tumbas gloriosas; mas pónganse de manifiesto las catacumbas de la época terciaria, y os hablará de guijarros rotos que fueron puntas de flechas y de los instrumentos de hueso y de pedernal que empleaba para raspárselas uñas y cortarse el cabello el hombre tético de tan lejanas civilizaciones. Si se trata del evangelio de San Juan, se le ocurren doctas vacilaciones sobre el nombre de su autor; pero si el asunto es el hombre fósil, le veréis á dos dedos de decirnos el nombre y las cualidades de aquel á quien perteneció la mandíbula descubierta en Moulin-Quignon. En punto á tradiciones católicas no hay condenación que no salga de sus labios, siquiera no se pase un día sin que broten del suelo romano monumentos justificativos; pero tratándose de cuchillos de piedra, hachas de pedernal, rascadores de sílex, las cavernas, los dolmens y los túmulos de la leyenda científica, no solo tiene la fé del creyente, sino la convicción del predestinado. Finalmente, no se pida su adhesión á la historia bíblica ni á las actas de los apóstoles, es tan obscuro lo que ocurría en Jerusalem hace diez y ocho

siglos; . . . . . pero remontaos á miriadas de años á una edad del mundo en la cual los siglos se cuentan como los años en nuestra era, y en esos horizontes en los cuales el pensamiento, semejante á la paloma del arca, no halla un solo punto donde posarse, la negacion se encuentra en plena luz y no ve más que certezas que registrar.

¡Cuántas opiniones admitidas en nuestros días serán contempladas con admiracion y sorpresa en los tiempos venideros! Entonces la religion se burlará con fundado motivo de esas audaces afirmaciones que cautivan á nuestros incrédulos y dichas afirmaciones, despues de haber sorprendido durante breves momentos á los espiritus débiles, y apasionado á los espiritus predestinados, permanecerán siendo testimonio eterno de las divagaciones de la razon emancipada de la fé. No se entienda sin embargo lo dicho, en menosprecio de los grandes, de los verdaderos iniciadores de la arqueología prehistórica; mas si profesamos el culto á la ciencia, no queremos ser fetichistas de ella, y como desde el momento en que la ciencia prescinde de Dios deja de respetar á sí misma, no creo estar obligado á guardarle más consideraciones que las que ella á sí misma se guarda.

## CAPITULO V.

BASES DE UN COMPROMISO ENTRE LA FÉ Y LA  
CIENCIA DE LA NATURALEZA.

Acabamos de ver de qué manera prescinde la ciencia de la justicia respecto de la fé, y, so pretexto de neutralidad, escapa por la tangente á la oposicion sistemática. Sin embargo, si los naturalistas son capaces de conclusiones precipitadas y de tendencias hostiles á la exegesis ortodoxa, ¿pueda sostenerse que esta se halla completamente exenta de preveniciones contra la ciencia? No lo creemos. Exegeata hay, y por cierto inglés (1) que considera la geología como

1 Hog. Miller, Testimony of the Rocks p. 502.

siglos; . . . . . pero remontaos á miriadas de años á una edad del mundo en la cual los siglos se cuentan como los años en nuestra era, y en esos horizontes en los cuales el pensamiento, semejante á la paloma del arca, no halla un solo punto donde posarse, la negacion se encuentra en plena luz y no ve más que certezas que registrar.

¡Cuántas opiniones admitidas en nuestros días serán contempladas con admiracion y sorpresa en los tiempos venideros! Entonces la religion se burlará con fundado motivo de esas audaces afirmaciones que cautivan á nuestros incrédulos y dichas afirmaciones, despues de haber sorprendido durante breves momentos á los espiritus débiles, y apasionado á los espiritus predestinados, permanecerán siendo testimonio eterno de las divagaciones de la razon emancipada de la fé. No se entienda sin embargo lo dicho, en menosprecio de los grandes, de los verdaderos iniciadores de la arqueología prehistórica; mas si profesamos el culto á la ciencia, no queremos ser fetichistas de ella, y como desde el momento en que la ciencia prescinde de Dios deja de respetar á sí misma, no creo estar obligado á guardarle más consideraciones que las que ella á sí misma se guarda.

## CAPITULO V.

BASES DE UN COMPROMISO ENTRE LA FÉ Y LA  
CIENCIA DE LA NATURALEZA.

Acabamos de ver de qué manera prescinde la ciencia de la justicia respecto de la fé, y, so pretexto de neutralidad, escapa por la tangente á la oposicion sistemática. Sin embargo, si los naturalistas son capaces de conclusiones precipitadas y de tendencias hostiles á la exegesis ortodoxa, ¿pueda sostenerse que esta se halla completamente exenta de preveniciones contra la ciencia? No lo creemos. Exegeata hay, y por cierto inglés (1) que considera la geología como

1 Hog. Miller, Testimony of the Rocks p. 502.



invencion del enemigo de Dios y de los hombres. Por su parte, algunos apologistas franceses reciben sistemáticamente los progresos científicos, con la escéptica sonrisa y la incredulidad infundada que la ciencia opondrá a la revelacion. Semejantes represalias no son ménos contrarias á la dignidad santa que á la esencia de la verdad. Si al presente la ciencia toma á su cargo el sostén de tesis aventuradas, que rechazará mañana, no es prudente alegar tales temeridades para desprestigiar sus incontestables certezas, ni sus investigaciones para desacreditar sus adquisiciones: hoy por hoy se halla en posesion de una porcion de demostraciones contra las cuales no puede prevalecer la duda más metódica; y así como se hace traicion á la fé, entregándola á los caprichos tergiversadores de la ciencia, sería comprometerla negar la ciencia en honra á la fé.

Nó, la honra de ambas está interesada en el pacto cuyas bases vamos á proponer, i demostrar que es posible ser un sabio profundo y un cristiano perfecto, vale mucho más que anatematizar la luz en nombre de Dios que es el sol! Por más que los dogmas sean inmutables, correse un peligro inminente en dejar creer que el espíritu humano encuentra siempre esta barrera

en el término de su horizonte, puesto que la verdad es que nada detiene su legitimo vuelo. No de otra suerte el viajero, engañado por una ilusion óptica, imagina tener las pirámides al alcance de su mano, siendo así que se levantan á gran distancia en el fondo del desierto.

Conviene pues que la teología trate á las ciencias naturales como amigas, sin prevencion, sobrellevando generosamente el desarrollo progresivo y el constante desenvolvimiento de estas, con tal que no traspasen sus propias fronteras. Los más eminentes Padres de la Iglesia han empleado en provecho del progreso de la teología cuanto les ofrecia la ciencia profana; y puesto que sus vastos tratados conceden un lugar tan importante á las consideraciones filosóficas, es fácil imaginar cuántas nociones nos habrían transmitido sobre la naturaleza, si con esta se hubiesen objetado más sus opiniones y creencias. Al presente, que la generalizacion, y hasta podríamos añadir, la popularizacion de esos conocimientos, aumenta el peligro, es conveniente cultivarlas, para impedir que se empleen en el mal, y trabajar con el propósito de oponer á ese *diletantismo* de espíritu, que por curiosidad alcanza á todo, estudios profundos y regenerado-

res, capaces de llevar á cabo la conciliación entre la ciencia y la fé.

Respecto del particular bastará con que digamos muy pocas palabras para que se desvanezcan muchas preocupaciones. El libro de las revelaciones divinas y el de la naturaleza, en manera alguna son antagónicos, puesto que son obra del mismo Autor, y expresión del mismo pensamiento. La Biblia no contiene error alguno, porque es la palabra de Dios: por su parte la naturaleza no enseña tampoco error alguno, porque es el fruto de la misma palabra. Cuando se abriga la convicción de que el Dios de todas las verdades, es igualmente el Dios de la naturaleza y de la revelación, ¿no puede presumirse que su voz, distinta en la una y en la otra de estas esferas, introduzca la división entre sus criaturas ó las induzca á error?..... «El verdadero cristiano camina por entre las obras del Creador, puesta la mente en más altas consideraciones. Para él las palabras grabadas sobre las rocas antiguas de nuestro globo, son las palabras de Dios, y no pueden estar en contradicción con la revelación escrita, como no lo están las de la antigua Alianza respecto de las del Nuevo Testamento. A veces encontrará el hombre dificultad en conciliar todas las manifesta-

ciones de ambas voces; ¿mas qué importa? ¡ah! ahora acaso que su inteligencia es limitada y que vá aproximándose al diájen que desaparecerán todas las contradicciones aparentes entre lo que debería estar unido?..... Un doctor, cuya piedad y benevolencia han brillado mucho tiempo á la faz del mundo, Chalmers, decía delante de una numerosa reunión de sábios: «El cristianismo ha de ganar mucho y no ha de temer nada absolutamente del progreso de las ciencias físicas (1).»

Por todas estas razones conviene pues acabar con la ortoxia mezquina que rechaza sistemáticamente los testimonios de la naturaleza, del mismo modo que con la ciencia presuntuosa que los exagera. Busquemos pues con este propósito los puntos de aproximación entre las dos partes litigantes y separemos todos los motivos de recíproca hostilidad. Poner en evidencia: 1.º las concesiones hechas por la teología á la ciencia; 2.º las concesiones que la ciencia debe hacer á la teología, es no solo negociar entre ambas un tratado de paz, sino tambien una alianza fecunda en positivos resultados.

## I

Las disposiciones de la ciencia sagrada son por todo extremo conciliadoras, por lo mismo que cede voluntariamente en cuanto no le está divinamente prohibido, y abdica todas sus prerogativas, para no reivindicar más que lo que constituye su derecho inalienable. Sus inclinaciones pacíficas se revelan por la amplitud de sus interpretaciones, de sus abstenciones y de sus prescripciones relativamente á las ciencias de la naturaleza.

La Biblia no exige de los cristianos la fé, como no sea en el sentido establecido por los juicios de la Iglesia y el consentimiento unánime de los Padres. Nada ménos conocido, hasta por los sabios más eminentes que la hermenéutica sagrada, ó sea la coleccion de las reglas que deben presidir á la interpretacion de los textos revelados. Y al propio tiempo, nada más fácil, hasta para los espíritus ejercitados, que una buena exégesis, es decir, la aplicacion exacta de dichas

reglas. ¿Cuándo deben entenderse las palabras santas en sentido literal, cuándo en el sentido espiritual? ¿Cuándo tienen un valor dogmático; cuándo el de una simple metáfora ó alegoría? ¿Cuándo expresan hechos, cuándo no son más que figuras? Hé ahí las fuentes inagotables de dudas, aun para aquellos que creen firmemente en la divinidad de las Escrituras, en tanto no cuentan con el auxilio de la infalibilidad de la Iglesia. De donde resulta que la ciencia acusa frecuentemente á la Biblia de serle contraria, únicamente porque la explica ó interpreta á su antojo, imputándole lo absurdo, para tener un pretexto de poner en duda lo divino.

Por esto cuando la ciencia ataca la narracion bíblica, el conflicto no resulta jamás entre una enseñanza real de la Escritura, y un descubrimiento real de la geología, sino de una lucha de sistemas opuestos: es decir, sistemas personales de geología por un lado y sistemas personales de exégesis por otro, con los cuales, en último resultado, nada tienen que ver ni la Biblia ni la ciencia. Por esto motivo la Iglesia que no tiene interés directo en la cuestion, aguarda cruzada de brazos la resolucion del problema, con el objeto de aceptarla, y cuando los dos combatientes trabajan en involucrar en la cuestion el

uno la Biblia y el otro la ciencia, puesta la mira en hacerse prosélitos, no hacen más que apasionar el debate en su propio provecho, engendrando la confusión.

Al terminar el siglo décimo sexto, un exegeta, herido por la tendencia de ciertos apologistas á identificar la verdad absoluta con sus ideas particulares, y á confiscar, si así cabe decirlo, la autoridad de las santas Escrituras en provecho de sus opiniones, escribía: «Puesto que la Biblia no enseña las ciencias naturales, el teólogo prudente evitará el adherirse especialmente á una manera de ver determinada, en cuya virtud la defensa con demasiado calor, y la declaración conforme con nuestras santas letras. También pondrá gran cuidado en evitar, respecto de los mismos asuntos, las afirmaciones que no estén completamente de acuerdo con los hechos que ha demostrado la experiencia. Finalmente, cuestiones hay respecto de las cuales usan idéntico lenguaje la Biblia y la ciencia, y respecto de las mismas se guardará de considerar tales resultados como pertenecientes á la fé (1).

La Iglesia jamás fué cómplice en semejantes exageraciones de interpretación. Echasele en cara con cierta apatencia de razón el haber condenado á Galileo; pero esta sentencia dictada por siete jueces ignorantes, no firmada por el Papa, y reformada más tarde por la misma Iglesia, no puede prevalecer sobre una tradición contraria, explícita y perseverantemente formulada en los escritos de todos los Padres. Sus conclusiones pueden reducirse á estos dos principios capitales: Nada de lo que es científicamente verdadero es contrario á la Biblia, y nada de lo que pretende ponerse en oposición con la Biblia, está científicamente demostrado, según fácilmente puede de ello convencers e todo aquel que se tome el trabajo de consultar el conjunto de los maestros y no un sistema particular.

Si hay autoridad alguna en materia de escrituras, es indudablemente la de S. Jerónimo. Pues bien, este gran doctor se expresaba en estos términos. «La Escritura contiene muchas cosas dichas según la opinión del tiempo, no según la realidad de las cosas» (2). ¡Cuántos

descubrimientos científicos adquieren derecho de hospitalidad en las convicciones cristianas, no obstante la oposicion de ciertos textos, en virtud de esta otra regla prescrita por S. Agustín

«Acontece con frecuencia que, por lo que se refiere á la tierra, al cielo, al mundo y á sus diferentes partes, los astros, sus movimientos, sus magnitudes, sus posiciones; los eclipses del sol y de la luna; la sucesion de las estaciones; la naturaleza de los animales, de las plantas, de las piedras y demás objetos de la propia naturaleza, un infiel, merced á la razon y á la experiencia, ha alcanzado nociones perfectamente exactas. Supongamos pues á un cristiano, que pretendiendo hablar de tales asuntos segun las enseñanzas cristianas, incurra, en presencia de los infieles en tan groseros errores, que estos, viendole, como comunmente suele decirse, en los antipodas de la verdad, á duras penas logra contener la risa. ¿No esto vergonzoso? ¿No es hasta perjudicial? ¿No debería ponerse en evitarlo el cuidado más solícito? Pero no es lo peor el que este ignorante se ponga en ridiculo; sino que los infieles, fundados en semejante ejemplo, lleguen á persuadirse de que nuestros autores sagrados aceptan semejantes extravagancias

puesto que, fundados en ello, los desprecian y rechazan, con lo cual resultan perdidos aquellos á quienes tratamos de salvar.

Sí, cuando ven á un cristiano que se equivoca lastimosamente en las materias que ellos conocen á fondo, con la circunstancia además de apoyar sus errores en la autoridad de nuestros libros sagrados, cómo se pretende que crean lo que en dichos libros se consigna relativamente á la resurreccion de los muertos, de la esperanza de la vida eterna y del reino de los cielos? Es imposible expresar los perjuicios, la tristeza que ocasionan á sus hermanos más prudentes esos cristianos presuntuosos, empleando los textos sagrados, sin comprender ni las palabras que pronuncian, ni el asunto á que se refieren.»

¿No es esto lo que se puede ver en ciertas apologías modernas? Imprudencia es esta tanto más culpable, en cuanto nuestros textos revelados tienen al par y simultáneamente, muchos sentidos tales como el literal, el espiritual, el analógico, y en su profundidad elástica ofrecen fácil entrada á todas las fórmulas del Progreso. «Por lo mismo añade Santo Tomás, que la Escritura puede ser comprendida de diferentes maneras, nadie debe adherirse con tanto

empeño á una interpretacion determinada, que si prueba la verdad del contrario por medio de una demostracion cierta, no se abraza inmediatamente al contrario.»

Hé ahí pues abierta la puerta de par en par á las interpretaciones racionales, y la Iglesia que es el intérprete divinamente instituido para llevar á cabo esta tarea, no tiene delante de ella un espacio limitado con parsimonia. Excepcion hecha del episodio, rebatido y amplificado, del proceso antes aludido, ¿dónde y cuándo se la ha visto poniendo trabas ó lanzando anatemas al géneo del descubrimiento? ¿Qué nobles inventos ha pretendido ahogar bajo el peso de su intolerancia escrituraria? ¿No se le echa en cara hoy mismo la proteccion que dispensa á todas las novedades pseudo-científicas, diciendo que procede movida por espíritus de interés, en tanto que rechazándolas, se diría que obraba á impulsos de exageracion ortodoxa? ¿Cuántos sabios hay que sienten en el alma encontrar gracia delante de la Escritura, por lo mismo que esto les impide hacer uso del derecho de condenarla!

No permita Dios que en nombre de la Biblia pretenda absolver todas las imaginaciones científicas; mas ¿hay para que repetirlo? San Agustín en su primer libro relativo al Génesis, dejó

ya planteadas muchas cuestiones respecto del Hexameron, que hoy se consideran completamente nuevas, añadiendo: «No he tomado temerariamente partido en favor de determinada opinion en perjuicio de otra exposicion que podrá ser mejor.»

Por su parte el sabio padre Piaciani, en comentario sobre la obra de los seis, afirma que si las creencias naturales, cronológicas ú otras, proporcionan alguna nueva interpretacion respecto de un texto obscuro de la Biblia, sobre el cual nada tenga decidido la Iglesia, no debe en manera alguna rechazarse semejante luz. Y tengase tambien en cuenta con cuanta amplitud ha procedido la palabra del Espíritu Santo, para dar abrigo en su seno á las diversas formas del dogma científico. Para ella la misma importancia ó idéatico valor merecen los neptunianos que los volcanistas; y los paleontologistas, que creen, con ciertos padres, que Dios creó en el fondo que habitamos, mundos anteriores al mismo, no son en manera alguna condenados. Si es reprobada la opinion de Orígenes que consiste en pensar que los astros son séres animados, la que los considera como mundos habitables y aun habitados es perfectamente libre. Con tal que se guarde la consideracion debida á las raras ver-

dades dogmáticas que se refieren á la creación del mundo, es permitido admitir todas las suposiciones respecto de la manera de esta creación, por lo mismo, dice Santo Tomás, que los santos padres han tenido respecto del particular sentimientos diferentes.....

Que la geología explique pues como mejor le parezca los períodos geológicos; que la paleontología complete sus flores y sus faunas grandiosas de los mundos que fueron; que la cronología en fin, remonte la historia de nuestro planeta, de transformación en transformación, hasta el momento en que no era más que una tenue nubecilla que flotaba en el éther, la palabra divina queda muy por encima, por no decir que nada tiene que ver con semejantes debates, y si alguna vez se vió envuelta en ellos; fué más bien por la ignorancia, que como á sus agresores, alcanza á los que la defienden.

Al paso que vayamos adelantando en este exámen comparado de los dogmas religiosos y de los asertos científicos, veremos por ambos lados acortarse las distancias sobre el terreno de las verdades adquiridas, y perpetuarse únicamente los conflictos, en lo que son hipótesis y erróneas preocupaciones. Y francamente ¡qué motivos podríamos alejar para sublevarnos con-

tra los resultados de las investigaciones contemporáneas, «nosotros que amamos la ciencia, que la pedimos al cielo y á la tierra y que marchamos en pos de ella con la frente inundada de sudor?..... Por lo que á mi toca, tengo la costumbre de considerar esas conquistas como si á mí mismo me pertenecieran, desde el punto y hora en que me he tomado el trabajo de concederles un lugar en mi espíritu.... Si tengo la dicha de poseer la fé en Dios, busco y encuentro frecuentemente la manera como la nueva verdad se pone de acuerdo con mi fé, y esta ciencia comparada es la fuente de los más brillantes resplandores.» Hé ahí el verdadero espíritu científico, es decir, el de la Iglesia y el de las inteligencias verdaderamente dignas de hablar por ella en esta discusión.

Tenemos, pues, que solo los que no son tan ignorantes en teología como en ciencia, se permiten, en perjuicio del dogma, considerar determinadas opiniones científicas *preferidas* ó *admitidas* por la Iglesia. La Iglesia no acepta la responsabilidad de las exclusiones ni de las simpatías que se le achacan respecto del particular. Apenas si de tres siglos á esta parte, alguno de sus intérpretes ha ensayado falsear su actitud en medio de tales polémicas hoy por hoy ha vuel-

to á su preciosa neutralidad de las primeras edades. Y si se imagina que la nueva concordia propuesta, constituye por su parte una hábil retirada, ó por lo ménos un cambio de frente, fijese la atencion en la voz elocuente y en la elocuente protesta del siglo quinto en apoyo de mis afirmaciones: «En las cosas oscuras, cuando leemos escritos hasta divinos que, sin perjuicio para la fé, pueden engendrar opiniones diversas, no nos precipitemos exclusivamente en favor de ninguna, teniendo en cuenta que si llega á caer la opinion aceptada por nosotros, podemos tambien caer con ella, y que combatiendo de esta modo, no en favor del pensamiento de las divinas escrituras, sino en apoyo del nuestro, trabajamos más bien en poner las escrituras de acuerdo con nuestras ideas, que en hacer que nuestras ideas se conformen con las escrituras.»

Esta latitud de interpretacion practicada por la ciencia sagrada, parece, al par, lógica y justa, cuando se recuerda la legítima *abstencion* que se impone relativamente á la ciencia profana. En efecto, la Biblia, con una autoridad que sólo proviene de los juicios de la Iglesia y del asentimiento de la tradicion, nos enseña todo cuanto se refiere á la fé y á las costumbres; mas

no puede hacer objeto de sus fines la enseñanza de las ciencias físicas. A los escritores sagrados no les fué dada la inspiracion para aumentar el caudal de sus conocimientos ó el de los nuestros en el órden de la naturaleza; por consiguiente, cuando la Escritura habla de los acontecimientos, de los fenómenos y de las leyes de la creacion, lo hace segun las ideas generalmente admitidas, sin precision ni correccion científica, procurando expresarse de manera que pueda ser comprendida. Su tarea se reduce á traducir la revelacion divina, y por lo tanto abandona á las disputas de los hombres el descubrimiento y la fórmula de la revelacion material. «De esta suerte la Sagrada Escritura muestra su carácter divino en el sentido de que toda la ciencia venidera se encerrará dentro de sus límites, y como no se ha anticipado respecto de ninguna cuestion, no hay ciencia alguna especial que pueda decirle: *si tacuisses.*»

Hemos de insistir respecto de este punto: el fin principal que la Biblia se propone consiste en moralizar al hombre, y por consiguiente en enseñarle, respecto de las creencias y del deber secretos que por sí mismo no podría adivinar. Si el hombre hubiese comenzado su educacion por el conocimiento de la naturaleza, acaso, ven-



cido por sus encantos, no habría sabido elevarse á más altas regiones, y por esto Dios comienza por enseñarle las verdades invisibles, para que no las olvide en ningún tiempo, dejando á su libre investigación el cuidado de descubrir las demás. Por este mismo motivo, casi nada de lo que es objeto de la ciencia propiamente dicha, confina con el objeto de la revelacion á fin de que resulte perfectamente demostrado, que la ciencia es la revelacion del hombre completamente distinta de la de Dios.

Esto explica por qué, según Santo Tomás, la Biblia habla de la naturaleza *según la opinión del pueblo*. Esto justifica principalmente la bella observacion de Kepleró. «La Escritura al enseñar verdades sublimes, se sirve, para ser comprendida, de locuciones usuales. Solo incidentalmente trata de los fenómenos de la naturaleza, y, cuando lo hace, emplea las palabras de que se vale el común de los hombres. Nosotros mismos, astrónomos, no cuidamos de perfeccionar el lenguaje al propio tiempo que la ciencia astronómica, pues como el pueblo, decimos: los planetas se detienen, los planetas vuelven, el sol se levanta, el sol se pone, nacen de hácia mitad del cielo, etc., etc. Como el pueblo, expresemos lo que al parecer se realiza ha-

jo nuestros ojos, aunque nada de ello sea verdad. Por consiguiente, y respecto del particular, debemos ser ménos exigentes respecto de la Escritura, puesto que abandonando el lenguaje ordinario para adoptar el de la ciencia, solo lograría confundir á los sencillos fieles, sin alcanzar el fin sublime que se propone.»

«¿pongaoms que un fundador de religion, como Moisés se hubiese hallado en posesion de todos los conocimientos astronómicos y geológicos que forman parte de la ciencia, ¿no le habría resultado mucho más perjudicial que útil, emplear el idioma de Copérnico, de Newton, de Laplace, de Werkes, de L. de Buchon y de sir Carlos Lyell? De seguro durante dos mil años habra sido mal comprendido y peor juzgado, y todo esto nada más que para dar una satisfacion al siglo décimono, puesto que, lo que es el vigésimo, ya no participaría de ella.»

Por consiguiente, cuando la Biblia menciona los dos astros que presiden al día y á la noche, hablando de ellos al parecer cual si fueran los mayores que existen, expresa una mera aparicion no una afirmacion doctrinal. Cuando los Padres discuten para saber si la voz hebrea *Kikajou* expresa un árbol ó un matorral, y si Jons aguardó la ruina de Niuive á la sombra de ese

tróbol ó de ese matorral, la Iglesia prescinde del debate con la más completa indiferencia, por lo mismo que la cuestión es para ella completamente ociosa. Cuando Josué exclama: *Detente Sol en vez de decir: Tierra cesa en tu movimiento de rotación*, la Biblia está tanto más de acuerdo con el sentido común, en cuanto los encargados de las observaciones astronómicas, empleando aun el lenguaje de Josué, señalan todavía la salida y la puesta del sol, y no las evoluciones de la tierra. Finalmente, cuando el hexameron refiere detalladamente el origen de las cosas, contiene indudablemente pasajes que pertenecen á la *substancia de la fé* y que tienen un carácter dogmático ó teológico, por ejemplo, las que se refieren al hecho de la creación; pero, en cambio, ofrece otros pasajes que solo incidentalmente, dice Santo Tomás, tocan á dicha fé, como acontece con el modo y el orden de esta creación.

Por consiguiente, en este caso, la Biblia no parte de una decisión resuelta, sino que se entrega á la curiosidad de los sábios, empleando las imágenes de la naturaleza con el mero propósito de desenvolver verdades sobrenaturales. «De donde resulta que respecto de las cuestiones del dominio de las ciencias físicas, no es

posible más decisión dogmática que la que cabe en las pertenecientes á la gramática y á la medicina, por lo mismo que la Iglesia sólo es intérprete infalible de la santa Escritura, del mismo modo que la unanimidad de los Padres sólo forma regla para la exégesis, en las cosas de fé y de las costumbres.

¡Debemos, pues, acusar á M. Ampère de traspasar los límites de la deducción autorizada, cuando dice: «O Moisés tenía en las ciencias una instrucción tan profunda como la de nuestro siglo, ó estaba inspirado!» Certo que en esta cosmogonía, cuya exactitud, según expresión de Cuvier, se verifica de una manera notable todos los días, brilla el génio sobrenatural del legislador hebreo; cierto que era indispensable un golpe de vista inspirado, sea por una revelación, sea por medio de tradiciones divinas, para poder reconstruir el pasado de manera que pudiese hacer frente á la ciencia de todas las edades siendo así que no existe un solo génesis, excepción hecha de este, que pueda sostener las miradas del buen sentido; mas, aun así, no puede ménos que reconocerse que, en cuanto se refiere á los detalles extra-dogmáticos, el hexameron dista mucho de poder ser considerado como el manual infalible de la ciencia. Pronto se equi-

ria en cara á Moisés el no haber inventado la teoría de la electricidad ó de los pozos artesianos. En suma, por más que la exegesis sea inflexible en cuanto se refiere á la guarda de las verdades reveladas, es completamente tolerante respecto de su hermana encargada de interpretar el libro de la naturaleza, con tal que esta le guarda los respetos y consideraciones que á ella merece. Planteada y á un resuelta en estos términos la cuestión de atribuciones recíprocas, cuántas dificultades desaparecerían, y qué inmensa fecundidad podría resultar de su unión!

Lata en sus interpretaciones y en sus abstenciones, no se muestra más exigente la ciencia sagrada en sus prescripciones; porque, ¿á que se reduce en último resultado la parte dogmática del primer capítulo del Génesis? A cuatro enseñanzas que dejará justificadas la continuación de estos estudios, mojonos tan necesarios en medio de la noche profunda del principio de las cosas, que sin ellos el espíritu naufraga en un caos de contradicción y absurdos.

La primera de las verdades de esta historia primitiva, consiste en que Dios es el Creador del mundo y de todo cuanto abarca. Mares y continentes, astros que pueblan al cielo, vege-

tales que cubren la tierra, animales que nadan en las aguas, que hienden los aires con sus alas, que moran sobre el suelo, finalmente, el hombre que vino en pos de todos, como un rey precedido de un cortejo soleado; nada queda olvidado en esta enumeración sublime, y nada hasta ahora ha logrado destruir ni la divina autenticidad de la narración, ni los prodigios que refiere. ¿Qué valen todas las variantes de la negación científica contra este dogma fundamental? Más tarde lo veremos; dejemos ahora consignado que, respecto del particular, la fé protesta y no transige, sin perjuicio de dar sus explicaciones.

Una segunda verdad resulta de la creación y del arreglo del mundo, y es que concluida la obra, vió su supremo arquitecto *que era buena*. El pesimismo materialista de los tiempos modernos jamás logrará lo contrario. Ya sabemos que la ley de la libertad humana supone en la tierra la mezcla del bien y del mal en el orden moral, y una ley de justicia, á aquella correspondiente, supone la mezcla del bien y del mal bajo la dirección física, mas la resultante de estas fuerzas opuestas constituye una bellísima armonía, tan bella que, físicamente, será la eterna admiración de los contempladores del mundo, y, moralment

te. el espectáculo de todas las almas enamoradas de los combates de la virtud. Pero lo que á mí toca, si tuviera la desgracia de contarme entre los blasfemos de las causas finales, considerando solamente que la duracion del día no ha disminuido un ápice desde el tiempo de la escuela griega de Alejandría, y que este reloj inmenso que se llama universo, no ha necesitado compostura ni reparacion, caería postrado á los pies de su Autor, y convendría en que lo hecho por él es bueno.

Otra verdad que parece destinada especialmente á vengar á nuestra especie de los afrentosos orígenes que hoy día se le han atribuido, es la que consigna que cuanto ha sido creado es para el uso del hombre. Fijese el lector, probablemente afligido, viendo la nobleza de nuestra sangre insultada por las nuevas teorías; fijese, repetimos, en la siguiente, bellísima refutación de todos los darwinismos, refutación que, al par constituye nuestro título de reyes de la creación, firmado por la mano de la divinidad. Y dijo Dios: «Hagamos el hombre á nuestra imagen y semejanza, y que reine sobre los peces del mar, y sobre las aves del cielo, y sobre las bestias, y sobre la tierra, y sobre los reptiles que sobre la tierra se arrastran. Dios creó, pues, el hombre

á su imagen, creó á imagen de Dios, y macho y hembra los creó, y los bendijo y les dijo: Creced y multiplicaos, llenad la tierra y sujetadla, dominad sobre los peces del mar, y sobre las aves del cielo, y sobre todos los animales que se mueven sobre la tierra. Y dijo tambien: Os doy todas las yerbas que hacen grano sobre la tierra, y todos los árboles que dan frutos y en cierran en sí mismos su simiente, cada uno según su especie, á fin de que os sirvan de alimento, y á todos los animales de la tierra, á todas las aves del cielo, y á todo lo que se mueve sobre la tierra y que está vivo y animado, doy la verdura de las yerbas á fin de que tengan de que alimentarse (1).»

Adán, Eva, las lágrimas de alegría que vieron al abrazaros, me garantizan que sois los verdaderos padres del género humano: en cambio, el horror y repulsion que me inspiran los animales que se me dan como progenitores, constituyen el grito de la naturaleza contra tu abyecta invencion.

Finalmente, cuando se estableció que todo es para uso del hombre, fué preciso disponer tam-

bien que el hombre pertenece á Dios, de donde resulta la cuarta de las verdades promulgadas por el hexamerón. «Trabajareis durante seis dias; pero el séptimo es el sábado y el reposo consagrado al Señor, porque el Señor hizo en seis dias el cielo y la tierra, y el séptimo descansó (1).»

De manera, que el precepto del Sábado, ó del culto público respecto de la divinidad, se remonta á los primeros dias del mundo: precede á las prescripciones del Sinaí; resulta, no solo de la voluntad, sino también de los primeros preceptos de Dios manifestados á la humanidad. De manera, que toda la legislación que ataca el Domingo, atenta contra una de las leyes de la creación, y sucumbirá bajo el imperio de esta ley que se impone con la autoridad ineludible de la necesidad.

Tal es el contenido dogmático de esta primera página de los anales humanos. Del paralelismo establecido entre la semana divina de la creación, y nuestra semana, háse pretendido deducir la proporción exacta de los períodos genealógicos, infiriéndose que, puesto que nuestros dias son únicamente de veinticuatro horas,

1 Gen 1.

no debian ser más largos los de la semana hexaméica. Más tarde veremos detalladamente lo que debe pensarse de semejante objecion: entre tanto juzgamos conveniente dejar consignado que San Agustin, anticipándose á la ciencia decia hace mil cuatrocientos años: «Los tres primeros dias no podian ser como los nuestros, puesto que el sol no estaba aún en relacion con la tierra para regularlos.»

Tomáos, pues, cuanto tiempo, y cuanta amplitud hayáis menester para sentar los sillares del mundo, segun el plan que hayáis imaginado del mismo: con tal que permanezcáis encerrados dentro del cuadro de las cuatro verdades que dejamos consignadas, no traspasareis los límites de la fé. De dónde resulta, que la ciencia puede desplegar osadamente sus anchurosas velas: esos dogmas, más bien que barreras donde corra á estrellarse, serán faros luminosos que la alumbrarán en su camino. Pero falta ahora averiguar qué es lo que pondrá por su parte, para que pueda llevarse á cumplido término la conciliacion.

## II.

La inteligencia entre la ciencia y la fé sólo puede mantenerse por medio de recíprocas concesiones: si aquella retrocede al paso que avanza, el momento del encuentro será siempre imposible. Es indispensable pues que la ciencia se muestre liberal á su vez, so pena de no llegar jamás á perfecta inteligencia; y en nuestro concepto no tendrá dificultad en ello, si se hace cargo de tres consideraciones capaces de mantenerla en el lugar que le corresponde: sus límites, sus inconvenientes, sus contradictores.

La ciencia actual no comete solamente el error de fijarse límites arbitrarios, sino el de traspasarlos, con todo y haber reconocido que carece de derecho para ello. De manera que si mantiene encendida la guerra, es merced á una violación de fronteras, bastante con que se encerra en sus tiendas, para que reapareciera la paz. No empiece pues por decretar el conocimiento intuitivo y la creencia constitutiva de

los estados de la inteligencia completamente extracientíficos, puesto que, procediendo así, se reserva para su uso exclusivo el monopolio de la autoridad racional. En vano pretende suponer que se circunscribe diciendo: "Mi dominio consiste en el estudio de las fuerzas que pertenecen á la materia, y en el de las condiciones ó leyes que rigen estas fuerzas (1)." Ses estúdios sobre la materia son una negación más ó menos explícita del espíritu. En vano dice un día que permanece agena á las cuestiones metafísicas y religiosas; puesto que al siguiente proclama que "la religiosidad le parece una flaqueza y una confesión de impotencia (2)." En vano precinde por la mañana de los problemas del destino humano, de las causas primeras y finales como extrañas á su esfera de acción, ó invisibles desde su horizonte, puesto que por la tarde manifiesta que no se ocupa en ellos porque son "vaciedades desprovistas de sentido (3)." U

Por consiguiente si la ciencia se revuelve contra la fé, es porque se sale de su terreno, para

1 Aug. Copmp. Phil. Poetly.

2 Idem.

3 Der Material. P. 52.

colocarse en el que á la fé corresponde, y así como ciertos teólogos de los últimos siglos pretendían encadenar la ciencia, valiéndose para ello de algunos textos de la Escritura mal comprendidos, está al presente quisiera someter la fé á las formas de una autoridad con frecuencia convencional. Sin embargo, dice Schleiden, la primera regla que deben observar las ciencias exactas, consiste en no ocuparse en lo que no corresponde ni entra en el círculo de sus atribuciones, ni para afirmarlas, ni para negarlas. El alma, la libertad y Dios, no pertenecen al dominio de las observaciones físicas. ¿Cómo es posible pues que hable de ellas el naturalista? Que afirme ó niegue tales verdades es igualmente inconsecuente; pero si como hombre y no como naturalista, llega á ocuparse en tales verdades, acuérdesese de la segunda regla de las ciencias, que consiste en no pronunciar jamás un juicio sobre una cosa, sin conocerla á fondo. Para juzgar una verdad astronómica, es indispensable haber profundizado la astronomía; como es necesario conocer perfectamente la química, para resolver una cuestión química. Pues de la propia suerte para pronunciar un juicio en materia filosófica, es indispensable haber estudiado profundamente la filosofía, si no quiere caer en

tal ridículo. ¡Cuántas veces el especialismo contemporáneo ha caído en tal ridículo, y más tarde ha blasfemado por haberse cubierto de él!

Los percances ó inconvenientes que la ciencia experimenta, deberían ser motivo para que moderara el atrevimiento de sus afirmaciones. La Iglesia que puede justificarse con su infalibilidad, puede habérselas con el espíritu humano, por lo mismo que con justo título pone de manifiesto las faltas en que incurre; mas la ciencia que jamás es perfecta y que continuamente se hace y se rehace, no tiene derecho en manera alguna para lanzar contra la fé, anatemas de los cuales frecuentemente se ha de retractar. No hay para qué empecemos de nuevo la interminable lista de sus mistificaciones. En estricta justicia debemos dejarla que se conteste á sí misma antes de contestarle nosotros. Sus sistemas se destruyen tan infaliblemente los unos á los otros cada diez ó veinte años, que podríamos muy bien decirle: Para ocuparnos de tí esperamos á que cuentes mayor número de años de duración; apresurándonos demasiado corremos el riesgo de atacar cuando hayas ya desaparecido; una verdad tan antigua como la nuestra, tiene por lo ménos el derecho de exigir para atacar á que cuentes con un mañana; ¿porqué to-

marse el trabajo de derribar lo que ha de derumbarse sin el menor esfuerzo?

Si nada hay que refute tan bien el error como el mismo error. Acuérdomos perfectamente de la época en que los sabios se burlaban del período neptuniano: la tierra cubierta por las aguas les parecía una imaginación descabellada. Si se les ponían de manifiesto los restos marítimos encontrados encima de las montañas más elevadas, contestaban con Voltaire: son conchas de los peregrinos que han ido á Roma ó á Jerusalem. Pasado algún tiempo reapareció la moda científica de los diluvios: los cataclismos producidos por el agua y el fuego han constituido la solución casi maquiaval de los sistemas geológicos, y los mismos incrédulos que apenas admitían la existencia del agua en los ríos del mundo saliendo de los caños, la ponen á cada instante hasta por encima de las más elevadas cordilleras. Hubo un tiempo en que la ciencia rechazaba la existencia del hombre antes del diluvio de Noé, hoy pretende que el hombre ha aparecido sobre la tierra hace miles y tal vez millones de años. La verdadera geognosia dice Humbolt, es cierta; pero cuanto se refiere al estado primitivo de nuestro planeta, es tan cierto como la materia de que está formada la atmósfera

de las estrellas (1). Sin embargo, esto no ha impedido que algunos geólogos imaginaran un pasado de la tierra tan lleno de fábulas como las épocas más maravillosas de la antigüedad.

«De la propia suerte en materia científica una probabilidad resulta desahucada por otra. El progreso de una generación constituye á los ojos de la siguiente una superstición ridícula, y para cada hecho incontrovertible existen mil creencias sujetas á cambio y modificaciones. Y es que sólo poseemos fragmentos incómplos de la crónica del mundo escrita bajo las capas de la tierra. Es sensible que se haya parecido con harta frecuencia. Sabios hay que parecidos á tiernos jumentillos, se sienten inclinados á retozar en el campo de la investigación, sin tener en cuenta los fosos y empalizadas que señalan los límites de sus investigaciones, ni preocuparse poco ni mucho de lo imperfecto de los datos que poseen (2),» mas no transcurre mucho tiempo sin que sus caídas y tropezones les adviertan de que no siempre corriendo se avanza.



za, especialmente si la carrera de mañana consiste en volver sobre el camino de la víspera.

Por último, además de sus límites y de los perances que experimenta, debe recordar la ciencia á sus *contradictores*, con lo cual contará más y más con la *fé*. Y al expresarnos en estos términos, nos referimos á los que contradicen su incredulidad, con pertenecer al número de los sabios. Por su número y por su valer, constituyen un falanje poderosa, que pueden hacer frente á los que forman en el campo opuesto, no obstante todos los intereses de amor propio y de independencia que naturalmente deben reforzarlo. Cuando se leen las páginas escritas por un Cirilo Vogt, un Moleschot, un Buchner encuéntrase en el blasfemo algo de aire triunfal, que parece anunciar en toda la línea la derrota de la verdad y la destrucción de sus mantenedores; mas en cuanto se domina la cuestión y se conocen los combatientes empeñados en la lucha, no se sabe que es lo que debe causar más sorpresa entre la ceguera y la presunción de la ciencia voltariana. Ruego al lector que no se halla al corriente de los hombres ni de los libros, y que frecuentemente se siente más impresionado por el renombre de aquellos que por el valor de sus obras, se sirva recorrer la siguiente compendie-

la lista de los campeones del saber ortodoxo.

El divorcio entre la ciencia y la fé es de fecha muy reciente. Hasta el siglo décimo octavo, los sabios propiamente dichos, eran talentos universales. La inteligencia humana marchaba entonces apoyada siempre en la metafísica, la psicología y el estudio de la naturaleza, y esos diferentes focos de luz, concentrados en una sola frente, formaban génius completos, en los cuales el saber más profundo se armonizaba con la religión más sincera: Pascal y Galileo, Descartes y Leibnitz, eran la expresión y el producto de esa asociación fecunda, no obstante y no ser los primeros representantes de la mismas.

Ya el siglo décimo tercio nos ofrece en Bacon al naturalista más ilusre, al par que al cristiano más fiel de la edad media: su homónimo Francisco Bacon, en el siglo décimo sexto, escribió el famoso axioma respecto de las ciencias de la naturaleza, «poca filosofía inclina al ateísmo, mucha filosofía conduce á la religión (1).» Los tres padres de la astronomía moderna, Copérnico, Newton y Keplero, fueron creyentes

1 Diction des sciences theol.

hasta la más tierna piedad: Copérnico dedicó al Papa Paulo III su sistema astronómico; Isaac Newton comenta la Biblia descubriendo el camino y las leyes del movimiento planetario; Kepler concluye su magna obra con un acto de fides, verdaderamente extático, al Señor de los cielos que acaba describir. Finalmente, Eulero se expresaba en los siguientes términos, relativamente a la Biblia:

«Por lo que respecta a las dificultades y aparentes contradicciones que encuentran los espíritus descreídos, debe tenerse en cuenta que no existe ciencia alguna, por más que esté sólidamente fundada, respecto de la cual no puedan dirigirse objeciones más ó ménos especiosas, encontrándose del propio modo contradicciones aparentes de tanto bulto, que á primera vista podrían considerarse insolubles. Sin embargo, aun cuando pudiera demostrarse, no por bien, ¡por qué razón habian de influir en quitar autoridad á la Santa Escritura reparos á esos parecidos! La geometría se considera como una ciencia en la cual nada se supone, que no pueda ser reducido de la manera más distinta, de los primeros principios de nuestros conocimientos. Y sin embargo, se han encontrado gentes que pasaban mucho de meras medianías, que han propuesto

contra ella razonamientos tan capciosos que, para refutarlos, ha sido menester no escasa penetración: á pesar de esto, la geometría nada ha perdido de su valer, y lo mismo acontecería aun cuando no se bastara á sí misma para destruir completamente las dificultades. ¿Con qué derecho, pues, los espíritus descreídos, pretenden que debe rechazarse la Sagrada Escritura á consecuencia de algunos estorbos que, por punto general, no tienen con mucho la importancia de aquellos á que se halla expuesta la geometría (1)?

Mas, llega el siglo décimo octavo, y se separan las diferentes ramas del saber humano. La filosofía y la literatura continúan siendo patrimonio de los talentos superiores, la ciencia se transforma en una manipulación ó en un interrogatorio hábil de la materia, y á fuerza de contemplar la tierra, olvida elevar la mirada al cielo. Con todo, no vaya á creerse que aun en este cultivo normal de ciertas aptitudes intelectuales, en detrimento de las otras, la ciencia se encuentra siempre y en todas partes inclinada á las conclusiones ateístas: tenemos, si así puede de-

1. Demostracion Geométrica, Blaque t. 21.

cirse, ante nuestros ojos, una prueba elocuentísima.

En Alemania, por ejemplo, en ese país de las negaciones radicales, ¿se presume, por ventura, que merezca unanimidad de los sufragios la exégesis materialista? Pues muy lejos, de ello: Enrique Steffens, H. V. Schubert, Carlos V. Rau-mer, Joh. V. Fuchs, Andres y Rodolfo Wagner, Federica Pfaf, J. Madler, Joh. Müller, J. Hyrtl, Gustavo Bischof, Hermann, V. Meyer, Carlos V. Leonhard, Federico Augusto Quensted, K. E. V. Bar y otros muchos, demuestran por medio de sus trabajos, que el respeto á la fé en los grandes espíritus, puede marchar, de consuno, con la ciencia de primer orden.

Y en Francia, donde las escuelas y los periodiquillos hanse convertido en instrumentos de propaganda impia, ¿se presume acaso que la ciencia se haya pasado con armas y bagajes al campo de la legacion? Por la vez centésima podria dejar aquí consignados los nombres de Cuvier, Alejandro Brongniart, Deluc, Binet, Biot, Ampere, Augusto Cauchy, de Quatrefages, Marced de Serres, de Blainville, Elias de Beaumont, etc. para contestar á aquellos que consideran la fé como patrimonio de gentes atrasadas, y la negacion como el estandarte bajo el qual militan

los iniciados en la naturaleza y en los misterios de lo porvenir.

Y en Inglaterra, que es la patria de Darwin y de sir Carlos Lyell, ¿habríase abandonado la Biblia por los nuevos génesis de la historia natural? De ningun modo; además del célebre Chalmers, cuenta con un gran número de sabios ingleses ó americanos favorables á la revelacion. Buckland, Wewel, Sedgwick, Fleming, Hugo Miller, Juan Macculloch, Davy, Owen, etc., etc., son de ello prueba manifiesta. Y todavía á estas autoridades de primer orden podemos añadir notabilidades distinguidas, tales como Conybeare y Hitchcock, James Richard, sir O'Brewster, Jamesson, Silliman, Eduardo Turner, y nos seria fácil comprender la imágen de Claudius, representando la naturaleza como un inmenso altar, ante el cual hincan la rodilla los grandes de la tierra, y las tropas ligeras del mundo sabio pasan con el sombrero calado.

Admitamos, sin embargo, que confundidos con esas tropas ligeras, marchen tambien algunos espíritus graves: en tal caso, podremos decir que son hostiles á la religion, ménos que por su profundo saber, por especial predisposicion de su naturaleza. Acaso, nada lo prueba mejor que un incidente acaecido en Inglaterra á fines

de 1864. Un hombre desconocido en el mundo científico, remitió á otros muchos, muy distinguidos, suplicándoles que estamparan su firma al pié, una declaración en la cual se expresaba que no es posible, en manera alguna, la contradicción entre las revelaciones de la naturaleza y las de la Sagrada Escritura. ¡Cosa apenas creíble! Mas de doscientos sábios, entre los cuales se contaban verdaderas eminencias, firmaron espontáneamente dicha declaración; y si rehusaron hacer lo propio Jhon Herschell y algunos otros, fué con la declaración expresa de que admitían y suscribían sin restriccion alguna toda la tesis de la declaración; añadiendo que no lo afirmaban, temerosos de que en su adhesion, se viera una sombra de protestas contra colegas suyos de verdadero mérito. Esas doscientas firmas recogidas en un solo país, por un sólo hombre, sin suterdad alguna, y en condiciones tan poco favorables, demuestran que la ciencia podría vivir en muy buena inteligencia con la fé, con tal que los sábios no crearan obstáculos á ello; mas la separan para reinar, en tanto que como obrasen impulsados por el deseo de conciliar, podrían conducir á buen término la aproximacion más honrosa para ambos partidos y la más útil para la paz de las inteligencias.

## CAPITULO VI

ENUMERACION DE LAS CIENCIAS CUYO  
CULTIVO EXCLUSIVO PREDISPONE A LA INCREDULIDAD,

Dejamos señaladas las tendencias que, bajo un punto de vista general, relativamente á la religion, distinguen y caracterizan el movimiento científico contemporáneo. ¿Cuáles son las ciencias más fecundas en objeciones ó influencias antireligiosas? La contestacion á esta pregunta va contenida en el presente capítulo.

¿Como se explica que el espectáculo de la naturaleza, del cual dijo el gran Buffon que «es el trono exterior de la divina magnificencia» pue-

de 1864. Un hombre desconocido en el mundo científico, remitió á otros muchos, muy distinguidos, suplicándoles que estamparan su firma al pié, una declaracion en la cual se expresaba que no es posible, en manera alguna, la contradiccion entre las revelaciones de la naturaleza y las de la Sagrada Escritura. ¡Cosa apénas creíble! Mas de doscientos sábios, entre los cuales se contaban verdaderas eminencias, firmaron espontáneamente dicha declaracion; y si rehusaron hacer lo propio Jhon Herschell y algunos otros, fué con la declaracion expresa de que admitian y suscribian sin restriccion alguna toda la tesis de la declaracion; añadiendo que no lo afirmaban, temerosos de que en su adhesion, se viera una sombra de protestas contra colegas suyos de verdadero mérito. Esas doscientas firmas recogidas en un solo país, por un sólo hombre, sin sutileza alguna, y en condiciones tan poco favorables, demuestran que la ciencia podría vivir en muy buena inteligencia con la fé, con tal que los sábios no crearan obstáculos á ello; mas la separan para reinar, en tanto que como obrasen impulsados por el deseo de conciliar, podrían conducir á buen término la aproximacion más honrosa para ambos partidos y la más útil para la paz de las inteligencias.

## CAPITULO VI

ENUMERACION DE LAS CIENCIAS CUYO  
CULTIVO EXCLUSIVO PREDISPONE A LA INCREDULIDAD,

Dejamos señaladas las tendencias que, bajo un punto de vista general, relativamente á la religion, distinguen y caracterizan el movimiento científico contemporáneo. ¿Cuáles son las ciencias más fecundas en objeciones ó influencias antireligiosas? La contestacion á esta pregunta va contenida en el presente capítulo.

¿Como se explica que el espectáculo de la naturaleza, del cual dijo el gran Buffon que «es el trono exterior de la divina magnificencia» pue-

da llegar á pervertir determinadas inteligencias? En otra parte hemos dado cuenta de esta anomalía. El comercio asiduo con la naturaleza es peligroso, porque á veces se superpone en los espíritus que lo ejercitan, al culto debido á Dios. En tanto se le considera como mero efecto, pro- voca las adoraciones de la humanidad; pero en el momento en que se impone como causa á la lijereza ó á la indiferencia de la razon, conviértese en motivo indirecto de torpes blasfemias. De aquí una negacion inmensa que resume todas las conclusiones anticristianas de la ciencia contemporánea, y que se formula en los siguientes términos por demás conocidos: "nada existe superior á la naturaleza ni fuera de ella," que constituyen el primer error en que deberemos ocuparnos, y que podría ser definido la objecion del naturalismo científico. El naturalismo filosófico, que dejamos ya juzgado (1), rechaza todo efecto superior á la naturaleza en el mundo creado, ó sea la revelacion: el naturalismo científico niega toda causa distinta de la naturaleza y por tanto el dógma de la creacion.

Descendiendo de la causa primera á sus obras

—

I. T. I., cap. 6.º Realidad de lo sobre-natural.

y á la cosmología particular, es decir, á cuanto concierne á la ciencia del mundo, nos encontramos metidos dentro de un vasto campo de batalla en el cual la incredulidad convierte en armas todas las obras de Dios, para esgrimir las en contra de la divinidad.

Vemos en primer lugar el estudio del universo, aplicado especialmente al génesis del globo, que abarca la forma exterior de la tierra, la naturaleza de sus materiales, y la manera como se hallan dispuestos: y esta ciencia ha producido contra la fé la objecion de los geólogos.

Viene despues el estudio del universo, aplicado á todos los mundos que no son el nuestro, es decir, al espacio sideral, y esta ciencia que trata de los astros, de su número, de sus movimientos, de su historia, ha inspirado otra série de oposiciones á los dógmas religiosos: la de los astrónomos.

En cuanto la ciencia se ha dado cuenta de la formacion de la materia inorgánica, apoderándose de su atención los fenómenos del reino orgánico, y despues de haberse preguntado la manera cómo nacieron los mundos, hállase conducida á examinar el modo como nació la vida en el seno de dichos mundos. A esta pregunta la verdad religiosa contesta: no hay más que un

modo de generacion, y esta, directa ó indirectamente procede de Dios; mas la incredulidad responde por su parte: existe una generacion incesante y espontánea, resultante de la energía latente y ciega de la creacion: y de aquí la objecion sacada de la biología ó de la heterogenia materialista.

Después de haber determinado el nacimiento de la materia y el de la vida, resta averiguar el orden como la vida se ha producido en la tierra. Los restos de plantas y animales fósiles que yacen bajo el suelo actual, ¡hállanse superpuestos en un orden conforme á la cosmogonía mosaica, ó son restos de muchos mundos antiguos, completamente independientes de la obra de los seis días? Las dudas suscitadas por los numerosos problemas del periodo ante histórico constituyen la objecion deducida de la paleontología.

Cuando la ciencia que trata del mundo ha logrado establecer sus bases, preséntase al espíritu la que se refiere al hombre, que fué llamado por los Padres de la Iglesia un mundo grande dentro de otro pequeño. La antropología no es ménos fecunda en misterios que la cosmología. En primer lugar; ¿Es cierto que la humanidad sea resultado del perfeccionamiento de alguna especie inferior, no de una creacion espe-

cial, y que por consiguiente sea el mono, ó uno de sus colaterales, el verdadero padre del género humano? De aquí la objecion de la antropología transformista.

Suponiendo que el hombre haya sido objeto de una creacion distinta y privilegiada, ¿es cierto que haya sido constituido en un estado anatómico, intelectual y moral capaz de *diferenciarle esencialmente* del reino animal? De aquí la objecion de la antropología materialista.

¿Es cierto que la humanidad entera proceda de una sola pareja primitiva, ó bien ha brotado al par en diferentes puntos de la superficie terrestre y se divide en muchas familias que no están enlazadas por vínculo alguno de parentesco? De aquí la objecion de la antropología poligenista.

Finalmente, ¿es cierto que los restos humanos ó los fragmentos de la industria humana hallados en las cavernas, los depósitos de huesos y las capas sedimentarias del mundo primitivo, hacen remontar el nacimiento del hombre á una antigüedad incompatible con los cómputos bíblicos? De aquí la objecion de la antropología prehistórica.

Cuando la Religion ha contestado á todas las cuestiones de la antropología física, propónela

las suyas la antropología moral: no basta confiar las condiciones y la época en que nació el hombre; es preciso averiguar cuál es su naturaleza; si el principio que anima su cuerpo es un resultado, como manifestación de las propiedades de la materia, ó bien es una substancia distinta, que por su presencia imprime movimiento á los órganos y regula sus funciones. Los filósofos espiritualistas sostienen la afirmativa, los positivistas y orgánicos la negativa. De aquí la objeción deducida de la fisiología cerebral.

Esclarecidos el origen y la constitución del mundo, y el origen y la constitución del hombre, y justificadas en consecuencia las tradiciones cristianas sobre su punto fundamental, ábrese á las miradas de la ciencia un nuevo manantial de objeciones; me refiero al hombre considerado no aisladamente sino en aglomeraciones sociales. Por esto el primer orden de conocimientos á que acuden los sabios especialistas para proveerse de armas contra nosotros, es la cosmología; el segundo la antropología; el tercero la etnología ó la etnografía es decir, la ciencia que trata de las costumbres, de los usos y de las emigraciones de los pueblos primitivos.

Acaso podría simplificarse más esta división

general, diciendo que de todas las objeciones que se nos oponen, las unas son producto de la historia natural, las otras provienen de la historia de las naciones. Sea lo que se quiera del orden teórico á que se dé preferencia, buscaremos por medio de esta clasificación si la etnología desmiente realmente á la religión, con lo cual se ofrecerá á nuestra consideración una nueva serie de cuestiones que resolver.

¡El mundo histórico ó postdiluviano, data de la época indicada en nuestros libros sagrados, ó debe creerse lo que consignán los anales inmemoriales de la China, de la India y del Egipto. La solución de este problema contiene la respuesta á las objeciones de los cronologistas.

¡Puede deducirse del estudio comparado de las lenguas que dimanen de un tronco común, y que por consiguiente la unidad de la familia en el arca de Noé la confusión de Babel y la dispersión subsiguiente acañten perfectamente establecidas? Esta tesis responde á las dudas de los filólogos.

Finalmente la literatura y los monumentos sagrados y profanos del Oriente, que fué nuestra cuna, confirman de una manera incontestable las tradiciones bíblicas sobre el pasado de la humanidad. Utilísimo por demás es detener-



trarlo, para responder á las alegaciones de los arqueólogos hostiles y principalmente á los que viven designados bajo el nombre de orientalistas.

¡Qué inmenso campo acabamos de diseñar! No tenemos en manera alguna la pretension de examinarlo detenidamente: bastará á nuestro propósito con recorrerlo, para demostrar que la religion encuentra do quiera en él pruebas fehacientes que la fortalecen, ó por lo ménos que en ninguna parte halla certezas que la contradigan. Cierta que á veces aparecen problemas al parecer opuestos á sus enseñanzas; pero en rigor no son más que apariencias inexplicadas y de ningún modo realidades inexplicables: lleve á cabo la ciencia una nueva revolucion, y como la tierra, girando sobre sí misma, siempre encontrará al sol.

De donde resulta, vuelvo á decir, que el hombre duda, no porque sea sabio, sino á pesar de serlo, y la prueba la tenemos en que muchas veces deja de dudar en cuanto ha aumentado su saber. ¡Cuántas verdades hay derribadas en nombre de la ciencia de) siglo precedente, han sido restablecidas por la ciencia mejor informada del siglo actual! Hay pues distraccion ó falta de experiencia en achacar á la ciencia la incredulidad

de quien la cultiva: este es hombre y en este concepto capaz de cuantos errores puede producir la influencia de la pasion, de las flaquezas del espíritu, y de los estudios demasiado exclusivos; y como su saber le proporciona argumentos en apoyo de sus negaciones, se cree que el saber es la verdadera causa, cuando en realidad no es más que el pretexto.

Cuando se considera la séria innumerable de asertos históricos, dogmáticos y morales de que se ha hecho responsable á la religion, y al propio tiempo se fija la atencion en que el género humano hace largos años trabaja en balde en cojerla en un renuncio, no cabe más recurso que convenir en que ha de valer mucho una autoridad que no obstante los medios contra ella empleados, no ha podido ser jamás confundida. Se niega á Dios á consecuencia de ciertas veleidades científicas que no le son favorables; ¿por qué no mirar con más desconfianza, ó con ménos confianza ciertas novedades que carecen de pruebas, que á Dios, que tan patentes no las tiene dadas de su omnipotencia?

«Muchas veces has straido vuestras miradas y es objeto de vuestra admiracion, dice un apo-

logista célebre, esas exquisitas pinturas que cubren los techos de las habitaciones de los Borgias en el Vaticano; y en las cuales se hallan representadas las ciencias enseñando separadamente: cada una de ellas está sentada en un trono, con los rasgos y el continente de la más noble y más singular belleza, pareciendo reivindicar el homenaje de todos aquellos cuyas miradas atrae. Juzguese pues, cual habria sido la concepcion del pintor y hasta qué punto se habria elevado su sublimidad de expresion, si hubiese tratado de representar la más noble de todas, nuestra religion divina, sentada sobre un trono, para recibir el homenaje y las adoraciones de todas las demás que son súbditas suyas (1)."

Tal es la idea cuyo ensayo nos proponemos bosquejar. Sólo lamentamos que la obra sea desproporcionada á nuestras fuerzas de obrero; pero, acaso, esta debilidad al propio tiempo que nuestra desventaja nos proporcionará nuevos medios; puesto que Dios conceda un especial apoyo á los defensores de su verdad, que no

1 Cardenal Wiseman. *Relaciones entre la ciencia y la religión*, Conclusion.

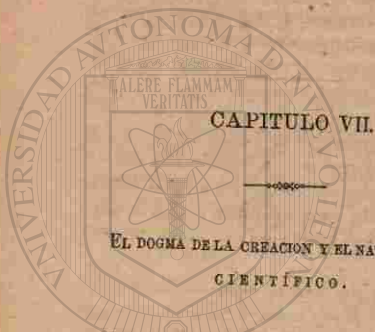
tiene motivos suficientes para contar consigo mismos. Empiezo pues diciendo con S. Pablo: *Cum infirmior, tunc potens sum.*

JANIL

NOMÁ DE NUEVO LEÓN

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## CAPITULO VII.

### EL DOGMA DE LA CREACION Y EL NATURALISMO. CIENTIFICO.

Existe un naturalismo espiritualista que no admite la revelacion, que consiste en negar los efectos que son superiores á la naturaleza ó se hallan fuera de ella; existe igualmente un naturalismo materialista que consiste en negar toda causa superior á la naturaleza. En la primera parte hemos refutado el primero; vamos ahora á ocuparnos en el segundo. Lo sobrenatural que debia justificarse ante el naturalismo filosófico, era el milagro bajo su triple aspecto físico,

intelectual y moral: lo sobrenatural que debemos sacar triunfante en presencia del naturalismo, pretendidamente científico, es Dios, que no se ha llamado el primero de los milagros, por la razon sencillísima de que no se halla contenido en la naturaleza. Dè aquí que no conozca fórmula alguna más radicalmente opuesta al axioma: *nada superior, nada fuera de la naturaleza*, que el siguiente: existe un Dios *distinto y creador de la naturaleza*. Demostrar esta verdad, vale tanto como destruir completamente el naturalismo que combatimos: error múltiple y monstruoso, que admirándose únicamente del mundo sensible, sin elevarse hasta su autor, se cambia en una divinizacion universal sin Dios, y en una idolatría sin adoracion.

¿De qué manera comenzó el mundo? La verdadera ciencia no puede ignorarlo, porque la concepcion que del mundo y de su origen tiene formada, determina lógicamente sus creencias y sus deberes. «Segun sea el concepto que se tiene del mundo, así se regulan los espíritus, se forman las costumbres y se agrupan las instituciones.» Tales son los términos en que se expresa M. Littré. Diríase en vista de semejante declaracion, que la escuela positivista se ha colocado en situacion propicia para darnos cuenta

de su hexamerón: mas la verdad es que en lugar de cumplir semejante compromiso, continúa expresándose en estos términos; «Nada sabemos relativamente á la causa del universo y á la de los habitantes que contiene: cuanto se cuenta ó imagina, no pasa de ser idea, conjetura, ú manera de ver. La filosofía positivista no se ocupa ni de los comienzos del universo, dado que el universo haya tenido comienzo, ni de lo que acontece á los seres vivientes, plantas, animales, hombres, despues de su muerte, es decir, de la consumación de los siglos, dado que haya consumación de los siglos, puesto que cada cual es libre de pensar de todo esto lo que mejor le parezca. No existe obstáculo alguno que impida á nadie el que fantasee á medida de su antojo respecto de ese pasado y semejante porvenir. (1)»

En verdad que si los espíritus se regulan, y se forman las costumbres y se agrupan las instituciones, segun la concepcion que se tiene del mundo, es esta una singular manera de regular los espíritus y formar las costumbres y agrupar las inatituciones. Y sin embargo no es este áun

el mayor de los crímenes del naturalismo contemporáneo, puesto que despues de haber confesado que nada sabe del pasado ni de lo porvenir del mundo, afirma contradictoriamente que todo sér sobrenatural, creador y ordenador de las cosas, no es más que mera ficcion, y que las lyees naturales, en vez de ser voluntades providenciales, son propiedades inmanentes de la naturaleza, lo que vale tanto como decir que, dado que existiese Dios, solo la naturaleza lo sería.

El materialismo alemán haciendo coro á las escuelas francesas, afirma por su parte, que no existe fuerza sin materia, ni materia sin fuerza: es decir, la eternidad de las fuerzas y de la materia, y el infinito de esta. Añádase á estas negaciones radicales la del eclecticismo que enseña con Leucipo, Epicureo, Lucrecio, Bayle y Spinosa, que de la nada, nada se produce, en términos que la creación es imposible porque en, cierra una contradicción absoluta (1) y se vendrá en que si el génesis verdadero se halla precedido de un caos material, el génesis del error es un caos intelectual sobre el cual no ha brillado áun la luz del sol.

«En cambio ¡cuánto tienen de luminosas y decisivas las palabras sagradas! *Al principio creó Dios el cielo y la tierra.* De ellas resulta que la materia no forma parte de Dios, como preaumen los panteístas: que tiene su origen, que es el mismo que el del tiempo, porque el tiempo es la duración de la materia, como la eternidad es la duración de Dios: y que la materia no es tampoco la obra del caso, ó la agregación fortuita de moléculas flotantes en los abismos de la inmensidad como pretenden los materialistas. Y en efecto, ¿qué es una materia eterna sino una materia que sería Dios? ¡Y como suponer un *Dios-materia* dividido en millares de átomos, durante toda una eternidad esparcidos en espacios meramente imaginarios, reunidos un día en virtud de una fuerza desconocida por una ley de cohesión arbitraria llamada acaso! Un acaso dotado de poder bastante para lanzar á los cielos las inmensas esferas que recorren sus órbitas; de inteligencia suficiente para fijar leyes á esos mundos de luz; y para abdicar inmediatamente su imperio hasta el punto de privarse del derecho de modificar, en virtud de una nueva combinación, el orden fortuitamente establecido; un acaso dotado del ingenio indispensable para realizar la sucesión

de los días y de las noches, de las estaciones, de los eclipses, de las mareas; para infundir la vida á todas las escalas de los seres, y asegurar su perpetuidad; para dar al hombre el alma, al bruto el instinto, á la planta la vegetación; para improvisar el orden y las leyes de los tres reinos, animal, vegetal y mineral; para establecer las rocas graníticas sobre sus inmutables asientos, y velar por la vida del sér microscópico que alienta dentro la gota de agua ¡no sería por ventura el Dios que se niega á reconocer la ciencia contemporánea, y cuyo nombre paternal dejó Moisés inscrito sobre la cuna de los mundos por medio de las palabras *Al principio creó Dios el cielo y la tierra* (1)?»

Convenimos en que para llevar á cabo esta transición de la nada al sér, fué indispensable un desenvolvimiento de potencia, superior á la inteligencia humana; ¡mas que importa que el culto de la creación sea un misterio, si es cierto? ¡Son tantas las cosas de las cuales no puede darse cuenta el espíritu humano, no obstante no quedar duda alguna respecto de su realidad!

Por ejemplo, nosotros no podemos explicarnos el cómo y el por qué de la germinación y de la vegetación; mas ha de ser esto motivo bastante para negar el hecho? ¿Puede el hombre sorprenderse de no comprender el nacimiento de la tierra, cuando no acierta á comprender la manera como la tierra da nacimiento á la planta y matiza la flor y comunica al fruto su sabor regalado? Es antifilosófico sobre toda ponderación al adherirse intelectualmente á solas las evidencias, cuando físicamente véese el hombre obligado á suscribir á tantas obscuridades.

Y nótese, además, que los progresos de la ciencia no han dificultado en manera alguna la defensa del dógma de la creación. Que el mundo haya sido formado de una materia simple, siguiendo un desenvolvimiento regular bajo la acción de ciertas fuerzas, ó que haya aparecido de improviso con todo el esplendor de una perfección completa que la tierra haya empezado por el estado sólido ó por el gaseoso; que los globos todos hayan brotado en un sólo mismo instante, ó que algunos hayan resultado de otros, como se dice por ejemplo, de las planetas, que se sostiene no son más que anillos desprendidos del sol en torno del cual giran; que en el ether un polvillo sideral, en estado de for-

mar incesantemente estrellas nuevas, merced á una rotación continuada dentro de condiciones las más favorables; que por la tangente de ciertos astros, se escapen finalmente, fragmentos destinados á ser otros tantos mundos de fuego, bien así como los árboles al sacudir los gérmenes que en sus ramas se sostienen, inundan en nuevos árboles el suelo en que crecen, misterios son de la fecundación indefinida, que nada prueban contra la necesidad de una creación primordial: la generación espontánea sea en los cielos, sea sobre la tierra, no puede dispensarnos de la existencia de un Creador supremo: porque abstracción hecha de la fuerza generatriz ¿á qué se repuce la generación?

Estudiemos pues el dógma fundamental de la producción de las cosas. Es este un problema cuya solución no acertaba á distinguir el mismísimo Platon: la carencia de la noción de un Dios creador, es lo que constituye el rasgo característico de todas las antiguas teogonías, en que por lo mismo que devinizaban el caos, no acertaban á remontarse sobre él. Por lo que á nosotros toca, el hecho de establecer que el mundo es eterno, equivale á alcanzar contra la negación muchas victorias al par, por lo mismo que esta verdad difunda su luz vivísima so-

bre cuestiones innumerables. Con razon se ha dicho que «Empeñarse es discutir con quien no se forma una idea exacta del hexameron, ni de lo que el cristianismo entiende por creacion del mundo por Dios, sería tan difícil como querer demostrar el dógma de la Inmaculada Concepcion á quien no admitiera la divinidad de Jesu-cristo (1).»

Precisemos debidamente desde luego la significacion de las palabras. Crear, no es manera alguna trabajar en una materia primera cualquiera; el obrero, dice Lactancio, ha menester piedras ó maderas para realizar la obra en que trabaja; no pueden hacerse por sí mismos los materiales que necesita; mas á Dios, que es el poder supremo, no puede resistirle ni la misma nada. Por esto en tanto que el hombre trabaja con lo que existe, Dios trabaja con lo que no tiene existencia (2). Por esto san Agustin resume en los siguientes términos la enseñanza de la fe: «Creemos que Dios lo ha hecho todo de la nada (3).»

1 Heasch. La Biblia y la naturaleza;

2 Lactan. Divin. Institut. lib. II.

3 De fide et symbolo, c. 15.

Por lo que á nosotros toca, estamos completamente convencidos de que el fondo de este dógma no tiene alcance; mas no equivale á esclarecerlo, dejar establecido que es inaceptable la opinion contraria? Tomemos pues la ofensiva contra el ataque, probando que si en nuestro campo reinan las sombras, en el opuesto existe la imposibilidad; que si nosotros defendemos lo inexplicable, nuestros adversarios se empeñan en lo absurdo, y el dógma resultará vencedor en esta discusion, con tal que de ella resulte justificada la fórmula de un apologista contemporáneo: la creacion es un hecho cierto, por más que sea un misterio incomprensible. Sí, este dógma es realmente la única explicacion completa del hombre, del mundo y del deber, y por consiguiente la única verdaderamente digna de toda razon, libertada de la fascinacion de los sistemas y de las prevenciones de una obstinada negacion.

## I.

Si existe principio alguno superior á toda duda y hasta tal punto evidente que la razon no puede dudar, sin dudar de sí misma, es el que

estables que «nada hay en el efecto que no se encuentre en gérmen en la causa». Partiendo de él, fácilmente se llega á la siguiente conclusión: en la creacion existen efectos que únicamente pueden atribuirse á un Dios creador, puesto que no pueden explicarse por otro sistema alguno; por consiguiente, hasta aquellos que consideran dicho dógma como mera hipótesis, están obligados á suscribir al mismo, toda vez que hipótesis por hipótesis, la razon no tiene el derecho de preferir las que nada explican á las que lo explican todo.

Ahora bien, yo pregunto á los espíritus imparciales: ¿hasta el principio de la eternidad del mundo para explicar los fenómenos del mundo? ¿Una materia y unas fuerzas ciegas, pueden producir la inteligencia? ¿Una materia y unas fuerzas insensibles pueden producir el amor? ¿Una materia y unas fuerzas impersonales, pueden finalmente, producir la personalidad? No, contesta Aristóteles, porque lo perfecto no puede nacer de lo imperfecto. Por consiguiente, sobre la materia y las fuerzas, es indispensable colocar un factor que me ha comunicado lo que no contienen ni las fuerzas ni la materia, ó admitir, de lo contrario, que existen efectos sin causa, lo cual convierte su problema indescifra-

ble la explicacion de las cosas. Hé ahí la ventaja inmensa de nuestra verdad: ya que no sea completamente clara, es creíble, porque su contradictoria lo es mil veces ménos.

¿Qué dicea, en efecto, relativamente á este punto, así el catecismo de la afirmacion como el de la negacion? Preciso es convenir en que después de dos ó tres preguntas, ambos se colocan en el burde del precipicio. Mas, entre las dos conclusiones existe una diferencia radical, que consiste en que la razon se ve obligada á abrazar las obscuridades de la afirmacion, y á huir, en cambio, de las de la negacion, so pena de abdicar. Por ejemplo: si pregunto á la negacion de dónde ha surgido el mundo, me contesta que de la materia; y si añado, quién ha producido la materia, dice que la fuerza; y si insisto, con el objeto de averiguar quién ha creado la fuerza, ya no obtengo más contestacion que la del silencio. En cambio, cuando la negacion me pregunta quién ha hecho el mundo y le contesto Dios, si insisto, con el propósito de averiguar quién ha hecho á Dios, no puede jactarse de reducirme al silencio, porque, con la palabra Dios, tal cual el cristianismo la entiende, suprimo todas las dificultades, en tanto que con la palabra fuerza, solo logran suscitarse dudas; aquella es



una contestacion, esta un compás de espera; el primero es una base, el segundo un sillar establecido en el aire; en una palabra, Dios explica al hombre, en tanto que la fuerza convierte en enigma al hombre y á todo el mundo moral.

Ya pueden, pues, envainar sus armas esos metafísicos del ateísmo que se han alzado en son de guerra contra Dios, representándole como una creacion ideal del espíritu, completamente vacía de toda realidad objetiva. Para componer una imagen de Dios. ¿De dónde habria sacado esas nociones de perfeccion que categoriza, y con ayuda de las cuales se eleva á la idea de la perfeccion infinita, sino del seno paternal que le dió vida? Sí, del mismo modo que el alma no puede resultar de las fuerzas inferiores de la naturaleza, el gran pensamiento de Dios no ha podido germinar en los laboratorios de la materia: no es indispensable la revelacion original de Dios para hacernos capaces de producir la fisonomía. Lo que vale tanto como decir que Dios ha debido existir, para que su concepto haya sido posible, ó que si no hubiese creado al hombre, la imaginacion de esto jamás habria logrado crearlo.

Por consiguiente, no es extendiendo lo finito como llega al espíritu á pensar lo infinito; lo in-

finito constituye su nocion primera, podriamos decir el rasgo de la semejanza paterna impreso en él. Nunca, por más que haga, será capaz de imaginar á Dios el descendiente de un mono: para ostentar ese sello sobrehumano, es indispensable haber pasado por las manos de un creador divino.

Inútil es, pues, el empeño de los idealistas contemporáneos en hacer de nuestra concepcion una quimera, y una realidad del hombre que la concibe. «¿Por qué razon ha de existir lo imperfecto y no ha de existir lo perfecto? Dirémos en este punto con Bossuet: ¿Consiste precisamente en ser perfecto? ¿Y acaso la perfeccion es un obstáculo al sér? Al contrario, la perfeccion es la razon del sér.»

Esta plenitud, este máximun del sér, los concibe el hombre porque existe su tipo, y por consiguiente constituye un extraño trastorno el decir que dicho tipo existe únicamente en el hombre que lo concibe. ¿Si el Creador no hubiese grabado en mi sér el sello de su infinito, hubiese yo soñado jamás con lo infinito? Y no vaya á hacerse de esta tendencia un privilegio de mi inteligencia: supuesto que el infinito concreto carezca de realidad, la creacion fantástica y abstracta que de él hago, léjos de ser un privilegio,

es indefectiblemente una enfermedad de mi naturaleza. Si, gracias á ello, resulto de peor condiciona que los animales que no sufren tales inquietudes ociosas y no se ven ostigados por el deseo de resolver esos problemas insolubles por lo quiméricos. «El buey, dice Chateaubriand, puede echarse sobre un lecho de verdura, levantar al cielo la cabeza, y llamar por medio de sus mujidos al Señor desconocido que llena esta inmensidad; mas, prefiriendo el césped que pisa, jamás se ocupa en preguntar á los soles que brillando en el firmamento, son el testimonio más evidente de la existencia de Dios. Los animales no se ven asaltados por esas esperanzas que amedrentan el corazon del hombre, puesto que alcanzan sobre la tierra su felicidad suprema: un puñado de hierba basta al cordero, un poco de sangre satisface al tigre: la única criatura que no satisfaciéndose á sí misma, busca fuera de ella su complemento, es el hombre (1).» Bellísimas premisas de esta conclusion: si lo que el hombre busca fuera de él no existe, el hombre resulta juguete de una ilusion perenne, y se investiga en él una anomalía, mas

1880, 1880

1 Cielo del Cristianismo t. I. pág. 206.

no una grandeza. Mas, toda vez que semejante necesidad es en él una inclinacion de nacimiento, es preciso averiguar de qué procede. Una causa finita no puede engendrar el mal de lo infinito; por consiguiente, el hombre tiende á Dios, porque de Dios procede, y sólo forma á Dios por su pensamiento, porque Dios le ha formado á él con sus manos. *Manus tuas fecerunt me et plasmaverunt me (1)*

Si considerado el hombre bajo el punto de vista moral, solo ha podido resultar de una accion creadora, fisicamente considerado, no podría ser de otra manera explicada su aparicion sobre la tierra. Mucho se ha discutido, y se discute aun en la cuestion relativa al tiempo de que data su existencia. Es un hecho que no ha existido siempre, y por consiguiente, es natural preguntar. ¿De qué manera ha venido? Dicen unos que en virtud de generacion espontánea: mas adelante veremos el valor que merece semejante opinion. Digamos, entre tanto, que dicho procedimiento nada más habria dado de sí que seres niños, con todas las debilidades ó imperfecciones ó impotencias propias de la prime-

1880, 1880

1 Job, 10 6.

ra edad. Ahora bien: el hombre, ó más bien el misero infante de un solo día, ¿habría podido vivir sin una madre que le amamentara, le cuidara y le protegiera? De seguro no es este el modo en que el género humano ha podido comenzar y perpetuarse. Otros han dicho: No ha sido en virtud de generacion espontánea sino en fuerza de una transformacion lenta de las especies como nuestra familia ha resultado de las otras y se ha constituido sobre todas las demás. Pero esto, como en su lugar y caso demostraremos, constituye una imaginacion que nada justifica. Todos los hechos hasta el día comprobados, demuestran que las especies no han experimentado cambio alguno notable y duradero. Dentro de una misma especie, las razas pueden variar ó modificarse la una por medio de la otra; pero las especies son inmutables, y de los ensayos practicados para transformarlas artificialmente por medio de cruzamientos entre las especies afines, solo se han obtenido serés híbridos, es decir, marcados con el sello de la esterilidad. ¿rueba elocuente de que solo Dios creó las especies puesto que el hombre no puede imponerles transmutacion alguna esencial.

Y ese testimonio indirecto prestado á la creacion del hombre es irrefutable, porque si el

hombre no la comprende, ménos comprende el que no se haya realizado, y si no puede probarla, ménos posible le es admitirla. Ahora bien, nada más cierto que lo que es necesario: lo inevitable no ha menester demostracion.

## II.

Pero si el dogma de la creacion es la única idea verdadera y completamente explicativa del hombre, es igualmente lo único que da razon del origen y de la constitucion del mundo. De manera que la creacion es un misterio inicial que difunde la luz sobre todos los demás, y cuando se compara la ciencia del mundo segun la fé, con la ciencia del mundo segun el naturalismo, queda el ánimo sorprendido ante el espectáculo de las tinieblas que se desvanecen ante la elocuencia de estas palabras: *Dixit et facta sunt*.

Para convencerse de ello, considérese cuanto es indispensable creer, cuando se cree en el Génesis segun el ateísmo. En el principio existia el átomo desprovisto de toda cualidad química;

después del período atómico, durante el cual reina la mecánica pura, aparecen las fuerzas químicas contenidas en potencia en la materia y puestas en acción en virtud del medio que les es propio, lo cual constituye el período químico. Todavía no existen planetas ni astros, nos hallamos en plena época molecular: bajo el imperio de las fuerzas immanentes, y acumulándose siglos sobre siglos, agregase la materia, y produce soles que deben servir de centro á los mundos esparcidos en el espacio: tenemos entonces el período solar al cual sucede el período planetario. Durante este, la tierra, átomo pequeñísimo, desprendido de la gran masa central, como dice M. Renan, comienza á evolucionar en la órbita que habitamos. Llega más tarde un momento en que el sol hiriéndola con sus rayos suscita en ella la vida: la era biológica comienza, y . . . ya sabéis todo lo demás. Después de lo que acabamos de exponer no nos vengais diciendo que ignorais el cómo y el cuándo de la existencia del mundo, por qué la ciencia acaba de referiroslo con tales datos, que es como si lo hubiérais presenciado todo (1).

1 Forvenir de las ciencias naturales, por Renan plagiarlo de Buchner, Darwin y sus Carlos Lyell.

Convengamos en que se necesita una buena dosis de circunspección para guardar ciertos respetos á tales invenciones; mas revistámonos de toda la que es menester para tratar en serio errores que no lo son. ¡Qué cosmogonía y cuántos misterios aceptados para eludir uno solo! En primer lugar: ¿Han tenido comienzo la fuerza y la masa? «Preciso es suponerlo, dice el propio autor, siquiera sea imposible aceptarlo» primer misterio. ¿Cuyo es el origen del átomo, principio él mismo de todo lo demás? segundo misterio. ¿Cuál fué el origen del movimiento que impulsó la universalidad de las cosas desde la era mecánica del período químico? tercer misterio. Y posteriormente ¿de qué manera se las han compuesto en su enlace fortuito los átomos engarabitados para formar esta armonía sin razón, y este concierto sin fin que se llama mundo? ¿No es esto un golpe del azar mil veces más sorprendente, según la comparación clásica, de lo que lo sería la composición de la *Enciclopedia* merced á un conjunto de letras lanzadas de cualquier modo sobre el plato de una prensa de imprimir? cuarto misterio. Y suponiendo ya arreglada la materia, ¿cómo se dispuso esa cadencia universal, dentro de la cual se realizan todos los movimientos del universo? quinto mis-

terio. Y finalmente ¿de qué manera lograron los rayos solares hacer brotar la vida del seno de la tierra, enlazándola con sus abrazos de fuego? Ya lo veis; siempre nuevos misterios; y todo para escapar al único misterio de la creación *ex nihilo*. En verdad que es indispensable dar crédito á muchas cosas para disfrutar la ventaja de ser incrédulo.

¿Habria nadie imaginado que tras luengos años de investigaciones, hubiese venido á parar la ciencia en ese delirio de su infancia, es decir á la teoría del atomismo? Es decir que entre millares de probabilidades, de que las cosas fuesen lo que son, habia una sola... y resultado de ella ha sido el mundo. Y pásese si esta improbabilidad de hecho no tuviese en contra suya todas las imposibilidades de principio; mas lo cierto es que el mundo sin Dios es un dógma cruel. En cuánto ha seducido la razon, la tiranía por medio de irracionales antinómias.

O el mundo no existe por sí mismo, ó ha sido hecho de la substancia de Dios, ó procede de la nada. Las dos primeras proposiciones son inadmisibles por consiguiente solo la tercera es cierta. ¿Es posible que el mundo exista por sí mismo? No, porque todo lo que exista por sí mismo, posee el sér en grado más alto que se pueda ima-

ginar y por consiguiente es inmutable, indivisible, inmenso, absoluto é infinitamente perfecto. ¿Y son estos los caracteres que pueden asignarse al muado? La evidencia prueba lo contrario, y por lo mismo mi razon va á buscar fuera del mundo á aquel que con la plenitud del sér, tiene todas las ventajas de la existencia por sí mismo; y abrazando á este autor, á ese padre del mundo, encuentra en esta fé, mil soluciones para una obscuridad, satisfacciones inmensas para el espíritu en cambio de algunos sacrificios, y en una palabra, la calma de la verdad, en lugar de las calenturientas inquietudes del sistema.

Descartada la primera suposicion, pasemos á la segunda. ¿Ha sido hecho el mundo de la substancia de Dios? ¿El mundo Dios no es una verdad? Tal es el expediente de que secha mano el panteísmo para escapar á la objecion clásica, nada puede nacer de nada, *ex nihilo, nihil fit*. ¿Mas es imposible que puedan hacerse eternas las disputas relativas á tales errores? ¿Hemos pretendido jamás que la nada puede convertirse en sér y servir por consiguiente de materia prima á la creación? En manera alguna. Nosotros sabemos que la nada multiplicada por la nada siempre dará por resultado nada, del mismo modo que el cero multiplicado por cero nos dará

siempre cero. ¿Mas resultará lo propio en el caso de que siendo la nada lo que se trabaja, no es la que trabaja la nada; de que siendo cero el multiplicando no sea cero el multiplicador? A la izquierda de ese cero que nada expresa por sí mismo, coloquemos una cifra, y el cero se encontrará repentinamente elevado al valor de ese número. Pues de la propia suerte al lado de esa nada, que es el vacío del sér, coloquemos la omnipotencia infinita, que representa la mayor suma posible del sér, y la una fecundando á la otra, sin tomar de ella cosa alguna, veráse surgir el mundo. Operacion divina siempre, indudablemente incomprendible, pero incomparablemente más admisible que los sistemas opuestos.

Hacer pues que lo que no era sea, que lo que no existia empiece á existir, con tal que medie una causa adecuada al efecto producido, es la naturaleza y la necesidad de toda creacion de las vuestras como de la de Dios. Sois un pensador profundo: de repente hiere vuestro espíritu un rayo que procede de lo alto, surge ante vuestros ojos un mundo de ideas, y lanzais sobre la tierra uno de esos secretos que la hacen estremecer de sorpresa, y la obligan á exclamar. Creacion: vos tambien, tambien vos habeis hecho algo de nada. Sois un orador, y bajo el imperio

de una grande emocion, vuestras fibras se estremecen, vuestros nervios se ponan tirantes, vuestra voz truena, vuestra palabra hiere como un dardo de fuego, y deja en la historia una especie de ondulacion eléctrica que se prolonga hasta los más lejanos limites del tiempo: tambien habeis hecho algo de nada. Por último sois un artista eminente: de improviso os sentís asaltado por el Dios de la inspiracion, y se escapa de vuestro pecho la *Plegaria del Moisés*, ó brota vuestros pinceles la *Virgen de la silla*, ó como Vénus de la espuma del mar, sale á vuestro impulso de un fragmento de mármol blanco el acabado grupo de *Antinoos*: tambien vos habeis hecho algo de nada. Entónces ¿con qué derecho pretendais negar á Dios un poder que vosotros disfrutais gracias á su liberalidad? Y sobre todo no trateis de eludir las consecuencias, alegando que en vosotros es la inteligencia quien ha creado el sistema; el alma la que ha promovido el movimiento oratorio; la inspiracion la que ha arrancado al génio expresiones supremas; imaginad en Dios todos esos dones, elevados á la potencia infinita, y despues sorprended de que haya llevado á cabo la creacion *ex nihilo* antes de vosotros y como vosotros!

Y para evitar esta dificultad, á qué excesos

no se lanza la razon del panteista! ¿Qué son las sombras del mundo creado por Dios, en comparacion de las monstruosidades del mundo Dios? Oigamos el repugnante simbolo del *spinosismo* en presencia de la creacion.

El ateismo decía: nada es Dios; el panteismo dice: todo es Dios, lo que viene á ser lo mismo. Aquí no se trata del Jehová de la Biblia mandando á la nada, sino de un Dios naturaleza, de un Dios fuerza, de un infinito impersonal que se vá desenvolviendo al través del tiempo y del espacio, pasando del estado fluido al sólido, mineral hoy, vegetal mañana, más tarde animal, hasta que llega el momento de convertirse en hombre, punto culminante de su crecimiento, en el cual comienza á tener conocimiento de su propio ser. De manera que el panteismo solo evita el misterio de la creacion *ex nihilo* lanzándose á toda vela en los abismos del absurdo.

Si, semejante dógma es ya absurdo desde su punto de partida; porque este infinito que aumenta hasta alcanzar límites que no pueden del terminarse, por insignificantes que se le suponga en su origen, tuvo uno, ¿quién fué el autor? Si es otro que él, no es infinito; y si es él mismo ¿cómo lo ha hecho para proporcionarse existencia antes de existir?

Absurdo en sus principios, porque, según Spinoza, el Sér infinito tiene dos atributos más grandes, que su poder pone en actitud para formar el universo: el pensamiento y la extension. ¿Y qué es la extension? Lo que es mensurable y divisible: por consiguiente, decir que la substancia divina es extensa, es enseñar que no es infinita, puesto que consta de dimensiones: al paso que destruir lo infinito de Dios, es lo mismo que anonadar su existencia, porque la una es idéntica á la otra. Hé ahí por qué los discípulos del gran todo no lo definen como persona, sino como cosa pensante, *res cogitans* (1). Mero matiz del ateismo, disimulado por el miraje de las palabras. Por lo demás, los que prohiben la metafísica á la fé, no concedáis tanta amplitud á la metafísica contra la fé. ¿Por qué es susceptible vuestro Dios mundo, no solo de division, sino tambien de crecimiento? Y se puede crecer, ¿cómo es Dios? y si es Dios, ¿qué necesidad tiene de crecer?

Absurdo, en fin, en sus consecuencias. La verdadera fórmula del panteismo es la union necesaria de lo finito con lo infinito, ó sea la unidad

de substancia, lo que equivale á sostener que una misma cosa puede tener, al par, caractéres contradictorios y cualidades que se excluyen; por consiguiente, ser y no ser una misma cosa, ser materia y espíritu, cuerpo y alma, hombre y ángel; río y montaña, movimiento y quietismo visible é invisible, perfecto é imperfecto, relativo y absoluto, limitado é inmenso; variable y eterno; en fin, reunir el yo y el no, y hasta la verdad y el error en los abrazos de una consubstancialidad universal. Digásenos ahora, y al preguntarlo nos dirigimos al simple sentido común: ¿No es más fácil adorar un Dios creador que semejante creación del humano pensamiento?

Después de los ateos que arrojan á Dios del mundo, y de los panteístas que la indentifican con él, cúmpelen ocuparnos de los deístas que creen en «la coeternidad de un universo que constantemente cambia, y de un Dios siempre inmutable (1).» Mas ¿en qué consiste ese paralelismo entre dos existencias y dos eternidades, avanzando al par, y una al lado de otra, estando de una parte la existencia y la eternidad del

(1) Spinoza

Spinoza

mundo, y de otra la existencia y la eternidad de Dios? Es el dualismo maniqueo, la escisión de los atributos divinos; en otros términos, la divinización del mundo y la caducidad de Dios. «Suprimir á Dios ó redoblarlo, que es lo mismo también que suprimirlo, tal es la consecuencia fatal del sistema que admite un mundo coeterno con Dios.»

«Toda substancia es causa; dice esta filosofía: es así que Dios es substancia, luego no puede dejar de ser causa. Nosotros no podemos concebir en manera alguna un Dios sin mundo, ni un mundo sin Dios.» Si no comprendo mal, esto quiere decir que el acto de Dios creador no es libre; por consiguiente, que siendo el mundo necesario en su origen, como en su vida, no constituye más que un desenvolvimiento inevitable del sér divino, y un apéndice de Dios. Por consiguiente, entre los dos términos tenéis necesidad de buscar una salida; pues, de lo contrario, no podéis escapar á las estrechas conclusiones del siguiente dilema: ó una creación libre, y entónces es el mundo saliendo de la nada según el dógma cristiano; ó una creación necesaria, y entónces es la substancia del mundo procediendo de la substancia de Dios, lo que constituye esencialmente el panteísmo. ¿Ten



cierto es que en todo esto nada más hay verdaderamente científico que el testimonio de la Biblia!

No hay, sin embargo, para qué disimular las objeciones de la parte adversa, cosa que es tanto ménos necesaria á la causa, en cuanto le aprovechan despues de haberla oscurecido un instante.

La primera pertenece al órden metafísico y se formula en los siguientes términos: Antes de la creacion Dios estaba solo, y en vez de dos substancias solamente existia una. Sin embargo, dos substancias hacen una suma de sér, más considerable que una sola substancia. La creacion síñade, pues, algo al sér de Dios: ¿como debemos hacerlo para poner de acuerdo con él este acrecentamiento con lo infinito que no lo consiente?

Hé ahí, ciertamente, un formidable ataque del panteísmo ontológico. Mas si el argumento está debidamente establecido, carece de solidez, por lo mismo que solo descansa sobre ignorancias y errores.

Desde luego, y aún cuando realmente fuese cierto que no sepa armonizar la existencia de Dios con la creacion del universo, basta que la una y la otra estén aisladamente bien estableci-

das, para que no las perjudique la dificultad de su conciliacion. Este es el caso de repetir con San Agustin: No hay necesidad de negar, en una misma cuestion, lo que secomprende perfectamente, porque ofrezca algunos puntos oscuros que no se comprenden. *Non ideo negandum est quod opertum est, quia comprehensum non potest quod obscurum est.* Esto es cierto, especialmente cuando el espíritu se vé obligado á echarse en lo inaceptable para escapar á lo incomprendible.

Mas, ¿será cierto que la substancia del ser creado, uniéndose á la substancia del sér creador, constituya un engrandecimiento del sér, y un acrecentamiento de lo infinito? Esto no es más que una grosera concepcion de las cosas. Colocar en forma de adición lo finito sobre lo infinito, tirar raya, y totalizar ambos valores, es una operacion absurda: lo finito y lo infinito, lo creado y lo increado no son cantidades homogéneas, y por consiguiente entre ambos factores no puede existir relacion alguna de cantidad: además, lo finito recibiendo de lo infinito cuánto tiene y cuánto es, no podría acrecerlo ni aumentarlo en lo más mínimo.

La montaña, más su sombra; seto no hace dos montañas, no forma siquiera dos séres; la som-

bra adicionada ó suprimida nada añade ni quita á la masa (1). Lo propio acontece con el mundo respecto de Dios. Cierto que si fuese de la misma substancia que Dios, sería una extensión de él; mas, como es de diferente substancia, no puede aumentarlo, del mismo modo que un alma imponderable é inmaterial, nada puede añadir al peso ni al volúmen del cuerpo que habita.

Todas esas obscuridades provienen exclusivamente de confusión. El mundo en se halla contenido en Dios como una cantidad en otra cantidad, sino virtualmente, eminentemente, es decir, de la manera que el efecto subsiste en su causa, á veces de una manera superior á él mismo. Por consiguiente, siendo infinita la potencia creadora, el sér de toda criatura se encuentra en esta causa de una manera infinita, y cuando esta causa pone en la criatura la realidad del sér, no puede aumentar ni disminuir la suma de este. Lo que acontece entonces es que hay un número mayor de sér, *plura entia, sed non plus entis*. El sér infinito puede compararse á la antorcha en la cual se encienden las an-

1 El Bdo. Galol.

torchas á millares sin que la primera experimente el cambio más insignificante.

Ejemplos más tangibles. Imagináos ser César ó Napoleon I, es decir, la personificación del poder más absoluto. Un día se os antoja distribuir esta autoridad entre una vasta jerarquía de representantes: ¿puede decirse, en vista de las creaciones resultantes de esa distribución de la suprema autoridad, que haya aumentado ó disminuido la autoridad en el mundo? Suponed que os llamas Miguel Angel, Ratsel ó Leonardo de Vinci, y que llenais los museos del universo de obras maestras imperecederas; ¿hay quién sea capaz de sostener al contemplar las maravillas producidas por vuestro génio, que haya aumentado ó disminuido la suma del génio en vos ó en la humanidad? Finalmente, supongo que sois un Demóstenes ó un O'Connell, acostumbrado á infiltrar vuestra alma por medio de la palabra en el alma de los pueblos, cuando habeis logrado comunicar vuestra inspiración á un siglo entero, ¿habrá quién ose sostener que se ha experimentado un cambio en más ó en ménos en las facultades oratorias de la tierra?

Por consiguiente, cuando San Pablo asegura que tenéis en Dios la vida y el movimiento, no

insinuar en manera alguna que acrezcamos el sér divino habitando en él, sino que enseña sencillamente que estamos de él penetrados. ¡Aumentan por ventura la masa atmosférica, las aves que cruzan el espacio, ni la masa líquida, los peces que hienden los mares? Y además, ¡qué son las creaciones de Dios relativamente á Dios? Para tener de ello una idea, compárase lo que es respecto de lo infinito el espacio indefinido. Para el observador, colocado en la luna, por ejemplo, la cima del Monte Blanco no ofrecería más relieve que el de una cabeza de alfiler sobre la superficie de la tierra, los globos un millon de veces más grandes que la tierra, solo nos parecen como puntos luminosos en la region aérea; otros, infinitamente mayores, no los llegamos á distinguir, porque su luz se pierde en el camino, finalmente, si pudiésemos comparar el espacio á una persona, podríamos decir que los mundos que lleva en sus inmensurables pliegues, son á él lo que á nosotros los impalpables átomos de polvo adheridos á nuestros trajes.

Imagínese ahora toda esta region de lo indefinido perdiéndose en lo infinito, como la gota del agua en la mar y si el mar no crece ni aun por el desbordamiento de los rios, ¿no sería locura

insigne presumir que el Océano inmensurable del sér, pueda aumentar por la union de algunas moléculas más ó ménos? El sol emite hace más de seis mil años sus rayos luminosos sin disminucion sensible de su foco; apesar de esto no han faltado físicos que presuman que en el transcurso de los siglos el sol se apagará por concuncion; mas el sér infinito, brilla desde la eternidad sin agotarse, del propio modo que abarca lo infinito sin engrandecer, porque todas sus obras son en él como si no fueran.

Después de los metafísicos, los naturalistas han intentado substituir á las dificultades del dógma de la creacion, las claridades de la hipótesis que formularan ya los griegos: la inmortalidad de la materia. Véase el giro desconocido que dan á un antiguo argumento. «La continuada metamorfosis de los rées, el nacimiento y la muerte de las formas orgánicas ó inorgánicas no son el producto de una materia, que antes no existiese; este cambio no es más que la transformacion continua de las mismas materias primitivas cuya masa y calidad son sempiternas y perecenceras las mismas, por consiguiente, es imposible crear lo que no puede ser arrojado. La materia es y será eternamente, porque la

única modificación que puede experimentar se reduce á un cambio de forma (1).<sup>11</sup>

¡Cuantos errores, qué de falsos ratiocinios en apoyo del poético arranque de Shakespaere. «El altivo Cesar, muerto y en polvo convertido, tapa ahora tal vez una rendija que daba paso al viento.» En realidad no necesitábamos á los sabios de Alemania para saber que el torbellino vital realiza en nosotros rápidas metamorfosis, que de un mes á otro somos seres materialmente nuevos, y que nuestros átomos, áun cambiando de sitio y dejándonos de pertenecer, resultan indestructibles: ni negaremos tampoco que todas las materias primitivas datan del principio de la cosas, sin que, posteriormente, haya sido creada ni destruida una sola molécula. La filosofía que enseña el descubrimiento progresivo del mundo en general, la ciencia que enseña el crecimiento de los mundos en particular, bajo la acción de sus diversos medios, vienen en último resultado á decirnos, que durante millares de años de rotacion en el interior de un espacio sembrado de átomos, la tierra no se ha aumentado en uno solo.

1. Hoemathes.

Mas sea lo que quiera de essas premisas que influyen muy poco para la conclusion, euidemos especialmente de poner la conclusion á cubierto de los errores de nuestra razon. Vosotros decís: el mundo no puede ser destruido; luego no pudo ser creado. ¡Ah, qué le responderiais al que os dijese: El mundo no puede ser anonadado por el hombre, luego el que conserva el mundo es un poder supe ior al del hombre: un mundo destructible probaria que más fuerte que su autor; un mundo indestructible prueba que lo soy ménos: tales son los limites extremos á que puede alcanzar vuestra lógica: en cuanto se empeña en adelantar un paso mas se desvanece. Y cuando sosteneis que la materia es eterna porque careceis de fuerzas para anonadarla, decís pura y simplemente que Dios no ha hecho el mundo, porque no permite que lo destruyais.

Repitémoslo, sin embargo, el tránsito de lo posible al sér es un misterio y siempre podrá aplicarse al mundo como al Verbo divino la palabra santa: *Generationem ejus qui enarrabit?* Mas dicho misterio á la manera de ciertos astros cuyo núcleo es opaco, siendo luminosa la envoltura que lo rodea, es obscuro interiormente claro por demás. Si, el acto creador es un *Aut lux* cuyos rayos inundan toda la creacion

suprimido con el pensamiento, y veréis el espíritu abismarse en el caos. De manera que nosotros podríamos decirles á nuestros adversarios: vosotros rechazais nuestra explicacion; veamos la vuestra: colocaos en nuestro lugar, nosotros atacaremos, defendeos vosotros. Decís que la solucion cristiana carece de la evidencia necesaria; sepamos si la vuestra tiene motivos para reivindicar el apoyo del sentido comun.

Acabamos de nombrar al sentido comun, que suele ser el juez más abonado para la resolucion de semejantes cuestiones. Jamás fué sometida á la prueba de dicho tribunal la accion de un Dios creador. Contemplad el firmamento en una noche estrellada, y al sumergiros en sus profundidades, al considerar sus distancias, al enumerar esos astros, al estudiar esas leyes, al contemplar esa armonía, al ver, en una palabra, esa imagen espléndida de lo infinito, estoy seguro que, sin quererlo, sin daros de ello cuenta, os elevaréis de la imagen á la realidad. Siempre representará mejor á la razon humana, el conjunto del humano linaje que el sábio aislado; porque la razon no se compone únicamente de inteligencia, sino tambien de intuiciones de sentimiento, que á veces desaparecen del corazon del sábio. Ahora bien, el género humano jamás

ha dudado en presencia de la bóveda de los cielos. Háse dicho que estos cuentan la gloria de Laplace; la negacion de Laplace jamás tendrá ésto, más allá de determinados conciliabulos académicos, en tanto que de la tierra al sol, del sol á las nebulosas, la gloria de Dios creador será siempre escrita en caracteres de fuego, y cantada eternamente por la armonía de las esferas.

[Lamentable inconsecuencia! En cuanto la ciencia moderna descubre en una capa geológica utensilios que supone labrados por la mano del hombre, les considera como huella y vestigio que revela el paso del hombre; y en cambio cuando encuentra en el universo las señales evidentes de la inteligencia, del amor, y del poder de Dios, se empeña en no reconocer en ellas el sello de Dios. «Y sin embargo la lógica más sencilla debería conducirnos á un extremo diametralmente opuesto. Si una persona halla al paso un anillo, ó una pieza de metal de forma circular, examinando el hallazgo diráse tal vez: es posible que la casualidad haya dado esta forma á ese pedazo de metal; mas si alcanzándolo observo que de aquel anillo pende otro elaborado de la propia suerte, y del segundo un tercero, y despues un cuarto y otro y otro, inmediatamente desechará su primera opinion y solo ve-

rá en aquella cadena formada por varios eslabones el indubitable vestigio de la industria humana (1).» Cuando se contempla determinadamente el mundo, sorprende la muchedumbre de eslabones que, enlazados los unos á los otros, aparecen en esa obra inmensa: y cuando se sigue la no interrumpida serie de los eslabones, remontando hasta el primero, la creación aparece suspendida de esa cadena misteriosa que sostiene potente la mano de un Dios creador.

## III.

La creación *ex nihilo* es pues la explicación más plausible del hombre y del mundo; pero además es la única interpretación moral del origen de las cosas, es decir la única base lógica de las creencias y del deber.

O el mundo existe por sí mismo, ó ha sido sacado de la substancia de Dios. Es la única dis-

1 Cas. Wiemann. Discurso y conferencias.

yuntiva posible á los ojos de aquellos que no admiten un comienzo de las cosas por acto de la omnipotencia divina. Ahora bien, ya hemos visto que los dos términos de la disyuntiva explican el ateísmo, y por consiguiente la única moral que consiente un dogma tan esencialmente inmoral, como el que consiste en el anodamiento del deber bajo sus tres nociones más genéricas: fé esperanza y amor.

Si el mundo no ha tenido Padre, el hombre existe por sí como el mundo; es para él su fin y su Dios, y toda adoración que no sea la del yo es una verdadera aberración. Dado este precedente, admitida semejante hipótesis, las creencias y los cultos deben desaparecer. En adelante la única religión permitida será el estudio de las religiones, y puesto que, según sea la concepción que del mundo se tiene, los *espíritus se regulan y se forman las costumbres*, procuren orientarse los espíritus respecto del axioma de la materia eterna, y sean las costumbres lo que puedan ser. Los pensadores de otros alcances imaginan que lo mismo da creer en un mundo que ha sido hecho, que en un mundo que se ha hecho! ¡Cuestiones insignificantes en realidad, puesto que solo se trata de saber si hay un Dios fuera del mundo! Desde el momento en

que el hombre es un Dios en miniatura, sus deseos son legítimos, sus pasiones son santas y el deber no es más que un atentado contra su libertad. Y en cambio, si la humanidad es un producto de la materia elaborada por las fuerzas físico químicas, una especie animal que, hace cierto número de siglos, tomó sobre lo demás una superioridad decisiva, mientras llega el momento de que otros la tomen respecto de ella, ¿á qué se reduce, qué viene á ser la moral? Una tiranía más estúpida todavía que cruel. ¿Y el deber? Un fantasma inventado por la cobardía. ¿Y la conciencia? Un pesadilla creada por la superstición. En una palabra, el más inteligente de los animales no es más que un ente alucinado, y una vez suprimidos Dios y el alma, es decir, el objeto y el sujeto de la fé moralizadora, lo propio acontece con la moralidad.

Bajo la noción de esperanza el deber se une tambien esencialmente al dógma de la creacion. Si Dios no existe en el principio de las cosas, tampoco puede existir al fin, y la perspectiva de este porvenir sin justicia, solo provoca en el corazon del hombre la corrupcion y la desesperacion. La corrupcion, en cuanto la esperanza no está exclusivamente destinada á mecer el corazon sino tambien á sanarlo, ¿Cuántas virtu-

des nacieron, y cuántos vicios han quedado venidos por la influencia de ese sentimiento moralizador: creo en la resurreccion de la carne y en la vida perdurable! La desesperacion, porque si Dios no ha creado el mundo; no ha de saber gobernarlo, y nada hay más espantoso para el hombre que el ver su inteligencia presa de un destino ciego; su libertad, víctima de energías fatales; y su pequeñez sometida á un gran todo implacable y cruel, que nos hace verter lágrimas en abundancia, sin ofrecernos la recompensa más insignificante.

En cambio, desde el momento en que la creencia en un Dios creador reemplaza á la de la divinidad de la naturaleza, la esperanza brilla sobre nuestro horizonte, y los desterrados en este valle de lágrimas, hallan un manantial de consuelos y de virtudes repitiendo con el espiritualismo contemporáneo:

«Esperanza divina que haces latir mi corazon en medio de las incertidumbres del entendimiento! ¡Alisimo cubierto de tantas nubes, mezcladas con un poco de luz!... Despues de todo, existe una verdad más esplendorosa á mis ojos que todos los resplandores y todas las luces: más cierta que las matemáticas, y es la existencia de la providencia divina. Sí, hay un

Dios, un Dios que es una verdadera inteligencia, que por sigüiente, tiene conciencia de sí mismo, que todo lo ha hecho; que todo lo ha ordenado con peso y medida, y cuyas obras son excelentes, cuyos fines son adorables, no obstante ser impenetrables á mis débiles miradas. El hombre no es ya un huérfano en el mundo, puesto que tiene un padre en el cielo. ¿Que hará esa padre de su hijo, cuando vuelva? Nada que no sea bueno. Sea lo que quiera lo que acontezca, todo irá bien. Cuanto ha hecho está bien hecho. Cuanto deba hacer y haga, desde luego lo acepto: Yo lo bendigo. Si, tal es mi fé inquebrantable, y esta fé es mi apoyo, mi asilo, mi consolacion, mi dulzura en este momento formidable (1).

Finalmente, también depende del dógma fundamental que estudiamos, el amor que reina entre los hombres. Cuando estos proceden de Dios, es decir, de un mismo seno paternal, no experimentan dificultad alguna en reconocerse hermanos; pero si resultan en línea recta de las emanadas ó infusorias suscitadas por los rayos del sol en las cuatro partes del mundo, los herma-

(1) Cousin, hablando de Santa Rosa.

nos quedan reducidos á meros semejantes, el vínculo de la familia es reemplazado entre ellas por el de la conformacion, y es indispensable crear una simpatía artificial que substituya á las simpatías real amenazada de extincion.

Nada puede dar una idea del error que se extenderia sobre el mundo el día en que, averiguado que no era obra de Dios, se convecnarian los hombres de que se hallan en él casualmente, siendo dueños de vivir como buenos amigos, si así les convenia mutuamente, ó de deshacerse los unos de los otros, si se estorbaban. Háblase con un sentimiento de terror del infortunio de ciertos globos que privados de un foco de calor suficientemente enérgico, hínse convertido en glaciares. La supresion del dógma de la creacion produciría uno esos enfriamientos incomprendibles en nuestra civilizaciór, y trocaría la tierra en un verdadero páramo moral. La caridad disminuye entre los hombres cuando no se aman en Jesucristo; pero se extingue completamente cuando no se aman siquiera en Adán. Por esto en cuanto han renegado este santo parentesco, que constituye su primer vínculo de union, la temperatura de sus corazones ha descendido hasta el nivel inconcebible; la poesía ha muerto, el entusiasmo se ha ridiculizado; las al-



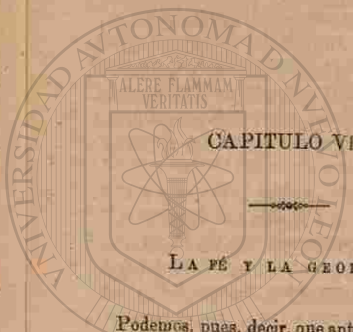
mas se secan á impulsos de un viento mortífero, y el hombre recorre la tierra sin salir de su yo, pues conociendo todos los pueblos, solo se aman á sí mismo.

Por consiguiente, el deber respecto de Dios, respecto de nosotros mismos, y respecto de la humanidad, está subordinado al dógma de la creación. Poco importa que sea un misterio. Son tantos los misterios que iluminados por este, le devuelven la luz que reciben, que se suscriben á sus sombras más fácilmente que á la negación opuesta. Por lo que á mí toca, despues de haber explorado los sistemas, y recorrido con el pensamiento el espacio comprendido entre la tierra y los más elevados cielos, preguntando á todos los mundos: ¿de dónde venis, á do vais? experimento el alivio de un hombre que despierta de una horrible pesadilla, pudiendo descansar mi alma en esta mi profesion de fé: Creo en Dios Padre, todopoderoso, creador del cielo y de la tierra.

«Dios infinitamente bueno, tal es la obra de vuestra sabiduría. Os haceis sentir en mí, ya que no podeis hacerlos comprender perfectamente. Vos queréis que mi corazón concluya el himno que mi inteligencia debió comenzar. Sa-

guro estoy de que proceda de vos, siquiera ignore la manera y la seguridad de que si mi creación es vuestro secreto, también es obra vuestra (1) »

1 El Rdo. Guici.



## CAPÍTULO VIII.

### LA FÉ Y LA GEOLOGÍA.

Podemos, pues, decir, que anterior y superior á la naturaleza, existe un Dios autor de ella. Es esta la única explicacion que puede darnos cuenta de la existencia y de la constitucion del hombre, del origen y de los fenómenos del mundo, de la nocion y de la certeza del deber. ¡Cuántas consideraciones podríamos añadir en corroboracion y como complemento de lo expuesto! Con haberles manifestado á los metafísicos que, siendo el mundo un efecto, debe existir una causa, la razon no ha agotado con mucho el caudal de

sus argumentos, puesto que puede decirles á los físicos: el mundo es un movimiento perenne, luego ha de existir un primer motor; y demostrarles á los matemáticos, que *el número actualmente infinito es imposible*, y que por consiguiente, ha habido un instante en el cual ha parecido sobre la tierra el primer hombre, y la tierra ha comenzado á girar en el espacio, ó ha empezado á existir: lo cual equivale á concluir por demostracion científica, con Cauchy, que la materia no es eterna.

Más una vez establecido el dogma y el hecho de la creacion, cada uno de los grados de la naturaleza creada nos ofrece dogmas y hechos correlativos ó corolarios de éste que justificar. Desde luego, descendiendo de Dios á su obra, nuestro estudio deberia fijarse lógicamente en el firmamento que encierra la multitud de mundos que componen el universo, del cual la tierra no es más que un fragmento casi imperceptible. Con ello, además, observaríamos el orden señalado á la operacion divina por medio de estas palabras reveladas: *Al principio creó Dios el CIELO y la TIERRA.* Mas el suelo que nos sirve de morada y que es el teatro de nuestras observaciones, ¿no merece ser conocido ántes que todo lo demás? Para saber más exactamente lo

que pasa sobre nuestras cabezas, ¿no vale más averiguar lo que se realiza debajo de nuestros pies? Por nuestra parte así lo hemos creído, y este sacrificio del orden teórico á la certeza práctica, es lo que nos obliga á refutar, con preferencia á todas las demás, las objeciones que nacen de la geología.

Tiene esta por objeto explicar las transformaciones diversas que la tierra ha experimentado, desde los primeros momentos de su existencia hasta nuestros días, y por consiguiente, el origen de nuestro globo, su estructura, las diferentes capas y venas minerales que forman su corteza; en una palabra, la anatomía de su inmenso esqueleto, sin contar el estudio de las especies animales y vegetales que yacen sepultadas en su seno. Sin embargo, esa población grandiosa de plantas y de animales que resurge al presente de sus profundas catacumbas, para componer la flora y la fauna del antiguo mundo, pertenece más directamente á la ciencia de los fósiles, ó sea la paleontología.

De cuantas ciencias se conocen, es la geología una de las más modernas. Data su existencia de los primeros años del presente siglo, y por consiguiente, no puede decirse que esté completamente formada. En 1806 contábase ya

más de ochenta sistemas, relativos á la tierra, más ó menos hostiles á la fé. De todos ellos no ha quedado en pié uno solo, la misma ciencia se ha encargado de barrer sus fantásticas imaginaciones. En su estado de infancia, la geología anda como los niños, es decir, experimentando frecuentes caídas, bamboleándose continuamente, adelantando algunas veces. Léjos de nosotros el intento de negar su progreso, como justa represalia á sus frecuentes errores, sin embargo, no podemos ménos que recordarle que es de todas las ciencias la que debería presentarse con más modestia y circunspección.

Si, ninguna en tan breve tiempo cuenta con un pasivo más considerable de ideas falsas y de ridículas invenciones. Por esto, cuando se lanza á inducciones antireligiosas, en lugar de contestarle es preferible dejarla decir, y esperar. «Todos sus sistemas, dice un sabio ilustre, se han levantado unos al lado de otros, parecidos á las movibles columnas del desierto, avanzando en frente de batalla; pero, como ellas, no eran más que arena (1).» No rechazemos, sin embargo, los descubrimientos de la geología positiva,

porque nos inspire legítima desconfianza la geología congetural. Lo que ha complicado la cuestión entre la geología y la fé, consiste, por un lado, en la fatuidad agresiva y precipitada de la primera, y por otro, en la oposicion destituida de inteligencia de los representantes de la segunda: de manera, que el antagonismo no existe entre la ciencia y la teología; sino entre los sabios y los teólogos.

Y se comprende perfectamente: el antagonismo real es imposible cuando no hay empeño en ver en la Biblia lo que Dios no ha querido hacer de ella, esto es, una especie de manual inspirado de todas las ciencias. Por esto no vacilamos en consignar que sólo gratuitamente ha podido llamarse cosmogonía á la narracion de Moisés. Propiamente hablando, solo trata de geogonía, pues solo se ocupa en los demás globos que forman parte de los cosmos, cuando trata de sus relaciones con la tierra. En segundo lugar, Moisés cuenta únicamente del nacimiento y formacion de la tierra, aquello que indispensablemente ha menester para que sirva de base y sosten á la revelacion dogmática que se propone. Por consiguiente, todas las curiosidades de lo porvenir relativas á lo interior de nuestro planeta, á la composicion de sus tierras, á la

clasificacion de sus especies vegetales ó animales, aun cuando pudo indublemente satisfacerlas el historiador sagrado, no quiso hacerlo; en primer lugar, porque no entraba en su propósito erigirse en profesor de botánica y de zoología de las generaciones futuras, y despues porque su obra resultaba completa, á pesar de las enumeraciones científicamente incompletas, cuando por medio de ella, hubo transmitido á los hombres las verdades de que Dios le habia encargado en su favor.

Finalmente, descarguemos á la Biblia de las responsabilidades indebidas que le imponen ciertas locuciones llamadas antropomorfismos, que comunican analógicamente á la accion divina ciertos caracteres que son propios de la accion humana. Por ejemplo, Dios, antes de emprender cada una de las creaciones dirigés sí propio la palabra; que certifica el hecho, no debe entenderse que certifique el orden ó el modo de esas diversas creaciones. Habiendo Dios terminado sus obras *et que son buenas*. Esto no expresa en manera alguna el movimiento de un artista humano que al dar por terminado su trabajo, contémplo una vez más con el propósito de gozarse en su admiracion, sino la comprobacion de un Creador divino que presenta su obra á los siglos

futuros como la realización adecuada de su idea.

Por otra parte ¡Dios se arrepiente de haber hecho al hombre! Esta palabra no supone un cambio en la voluntad del eterno Padre, sino un pesar, una herida inferida á sus sentimientos paternales. Despojada de esta suerte de sus formas metafóricas, de toda su superfetación de exegesis, y del aparato de los sistemas, la fé nos parecerá ménos obscura que la geología.

¡Ah! si Roma impusiera bajo pena de heregía, todas las opiniones aceptadas por el Instituto, relativamente á los fenómenos de mineralización y fosilización realizados en nuestro suelo desde el período siluriano hasta el período plioceno, ¿cómo se sublevaría el Instituto contra Roma! Pues bien; la Iglesia es más justa respecto del Instituto. Acoje con favor las imaginaciones más romancescas de la ciencia, con tal que esta no las erija en artículos de fé contra la fé. Detiénese con fruición ánte el cuadro ideal que representa sus paisajes antidiluvianos, siquiera sepa que distan mucho de encerrar la exactitud de las reproducciones fotográficas, y concede fiscalmente á la geología toda suerte de consideraciones, en lo cual, por cierto, no se ve por esta correspondida; no la combate como no sea para defenderse de sus ataques.

No es pues nuestro objeto poner patente que exista entre ellas la concordia, sino demostrar que debería existir y que existirá, en cuanto se decidan á transigir sus mútuas prevenciones los campeones de la verdad y de los de la ciencia. Por lo demás, podemos exhibir los preliminares para la paz firmados por la misma ciencia.

«Durante mucho tiempo, el estudio de la geología háse considerado peligroso para la instrucción de la juventud, hasta tal punto, que podríamos citar un gran país de Europa, en el cual estaba prohibida, por anti-religiosa, la enseñanza pública de dicha ciencia. Estos temores ó aprensiones eran caso legítimos cuando reinaba y dominaba en la geología la idea, al presente considerada errónea, de las revoluciones generales y de los cataclismos continuos del globo... Hoy sabemos á qué atenernos respecto de este sistema de explicación. No cabe duda que nuestro globo ha sido teatro de frecuentes catástrofes: su corteza sólida háse visto desgarrada por mil partes distintas, resultando de ello aberturas y grietas al través de las cuales, merced á las erupciones, han brotado á la superficie las materias contenidas en el interior.

Esos grandes movimientos han conmovido el suelo, anegado los continentes, abierto valles

profundos y hecho brotar montañas elevadísimas; mas todos esos fenómenos, no obstante su poderosa y terrible intensidad, no podían alcanzar á todos los extremos del globo y destruir en consecuencia los seres que vivían en su superficie. . . . No, Dios no creó especies orgánicas para anonadar cada vez y con su mano, su propia obra. Sería juzgar muy mal de la majestad de sus designios; sería apreciar malísimamente la alteza de sus propósitos, respecto de la disposición de la naturaleza, el subordinarlos á esas alternativas continuadas, á esos pasos adelante y atrás. Las especies orgánicas murieron de muerte natural, según se dice en el lenguaje vulgar.

Las razas deben morir como mueren los individuos, así lo tiene decidido, y en virtud de un plan sabiamente ordenado, los seres que han vivido durante cierto tiempo en el globo, han caído su puesto á otros frecuentemente más perfeccionados.

... Otro acuerdo importante de la geología y de la revelación bíblica ha quedado fuera de duda merced á trabajos últimamente realizados: nos referimos á la cuestión de la existencia de la raza humana en la época del gran diluvio del Asia, occidental. Durante mucho tiempo se creyó poder batir en brecha el relato de Moisés,

relativo el diluvio de Noé, alegando que el hombre no apareció sobre la tierra, hasta después del gran sacudimiento geológico que produjo la inundación de las comarcas situadas al pie de la larga cordillera del Cáucaso. Los descubrimientos llevados últimamente á cabo por diversos geólogos y especialmente por M. M. Boucher de Perthe y Carlos Lyell, han dejado fuera de duda la existencia del hombre en esta época, demostrando que la tierra estaba habitada por la raza humana antes del diluvio asiático, y verificado por consiguiente la narración del historiador sagrado (1).»

Tal es la manera como la geología emplea en provecho de la fé las armas que forjara contra ella. En un principio el hueso maxilar descubierto en Moulin-Quignon, y los instrumentos de piedra pulimentada ó abriantada hallados en ciertas cavernas establecían, según la ciencia, la existencia de generaciones preadámicas, lo que parecía inquietante para la fé. Hoy, esas mismas reliquias arqueológicas sólo prueban la existencia del hombre antes del diluvio mosaico, lo que es ventajoso para la fé. Aprovechémosnos

1 Luis Figuer. La tierra antes del diluvio,

de esta conclusion sin darnos por esto por satisfechos. Es indispensable un debate más formal, para resolver la cuestion, por demás complicada, que se ha suscitado entre la geología y el cristianismo. Vamos pues á demostrar con las pruebas en la mano, que la ciencia de Dios no ha experimentado ni experimentará jamás ninguna denegacion de la ciencia de la tierra, ora considere la tierra en su *formacion*, ora la juzgue en sus *transformaciones*.

## I.

¿De qué manera comenzó la tierra? ¿Fue por los esplendores de la juventud como Adán? ¿Fue por el sucesivo desenvolvimiento de un dilatado crecimiento? Libre es cada cual de creer lo que mejor le parezca, con tal que respete la integridad de estas palabras divinas: *Al principio creó Dios el cielo y la tierra.* El estado primitivo de la materia creada es difícil de determinar. Por esto no hay prescripcion alguna que obligue á creer que Dios ha dado el ser á un

mundo adulto. Acaso la omnipotencia creadora brilla más esplendorosa en la hipótesis de una materia producida en estado simple y perfeccionada ulteriormente por las leyes que actúan incesantemente. Esta opinion, dice el P. Pianciani en su *Cosmogonia natural comparada con el Génesis*, en nada disminuye la accion del Creador; ántes bien, nos enseña de una manera más elocuente, la sabiduría que imprimió á las moléculas movimientos tan perfectamente dispuestos, que de ellos debian resultar los innumerales efectos relativos á la formacion y conservacion de los mundos, lo mismo en el pasado más remoto, que en el transcurso de los siglos venideros. *Omnia insamesura et numero et pientia dispositi (-).*

De manera que, según lo dicho, la fé no tiene por qué alarmarse del sistema de geología llamado atomismo. Podemos imaginar el universo compuesto en un principio de los elementos actualmente conocidos, bien que sin haberse reunido aun en fuerza de la cohesion ó de la atraccion química. Esas partículas diseminadas en el espacio no eran en manera alguna el caos de los

paganos, puesto que el desorden solo era aparente, por lo mismo que la materia que le constituía, estaba dotada de la energía plástica de la cual debía resultar el mundo. Dados estos antecedentes, la primera materia del universo solo ha podido estar formada por un conjunto inmenso de átomos. Los que no pertenecian á nuestro sistema solar, agregáronse en fuerza de las mismas leyes que los de la tierra. Además de la atraccion universal, han desempeñado en tales transformaciones un papel importantísimo las afinidades moleculares, resultando de ese trabajo rudimentario, el embrion destinado á ser un día la tierra.

Esto se enseña en Roma, en presencia, y hasta podríamos decir bajo la proteccion del pontificado, si el pontificado se decidiera á favor de determinados sistemas. Es decir, pues, que hasta el atomismo deista alcanza gracia á los ojos de la ortodoxia, que tolera cuantas opiniones se formulan, con tal, sin embargo, de que no se propongan destruirla ó siquiera monopolizarla en provecho propio. Por lo demas, no debe sorprendernos esta amplitud de apreciacion practicada por la Iglesia. Así como no puede admitirse la doctrina de los átomos que nacidos sin creador, actuan sin ordenador, segun enseña el

materialismo, las moléculas producidas y agregadas por un poder y una providencia infinitas, entran en el orden de lo posible. Hasta podria decirse que esta suposicion facilita al vulgo la creencia en la creacion. Para los espíritus poco metafísicos, é incapaces por tanto, de comprender que de la nada al ser, media una distancia inconmensurable, cualquiera que sea la cantidad de las seres creados, es más aceptable la produccion de los átomos que la de los mundos. Y sin embargo, idéntico poder exige la realizacion de cualquiera de esas dos operaciones. ¡Qué son, en último resultado, los mundos sino átomos de lo infinito, ya que los átomos son los mundos del microscópico.

Para nada tiene, pues, por qué meterse la fe con la geología del atomismo, de esta suerte entendido. ¿Corre algun riesgo de parte del platonismo? En manera alguna, y nos lo demostrará perfectamente una exposicion detenida de esta hipótesis que goza hoy gran predicamento. Redúcese, en último resultado, á considerar la tierra como un sol apagado, una estrella enfriada, en suma, una nebulosa que del estado gaseoso ha pasado al estado sólido. Dada esta hipótesis, es indispensable representarse nuestro planeta, en sus primeros momentos como un globo in-



candesciente, y que brillaba con la misma intensidad que Vénus y Júpiter: y como las substancias en el estado gaseoso ocupan un volumen mil ochocientas veces mayor que cuando se nos ofrecen bajo la forma sólida, hay motivos poderosos para sostener que entonces la tierra tenía dimensiones incomparablemente mayores que en nuestro tiempo (1).

Entre tanto esta masa gaseosa cedia gradualmente una parte de su calor á las regiones heladas del espacio interplanetario donde trazaba su surco luminoso. A consecuencia de ese enfriamiento, continuado durante innumerables siglos, el astro primitivamente vaporoso llegó al estado líquido y disminuyó de volumen. Todo cuerpo líquido manteniendo en estado de rotación, toma la forma esférica, hinchándose hacia su centro y achatándose hacia sus polos: de aquí las causas de la figura que actualmente ofrece el esferoide terrestre.

Como el enfriamiento no era bastante poderoso aun para que todas las substancias gaseosas pasaran al estado líquido, había algunas que

1 Véanse los principales plutonistas, y entre ellos M. M. Hutton, Leopoldo de Buch, Buckland etc. etc.

permanecían en suspensión en derredor del globo, formando una inmensa envoltura aeriforme ó atmósfera. Dicha envoltura tenía entonces una extensión tal, que probablemente alcanzaba hasta la luna, y contenía en estado de vapores, la masa enorme de las aguas que componen nuestros mares actuales, sin contar las materias reducibles al estado de gases, por efecto de una temperatura de 2,000 grados que reinaba entonces en la tierra. En el seno de esta formidable hoguera flotaban en pesadas nubes cantidades inmensas de substancias minerales metálicas ó terreas, según el orden de sus respectivas densidades, que un día debían hievarse y depositarse en torno del núcleo del astro, al paso que fuera disminuyendo su incandescencia.

Tal es el modo como giraba nuestro globo, en el espacio, arrastrando en pos de sí, la ráfaga inflamada de su atmósfera múltiple, impropia para la vida ó impenetrable todavía á los rayos del sol en derredor del cual trazaba su curva gigantesca (1).

A fuerza de moverse en las regiones planetarias, cuya temperatura estima Laplace en 400

1 L. Figuier, *Idem*.

grados bajo cero, la tierra continúa enfriándose y toma en consecuencia una consistencia pastosa: al cabo de poco tiempo se producen en su superficie capas de substancia concretas que al ponerse en contacto se sueldan, como acontece al presente son los hielos de los mares polares, que constituyen por su union bancos movibles. Paulatinamente la existencia de ese fenómeno opera la solidificación total de la corteza terrestre. Al presente el espesor de esa corteza se evalúa en doce leguas; y como el radio medio terrestre es de 1584, resulta que la proporción entre las partes concretas y las fluidas, representadas por el agua y por el fuego central equivale á la de una sutilísima hoja de papel que envolviera una naranja.

La primera corteza terrestre no podía resistir el oleaje de este océano de fuego interior, que alternativamente subía y bajaba, á impulsos del flujo y reflujo cotidianamente determinados por la atracción de la luna y del sol. Imagínese si es posible las aberturas producidas en la corteza y el desbordamiento que por ellas se verificaba. Torrentes de materias líquidas levataban y hendían la corteza terrestre. Por las bocas de esas inmensas simas brotaban oleadas de granito líquido, que solidificándose sobre la superficie,

venían á formar las primeras montañas. Esas inyecciones de materias eruptivas que se abrían paso, al través de las grietas ó hendiduras del globo, atravesando los terrenos primitivos para cristalizar al cabo y endurecerse en la superficie, componen al presente nuestros preciosos criaderos de cobre, zinc, antimonio, plomo y otros metales. A veces las erupciones procedentes del interior de la tierra no se elevaban hasta al suelo exterior, y en este caso, el granito proveniente de la parte central llenaba las hendiduras sedimentarias, sin entreabrir las. De esta manera en la tierra perfectamente redonda y unida en un principio formáronse entumescencias, cavidades rugosidades y pliegues de enormes proporciones.

No por esto cesaban los progresos del enfriamiento, llegó un instante en que la temperatura del globo no fué bastante para mantener en estado de gas las masas de agua vaporizadas en su atmósfera, y entonces las cataratas cayeron sobre la corteza de nuestro planeta en diluvios de líquido hirviente. Convertidas otra vez en vapor al ponerse en contacto con ese ardentísimo hogar, remontábase nuevamente á los límites superiores de la atmósfera, donde enfriándose en virtud de la irradiación hacia las zonas

gaciales del espacio, despues de haberse de nuevo condensado, resolvíanse en otras lluvias que se precipitaban sobre el suelo. Este fenómeno extendiéndose y reproduciéndose por todas partes y durante largo tiempo, acabó por cubrir la tierra con cantidades de agua cada mayores. Cuanto tiempo duró este combate supremo entre el fuego y el agua, no puede determinarse: lo que sí se puede decir es que llegó un momento en que el planeta entero quedó sumergido y en que el Océano era universal. A partir de este instante comienza para nuestro globo un período, relativamente normal, interrumpido únicamente á grandes intervalos por las conmociones del fuego interior, oculto bajo una envoltura imperfectamente asegurada.

Indudablemente, durante un dilatado período de siglos, la corteza sólida de la tierra fué aumentando en espesor bajo la presión y las aglomeraciones producidas por las aguas cenagosas que la cubrían; mas con todo esto carecía de la consistencia necesaria para resistir á la fuerza expansiva de los gases contenidos en sus entrañas. Las olas de ese mar interior formado por el fuego central rompieron, nuevamente el suelo bajo el cual se hallaban aprisionadas y por medio de inmensas dislocaciones levantaron el

fondo de los mares en montañas esquistosas, cuya cima habia sido primitivamente bañada por las aguas.

Quede á otros el cuidado de evidenciar la verdad de esta teoría por las erupciones de los volcanes, el calor de los pozos artesianos, la elevada temperatura de las minas; y á otros, sobre todo, el enseñar de que manera, á consecuencia de esa doble accion del fuego y del agua se formaron los terrenos cristalizados, los sedimentarios, los eruptivos y las diversas extratificaciones. Por lo que á nosotros dice relacion nos ocupamos en apología y no en geología poética; y si hemos concedido la palabra durante tanto tiempo al plutonismo más autorizado, ha sido con el propósito de preguntarle:

¿En qué se opone á la fé esta grandiosa epopeya de los comienzos de la tierra? ¿Qué motivos pueden asistir al vulcanista más enamorado de su hipótesis, para no creer en un Criador ni en la Biblia? Hay más aún: cuando refiere las inenarrables preparaciones á que Dios sometió una sola de sus obras, ¿qué idea no ha de concebirse del poder infinito obrando en este inmenso laboratorio de inteligencias y de soles que se llama naturaleza? Y sobre todo ¿cómo desafiar en tal caso la justicia divina, y qué motivo hay

para reirse ora de los diluvios pasados ora del inferno venidero, ya que bastaría al Señor del mundo con abrir algunos de los respiraderos inflamados, cuyos antros tan perfectamente describe la ciencia, para que brotara y cubriera la superficie de la tierra, el fuego que en su seno existe; cuando bastaría con que surgiera una cadena de montañas en el centro del Atlántico, para que echándose este sobre ambos hemisferios, ocuparan las aguas procelosas los lugares en que existen París y Nueva York?

Después de los vulcanistas partidarios de un núcleo terrestre en estado de ignición, encontramos á los neptunianos que consideran los volcanes como fenómenos locales, provenientes de ciertas reacciones químicas y en manera alguna de una masa fluida é incandescente comprimida en el seno de la tierra. Suponen estos que nuestro planeta estuvo completo en un principio por un líquido acuoso que tenía en disolución diversos elementos, que en virtud de la presión ó de diversas combinaciones químicas pasaron al estado sólido y constituyeron las formas cristalinas y las diversas especies de rocas. De manera que así como en el vulcanismo, los granitos, los pórfidos, etc. fueron primitivamente masas en ebullición, impedidas de abajo

arriba, solidificadas en la superficie; según el neptunismo esos productos fueron depósitos acuosos précipitados de arriba abajo y transformados en el fondo de un mar sin límites. Esta teoría echa mano de explicaciones muy espaciosas para los terrenos, las aguas termales, los fenómenos volcánicos y otros misterios de la naturaleza. En Alemania se le ha dado el nombre de teoría química, en contraposición de la sostenida por los vulcanistas que lleva el nombre de física; y cuenta entre sus más entusiastas defensoras al sábio fundador de la geología allende el Rhin, Abraham Gottlieb Werner. Después de haber caído en descrédito durante algunos años, ha encontrado nuevo apoyo en los trabajos de Bischof, Otto Volger, Nepomuceno, de Fuchs, Schafliatl, y Andrés Wagner. Finalmente, si entre los sabios goza ménos crédito que su rival, abriga la pretensión de merecer mayores simpatías de parte de los exegetas que, según la Biblia, explican la formación de la tierra según el procedimiento neptuniano.

Por supuesto que esta no pasa de ser una pretensión que carece de fundamento, hasta el punto de creernos obligados á protestar de ella en nombre de la Biblia, puesto que Moisés no

resuelve en manera alguna la cuestión entre neptunianos y vulcanistas, sino que se limita á decir que llegó un momento en que la tierra se hallaba sumergida dentro de las aguas, hecho respecto del cual están conformes las dos opiniones. Si no menciona la influencia del agente igneo en la formación del globo, proviene de que dá una enseñanza religiosa, y no una lección de geología. Por lo demás, la Escritura llena al parecer esta laguna, ora anunciándonos que el *siglo será juzgado por el fuego*, ora prediciendo que tanto cuanto se eleven las aguas del diluvio, otro tanto se elevarán las llamas en el último día.

Escritas estas líneas que preceden siento impulsos de borrarlas, temeroso de conceder al Espíritu Santo las apariencias de un color ó de una preferencia en favor de determinadas cuestiones científicas, y para que no pueda decirse como de Andrés Wagner, que abusó de los derechos que tenía sobre los sagrados textos, al sentar que «con el geólogo más antiguo del mundo, Moisés, y con otro sabio de la antigüedad dotado de una capacidad poco común, San Pedro, el neptunismo reconoce que la tierra procede del agua, y ha sido formada dentro del agua por la palabra

de Dios, opinion que pueda justificar científicamente (1).»

El neptunismo cumpliría como debe no mezclando en este asunto á Moisés ni á San Pedro, á qu e nes, por lo demás, califica, con la mayor impropiedad que pueda imaginarse, de geólogo más antiguo del mundo, y de hombre de capacidad poco común. Su capacidad, lo mismo la de este que la de aquel, fué un don sobrenatural, que solo á las cosas sobrenaturales alcanzaba, de suerte que el invocarla en apoyo de determinada opinion, en disputas de escuela, más bien exceso de fé, arguye falta de respeto. Cuando el teólogo Kaerl, comparando por su parte el vulcanismo al sistema de Cópernico insinúa que el segundo no ha sido condenado; pero que debería serlo el primero, fundándose en que San Pedro afirma que la tierra salió del agua, el teólogo achaca San Pedro una intencion que jamás tuvo, un aserto que jamás emitió; por lo ménos en un sentido absoluto, y sobre todo una doctrina científica de la cual en tiempo alguno hizo profesion (2).»

1 Historia del mundo primitivo.

2 Historia de la Creacion.

Hay más aun: no contento este exegeta con falsificar el pensamiento de San Pedro, desnaturaliza el Génesis cuando escribe: «La Escritura coloca en el día tercero la formación de las montañas,» puesto que la Escritura no contiene palabra alguna en apoyo de semejante fantasía. Lo que nos dice es, que en el día referido las aguas fueron separadas de la tierra, y que la seca pareció, mas no que las desigualdades del suelo hayan sido producidas al propio tiempo que quedaron puestas al descubierto. Importa pues que los sistemas se resuelvan de una vez á ceñirse en sus justos límites; y á solicitar de la Escritura más estricta neutralidad, si neutralmente la tratan; pero en ningún modo la connivencia, aun cuando sean á ella favorables. Si no lograron entenderse ni ponerse de acuerdo, allá se las hayan, nosotros no hemos de intervenir, sobre todo teniendo en cuenta que en esta contienda, como en muchas otras, la verdad podría muy bien hallarse en el medio, ya que los vulcanistas han menester del apoyo de los neptunianos antes de llegar al fin, puesto que según su propia opinión, los terrenos estratificados, cuando ménos, proceden de los precipitados acuosos. En resumen, resuélvase la victoria en favor de Vulcano, decidase en provecho de Nep-

tuno, poco nos importa, con tal que redunde en mayor honra y gloria del supremo Hacedor.

Estas dos grandes familias de geólogos se subdividen en muchas otras, respecto de las cuales el dógma católico es no ménos liberal, teniendo este poco ó nada que temer de ellas. Y esto no debe causarnos la menor extrañeza: lo que sería verdaderamente extraño y hasta incomprendible es que despues de haber resistido durante tanto tiempo á los asaltos de todas las ciencias y de todas las pasiones, que las más de las veces viene á ser una misma cosa, el cristianismo viniese á quedar confundido por sesenta años de vagnidos geológicos. Podrá decirse, «la historia primitiva de la tierra se encuentra en la tierra escrita en su corteza, y la geología es la única capaz de descifrar los caracteres en que dicha crónica se halla escrita (1),» pues á tan orgullosa pretension, no faltará quien conteste, dando la siguiente leccion de modestia. «La narracion geológica constituye una historia de la tierra escrita en un dialecto que cambia sin cesar, y del cual únicamente conocemos la última parte, aplicable á dos ó tres páginas: deci-

1 Volgt. Tratado de geología.

mos mal, de esta parte sólo poseemos un capítulo muy corto, y de cada página sólo nos quedan algunas líneas dispersas (1).»

¿Y cómo podría argüir de falsedad á la verdad divina, cuando no es más que una ciencia en mantillas, incapaz de probar que las leyes y las fuerzas conocidas en la actualidad, hayan sido las únicas que han presidido á la formación de la tierra; y más incapaz aun de decir si esas leyes y esas fuerzas han obrado en otro tiempo del mismo modo y tan intensamente como en nuestros días? Así tenemos los *quietistas* que explican por medio de causas regulares y permanentes, pero de una duración prodigiosa las vicisitudes del globo; y los *convulsionistas* que atribuyen todas las modificaciones de la corteza terrestre á grandiosos cataclismos, cuyas espantosas peripecias no hay acento humano que pueda referir. Con todo, convulsionistas y quietistas, neptunianos vulcanistas, y atomistas, merecerán de parte de la fé idénticas consideraciones, con tal que no le disputen el terreno en que actúan, por otra parte completamente inútil para sus evoluciones y necesario á su existencia. La

1 Lye l. Principios de geología.

tierra no es eterna, existe por la voluntad de Dios que la ha creado, y su modo de existencia responde tan bien al arquetipo divino, que si ha sufrido diversas series de transformaciones, proviene precisamente de que así lo dispuso y ordenó su sapientísimo Autor.

Atenta á esto, la Iglesia no se preocupa poco ni mucho del valor científico de los libros cuya publicación autoriza, dejando á cada cual en libertad de profesar hasta el absurdo si se le antoja, en el orden puramente humano, con tal, sin embargo, de que respete el divino. Hace quince años publicase en Roma una disertación encaminada de demostrar por medio de argumentos físicos, que el diámetro del sol, media únicamente algunas varas. El soberano señor del Sacro-Palacio no se incomodó poco ni mucho, porque hubiese un sacerdote periodista amigo de hacer reir al público á su costa. Por otra parte, en la ciudad de Roma el P. Pianciani ha repetido casi todas las ideas de Laplace sobre el origen del globo, teoría en virtud de la cual cada sistema solar solo habria tenido primitivamente un solo astro generador, que en su rotación más ó menos acelerada, habria sembrado lo demás como inmensas salpicaduras difundidas por su fuerza centrífuga.

El oráculo de la fé asiste indispensablemente á estos ensayos en opuesto sentido, porque nada le importan: la fé atieude, en la exposicion de un sistema de dónde hace derivar la materia primera, cómo explica que no haya permanecido eternamente en su estado de reposo; de qué manos hace partir el impulso que inició la série de los movimientos y de las transformaciones cósmicas; á qué poder, finalmente, refiere las fuerzas destinadas alternativamente á iluminar, enfriar, coagular y condensar la masa del globo, y cuando la fé ha obtenido para con Dios las satisfacciones necesarias respecto del particular, suelta complacientemente las riendas al pensamiento humano relativamente á todo lo demás.

El pensamiento humano usa y hasta abusa de semejante concesion. Nos hemos ocupado en buen número de sus sueños con la detencion debida, no obstante y sernos notorio que después de habernoslos opuesto, él mismo los desprecia. Si, de quantas bases geológicas acabamos de examinar, acaso no exista una sola que no esté puesta en duda por la geología, Greenhough rechaza la hipótesis del fuego central: Humboldt declara que del estado presente del globo, no puede deducirse conclusion alguna cierta relativamente á su desenvolvimiento retrospectivo Lyell consi-

dera como una opinion desprovista de pruebas la que supone la primera fase de la tierra distinta de esta (1). Todas las teorías que se han formado para explicar el achatamiento de nuestro planeta, en el sentido del eje de rotacion; para darse cuenta de los volcanes; de las cuencas hullferas, etc., etc., hallanse contradichas por otras de no ménos peso é importancia. Por último, Vogt declara que los terrenos estratificados y regularmente superpuestos son los únicos documentos auténticos de la geología, y que la época de la tierra en que faltan dichos documentos, es puramente mítica, puesto que la ciencia del globo no puede comenzar antes de su historia. Después de semejantes confesiones ¿tiene derecho la geología para echarnos en cara el no estar con ella de acuerdo? ¿Lo está acaso consigo misma?

Mas en cambio no se escandalice la ortoxia estrecha ante la idea de un mundo formado paulatinamente como las obras del hombre, por considerar que era al parecer más digno de la divina soberanía suscitarlo todo en un estado de completa organizacion, y por medio de un subli-



me golpe de efecto dirigido sobre la nada. A esta exigencia irracional contestaré con el buen sentido: Un poder infinito no deja de serlo porque modere voluntariamente su energía. Según la moral cristiana, Dios procede con lentitud en la ejecución de sus obras, para enseñarnos á contener la impaciencia en nuestros deseos; según ciertos teólogos, Dios tenía como testigos en sus preiudicios de creación material, á los ángeles que le aplaudían, y cuya caída fué la mayor de las catástrofes ocurridas anteriormente á la época histórica: finalmente, según la Escritura: «¿Dónde estabais en los momentos en que echaba Dios los cimientos á la tierra? ¿Sabéis acaso quién ha establecido las medidas y extendido la cuerda sobre ella; sobre que descansas sus bases y quién estableció la piedra angular; cuándo los astros todos de la mañana alababan juntos al Creador, y todos los hijos de Dios estaban transportados de júbilo? Contestad á todo esto si tenéis inteligencia y saber bastantes (1).»

Mas al llegar á este punto, desechada la geología viendo que no es para nosotros un obs-

táculo, no obstante los vehementes deseos que de ello tiene, exclama con voz de triunfo: Convenid, por lo ménos en que vuestras tablas cronológicas necesitan ser corregidas, teniendo en cuenta las que nosotros hemos formado. Según Gustavo Bischof, para la formación de las bases granitoides que sirven de armazon á la tierra, y de los sedimentos que vienen á ser sus carnes, es menester un lapso de tiempo que no baja de 353 millones de años: con este, comparado, ¿no constituyen un período insignificante vuestros sesenta siglos de tradición mosaica? Por lo que á mi toca, debo confesar, teniendo en cuenta la objecion precedente, que cuantos ménos años de existencia dá á lo que existe el legislador hebreo, más inclinado me siento á creerlo; pues sólo es propio de los narradores sospechosos colocar el teatro de su accion muy lejos, en el tiempo ó en el espacio, á fin de que no vayan á averiguarlo aquellos que les escuchan; al paso que cuanto más acerca y facilita un hombre sus testigos y sus pruebas, más patentes las dá de la sinceridad con que procede.

A más de que, no debe confundirse la edad del mundo con la edad del hombre. ¡Puede acaso citarse un solo exegeta que haya fijado una fecha determinada á ese período de la obra di-

vina *In principio creavit Deus coelum et terram?*  
 ¡Por ventura la era caótica tuvo jamás su cronología determinada en los cálculos de la exegesis? En vista de esto si no os bastan 353 millones de años para establecer científicamente el cielo y la tierra, no hay inconveniente en que dobleis la cantidad, puesto que nuestra revelación no ha de oponerse á ello. Hay más fun: respecto del particular participaremos de vuestras opiniones, si es menester, y suscribiremos á vuestros cálculos si los encontramos justos, y nos guardaremos muy bien de rechazarlos sistemáticamente. De manera que la objeción geológica carece de sentido cuando se refiere á la formación de la tierra. Véamos ahora si es más fundada cuando trata de las transformaciones que ha experimentado.

## II.

Como hasta el presente nos ha ocupado se remonta al período llamado primitivo, durante el cual la vida no habia comenzado aun en la

tierra: vamos ahora á penetrar en una fase más nos hipotética, siquiera no menos obscura, cual es la comprendida entre la época, llamada por la geología, de transición, y el período cuaternario. Las transformaciones del globo durante este inmenso lapso de tiempo se resumen en dos acontecimientos geológicos de una trascendencia inmensa: la obra de los seis días, y el diluvio móstico. Pero solo examinaremos esos dos vastos campos de discusión científica en sus relaciones íntimas con la fé, y por consiguiente solo nos cumple establecer una verdad: las transformaciones de la tierra descritas por la semana genesiaca, nada tienen de contrario á las verdades científicas, y hasta pueden conciliarse con todos los descubrimientos que en adelante se lleven á cabo.

En primer lugar, puede la exegesis admitir que los seis días de la creación no han sido de veinticuatro horas, sino que fueron periodos de una duración indeterminada? Por una parte contesto con la más absoluta afirmación. La teología no siente la menor preferencia en favor de la interpretación de la palabra día según la significación literal, advirtiendo que si suscribe á otro sentido, no lo hace ni mirando al bien de la paz, ni para evitar responsabilidades que po-

drian perjudicarla. Aun cuando no existiesen las ciencias naturales, sería laudable el que la exegesis considerara la semana genesiaca como una serie de épocas sin medida determinada. San Agustín participaba de esta opinión; obras publicadas en Roma con aprobacion de la autoridad eclesiastica la sostienen, y como la Iglesia es neutral en materia de opiniones científicas, sería hacerle violencia y falsear su espíritu, sujetarla al servicio de la una contra la otra.

Otro principio de solucion que suprime muchas dificultades. Entre el primer versículo del Génesis, *En el principio creó Dios el cielo y la tierra*, y el momento en que fué suscitada la luz media un lapso indeterminado, un abismo caótico dentro del cual pueden tener cabida no pocas revoluciones, aun admitiendo que los días genesiacos hayan sido de una duracion ordinaria. En efecto ¿no ha experimentado la tierra devastacion alguna desde la primera creacion del universo á la organizacion del mundo actual? ¿La obra referida por Moisés es una restauracion ó un primer ensayo? ¿No podrian referirse á esa época de *tohu vabohu* y á las destrucciones que la precedieron, muchos de los descubrimientos subterráneos que la paleontología clasifica con dificultad? El mundo anterior á este, de que nos ha-

blan algunos Santos Padres, y que debió ser destruido en castigo de la caída de los ángeles, no fué acaso sepultado en la espantosa tumba sobre la cual se escribió el epitafio: *Terra erat inanis et vacua?* Finalmente, irritado Dios un día ante el espectáculo del creciente oleaje, de la perversidad humana, ¿no hará brotar una nueva tierra sobre las ruinas de esta, y un nuevo Moisés no escribirá en el comienzo de los anales de una nueva humanidad esta inscripcion tremenda: *Terra erat inanis et vacua?* Bástame con establecer la cuestion: sin embargo, Jacobo Böhme, F. Schlegel, Julian Hamberg, Enrique de Schubert, Baumgarten, Delitzsche, Leopoldo Schmid, Micheli y Westermeyer, han afirmado rotundamente lo que por mi parte no hago mas que insinuar. Ciertó que nada se encuentra en la Escritura ni en la tradicion que venga en apoyo de semejantes opiniones; mas sus mantenedores sostienen que los Santos Padres las han pasado en silencio, temerosos del abuso que de ella habria hecho el gnosticismo. A más de que ya que la ciencia imagina tantas hipótesis para atacarnos, ¿no ha de sernos permitido aventurar algunas para defendernos?

Contando como contamos con estas dos clases de interpretacion, no pueden servir de tema á

una objecion formal las transformaciones terrestres consignadas en la semana geneésica. Por cada suposicion pueden hacerse veinte que salven al par la ciencia y la fé.

1.º El hombre es libre, por ejemplo, de pensar que bastan los tiempos históricos para explicar todos los fenómenos geológicos, y que los dias de la creacion son períodos de duracion corta, cortísima, en suma, dias de veinticuatro horas. Ciertamente que á los partícipes de dicha opinion se les objeta la duracion incalculable que ha sido menester para la formacion de las rocas calcáreas, de los fósiles, y de los depósitos de hulla; mas á esto responden:

La calcárea es debida á la acumulacion de dos suerres de animales, los moluscos y los radiados. Ahora bien: mediante un cálculo aproximado basado en el número de dichos animales y en la cantidad de calcárea que pueden producir, se ve que en solos dos mil años podrian cubrir la tierra de una costra calcárea de más de cien metros de espesor.

En cuanto á los fósiles han podido formarse desde los tiempos históricos, puesto que continuamente se están formando en Inglaterra, Sicilia y Suecia, y en lo que alcanza la memoria del hombre se han producido capas fosilíferas de

especies que habian podido observarse vivas. Por lo demás, ¿quién es capaz de enumerar los errores cometidos por la ciencia en este punto? Testigo de ello el esqueleto reputado de hombre preadamita, minuciosamente descrito por Geaner, y en el cual reconoció Cuvier uno de esos baxtrianos anfibios que llevan el nombre de Salamandras; Un lagarto petrificado, dijo Campole, puede confundirse con un hombre?

Los depósitos de hulla, segun los partidarios de las Epocas, son cementerios de plantas y de flores, cuyas capas fueron superpuestas por un invasion del mar cuarenta veces repetida, y transformadas bajo la accion de una elevada temperatura y de las fuerzas electro-químicas. Mas observando lo que pasa en la desembocadura del Missisipi, el Rdo. Manpié, sábio colaborador de Blainville, ha calculado que una masa de carbon de ciento sesenta y seis millones de pies cúbicos, solo ha necesitado quincientos años para formarse (1).

2.º Tambien es libre el hombre de pensar que los tres primeros dias de la creacion, no fue.

(1) Para la doctrina que respecto del partícular puede adoptarse, véase el capítulo. La fé y la paleontología.

ron días ordinarios como los nuestros, por lo mismo que el sol, oculto por los vapores terrestres, no brillaba aún sobre nuestro horizonte; y por el contrario, pues los tres últimos días fueron una sucesion de luz y de tinieblas, resultante de la rotacion de nuestro planeta sobre sí mismo.

3.º Tampoco hay inconveniente en considerar los días hexaméricos como ciclos más ó menos extensos, llamados *días* por pura analogía. En este caso, la palabra *يوم* del texto sagrado, pasa legítimamente del sentido literal al sentido metafórico. Las palabras *mañana* y *tarde* aplicadas á la misma fase, son continuacion de la misma figura. Las dificultades existentes para ajustar esta milagrosa semana á la proporecion de seis veces veinticuatro horas, desaparecen y por último la mayor parte de los argumentos sacados de la geogonia contra la revelacion, quedan reducidos á la nulidad.

4.º Tambien es lícito presumir que la narracion mosaica, en cuanto concierne á los seis días de trabajo, por uno de descanso, tiene un alcance simplemente moral. ¿Cuál era el designio de Dios, en la division de su obra en seis partes? Presentarnos la semana genésica como un original divino, del cual debía ser copia nues-

tra semana. Los seis primeros días solo se cuentan y se designan para preparar la siguiente indicacion: *Y el Señor bendijo y santificó el día séptimo*. De esta suerte, la sucesion de los seis periodos de la actividad divina reunidos á un periodo de reposo, servirá de norma para la distribucion de nuestros trabajos y nuestras fiestas semanales, y la semana de Dios servirá de tipo á la semana del hombre. Indudablemente sería mayor la analogía entre esta y aquella si los días de ambas fueran de idéntica extension; mas basta que las dos lleven el mismo sello característico, el número siete, para que pueda claramente deducirse el precepto moral.

5.º Finalmente, tambien es permitido considerar la narracion bíblica como un resumen lógico, y no como un cuadro de cronología. En realidad, se puede retar á cualquier adversario formal, á que cite las patentes analogías que existen entre la narracion de Moisés y las demostraciones paleontológicas; mas no nos cansaremos de repetir que Dios se propuso darnos una leccion de dógma y no de historia natural. Por esto puso de relieve la substancia y miró con indiferencia el orden de la creacion; de la propia suerte que ciertos historiadores dividen su narracion segun la naturaleza de las mate-

rias, más bien que ateniéndose á la sucesion de los hechos. En este concepto, los seis dias, si así podemos decirlo, no seria más que la exposicion del acto creador, puesta al alcance, con sùblime sencillez, de la inteligencia comun, y si quiera divinamente inspirada en el fondo, despojada, por lo que á su expresion se refiere, de toda pretension de fidelidad cronológica.

Dadas las explicaciones que proceden, ¿qué es lo que pretende la geología al atacarnos? ¿Que le concedamos un dilatado espacio para que pueda establecer sus tiempos pre-históricos? Lo hemos hecho. Importa confesar sin embargo, que no usa muy discretamente del permiso, y que no habria estado de más el que hubiese puesto muchos interrogantes al final de las arbitrarias suposiciones que respecto del particular se permite. No importa, la exegesis abandonada á la ciencia la evaluacion de la edad del mundo, con tal que la ciencia reconozca el trabajo de los seis dias, siguiendo cualquiera de las interpretaciones anteriormente anunciadas. La Biblia consigna que el hombre aparece sobre la tierra en cuanto está embellecida y decorada para la recepcion de su rey, mas una vez establecida esa verdad, ¿cuanto tiempo ha empleado el divino Artífices en adornar esta bella mansion?

¿Este secreto que no lo ha confiado á la revelacion, ¿logrará penetrarlo la investigacion geológica? Lo deseamos.

Existe otra transformacion de la tierra respecto de la cual se dirigen tambien graves cargos contra la fé. Nos referimos al diluvio asiático. Segun los más acreditados geólogos, antes de la aparicion del hombre acaecieron varios diluvios europeos, en tanto que el diluvio mosaico fué posterior. El primer diluvio de Europa fué provocado por el levantamiento de las montañas de Noruega y Escandinavia, que con sus olas y sus rotos bancos de hielo llevó sus estragos á las llanuras septentrionales, siendo las pruebas de semejante cataclismo, las *rocas erráticas* que trasladó á terrenos movedizos que en manera alguna podian producirlas. Una de esas masas de granito, hallada en Rusia sobre un suelo permiano, ha servido de pedestal á la estátua de Pedro el Grande; otra, de piedra tumularia, á Gustavo-Adolfo.

El segundo diluvio europeo ha reconocido como origen el levantamiento de los Alpes. La cuenca del Garona, á los ojos de los observadores competentes, es un teatro clásico del trabajo realizado por las poderosas corrientes de esta inmensa inundacion. Estos dos diluvios son del

dominio puramente científico, y nada tienen que ver con la revelación. Mas, con posterioridad á la multiplicación de la raza humana, tuvo lugar un tercer diluvio, que la Escritura nos ofrece como histórico y cuyos detalles consigna, asumiendo en lo porvenir la responsabilidad de tan conmovedora narración. Ahora bien, ¿qué debe pensarse, según la ciencia, de ese tremendo castigo de las iniquidades humanas? En este punto, las investigaciones más recientes se hallan de acuerdo con la exégesis. Esta no debe hacer más para defenderse debidamente, que conceder la palabra á la ciencia.

«La opinión que fija el nacimiento del hombre en las orillas del Eufrates, en el Asia central, se halla confirmada por un acontecimiento de alta importancia en la historia de la humanidad y que gran número de tradiciones concordantes, conservadas en diferentes pueblos colocan en el mismo lugar: nos referimos al diluvio Asiático.

«El diluvio Asiático, cuyo recuerdo ha transmitido á las futuras generaciones la Historia sagrada, fué provocado por el levantamiento de una parte de la larga cadena de montañas continuación del Cáucaso. Ensanchada desmesuradamente una de esas aberturas, resultado inevitable

de del enfriamiento de la tierra, brotó por ese inmenso cráter una cantidad inmensa de materias volcánicas, acompañando á la erupción de las lavas procedentes del interior del globo, masas enormes de vapor de agua. Esos vapores, condensándose, cayeron en forma de lluvia, y las llanuras quedaron anegadas bajo ese volcán de lodo. La inundación de las llanuras, en un radio muy extenso del monte Ararat fué la consecuencia permanente.

«Oigamos la narración de este acontecimiento, consignada en el Génesis por el historiador sagrado.

«El año 660 de la vida de Noé, dice Moisés, el día décimo séptimo del segundo mes del mismo año, rompiéronse las fuentes del grande abismo de las aguas, y se abrieron las cataratas del cielo.

«Y la lluvia cayó sobre la tierra durante cuarenta días y cuarenta noches. Las aguas crecieron y aumentaron prodigiosamente sobre la tierra, y todas las altas montañas que existen debajo del cielo fueron cubiertas; el agua se elevó quince codos sobre la cima de las montañas más elevadas. Toda carne que se mueve sobre la tierra fué consumida; todas las aves, todos los

animales, todas las bestias y cuanto se arrastra sobre la tierra, todos los hombres murieron, y generalmente cuanto respira y tiene vida de bajo del cielo.

«Todas las criaturas que estaban sobre la tierra, desde el hombre hasta las bestias, lo mismo las que se arrastran que las que vuelan en el aire, todo pereció; solo se salvó Noé y los que estaban en él en el arca y las aguas cubrieron la tierra durante ciento cincuenta días.»

Hasta los detalles más insignificantes de la narración bíblica pueden explicarse por la erupción volcánica y turgosa que precedió á la formación del Monte Ararat. Las aguas que produjeron la inundación de esas comarcas provenían de la erupción, acompañada de enormes masas de vapores. Esos vapores condensándose en agua precipitáronse sobre la tierra é inundaron las extensas llanuras que parte hoy del pie del Ararat, inmensa sinuosidad montañosa.

«La palabra *toda la tierra* que se lee en la traducción de la Biblia, conocida con el nombre de Vulgata, necesita una explicación. Solo debe ser considerada en sentido figurado y metafórico. Un geólogo á quien se debe un libro de mucha ciencia, titulado *La Cosmogonía de Moisés*, Marcelo de Serres, ha dado una explicación

perfectamente admisible á esta expresión del texto sagrado, pues ha demostrado que con la palabra *haarets*, que segun él se ha traducido inexactamente *toda la tierra*, Moisés pretendió designar únicamente la parte del globo que en aquel tiempo se hallaba poblada, y en manera alguna toda su superficie. La palabra *haarets* no ha tenido siempre, segun Marcelo de Serres, la significación que le da la Vulgata; sino que con más frecuencia se toma por *region, país comarca, etc.*»

Del propio modo explica Marcelo de Serres la expresión *todas las montañas*, que se encuentra en la traducción de la Vulgata.

«Moisés, dice Marcelo de Serres, solo ha podido indicar, con «las palabras *todas las montañas*, aquellas que realmente conocía; el número era poco considerable y se limitaba á las comarcas en «su tiempo pobladas, por consiguiente á estas debía aludir al «referirse á la extensión del diluvio.»

Varios intérpretes han traducido igualmente este pasaje, no de una manera literal, sino restringiendo las aguas del diluvio á las comarcas frecuentadas por los hombres.

«Entre ellos podemos citar á M. Glaire, que en la *Crestomatia hebérica*, que ha dado á con-



tinuacion de su Gramática, ha traducido dicho pasaje del modo siguiente: «*Las aguas habían crecido tan prodigiosamente, que las más altas montañas del vasto horizonte quedaron sumergidas, etc.* Esta traducción da al pasaje un sentido ménos extenso que la Vulgata, puesto que limita á las montañas contenidas dentro del horizonte, las que las aguas cubrieron é inundaron (1).

«Nada impide ver en el diluvio asiático, segun el texto del Génesis, un medio de que se sirve Dios para castigar á la raza humana, entónces en el comienzo de su existencia, y que se separaba del camino por su mano trazado. Lo que parece indudable es el nacimiento del género humano en las comarcas que tienen su origen en el pié del Cáucaso, en los lugres que forman al presente parte de la Persia; y lo que es cierto, es el levantamiento de una cadena de montañas, precedida de una erupcion volcánica fangosa, que anegó los territorios, enteramente compuestos, en esas regiones, de llanuras de una extension inmensa.

El diluvio bíblico es pues real; mucho pueblos han conservado la tradicion del mismo.

1 Para la justificacion del texto sagrado basta con que las aguas invadieran toda la tierra habitada entonces por la raza humana.

«Moisés lo hace remontar á quince ó diez y ocho siglos ántes de la época en la cual escribe.

«Baroso, historiador caldeo, que escribia en Babilonia en tiempo de Alejandro, ha compuesto una historia de Caldea en la cual se remonta hasta el nacimiento del mundo, y habla del diluvio universal cuyo suceso coloca en una época inmediatamente anterior á Belo, padre de Nino.

«Los Vedas ó libros sagrados de los Judios, que han sido compuestos al propio tiempo que el Génesis, hace unos 3,300 años (1), hacen remontar la época del diluvio á 1,500 años ántes de su época.

«Los Güebros hablan del propio desastre, con como realizado en la propia fecha.

«Confucio, célebre filósofo chino, nacido por los años 551 ántes de Jesu cristo, empieza la historia de la China hablando de un emperador llamado Jao, al cual representa ocupado en hacer manar las aguas que habiéndose elevado hasta el cielo, bañaban aun el pié de las montañas más elevadas, cubrian las colinas ménos altas, y hacian impracticables las llanuras.

«Lo repetimos: el diluvio bíblico es real; mas

1 La contemporaneidad de los Vedas y del Pentateuco constituye un error histórico que dejamos ya demostrado.

no fué universal sino local, como acontece con todos los fenómenos de este género, y fué la consecuencia del levantamiento de las montañas del Asia occidental.

«Un diluvio por cierto muy moderno, puede hacernos formar una idea muy exacta de semejantes fenómenos. Recordaremos las circunstancias que ha presentado, para que se comprenda mejor la verdadera naturaleza del diluvio que, durante el período cuaternario, asoló algunas de las comarcas del Asia.

«En 1759, á seis jornadas de la ciudad de Mexico existía una comarca fértil y perfectamente cultivada, dónde crecían en abundancia el arroz, el maíz y las bananas. En el mes de Junio, esa comarca vióse conmovida por espantosos terremotos que se sucedieron incesantemente durante dos meses. En la noche del 23 al 29 de Setiembre, la tierra experimentó una violenta convulsion, un terreno de muchísimas leguas de extension fué elevándose paulatinamente hasta alcanzar una altura de 150 metros, en una superficie de muchas leguas cuadradas. Bajo la influencia del fenómeno, el terreno ondulaba como la superficie del mar, resultando de ello innumerables montículos que subían y bajaban alternativamente. Por último, abrióse

una sima inmensa, que empezó á vomitar humo, fuego, cenizas y piedras incandescentes, que eran lanzadas á alturas prodigiosas. Seis montañas surgieron de esa profunda abertura, entre las cuales se cuenta el volcan bautizado con el nombre de *Jorullo*, que actualmente alcanza una elevacion de 550 metros sobre la antigua planicie,

«En el momento en que tuvo comienzo la ruptura del suelo, *las dos corrientes llamadas Río de Cuitimba y Río San Pedro, retrocediendo en su curso é inundaron toda la llanura ocupada actualmente por el rio Jorullo, pero en el terreno que continuaba ascendiendo abrióse una sima que las tragó. Más tarde reaparecieron al Oeste en un punto muy lejano del antiguo cauce.*

«¿No puede recordarnos semejante inundacion los fenómenos todos producidos por el diluvio de Noé (1)?»

Testimonios son los que acabamos de citar, posteriores á Cuvier, Deluc y Dolomien. Si no

(1) Luis Figuier. La tierra antes del diluvio. Si citamos con tanta frecuencia á este autor, no es que nos exageremos su autoridad científica; pero nos ha parecido de buena ley, ir á buscar la confirmacion de nuestras pruebas, en las obras de un vulgarizador poco sospechoso de parcialidad en favor de la H.

son bastantes á desvanecer la falta de inteligencia entre la religion y la geología, no será la culpa de la geología ni de la religion, sino.... de los geólogos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

## CAPITULO IX.

### LA FE Y LA ASTRONOMIA.

La geología nos enseña á conocer el teatro nuestro observatorio científico: la astronomía nos abre el vasto campo de nuestras observaciones.

Hé ahí una ciencia mucho menos inofensiva de de lo que á primera vista podría creerse respecto del dógma. Su campo es más extenso que el de la geología, puesto que así como esta se limita al estudio de las tierras, aquella explora la inmensidad del espacio sideral con la de los

son bastantes á desvanecer la falta de inteligencia entre la religion y la geología, no será la culpa de la geología ni de la religion, sino.... de los geólogos.



## CAPITULO IX.

### LA FE Y LA ASTRONOMIA.

La geología nos enseña á conocer el teatro nuestro observatorio científico: la astronomía nos abre el vasto campo de nuestras observaciones.

Hé ahí una ciencia mucho menos inofensiva de de lo que á primera vista podría creerse respecto del dógma. Su campo es más extenso que el de la geología, puesto que así como esta se limita al estudio de las tierras, aquella explora la inmensidad del espacio sideral con la de los

mundos que lo pueblan. Su dominio es poco más que el de las conjeturas, pues si el hombre sabe muy poco respecto de lo que pasa á algunos kilómetros debajo de sus piés, mucho de lo que dice, respecto de lo que ocurre sobre su cabeza, tal vez no sean más que meras ilusiones de óptica. Cuanto existe más allá del suelo de los criaderos de hulla, y de las capas atmosféricas á que han alcanzado los globos areostáticos debe afirmarse con gran reserva. De suerte que se necesita una gran dosis de valor, por parte de la ciencia negativa para oponernos, como si fueran rotundas evidencias, las objeciones que nos dirige. La astronomía en especial, encierra tantos problemas entre sus artículos de fé, que tendría que ser más respetuosa con nuestros misterios. ¡Cuántos serian los incrédulos si un día llegaba á constituir una religion! Y si la religion quisiera corresponderle haciéndole la misma oposicion que de ella recibe, cuántas imaginaciones, algebraicamente formuladas, se desvanecerian por completo. Afortunadamente para la astronomía, cuando nos discute la tratamos con confianza; nos limitamos á defendernos de sus golpes sin devolverlos, y ahora mismo, en lugar de decirle, que sabiendo tan poco de lo que le incumbe, ántes de emplear contra noso-

tros lo que sabe, debería completarse, preferimos contestarle á dirigirle interpelaciones, y hacer frente á sus dichos, en vez de ponernos á cubierto de su ignorancia.

Bueno será sin embargo recordar á la astronomía la historia de sus variaciones religiosas. En tiempo de Newton y de Klepero, humilló, base piadosamente en presencia de Dios; si mas tarde, despues de Laplace ha dejado de adorar, ¿no debe atribuirse únicamente á que se ha puesto al servicio de las pasiones filosóficas? ¿Ha llevado á cabo un solo descubrimiento que justifique este cambio de frente? ¿Imaginase acaso que las utopias pseudo-científicas de Camilo Flammarion sobre la pluralidad de los mundos habitados por medio de las cuales pretende, especialmente comprometer á la religion en el rejuvenecimiento de una tósis anticuada, pueden crear graves dificultades á la creencia de Pascal ó de Copérnico? Es una falta gravísima de nuestro siglo el convertir en novelas las ciencias de la naturaleza, como lo ha hecho con sus costumbres; de aprovechar sus conocimientos todos en motivo de distraccion ó de argumento contra Dios; y de no poder descubrir un rayo de verdad física sin falsificarlo en perjuicio de la verdad moral.

Ni estará demás tampoco el recordar á la astronomía sus variaciones astronómicas. Cuando empecé á estudiar los elementos de esta ciencia, solo se contaban ochenta y cuatro mil leguas de la tierra á la luna: hoy ha cambiado todo esto, y los selenitas, nuestros vecinos más cercanos, han sido relegados á la distancia de noventa y seis mil leguas. Entonces la tierra solo evolucionaba á treinta y tres millones de leguas del astro central; hoy los manuales más modernos la colocan á treinta y ocho millones doscientos treinta leguas justas, ni una más ni una menos. Cuando Cyrano de Bergarec escribió en *Viaje á la luna* y su *Historia de los Estados del Sol*, éste era cuatrocientas veces mayor que la tierra; hoy ha alcanzado una magnitud de un millón cuatrocientas mil veces más grande que la de nuestro planeta, siendo esto tan cierto, que se ha llevado el rigor de las matemáticas siderales hasta el extremo de calcular, que así como bastan tres años para llevar á cabo un viaje de circunnavegación en derredor de la tierra, el la Peyrouse de los solarícolas que quisiera emprenderlo, habría menester 110 años para llevar á cabo su travesía, supuesto que existiesen mares en esas llanuras abrazadas, en

las cuales no vemos más que fuego (1). Francamente, el dogma católico no ha variado tanto como todo esto, por mas que lo contrario sostengan ciertos astrónomos interesados en hacer patente su inestabilidad. Por su puesto, que la astronomía, no carece de escusas. Antiguamente, dice, no habia sido posible medir la paralaxe del sol por medio de instrumentos exactos; mas, ¡instrumentos dotados de mayor exactitud, no podrian modificar los datos actuales? De manera, que desde el filósofo griego de quien se hizo tanta burla por haber dicho que el sol era mayor que el Peloponeso, hasta la ciencia de nuestros días, glorificada cuando enseña que el espacio comprendido entre la tierra y la luna apenas ocuparia la cuarta parte del diámetro solar, nuestra verdad no ha aumentado ni disminuido en un solo ápice, en tanto que la astronomía cambia incesantemente.

Y esa incertidumbre de sus pretendidas certezas ¡cómo las confiesa ingenuamente cuando en ello tiene interés, y cómo la disimula cuando lo exige la defensa de su causa! ¡Necesita poblar todos los mundos para tener un motivo que

(1) Pluralidad de los mundos habitados.

la autorice á negar las ventajas de este, é imaginar humanidades planetarias con el objeto de rebajar la nuestra? Inmediatamente pone en ejercicio sus leyes todas en apoyo de su hipótesis; y como es difícil suponer hombres en Mercurio, que recibe del sol siete veces más luz y más calor que nuestro globo, y en Júpiter que recibe veinte y siete veces ménos, y en Urano que recibe trescientas sesenta y cinco veces ménos, y en Neptuno que recibe mil trescientas veces ménos, y especialmente en la Luna que carece de atmósfera respirable; la astronomía fantástica no se descorazona por tan poca cosa, sino que dice modestamente:

¿Quién sabe si, de la Tierra á Neptuno, los rayos solares atraviesan zonas ménos refrigerantes que la nuestra? ¿Quién sabe si en derredor la Luna existe una atmósfera tan sutil que no le es dado á nuestros sentidos apreciarla? ¿Quién sabe si esta atmósfera se ha condensando en los valles de nuestro satélite, ya que sus montañas carecen de ella? ¿Quién sabe en fin si ese globo reúne todas las condiciones de habitabilidad en aquel de sus hemisferios que nosotros no podemos distinguir? De manera que con tal de hacer pasar un sueño del cual está enamorada, la astronomía es capaz de declarar con la me-

yor voluntad del mundo, que es muy poco lo que sabe; mas en cambio si se trata de producir testimonios en contra de la religion, substituye con asertos rotundos todas sus dudas y vacilaciones, y habla cual si los hubiese sentido, de los vientos alisios que agitaban la atmósfera de Venus, y de los temporales que reinan en el cielo de Júpiter, y de las nieblas que pasan sobre la superficie de Marte, y finalmente hasta los mares que limitan los continentes, y de las lluvias que refrigeran las praderas de los mundos estelarios (1). Es decir, que para acreditar una sola de sus fantasías, no tiene inconveniente en convertir en dudas muchas demostraciones; en tanto que para arruinar una verdad divina, no vacila en convertirlas en evidencias.

Muchas veces hemos sido testigos de tales incosecuencias. Por ejemplo, muchos sábios se han reído de la credulidad de ciertos ascéticos que establecen el paraíso en el sol, habiendo existido un tiempo en que se miraba con tanta prevención la habitabilidad de dicho astro, que el doctor Esliot fué exonerado como loco por el tribunal de *assises*, por haber profesado dicha

(1) Flamsteed Idem;

doctrina; acontecia esto en la época de la astronomía escéptica. Mas al cabo de poco tiempo aparecieron Herschel, Humboldt, y Arago, que adoptaron una constitucion física del foco solar, perfectamente compatible con una poblacion viviente: despues de ellos el aleman Bode llegó hasta el extremo de hacer de dicho astro una mansion de delicias y de longevidad, en el cual las ventajas biológicas deben estar en relacion con la importancia de un mundo que fecunde, que gobierna y que domina todos los demás, y desde este momento la astronomía mística ha dejado muy atrás á los teólogos.

Librame Dios de poner en duda aquella parte de la ciencia que se halla completamente comprobada; pero tampoco seria justo hacer extensivo á todos sus asertos, al beneficio de la infalibilidad. Cierto que la astronomía se apoya sobre cifras que no engañan; mas esas cifras descansan á su vez en observaciones físicas que engañan frecuentemente. Poco importa por consiguiente que el cuadrado de tal ó cual número sea igual á tal distancia ó á determinada cantidad, ó si el número en cuestion no se halla debidamente establecido: en física se demuestra teóricamente, que puesto el péndulo en movimiento no se detiene jamás, y sin embargo en

la práctica se ve que se va parando, gracias á la resistencia de los medios y al juego de los roces, que desmienten los razonamientos en virtud en los cuales debería marchar constantemente. ¡Cuántas veces desde la tierra á las estrellas, los cálculos astronómicos, intacables en sí mismos, pueden verse confundidos por la resistencia de los medios y por el juego de los razonamientos!

Hemos de insistir aún, y esto no para negar la ciencia, sino para impedir que salve sus fronteras. La razon se ofende al ver que se considera indigno de crédito el símbolo de los apóstoles, por los que no hace mucho creían en la posibilidad de comunicar con los habitantes de la luna, por medio de la reflexion de espejos inmensos establecidos en el suelo de la Siberia! Es una verdadera anomalia el aclamar como axiomas desde los observatorios, bizarras extravagancias que serian recibidas con burla y desprecio si las anunciáramos en el púlpito. Mas señalados al lector este peligro y semejante injusticia, podemos entrar en materia. Por lo demás, puesto de manifiesto el lado débil, el punto vulnerable en la armadura que viste nuestro adversario, no tanto inténtese combatirlo, como demostrar que no tenemos porque temerlo.



Das tendencias perfectamente marcadas caracterizan los antagonismos de la astronomía anticristiana. La una se inspira en el estudio de los libros santos y dirige sus negaciones al encuentro de la cosmogonía Bíblica; la otra procede de la discusión dogmática y afirma falsamente contra algunas de nuestras creencias. La primera es principalmente exegética la segunda es más esencialmente filosófica; vamos á contestar á las dos, una en pos de otra.

Las objeciones propuestas por la ciencia moderna contra la astronomía bíblica, pueden reducirse á estos cuatro puntos principales: 1.º ¿Por qué razon los cuerpos celestes que son millares y millones de veces mayores que la tierra, son representados por Moisés como meros accidentes de esta, es decir, como luminares y cronómetros puestos á sus servicios? 2.º ¿Cómo se explica que nuestro planeta haya sido creado antes que el sol que es centro de su movimien-

to? 3.º ¿Es verosímil que Dios haya empleado cinco dias en formar y organizar nuestro mundo, cuando uno solo le bastó para crear todos los mundos del espacio sideral? 4.º ¿Cómo puede, finalmente, concebirse que la produccion de la luz, la sucesion de los dias y de las noches, y la vegetacion, es decir tres fenómenos atribuidos al sol, hayan tenido lugar en la tierra antes de la aparicion del sol (1)? Tales son en substancia las especiosas objeciones dirigidas por la astronomía á la narracion geneisíaca. Apresurémonos sin embargo á consignar que semejante oposicion proviene de un error y que este error es resultado, ó de las temeridades de la astronomía, ó de una falsa inteligencia de la Sagrada Escritura.

Es realmente un hecho que la tierra solo desempeña un papel secundario en nuestro sistema planetario; mas tambien lo es que el Génesis de acuerdo con la apreciacion vulgar, habla de ella como la parte más importante de la creacion, con la circunstancia de que aun cuando Moisés hubiese poseido en astronomía tantos y tan profundos conocimientos como Leverrier,

(1) Véase David Strauss, *Las doctrinas del Cristianismo*.

cosa que era completamente inútil para la misión de que estaba encargado, no habría empleado un lenguaje diferente del que empleó.

Para el escritor sagrado, no es de gran importancia el que la tierra no sea más que uno de los planetas más pequeños que giran en derredor del sol, ni la tiene mayor el que el mismo sol no sea acaso más que una estrella que, á la manera de los planetas, gira á su vez en derredor de otro sol perdido en las regiones de lo infinito. Moisés no traza la historia de los otros mundos, acúpase únicamente en la de este; no escribe una cosmogonía, ya lo hemos dicho; solo se ocupa en redactar una geogonía. Hacerle, pues, un cargo de haber subordinado lo que era para el accesorio, á su asunto principal, vale tanto como echarle en cara el haber sido lógico, y haber compuesto según la razón, más bien que para enseñanza de los naturalistas venideros.

Por lo mismo que su propósito iba encaminado á la educación de las almas, y no al entretenimiento de los espíritus curiosos, en cuanto hubo enseñado que Dios creó el cielo y la tierra, no tuvo inconveniente en abandonar á otros el cuidado de describir detalladamente el cielo reservándose el extender los anales de la tierra. Esto es lo que ha dicho. Libres son de pensar

lo que querían los partidarios de la pluralidad de los mundos habitados, en orden á la especie relativa á si cada uno de ellos ha tenido su historiografo semejante á Moisés; más guárdense muy bien de hacer cargos á Dios ni á su autor inspirado, porque la Biblia no contenga el acta de nacimiento ni la crónica de todos los globos. Así limitado el divino modelo del autor sagrado, el cargo que por él se le dirige, tiene el valor de un elogio. La tierra no es el centro del universo, es el centro de la revelación mosaica, y el teatro de todos los acontecimientos que á ella se refieren. Moisés no la considerará por lo tanto bajo el punto de vista de astronomía, sino teniendo en cuenta los grandes intereses de la humanidad confiados á su inspiración. Por esto, en tanto que otros estudiarán la constitución interna de los astros, sus relaciones mutuas, el lugar que ocupan en los campos del espacio, él, que es el padre de la historia terrestre, no los considerará ni los mencionará más que como las antorchas y los relojes luminosos de la tierra.

Y hablará de las comunicaciones del firmamento con la raza humana, según las apariencias y según la opinión popular, y en manera alguna con un rigor científico, que le está prohibido, porque no conduce á su fin. Ahora bien, para el

fin que se proponía el analista sagrado, el presentarnos las estrellas como luces destinadas á adornar nuestra morada, y adoleitar nuestras miradas con su nocturno centelleo, á servirnos para orientarnos en nuestros viajes y travesías y para elevarnos en nuestras contemplaciones y ejercitar nuestra sagacidad en las investigaciones que realizáramos, era mucho más importante y oportuno que el enseñarnos operaciones propias de la dirección hidrográfica, ó del observatorio astronómico. A más de que es preciso repetir con San Crisóstomo y Santo Tomás, que hasta físicamente pueden justificar, se los errores astronómicos de la Biblia, puesto que si da el nombre de luminares mayores al sol, y á la luna, no tanto es por causa de sus dimensiones, como en virtud de la influencia que que ejercen sobre la tierra. «Aun cuando las estrellas sean de un volúmen mucho más considerable que la luna, los efectos de esta son extraordinariamente más sensibles para el globo que habitamos, y su diámetro parece desde él muchísimo mayor (1).»

(1) Santo Tomás, 1.<sup>o</sup>, 2.<sup>o</sup>, a 1. ad 2.

Finalmente, la cuestión científica se complica en este punto con otra consideración. La astronomía ha calculado, según pretende, que Saturno pesa 100 veces y Júpiter 333 veces más que nuestro globo, y que serían menester casi trescientas cincuenta mil tierras puestas en el platillo de una balanza para equilibrar el peso del sol; más, ¿está segura la astronomía de que la importancia de un mundo, está en razón directa del número de sus kilómetros ó del de sus kilogramos? En la geografía de nuestro planeta, escriba juiciosamente el doctor Reusch, la Palestina ocupa un lugar insignificante entre los diversos países, y Belem, uno más insignificante todavía entre las villas y ciudades, y no obstante, por lo que á la historia de la religión se refiere, Palestina tiene más importancia que la América entera, y Belem y Jerusalem la tienen mayor aun que Londres y Paris. Por consiguiente, sea el que quiera el modesto papel que la tierra desempeñe en un sistema de astronomía, no cabe dudar que Moisés procedió acertadamente, concediéndola uno más brillante en las combinaciones del plan divino, y que con todo y ser la última en la gerarquía física de los mundos, nuestro planeta es realmente el primero en el orden moral.

Por lo demás, no hay porqué nos cansemos fatigando prematuramente el oído del libre pensamiento, con la relación de los privilegios concedidos por el Creador al hombre en la tierra. El libre pensamiento tiende esencialmente á reducir la dignidad del hombre y la de nuestro universo, para disminuir proporcionalmente los derechos de Dios y sus propios deberes. Mas adelante nos haremos cargo de esa ingrata manera de saldar las deudas; mas, entretanto, debemos insistir que aún en la hipótesis de que la tierra sólo tuviese una importancia moral proporcionada á su volumen, Moisés habría hecho perfectamente hablando de ella como de un objeto principal, y ocupándose de los cielos como de un accesorio, porque en la historia religiosa de los habitantes de la tierra, la tierra pasa ante todo y los cielos deben aparecer únicamente como episodio de la narración, por lo mismo que no son más que el pabellón que cubre nuestra morada terrenal.

Después de esta objeción sacada de la ley de las proporciones planetarias, preséntase la segunda, deducida de premisas que parecen todavía más rigurosas. ¿Cómo es posible que la tierra haya sido formada antes que el sol, que se halla en el centro de su órbita, que es el regu-

lador necesario de su marcha, el principio de su fecundidad, y según todas las probabilidades científicas, su foco generador? Un día, dice la astronomía que más crédito goza actualmente, en lo más remoto de las edades pretéritas, el sol trabajado por una fuerza expansiva estalló en haces de fuego, y las chispas de ese chisporroteo inmenso, lanzadas á distancias inconmensurables por la acción centrífuga, apagadas y solidificadas por el frío del ether, y retenidas en el vasto torbellino de su astro central, por medio de la gravitación, formaron los planetas. De manera, que así como se ecapan estrellas de fuego de determinadas piezas pirotécnicas, los asteroides que forman parte de nuestro sistema solar no serian mas que partes desprendidas del hogar prodigioso que ilumina el mundo, y los cielos podian compararse á un sublime fuego de artificio perdurable é inmenso.

Dejemos á la ciencia las inocentes delectaciones de su poesía, y volvamos á la cuestión. Consignemos desde luego, que el Génesis, lejos de afirmar que la tierra hubiese sido producida antes que el sol, parece insinuar todo lo contrario por medio de las palabras con que empieza, las cuales colocan el cielo antes que la tierra en el orden cronológico de la creación. Por consi-

guiente, el sol podía muy bien existir, segun la Biblia, cuando la tierra se hallaba aún en estado rudimentario; solo que los vapores del periodo caótico impedian que sus rayos llegaran á nuestro horizonte, y que el cuarto dia del hexamerón señala la hora en que los dos grandes luminaires comenzaron á brillar, para nuestro globo, y no aquella en la cual brotaron de la nada. Se dirá que esta obra se halla anunciada en el texto sagrado con la palabra creatriz *fiat*; mas el efecto de este *fiat* es aquí relativo y no absoluto: expresa el nacimiento de dichos astros con relacion al mundo que habitamos y no en sí mismos; y si Moisés que se extiende en lo relativo á la formacion de la tierra, nada dice absolutamente respecto de la de las estrellas, es porque en realidad de verdad nada tenia que decir, desde el momento en que habia fijado el dia en que entraran en relaciones visibles y normales con la esfera cuya historia iba á referir. Nótese, además, que su *fiat* se halla perfectamente justificado merced á esta explicacion, porque el establecimiento de las relaciones entre las estrellas y la tierra es un acto de la actividad creadora, del mismo modo que la obra de los tres primeros dias. El mismo poder se requeria para enviar los rayos solares á puntos á los cuales no

habian alcanzado todavía, que para inflamar su inmenso foco.

Ni se diga en son de objeccion, diremos con Kurtz, que segun el texto genesiaco, Dios coloca el sol y la luna en la *rakiah*, es decir, en lo más elevado de los cielos; porque esto debe entenderse del cielo terrestre en el cual tuvo á bien colocarlos el Creador, en el instante en que los hizo aparecer. En cuanto á las palabras que siguen: «Aquel dia creó Dios el cielo, y la tierra y las estrellas (1), no se explican con ménos perfeccion y claridad, puesto que significan que en dicho dia Dios dispuso los astros de manera que iluminaran la tierra, y que comenzaran á existir para ella. Cosa que no excluye en manera alguna la posibilidad de su formacion antes del nacimiento de la tierra, ni se opondrá tampoco á ninguno de los sistemas que representan la tierra como un anillo apagado del sol.

Por consiguiente, en lo que concierne al origen de los astros, el Génesis enseña que no son en manea alguna eternos, y que tienen el principio de su ser en la voluntad creadora de Dios; mas en lo que dice relacion, á si fueron creados

(1) G. L. v. 16.

en un estado rudimentario, ó tales cuales hoy dia los contemplamos; á si lo fueron ántes ó despues del dia cuarto, nada determina el sagrado texto, dejando á cada cual en libertad de establecer y plantear sus teorías, con tal que no tenga la pretension de imponerlas.

En cuanto á nosotros, léjos de mirar con prevencion la opinion que admite la preexistencia de los globos celestes con anterioridad al que nos sirve de morada, debemos manifestar que participamos de ella; puesto que en vez de contemplar en la misma un estorbo para nuestra verdad, vemos un principio fecundísimo en soluciones, que hasta el presente ha pasado desapercibido. Sin abrigar la pretension de mezclar para nada al Espíritu Santo en interpretacion alguna personal, no tardaremos en demostrar, fundados en numerosos pasajes bíblicos, la existencia del sol con anterioridad á la de la tierra, que de esos mismos textos claramente se desprende, resultando de ello más perfectamente esclarecida y determinada la obra de los primeros dias, sin que resulte más oscura la del cuarto.

Vengamos ya á la tercera dificultad de la astronomía anticristiana. ¿En qué consiste que Dios empleara cinco dias en disponer y organi-

zar nuestro mundo, cuando le bastó una sola palabra para suscitar todos los demas?

Moisés, historiador de la tierra, pero no, en manera alguna, de la totalidad de la creacion, refiere la manera cómo preparó Dios la cuna de la humanidad. ¿A qué vendria el relato y la enseñanza de los preparativos llevados á cabo para la formación y la organizacion de tantas otras esferas que no pertenecen al cuadro de su sublime crónica? Tales mundos solo incidentalmente tocan á su objeto; más, ¿han exigido mayores ó menores cuidados que el nuestro á la omnipotencia del Creador? Abandona esa inmensa incógnita á las hipótesis de la astronomía novelesca, y conténtase con decir cuanto sabe. ¿Cuántos, despues que él, dirán sobre el mismo asunto lo que no saben, y sin embargo, jamás sabrán lo que se dicen!

¿Ha creado Dios simultáneamente la totalidad de la materia, ó por medio de transformaciones sucesivas? ¿Hála suscitado tal cual hoy la contemplamos, ó del estado incandescente ha pasado al gaseiforme, despues al líquido, para venir en último término á refrigerarse bajo la accion de las bajas temperaturas reinantes en las regiones del éther? ¿Ha empleado más tiempo en la conclusion del sol que en la de la tierra, que

es un millón cuatrocientas mil veces más pequeña? En una palabra: ¿Ha seguido Dios las leyes de la progresión, produciendo lentamente, lo que instantáneamente podía evocar? ¿Ha seguido las leyes de la analogía, obrando sobre los demás planetas como sobre la tierra? ¿Misterio, misterio! ¿Quién será capaz de revelar el secreto de las generaciones astronómicas? Moisés no ha abrigado jamás semejante pretensión, en cuanto consiguió establecer la noción de un Dios creador, ordenador y conservador, retiróse al silencio de la adoración y.... ¡ojalá hiciera la ciencia otro tanto, ya que todo espíritu que se empeña en sumergirse en esos abismos, perecerá en ellos!

¡Por una extraña inconsecuencia, los que no prestan fé á los asertos del analista sagrado, en lo que al origen de la tierra se refiere, quieren ser creídos cuando se les antoja imaginr la historia de todos los astros! Exigen la evidencia de nosotros, en tanto que por su parte solo nos oponen la vaciedad de las congeturas. Preguntados por la edad de cada uno de los planetas, y os lo diran sin la menor equivocacion; pedides que os refieran las evoluciones y transformaciones de las nebulosas; y os las contarán cual si las hubiesen presenciado; inquirid de ellos el

pasado, el presente y hasta lo porvenir de cada uno de los globos celestes, y la semiciencia que no se muerde la lengua, os dirá que para pasar del estado gaseoso al líquido, toda estrella que marche regularmente, debe emplear cincuenta millones de millares de años; para pasar del líquido al sólido, otros cincuenta millones de millares de años, y si no lo creis; si lo ecuchais con la sonrisa en los labios; si lo negais, . . . sois un ignorante.

Procuren, pues, los sabios ser verdaderamente dignos de este nombre, y no se transformen en decidores de salon: acaso pierdan los gajes que han de proporcionarles sus ediciones populares; pero, en cambio, la ciencia ganará, muy mucho.

No desconozco las razones que se alegan para sostener la formacion lenta de los astros. La materia de las estrellas, se dice, se halla en las nebulosas, de tal manera, que estas vienen á ser la simiente de los soles venideros. ¡Vana imaginacion! Ross, Bond y otros astrónomos, con el auxilio de poderosos anteojos, han llegado á resolver algunas nebulosas y las han visto compuestas de un número inmenso de estrellas completamente formadas, y no de embriones de estrellas que han de nacer.

También se añade: Los cuerpos celestes que componen nuestro sistema solar, ofrecen diferentes grados de condensación. Mercurio, por ejemplo, es más denso que la Tierra; Júpiter lo es cuatro veces ménos, y apenas tiene la consistencia del agua; Saturno lo es ménos todavía, los cometas son substancias vaporosas; finalmente, todos los planetas nacidos probablemente en estado de gas, y dotados de poderosa elasticidad, han visto endurecer insensiblemente su corteza; por consiguiente las demas estrellas han pasado por las mismas fases, y ese trabajo exige muchos siglos para realizarse. Pasemos por ello, con tal que no se tenga la pretension de convertir la hipótesis en dogma. La astronomía formal no vacila en reconocer con Burmeister, que jamás podrá conocerse exactamente la constitucion física de los astros á consecuencia de la distancia á que se hallan. La ciencia fija la edad de un árbol ó de un hombre con solo verlos, porque se dejan tocar y analizar; más nunca sucederá otro tanto con los astros que están fueran del alcance de nuestros sentidos, en lo que concierne á un número inmenso de investigaciones científicas.

Más aun cuando la obra de los seis dias hubiese sido incomparablemente más larga, res-

pecto de otros mundos, que respecto del nuestro poco le importaria á la exegesis cristiana. La cronología indeterminada, indeterminable de la época prehistórica, se presta fácilmente á todas las suposiciones; el período sin medida del caos, concede al Creador todo el espacio necesario para llevar á cabo sus creaciones siderales, con las incalculables lentitudes que la ciencia le prescribe.

Finalmente, y este es el supremo argumento en favor de la antigüedad indefinida de los astros. Segun Humboldt, la rapidéz con que se propaga la luz, es con corta diferencia igual á cuarenta y dos millas geográficas por segundo, de donde resulta que las estrellas de la via lactea emplean más de cuarenta mil años para transmitirnos sus fulgores, al paso que Herschel evalúa en dos millones de años, y Madler en ochenta millones de años el tiempo que los rayos luminosos de ciertas nebulosas invierten en el camino ántes de tocar á los confines de nuestro horizonte; de lo cual resulta, que para brillar el cuarto dia sobre la tierra, el sol y las estrellas, han debido existir muchos siglos ántes.

Repitémoslo una vez más: la exegesis ortodoxa se declara neutral en cuanto se refiere á tales conclusiones, siquiera tenga derecho para



exigir de los astrónomos el que se pongan de acuerdo en punto á la cifras, á fin de objetarse las con la debida autoridad. Mas al propio tiempo la exageis enemiga debe convenir en que el autor de la luz pudo acelerar su marcha en el instante de producirla, porque si ha querido, por ejemplo, que los astros hallan sido visibles al par que creados, nada se oponia á ello, puesto que el milagro de su visibilidad, no es en manera alguna superior al de su creacion; más aun. hasta puede decirse que dicha visibilidad era un complemento indispensable de su creacion, porque en tanto que los globos destinados á parecer no parecen, existen respecto de su autor; pero no con relacion á sus contempladores.

Llegamos á la cuarta dificultad; la existencia de la luz, la sucesion del dia y de la noche, la vegetacion; tres fenómenos atribuidos al sol y mencionados en los primeros periodos del hexamerón, y que no pueden admitirse en una época en que el sol no estaba aún en comunicacion con la tierra.

A esta cuestion podemos dar dos contestaciones: negativa la una, estableciendo que las objeciones no estan probadas; afirmativa la otra, demostrando que lo están los asertos bíblicos.

Quando Moisés hace brotar la luz el primer dia y el sol el cuarto, debió tener para ello razones profundísimas, puesto que no podia ignorar lo que saben hasta los niños de la escuela, es decir que la luz no existe, ordinariamente, sin el sol. La imposibilidad de suponer, razonablemente, semejante distraccion en el historiador sagrado, engendra la siguiente cuestion. ¿Que es la luz? La ciencia no la ha dicho todavía. Segun la teoria de las emanaciones, la luz es una materia sutil que se desprende de un cuerpo brillante: segun el sistema de las ondulaciones es una materia difundida en el éther, y puesta en movimiento vibratorio en virtud de una causa exterior. Lo mismo en uno que en otro caso, el calórico y la eleccaricidad, sin contar otros agentes todavía desconocidos, pueden engendrar una luz distinta de la producida por el sol. A más de que, ¿quién será osado á imponer al Creador la necesidad de servirse del sol para iluminar su obra primitiva, hoy precisamente en que la ciencia no considera al sol como fuente de luz, sino á la fotósfera que rodea y envuelve ese globo, en sí mismo opaco y obscuro? Finalmente, muchos físicos ven con Humbolt en la aurora boreal, una prueba decisiva en favor de la opinion que sostiene que la tierra, además

de la claridad que recibe del disco solar, está dotada de la facultad de emitir una luz que le es propia. Ahora bien: si tan variados son los manantiales de la luz terrestre, ¿quien será osado á afirmar que ántes de la organizacion completa de los diversos cuerpos que componen el universo, no haya podido existir en otra parte el foco de luz? Podrá negarse, mas no probarse semejante negacion.

En cuanto á la sucesion del dia y de la noche únicamente tiene un valor metafórico, si de la jornada examérica se hace un lapso de tiempo indefinido y en manera alguna un periodo de veinticuatro horas. Por consiguiente esta objecion, por lo mismo que carece de fundamento, no merece ser contestada.

Y por lo que se refiere á la vegetacion del tercer dia, hemos de confesar que no sabemos explicarnos el que los plutonistas extremados, partidarios de un fuego central inextinguible, se admiren de ver crecer la yerba sobre un suelo, hace poco tiempo calentado hasta una temperatura elevadísima, de la cual no se había enfriado completamente. Si existian el calorico y los demás imponderables, ¿por qué no habian de existir tambien las plantas? Hoy han menester el calor y la luz del sol; entonces les bastaba

el calor de la tierra y el de la luz imperfecta que la iluminaba. Los argumentos negativos crecerian hasta lo infinito, si nos empeñáramos en buscarlos.

Mas este triple ataque puede ser rechazado por medio de una contestacion más positiva. Ya que segun todas las probabilidades científicas el sol fué creado ántes que nuestro planeta, ¿qué inconveniente hay en que le trasmitiese la luz y la fecundidad ántes aún de mostrarle sus rayos? ¡Cuántas veces, durante muchos dias las espesas brumas que reinan en Saecia y en Inglaterra, impiden distinguir el lugar que el sol ocupa en el horizonte, siendo así que sus rayos iluminan tíbiamente el suelo? Ahora bien, ¿quién es capaz de describir las intensas brumas que envolvian nuestro mundo acabado de salir del fondo de lo mares? ¿Cómo imaginar los fenómenos de evaporacion y de obscurecimiento de ello resultante? Los mismos geólogos admiten un período de tinieblas durante el cual el núcleo terrestre se hallaba en una temperatura tan elevada, que los metales flotaban en estado de gases en el aire, la atmósfera de nuestro planeta se elevaba hasta la luna, y los vapores que subian y las lluvias que se precipitaban incesante.

mente, mantenían en la tierra una obscuridad y unas perturbaciones indescriptibles.

Pues bien, un día, en medio de esas escenas confusas de una naturaleza envuelta en las tinieblas de la noche, el Señor exclamó: «*Fiat lux*» y la luz del sol alcanzó por vez primera hasta profundidades inmensas en las cuales jamás había penetrado. Otro día dijo el Señor: «Que la luz sea separada de las tinieblas,» y la atmósfera de nuestro mundo adquirió un grado más de transparencia. Otra vez dividió las aguas superiores de las inferiores y la claridad aumentó aun. Finalmente, el día cuarto, habiéndose retirado las olas, y purificado el aire, y replegándose las nubes, los dos grandes luminares de la tierra aparecieron por vez primera sobre su difano horizonte. Contar lo que fué esa espléndida aurora, en la cual el sol bañaba con toda la fuerza de sus rayos, una naturaleza virgen que acababa de salir de las manos del Creador, no es del demonio de la apologética sino del de la poesía: consignemos sin embargo que nuestra apologética se halla perfectamente de acuerdo con los datos de la ciencia, y añadamos que á pesar de ello, mina por su base todas las objeciones que la ciencia le dirige respecto del particular, puesto que, sosteniendo que el origen de la luz, la

sucesión de los días y de las noches, y por último el comiezo de la vegetacion, no han tenido lugar sin el sol, siquiera se hayan realizado antes de su aparición, lo incomprendible queda reemplazado por el orden natural.

## II.

Vencida la astrocomia en el terreno de la exegesis, se refugia en la oposicion filosófica; y á fin de tener una razon para atacarla, empieza por desfigurar la religion, adoptando el sistema de esos abogados más quisquillosos que leales, que suponen en los adversarios mayores delitos, con el propósito de mejorar la causa que defienden. Desde que Lucrécio dijo: «Este universo visible no es el único que existe en la naturaleza; en las regiones del espacio existen otras tierras y otros hombres,» la hipótesis de la pluralidad de los mundos habitados ha seducido muchas inteligencias. Desde el *Somnium astronomicum* de Keplero, á la obra de Campanela escrita en

la *Ciudad del Sol*; desde el obispo Wilkins componiendo un tratado sobre la *Luna habitable*, hasta el padre Atanasio Kircher, refiriendo su *Viaje celeste* en el cual visita los diversos planetas; desde las conversaciones relativas á la *pluralidad de los mundos* por Fontenelle, hasta el *Ensayo sobre las tierras celestes* por el astrónomo Huggens, y *Tierra y Cielo* por Juan Reynaud, son innumerables las lucubraciones llevadas á cabo con el mismo intento, bien que sin prevención alguna por lo que dice relacion al dógma cristiano.

Mas al presente algunos plagiarios de los siglos precedentes se han preguntado, qué es lo que podrian hacer para dar vida á esas fantasías añejas y parecer nuevos bajo los despojos de los soñadores más anticuados, y al efecto mezclando con lo antiguo que tomaron de unos, algo nuevo que han tomado de otros, han involucrado el Cristianismo en utopias inofensas respecto del mismo, manifestando por último que en vez de sostener la existencia de un conflicto entre la religion y la ciencia, iban á fundar la *religion por la ciencia*, resultando de esta preocupación la que llamamos astronomía filosófica.

Indudablemente provocó en parte esta agregación William Whewal intentando probar que la

doctrina de la pluralidad de los mundos es contraria á la fé cristiana; mas en cambio sir David Brewster, en un concienzudo trabajo llevado á cabo para contestar al precedente, demostró que dicha opinion está de acuerdo lo mismo con la ciencia que con la religion. Gracias á esta grave réplica fundada por otra parte en la tesis del doctor Chalmers, sobre las concordancias entre las verdades astronómicas y la enseñanza evangélica, el Evangelio debia quedar para siempre jamás fuera de la cuestion; pero los publicistas que tienen ideas que perder, como decia Fontenelle, ó mejor aún, ideas que enagenar, no han dejado pasar desapercibida la favorable coyuntura que se les venia á las manos para enjaretar una novela astronómica, habiendo resultado de todo ello cierto número de escritos, en los cuales la ciencia, profanada por hábiles manipuladores, sirve únicamente de pantalla á la especulación. La astronomía descendida de las alturas de su observatorio, á esos teatrillos de arrabal acusa al dógma cristiano de un optimismo tan orgulloso como poco justificado en favor de nuestro universo, formulando del modo siguiente sus prevenciones:

1.º Astronómicamente hablando, la tierra tiene grandes desventajas, y no ha sido en ma-

nera alguna constituida cual podria serlo el mejor de los mundos; por consiguiente no puede admitirse que haya presidido á su formacion una causalidad final.

2.º Los habitantes de la tierra, con relacion á la humanidad universal, diseminada en los innumerables continentes del firmamento, solo constituyen una minoría muy exigua; por consiguiente, Dios no ha creado el firmamento exclusivamente para delectacion de los habitantes de la tierra.

3.º La tierra tiene tres caracteres incontestables de inferioridad, respecto de otros globos; por consiguiente, éstos han de ser patria de una raza superior á la nuestra.

4.º Finalmente, siendo como es la tierra una de las obras mas insignificantes que han salido de las manos del Creador, ¿por qué ha de haberla elegido Dios como lugar de su revelacion y de su encarnacion?

En primer lugar, ¿en qué bases descansa la opinion de los que dicen que nuestro mundo está mal hecho, y lo reciben de manos del Creador como una especie de trabajo sujeto á correccion y enmienda? Constituye este uno de los curiosos capítulos de las divagaciones de la cien-

cia, resuelta á confesar lo absurdo antes que reconocer la Providencia.

El más audaz de estos adversarios, Augusto Comte, desea que se trabaje en rectificar el eje de rotacion de nuestro globo sobre el plano de su órbita, á fin de mejorar las condiciones biológicas de la humanidad, destruyendo la desigualdad de los dias, y la diferencia de los climas y de las estaciones. Pero ademas de la dificultad que ofrece la realizacion de esta modificacion cósmica, para los seres que son mil veces menores, respecto de la circunferencia terrestre, de lo que lo son las hormigas, respecto de la cúpula del Panteon, no ha calculado Comte probablemente, que en su sistema los habitantes del circulo equatorial se verian condenados perpetuamente á todos los inconvenientes de la temperatura tórrida, al paso que los del circulo polar sufririan de frio todo el año. Prescindiendo de que las alternativas de invierno y de verano son necesarias para que germinen y maduren la mayor parte de las substancias alimenticias, si un dia llegaba á disminuir la oblicuidad de nuestra eclíptica, en tanto que los dos tercios de la humanidad perecian achicharrados por el calor ó arrecidos de frio, el otro tercio sucumbiria víctima del hambre.

Otros astrónomos, en ódio á toda causalidad final, echan en cara á nuestro globo su fragilidad. Asístanse pensando que su corteza sólida solo tenga algunas leguas de espesor y se extrañecen al considerar ora que el océano de fuego sobre el cual marchamos, bajando sus olas, sepulte nuestros continentes en cráter sin fondo; ora que levantándolas, eleve la superficie submarina, y arroje el océano á la cima de las Cordilleras. Mas nada prueba mejor la prevision creadora, que esta perpétua dependencia en que nos tiene de las fuerzas de la creacion. Por lo mismo que ante todo se propuso el Creador en su obra un fin moral, debia adoptar el medio más á propósito para moralizarnos. Ahora bien, si el sábio se declara Dios, cuando es más débil que la naturaleza, ¿qué acontecería el día en que la dominara? La humanidad se tornaría predominantemente el se elevara hasta la supremacia, es decir, que emancipándose de las energías superiores que inclinan su cabeza y hacen doblar sus rodillas, convertiríase en una obra mil veces mas imperfecta todavía que el mundo.

Por su parte M. Flammarion pretende que la tierra no tiene porque mostrarse satisfecha de los rayos nocturnos que la luna le envia, puesto que reflejandolos planetas mucha más luz que sus sa-

télites la tierra recibe de la luna trece veces más claridad de la que le envia. Confieso que semejante objecion me obliga á adorar el plan divino con un sentimiento más profundo. En efecto, la prueba incontestable de que la Providencia alcanza de uno á otro extremo, la tenemos en que provee al par á la armonía de todos los astros, haciendo con ello, y en virtud de una sola disposicion, la felicidad de la tierra y la de la luna.

A su vez Arago cree ser decisivo contra el dogma de la finalidad, haciendo notar que para la justificacion de esta idea, los planetas deberian tener tantos más satélites, cuanta mayor fuese la distancia á que se hallaran del sol, cosa que realmente no acontece. ¿Mas con qué derecho la ciencia pretenderia substituir al órden divino la mezquina simetría de sus combinaciones? Si Neptuno, que gira mucho más lejos que Urano y que Júpiter, se halla dotado de un número de satélites más reducido ¿no consiste pura y exclusivamente en que su funcion en nuestra economía planetaria no exige ni tanta luz ni tantos reflectores?

Finalmente, Laplace lamenta que la luna, siempre en oposicion y á una distancia cuádruple de aquella en que se encuentra de la tierra, no

realice su revolución de manera que jamás permanezca oculta en ausencia del sol, con lo cual todas nuestras noches estarían iluminadas. El fundador del positivismo va más lejos todavía, pues pregunta, por qué razón la naturaleza no ha hecho, en obsequio de la tierra, el gasto de dos satélites de tal manera dispuestos que la aparición del uno sobre nuestro horizonte coincidiera con la desaparición del otro. Cuando tan conocida es la influencia de la luna, en la mecánica celeste, en los movimientos oscilatorios de la tierra, en la vida astral de este planeta, en su meteorología, en sus mareas, y en sus condiciones fisiológicas, sorprende el que tan eminentes sabios puedan condenarse á la irrisión, en odio á lo que llaman el optimismo teológico. La substitución de una luna llena permanente ó de dos lunas llenas relevándose alternativamente, en lugar del orden actualmente establecido, no sería en manera alguna una corrección útil, sino por el contrario el trastorno completo del conjunto planetario. Acontece con la verdad de la naturaleza lo que con la verdad de la religión: podrá atacársela; mas de seguro no se conseguirá sustituirle con una cosa mejor.

Por lo demás en este punto la astronomía filosófica se contesta á sí misma. «¡Presumís aca-

so que las causas finales y el verdadero destino de los seres, son realmente los que concebimos en nuestra pífima inteligencia? ¿Creis que el plan general de la inmensa y solidaria naturaleza, puede estar al alcance de nosotros, átomos miserables de ella? ¿Presistís pues en el empeño de confundir el orden universal de los seres, con vuestros sistemas de Clasificación? ¿No imagináis que el hombre y toda su historia y su ciencia toda y su destino en la tierra, no es más que el fuego efímero de una litelula corniéndose en el océano sin límites del espacio y del tiempo, y que para juzgar de las cosas en su verdadero orden, nos sería indispensable conocer el conjunto del mundo? (1).»

Segun los cálculos al presente mas acreditados, Neptuno, el más lejano de los planetas de nuestro sistema, se halla á más de mil millones de leguas del sol. La distancia que separa nuestro sol de la estrella más próxima, es ocho mil veces mayor que la existente entre el sol y Neptuno. Esto sentado, imagínese lo demás; ascíendase de una á otra estrella, y cuando se haya llegado á la cumbre de la arquitectura ce-<sup>®</sup>

(1) *Plamarcion. Prácticidad de los mundos habitados.*

leste, contémpense sus detalles todos, y podrán apreciarse los lados defectuosos. Mientras esto no suceda, respeto y silencio. Las causas finales aparecen con bastante frecuencia en la armonía de la creación, para que sea permitido negarlas en las raras ocasiones en que se eclipsan. Según Newton el mundo es un reloj, es decir, un mecanismo complicado. Ahora bien, si la conformación minuciosa de los rodajes que para tales fines se emplean, es indispensable para producir un engranaje que marque veinticuatro horas, ¡qué inmenso trabajo de apropiación al fin, no habrá sido menester para construir el colosal cronómetro del universo, que desde los tiempos de Hiparco, es decir durante el dilatado período de dos mil años, en que se halla científicamente vigilado, no ha modificado sus indicaciones en un céntimo de segundo!

La astronomía negativa dice también: senda tan reducida la humanidad que vive sobre la tierra, respecto de la población de otros mundos, es imposible que Dios haya creado estos para nosotros.

Pero, ¿existe población en los otros mundos? Como no queremos involucrar la religión en este asunto, ni lo afirmamos ni lo negamos; únicamente tomamos acta de que el partido adverso

en su argumentación sienta como hecho inconcurso lo que está aún por probar.

Nosotros pensamos también con verdadero placer, que el firmamento no es un desierto brillante; que Dios es conocido y alabado en el conjunto de esa inmensidad embellecida por su magnificencia; que los mundos invisibles para nosotros, no lo son en manera alguna para otras miradas; que este planeta en fin no es el único dominio de la vida, lo que daría como resultado el que el resto del espacio fuese un campo destinado perennemente á la esterilidad y á la muerte. Mas para justificar esta hipótesis, ¡cuántas hipótesis y conjeturas deben formarse! Algunas indicáremos, sin prometernos por ello convertir á nuestros adversarios, ya que no en vano, valiéndose de la pluma de Fontenelle han escrito: «La vida existe en todas partes, y si la luna no fuese más que un monton de rocas, ántes la haría roer por sus habitantes; que convenir en que no existen en ella.»

La primera hipótesis se refiere á la temperatura de los mundos. La causa preponderante del calor en la superficie de los planetas, depende de las distancias respectivas á que se encuentra del sol, de manera que en el caso de que haya en ellos habitantes, al paso que en unos se as-



rán, en otros han de perecer helados. La astronomía poética resuelve esta dificultad, echando mano de innumerables imaginaciones sobre el estado calorífico de los globos lejanos, y apelando á la potencia infinita de la naturaleza.

Otras hipótesis sobre las condiciones atmosféricas de estos globos. La atmósfera ejerce innumerables influencias sobre el sistema físico de este mundo, pues es un fluido indispensable para la respiración de los hombres, de los animales, y hasta de los vegetales. Es el conductor necesario de las vibraciones que transmiten la palabra y el sonido, de manera que un mundo desprovisto de atmósfera, solo puede ser poblado por sordo-mudos, y constituir la mansion del silencio perpétuo. Realiza la difusión de la luz de tal manera, que sin ella sólo serian visibles los objetos expuestos directamente á los rayos solares, y la claridad reflejada de la aurora y del crepúsculo, de la sombra y de nuestras habitaciones, se trocaria en una noche profunda. Es una especie de invernáculo destinado á conservar el calor terrestre, ya que si no se hallase este retenido por el aire, seria enviado al espacio, y nos veriamos reducidos á la ruda temperatura de las regiones boreales, ó de las alturas del Himalaya. Es finalmente una envoltura

necesaria para la conservación de los líquidos sobre el globo, en virtud de la presión que ejerce, puesto que sin ella seria imposible que existiese una sola gota de agua sobre la superficie de nuestro planeta. . . . Esto sentado, pregunto: ¿cómo imaginar la existencia de los habitantes en los astros desprovistos de atmósfera, por ejemplo la luna? La dificultad se resuelve facilmente, poblando dichos mundos de existencias sin analogía alguna con las manifestaciones de la vida terrestre.

Finalmente, hipótesis relativas á la intensidad de la gravedad. El peso de los cuerpos en la superficie de un globo, depende de la masa de dicho globo y de su volumen, por consiguiente la gravedad es en Júpiter tres veces mayor que en la tierra, y mucho más todavía en el sol. Según Plisson, en los planetas menores, un terrícola de setenta kilogramos, podría caerse desde la altura de un cuarto piso sin experimentar más daño que si en la tierra saltara desde una silla; en tanto que la caída mas insignificante en el sol, haria su cuerpo mil pedazos, cual si lo hubiesen majado en un almirez (1). Esta dife-

(1) Los Mundos, 278.

rencia de intensidad en la gravedad, en cada uno de los diversos planetas, indica una gran divergencia en los organismos que los habitan, lo cual obliga á concluir, que si para vivir en la tierra bastan las fuerzas de un niño, para vivir en un mundo incomparablemente mayor, es indispensable la constitucion de una raza incomparablemente más vigorosa que la nuestra.

Nuestros contradictores no retroceden ante esta consecuencia; pues bien, tampoco retrocederemos nosotros: únicamente nos limitaremos á preguntarles, ¿cómo acogerian nuestras palabras si en nombre de la fé nos atrevieramos á profetizar las humanidades más ó ménos quiméricas que entreven en el extremo de sus antojo? Cuando la Biblia habla de algunas generaciones de gigantes que existieron en las más remotas edades, sólo logra excitar la risa de los que aprovechándose de ello la ridiculizan. Cuando la ciencia ha menester razas nuevas y más que gigantes para *amenizar* un sistema, las siembra en todas las estaciones del mundo sideral y es creída á puño cerrado, hasta por aquellos que en nada creen.

Mas aceptemos como hecho incontrovertible lo que no es más que mera suposición. ¿Qué contestaríamos al argumento, los habitantes de

la tierra son una fracción mínima de la humanidad universal, ¿égo el mundo no ha sido hecho para ellos?

Lo que es para ellos exclusivamente no. La revelacion dice, para los elegidos, esto es, para toda criatura capaz de glorificar á Dios por una accion moral, y digna de estas contemplaciones eternas, en comparacion de las cuales, todas las maravillas astronómicas no son más que juegos de niños: *omnia propter electos*. De manera que si se colocan elegidos en todos los mundos, los mundos existen para esta muchedumbre de predestinados lo mismo que para nosotros: por nuestra parte convenimos en ello no sólo sin pensar, sino con verdaderos transportes de júbilo. Amamos á Dios tan intensamente, que nuestra suprema beatitud despues de nuestro amor estriba en verle amado. Hermanos en inteligencia, en amor, en libertad, que os cerneis sobre nuestras cabezas: ¡os tiendo la mano! De seguro no pertenecis á la raza de Adán como yo, pero formais parte de la de los hijos de Dios: bajo este título vuestro pensamiento hace palpitar mi corazón. ¡Que importan los abismos que nos separan, si nuestras almas se hallan unidas en el amor y adoracion del mismo Dios! ¡Qué importa la diversidad de nuestras pátrias atronó

micas si ha de reunirnos una sola y misma patria? ¿Qué importan, finalmente, las diversidades accidentales de nuestras revelaciones, si todas ellas reconocen á Dios por su autor, á Dios que tiene tantos medios para salvar los mundos, como los tuvo para crearlos? Permitid pues que me lance hácia vosotros cuando los blasfemos de nuestro planeta impelan mi corazón á expatriarse: no faltan quienes os emplean para objetar la verdad de mi fé, y mi fé os acoje como mi felicidad; porqué si existís, por fuerza adorais á Dios; ei le adorais. El os abre su seno, y así como las diferentes creaciones materiales glorifican la fecundidad del Creador; del propio modo, nosotros, sus creaciones morales diseminadas actualmente en el espacio, un día formaremos en sus brazos paternales, una unidad mil veces más bella que la armonía de las esferas.

Y bajo otro punto de vista, ¿cómo no ven nuestros adversarios, que nos apoyan, precisamente cuando orsen derribarnos? Enciérrase para su razón en nuestro dogma un gran motivo de escándalo, que consiste en el número relativamente pequeño de elegidos que alcanzan el supremo fin en la tierra. Mas, púeblyense los otros mundos de criaturas mas fieles, llénese la Iglesia triunfante con un millón de otras Igle-

sias militantes, más santas aún que la nuestra en sus miembros, é inmediatamente el número inmenso de los elegidos se substituye á la creencia contraria, sin inconveniente para la verdad evangélica; porque la economía evangelica sólo abraza los destinos de la humanidad terrestre. ¡Mas ha dirigido Dios su palabra á otras sociedades que no pertenecen á este aprisco? Imposible no es á su poder, ni indigno de su sabiduría, ni opuesto á su enseñanza; esto es cuanto nos cumple decir respecto del particular.

Poned, pues, en los campos estelarios tantas naciones como se os antoje; multiplicad hasta lo infinito si querais esas que llamais *civilizaciones astronómicas*; imaginad, por último, humanidades en todos los grados de temperatura física y moral; con tal que todo esto proceda de Dios y vuelva á Dios, por caminos trazados por su mano, la fé está á salvo.

Mas, por vuestra parte, es indispensable que convengais en que aun cuando la humanidad adámica fuese la única á gozar el espectáculo de los cielos, no por esto resultaria desproporcion entre la magnificencia de esa cúpula y la grandeza moral de nuestra mansión. Una sola gota de la sangre de Jesus, vertida sobre la tierra, la haris digna de semejante privilegio. El Om-

nipotente no se ha propuesto como fin principal de la creacion, alinear ejércitos de soles, profundizar océanos inmensos, y en una palabra, suscitar en cierto modo una fantasmagoría sublime, sino producir virtudes. Cuando la bóveda celeste para nada más sirviera, que para mantener la nocion y la adoracion de Dios en el alma de los hombres, tendría razon suficiente de ser. Como decoracion para el encanto de nuestros ojos, sería acaso demasiado; pero como medio de educacion y de moralizacion al servicio de nuestra raza, y prueba indestructiblemente de la existencia de su Autor, jamás el esplendor de las cosas creadas será superior á semejante fin. *Celi enarrant gloriam Dei* (1).

Podrán decir, si quieren, los bufones de la ciencia, henchidos de estúpida vanidad, que «la mision del sol se reduce á madurar los nisperos, acogollar las berzas, y evitar que nos demos de testarazos contra las paredes (2),» pues no obstante las manifestaciones, el sol existe y existirá especialmente para iluminar y prestar calor á las creaciones que revelan á Dios, y á las cria-

(1) Salmo 15-1.

(2) Cyrano de Bergerac.

turas que le sirven; pero aún cuando solo sirviera para que maduraran los frutos que sirven de alimento á los santos, para iluminar su camino y guiar sus pasos, y finalmente, para servir de testigo y de medio á sus virtudes, siempre concurriría á la realizacion de una obra más grande que él mismo. El hombre que tenga en más la belleza moral que las magnificencias materiales, considerará que el universo trocado en templo y en escuela de santidad, es preferible á este universo de parada cantado por los éxtasis, por punto general, ateistas de la astronomía. Podrá Júpiter balancearse en el espacio con la majestad de una superficie cien veces mayor que la de la tierra, y prevalerse Saturno del brillante esplendor de su anillo, y ufanarse Urano de su cortejo de satélites: el mundo sobre el cual se padece, y se ora y se hacen merecimientos, y desde el cual por el pensamiento y la esperanza se eleva el hombre á alturas superiores á las de todos los mundos, es el sitio más glorioso de toda la creacion. ®

Nuestros antagonistas continúan: Por lo mismo que la tierra tiene caracteres de inferioridad, comparada con determinados planetas, no solo bajo el punto de vista de su volúmen, sino también como mansion propia para llenar los fines

de la vida, hemos de considerar que en dichas planetas ha de vivir una raza superior á la nuestra. Ni acepto ni rechazo esta idea: limitome á esperar que se aduzcan las pruebas de semejante aserto, y presumo que tendré que esperarlas mucho tiempo. Sea esto dicho sin ofensa de Cristian Wolf, que en su ensayo demuestra que estando la dilatacion de la retina en relacion con la intensidad de la luz, los habitantes de Júpiter, más intensamente iluminados que nosotros, deben tener un órgano visual proporcionado, y por consiguiente, una talla comun de catorce pies, y dos tercios; es decir, la misma talla que tenia Og, rey de Basan, cuyo lecho, segun la relacion de Moisés, media nueve codos de largo y cuatro de ancho.

Mas, dejémonos de bromas y tomemos de nuevo las cosas en sério. La ballena y los elefantes, tienen los ojos muy pequeños relativamente á su volumen, ¿qué inconveniente hay en que los Jovinos estén constituidos segun esta ley de conformacion? Y, por otra parte, ¿en qué descansa la hipótesis, sistemática, que hace, por pura analogía, de las estrellas más grandes, la capital de las humanidades más desarrolladas? ¿Por ventura, así como estableció en las pequeñas ciudades de Tyro, Sidon y Cartago las ma-

trópolis de muchas otras extraordinariamente más grandes, no podria fundar en una de sus obras más pequeñas el sitio de la realizacion intelectual y moral del universo? ¡Extraña inconsecuencia del libre pensamiento! Si se le habla de la formacion de los ángeles, tuerce el hocico; mas, si para sus fines tiene necesidad de poblar el espacio de seres sobrehumanos, por creacion astronómica, ó por transformacion darwiniana, no vé en ello la dificultad más insignificante: es decir, que cree posibles todos los milagros, con tal que no sea Dios autor de ellos. Habladles del paraíso cristiano en en el cual los elegidos subirán eternamente de una en otra claridad, y se compadecerán de nuestra ingénuu sencillez y nuestra simplicísima credulidad, mas, profesad el dogma de la pluralidad de las existencias y de un Eden astronómico, con emigraciones ascensionales de una á otra estrella, de manera; que los actuales habitantes de la tierra sean los moradores futuros del sol, y veréis que M. Flammarion os dice que semejante opinion está perfectamente de acuerdo con los principios de la ciencia. ¡Ah! debemos advertir, que con la piadosa intencion de hacer creer que el mundo de que nos habla, pertenece á la clase de los reales, dicho escritor ha tomado la precaucion,

de componer los mundos imaginarios; mas la verdad es que nadie ha tragado el anzuelo. El autor me merece demasiado respeto para que no crea que él es el único que se ha equivocado.

Más, tomemos á los habitantes de otros planetas tales cuales se nos dan, es decir, como seres más grandes que nuestro tipo: el dógma no ha de resentirse de su magnitud, como no se resiente de su existencia. ¿Ha realizado ó realizará Dios sobre esta tierra una série de creaciones más perfectas que la nuestra? ¿Ha realizado ó realizará creaciones más perfectas en los cielos? ¿Ha constituido la humanidad en jerarquías escalonadas como la de los Angeles, y nos hallamos nosotros en el primero ó en el último grado de esta escala, biológica? Cuestiones son estas en las cuales es ocioso y excesado compararse, puesto que son insolubles. El Creador ha hecho las revelaciones necesarias á cada ciclo humano; no desdénemos, pues, la nuestra, so pretexto de que otras tienen una distinta, porque todo sér moral será juzgado en conformidad á la ley que le ha sido impuesta. La palabra de Dios, como su presencia, puede dividirse en miríadas de esferas, sin perder cosa alguna de su integridad; y el que declina sus deberes de ciudadano religioso de la tierra, porque haya ó

pueda haber habitantes en la luna, se parece á esos niños egoistas que quieren menos á su padre al paso que les concede nuevos hermanos. ¡Insensatos, que admirarian más á Dios si fuese menos admirable!

Tocamos al término de la cuestion, haciéndonos cargo de la objecion encaminada á demostrar, que no gozando la tierra preeminencia alguna astronómica, Dios no puede haberla elogado para teatro de su revelacion y de su encarnacion.

Todo esto no es más que continuacion de la misma paradoja: la extension geográfica tomada como medida del valor intrínseco; Dios, obligado arbitrariamente á manifestarse á los grandes astros, con preferencia á los pequeños, y despojado de la santa libertad de sus preferencias. Por lo demás, esta libertad no se la han dejado los abusos de la libertad humana. Ha visto en la tierra iniquidades que reparar, y ha bajado á la tierra á repararlas. Poco importa que la tierra sea únicamente una pequeña provincia en el imperio ilimitado del espacio y un simple átomo comparado con la universalidad de los mundos; sobre este grano de polvo tenía que salvar en lo pasado y en lo porvenir incalculables miríadas de hombres: y los que no permiten á Dios que sea

tigue á uno solo en el infierno ¡le echan en cara el que se halla incomodado por tan poca cosa! ¡No se le perdona su justicia y se escandalizan de su amor!

Y sin embargo, ¿qué es lo que ha hecho este amor en las otras tierras, si en ellas ha habido mal moral que destruir y humanidades culpables que regenerar? Yo respeto el secreto de su misericordia; mas lo que sé es, que con la Eucaristía en una mano y la cruz en la otra, podré presentarme un día ante la magna asamblea de los hijos de Dios y desafiar á todas las tribus de de todos los soles, á haber sido salvadas por medio de una redencion más preciosa que la mía.

Respecto del particular pueden formarse tres hipótesis igualmente admisibles.

O bien ha habido otras mundos pecadores, y en este caso Dios habrá querido rescatar todas las generaciones caídas, visitándolas unas en pos de otras. ¿Qué razon hay para que su fecundidad y su bondad no hayan imaginado para cada caída un plan de redencion apropiado y compuesto de tantos evangelios, como rebaños descarriados que volver al buen camino han existido en el infinito? Su poder revelador carece de límites como su poder creador, y lejos de menguarse con esto mi fé, elevase considerando esta

incesante peregrinacion de Dios en medio de sus obras, para reparar por medio del amor, las brechas abiertas en el órden por los extravíos de la libertad.

O bien el mal moral no existe únicamente en la tierra y en este caso diré con el doctor Chalmers: «Supongamos que entre las innumerables miriadas de los mundos, existia uno visitado por una epidemia moral, que se extendiera sobre todas sus gentes, arrastrándolas á una muerte segura: por cierto no constituiria una mancha para la perfeccion de Dios, el que lanzara esta ofensa lejos del universo de que se hubiese apoderado. Mas tampoco deberiamos sorprendernos de que por entre la muchedumbre de los otros mundos que encantan nuestro oído con el himno de sus oraciones, dejara que el mundo extraviado pereciera solitariamente en la culpabilidad de su rebelion. Mas, decidme, decidme, ¿no constituiria un acto de la ternura más elevada y esquisita en el carácter de Dios el que procurara atraer de nuevo á su corazon esos hijos seducidos por el error, y que, siquiera fuesen poco numerosos comparados con la multitud de sus adoradores les enviara mensajeros de paz para llamarles, con tal de no perder el único

mundo que se apartara del camino recto. (1)»  
 O bien finalmente, debemos volver á la primera hipótesis que supone un gran número de humanidades inficionadas por la lepra del mal, y entonces nos encontramos con esta nueva y perentoria solución.

«Cuando murió el Salvador, la influencia de su muerte se extendió á lo pasado sobre millones de hombres que jamás habían oído su nombre, y á lo porvenir sobre muchos más millones que jamás debían oírlo. Aun cuando la redención irradiara únicamente desde la ciudad santa, extendiéndose á las tierras más lejanas y á toda la raza existente en el antiguo y en el nuevo mundo. La distancia en los tiempos y en el espacio no disminuía lo más mínimo su virtud saludable. Omnipotente para el ladrón sobre la cruz en contacto con la fuente divina, conserva la misma virtud al través de las edades, lo mismo para el Judío y el Piel-Roja del Occidente, que para el Árabe que mora en las regiones orientales. Gracias á la fuerza de misericordia que nosotros no podemos comprender, el Padre celestial extiende hasta ellos su perdón saludable. Ahora

(1) Astronomical Magazine, III.

bien, ¿qué inconveniente hay en que esta misma acción, en virtud de la misma ley, haya podido extenderse á las razas planetarias del pasado y de lo porvenir?

«Supongamos que nuestro globo se hubiese partido en dos mitades, como parece haber acontecido en 1846 con el cometa de Biela, y el antiguo y el nuevo mundo hubiesen continuado viajando ora como estrella doble, ora independientemente, ¿la una de la otra, ¿acaso habrían las dos partes dejado de disfrutar de los beneficios de la cruz? Por consiguiente, si los rayos del sol de justicia llevando la curación sobre sus alas, hubiesen atravesado el va'lo que en tal caso habría separado el mundo americano del mundo europeo, todas las tierras del espacio, bañadas por la aurora del mismo sol, ¿habrían dejado de experimentar los beneficios de sus bienhechoras emanaciones? (1)»

Después de lo que llevamos dicho, nos parece agotado el tema de discusión, y la astronomía solo puede tener pretextos ó ilusiones de telescopio que oponer á la fé. No hablémos de Galileo, hemos expuesto cual es la parte de res-

(1) Sir Brewster.



ponsabilidad que puede caber á la Iglesia en este discutido episodio de la historia científica. No hablemos de Josué, es tan fácil al que ha construido un reloj, atrasarle, siquiera una hora, y adelantarlo luego, hasta ponerlo en su punto, que no hay para que nos detengamos en demostrarlo. En suma, puesta la mano sobre la conciencia, comparemos las objeciones á las respuestas, y si la astronomía no ve las luminosas claridades de nuestro dogma al través de las nubes que se complace en amontonar, le diremos que ha perdido el sentimiento de las verdades morales, contemplando la licuación de las nieves en las llanuras de Marte, midiendo las montañas de cincuenta mil metros de altura en el mismo planeta: es decir, que como el filósofo de la antigüedad, distraído en la contemplación de los astros, ha caído en un pozo profundísimo.

La única conclusión lógica de semejante exposición la tenemos íntegra en esta brillantísima página de un escritor tan querido para la ciencia como para la fé.

«Si al contemplar esa inmensa flota de mundos y entre ellos nuestra tierra, navegando ciertamente en derredor de esa isla de luz que es nuestro sol; si al contemplar las alternativas de luz, de calor, de movimiento, para los mun-

dos alejados del centro, y despues la increíble excentricidad y la especie de vértigo de los cometas, que parecen resistirse á la ley á que se hallan sometidos, del mismo modo que los mundos habitables, y su sorprendente movilidad de formas, sus furiosas combustiones, ora sometidos al calor, ora sujetos al frio, si al contemplar toda esa geometría en accion, toda esa física viviente, todo ese maravilloso mecanismo de la naturaleza, siempre sostenido por la presencia de Dios y manifestamente regulado por su sabiduría, en fuerza de leyes que son su propia imagen; si al contemplar la vida y la muerte en el cielo, un mundo hecho pedazos cuyos fragmentos giran en derredor nuestro, el cielo arrastrando en pos de sí sus propios cadáveres, como la tierra lleva los suyos; si al contemplar las estrellas que se extinguen en tanto que otras nacen, crecen, se ensanchan; si al contemplar estas nebulosas—que ora sean grupos de soles, ó grupos de átomos, ora sean soles las unas, y átomos las otras, ó polvo del átomo ó polvo de sol, lo mismo importa—; si al contemplar los grupos de la misma raza, pero de diferentes edades, que bajo nuestras miradas han alcanzado grados diferentes de formación, y permiten observar la marcha de su desenvolvimiento, como vemos en

medio de los bosques de encinas, el desenvolvimiento del árbol en todas sus edades; si al contemplar en todos los mundos las alternativas de noche y de día, la sucesión de las estaciones en consonancia con la vida de la naturaleza, y hasta me atrevería á decir con la vida de nuestras almas y de nuestros pensamientos, vicisitudes y alternativas, inevitables en todas partes, excepto en ese mundo central donde reinan un estío y un medio día perennes . . . . . Si al contemplar tan indescriptible espectáculo no descubriera en la astronomía, ni poesía, ni filosofía, ni religión, ni moral, ni esperanzas, ni conjeturas respecto de la vida eterna y del estado estable del mundo futuro; si no creéis en esta profecía de S. Pedro, «Habrá nuevos cielos y una nueva tierra.» y en este oráculo de Cristo: «No habrá más que un rebaño.» Si en presencia de esos caracteres grandiosos y de esos rasgos fundamentales de la obra visible de Dios, miráis sin ver y sin comprender, sin sospechar la posibilidad del sentido, entonces, ah, entonces, verdaderamente os compadezco (1).»

— DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

J. A. Gratty,

## CAPITULO X.

### LA FÉ Y LA BIOLOGÍA.

La fé nada debe temer de la geología ó sea la ciencia de la tierra, ni de la astronomía ó sea la ciencia del cielo. ¿Estará más segura por lo que respecta á la biología, es decir la ciencia de la vida? Naturalistas ateos han pretendido hacer creer esta falsedad. Con las piezas del proceso en la mano, vamos á ver lo que debemos pensar de semejante opinión.

En cuanto hubo Dios producido los mundos, ocupóse en sembrarlos y poblarlos; el mismo po-

medio de los bosques de encinas, el desenvolvimiento del árbol en todas sus edades; si al contemplar en todos los mundos las alternativas de noche y de día, la sucesión de las estaciones en consonancia con la vida de la naturaleza, y hasta me atrevería á decir con la vida de nuestras almas y de nuestros pensamientos, vicisitudes y alternativas, inevitables en todas partes, excepto en ese mundo central donde reinan un estío y un medio día perennes . . . . . Si al contemplar tan indescriptible espectáculo no descubriera en la astronomía, ni poesía, ni filosofía, ni religión, ni moral, ni esperanzas, ni conjeturas respecto de la vida eterna y del estado estable del mundo futuro; si no creéis en esta profecía de S. Pedro, «Habrá nuevos cielos y una nueva tierra.» y en este oráculo de Cristo: «No habrá más que un rebaño.» Si en presencia de esos caracteres grandiosos y de esos rasgos fundamentales de la obra visible de Dios, miráis sin ver y sin comprender, sin sospechar la posibilidad del sentido, entonces, ah, entonces, verdaderamente os compadezco (1).»

— DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

J. A. Gratty,

## CAPITULO X.

### LA FÉ Y LA BIOLOGÍA.

La fé nada debe temer de la geología ó sea la ciencia de la tierra, ni de la astronomía ó sea la ciencia del cielo. ¿Estará más segura por lo que respecta á la biología, es decir la ciencia de la vida? Naturalistas ateos han pretendido hacer creer esta falsedad. Con las piezas del proceso en la mano, vamos á ver lo que debemos pensar de semejante opinión.

En cuanto hubo Dios producido los mundos, ocupose en sembrarlos y poblarlos; el mismo po-

der se necesitó para fecundar la materia que para sacarla de lo nada; para que la molécula pasara de su inercia nativa al movimiento de la vida, que para crearla. Por esto el Génesis enseña que Dios produjo las plantas y los animales por medio de un *fiat* de su omnipotencia. Por lo que se refiere á los vegetales de vida á la ventura, á las yerbas que llevan semilla y á los árboles fructíferos, cada uno segun su especie; por conseqüente, no á una sola especie, sino á una gran variedad de especies. Inmediatamente despues, pasando del reino vegetal al reino animal, creó los animales acuáticos, los animales aéreos, los animales terrestres siempre segun sus especies (1), de donde resulta, que no solo los animales y los vegetales que hoy existen, descienden de los que Dios hizo aparecer milagrosamente en el principio, sino tambien que descienden de ellos con variedades analógas. Análogas decimos, entiéndase bien, y no idénticas, porque la narración genesiaca no nos obliga en manera alguna á admitir esta identidad absoluta. ¿Por ventura no vemos hoy en nuestros jardines, flores que no existían hace cien años?

1. Véase el libro de la Genésis, capítulo I, versos 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 22, 23, 24, 25, 26, 27, 28, 29, 30, 31, 32, 33, 34, 35, 36, 37, 38, 39, 40, 41, 42, 43, 44, 45, 46, 47, 48, 49, 50, 51, 52, 53, 54, 55, 56, 57, 58, 59, 60, 61, 62, 63, 64, 65, 66, 67, 68, 69, 70, 71, 72, 73, 74, 75, 76, 77, 78, 79, 80, 81, 82, 83, 84, 85, 86, 87, 88, 89, 90, 91, 92, 93, 94, 95, 96, 97, 98, 99, 100.

Pero si una porcion de circunstancias naturales pueden modificar las especies minerales y vegetales, el transformarlas solo le está concedido á Dios. Por esto los tipos que creó continúan existiendo en todos los individuos que de ellos desciendan, inmutables en cuanto á su esencia, siquiera variados en sus accidentes. Tal es el dógma en su augusta sencillez y hasta podríamos decir, tal es la ciencia, porque casi todas sus verdades se hallan de acuerdo con el dógma, al paso que únicamente las utopías son las que lo contradicen.

En embargo, el materialismo que ni siquiera explica la materia, abriga la pretension de explicar el fenómeno de la vida en el seno de la materia, y despues de haber hecho el Génesis de los astros y el de la tierra, ha imaginado el de todos los seres vivientes que nuestro planeta encierra. No cabe negar que es una verdad demostrada, que la vida no ha existido siempre en este mundo, y que en un principio apareció en él bajo su forma más elemental; ¡mas en qué época y en virtud de qué prodigio? Misterio es este completamente inextricable, para quien no quiere admitir el misterio tan eminentemente explicativo de una creacion divina.

A pesar de estas dificultades el materialismo

zanja la cuestion definiendo la vida una mera manifestacion de ciertas propiedades de la materia, lo que equivale á considerar la materia como el seno material de todos los organismos vivientes, y como un seno maternal que no ha menester ser fecundado *ab extra* para producir. Esta aptitud para el engendramiento reconocida en la materia, abstraccion hecha de todo principio generador, ha dado pié naturalmente á la supersticion de las generaciones espontáneas. Entiéndese por generacion espontánea ó *heterogenia*, la formacion de ciertos séres vivientes sin gérmenes pre-existentes, en virtud del juego exclusivo de las fuerzas físicas y químicas inherentes á la materia ambiente, en cuanto se han desprendido á consecuencia de circunstancias favorables.

Esta opinion en estado de creencia inofensiva es tan antigua como el mundo. Flourens, en su libro de la *longevidad*, la hace remontar hasta Epicuro, calificandola de "hipótesis tan comoda como absurda." Sin embargo, antes que Epicuro habian profesado este error fisiológico, Aristóteles, Diodoro Siculo y Virgilio, y despues de Epicuro, Plinio, Plutarco, el P. Kircher y toda la Edad media, bien que con intenciones las ménos agresivas, y á veces hasta con

los propósito más piadosos respecto de la divinidad.

Sin embargo, dicha opinion, en el estado de negacion anti-cristiana, ha alcanzado actualmente una boga y un favor tristemente célebres. ¿En qué consiste que lo que no era más que una creencia añeja, y en otro tiempo ortodoxa, háyase convertido al presente en un argumento apasionado contra la religion? Dos razones pueden darse para contestar á esta pregunta. Consiste la primera en que los heterogenistas antiguos no negaban en manera alguna ni la creacion, ni el Creador. Preguntaban únicamente, que despues de haber creado por sí mismo y de un modo directo, Dios habia depositado en la materia energías fecundantes con objeto de continuar su obra. De manera que segun el lenguaje de la escuela, en el primer caso era *creador in actu*, y en el segundo *in potencia*. En cambio, en nuestros días se ha convenido en que si la materia se ha organizado por sí misma una vez, nada se ha opuesto á que haya podido obrar siempre del mismo modo, y se ha hecho de la generacion espontánea una eliminacion más ó ménos manifesta de la Creacion y del Creador.

La segunda razon se reduce á que los heterogenistas antiguos no creian que el trabajo en

poneteo de la materia bastara á más que á producir organismos superiores á la animalidad más rudimentaria; al paso que los heterogenistas científicos los modernos más modestos aun, limitan su poder creador á hacer que de una substancia putrescible resulten infusorios y vegetales microscópicos. Mas vienen en pos de ellos los heterogenistas filosóficos que explotan la ciencia en provecho de sus sistemas, sin perjuicio de torturarla con objeto de que depongan falsamente y dispuestos á corromperlo todo á fin de poder negar, se expresan en estos términos:

Puesto que la materia produce las monadas ¿por qué motivo, despues de largos siglos de elaboracion, no ha de ser poderosa á procrear mamíferos? ¿Qué inconveniente hay en que despues de otros millares de siglos, me engendre monos antropómorfos? ¿Qué puede impedir que acumulándose continuamente los siglos, al cabo resulten seres humanos? De esta suerte, la generacion espontánea que no era más que un mero entretenimiento en los siglos pasados, se ha convertido al presente en una terrible blasfemia.

Así ha acontecido sin embargo desde los tiempos de Voltaire, que negaba á Dios el poder creador al par que reconocia en Needham el ta-

lento fabricar anguilas con un poco de harina y otro poco de grasa de carnero, prometiéndose decia, que habia de llegar un dia en que fuese tan fácil crear hombres como lo era el confeccionar anguilas.

Es decir que la heterogenia cuenta al par con sus sábios lo mismo que con sus sectarios: los primeros ingénuos entusiastas por la investigacion, y ocupados únicamente en un descubrimiento de laboratorio: los segundos solapados, encarnizados contra la fé, y con el oido atento á todas las novedades, con el objeto de basar en ellas sus negaciones. Uno de los últimos exclama con aire de vencedor: «La cadena de la vida es infinita, y la heterogenia ropla sobre el milagro de la creacion.» Otro llevando más adelante todavía sus manifestaciones, exclama ménos orgullo: «Trátase de averiguar si el milagro, que no desempeña papel alguno en la embriogenia actual, ha sido artista más importante en la primera aparicion de los mas antiguos representantes de cada especie, y si la ciencia va á plegar banderas ante la taumaturgia.» Finalmente, un tercero refiere la série de metamorfosis en virtud de la cual una gota de agua del mar, se eleva á la dignidad de insecto.

to (1). Verdadera filosofía de la degradación, que aconseja á la humanidad menospreciarse sobre texto de humildad; que hace salir la inteligencia, la moralidad y el honor de una entumescencia de fango calentado por el sol; y que merecería ser marcada con el estigma de el vegetalismo.

Hémos ahí pues en presencia de una doble heterogenia. La primera, reducida estrictamente á su principio, nada distingue más allá de este resultado inocente: la materia no organizada puede dar nacimientos, sin huevos y sin gérmenes, á seres organizados. La segunda, más especialmente ocupada en sus consecuencias, se encierra en esta conclusión: puesto que la materia en virtud de una fuerza que le es propia, anima organismos vegetales y animales, de esta virtud plástica ha podido deducir al hombre. Bajo este segundo aspecto la heterogenia penetra en la magna cuestión de la transformación de las especies y se refiere más especialmente á la antropología. Aplazamos para más adelante el considerarla en este terreno. Mas bajo su primer punto de vista, es decir, considerada como estu-

1 Michelet, El Mar.

dio del origen de la vida, la heterogenia constituye lógicamente el asunto del presente capítulo. Lo que desde el principio nos anima es que para servir la causa de la verdad, en semejante litigio, no tanto habiéramos menester iluminar la cuestión, como despejarla, ya que siendo el orden el sol de la discusión, no hay para qué crear la luz puesto que la lleva consigo mismo.

Por lo demás, debemos confesarlo; la fé ha tenido, respecto del particular, sus partidarios decididos como los ha tenido la opinión de las generaciones espontáneas. Así como estos han deducido fácilmente el nacimiento del hombre desde el de los microzoarios, merced á las conclusiones progresivas de la materia; de la propia suerte, ciertos espiritualistas no han reflexionado con la detención debida, que el hombre formado por Dios, fuese capaz de poner en el mundo artificialmente, ciertos animáculos, toda vez que puede engendrar á sus semejantes. Por desgracia cuando se suscita una nueva teoría, los espíritus preocupados ó lijeros, la juzgan según sus consecuencias reales ó supuestas, y no según las pruebas que aduce.

No permita Dios que considere como cosa probada y fuera de toda duda las generaciones espontáneas, ya que vamos á demostrar preci-

samente todo lo contrario; mas en rigor podrian serlo en adelante. Ahora bien: ¿qué de cargos no se harian, y con motivo, á la religion, si hoy mirara como materialista una hipótesis que mañana se veria obligada á admitir como demostrada?

De seguro no ha de contarse con un futuro Galileo entre los partidarios de la generacion espontánea; pero puede muy bien suceder que bajo los misterios de esta teoria, existan verdades con las cuales deberá contarse andando el tiempo: no vayamos pues á proclamar su incompatibilidad radical con el cristianismo. Por lo demás, lo que nosotros decimos respecto de la cuestion, es prudencia de estrategia, no debilidad de defensa, puesto que bajo las ventajas de tales reservas, nos proponemos demostrar: 1.º que la generacion espontánea no constituye un hecho probado; 2.º que tampoco es probable; 3.º que aun cuando estuviere probada, nada probaria contra la fé.

En los últimos grados de la escala descendente de las especies, sean animales, sean vegetales,

existen individuos que en vez de nacer de padres de la misma especie, son producto de una naturaleza no viviente! Es esto un hecho que debe ser iluminado por la observacion, y en manera alguna por razonamientos *a priori*. Separemos pues un instante las probabilidades lógicas del asunto, para mejor apreciar la prueba material: no investiguemos lo que debe ser, sino lo que es; y pasando del estudio de los mundos la creacion microscópica, sepamos de donde procede.

Tal es el estado de la cuestion, tal cual puede abarcarla y resumirla un narrador poco competente es cierto; pero en cambio sinceramente imparcial.

La heterogenia no abriga la pretension de producir organismos complejos y voluminosos: solo elabora los infusorios y los vegetales de un órden ínfimo, lo mismo por sus proporciones que por su organizacion. Hay más aun: esos seres, siquiera se produzcan espontáneamente, no nacen en el estado adulto, sino que proceden de un huevo que se desarrolla segun las leyes fisiológicas; y como de nada, nada resulta, para engendrar este huevo, se necesita materia organizada animal ó vegetal.

Por su parte, la teoria contraria, ó sea la



panspermia, formula su programa del modo siguiente:

Todo ser vivo proviene de otro ser vivo. *Omne vivum ex vivo*, sin que escapen á esta ley los corpúsculos microscópicos cuyos gérmenes flotan en la atmósfera, por consiguiente, la atmósfera es la que los disemina, y la materia orgánica en via de descomposicion, sin que constituya su principio, ayuda á su produccion.

Bajo la primera enseña militan en Alemania Caru, Tiedemann, Bremser, Bardach; en Italia Montegazza; en Francia MM. Ponchet, Joly y Masset. Figuran en las filas del partido opuesto la mayor parte de los naturalistas franceses, entre ellos Cavier, Blainville, Esherumberg; y mas especialmente MM. Pasteur, Coste y Le-maire, que en virtud de experimentos recientes, han venido á fijar, si así cabe decirlo, el estado de la ciencia respecto de esta cuestion, y la popularidad de sus adversarios.

El motivo de la diferencia entre uno y otros es por demás sencillo, signiera el resultado sea de dificilísima comprobacion. Si se hace macerar una substancia orgánica cualquiera, en un vaso expuesto al aire, despues de un período de tiempo, que varia segun la temperatura, descubrese en la superficie del contenido innumera-

bles animalculos; mñadas, bacterios, vibriones. ¿Cuál es el principio de esta poblacion microscópica, cuyas generaciones se renuevan y transforman con tanta rapidez? Para los heterogenistas, es la materia orgánica macerada en la solution; para los panspermistas, los huevos existentes en el seno del líquido, independientemente de la materia orgánica, y de los cuales ordinariamente es el aire el propagador. Examine-mos las pruebas experimentales en que funda su doctrina cada uno de los partidos.

Los heterogenistas dicen: En la maceracion hay tres ingredientes; el aire, el agua, y la materia orgánica, y una sola de esas tres substancias puede introducir en aquella los gérmenes de los infusorios. Ahora bien, si se practican experimentos con el aire, con el agua ó con una materia orgánica, absolutamente desprovistas de todo germen vegetal ó animal, y no obstante resultan de semejante fermentacion especies animales y vegetales, tendremos que la generacion espontánea se impone con la autoridad de su evidencia.

Hay más aun, añaden; la materia orgánica no es el vehiculo de los gérmenes, porque los gérmenes parecen á la simple temperatura del agua hirviendo, y las substancias empleadas en

esos experimentos han estado sometidas á un calor de 200 á 300 grados: hasta se ha llegado al extremo de carbonizar algunas, tales como habichuelas, y no obstante, sus cenizas, tratadas por la disolucion indicada, la han poblado de innumerables protozoarios.

Tampoco puede ser el vehiculo de los gérmenes el agua, puesto que no contentes los espartaristas con emplear para sus trabajos el agua destilada, han llevado el escrúpulo de la exactitud experimental, hasta el extremo de producir el agua artificialmente por la combinacion eléctrica del oxígeno y el hidrógeno, que es el agua más desprovista de todo corpúsculo extraño que se pueda imaginar, y no obstante esta precaucion, los infusorios se han producido en gran abundancia.

Finalmente, tampoco puede ser el aire el vehiculo de los gérmenes, puesto que se ha empleado el aire á una temperatura, muy elevada, en virtud de haberlo hecho pasar por el interior de tubos de hierro enrojecido al fuego, y aun cuando todos los gérmenes de animalculos han debido perecer en esta operacion, sin embargo no han dejado de aparecer tambien en abundancia. Por consiguiente, los tres elementos de la maceracion no han sido, pues, simplemente los

propagadores de la vida microscópica, sino los verdaderos agentes, y esta disolucion no tan solo ha hecho brotar los gérmenes preexistentes sino que ha operado una verdadera creacion.

Pero todavia llevan mas lejos sus demostraciones. Si los infusorios provienen del aire, dicen, cuantos mas puntos de contacto tenga este gas con una maceracion, tanto mayor será el número de gérmenes. Y sin embargo, en los frascos llenos de este líquido, expuesto durante dos horas consecutivas á la corriente de aire producida por un poderoso ventilador, no han sido más numerosos los microzoarios que en los frascos cubiertos con una campana que contenia apenas un litro de aire.

Y prosiguen: se han dispuesto ocho frascos puestos en comunicacion por medio de tubos de vidrio, cada uno de los cuales contenia la misma cantidad de maceracion, y despues se ha hecho circular el aire en el seno de este aparato: si fuese el aire el que contiene los gérmenes, los primeros frascos, por lo mismo que reciben más directamente la influencia de la corriente atmosférica, deberian ser los más poblados en animalculos y los menos poblados los últimos: y sin embargo, no es este el resultado que produce el experimento.

Y dicen tambien: Si en un mismo recipiente y unas al lado de otras, se colocan diferentes probetas, cada una de las cuales contiene una maceracion de materia orgánica distinta, si el recipiente ó la cubeta se llena de agua destilada de manera que suba un centimetro sobre el nivel de las probetas, y el conjunto se cubre con una campana que aisle al aparato de la atmósfera, ¿qué es lo que sucede? En tanto que, segun la teoria panspermista, el volumen de aire puesto en contacto con las probetas bañadas por la misma agua, deberia depositar en cada una de ellas el mismo residuo microscópico, vemos, por el contrario, cada probeta habitada por productos diferentes, segun sean las substancias orgánicas que contienen.

Llegados á este extremo, no por esto se dan por satisfechos los heterogenistas. Han demostrado que el aire no era el depósito de los gérmenes; quieren demostrar que la materia orgánica es su causa eficiente. Al efecto vierten en un plato una cantidad de líquido que contiene substancias vegetales en descomposicion. Establecen sobre el mismo una probeta llena de la misma disolucion; pero mucho más concentrada, y pasados algunos dias, ¿qué es lo que han visto? Que el plato, siquiera accesible al aire, por

su mayor superficie, se halla casi exhausto de infusorios, en tanto que pululan en la pequeña abertura de la probeta. ¿No es esta una nueva prueba que puede añadirse á las demás, y que demuestra que la materia orgánica es el verdadero productor de la multiplicacion microscópica?

A mas de que, dice en forma de argumento supremo la heterogenia: Puesto que los gérmenes moléculares de este fenómeno existen en el aire, ¿en qué consiste que no los haya podido observar en él ningun microfrago? Mientras no aparezcan, la ciencia estará autorizada para creerlos formados á expensas de las substancias putrescibles. Despues de lo cual la heterogenia canta victoria, y desafia á sus adversarios á que se la arrebaten.

Esto, sin embargo, no es tan difícil como á primera vista podria creerse. Estos empiezan por discutir los experimentos de la heterogenia antes de oponerlos los suyos. En vano pretende esta emplear substancias orgánicas desprovistas de toda suerte de gérmenes por la accion del agua hirviendo, pues dichos gérmenes resisten lo mismo á la desecacion que á las temperaturas más elevadas; y en prueba de ello, pueden citarse los rotíferos ó animales resucitantes que se

gna los notables experimentos de MM. Doyé, re y Broca, plenamente aceptados por M. Milne Edwards, resisten las pruebas de la combustion más intensa. En vano presenta la heterogenia el líquido de sus maceraciones como tanto más fecundo en infusorios, cuanto es más rico en materia orgánica. La abundancia de esta determina un desprendimiento más ó ménos notable de calor y de electricidad; luego estos fenómenos físicos son los que influyen en la producción de los gérmenes, de donde resulta que si se ven más gérmenes donde existe más cantidad de materia, y ménos allí donde la cantidad es menor, consiste en que la materia fomenta el nacimiento y sostiene la vida de los animalculos, no en que los produzca.

En vano alega la heterogenia que los frascos ventilados durante mucho tiempo, no han sido más fecundados por el aire, que los frascos sometidos á una atmósfera fija: pues esto prueba cuando más, que en un aire agitado y purificado por medio de la ventilacion, existen ménos gérmenes que en un aire en reposo, y que si la producción de la vida ha resultado en razon directa de la cantidad de materia fermentescible, consiste en que dicha materia encerraba y ha de-

sarrollado los gérmenes, no en que los haya creado.

En vano aducen los espontaneistas el argumento de los ocho frascos llenos de soluciones distintas y produciendo animales diferentes, á pesar de hallarse sumergidos en la misma atmósfera y en el agua misma; puesto que no hay en todo esto nada de sorprendente, pues en virtud de las afinidades químicas y orgánicas, los huevos de las diversas especies contenidas en el agua, se adhieren á la solución que les más favorable. Esto es todo. Por lo demás, los animales del microscopio, lo mismo que los que se alimentan en nuestras llanuras, varían según el alimento de que se nutren.

Finalmente, la heterogenia no tiene fundados motivos para jactarse de la exactitud y rigor de sus experimentos. Esta exactitud y estos resultados deben ser admitidos á beneficio de inventario. Así por ejemplo la heterogenia que ha visto ciertas cosas invisibles para todos los demás, jamás ha podido sospechar el hecho experimentado por M. Coste, consistente en que seis filtros de papel superpuestos, no son obstáculo para que los atraviesen ciertos infusorios que acaban por desarrollarse en el líquido clarificado. Por esto el sábio embriogenista solo ha

obtenido actos de incredulidad de parte de aquellos que estaban interesados en no prestarle crédito.

El panspermismo no se limita á derribar por el suelo el aparato experimental de sus adversarios, sino que los combate además valiéndose de sus propios experimentos: y si bien es verdad que el mundo científico no ha declarado los de estos decisivos, manifiesta abiertamente que los de los heterogonistas no son tan concluyentes. Limitémonos á los principios.

Schwam que introduce en los frascos de que se sirve, una cantidad determinada de levadura de cerveza azucarada, y que somete dicho contenido á la ebullicion, á fin de expulsar el aire que se halla en contacto con el líquido; y que luego, á fin de hacer posible la vida en los recipientes, los pone en comunicacion con el aire atmosférico calcinado, por medio de tubos calentados al rojo, ¿qué resultado ha obtenido? El de haber visto jamás que se desarrollaran microzoarios en semejante infusion. En cambio, ha bastado con que practicara la misma operacion de frascos expuestos á una atmosfera no purificada de gérmenes, para que instantáneamente apareciera una gran muchedumbre de ilusorios y de mucosidades. Por consiguiente,

el aire es el que llevan su simiente las innumerables falanges del mundo microscópico, cosa que se comprende fácilmente cuando se tiene en cuenta que sobre el ala de una mosca han llegado á contarse hasta treinta de esos esporos destinados en su impreceptible pequeñez á convertirse en animales completos.

Despues de Schwam nos encontramos con M. Lemaire que se explica en los siguientes términos: «He recogido en un gran balon cierta cantidad de aire, procedente de la superficie de un estanque de la Sologna y condensado por medio de una mezcla frigorifera el vapor de agua que tenia en suspension. En el instante mismo en que se realizó la condensacion, puede distinguir los esporos esféricos, ovoideos y fusiformes que contenia el líquido. Trasvaselo despues á un frasco tapado que contenia un volúmen igual de aire comun, y al cabo de veinticuatro horas, pude contar más de doscientos monedas en una sola gota de agua: al cabo de cuarenta horas distinguíase además un verdadero enjambre de bacterias, vibriones y espirilas.» Despues de esto ¿puede negarse aún que sea el aire la mancion flotante de todos esos pequenísimos aéres que pueden desovar, nacer, flotar y morir en su seno, sin que, sensiblemente, se altere? Y digo

zensiblemente, porque en realidad todos los medios atmosféricos no producen idéntica cantidad de infusorios. En las cimas de las más altas montañas, en cuyas alturas los gérmenes no son conducidos por las ondas aéreas; en las cuevas y anfibrános, en los cuales los gérmenes se precipitan sobre el suelo, porque la inmovilidad del aire es obstáculo para que floten, son raras ó nulas las producciones microscópicas, y en cambio son innumerables en las capas más densas de la atmósfera.

Por último, M. Pasteur ha añadido por su parte tantos y tan poderosos testimonios á la teoría panspermista, que involuntariamente se siente uno inclinado á considerar sus manifestaciones como la última palabra de la cuestion. El ingenioso autor de la *Memoria sobre los corpusculos organizados, en suspension de la atmósfera*, prueba su existencia y su accion en las maceraciones, llamadas proligeras de la heterogénesis, por medio de numerosas demostraciones, de las cuales es la más notable é incontrovertible la siguiente.

Colóquese en un balon de cuello largo un líquido claro que mantenga en disolucion una materia orgánica: caliéntesele hasta la ebullicion, déjesele enfriar y póngasele en comunicacion

con el aire exterior. Al cabo de pocos dias el líquido se enturbia y contiene infusorios.

Tómese otro balon exactamente igual al primero, y colóquese en él la misma cantidad de materias putrescibles. Despues de esto reblan: dézcase, sometiéndolo á la llama de un mechero de gas, el cuello del balon; dóblese en ángulo recto; afílese en punta, de suerte que su extremidad inferior sea casi capilar, y solo presente una abertura reducidísima: hagase entónces hervir y déjese enfriar despues la disolucion, y al revés de lo que ha sucedido en el caso precedente, permanecerá intecunda.

¿De qué proviene esta diferencia en los resultados ya que ninguna ha habido en las operaciones? De que el primer balon puesto en comunicacion con el aire por medio de un largo cuello, ha sido, si así podemos decirlo, ensomantado por la atmósfera; en tanto que el segundo, gracias á la curvatura de su cuello, y por lo mismo que tiene su estrechísimo orificio colocado horizontalmente respecto del suelo, no puede recibir los gérmenes que en virtud de la gravedad se precipitan verticalmente. Y esto es tan cierto, que si se agita con fuerza el balon de manera que penetre aire en su interior, el gas condu-

ca con él, polvo impalpable que es el gérmen de una rápida producción.

M. Pasteur no satisfecho con haber aducido tales pruebas y semejantes irrefutables argumentos en favor de su doctrina, pretendió someterla al primer jurado del mundo científico, la Academia. Aceptado el reto por MM. Ponchet, Joly y Musset, nombróse una comisión compuesta de MM. Flourens, Milne-Edwards, Dumas y Balard que como jueces de campo, desinteresados en la cuestión, hallábase dispuestos á pronunciar un fallo solemnísimo, sobre tan solemne cuestión científica. Fijóse día para la celebración de este torneo; el resultado de esa lucha en que solo debían esgrimirse las armas corteses del saber, era esperado con impaciencia; los contendientes se hallaban dispuestos... pero ello es que la justa no se ha celebrado aun. ¿Porqué motivo? La juventud de las aulas y ciertas pasiones irreligiosas han contribuido á ello poderosamente y no han vacilado en achacar la culpa á los panspermistas; la Academia y otros que no son la Academia piensan de otro modo. Por lo que á mi dice relación, por lo mismo que debo tratar con la misma caridad á los unos que á los otros, contentome con consignar el hecho, sin acriminar á nadie, seguro de ha-

ber llenado el fin que me propuse, pudiendo manifestar resueltamente que la heterogeneia no está probada.

En resumen: el hombre se halla colocado entre esas dos inmensidades que causaban vértigo y desvanecimiento al fénix profundo de Pascal: lo inmensamente pequeño. El hombre se eleva hasta el último de los soles; va á llamar á las puertas de lo infinito, y lo infinito le responde: Tu grandeza consiste en preguntarme; la mía en permanscer impenetrable á tus investigaciones. Desde esas alturas descende el hombre hasta el arador microscópico, con el objeto de explicarlo, y el arador le dice: Podrás medir los astros; mas en mi misma exiguidad y pequeñez llevo millones de átomos que nunca pesarás. De manera que por encima y por debajo del espíritu humano llega al límite; pero aprisionado entre ambos extremos, experimenta una postración que le hace caer de rodillas á pesar suyo. Si, llega un instante en que la adoración es el éxtasis de la razón más bien que su anonadamiento, y el sublime movimiento de una inteligencia que respeta sus fronteras; pero que siente un más allá y se lanza á él.

No existe hecho alguno incontrovertible en apoyo de la generacion espontánea: siempre y cuando se han tomado las precauciones indispensable para una buena experimentacion, esos hechos pretendidos no han llegado ha producirse. Por consiguiente la doctrina heterogenista está condenada hasta el presente en el tribunal de la ciencia positiva. En confirmacion de lo dicho añade M. Flourens: «Con posterioridad á Redi (1668) no hay quien crea en la generacion espontánea de los insectos; la de las lombrices intestinales no tiene ya defensores serios despues de Van Beneden (1838); ya no se sostiene la de los infusorios despues de Balbiani, y con posterioridad á los experimentos de M. Pasteur, ha sido generalmente abandonada con relacion á toda especie de animalculos» Perdida la batalla, solo algunos jefes de escuelas interesados en la cuestion, pretenden hacer una retirada honrosa y á su lado, ciertos hombres apasionados, que

nada conocen de la teoria, no tendrian inconveniente en beneficiar con ella el materialismo de sus principios ó el de sus costumbres.

Mas sentado que la generacion espontánea no se halla probada, ¿es acaso imposible? Nada autoriza á deducirlo. Por esto hemos procedido con verdadera prudencia, cñiendo nuestro juicio á los siguientes términos: No es probable. Fundados ahora en el testimonio del hecho, consultamos *á priori* al de la razon.

Primera presuncion desfavorable á esta opinion: el campo de sus observaciones es el dominio de lo infinitamente pequeño; remite la prneba científica á los últimos confines de lo sensible, en cuyo punto los experimentos son tan difíciles que, para afirmarlos, es indispensable muchas veces un gran dosis de buena voluntad por parte de los creyentes. Fuéranos dado volver á aquellos benditos tiempos de las generaciones espontáneas perceptibles á simple vista para todo el mundo, en que Van-Helmont convertía en ratoncillos los granos de trigo, valiéndose simplemente de la compresion de la ropa sucia; y el Padre Kricher sacaba un abundante semillero de ofidios, valiéndose del polvo de cenbra desecada, y era posible distinguir á las ratas y á los cocodrilos saliendo del vaso del Nilo, sin padre



que los hubiese engendrado ni madre que los hubiese parido, y nos quedaría siquiera el recurso de ir á verlo para convencernos; mas en estos en que vivimos, en los cuales las generaciones espontáneas han retrocedido á los últimos confines del horizonte microscópico, en los cuales son muchos los que nada saben distinguir y muy pocos los que ven las cosas tal cual son realmente,— y nada lo prueba tanto como el que dos bombas dotado de buena vista y mejor voluntad, no siempre suelen ver unos mismos objetos—en estos tiempos repetimos, es muy difícil comprobar el hecho. Si realmente existe, ¿por qué motivo no se realiza en otras esferas del mundo animal?

A esto contesta Buchner, que los organismos más elementales deben proceder de la generación más sencilla, pero lo que constituye la perfección en un organismo, no es su manera alguna el tamaño, sino el juego de los órganos y el de sus funciones. Bajo este punto de vista los moluscos son inferiores á las hormigas. El hombre, indudablemente el más perfecto de los animales no es en manera alguna el más grande de todos. «Por consiguiente no puede deducirse de la pequeñez la imperfección, y por tanto, la pretendida imperfección de los infusorios no ex-

plica porque razón la generación espontánea tiene solo lugar en el mundo infinitamente pequeño (1).» Añádase á lo dicho, que la organización de los microzoarios es á veces tan compleja y tan rica como la de un mamífero. En el rotífero que solo mide un décimo de línea ha distinguido Ehrenberg, una boca, dientes, un estómago, las glándulas intestinales, vejigas y nervios, lo cual inspiraba á Diderot esta frase memorable: Para confundir al ateo no hay necesidad de aplastarle bajo el peso del universo, bastan las alas de una mariposa.

Otra presunción que compromete en gran manera á las generaciones espontáneas la tenemos en que esta teoría ha retrocedido al compás de los adelantos de la ciencia. ¿Qué se han hecho aquellos tiempos en que Aristóteles creía que todo cuerpo seco, humedeciéndose, y todo cuerpo húmedo, desecándose, producian animales con tal que tuvieran de que alimentarse; en que Virgilio indicaba un procedimiento para procurarse abejas por medio de la putrefacción de las entrañas de un toro; y en que Avicena hacia brotar generaciones de hombres del seno

de los cadáveres en descomposicion? Al presente la heterogenia ha reducido extraordinariamente sus pretensiones y sus límites; su maravilloso tiende á sumergirse de cada vez más en los misterios del microscópio, pudiendo decirse que ha perdido todo el terreno conquistado por el progreso científico. Convengamos en que no es esta en manera alguna la marcha seguida por las verdades fundadas. ¿Y no bastaría esto para deducir con razon suficiente, que no le es la heterogenia? De macera que hace mal en prevalecerse de su antigüedad y de las profundas raíces que tiene echadas en los tiempos pasados.

No hay punto alguno de semejanza entre la espontaneidad de los griegos y latinos y la de los experimentadores contemporáneos; por consiguiente estos procederán como deben, no contando á Aristóteles en el número de sus adeptos, puesto que entre este y aquellos, nada más hay de común que una palabra de doble sentido: dándose antepasado y á duras puede decirse que hayan tenido precursores.

Tercera presuncion en contra de la generacion espontánea: sería una anomalía en la naturaleza. Dios preside á la conservacion y á la reproduccion de los seres segun las leyes fijas y de-

terminadas. Solo de tarde en tarde consiente en derogar dichas leyes á fin de probarse á sí mismo por medio de una excepcion brillante; y el milagro que se le niega sería el atributo normal de la heterogenia! La naturaleza procede en virtud de esta economía: para engendrar la vida ha menester la vida; y los espontaristas harían salir la vida de la muerte, es decir, de una materia orgánica á la cual hubiese la muerte alcanzado! Y al lado de la creacion divina sometida á la condicion de las parejas y de los sexos, ¿podía existir una especie de creacion humana, producida por una simple manipulacion de la materia? ¿Y este orden se aplicaria exclusivamente á los últimos grados de la escala biológica, para espirar en la region en que podría ser auténticamente demostrado! No; mientras no resulte probado lo contrario de un modo evidente, no puede ser admitida esta irregularidad del plan divino: los únicos partidarios lógicos de la heterogenia son las que deducen de ella consecuencias materialistas, es decir, los que consideran las producciones microscópicas como el punto de partida de todos los entones zoológicos y haciendo nacer de las móndas los kolpodos, y de estos los vorticelios, lle-

gan de este modo, por progresion darwinista, desde los infusorios al elefante y al hombre.

Digamos sin embargo que estos lógicos de pandilla, que hacen oficio de sacrificar el sentido comun de la ciencia, á las exigencias del sistema han sido renegados por su padre, ya que Darwin los arroja del seno de su escuela, empleando los siguientes durísimos términos: «Existe por ventura hecho alguno, ó siquiera resquicio de hecho, del cual pueda deducirse que elementos inorgánicos hayan podido producir un sér viviente? Hasta el presente semejante resultado es inconcebible. Se me ha increpado el haberme valido de una expresion del Pentateuco, hablando de una forma primitiva á la cual fué inspirada la vida: acaso haya hecho mal empleando dicha palabra en una obra puramente científica; mas parece-me la más adecuada para formular la confesion de nuestra ignorancia lo mismo sobre el origen de la vida, que sobre las fuerzas de la materia (1).» Y por si la heterogenia materialista pudiese levantarse de tan ruudo embate, otro de sus patronos acaba de darle el golpe de gracia. M. Littré, en un momento

1 Origen de las especies.

lúcido de su filosofía positivista ha escrito: «Las condiciones complejas necesarias, para el nacimiento de los elementos anatómicos, hacen presumir que es imposible reunirlos en número suficiente, para que se formen tales elementos por la generacion espontánea y fuera de la economía: esto es lo que demuestran experimentalmente los esfuerzos infructuosos hechos en este concepto. Con mayor motivo sería imposible hacer nacer espontáneamente organismos que viviesen aislados aun cuando no fuesen más que simples infusorios (1).» Conclusion: si la heterogenia va hasta el fin de ella misma, es una monstruosidad doctrinal y científica; y si se detiene en mitad del camino, es una verdadera anomalia.

Cierto que no le faltan ejemplos especiosos admitidos en apoyo de su teoria. Si existiera únicamente un solo modo de generacion, dice, podrian considerarse las generaciones espontáneas, como contrarias á la ley general; mas hay variedades de generacion por demás abundantes; ¿por qué una de estas, en el grado inferior en la escala de la animalidad, no puede ser la heterogenia?

1 Diccionario de Negros.

Conviene los naturalistas en que así para los animales como para los vegetales, hay tres géneros distintos de reproducción: por apareamiento sexual, por geminiparidad ó yema, y por fisiparidad ó por estaca, escision, division, etc... Para ver el corto alcance que tienen tales asimilaciones, para observar; que en todos los casos alegados y en todos grados intermedios que presentan los mismos, se vé en algun modo brotar la vida de la vida: á un elemento animado animar al que no lo estaba; en tanto que la heterogenia pretende que la vida brote de lo que no la tiene. Segun sienta M. Quatrefages, las yemas, y hasta las mismas bulbillas, son el producto de un huevo preexistente, que viene á ser el gérmen primario, al paso que la yema no sea más que el gérmen secundario, de acorta que, mediata ó inmediatamente, todo animal remonta á un padre y á una madre, siendo la existencia de los sexos un carácter distintivo de los seres organizados y una de esas leyes primordiales cuya raza debemos renunciar á adquirir (1).»

Y no pretenda la heterogenia hacer pasar sus anomalías, oponiéndonos otras acreditadas en la

(1) Metamorfosis del hombre y de los animales, Cap. 25.

historia natural del pueblo, tales como el nacimiento de los entozorios á lombrices intestinales, la reviviscencia de los tardigravos ó rotíferos, merced á la accion de la humedad, etc., pues si bien á primera vista parece que las lombrices intestinales por su naturaleza vienen en apoyo de la hipótesis relativa á la conversion de una materia animal no organizada en animales vivientes, hoy no es ya un misterio para nadie la existencia de esos gusanillos que nacen en los tegidos más acretos, en el interior de los músculos y hasta en el interior de la caja del cerebro. ¡Quién habria imaginado anteriormente á la época en que Van Beneden produjo sus pruebas, que uno de esos parásitos deposita en el estómago de un carnívoro los huevos que son expulsados al exterior, que esos huevos mezclados con los vegetales son tragados por un herbívoro en el interior del cual comienza su desarrollo embrionario; y por último, que los entozorios que contienen, no han de llegar á estado adulto en tanto no hayan cambiado por tercera vez de hospedaje, en virtud de haber sido el herbívoro devorado á su vez, por un carnívoro! Así se explica que el cordero alimente al conuro que en el interior del lobo se transforma en tenia. Mas en la explicacion de todo este para nada inter-

viene la generacion espontánea, pues los micrografos descubriendo sexos y huevos en esos ani- máculos han resuelto definitivamente la cues- tion.

Por lo que se refiere á la pretendida revivis- cencia de los rotíferos y de los tardigravos, nos limitaémos á hacer una sola pregunta: ¿Está perfectamente segura la heterogenia de que se hallaban completamente muertos, cuando creyó que resucitaban? ¿Cuántos grados de tempera- tura se necesitaban para matarlos de un modo au- téntico? Dicen unos que se necesitan 100; otros 200; otros en fin, 300. Es decir que lo único que se sabe de positivo respecto del particular, es que los animales desecados pueden reanimar- se sometidos al contacto de la humedad, que el calor al parecer les arrebató la vida; que la fre- cura se la devuelve; mas no porque se remue- van despues de haber permanecido en reposo, puede decirse que revivan. Subsistente la inte- gridad de su organismo, solo se han necesitado circunstancias favorables para ponerlo de nuevo en juego. Por consiguiente cuando la heteroge- nia ve en esto un caso de generacion espontá- nea, va contra todas las indicaciones de la na- turaliza; en cambio, cuando suponemos una muerte aparente, estamos de acuerdo con la na-

turaliza y con la experiencia, puesto que la na- turaliza ofrece millares de ejemplos de muertes aparentes y no ofrece un solo caso de resurrec- tion.

Por lo demás, y entramos con esto en la cuar- ta presuncion en contra de nuestros adversarios, las generaciones espontáneas no solo constituirian una anomalía en el reino animal, sino que serian además una superfetacion. Los geólogos enseñan que la vida no se ha manifestado en el globo, en el estado en que hoy se nos ofrece, y que las diversas especies de animales solo se han mostrado sucesivamente. Hay más aún: el estu- dio de las capas sedimentarias nos revela que esas creaciones progresivas han tenido lugar únicamente en épocas caracterizadas por cam- bios importantes, realizados en la superficie de nuestro planeta, y que, durante la larga série de los siglos que separan tales cataclismos, la na- turaliza se han limitado á reproducir los tipos antiguos sin crear jamás uno nuevo. Al presen- te han desaparecido especies animales florecien- tes en otro tiempo; mas no por esto han sido reemplazadas por especies de origen más recien- te. De manera que hasta segun una ley geoló- gica, el hombre ha cerrado el círculo de las obras divinas en el órden de la animalidad. Con por-

terioridad á su aparición, no se ha demostrado la de una sola familia desconocida entre los animales superiores, y siendo esto cierto como lo es, respecto de los últimos, ¿acontecería una cosa distinta respecto de los inferiores? Convenirnos por lo ménos en que es una anomalía científicamente improbable. La naturaleza no cambia en la tierra las especies vivientes, como no sea cambiando las condiciones materiales de la vida; es pues indispensable que la heterogeneidad trabaje en hacer aparecer otros continentes, en abrir otros mares, en modificar nuestra atmósfera, en suma, en crear nuevos cielos y nuevas tierras, y entonces creeremos en la posibilidad de sus nuevos animales.

No se me oculta que con un acento de profunda convicción religiosa, que no puedo ménos que agradecerle, ha dicho: «Toda vez que Dios ha creado, ¿por qué no ha de continuar creando? ¿Por ventura habria dejado de ser el Dios vivo la Providencia? ¿Quién ha penetrado en el manantial de su poder y ha medido sus límites? ¿Quién tendrá valor para asegurar en presencia de millares de mundos, que Dios ha terminado su obra y que descansa eternamente? ¿Por

qué decir á Dios, basta con lo infinito nada más?»

Tales palabras pertenecen indudablemente á la más irrepachable ortodoxia, y podrian proponerse como modelo de conciliación á los Teólogos y á los heterogenistas absolutos que se tratan como enemigos irracionables, pero como los derechos y la libertad se hallan reservados respecto del particular, considero más conforme con la economía providencial la siguiente respuesta felizmente expresada: «¿Acaso para que la potencia creadora pueda ser afirmada, ha menester hacerse sentir incesantemente y sin utilidad? ¿Acaso no es necesario distinguir lo que Dios puede hacer de lo que quiere hacer? ¿Acaso perderia su poder por someterse á las leyes primitivas que ha establecido? No indudablemente: porque obedeciendo el primero á su propia sabiduría, no hace más que establecer una vez más que es Dios infinitamente perfecto (1).»

Finalmente, última presunción contra la teoría de la espontaneidad: presta á la materia muerta ó ininteligente un poder creador supe-

(1) De la generación espontánea, por E. Jeahberant.

rior á ella. Es un prodigio admirable el de la unidad armónica del sér viviente; ¡qué profundas combinaciones supone la correlacion de las partes con el todo, en un organismo animado! «Si los intestinos de un animal, dice Cuvier están de tal modo organizados, que puedan digerir la carne y especialmense la carne fresca, es menester tambien que sus mandíbulas estén constituidas para devorar una presa; sus garras para apoderarse de ella y destrozarle; sus dientes para romperla y dividirla; el sistema entero de sus órganos, de movimiento para seguirla y alcanzarla; sus ojos, sus oídos, su olfato, dispuestos de manera que pueda sentirla y distinguirla desde grandes distancias; es indispensable, igualmente, que la naturaleza haya colocado en su cerebro el instinto necesario para saber ocultarse y preparar celedas á sus víctimas.

Tales serian las condiciones generales del régimen carnivor; todo animal destinado á ser guiado por semejante régimen las reuniría infaliblemente, puesto que sin ellas su raza no habría podido subsistir (1).» Hé ahí el trabajo de preparacion y de elaboracion que ha menester

1 Discurso sobre las revoluciones del globo.

la creacion de un animal. Y téngase en cuenta que no porque sea pequeño ofrezca ménos patentes estos caracteres de una maravillosa apropiacion. Hasta podria añadirse que cuanto más pequeños, mayores son los prodigios de su estructura. ¡Y sin embargo, preténdese que una obra admirable sea el producto de una fermentacion pútrida! ¡Y la vida y la inteligencia brillarian en el efecto sin hallarse en la causal! ¡En verdad que es suponer en la materia mucho poder, con la exclusiva mira de despojar de él á su autor!

Yo bien sé que los séres inorgánicos, las cristalizaciones, por ejemplo, toman formas regulares en las cuales existe correlacion entre las partes y el todo, corriendo las moléculas á agruparse cual si obedecieran á la idea de un tipo preexistente; mas una cosa es la armonía geométrica de los minerales y otra cosa la armonía orgánica. Aquella no es más que una justa posicion de partes, independientes las unas de las otras, hasta tal punto, que un cristal dividido forma tantos cristales completos, como partes han resultado en la division, bien que de volumen más reducido. La segunda, en cambio, es una combinacion de partes que actúan y reaccionan las unas respecto de las otras, de tal ma-

nera enlazados en virtud de sus servicios recíprocos, y por su acción común, que faltando una sola, deja de existir el todo. Ahora bien, si para producir una obra inorgánica, basta la materia inorgánica, para dar nacimiento al fenómeno incomparablemente más complejo de la vida, es indispensable la vida.

Por lo demás, bajo el punto de vista de la manera de crecimiento, ¡qué notable diferencia entre los seres vivientes y los minerales! En el primer caso, el crecimiento se opera por intus-suscepcion, es decir, interiormente: en el segundo por justa posición exterior. En los minerales las moléculas se agregan á las antiguas sin romperlas; mas en las profundidades más ocultas que los seres vivientes, reinan dos corrientes contrarias, una que, molécula á molécula, va arrebatando alguna cosa al organismo; otra que ocultamente y con la medida necesaria, va reparando las brechas que como fuera muy extensas acabarían por determinar la muerte (1).  
Este doble movimiento que hace llamado torbellino vital, renueva nuestro físico doce veces al año, sin que experimenté la transformación

1 Quatrefoyes.

más insignificante á nuestro yo moral: ¡qué prueba más poderosa y convincente en favor del alma! Finalmente, el ser viviente no difiere únicamente del mineral por el crecimiento, sino que se distingue también por el decrecimiento y por la muerte; prueba evidente de que haciendo proceder la generación de los animales, lo mismo que la de los minerales, de una combinación espontánea de la materia, la heterogeneidad compara efectos radicalmente incomparables (1).

A más de que, ¿cómo se concibe que la materia orgánica pudiese conseguir por sí sola, lo que el hombre no puede conseguir, esto es, componer la vida? Ciertamente que mediante la síntesis química es posible reconstruir artificialmente determinadas sustancias; por lo mismo que toda materia viviente puede reducirse á elementos minerales, de los cuales los más comunes son el hidrógeno, el oxígeno, el nitrógeno, el carbono, etc., parece que los minerales deberían formar recíprocamente la materia viviente; y sin embargo, entre el ser inorgánico, media un abismo inmenso. Ciertamente que la cien-



cia cuenta con procedimientos para extraer del azúcar, éteres, alcoholes, etc.; mas, ¿fabricará con ello, nervios, tejidos, manos, piés, carne, huesos? Por más que diga, yo me guardaré muy bien de participar, respecto del particular, de todas sus credulidades de laboratorio.

Por lo demás, aun cuando la ciencia llegara á crear de nuevo la materia de los séres vivientes, siempre le quedaria por resolver una dificultad mil veces más insuperable, la creacion de la vida en el seno de la materia. Despues de lo que llevamos expuesto, digase si es posible que un poco de substancia macerada pueda dar vida á millones de muscedíneas, cuando el génio todo del género humano no ha logrado suscitar una sola. No se nos oculta que es el hombre el que establece dicha substancia en las condiciones indispensables para la produccion de la vida; mas hay ocasiones en que dicha substancia se encuentra en esas mismas condiciones sin el concurso del hombre, y por consiguiente resultaria más fuerte que él. Se dirá tambien que la materia produce vegetales, en tanto que no le es posible al hombre crearlos; mas lo que realmente acontece es, que á los vegetales solo les da lo que alla tiene, es decir, virtud germinativa, en tanto que á los animales les comunicaria aquello

de que carece, es decir, el instinto de la vida. En suma, las generaciones espontáneas serian una exageracion de las energías materiales en perjuicio de la supremacia del hombre, y en tanto no sean verdaderamente probadas, la razon les rechazará en principio como desprovistas de toda probabilidad.

### III.

Mas, todavia iremos más léjos: supongamos que estuviesen probadas. ¿Probarian algo contra la fé? Ya hemos entrevisto que la contestacion á esta pregunta es negativa, sin embargo, conviene precisarla.

Existe una heterogenia moderada que solo admite la generacion espontánea con relacion á los infusorios de la especie vegetal ó animal. Esta puede vivir en buena inteligencia con la ortodoxia más adusta. Los Teólogos, así como los naturalistas antiguos, la admitian para una determinada clase de organizacion. San Agustín, comentando el capítulo primero del Génesis, ha

escrito: «Muchos animalculos nacen de materias húmedas, de exhalación de la tierra ó de los cadáveres, de la consunción de la madera, de vegetales y de los frutos. Dios, sin embargo, es el autor de todas las cosas; mas esos animalillos solo *potentially* y *materialiter* han sido creados con el cuerpo de que emanan (1).» Después de San Agustín, Pedro Lombardo, Santo Tomás y otros muchos Teólogos, han aceptado la propia hipótesis, en un sentido mucho más extenso aún que los heterogenistas modernos; de donde resulta que semejante cuestión, circunscrita á sus justos y naturales límites, carece completamente de importancia teológica. Para hacerla hostil á la religion, es preciso desfigurarla. Por consiguiente, la fé no ha de resultar impugnada de que Dios, creador de la materia, abandone á causas secundarias, en el laboratorio inmenso de la materia, la formación de algunos seres infinitamente pequeños. Jamás las monadas, las bacterias, las confervas, los vibriones, los kolopodos los vorticelos todos esos átomos organizados, que se quisiera convertir en verdaderos monastros respecto del dogma, jamás perderán á

1 Es Geol. ad Met. p. 14.

nuestros ojos sus proporciones microscópicas. Si en el orden de las creaciones heterogenistas, el pulgon es, como se ha dicho, un mastodonte, convengamos en que son verdaderamente insensatos los que nos lo ofrecen como un argumento colosal! ¡Y todavía son más insensatos los que pretenden convertir en objeciones formales, hechos que distan mucho de ser verdaderos! Si la ciencia tiene problemas que resolver, debe procurar dilucidarlos antes de convertirlos en arma de oposición.

En pos de la heterogenia moderada, se presenta la podriamos llamar *inicial*. Según esta, la que precedente no existe; mas, en cambio, habría existido en otro tiempo una mucho mas extensa. «Actualmente, dice Bernmeister, en que existen por todas partes zéras en número suficiente para reproducirse, no hay para que se engendren otras nuevas de las materias primeras; mas, en un principio, pasaron las cosas de muy distinta manera, y por esto también la formación de los seres era entonces probablemente distinta (2).» Si hoy la tierra no produce por sí misma ningún ser viviente, añaden los mismos teóricos, consis-

1 Geologische Blätter.

te en que se asemeja á una matrona respetable en cuyo seno hace agotado la fecundidad; pero qué, cuando jóven, concebía facilísimamente. Y hédlos ahí abarcando todos los milagros de una creación por las fermentaciones del fango, para evitar los misterios y los milagros de una creación mediante la acción divina. ¡Como si el lodo creador no hubiese sido creador á su vez, y si el Dios que pretende verse en el segundo eslabón de su obra, no debiese indispensablemente colocarse también en el primero!

Varias contestaciones podríamos emplear en contra de esta nueva clase de contradictores; mas bastará con que les dirijamos una sola. Evocan en su apoyo lo desconocido, cuando se hallan desmentidos por la realidad: ya hemos dicho que no hay absurdo que no pueda reivindicar el beneficio de semejante confirmación. Hoy dicen no pasan las cosas de este modo; mas, antiguamente era muy distinto. Y como no hay un solo testigo que pueda venir á contarnos la manera como pasaban ántes tales cosas, es indispensable dar crédito á todos los afeños é imaginaciones de la ciencia, para que no la califiquen á un grado de ignorante. ¡Buena manera de sobrevivir á la dertosa!

Convencida de ser quimérica al presente en

que podría ser verificada, la heterogenia se propone como realidad de un pasado en el cual no hay quien pueda comprobarla, es decir, que en la imposibilidad de subsistir por el razonamiento, tiende á sostenerse por medio de la hipótesis. Mas desembaracémola de las tinieblas de que se rodea. Cuando para establecer sus teorías contra la fé, necesita echar mano de fuerzas eternamente idénticas en el mundo, profesa la identidad y la eternidad de esas fuerzas; cuando ha menester el auxilio de fuerzas variables, las multiplica y diversifica á voluntad, lo que equivale á decir, que aun cuando la verdad la aplastara con sus evidencias, jamás le faltarian subterfugios para eludirlos.

Por lo demás, que esta heterogenia de los tiempos prehistóricos, se tome el trabajo de explicarse; pues ó bien es atea, y entonces no puede ser admitida para testificar relativamente al fenómeno de la vida, en tanto permanezca muda sobre el de la materia que le precede lógicamente; ó bien es deísta, en este caso tal vez habria posibilidad de llegar á un acuerdo. ¡Atribuya acaso á la materia una fuerza espontánea y productora independientemente de la causa primera? En este caso nada la autoriza á considerar lo contrario de lo que es, como la base de lo

que fué. Mas si pretende insinuar que el Creador fué á buscar en su primera creacion, es decir en la materia, los elementos principales de sus obras subsiguientes, entónces nada se opona á semejante transaccion. Lo importante es que la materia no lo haga todo sin haberse hecho ella á sí misma.

La creacion se escalona pues, siguiendo una serie de grados superpuestos de la nada á la materia, de esta á los organismos vegetales, de los organismos vegetales á la animalidad, de esta finalmente al hombre. Entre cada uno de estos diferentes estados media una laguna inmensa que solo puede llenar la omnipotencia creadora. Cuando este dato se respeta, todo se salva en el símbolo geneésico; mas desde el momento en que, bajo el nombre de lgeneracion espontánea se admite que la nada puede convertirse en polvo impalpable, en gramíneas, en animal, en hombre, se cae indetectiblemente en la blasfemia por el absurdo. Humboldt que nada tiene por cierto de sospechoso, considerando la ligereza de Strauss complaciéndose en esos juegos de sofística, concibió una tristeza mezclada de desprecio, y bajo el imperio de semejante impresion escribió las graves palabras que á continuación trasladamos. «Lo que más me ha disgustado en

Strauss es la frivolidad científica en virtud de la cual no ve dificultad alguna en que los seres organizados puedan resultar de la materia inorgánica, y en que el hombre haya sido formado desde luego del limo de la Caldea (1).»

Pero si la heterogenia moderada es compatible con la ortodoxia; si la inicial puede llegar á ponerse de cuerdo con ella; existe otra á la cual llamaremos transformista que debe ser excluida y rechazada. Más adelante expondremos los motivos. Al presente nos limitaremos á consignar que los incrédulos, de nuestros tiempos, se han precipitado sobre este dato, del mismo modo que sobre su presa el ave de rapiña, después de lo cual lo han convertido en tema de objeciones contra el origen del hombre y la paternidad de Dios. Rütgen hace brotar de la tierra á sus semejante de la misma manera que si fuesen hongos; Oken escribe á la cabecera de uno de sus capítulos *hagamos al hombre* y lo saca del fondo de los mares; Michelet, ese anciano niño, que se goza fingiendo una embriaguez que no le domina, con el propósito de alcanzar siquiera las sonrisas de un siglo que no le presta ya

(1) Humboldt, Cosmos.

atension seria, Michelet que no cree en un Dios personal, cree en la membrana prolifera respecto de la cual ha dicho: «Vivimos en un época de milagros, es indispensable decidirse (1).»

Esto sentado, no me sorprende que el alma elevadísima de Lamartine, sintiéndose atormetada ante tales excesos exclamara: «Han vislumbrado la forma humana, luchando durante miles de siglos contra el limo que resistía al movimiento; dotado despues, y sucesivamente, del instinto, á ese preludio de la razon; de la palabra, á ese resumen razonado del instinto; y finalmente de todas las facultades maravillosas que hacen al presente del hombre, la miniatura compendada y perecedera de un Dios.»

«Singular sistema, que toma por creador, una pelito, de lodo desecado de un pantano; un poco de calor pútrido, tomado de un rayo del sol; un poco de movimiento sin objeto, pedido á los vientos y á las olas; y además un instinto pedido á una potencia sorda vegetativa, y todo esto para presundir de Dios ó para relegarlo á los abismos de la abstraccion y de la inercia [2].»

1 El Mar, p. 112.

2 Curso de Literatara. Conferencia III.

## CAPITULO XI.

### LA FE Y LA PALEONTOLOGÍA.

¿Qué relacion lógica existe entre este capítulo y el que inmediatamente le precede? Este trata de la ciencia de la vida; el presente de la ciencia de la muerte de los seres organizados. La paleontología tiene por objeto el conocimiento de las razas de animales y de vegetales que existieron en otro tiempo en la superficie del globo, y cuyos restos ó vestigios fósiles, se encuentran hoy en las profundidades de la corteza terrestre.

atension seria, Michelet que no cree en un Dios personal, cree en la membrana prolifera respecto de la cual ha dicho: «Vivimos en un época de milagros, es indispensable decidirse (1).»

Esto sentado, no me sorprende que el alma elevadísima de Lamartine, sintiéndose atormetada ante tales excesos exclamara: «Han vislumbrado la forma humana, luchando durante millares de siglos contra el limo que resistía al movimiento; dotado despues, y sucesivamente, del instinto, á ese preludio de la razon; de la palabra, á ese resumen razonado del instinto; y finalmente de todas las facultades maravillosas que hacen al presente del hombre, la miniatura compendada y perecedera de un Dios.»

«Singular sistema, que toma por creador, una pelita, de lodo desecado de un pantano; un poco de calor pútrido, tomado de un rayo del sol; un poco de movimiento sin objeto, pedido á los vientos y á las olas; y además un instinto pedido á una potencia sorda vegetativa, y todo esto para presundir de Dios ó para relegarlo á los abismos de la abstraccion y de la inercia [2].»

1 El Mar, p. 112.

2 Curso de Literatara. Conferencia III.

## CAPITULO XI.

### LA FE Y LA PALEONTOLOGÍA.

¿Qué relacion lógica existe entre este capítulo y el que inmediatamente le precede? Este trata de la ciencia de la vida; el presente de la ciencia de la muerte de los seres organizados. La paleontología tiene por objeto el conocimiento de las razas de animales y de vegetales que existieron en otro tiempo en la superficie del globo, y cuyos restos ó vestigios fósiles, se encuentran hoy en las profundidades de la corteza terrestre.

Los fósiles no son siempre petrificaciones, y nada lo prueba mejor que los rinocerontes y los mammonths sepultados, durante el periodo glacial, bajo las grandes masas de hielo del Norte y cuya carne ha sido arrojada sobre las arenas de la Siberia en un estado perfecto de conservación. Sin embargo, generalmente los fósiles se hallan endurecidos por una acción química experimentada en su sedimento geológico. Son organismos ó fragmentos orgánicos cuyas partes blandas fueron disueltas, en tanto que las demás se petrificaron, merced al elemento que las envolvió.

Algunas veces el fósil no es un cuerpo organizado, sino la forma del mismo amoldada en el sitio que él mismo ocupó. Por ejemplo, á consecuencia de una de las revoluciones de la tierra, ha sido hallado incrustado en las capas interiores de la misma, el tronco de un árbol: sus partes orgánicas, consumidas gracias al contacto de la humedad, se licuaron; y el espacio que, al disolverse, resultó vacío, llenóse de una substancia mineral, que reproduce los contornos del tronco desaparecido.

Á esta clase de fósiles pertenecen también las trazas de ciertos animales que, al pasar sobre un sedimento arcilloso, dejaron impresa la for-

de variedades secundarias, en derredor de un número reducido de tipos específicos, y á demostrar las transiciones entre las razas, en tanto que subsisten los abismos entre las especies.

Es cierto que los seres organizados, considerados en conjunto, presentan una especie de progresión orgánica, de los más sencillos á los más complicados. Pero estas semejanzas demuestran que los organismos proceden de un mismo pensamiento creador, y no los unos de los otros: revelan que existe entre ellos el parentesco de un origen común, no el de la filiación recíproca. Y para sostener lo contrario, no vale echar mano de la insuficiencia de los documentos geológicos. Es una desgracia para las ideas darwinianas, que todo cuanto nos queda del famoso libro deponga contra ellas, y que sus pruebas subsistan únicamente en los volúmenes extraviados ó en las páginas perdidas. Por lo demás, consignemos con M. d'Archiac, que existen terrenos perfectamente estudiados de los cuales conocemos la casi totalidad de fósiles; añadamos con M. Pichet, que incesantemente se descubren nuevos y ricos depósitos. Ahora bien, si la doctrina de Darwin tiene fundamento, ¿no debe sorprendernos el que nuestros coleccionistas recojan únicamente ejemplares pertenecientes á las especies

ya descritas, y que si las monografías paleozoológicas exhiben tipos desconocidos, sean apariciones bruscas, y no formas intermediarias, cual sería menester para la justificación de las teorías transformistas?

Por consiguiente, trácese si se quiere con la imaginación, al árbol genealógico del reino animal, en el seno de ese vasto campo de la muerte que se llama la era paleontológica, por mas que se haga, nunca se determinará de un modo seguro, donde está el tronco, y donde las ramas de esta creación quimérica, y puesto que el mismo M. Gaudry declara que el asno, el caballo, la zebra y la hemiona, se parecen hasta tal punto, bajo la relación del esqueleto, que sería imposible distinguirlos por los solos caracteres osteológicos; ¿qué debemos pensar de un sistema que se contenta con algunas formas de transición confusamente tomadas de especies diversas en las mas remotas edades para deducir de ello la mutabilidad de estas?

Puede decirse por último que la idea de Darwin es una concepción sin cabeza ni pies. ¿Qué debemos pensar de la cédula primordial, de lo infinitamente pequeño, vegetal ó animal, que fué como la universal matriz de los seres? Darwin se calla en la cuestión relativa al origen de

la vida. ¿Qué debe pensarse tambien de las futuras evoluciones de las especies? ¿Hasta cuándo deberémos aguardar la aparición de alguna generación desconocida, el nacimiento de una humanidad perfeccionada? Darwin guarda respecto del particular el mismo silencio, de manera que su explicación es una hipótesis suspendida sobre dos abismos, una quimera que gira al rededor de dos interrogaciones. Por esto despues de un instante durante el cual la razón humana ha permanecido presa de la fascinación y de la duda, sepárase de aquella horrorizada, para abrazarse á Dios creador y conservador de las especies.

Por lo demás, según el sistema fundado en la selección por la concurrencia vital, el mundo se halla subordinado á una sola ley la de la fuerza. Engendrar vigorosos reproductores: tal es el único fin de la creación, hasta en la misma especie humana. Ahora bien, el hombre sacrifica tambien á la virtud, á la belleza, al amor, al deseo el ejercicio de sus facultades reproductoras, síguese de aquí, que el único ére capaz de realizar á sabiendas y poros verazmente la selección, emplea dicha ley contra ella misma, y que de toda la teoría solo queda un juego de aspiri-



ta hábilmente dispuesto, pero nunca practicado y jamás practicable.

Una consideracion del orden más práctico, viene á corroborar las precedentes. Si los más poderosos selectores se buscasen instintivamente, los fitones múltiples de la union transformistas, que proviene de fuerzas durante más largo tiempo acumuladas, serian superiores á los primeros. Pues bien, esta ley ascensional no solo no existe, sino que hasta podria establecerse la ley opuesta. Lo mismo las tradiciones antiguas, que los nuevos descubrimientos, tienden á probar que los tipos especificos de otras épocas, eran superiores en talla y en longevidad á los de nuestros dias: cuanto más se acercan los seres en el tiempo, á su primer antepasado, son tanto más florecientes: en cambio cuanto más distan de este factor, en el cual Dios amasó virtualmente la energia repartida más tarde entre toda una posteridad, tanto más se deterioran. Y si bien es verdad que los seres, al través del transcurso de los siglos, progresan bajo el punto de vista de la perfeccion de las formas, no lo es ménos que disminuyen en el concepto de la grandiosidad de las mismas: tanto es así que la leyenda de los antiguos gigantes queda justificada por los resultados de la investigacion, y la

fuerza de los héroes de Homero, la estátua colossal de Carlomagno, y las armaduras de la Edad media nos enseñan que la naturaleza procede en sentido inverso del que ha imaginado la utopia darwinista.

¿Más abandonaremos este terreno, sin hacer mencion, siquiera no sea más que para consignarlo, de otro sistema de transmutacion inventado por Lamarck? En manera alguna. A las metamorfosis realizadas por la seleccion natural y la concurrencia vital, substituye este principios distintos de transformacion. Gracias á una generacion espontánea incesantemente resultante de las fuerzas físico-químicas, la naturaleza es á sus ojos un manantial perenne de organismos primarios cuyas formas elementales, en virtud de una progresion graduada, se elevan á todas las ramas biológicas desde el infusorio hasta la humanidad. Los agentes principales de este trabajo inmenso son el medio, la costumbre y la necesidad.

«Si fuese el medio el que modelando, doblegando el animal á sus influencias, le hiciera propio para vivir en el seno de dichas influencias, habria motivo para sorprenderse del acuerdo existente entre los órganos y el medio? Tanto valdria admirarse de que un rio en contrase abiera

to el lecho por donde debe discurrir, cuando precisamente es el río el que se abre el lecho (1). Efectivamente, en este caso no podría decirse que se dieron al ave alas para que volara, sino que trocando el orden, debería concluirse que vuelan porque tienen alas. De manera que la Providencia creadora resultaría reemplazada por las circunstancias ambientales que se llaman aire, agua, accidentes meteorológicos; en una palabra, la causa final desvanecida por la soberanía vaga, impersonal, llamada medio.

No cabe dudar que las circunstancias exteriores obran sobre las modificaciones orgánicas; mas la acción más poderosa que respecto del particular haya podido observarse, la domesticación, ¿ha creado acaso un solo órgano nuevo? Ciertos animales respiran por los pulmones, otros por las branquias, dos especies de aparatos perfectamente apropiados á los dos medios del aire y del agua. ¿Será menester decir que esos medios han producido el prodigio de este ajustamiento tan complejo de los medios con el fin? ¿Cuál es la causa exterior combinada para recibir la sangre de los órganos y enviarla de nuevo

(1) *Matthiessen contemporáneo.*

á los mismos? ¿Qué influencia plástica es la que ha obrado, para que todos los órganos se hayan enlazado formando un sistema completo, en el cual se correspondan todas sus partes? Finalmente, ¿cómo se explica el que la luz haya producido el órgano de la vision, este maravilloso instrumento de óptica en el cual vela Newton reflejarse con la imagen del mundo la mano de su autor, cuando escribia: «¿Es posible que no haya conocido las leyes de la ótica el que ha hecho el ojo?» Convengamos en que para reconocer en los medios esta acción modificadora, se necesita una gran dosis de complacencia. Y sin embargo, no se olvide, repetiremos, que los mismos naturalistas que conceden á los medios el poder de cambiarse en animal un arbusto, le niegan el que de la raza caucasiaca haya podido nacer la raza mongólica. ¿No revela esto mucha credulidad, respecto de lo increíble, y mucho escepticismo relativamente á lo verosímil?

Embarazado Lamarck á este punto, para sostener hasta el fin su primer principio de transformación; obligado además á convenir en que la acción del medio, es con frecuencia perturbadora en el trabajo de las apropiaciones orgánicas, se pregunta si la vida, esta caya ciega, inconsciente, mecánica en ocasiones, no cuenta con otros

medios para acomodar todas las partes del animal á sus usos respectivos, y se contesta. Dos nuevos agentes completan esta obra, la costumbre y la necesidad: esta produce los órganos, aquella los desarrolla y fortifica.

Consignemos desde luego que la necesidad no podría orgánicamente engendrar más que lo útil: ahora bien, existe en la creación una parte superior que no puede proceder de esta causa, me refiero à lo bello. Dios ha impreso un reflejo de su esplendor sobre las diversas formas de la vida. ¿Cómo han adquirido su dorado plumaje el faisán y el pavo real? De seguro que no será bajo el imperio de la necesidad que de ello haya sentido, puesto que visten sus colores sin saberlo. ¿De qué suerte ha venido á adquirir el zorro su pomposa cola, que lejos de favorecerle le estorba para la caza, y facilita á los que lo cazan el que puedan apoderarse de él? De seguro que no es la necesidad la que le ha provisto de un apéndice que le incomoda tanto como le es bello.

Si, en el organismo de los animales existe un elemento, que ménos todavía que lo bello, puede resultar de la necesidad: este elemento es lo incómodo. ¿Qué necesidad puede, por ejemplo haber impuesto al palomo volcador, su torpe

vuelo interrumpido incesantemente por extravagantes movimientos? ¿Qué necesidad puede haber influido en la disposición especial de la cola del palomo-pavo, que á causa de ello no puede volar contra viento, y huir por consiguiente de sus enemigos? Y ciertas palmípedas que nunca nadan, ¿en virtud de qué necesidad se hallan provistas de piés aplanados, y de la membrana interdigital que dificulta su marcha, en lugar de un pié de cinco dedos que la dificultaría? En cambio, ¿por qué razon la trompa presta tantos servicios al elefante, y no han logrado proveerse de ella, á fuerza de desearla todos los cuadrúpedos que la han menester?

Es una verdadera irrisión imaginar que la producción de un nuevo órgano reconoce por causa un movimiento impreso á los fluidos del animal. ¿Cómo se las compondrán dichos fluidos para dirigirse del lado donde la necesidad existe, haciendo brotar en consecuencia el órgano precisamente necesario para satisfacer una necesidad? Un dia, una tortuga experimenta la necesidad de volar á fin de sustraerse á la persecucion; ¿de qué manera la necesidad y el esfuerzo consiguirán los miembros inferiores del animal tomen la forma de ala, de ese remo aéreo, tan delicada-

mente construido, que el género humano con todo su saber, jamás ha logrado imitar?

Nosotros mismos, desde los tiempos de Icaro nos hemos dejado atormentar por el deseo de remontarnos por los aires, llegando al extremo de inventar los globos para hacernos la ilusión de que disfrutábamos de semejante ventaja. Ante el espectáculo de la inmensidad del Océano y de los astros del firmamento nuestra alma experimenta la necesidad de lanzarse más allá; ¿en qué consiste que nuestras alas no hayan nacido todavía y que el movimiento de nuestros flujidos no nos anuncie, siquiera en un plazo lejano, el crecimiento de tan precioso aparato?

Es cierto que Lamarck reconoce la dificultad de probar, por medio de la observación; que la necesidad produce el órgano; pero cree que la verdad de semejante principio se deduce del siguiente: el órgano desarrolla á consecuencia del hábito! ¡Extraña confusión de ideas! Es decir, que porque, dado un órgano, crece ó se desarrolla por el ejercicio, ha de deducirse que la necesidad puede producir este órgano que no existe! La producción de un órgano que no existe, puede parecerse en manera alguna al desenvolvimiento de un órgano que existe! Oigamos oc

mo la última palabra de la ciencia y del buen sentido, relativamente al punto de estas transformaciones, las reflexiones magistrales de Cuvier (1) «

«Los naturalistas materiales en sus ideas, viendo que el mayor ó menor uso de un miembro aumenta ó disminuye su fuerza ó volumen han imaginado que el hábito y las influencias exteriores, durante mucho tiempo continuadas, han podido cambiar gradualmente los animales, hasta el punto de hacerlos llegar sucesivamente al estado en que vemos al presente á las diversas especies: idea acaso la más superficial y vana de cuantas hemos querido refutar. Gracias á ella, los cuerpos organizados vienen á considerarse, en cierto modo como una pella de masa ó arcilla, susceptible de ser trabajada con los dedos. Por esto, en el instante mismo en que dichos autores han tratado de entrar en detalles, han caído en el ridículo. No falta quien dice con la mayor seriedad del mundo, que un pescado á fuerza de mantenerse fuera del agua, podría ver sus escamas recortarse y convertirse en plumas,

1 Anatomía comparada.

trocándose el mismo en pájaro; y que un cuádrúpedo á fuerza de penetrar en caminos estrechos, es decir, de pasarse por una hilera, podría cambiarse en serpiente, todo lo cual sirve únicamente para revelar la ignorancia supina que en materia de anatomía tiene el que así se expresa.

Sin afectar aquí el aire de vencedores, que no toma nunca la verdad que defendemos, nos juzgamos con derecho para decir: ¿Qué queda de la filosofía zoológica de Lamarck, y del origen de las especies de Darwin? Dos actos de fe escenciales á las energías latentes de la materia, y esta moral inevitable: el hombre ha aparecido en la tierra únicamente por vía de creación, puesto que no puede ser el resultado de ninguna transformación.

## CAPITULO XIII.

## LA FE Y LA ANTROPOLOGÍA MATERIALISTA, EN LA CONSTITUCION DEL HOMBRE.

¿Difiere el hombre esencialmente del animal? La repugnancia que experimento al hacerme esta pregunta, constituye acaso el mejor argumento en favor de la existencia de mi alma, puesto que es una verdadera protesta. Y no es crees que esto es orgullo, no, es un testimonio del sentimiento íntimo, que soñisma alguno podrá nunca destruir; apreciacion íntima, si así podemos decirlo, del hombre respecto de sí mismo.

trocándose el mismo en pájaro; y que un cuádrúpedo á fuerza de penetrar en caminos estrechos, es decir, de pasarse por una hilera, podría cambiarse en serpiente, todo lo cual sirve únicamente para revelar la ignorancia supina que en materia de anatomía tiene el que así se expresa.

Sin afectar aquí el aire de vencedores, que no toma nunca la verdad que defendemos, nos juzgamos con derecho para decir: ¿Qué queda de la filosofía zoológica de Lamarck, y del origen de las especies de Darwin? Dos actos de fe escenciales á las energías latentes de la materia, y esta moral inevitable: el hombre ha aparecido en la tierra únicamente por vía de creación, puesto que no puede ser el resultado de ninguna transformación.

## CAPITULO XIII.

## LA FE Y LA ANTROPOLOGÍA MATERIALISTA, EN LA CONSTITUCION DEL HOMBRE.

¿Difiere el hombre esencialmente del animal? La repugnancia que experimento al hacerme esta pregunta, constituye acaso el mejor argumento en favor de la existencia de mi alma, puesto que es una verdadera protesta. Y no es crees que esto es orgullo, no, es un testimonio del sentimiento íntimo, que soñisma alguno podrá nunca destruir; apreciacion íntima, si así podemos decirlo, del hombre respecto de sí mismo.

que no puede evitar, sin evitar su propio pensamiento. Resistir á la conciencia que nos impone este respeto á nuestra dignidad y á los remordimientos que acompañan semejante violación, es una depravación vergonzosa del valor y de la modestia. Jamás el libre pensador contemporáneo podrá librarse del estigma que ha impreso sobre su frente al ultrajar la naturaleza, lo mismo el día en que se proclamo Dios, que aquel en que se glorificó de ser un bruto.

En rigor, el darwinismo no implica semejante abdicación ni esta blasfemia. Dios podía elegir el momento en que el hombre empieza a diferenciarse del mono, para dotarle de un alma é imponerle las correspondientes responsabilidades. Con todo, nos sentimos satisfechos habiendo probado que el hombre no fué un animal por su origen. Más fácil nos será áun dejar establecido que no lo es por su constitución.

Y téngase en cuenta que no se trata en este lugar de oponer consideraciones especulativas á objeciones de hecho; de tomar la cuestión de un punto de vista elevado, con aquellos que afectan considerarla por el extremo opuesto; de fin, de substituir *a priori* y fenómenos subjetivos á la ciencia experimental. Consideremos

al hombre á la manera del naturalista, no como hacen los Teólogos, y sepamos si entre el mono y él, media únicamente lo distancia que existe entre dos diferentes grados de una misma escala y no la que separa á un reino. La constitución del hombre se ofrece á nuestra observación bajo tres diferentes aspectos: bajo la relación del organismo y de la estructura anatómica; bajo la relación de la inteligencia y de las obras maestras por ella producidas, y bajo la relación de la moralidad y de las virtudes de la misma resultantes. Pues bien: *física, intelectual y moralmente* Dios ha establecido entre el hombre y los animales una distancia que estos no pueden en manera alguna salvar, de suerte, que con razón ha podido decirse: que el hombre, más bien que un animal perfeccionado, es un ángel comenzado.

La conclusión de este estudio puede formularse científicamente valiéndonos de los siguientes términos de un eminente naturalista: «El hombre es un animal, por consiguiente, ¿qué lugar le corresponde en nuestros cuadros zoológicos? Las contestaciones dadas á esta doble cuestión han sido numerosas y muy variadas. El cuadro de las contradicciones del espíritu humano ofrece en este punto completo: ni una sola ca-

¿silla existe vacía.... No tengo para qué discutir todas las opiniones, entre las cuales las hay por cierto bien extrañas: bastará con justificar la que he adoptado resueltamente hace ya algunos años, y que cuanto más la considero, más fundada y verdadera me parece. En mi concepto, el hombre difiere del animal, tanto por lo más y por las mismas razones, como difiere es el del vegetal: el solo debe formar un reino, el reino *hominial* ó *reino humano*, y este reino hállase marcado tan perfectamente y con caracteres tan determinados, como los que separan unos de otros á los grupos primordiales que acabamos de enumerar (1).<sup>11</sup>

1.

¿Considerado en su estructura y en el juego de sus aparatos, ofrece el hombre fenómenos extraños al animal? La fisiología comparada re-

1. Contra Lee.

conoce basta en los tipos inferiores los órganos esenciales del hombre, y una identidad casi absoluta de composición anatómica. La micrografía ha puesto patentes notables semejanzas entre los elementos del organismo animal y los del organismo humano. La química ha confirmado dichas observaciones. Hasta la situación vertical, el *os sublime* de Ovidio, no es honor exclusivo del reino humano; puesto que hay muchos pájaros que se sostienen naturalmente derechos, por ejemplo: los pingüinos, y cierta especie de patos domésticos. Si la estación de la mayor parte de los mamíferos es horizontal, la de los monos antropomorfos es naturalmente oblucua; con frecuencia y espontáneamente toman una actitud que recuerda la del hombre y por consiguiente fundándose en los precedentes datos de la paradoja concluye; luego, del animal al hombre, solo media la diferencia de más ó ménos; pero nada esencialmente nuevo.

Este argumento exagerado tambien por la ciencia espiritualista, movida por el deseo de fijar los caracteres diferenciales del hombre fuera del organismo, jamás prevalecerá contra las conclusiones espuestas que brotan del examen anatómico. Si, el conjunto de la creación zoológica, presenta una infinita variedad de formas, ¿so-



cida á cierta identidad de fondo. Casi todos los organismos se hallan provistos de un aparato respiratorio, ó de pulmones; de un órgano para la circulación ó de un corazón; de medios para la locomoción, es decir, de piernas ó de alas; finalmente, de huesos, tejidos, músculos, glándulas y nervios. Hay más aun: la composición química de los cuerpos más diferentes, es por punto general una agregación de los mismos elementos diferentemente combinados. Mas, ¿hay motivo suficiente para confundir las especies, porque tengan sus semejanzas fundamentales de conformación? ¿de disputar al hombre la gloria de la posición vertical, porque ciertos cuadrúpedos la tienen á la fuerza ó casualmente? ¿de poner por último al descendiente de Adán al nivel de la posteridad de los monos, porque su carne analizada deja en el fondo del alambique, los mismos residuos, con corta diferencia, que la de los demás animales? En verdad que esto es abusar de la ciencia contra el sentido común, y al decir de la ciencia, entendiéndose que me refiero á la falseada por el sofisma y á la pervertida por el sistema.

Y sin embargo, véase hasta qué extremo llegan Lamarck y sus secuaces. Fundados en las semejanzas que dejamos expuestas, explican del

modo siguiente el génesis del género humano. A consecuencia de un motivo cualquiera, una raza de monos renunció á la costumbre de encaramarse á los árboles, y de andar en cuatro pies, y habiendo perseverado en ello durante muchas generaciones, halláronse las manos posteriores convertidas en pies; en virtud del uso exclusivo que de ellas se hacia para la marcha.—consigna singular concebida y ejecutada por animales dominados por el deseo de convertirse en hombres.—Al cabo de poco tiempo, esos antropóideos, en via de progresion transformista, no hubieron menester sus mandíbulas para proporcionarse frutos ó pelarse, puesto que para tales menesteres podian contar con sus pies delanteros convertidos en manos, en tanto que sus manos posteriores se habia trocado en pies. Paulatinamente y bajo el imperio de la inacción, su hocico se redujo y su rostro se hizo más vertical, hasta que avanzando todavía un paso más en el camino de la humanación, su mimica se convirtió en gracioso sonrisa y sus gritos continuos fueron sonidos articulados.

Después de tan luminosas explicaciones no es de extrañar que la culpa si no conseguimos formarlos idénticos á la especie de la manera como pasó la cosa. Debemos consignar en virtud de qué juego de

metamorfosis dicha raza perdió su cola, y los macacos del mundo primitivo dieron origen á la Vénus de Milo; de qué modo los gritos de los habitantes de los bosques se transformaron en la lengua de Homero y de Racine; finalmente, en virtud de qué milagro el chimpanzé alcanzó el génio de Bossuet y las virtudes de los santos: pero cuando se establece un sistema no puede preverse todo.

Hé ahí, pues, establecida la cuestion: no se trata de compararnos orgánicamente con los batracios ni con los delfines, sino con los monos. Durante algun tiempo, al decir de la anatomía materialista, fué un sapo enorme cuyos vestigios fósiles semejantes á las manos, se descubren en los gres rojo moderno: más tarde fué el delfin, cuyo hemisferio encefálico se compone de tres lóbulos, á semejanza del nuestro, y presenta más repliegues y cavidades que de cualquier otro animal. Como prueba irrefragable de este parentesco se añade que el delfin se goza en la sociedad del hombre, y entretiene á los navegantes jugando en derredor de los buques, no ha faltado mucho para que se adujeran tambien como prueba, los hombres salvados por los delfines, en los naufragios mitológicos de la antigüedad! Mas hoy los delfines y los batracios

han quedado en el debate fuera de concurso, y los únicos antepasados que nos adjudica la ciencia sin preocupaciones, son las cuatro especies de monos honrados con el título de antropóideos es decir, el gibbon, el orangutan del Asia oriental, el chimpanzé y el gorila del Africa occidental. Coloquemos por un momento el organismo humano en frente de esas razas, cuyos rasgos nos repugnan más bien que se nos parecen, y veamos si aquel puede resultar de estas.

Nadie ha demostrado mejor la distancia que separa al hombre del animal más bien organizado, que Carlos Vogt, conocido por algunos con el nombre de el ateo clínico. Tomamos esta descripción de un apoloquista tan poco sospechoso, bien que prescindiendo de las bufonadas con que la sazona.

En primer lugar lo que distingue absolutamente al hombre del mono, es la posición vertical que es una propiedad esencial de nuestra especie, en tanto que el mono solo accidentalmente la ocupa, y esto cuando á ello se ha visto obligado por la educación. Esta actitud le es tan poco fácil cuanto puede comprenderse desde el momento en que se considera que ha sido inculcada por los naturalistas en el género de los trepadores, y por consiguiente separado de los

andadores, por una diferencia característica. Por lo demás, el privilegio de mirar á lo alto, constituye en nosotros otra grand-za; pues es al signo físico de esta facultad superior, que nos permite leer en los cielos, remontarnos por medio de la mirada sobre la creación, conocer al autor de las mismas, buscar sus leyes, y aplicar sus fuerzas todas en provecho propio. Puede muy bien asegurarse que aun cuando la especie gimiana hubiese concebido su Newton, no habría podido educarlo, porque gracias á su marcha horizontal á la tierra, no habría distinguido el firmamento con la perfeccion necesaria para explicarlo debidamente.

Después de lo dicho cojamos al hombre por la cabeza, y consideremos las dos mitades que la componen; el cráneo, y la cara. En el hombre, el cráneo tiene mayor desarrollo, que la cara: en el mono se verifica lo contrario. En el hombre, la cara anatómica comprendida entre las cejas, la barb y las orejas, es solo un apéndice, relativamente poco considerable, del cráneo que desde la cef y hasta la nuca ofrece un bóveda suficientemente espaciosa para alojar un volumen cerebral entre los monos al contrario, la frente es hálle deprimida, y la cara aplastada

sobre la caja craneana, reduciendo en consecuencia la masa cerebral.

Los monos tienen siempre el gran orificio occipital colocado hácia atrás en el último tercio del cráneo; el hombre lo lleva ordinariamente colocado precisamente en el centro, y en todo caso, más bien hácia adelante que hácia atrás.

El ángulo facial varia en nuesra especie de 70 á 85 grados y difícilmente podría citarse un solo cráneo humano que midiera ménos de 64. El del chimpancé adulto llega á veces hasta los 35 y el orangutan hasta los 30.

La misma diferencia se observa bajo el punto de vista de la capacidad craneana. Aun cuando el gorila mida la misma talla que un negro australiano, y por tener las piernas más cortas su tronco deba ser más voluminoso, su caja ósea se halla con relacion á la más pequeña de la especie humana, en la proporcion de 84 pulgadas cúbicas á 63.

Si pasamos á las dimensiones del cerebro, es seguro no podrá decirse que, según la opinion vulgar, el hombre esté provisto del mayor, por que el elefante, la ballena, el narval tienen una masa encefálica más considerable; pero entre el cerebro del hombre más obtuso, y el del mono más inteligente, existe según manifestacion de

Huxley y una diferencia de peso y de volumen tanto más notable, cuanto que el gorila pesa, con corta diferencia, lo que ciertas mujeres de Europa.

Independientemente de toda cuestión de cantidad, la forma del cerebro humano la hace esencialmente distinta del de los animales. Relativamente á la masa de los nervios de la cabeza, es mayor que el de cualquiera otra especie zoológica. Los hemisferios de dicho cerebro se hallan divididos en su superficie en numerosas eminencias, separadas por surcos tortuosos, y estas eminencias que se hallan irregularmente contorneadas sobre sí mismas, se distinguen con el nombre de circunvoluciones. Ahora bien, en los monos esas circunvoluciones son ménos numerosas y más regulares que en el hombre. Cada hemisferio del cerebro se divide en cinco lóbulos, colocados el uno en el interior, el otro en la región de la frente, el tercero en la parte occipital, el cuarto encima, y el quinto en la fosa temporal interna. Pues bien, Gratiolet ha de notar que en el hombre como en el mono, además de las circunvoluciones existen sinuosidades cerebrales que desde el lóbulo occipital van disminuyendo hacia el de la parte superior de la cabeza. Solo que así como dichas sinuosidades son

en el hombre largas y poco profundas, en el mono llenan un surco vertical que sirve de demarcación entre los dos lóbulos mencionados en último lugar.

Finalmente otros caracteres diferenciales: en la especie gimiana, el lóbulo medio del cerebro parece y se acaba delante del lóbulo frontal, en tanto que las circunvoluciones frontales aparecen las primeras en el cerebro del hombre. Además, cuanto más elevado es el grado que en su especie ocupan los monos, tanto más preeminente es el lóbulo; y en cambio cuanto más descienden, tanto más aumentan los lóbulos occipital y anterior, al paso que el primero disminuye. Por todo lo cual Huxley no vacila en afirmar que «Las diferencias anatómicas existentes entre el hombre y los monos, que más se le parecen, autorizan para pensar que el primero forma una familia distinta de los últimos» y Vogt añade: «Un orden del mismo rango, bien que perteneciente á la misma serie de mamíferos.» Preciso es confesar que esto es algo.

No obstante si se recuerda que el hombre abarca toda la creación viviente en sus clasificaciones, en tanto que el mono consentirá eternamente en dejarse clasificar por nosotros, sin clasificarnos jamás, se verá que esos naturalistas

se asignan una plaza muy modesta por debajo de los titís de sus escarpatos. Por lo que á mí toca, en tanto los antropóides no hayan hecho sobre mi cerebro las observaciones que respecto del suyo acabo de transcribir, persistiré en la creencia de que no debo figurar con ellos en dos órdenes de rango igual pertenecientes á la misma serie de mamíferos.

Pero volvemos á las observaciones de anatomía comparada. Pasando del cráneo al aparato de masticación, se descubren relaciones más distantes todavía. Los dientes del gorila, á pesar de algunas analogías con los del hombre, ofrecen diferencias notables en el número de sus raízes y en el orden de su nacimiento. Las diferencias son más notables aun, cuando se compara con los monos del nuevo continente: el cejó por ejemplo, conserva ciertas semejanzas con el hombre, al paso que la dentadura ha perdido todos los caracteres de esta semejanza.

Antes de abandonar la cara del hombre, advertimos que ojeada la braesá, en la que brota la elocuencia de Demóstenes, la armonía de Mozart, la sabiduría de San Pablo, y juzguese por comparación el chillido repugnante, el grito articulado del mono, y después fijase la mirada en esa risa que en Moliere alcanza la belleza de lo sublime, y en esas lágrimas que en

Racine provocan las nuestras, y al lado de unas y otras, que á muesa ridícula é idiota de los cuadrumanos traduciendo su alegría ó su dolor, nos diga si son estas las expresiones de una misma animalidad.

Dejemos finalmente ese noble jefe habitado por el pensamiento, y paseemos á los miembros. Las brazas y las manos del hombre, penden libremente á cada uno de los lados de su cuerpo, por lo mismo que le sirven únicamente para cejar y no para marchar. En cambio la mano anterior y la posterior, son para el mono un aparato de locomoción. El hombre tiene el brazo mas corto y la pierna mas larga, de suerte que si quiere tomar la posición de los cuadrúpedos se vé obligado á replegar las piernas á fin de que la columna vertebral quede paralela al suelo. Entre los monos las cosas se pasan de muy distinto modo, pues ó bien las extremidades tienen la misma longitud, ó bien la pierna es mas corta que el brazo. Así vemos que cuando el hombre se mantiene incorporado, con la extremidad de sus dedos solo alcanza á la mitad de la parte superior de su muslo, en tanto que el chimpanzé sin bajarse se llega á la rótula y el orangutan al tobillo. La diferencia entra las proporciones, es mas saliente aun, si comparas al hombre y al mono

bajo la relación de las manos y los pies. En el hombre la extremidad anterior es una verdadera mano, y la extremidad posterior es un pé de forma tan especial que Burmeister ve en él el signo más distintivo de nuestro organismo: en el mono sucede todo lo contrario; las extremidades posteriores son verdaderas manos, y las extremidades anteriores más bien parecen pies que manos, y con mucha frecuencia faltan los pulgares.

Si continuamos descendiendo á lo largo de este bello arroyo que constituye el esqueleto humano, veremos que la serie de sus diferencias con el esqueleto del mono no está agotada aún. El bacinete del hombre, dice Huxley, es de una forma que la es manifestamente propia. Los huesos ilíacos muy desarrollados, ofrecen una larga superficie que contiene las vísceras ventrales en su posición vertical y tienen la extensión suficiente para que en ellos pueda fijarse con la mayor solidez la extremidad de los grandes músculos, la cual permite al hombre ocupar fácilmente dicha posición. Bajo este punto de vista el bacinete del gorila difiere considerablemente del hombre y el del gibbon más aun que el del gorila. En una palabra: los contrastes se generalizan hasta tal punto, entre ambas seps,

cias, que ha podido decirse, que cada hueso particular del gorila lleva las señales que permiten distinguirlo fácilmente del que en el cuerpo humano le corresponde.

Por esto un eminente antropólogo resume en estas palabras memorables la precedente serie de contrastes: La naturaleza y la disposición del pelo, la longitud del cuerpo que no pasa de tres pies, la imposibilidad de acostumbrarse á todos los climas y á todos los alimentos, la duración normal de su vida, que no pasa de treinta años, son otros tantos hechos que caracterizan la animalidad del mono: el crecimiento lento, la larga infancia, la pubertad tardía, los instintos escasamente desarrollados, la menstruación, una porción de enfermedades peculiares, una existencia media de sesenta años, la facultad de hablar, de reír y llorar, son caracteres fisiológicos propios del hombre. ¿No es esto más de lo que se necesita para colocar este cuerpo apellidado por la fé el templo del Espíritu Santo fuera de todo paralelo con el resto del fango organizado? Y los que no convengan en ello, mejor que adeptos de la verdadera ciencia no deben ser considerados como descendientes de aquellos de quienes habla el salmo, al decir: "Cuando el hombre ha sido elevado en honor,

no ha comprendido su propia excelencia y se ha comparado á las bestias que carecen de razon?

Por lo que á mí hace, me apresuro á salir de esta fisiología mal sana, porque el Galeno miraba su disecion anatómica como un himno en honor de la divinidad, pareceme que esta ultraja al par, al Creador y á la obra maestra que analiza.

Por lo demás, y áun cuando la estructura no sea en manera alguna el carácter diferencial más decisivo que existe entre el hombre y el animal, hemos de hacer constar que respecto de ello la parte adversa se declara vencida. Actualmente, niega el inmediato parentesco entre nuestra especie y las razas cuadrumanas; mas, en cambio, presume haber encontrado en ellas el verdadero padre de la humanidad: hé ahí su descubrimiento.

¡Han existido en otro tiempo monos más semejantes al hombre que el gorila, ú hombres que se parecen más á los monos que el negro! A esta pregunta la ciencia más escrupulosa dice que solo puede contestarse negativamente. Mas, ¿quién pueda asegurar que las capas inexploradas del globo no encierran las osamentas fósiles de un mono cuyas analogías con el hombre sean más pronunciadas, y que este no sea el

mediato ascendiente del género humano? Acaso la resolucion de semejante problema se halla reservada á los paleontólogos de lo porvenir.

¡Siempre lo desconocido invocado en apoyo de los argumentos insuficientes! ¡Siempre la incredulidad presente fundada en los motivos de duda que no pueden saltar en lo porvenir! Dejemos á los futuros Teólogos el cuidado de esta apologética eventual; mas consignemos entre tanto que ese sistema de ataque ó beneficio de justificación ulterior, más se parece á impotencia que á ciencia verdadera.

Hémos, pues, de nuevo, dentro de la hipótesis de Darwin; el hombre engendrado por un ser más parecido á él que el mono, y que habrá hecho desaparecer piadosamente, en virtud de la concurrencia vital, en una lucha por las subsistencias. Pero el mundo ha sido explorado en las profundidades mucho menos accesibles que aquellas en que la humanidad había sepultado á sus pretendidos mayores despues de haberlos destruido. Se ha reconquistado á fauna y la flora de las capas más ocultas, y sin embargo, jamás se ha dado con el fragmento más insignificante de nuestros inmediatos predecesores, por cierto incomparablemente más fáciles de encontrar que los depósitos silurianos. ¡No es verdaderamente

absurdo levantar sistemas sobre posibilidades tan improbables. Extraña contradicción en las objeciones que los naturalistas irreligiosos nos dirigen! Tan pronto nos dicen que la prueba de que el hombre desciende del mono la tenemos en que sus diferencias anatómicas son más insignificantes que las que existen entre diversas clases de monos,—y en confirmación de ello, toman de entre estos la primera y la décima clase de la serie, por ejemplo, con el objeto de establecer la comparación, en lugar de tomar dos clases consecutivas como el rigor de la comparación exigiría,—como, desesperados de llenar la laguna existente entre el hombre y el gorila, exclaman: si bien es verdad que la transición entre uno y otro es todavía inexplicable, debe existir un tipo intermedio que la explicará. Cada cual puede elegir entre ambas conclusiones la que mejor le parezca; pero la ciencia no puede emitir una sin contradecirse, siendo todavía más imposible tratar de probarlas, sin hacerse cargo de los asertos menos susceptibles de prueba.

No ignoro que se han descubierto dos cráneos uno en Engis-sur-Meuse, y otro en la cueva del Neander, de los cuales, se ha procurado sacar partido para apoyar la existencia de un tipo que, más perfecto que el mono, es ménos

perfecto que el hombre; pero la mistificación ha seguido de serca á la credulidad del público respecto del particular. Huxley, que deseaba ardientemente la realidad de semejante encuentro, ha dicho hablando del primero de dichos cráneos: "Sus proporciones son exactamente las mismas que las de muchos de los cráneos europeos, y en último resultado, es un hermoso cráneo mediano, que lo mismo pudo pertenecer á un filósofo, que encerrar el cerebro de un salvaje sin cultura alguna." Respecto del cráneo descubierto en la cueva del Neander, Lyell se expresa en los siguientes términos: "Es muy aislado, muy excepcional y de edad muy incierta, para que de sus formas anormales pueda sacarse un argumento en favor de la opinión de que perteneció á un sér intermedio entre el mono y el hombre. Lo más que puede asegurarse es que hubo un hombre cuyo cráneo se acercaba ligeramente al del mono."

Tal es el testimonio de la verdadera ciencia, siquiera divorciada de la ortodoxia; pero esto no puede ménos que apoderarse de todo corazón recto é instruido, respecto de la cuestión, la compasión más profunda, al ver á espíritus aventureros deducir de la existencia de esos cráneos, que ha existido una raza de hombres



diferente de la nuestra y señalarle en los cuadros zoológicos un lugar bajo el nombre de *homo Neanderthalensis*. . . . Establecer semejanzas generalizaciones so pretexto de ciencias exactas fundadas en la observación, en la inducción anatómica, en el método positivo, sin más base que un ejemplar repudiado por jueces como Lyell y Huxley, es burlarse de sus contemporáneos, en tanto llega el momento de convertirse de pública irrisión.

Digámoslo, sin embargo, antes de dar por terminada esta parte del presente capítulo: al lado físico del hombre es el que menos se presta para distinguirlo del animal. «Exista una analogía muy marcada entre el armazón del cuerpo y el de los más altos de las clases superiores: los sentidos, del mismo modo que muchos de los órganos, son, si no por la perfección, por lo ménos, en cuanto á la especie, los mismos en el hombre que en los animales; con la circunstancia de que, desde que existe diferencia, cada uno está en provecho de los sentidos. El baltre tiene una mirada más penetrante; el perro un olfato más fino; el caballo miembros más vigorosos que el hombre; mas la demostración de tales analogías y diferencias es completamente ciega, cuando se busca el origen y naturaleza de nuestra es-

pecie. Lo que de más esencial hay en el hombre, es su inteligencia, delante de la cual pierden toda su importancia todos los caracteres geológico. Los séres solo pueden ser medidos según sus semejanzas: las piedras, según las piedras; las plantas, según las plantas, los animales, según los animales, y el hombre, según el hombre. Poco importa, pues, que los, según su constitución anatómica, se hallen tan próximo al mono como lo están entre sí dos de los ó dos familias de mamíferos. Hay un punto de vista del cual la ciencia no pueda prescindir, y que consiste en que el hombre se halla dotado de una alma inteligente y libre, en virtud de semejante prerrogativa, hállase en posición mucho más elevada que los mamíferos, que los vertebrados, que todo el reino animal, en una palabra; y forma, en una majestad incomparable y solitaria, el reino humano ó hominal. Lo que sigue lo demostará mejor todavía.

## II.

No quisiéramos en manera alguna dramatizar un asunto científico, ni reemplazar por ficciones

de efecto argumentos de fuerza. Sin embargo, no vemos el menor inconveniente en aceptar aquellas inspiraciones que con ser hijas exclusivamente de la imaginación, pueden comunicar á las pruebas mayor fuerza. Supongamos, pues, que la especie superior, á la nuestra, de que nos habla el darwinismo, hallando un día nuestros huesos muy parecidos á los de los antropóides, los colocara en los mismos escarpates de determinada exposición: en este caso, para proporcionar á lo porvenir una demostración sublime bastaría con que Dios reanimara aquellos cadáveres. Recobrando entonces el hombre el uso de la palabra, podría exclamar en presencia de aquellos rebeldes mudos: Soy el autor de la *Iliada* y de la *Summa* de Santo Tomás: me llamo Platon, Agustín y Bossuet: he compuesto los cantos de Píndaro de Rosini y de Gluck: he hecho estremecer al mundo antiguo con los acentos de Eurípides y el moderno con los de Corneille: he construido el Parthanon, y lanzado á los aires la cúpula del Vaticano; he pesado los astros en mi balanza, y seguido el itinerario de los soles en las profundidades del cielo: he descubierto continentes ignotos y surcado como dominador los mares desconocidos; he hablado con mis hermanos de un extremo del mundo al

otro con la electricidad, y unido á mis carros el vapor: por último obra mía son las civilizaciones de Babilonia, de Atenas, de Roma y de Francia. Por consiguiente, ó que se me pongen de manifiesto los libros, las ciudades, los descubrimientos, las obras maestras llevadas á cabo por esos antropóides que en otro tiempo me obedecían semios, y á los cuales al presente se me compara, ó que se me aparte de un lado para siempre jamás. No me bastan á mí los osarics de un gabinete de historia natural, reclamo y me corresponde la bóveda de un panteón.

Naturalista: hay, lo sabemos perfectamente, aun entre aquellos que más distantes están del materialismo, que no ven un órbita del rico humano en las facultades del espíritu. Sin asimilar el desarrollo intelectual del hombre á la inteligencia rudimentaria de los animales no descubren entre el primero y los segundos, un fenómeno esencialmente nuevo. El animal, dico, tiene sus facultades fundamentales, siente, quiere, recuerda, raciocina, y la seguridad y exactitud de sus juicios tiene, á veces, algo de maravilloso. Entre los animales, además, y de uno á otro grupo, pueden observarse desigualdades muy notables. Las aves son superiores á los peces, los mamíferos á las

aves. ¿Qué razón impide sostener que el hombre sea e más perfecto de los mamíferos?

Cierto que el hombre goza de la palabra, es decir, de la voz, articulación; mas también existen muchas clases de animales que tienen voz, que producen sonidos y que con ellos traducen impresiones; conocidos son sus gritos de amor, de cólera, de placer, de dolor, de atención y de alarma. Y si bien es verdad que dichos acentos son monosilábicos, y se hallan compuestos únicamente de interjcciones, bastan á satisfacer las necesidades de los seres que los emplean; de suerte que del lenguaje de las aves al del hombre, mas bien que una diferencia radical, nótese simplemente un progreso. M. Agassiz y los antropologistas americanos llegan hasta el extremo de sentar la siguiente afirmación: «Fácil sería hacer derivar unos de otros, los gruñidos de diversas especies de osos, del mismo modo y por los mismos procedimientos de que se valen los lingüistas para demostrar las relaciones existentes entre el griego y el sanscritol...»

Finalmente, las facultades del corazón, que al par participan del instinto y de la inteligencia, tampoco faltan en los animales: aman y aborrecen. El afecto del caballo, la fidelidad del perro la envidia y la abnegación de determinados

animales domésticos, han inspirado la imaginación de los novelistas y son asuntos de ciertos cuentos populares y ha podido decirse que en lo que mas se acercan el hombre y el animal es en el carácter (1).

Vivamente impresionados por estas lecciones, los pensadores contemporáneos han derrochado profusamente el ingenio para probar que son animales! Esto sin embargo constituye una especie de suicidio afectivo del cual jamás será capaz será la humanidad á sangre fría y en masa. En efecto, descender, siquiera por una simple operación del espíritu, de su dignidad de hombre, al rango de la animalidad, vale tanto como abjurar la vida propia para aceptar otra más mezquina: es engañar la conciencia y renegar del sentido común.

Veamos, sin embargo, si el hombre puede oponer únicamente una protesta íntima á esta asimilación, y si es verdad que solo media una cuestión de cantidad entre el instinto y la razón, de manera, que la definición «el hombre es un animal racional,» deba cambiarse en la siguiente: «el hombre es un animal más racional que los otros.»

(1) Quatrefoley.

No, careciendo el animal de los caracteres constitutivos de la razón, no puede decirse que sea más racional que nosotros, puesto que lo es en manera alguna. Certo que provee á su conservación; pero también las especies vegetales están dotadas de movimientos espontáneos en cuya virtud se dirigen hácia el sol si es necesario á su crecimiento: ¿las declararemos dotadas de inteligencia, en virtud de este hecho? Certo que comprende también; pero mejor todavía comprenden los angeles; y concluiremos de ello que entre el ángel y el animal no media la distancia de dos reinos, fundados en que existe semejanza de algunas percepciones? Certo que quiere; mas siempre es en conformidad á sus necesidades ó á sus placeres, en tanto que la voluntad del hombre remonta esas dos corrientes y se ejerce en sentido opuesto. Certo que raciocina únicamente respecto de las cosas sensibles, en tanto que el infante, en la cuna, se apodera de las que no lo son. Certo, finalmente, que lleva á cabo verdaderos prodigios de destreza, pero es imperfectible, pues tal cual fué el primer día del mundo lo vemos hoy, existiendo una palabra que eternamente le separará de nosotros; la palabra progreso.

Si, esta sola palabra se ficia el profundo abier-

to abierto entre el instinto y la razón: hasta podría decirse que resume sus diferencias, ¡y qué diferencias! El instinto es una especie de razón inferior que tiene de la materia la fatalidad que la gobierna. Constituye la materia inteligente; pero no la inteligencia. Así se explica que marche con toda seguridad; pero siempre en el mismo sendero; que evolucione; pero sin desarrollarse jamás. Todo lo contrario acontesce á la razón humana; libre en sí misma, tiende incessantemente á elevarse; más grande hasta en sus extravíos que el mismo instinto que no se extravía, por que el poder de errar es en ella la prueba de su actividad progresiva. Hé ahí por qué, de la una á la otra de nuestras exposiciones, la razón humana recorre un camino que nunca andará el instinto animal. Es más inmutable que el mar que cambia sus orillas, y que los satros que modifican sus radios. Tal es la razón en virtud de la cual, la raza negra, que es de las de nuestra especie la más inteligente, ha proporcionado un contingente al instinto, en tanto que sería en vano esperar que los monjes puedan llamarace á su palacio de cristal, ni á sus observatorios astronómicos, ni á sus bibliotecas, ni á sus cámaras de diputados. De seguro no existe uno solo entre los que nos dirijan

sus objeciones que espere semejante transformación; mas el hombre abusa de todo contra las conclusiones que rechaza. Si Dios no hubiese concedido el instinto á los animales, el hombre habria rechazado á Dios como á un creador sin providencia; pero se lo ha otorgado, y el hombre b'astema, haciendo de igual naturaleza, ya que no rebaja ni cae al mismo nivel, la inteligencia del paquidermo que se dirige á apagar su sed á la vecina fuente, y la de Colón yendo en pos de un mundo-presentido.

Hay en particular tres operaciones intelectuales que con un reto sempiterno á la inteligencia mecánica de los animales, y que parecen constituir en propia la individualidad de la razon humana. Dichas operaciones constituyen la funcion de esas cuatro percepciones: el sentido de lo bello, el de lo bueno, el de lo verdadero, el del lenguaje.

El instinto jamás ha concedido otra cosa que lo útil; nunca se ha elevado á la nocion de lo bello. El castor y la cutreca construyen su morada con una industria que nos sorprende; pero que no traspasa los límites de lo puramente indispensable. Ni aquí añadirá jamás un nuevo tabique á su casa; ni está una brizna de vellón á su nido, con el propósito de embellecer su es-

ancia ó sorprender á su posteridad. El mundo de la estético hállase completamente cerrado á los ojos de los animales. Si su sistema nervioso llega á comoverse en fuerza de determinadas sonidos, ó cautivan su mirada ciertas reproducciones del arte, esto es resultado de una sorpresa, no de un sentimiento de admiracion; así como aquello mas bien que una impresion comprensiva es una excitacion. La region de lo ideal, que es algo parecido á la eminencia de la razon humana, por cuyo medio alcanza al cielo, es inaccesible á las aspiraciones del instinto. De manera que en tanto que el hombre procura lo bello en sus amores, en sus obras, en sus moradas, en sus vestidos, y sufre la fascinacion de ese mirage con dolor, cuando no puede alcanzar, el animal nada más desea que la comodidad. Su lujo se reduce á la satisfaccion de sus apetitos, y no es cosa rara el vérselos llenar lo mismo en lo horrible que en lo delicado. Por consiguiente la superioridad del reino humano se ha marcado perfectamente con un rasgo incomparable, cuando se ha dicho de su inteligencia que concibe lo bello y lo realista.

Otro rasgo característico de la humana inteligencia consiste en percibir la idea de lo bueno ó la nocion de justicia. El animal conoce lo que

es bueno con relación á él, no lo que lo es en sí mismo; de manera que sacrifica á su interés á todo el resto de la creación. Solo el hombre conoce una ley, una regla superior á la cual sacrifica su interés ó juzga que lo debería sacrificar. Es verdad que los animales evitan la comisión de aquellos actos por los cuales podrían ser castigados; pero no es la inmoralidad de los mismos lo que les detiene, sino el castigo que les acompaña. En cambio el hombre puede desafiar el castigo; mas no puede desconocer la inmoralidad de que están revestidas las faltas que comete. De aquí que cuando Vogt compara nuestra especie, retrocediendo ante el mal, á los osos temerosos de las correcciones paternales, ultraja su razón más bien que la nuestra; pues no ignora que los osos conocen los golpes que la comisión del mal les proporcione, sin que por esto conozcan el mal intrínsecamente, en tanto que el hombre huye el mal, y frecuentemente le causa más horror que los castigos que le siguen. Prueba irrecusable de que independientemente de la inmoralidad maquinada, existen nociones de moralidad especulativa que el instinto no puede alcanzar. El instinto jamás sabrá lo que está prohibido, al paso que la razón comprende lo que debe serlo.

El sentido de lo verdadero constituye también una grandeza específica del reino humano. Convetimos en que el sentido de lo verdadero físico, no falta en manera alguna á los animales. Ora están dotados de una vista ó de un oído finísimo, ora de un olfato muy delicado, con frecuencia de un aparato sensorio sumamente perfecto, siempre de una costumbre de comunicaciones con la naturaleza llevada á tal punto, que la es fácil por demás conocer este orden de fenómenos; mas el sentido de lo verdadero, especulativamente considerado, les falta por completo. La verdad abstracta, esta noble pasión de la humanidad, jamás ha hecho latir el corazón de un animal, por la razón sencillísima de que no puede penetrar su espíritu. El día en que un filósofo positivista ó darwinista haga comprender á su perro de aguas el primer axioma de su sistema, admitiremos que el hombre no es más que un animal desarrollado. Mas no haya miedo que tal suceda. Los perros sabios adiestrados en las demostraciones algebraicas, ejecutan de una manera mecánica los movimientos indispensables para la solución, sin conocer absolutamente nada del problema en sí mismo. Tal es la barrera prodigiosa establecida entre uno y otro reino. El que no la vé, es porque se empeña en

rar los ojos; pasa por encima, pero no la suprime, y se complace en aproximarse al animal por la negación, mas no por las facultades intelectuales.

Finalmente, el lenguaje hablado ó escrito constituye la manifestación más acabada, y la prueba más irrecusable de las radicales diferencias existentes entre el instinto y la razón. Los animales tienen la voz; pero no la palabra; cantan, pero carecen de lenguaje. Lejos de nosotros la idea de desconocer la terrible belleza que se encierra en el rojir del león, ni la suave melo-  
 dia del canto del ruiseñor; pero con todo esto hoy, al cabo de tantos siglos, dan la nota misma que el primer día de su existencia en el mundo, y lo mismo sucederá hasta que llegue el de su extinción. Compárese pues esos gritos monótonos á los acentos que brotan del pecho de la humanidad desde los cánticos de Israel, hasta las pinturas del *D. Juan*, del *Profeta* y del *Guillermo Tell*, y dígase si es posible confundir los cantos del organismo con los de la inteligencia. Por su parte el loro y otros animales pacientemente educados, acaban por emitir algunas sílabas del lenguaje humano, sin comprender una jota; pues bien, compárense esas ramblas de todos los idiomas articulados por nuestra familia

en el universo, por ejemplo, una urraca á Demócrito ó á Cicerón; los gritos y ahullidos de una colección de fieras á los periodos de una sesión académica, y sosténgase, si hay valor para ello, que solo exista desproporción y no un nuevo fenómeno entre el lenguaje del instinto y el de la raza. A mas de esto debe tener en cuenta que los animales por medio de sus zarpas jamás han logrado dejar impresa otra cosa que la huella de las mismas. La humanidad, si así podemos decirle, gracias á la escritura, habla con sus manos como con su lengua: mas áun, habla por lo porvenir como para el presente: habla no solo á un hombre sino al par á muchos pueblos y á varias generaciones. Colecciónanse en palabras en las bibliotecas, conducésele en camino de hierro de uno á otro extremo del mundo, y no vacilo en afirmar, que para ver en el gorjeo de los pájaros, ó en el ahullido del lobo los rudimentos de esas inmortales comunicaciones, es indispensable tener hecha una apuesta contra la verdad.

¡Conviene pues que el Creador no comunicara nada del animal al hombre, para que esto no fuese clasificado en el reino de los animales! ¡Acaso las plantas no tienen sus caracteres propios como los organismos zoológicos! ¡Por ven-

tura, químicamente, no se componen de muchos elementos idénticos? ¿Es qué no se hacen extensos cuadros de sus mutuas analogías? Y sin embargo, ¿quién ha pretendido confundirlas? ¿Y por qué el instinto goce de algunas luces que son propias de la razón, ha de hacerse de aquel el principio de esta? Tanta valdria tomar la luz del fósforo por la del sol, só pretexto de que ambas iluminan. Después de lo dicho no hay para que insistir en las exclamaciones sentimentales sobre las cualidades simpáticas de los animales.

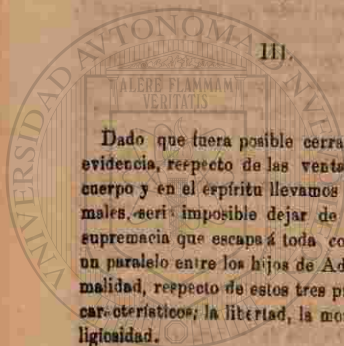
Cierto que á veces vemos en los perros mayor grado de fidelidad que en los hombres: mas esto consiste en que los perros son fieles por necesidad, no por elección, de manera que respecto del particular, las ventajas del hombre resultan patentes hasta en sus desventajas. Cierto que el Creador ha puesto el amor en los nidos para la propagacion de las especies, (mas este amor sobrevivió á la fase después de la cual sería libre)? Háse visto al cabo de diez años á los vástagos de una misma cría, reconocerse y sacrificarse el uno por el otro? Venerable virgen de la familia humana; dulces y santas figuras de nuestras madres y abuelas, ¿á quién ó mejor, con que se os ha comparado? ¿Dónde se hallan, en

tre los monos los que sufren? ¿Qué héroes puede ofrecernos la zoología que hayan dado su sangre por amor? De mí sé decir que cuando veo á una ciencia sin pudor que hace proceder el corazón de San Vicente de Paul, y el genio de Píndaro de la sangre de los gorilas, lejos de participar de la creencia de que la humanidad proceda de la animalidad, me pregunto si no es mas bien posible que se convierta á ella; tanto me estremee la consideracion del placer infame que el hombre puede experimentar en rebajarse cuando se hace objeto de su propia adoracion.

Además de lo dicho, ¿encontraremos todavía en el hombre algo mas eminente aun y más extraño al animal? Si, y con ello llegamos al alma de la cuestion. Después de los caracteres orgánicos ó intelectuales, vamos á estudiar su lado moral. La tarea es tanto más facil, cuanto que en este terreno contamos con el apoyo de naturalistas eminentes que hace un momento debíamos considerar como áversarios ilustres. (R)

AL DE BIBLIOTECAS





Dado que fuera posible cerrar los ojos á la evidencia, respecto de las ventajas que en el cuerpo y en el espíritu llevamos sobre los animales, sería imposible dejar de reconocer una supremacía que escapa á toda comparación, en un paralelo entre los hijos de Adán con la animalidad, respecto de estos tres puntos de vista característicos: la libertad, la moralidad, la religiosidad.

La libertad, que es el fundamento de la moralidad, no es posible al instinto. Por lo mismo que es ciego puede obrar; mas no deliberar ni elegir. De aquí que el buen sentido del mundo no haya impuntado jamás responsabilidad alguna á los animales. A los perros atacados de la hidrofobia se les mata porque lo están, no por que se los juzgue capaces de estarlo. Tal vez provenga de esto que la ciencia que hace proceder al hombre de otras especies zoológicas, le

niegue el privilegio de la libertad en lo interior aun cuando en virtud de una extraña inconsciencia reivindique para ó todas las libertades del exterior. Mas, ¿qué mayor derecho puede tener á la libertad que los tigres del jardín de plantas, un ser necesariamente arrestrado al mal que comete? Si la béstia humana ha menester su jaula para librarla de la fatalidad de sus instintos, resultará que los tiranos son demandados necesarios. Y volviendo al argumento, ¿por qué razon la sociedad castiga al delincuente que hiera á su semejante, y no encierra al caballo que lanza al jinete que lo monta? No puede negarse que el primero tiene mas conocimientos, pero, en cambio, es menos dueño de sí mismo que el segundo. Téngase, pues el valor de una completa asimilación entre los dos términos comparados, si se abriga la convicción de una semejanza completa, mas en tanto no pueda aplicarse la doctrina del hombre animal, sin excitar la risa en el género humano, y sin trastornar la tierra, siempre veremos en ello una prueba de que esta doctrina no es mas que un juego de espíritu para los que las sostienen, destinado á entristecer á los que la rechazan.

Y en segundo lugar, ¿cómo conciliar el dogma

ma del animal hecho hombre, con la moralidad de este? El hombre no posee únicamente las nociones de la moralidad, sino que tiene, además, conciencia moral; es decir, la facultad de gozar del bien que hace, y de padecer á consecuencia del mal que comete, y aquel que ha llegado á perder esta sensibilidad santa del alma, el remordimiento, mas bien que un representante, es una degradacion de la especie. ¡Nuevo atributo exclusivamente reservado al reino humano! Es preciso convenir, además, en que es justo, por que únicamente el mortal que es libre en sus movimientos, debe tener la noble prerogativa de ser desgraciado. Y sin embargo, por mas desarrollada que esté la inteligencia de los animales, jamás se ha logrado comprobar jamás que les quite el sueño un injusticia cometida, ó el pesar de la sangre derramada?

¿Dónde está el mérito de sus escrupulos en el orden zoológico? ¿Qué carnívoro ó qué reptil han hecho honrosa expiación de sus asesinatos ó de sus atrocidades? Y no se diga que el remordimiento es preocupacion de la educacion no fructuosa espontánea de la alma humana; porque si bien es verdad que la sociedad lo desarrolla por medio de sus costumbres, también es cierto que el hombre, por su naturaleza, ni puede evitar la

sociedad, ni los remordimientos, y donde quiera que existe un lenguaje suficientemente formado para expresar las ideas generales y abstractas, encuéntranse palabras que dan idea del vicio y de la virtud, y almas que se conmueven y estremecen ante semejantes ideas. Platón ha demostrado la existencia de Dios por medio de los remordimientos; con mayor motivo y más fácilmente aun, puede deducirse la moralidad de las inquietudes, que son la desolacion de la inmoralidad. Santos dolores que elevan al hombre mil veces mas sobre el animal, de lo que pudieramos encarecer, puesto que despues de los ángeles, que son incapaces de hacer el mal, los primeros, en la escala de la virtud, son los seres capaces de arrepentirse.

Finalment-, todavía existen en nosotros otras nociones que prueban de una manera mas decisiva el cable, el objeto de esta tesis. Donde quiera que existan hombres unidos por un vínculo social, se crea en otro mundo distante de este, en ciertos seres misteriosos que lo habitan, en una vida futura, en la supervivencia de una parte de nuestro ser en cuando se destruye el cuerpo, y dichas nociones por mas vagas que sean engendran símbolos y prácticas correspondientes. En una palabra, en todas las familias ha-

manas, sean civilizadas ó yagan sumidas en la barbarie, enuétrase el a tar mencionado por Putarco, con los accesorios que le acompañan. Pues bien, nunca nada análogo ó parecido se ha descubierto en los grupos de animales. Raras veces levantan al cielo sus miradas, y jamás ven en ellos la mano de su Autor. La religiosidad, es decir, el conjunto de las facultades que en nosotros buscan á Dios, eleváuse hácia él y hacen de su comercio una necesidad, son patrimonio exclusivo de nuestra especie. Por esto cuando el hombre ha hablado, cuando ha cantado, no siempre se le distingue del animal; mas cuando ha elevado al cielo sus plegarias, ha puesto de manifiesto su razón, y en el instante en que se lina ante Dios, la naturaleza se postra delante de él.

A estos hechos se han opuesto alegaciones erróneas. Hase dicho, por ejemplo: las lenguas australianas no encierran palabra alguna que exprese la idea de *honestidad, justicia, pecado, etc.* Mas, esto no prueba que en Australia no se tengan las nociones por estas voces expresadas. Tampoco es que las lenguas posean las palabras genéricas *árbol, pescado, etc.* y sin embargo, necio seria el que de ello dedujera, que en dicho país se confunden los algarroques con

los tiburones. Ello no es mas, en último resultado, que pobreza de lenguaje, ó carencia de ideas; y tanto es así que una observación un tanto detenida confirma nuestras conclusiones.

Nuestros adversarios continúan: los Cites y los Hotentotes no tienen nocion alguna de Dios ni de la vida futura. No es cierto: Camball ha descubierto hasta entre los Borchimenes la idea de un ser supremo, y á fuerza de preguntas, de las cuales se juzgan dispensados los touristas insustanciales, ha adquirido el convencimiento de que dicha idea se subdividia en otros dos: la de *Goha*, dios macho superior á todos los honores, la de *Ko*, dios hembra, inferior á los mismos. Por lo demás, cómo poner en duda las creencias sobrenaturales de un pueblo que entierra sus muertos con su arco y su flecha, para que puedan cazar en un paraiso en que la caza es siempre abundante?

En cuanto á los Hotentotes, propiamente dichos, admiten una todicia, si así podemos decirlo, maniques, y por consiguiente un principio bueno y otro malo, una vida ulterior, el culto de grandes hombres muertos, en una palabra, cuanto es menester para dejar fuera de duda su religiosidad. Y sin embargo, cómo se concibe que hayan podido formarse y emitir tan falsas conjeturas sobre las razas meridionales del A:

frica? Puede hallarse la explicación á semejante fenómeno, en un contraste señalado por el mas intrépido de los exploradores de esas comarcas. «La ausencia de ídolos de culto público, de sacrificios de ninguna especie, entre los Cafres y los Bechuanes, hace creer á primera vista que dichos pueblos profesan el ateísmo mas absoluto; mas el docto viajero se apresura á añadir: "por más degradadas que estén dichas poblaciones, no hay necesidad de hablarles de la existencia de Dios y de la vida futura, porque ambas verdades están universalmente reconocidas en Africa... hallándose tanto mas desarrolladas las ideas religiosas entre los naturales, cuanto mas se avanza hacia el Norte (1).»

Si del Africa pasamos al Nuevo Mundo, también hallaremos asertos contradictorios á propósito de los cultos de esta parte; mas el autor de un trabajo sobre el hombre americano que se ha hecho clásico, nos dice: Es evidente que hasta las naciones mas salvajes de este hemisferio tienen una religión, sea la que quiera, (2). Dichas palabras se hallan justificadas hasta por cuanto

(1) Lavigneault.  
(2) A. d'Orbigny.

procede de los bosques cien veces secunares de la Amazona, habitados por tribus de costumbres atroces, en las cuales bien que profundamente desfiguradas, la divinidad y la inmortalidad son perfectamente conocidas. Es cuanto á las poblaciones del Asia, no hay para qué hablar; más bien que de ateos se les acusa de supersticiosas. De donde resulta que la idea religiosa cubre el globo entero con su benéfica influencia, que la libertad, la moralidad, la religiosidad son universales en el hombre y no existen en manera alguna en los animales; y finalmente, que obran sobre nuestra especie á la manera de esas propiedades fundamentales que caracterizan los diferentes reinos de la naturaleza. Si, cuando Linnæo, el padre de la verdadera nomenclatura en historia natural, ha querido señalar el rasgo distintivo de los vegetales, y de los animales, ha definido á los primeros diciendo que son cuerpos organizados vivientes, mas no sentientes y los segundos que son cuerpos organizados vivientes, sentientes, y que se mueven espontáneamente. Ahora bien, lo característico del hombre, como dice la ciencia, ¿cómo podrá encontrarse? En esas aptitudes que levantan una frontera tan elevada como la de los demás reinos, entre nosotros y la animalidad. El hombre es un ser ser-

vido por órganos superiores, de una inteligencia, zoológicamente hablando, incomparable, y dotado de libertad, de moralidad y de religiosidad.

Llegado á este punto, el hombre tiene el derecho de levantarse ante los que le insultan, impulsado por noble orgullo. Y si desgraciadamente las apostasías de lo porvenir profanaban sus restos colocándolos en la categoría de los restos animales, podría exclamar: Esta boca ha pronunciado las homilias de San Juan Crisóstomo y consolado los desgraciados de todos los siglos: esta mano ha usado visto aherradas por la cadena de S. Vicente de Paul, y sostenido la pluma que escribió los Evangelios; estos pies han conducido á la casa de los pobres el pan de la caridad cristiana, y la verdad de San Francisco Javier á las más remotas regiones: este corazón fué el órgano de los raptos de Santa Teresa de Jesús, y del amor intrepido de los mártires: estos ojos fueron santificados por el llanto de S. Pedro, y por las sublimes visiones de S. Pablo: esta cabeza, en fin, fué la expresión de un alma inmortal y el reflejo del rostro de Dios. Qué se hizo entonces pues á la ignominia de las comparaciones con organismo sin alma; para mí que he luchado, orado y creído, no es bastante un lugar

bajo la bóveda de un panteón: mis huesos tienen derecho á descansar debajo de los altares, en tanto llega el momento de su glorificación en la eternidad incorruptible del seno de Dios.

Si en presencia de estas pruebas y de semejantes destinos existe todavía un hombre incapaz de reconocer su superioridad respecto del animal.. tentado estoy para responderle que tiene razón.... mas no, es preferible rogar por él.

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



CAPITULO XIV.

LA FE Y LA ANTROPOLOGIA POLIGENISTA O LA UNIDAD DE LA ESPECIE HUMANA.

Hemos probado que el hombre procede de Dios, y no de las energías transformistas de la naturaleza; y que ha sido constituido en una unidad orgánica, intelectual y moral superior a la animalidad. Mas ¿ha resultado de una sola pareja, ó es el árbol genealógico de la humanidad debe contarse tantos primeros padres, cuantas razas existen? ¿El negro y el blanco, el Mongol y el Americano descienden del mismo Adán,

ó más bien por una sola familia humana, son grupos separados de hombres?

Bajo el punto de vista científico la cuestión es muy importante, porque si cada raza procede de un tronco distinto, las razas se convierten en especies, y la unidad del género humano queda destruida hasta el punto de tener que hacerse las clasificaciones antropológicas.

Además, la cuestión tiene una importancia inmensa bajo el punto de vista teológico. Si se suprime en el origen del género humano la pareja primitiva y única, la solidaridad humana, sea en la caída sea en la redención no puede existir. La transmisión genealógica del pecado original es imposible entre los que carecen de parentesco: la falta cometida por un primer padre de color blanco en Asia, no puede alcanzar ni por herencia, ni por complicidad, á los hijos de un padre negro que vive en el Africa; y la culpabilidad, inoculándose con la sangre, no podría inocularse ni comunicarse entre dos sangres que no se mezclan. El dogma de la redención, del mismo modo que el de la caída, descansan en la fe sobre la unidad de la especie humana. Así como todos hemos pecado en Adán segun S. Pablo, todos hemos sido redimidos por Jesucristo: así como no existe un solo hombre

quien se niegue la virtud redentora, tampoco hay uno solo para el cual sea inútil. En rigor, y según hemos visto, el diluvio puede ser considerado como una catástrofe local; mas la inundación del pecado y la de la redención se han extendido sobre la tierra. De donde resulta, repito, que la economía evangélica descansa en el hecho de la unidad de la especie humana hasta tal punto, que destruido este hecho, el cristianismo pierde las bases sobre las cuales descansa y por consiguiente se viene abajo.

Finalmente, la cuestión es también capital bajo el punto de vista filantrópico. Si los hombres no proceden de un mismo tronco, ¿estarán obligados al cumplimiento de deberes de afecto recíproco, porque se parezcan unos á otros? De ser así, los tres dogmas del símbolo filosófico libertad, igualdad, fraternidad, pasan al rango de meras supersticiones. ¿En virtud de qué derecho, nosotros, gentes de la raza caucásica, hemos de conceder la libertad del negro que juzgamos indigno de ella; de considerar igual nuestro al Iroqués, que dista mucho de serlo; de mirar como hermanos á todos aquellos pueblos que, no siendo de procedencia adámica no hemos de mirar como tales hermanos? Estas consecuencias son tan lógicas

que la diplomacia esclavista no ha vacilado en emplearlas en su favor. En 1844 M. Calboun, Ministro de negocios extranjeros en los Estados Unidos, desestimó las instancias de las potencias negrófilas, apoyándose en las diferencias radicales que separan los diferentes grupos humanos. Los naturalistas Morton, Niot y Gliddon, sugirieron tan bárbara excusa á las conciencias anglo-americanas, si es que merecen el nombre de naturalistas, los que emplean su ciencia en propagar sentimientos contrarios á la naturaleza. Ya se alcanza que no eran en manera alguna razones zoológicas, las que alegaban los plantadores para sostener la conveniencia de la esclavitud de los negros; mas aun cuando tales razones no se aducían sinceramente, en cambio eran tales en el terreno de la lógica: si el pretexto carecía de las condiciones de buena fé, renuncia las de arma de ley en buena guerra, y la negación de nuestra unidad específica, autorizaba estas consecuencias fratricidas.

El cristianismo no está típicamente interesado por sus dogmas y por su moral en la cuestión que ventilamos, lo está también por su historia. Con anterioridad al mismo, cada pueblo se atribuía un origen particular. Los Pelasgos, los Helenos, los Troyanos, y muchos otros se pro-

clamaban autóctonos. El Evangelio derribó la barrera que separaba unos de otros dichos grupos y las influencias de la fraternidad en Adán y en Jesucristo hicieron una sola familia de todos los pueblos de la tierra: al presente, gracias á haber aljurado esta creencia, el anticristianismo ha caído en flagrante contradicción. Científicamente enseña la pluralidad de las especies humanas, lo cual vale tanto como decir que, por lo mismo que no son hermanos todos los hombres no vienen obligados al cumplimiento de los deberes que impone la fraternidad, al paso que profesando políticamente el cosmopolitismo, tiende á borrar la frontera de las nacionalidades, después de haber levantado entre las diferentes razas un muro insuperable. Así se explican los dos movimientos en sentido opuesto que caracterizan nuestras tendencias sociales: egoísmo espantoso, y afectadas protestas de amor universal; es decir, que la negación predica la simpatía, que acaba de destruir, cual si quisiera sinjarse de su crimen.

Ann cuando el dogma de la unidad de la especie humana sea de origen cristiano, no debe presumirse que no haya tenido impugnadores en el seno mismo de la comunión cristiana. Lapey-rère, gentil hombre protestante, al servicio del

príncipe de Condé, publicó un sistema de filosofía fundado en la hipótesis de generaciones preademitas, de las cuales existirían todavía descendientes. Según él y sus secuaces, Moisés refirió la historia de dos creaciones sucesivas: la narración de la primera, terminaría en el versículo cuarto del capítulo segundo del Génesis; la de la segunda, comenzaría en estas palabras: *Hé aquí cuales son las generaciones del cielo y de la tierra.* En este sistema la historia de Adán y de su posteridad es simplemente la de la raza judía. Los gentiles creados anteriormente, es decir, en el día sexto de la semana hexamérita al propio tiempo que los mamíferos, habrían formado una población aparte, y aparecido simultáneamente sobre la tierra; de esta suerte, como se ve, se habría desarrollado un número prodigioso de troncos humanos, el último de los cuales, representado por Adán y Eva, se distinguiría por el rasgo característico de haber venido con posterioridad á los demás, y de haber dado nacimiento al pueblo de Dios. ®

Semejante utopía, caída hace mucho tiempo en el mayor descrédito, se ha tratado de rejuvenecer en América, donde las mayores extravagancias tienen asegurado el éxito. Acostumbrado dicho país á decidirlo todo por medio de la



Biblia, ha considerado de gran efecto la conciliación de la hipótesis de la antropología materialista sobre la pluralidad de las especies, con los textos sagrados. Los esclavistas han venido á ser la expresion genuina de esta singularidad doctrinal, que han apoyado con gran aparato de consideraciones filosóficas, históricas y geográficas. Mas ello es que cuantos esfuerzos han practicado para poner de manifiesto la concordancia, caen ante la evidencia luminosa de estas dos autoridades. El Génesis da el nombre de Eva á la madre de todos los vivos (1) y por consiguiente del género humano entero. Por su lado San Pablo nos asegura que así como gracias á un solo hombre, ha penetrado el pecado en el mundo, de la propia manera, la muerte ha sido comunicada á todos los hombres por aquel en quien todos han pecado (2).

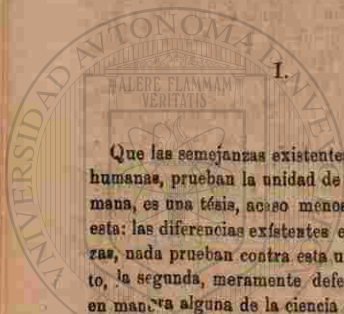
¿Qué pueden responder á tales soluciones los poligenistas que se preocupan de la ortodoxia? Nada que valga la pena de ocuparse en ello. Dejémoslos pues que luchen con las dificultades exegeticas, mil veces mas inextricables que la

(1) Gen 3 25.

(2) Rom 5 12.

dificultad científica á la cual pretenden escapar, y apresurémonos á resolver esta.

Recordemos aquí, según Buffon, que la especie es una sucesion constante de individuos parecidos que se reproducen. Recordemos tambien que la semejanza fundamental de los individuos no excluye ciertas variedades muy secundarias y que cuando tales variedades se han perpetuado por herencia constituyen una raza. Establecidos cual corresponde tales precedentes, vamos á demostrar por medio de argumentos científicos, que el género humano procede de una sola pareja primitiva. Esta verdad de primer orden descansará sobre dos motivos generales. 1.º Que las semejanzas existentes entre las razas humanas atestiguan la unidad de la especie; 2.º que las objeciones de la ciencia nada prueba contra esta unidad.



Que las semejanzas existentes entre las razas humanas, prueban la unidad de la especie humana, es una tesis, acaso menos prudente que esta: las diferencias existentes entre dichas razas, nada prueban contra esta unidad. En efecto, la segunda, meramente defensiva, no exige en manera alguna de la ciencia el que produzca certezas opuestas á la unidad, al paso que la primera, más ámplia, empeñase en la lucha en nombre de la unidad contra la ciencia; sin embargo, como se completan recíprocamente, y como tan incontestable nos parece la una con la otra, no vacilaremos en sostener que la unidad de la especie humana resulta de los caracteres genealógicos, psicológicos y anatómicos propios de todas las razas.

Pongamos patentes una vez más á los ojos del lector, las inconsecuencias de la negación en

este asunto. Es por cierto cosa extraña, que en unos tiempos en que tanto empeño se pone en demostrar el parentesco entre el hombre y el mono, se ponga en duda el parentesco original entre el Europeo y el Africano. En la misma página en que admite Vogt la posibilidad de que procedamos de los cuádrumanos, niega la de que el negro y el caucásico procedan de la misma pareja. Hasta pretende, no recuerdo dónde, que la pluralidad de las especies sería una cosa indudable, «si no enseñara lo contrario un cuento viejo, inserto en los libros de Moisés.» Lo cual me autoriza para decir, que de seguro no atacaría la unidad de nuestra especie, si nó fuera por el placer de combatir el cuento viejo.

Y sin embargo, el cuento pretendido báltase perfectamente de acuerdo con la ciencia, y aduzco como prueba las que he llamado relaciones genealógicas de las razas. Hemos visto que la unión de dos especies diversas resulta estéril, ó lo más, goza de una fecundidad limitada á algunas generaciones. En virtud de esta ley, si las razas humanas fuesen otras tantas especies, su cruzamiento resultaría ineficaz para la multiplicación. Sin embargo, en la práctica resulta todo lo contrario. Los enlaces entre las razas más diferentes son fecundos, con la circunstancia

de qué en tanto más se acentúa la diferencia, tanto mayor es la fecundidad. Por consiguiente, basta este solo hecho para decir que las razas humanas son formas distintas de una misma especie. De ser especies de un mismo género, su descendencia resultaría herida de esterilidad. Los numerosos y variados experimentos realizados con este propósito revelan que la ley es indubitable; de manera, que el carácter diferencial más positivo de las especies del mundo animal, se aplica á la especie humana, y para desconocerlo, la ciencia se ve obligada á negar sus principios, es decir, á concluir de una manera extra-científica.

El hecho de esta reproducción y de esta propagación entre individuos de razas diversas es permanente y por lo tanto puede demostrarse en todos los puntos del espacio, y en todos los momentos del tiempo. Con todo, es sumamente curioso verificarlo en el conjunto de sus fenómenos, en cuyo caso se obtiene de parte de la geografía y de la historia la siguiente brillante confirmación.

Todos los tipos humanos pueden reducirse á uno solo, el de la raza caucásica. La raza negra, que es la que más se separa, dice M. Quetrefages, se nos á aquella por medio de la raza me-

laya ó atezada (morena), que formada entre ambas la transición: así como la raza mongola acéitualmente se refiere á ambas con la raza blanca, por medio de la americana ó cobiza. Bajo cuales influencias se han determinado las variantes de color, diótro talla ó de conformación de esas diferentes especies, lo diremos más adelante; el presente nos contentaremos con dejar consiguado que el sello específico entre una y otra se halla gradualmente, marcado, y que es mucho más fácil admitir tales variedades procediendo de la misma unidad, que reducir á la unidad específica cada una de dichas variedades.

Y esto es tan cierto, que á los adversarios de la unidad de la especie podría negárseles la pluralidad de las razas, ó por lo menos la clasificación que hacen de las mismas. Los signos característicos de la raza no son ni suicientemente constantes, ni harto precisos, dice Juan Muller, para que pueda decidirse sin incertumbre. No se conoce principio científico alguno que permita discernirlos de un modo seguro: Blumenbach cuenta cinco; Pritchard, siete; Flourens los reduce á tres. El Tártaro y el Finés, pertenecen al tronco caucásico ó al mongólico? Los Papuanos y los Alforonos, ¿son negros ó malayos? Dichas preguntas constituyen otras tantas dudas

que arrojan sobre los rasgos de las razas una indecisión que pone de relieve la unidad de la especie. En efecto, el verdadero Génesis del género humano se destaca más patente al través de esos cruzamientos de líneas en el sentido de que cuando menos acentuados tienen sus límites los grupos humanos, tanto más se revela la unidad del tipo primordial.

Humboldt manifiéstase especialmente sorprendido de ese carácter unitario, que se observa hasta la variedad de las razas, cuando de estas diferencias graduadas deduce, expresándose en los siguientes términos, la unidad de la especie. "Cuando se considera á las razas simplemente en sus variedades extremas se las juzga procedentes de troncos distintos: mas cuando se han observado las numerosas gradaciones que la ciencia geográfica ha visto en el color de la piel y en la estructura de los cráneos; cuando se conocen los profundos trabajos de Tiedeman sobre el cerebro de los negros, y de los europeos, y los estudios anatómicos de Vrolik y de Weber sobre la configuración del bacinetes; cuando se nota la arbitrariedad que preside al agrupamiento de las razas hasta tal punto que este agrupamiento varía incessantemente, por lo mismo que no existe uno sólo que se funde esencialmente en un

principio de la naturaleza; por último, cuando se comparan los tipos humanos, no en sus formas extremas, sino teniendo en cuenta los matices intermedios por los cuales dichos extremos se enlazan, llegase más fácilmente á afirmar la unidad de nuestra especie, que á sostener la opinión contraria (1)."

¿Puede aducirse una razón imparcial, más desinteresada, ni que se apoye en más seguros fundamentos, al servicio del dogma que defendemos? Pues todavía puede tener más firme apoyo en argumentos fisiológicos no ménos evidentes.

Existe en el hombre una parte invisible no ménos verdadera que su estructura física, por la cual, ménos sujeto á la mutabilidad, lleva más visiblemente impreso el sello de la unidad específica. Todas las razas humanas se hallan dotadas, por ejemplo, de una inteligencia *sui generis*, y siquiera en distinto grado, las costumbres, la educación, una porción de causas externas, pueden reducir á tal punto esta diferencia, que los negros educados en las mismas condiciones que los Europeos, llegan frecuentemente al mismo grado de desarrollo, al paso que los

(1) Cosmos I, 372-402.

Europeos educados entre salvajes no sobrepujan el nivel intelectual de los individuos que les rodean. Más á menos todas las razas humanas hallanse dotadas de pasiones idénticas, cual si con ello dieran testimonio de que han participado de la misma caída. Donde quiera que se lea una tragedia de Racine ó una comedia de Moliere, si el lector está dotado de inteligencia, no podrá menos que exclamar á la vista de esas admirables pinturas del hombre, sea Caire ó Europeo, Hotentote ó Australiano, conozco á este hombre. En más ó ménos, todas las razas humanas se hallan dotadas de conciencia ó de sentimiento moral. Los caníbales de la Australia se ocultan para celebrar sus horribles festines de carne humana, y despues de haberles terminado los niegan y se defienden como de un crimen. En el Soudan, donde ciertas tribus negras se cazan y se devoran mutuamente como rebaños de bestias (1), asegura Livingstone que son debidamente honrradas otras prescripciones de la conciencia natural. Finalmente, los pueblos que tienen menos moralidad, son susceptibles de adquirirla mediante el contacto de la civilización

(1) Richardson. Vida del negre.

cristiana, y un misionero del Evangelio, en pocos dias de predicacion, eleva el alma del Bschisman á ciertos escrúpulos de conciencia, de que jamás se preocupará el mono mas inteligente.

Todas las razas humanas, en mayor ó menor escala, se hallan dotadas de la facultad de hablar. Ahora bien, mas adelante demostraremos que el estudio comparativo de las lenguas tiende á disminuir el número de aquellas que pueden ser consideradas como tipos, y á reducirlas á la unidad. Hay mas, este resultado, siquiera en parte, se ha obtenido ya. Y así como las lenguas semíticas é indogermanas, han demostrado por sus afinidades reciprocas su origen comun, del propio modo hay motivos para suponer que las demás aparecerán al exámen filológico como simples variedades de una misma lengua primitiva, es decir; como pruebas indirectas de nuestra unidad específica.

En más ó en ménos, todas las razas se hallan dotadas del sentimiento de la fraternidad. A los ojos de la legislación, como á los de la conciencia individual; ante la filosofía negativa, del mismo modo que en presencia de la ley cristiana, jamás se establecerá la menor diferencia entre

el asesinato de un blanco ó de un negro, entre la vida de un malayo y la de un mongol. Ciertó que fué este un sentimiento que corroboró y robusteció el cristianismo; mas, fijese bien la atención en que lo corroboró, no lo suscitó como cosa nueva en la naturaleza caída; de aquí que en nuestros días la naturaleza no puede renegar de él, ni aun en aquellos libre pensadores en que pretende dejar de ser cristiana. Hé ahí, sin embargo, una fraternidad puramente de convención, dado que todos los hombres no precedan de una misma familia. ¿A qué vienen las simpatías de parentesco entre semejantes que no son parientes? Esto no puede explicarse sin un sentimiento espontáneo, profundo, universal de nuestra unidad específica, contra la cual no puede prevalecer utopía alguna.

Finalmente: en más ó en ménos, todas las razas humanas se hallan dotadas de religiosidad. Segun dejamos consignado, en todas partes se adora, se adora, y se ofrecen sacrificios bajo distintas formas; pero con una inclinación igualmente invencible. Es para el hombre una tendencia tan natural arrodillarse, ó postrarse para honrar al Señor de todas las cosas, como lo es el echarse para dormir, ó el elevar la voz al cielo en demanda de socorro, ó el verter lágrimas

para expresar el dolor. Ahora bien; si esta propensión no es una herencia de familia, ¿de qué modo puede explicarse? Si la humanidad ha resultado de diferentes parejas primordiales, ¿en qué consiste que no se haya encontrado una sola de estas parejas que fuera libre pensadora, ni una sola de sus posteridades que no haya tenido necesidad de Dios? Las coincidencias tan frecuentemente repetidas de los mismos instintos religiosos, simpáticos, morales, intelectuales en el hombre, ¿no son una prueba patente de que sus rasgos son hereditarios, no fortuitamente idénticos, y de que se desenvuelve á manera de cadena suspendida por uno de sus eslabones, y no como plantío compuesto de muchos piés que crecen independientemente los unos de los otros?

De la propia suerte encontramos la indentidad de la fisonomía moral, impresa en todas las razas, mucho más favorable al dogma de la unidad, que sus semejanzas físicas; y si Humboldt, en solo haberse fijado en las últimas, considerará á todos los hombres como la posteridad de un mismo hombre, después de haber estudiado la primera se proclama todavía más rotamente la propia conclusión. No de otra suerte en una galería de familia pueden observarse diferen-

cias harto notables en los retratos de niños; mas el ojo experimentado, al través de esta variedad de rasgos, reconoce fácilmente á los hijos de un mismo padre.

Las relaciones genealógicas de las razas salen pues el apoyo de la ley que estamos demostrando: otro tanto acontece con las semejanzas anatómicas.

Delissli, Pritchard, Perty y muchos otros naturalistas han hecho notar que las razas humanas son diferentes, acuérdanse perfectamente respecto de los siguientes extremos: una misma estructura orgánica; idéntica duración media de la vida, la misma propensión á la enfermedad; la propia temperatura media del cuerpo, la misma frecuencia media en los latidos del pulso; idéntica duración en la preñez; igualdad en la duración de los períodos menstruales. Ahora bien, semejantes conformidades, siáden dichos sábios, jamás se encuentran en las diferentes especies de un mismo género, si no en las razas de una misma especie.

Y no hay cosa más anticientífica que no creer en la identidad de un organismo que se presenta bajo diferentes aspectos. El niño, el jóven, el anciano, ¿no son acaso un ser revestido de tres apariencias distintas? ¿Es por ventura cosa

nueva ver á un mamoncillo rubio y rosado, convertirse, de adulto, en moreno con pelo negro, y á un angel de belleza en tipo de fealdad? Y descendiendo la escala del reino animal, ¿quién no ha contemplado con sorpresa las transformaciones de la larva en crisálida y de esta en mariposa? Y sin embargo, las indicadas no son más que variedades de unos mismos individuos: las de la misma especie han de ser precisamente más pronunciadas y numerosas.

Si del reino animal pasamos ahora al vegetal, veremos que los cambios de un tipo primitivo se óperan continuamente en condiciones no menos sorprendentes. Gracias al cultivo y á la trasplatación, los árboles enanos se convierten en gigantes; las flores sencillas en dobles; las frutas silvestres de que se alimentan los animales en los bosques, adquieren en nuestros vergeles un sabor y una belleza que las hace dignas de figurar en la mesa de los príncipes. En una palabra, la fauna y flora de cada país varían con el suelo, el clima, los hábitos y los cuidados de la domesticación. ¿Qué tiene pues de particular que se modifique la especie humana bajo las mismas influencias? Sin embargo merced á una concecencia que tiene muy poco de científica, se encuentra muy sencillo y muy extraño el que

no se parezcan completamente los hombres de ambos emisferios.

Tres variedades fundamentales resumen las divergencias de las razas entre sí: la estatura, el color, y la forma de la cabeza; ningunos de estos caracteres prueba que las razas sean especies, ó que la misma especie no haya podido modificarse hasta el punto de producir todas estas razas (1).

Las naciones del Norte son generalmente de menor estura que los habitantes de las zonas templadas; mas por una especie de compensacion de la naturaleza, no se encuentran verdaderos enanos. Cinco piés, talla de la cual dificilmente excede la inmensa mayoría de los Europeos, forman un mínimo del cual apenas desciende un pueblo entero, en tanto que seis piés parecen ser el máximo de altura que puede alcanzar una nacion, si quiera existan algunos individuos que de ella excedan. La relacion entre la estatura del patagon y la de los esquimales apenas es la de dos á tres, en tanto que para ciertas variedades

1 Véase el excelente trabajo que, respecto del particular, acaba de dar á luz Monseñor Meignan, Obispo de Chalons, con el título de *El hombre primitivo*.

de perros varía de uno á doce, existiendo variedades de buyes domésticos en los cuales la diferencia va de uno á seis (2). Es un principio incontestable en historia natural que los organismos y los órganos se mantienen en relaciones de proporcionalidad mucho más normales entre las diversas razas de hombres, que entre las diversas razas de animales: el límite variable de la talla, en particular, está tres ó cuatro veces más circunscrito entre los hombres, que entre los animales, ¿Por qué han de aducirse en contra de la unidad del reino animal estas diferencias que jamás se invocan contra la de las especies animales?

En cuanto al color de la piel, tampoco prueba nada en favor de la antropología poligenista. Cierta que la raza Cáucásica es blanca y la Mongola es amarilla, y la Etiópica negra, y la Americana roja y la Malaya morena, mas estas diferencias de coloracion hallanse explicadas por una porcion de circunstancias, con tanta exactitud como las diversidades de origen. La piel de todas las razas se compone de las mismas capas, dispuestas en el mismo orden: la dermis, la epi-

2 Schnerb, *Gitch, der natur*, III, 407.



d'ente, y un cuerpo mucoso. Este cuerpo es susceptible de unirse de todos los colores, por grados imperceptibles, desde el blanco al negro, bajo la influencia de cosas en parte estudiadas. De aquí los variados matices de la piel en las razas humanas, matices que primitivamente han sido determinados ó por accidentes bruscos perpetuados por la herencia, ó por la acción lenta de los medios.

Los accidentes bruscos no son en manera alguna una suposición química. Un viajero inglés vió en el Haran, al este del Jourdain, una familia en la cual el padre y la madre eran blancos, como lo habia sido todos sus antecesores, y todos los hijos eran negros. En cambio, entre los negros se encuentran á veces individuos blancos, cuyo color excepcional se trasmite de padres á hijos (1) Buton refiere el ejemplo, completamente auténtico, de un jóven y una jóven que á la edad de quince años vieron cambiado en blanco su color negro, de un modo tan completo, que el negro solo se distinguía en estado de pecas que embellecian su rosada epidermis. En realidad las pecas no son mas que puntos negros

1 Pritchard, 1 270 203 458.

sembrados en el cuerpo de un blanco como para atestiguar que, puesto que subsiste la transición del uno al otro de dichos extremos, han podido confundirse en un momento dado. Por su parte nos dice Cuvier que una jóven durante el estado de gestacion, convirtióse en negra. Y si pasamos á las categorías inferiores en el reino animal, veremos que nada hay tan sujeto á cambios como el pelaje y la coloracion del pelo, de manera que ha sido posible aplicar á los organismos lo que decia Linneo del aspecto de las plantas: *Nimium ne crede colori.*

¿Qué se requiere, sin embargo, para constituir un grupo de color diferente? Que dichos anomalías se hayan fijado y transmitido por via de generacion. El carnero padre de la raza *mauchamps*, nació hace cuarenta años en Rambouillet de un verdadero capricho de la naturaleza: al presente se ha multiplicado, y lo que no era mas al principio que una excepcion, constituye hoy el gérmen de una posteridad numerosa.

Forwards-Lambert, americano, dice M. Quatrefages, justifica plenamente el apodo que se le dió de *el hombre puerco espin*; pues estaba provisto de una cubierta oscura, de una pulgada de espesor que mudaba anualmente. Tuvo seis hijos, de los cuales murieron cinco: el que

sobrevivió contrajo matrimonio y á su vez tuvo dos hijos con cubierta como su abuelo. A poco que hubiese crecido esa familia de envoltura carnosa, de seguro no habria faltado ningun libre pensador que hubiese dicho y aun sancionado á tisfecho, la aparicion de una nueva especie; y sin embargo, sólo habria podido verse en ella la existencia de una raza mas.

El abuelo de Colburn, el célebre calculador, tenia seis dedos en cada mano y en cada pié; casóse, y tuvo tres hijos que ofrecian el mismo fenómeno. La raza de los sexdijitarios hallábase en vias de formacion; de haber crecido, qué argumento en favor de las opiniones poligenistas!, y sin embargo nada habria probado (1).

Es imposible imaginar el número de ramificaciones y de subdivisiones que habrian caracterizado el reino hominal, si los padres y las madres en lugar de favorecer las deformidades de su familia, no hubiesen procurado hacerlas desaparecer por respeto á la santa imagen de Dios. Mas como el tinte más ó menos pronunciado de la piel no constituye una alteracion de la forma humana, los primeros negros no tuvieron moti-

1. E. mundo y el hombre primitivo pp. 225 7. 2.

vo para ver con repugnancia el proporcionarse una posteridad de su propio color. Es verdad que aun cuando la hubiesen experimentado, no habrian podido evitar las consecuencias, porque una vez impresa en el cuerpo una marca particular, debe persistir, si los individuos que la llevan, se unen entre sí durante muchas generaciones, sobre todo cuando las circunstancias que han influido en el nacimiento de esta particularidad, son favorables á su conservacion. Siempre resulta, escribe Waitz, que estas observaciones no proporcionan un medio á propósito para explicar el origen de las diversas razas (2).

Por lo demás, la coloracion de la piel en negro ó en rojo no fué en manera alguna consecuencia de un accidente sobrevenido de un modo brusco, y repetido indefinidamente por herencia; la accion lenta de las influencias ambientales podría explicarla.

Los africanos se blanquean en nuestra zona templada, sin llegar jamás á ser tan blancos como los europeos; al paso de los pueblos blancos se eunegrecen bajo la influencia de los trópicos,

2 Antropología de los pueblos etc.

sin convertirse completamente en negros en África, ni en rojos en América. Imagínese, sin embargo, una pareja blanca y la descendencia de de la misma procedente, establecida perpétuamente bajo los rayos perpendiculares del ecuador; ¿no llegará un día en que los lejanos vástagos de esos antepasados blancos, sean suficientemente oscuros para confundirse con los indígenas? ¿Para observar esta fusión de colores, sería menester un experimento de muchos siglos. El hombre, cuya duración sobre la tierra es efímera por demás, no puede llevarla a cabo; pero Dios que puede disponer de la eternidad, ha realizado insensiblemente el fenómeno. Sostener lo contrario es más fa il que probarlo.

Lo que hay de cierto es, que el color de la piel no depende en manera alguna de una organización especial de la epidermis. Debajo de esta membrana existen granulaciones colorantes que contienen una materia más ó menos oscura, granulaciones que, como en las demás razas, se encuentran en la blanca; por consiguiente puede decirse que existe en todos los organismos una propensión, ó cuando menos una disposición á unirse. Esto es tan cierto, que los tipos más puros de la raza caucásica, al aproximarse á los países y al régimen de la raza

etiópica, adquieren el color de un modo muy pronunciado, de cuyo principio puede deducirse que durante los primeros tiempos del género humano, esta disposición, desenvolviéndose en un grupo en virtud de las influencias climáticas llegó á perpetuarse, constituyendo la raza negra.

En cuanto al pelo, tiene tan escasa importancia en la cuestión que nos ocupa, que solo la ignorancia puede haber opuesto sus innumerables variedades á la teoría monogenista. «En efecto, el pelo es lanudo y crespo, ó largo y lacio, negro ó blanco, rubio ó rojo, según el régimen higiénico, el país y la mezcla de las razas. Lo mismo en el hombre que en todos los mamíferos, de todas las partes del cuerpo es el pelo la más sujeta á variaciones. Así se explica que pierda fácilmente su carácter nativo y se le vea experimentar las modificaciones más inesperadas».

Aquí puede decirse que entre nosotros y la raza que fue llamada de los hombres hociudos existen otras diferencias que las del color, mas así como no son inconciliables con la unidad de nuestra especie las diferencias del color, tampoco lo son las de la conformación del cráneo.

Nada menos positivo ni más arbitrario; con frecuencia más contradictorio, y siempre menos

concluyant, que la pluracion de la craneometria á la resolucion de las dificultades que nos ocupan. Ni la capacidad, ni la forma del cráneo se distinguen con perfecta determinacion entre unos pueblos respecto de otros. Así se explica que existan tantos sistemas como clasificadores de las variedades encefálicas de nuestra especie. Dos grandes fisiólogos han dicho respecto del particular la última palabra del buen sentido, para aquellos que no tienen opinion preconcebida contra semejante autoridad.

«Por mas prevenido que se esté, escribe M. de Quatrefages, no podrá menos que reconocerse que el esqueleto de la cabeza varía entre grupos humanos.» Por ejemplo y sin comparacion, a diferencia de las cabezas óseas no es menos considerable entre el Caucasiano y el Mongol, que entre el jabalí y el cerdo, ó bien entre el perro de Filipinas, tamaño como un jumento, y el falderillo pequeño como el paño. Sin embargo, Linné, Bufon, los dos Cuvier, Laidoro, Geoffroy, Saint Hilaire hacen descender todas las razas de perros de una sola pareja y refieren toda la raza porcuna al jabalí. ¿En qué consiste pues que las grandes desviaciones de la semejanza original no impidan á la ciencia el reconocer la unidad de las especies, y vea en aquellas

alteraciones motivos suficientes para negar nuestra unidad específica? Probablemente en que la ciencia es únicamente el pretexto para tales conclusiones.

Por consiguiente, no puede atribuirse al juicio encefálico el valor de un caracter de especie; lo único que en él debe verse es un signo de la raza.

Otro sabio, cuya especial competencia es universalmente reconocida, M. Flourens, resume sus observaciones de la Academia de ciencias, expresándose en estos términos memorables: «Los hombres, sea lo que quiera la raza á que pertenecen, blancos ó negros, rojos ó amarillos, tienen todos con cortas diferencias, que en último resultado no pasan de individuales, la misma capacidad craneana.

«El cerebro ademas, no presenta diferencia alguna, absolutamente ninguna, ora pertenezca al hombre blanco, ora al hombre negro. Al contrario, el cerebro del negro difiere del de el orangutan en todo, por su volumen, y por sus lóbulos cerebrales; la parte donde reside la inteligencia es dominante y característica en el cerebro del negro.

En el dominio puro de la psicología, puede

facilmente marcarse el límite preciso que separa al instinto de la inteligencia; más de hombre á hombre, de raza á raza, no existen más que variedades, matices, grados distintos que hace desaparecer la educación: la unidad de la inteligencia es la última y definitiva prueba de la unidad humana (1)."

En presencia de semejantes testimonios, que importancia merecen las diferencias que afectan exteriormente á la constitucion del cráneo? La de una anomalía singular digna de ser observada; pero en manera alguna la de un objeto serio y formal. La formacion y la deformacion de los cráneos depende á veces, en su origen, de presiones artificiales: muchos son los pueblos antiguos que han acostumbrado comprimir la cabeza de los niños, para comunicarles lo que consideraban como el ideal de la belleza. En la actualidad existen provincias en las cuales pueden observarse tipos de cabeza prolongada y frente hundida, que son obra de las matronas que aprietan más de lo justo las vendas con que envuelven á los recién nacidos. De esta suerte se han obtenido cráneos achatados, prolongados, cónicos y esas diversas formas produ-

1 Magie de Tiedeman.

cidas desde luego intencionalmente, han podido concluir por ser hereditarias por transmision.

Todavía concurren á la produccion del mismo fenómeno, más que las causas artificiales, influencias exteriores. Bar ha observado que los pueblos que moran á orillas del mar, y en las llanuras, tienen el cráneo mas achatado que los montañeses, en los cuales se errece alto y abovedado. Pritchard ha manifestado que el método de vida no carecia de influencia en en estas variaciones orgánicas, y en prueba de esto cita á los irlandeses que, arrojados hace doscientos años de los condados de Antrim y de Down, gracias á una política bárbara, para ser confinados á una playa árida, han contraido en la miseria una fealdad repugnante: mandíbulas salientes, boca enorme y hundida, nariz aplastada, pómulos prominentes, piernas arqueadas, talla mezquina, miembros demerriados hasta la deformidad; en una palabra: todas las condiciones físicas de los aborígenes de la Tierra-del-Fuego, y de la Nueva-Holanda. ®

Finalmente, el régimen alimenticio puede dilatar ó reducir la periferia de la caja osea. Tómense dos pueblos vecinos, consagrado el uno, por ejemplo, á la agricultura y á la jardinería, y alimentándose con trigo y arroz, como hacen

los tártaros del Kour y los de Kesan, y otro pueblo menos industrial y ménos civilizado, pero que acostumbre alimentarse de carne, y se verá que así como el primero, por lo comun, ofrece una superficie craneana poco desarrollada, el segundo tiene la faz más larga y las arcadas zgomáticas separadas. La gran separacion de las arcadas, dice un naturalista, da lugar á una amplitud de cráneo que está en relacion con el usomás ó ménos frecuente que el individuo hace de la carne. Por esto los carnívoros tienen esta separacion mas pronunciada que los hervívoros, habiendo por consiguiente motivo fundado para preguntarse si semejante particularidad no demuestra la influencia de la alimentacion en las variaciones de la especie humana. A lo cual no tendria inconveniente en contestar de un modo afirmativo, porque todos los pueblos que se nutren de carne tienen las arcadas zgomáticas mucho mas separadas que aquellos cuyo regimen alimenticio tiene una base puramente vegetal, como acontece con los Indios y los pueblos indogermánicos (1)."

Despues de estas demostraciones, ¿a qué emplear en contra de la unidad de la especie anomalías que lejos de excluirla, no son mas que la manifestacion de su libre desenvolvimiento? ¿A qué sorprenderse principalmente de que las influencias climáticas é higiénicas produzcan en los hombres pequeñas transformaciones, cuando no causa la menor maravilla el verlas producirse en grande escala en los animales? En las Indias occidentales, por ejemplo, han sido vanas cuantas tentativas se han hecho para obtener lana, puesto que gracias á las cualidades del terruño, los rebaños pierden la lana y se cubren de pelo; en Guinea dificilmente pueden reconocerse los cerdos como no se los oiga balar, gracias á hallarse cubiertos de un pelaje mudo semejante al de los perros. En cambio, en Angola los carneros, las cabras, los gatos y hasta los conejos, se hallan cubiertos de un pelaje largo y sedoso. Obrando tan poderosamente la naturaleza fisica sobre el reino animal, ¿debe sorprendernos el que nuestro ángulo facial dependa un tanto de la latitud en que vivimos? Apliquemos á los hombres las leyes que rigen en la propagacion y modificacion de las especies inferiores, y comprenderemos las diversidades de la nuestra.

Por consiguiente, aún cuando sea imposible explicar históricamente, por falta de documentos, el origen de las razas humanas, la fisiología permite creer en su derivación de una sola especie, por lo mismo que este modo de su formación nada tiene de imposible, considerado científicamente.

## II.

Las objeciones opuestas á esta verdad por la antropología poligenista tienen fuerza bastante para destruirla? Hemos anunciado lo contrario; mas nos falta probarlo. No necesitamos disminuir el número, ni rebajar el alcance de tales argumentos para vencer en definitiva: consignémoslos pues, con toda su crudeza de expresión. 1.º Puesto que las razas humanas no son mas que variedades de la especie perpetuadas, ¿por qué no se forman nuevas razas ya que todos los días se producen nuevas variedades en la especie? 2.º ¿Cómo pueda explicarse que una sola pareja creada en la meseta del Asia

haya podido ser el tronco de la población americana? 3.º ¿De qué manera una sola pareja, despues de la creación y del diluvio, ha podido bastar á la multiplicación rápida y prodigiosa de que tan frecuentemente se habla en los libros sagrados? 4.º Finalmente; ¿La inferioridad notoria de los negros, en lo que á su inteligencia se refiere, no es signo evidente de un origen ménos noble? Todo este aparato de argumentación es especioso, pero carece completamente de solidez. Contestemos á esta cuádruple dificultad deducida de la estabilidad de las razas, de su dispersión, de su multiplicación y de su desigualdad intelectual y moral.

¿Por qué rason no se forman nuevas razas? En apoyo de esta objeción aducen nuestros adversarios algunas de las pruebas de que nosotros nos valemos. Convinimos, dicen, en que para los hombres los límites de las variaciones deben ensancharse más que para las especies animales. El clima es el que determina tales variaciones, y el hombre soporta mayor número de climas distintos que el animal. El método de vida influye también en las variaciones, y los hombres cambian incessantemente. También entra por mucho el grado de civilización, y al paso que el hombre sube y baja en la escala que

la constituye, los animales permanecen constantemente estacionaria. Por consiguiente, por lo mismo que el hombre tiene mayor espacio para cambiar la mutabilidad de su constitución física debe extenderse mucho más. ¿En qué consiste, sin embargo, que no cambie? ¿No debe verse en esto la prueba de que las razas son tipos, y no modificaciones de un tipo anterior?

¿Es realmente cierto que si quisieran perpetuarse por la selección las anomalías orgánicas de nuestra especie, no se llegaría á formar una posteridad de sexójitarios, de hombres con cubierta, etc., etc., y por consiguiente de una nueva raza? Por mi parte me guardaré muy bien de resolver la cuestión en sentido negativo, mas presumo que el que no se forme hoy una nueva raza, no autoriza para sostener que ántes no se haya formado.

Hoy son las razas casi constantemente idénticas á sí mismas, porque han alcanzado los límites extremos de su variabilidad; pero en una época más atrasada, en la cual las condiciones biológicas y meteorológicas del globo eran muy diferentes, las razas experimentaban modificaciones que al par se agotaron y transmitieron: algunos grupos ya nombrados las personifican. Bajo esta relación la humanidad es comparable al

hombre. Durante la infancia, existe en él una virtud plástica que comunica crecimiento y solidez á los miembros, la forma característica á los rasgos más salientes, desenvolvimiento y vigor á los músculos; más tarde esta virtud deja de obrar, esperando el momento en que su propio trabajo decrezca en el organismo del anciano. De la propia suerte durante la infancia del mundo, cuando tenían lugar las grandes revoluciones telúricas y siderales, existía en la naturaleza una tendencia general á imprimir rasgos muy marcados en los habitantes de nuestro planeta. Entonces, al propio tiempo que nuevos continentes, surgían razas nuevas, porque las modificaciones destinadas á convertirse en rasgos indelebles, eran recibidos más fácilmente por un género humano en su cuna, y más profundamente grabados por una creación que producía grandiosos partos. Más tarde, habiendo disminuido la fuerza de comprensión de la naturaleza y aumentado respectivamente la fuerza de resistencia de la humanidad, establecióse entre las razas mediante este equilibrio.

Y no se diga que habiendo desaparecido los accidentes modificadores, representados por los trastornos geológicos, debieron terminar las modificaciones en virtud de la ley, *cessante causa,*



*cessat effectus.* Todos los cuerpos se hallan dotados de una propiedad que se llama inercia, según la cual tienden á permanecer tales cuales son, en tanto no concurre á cambiar su estado una fuerza que obre en sentido inverso: la inercia orgánica de las razas las conserva hoy porque las energías de la naturaleza carecen de fuerza suficiente para destruirlas, y si en otro tiempo no las han preservado de algunas vicisitudes, consiste en que cedió á las violencias exteriores. Por esto el árbol del género humano que en un principio se dividió en muchas ramas, posteriormente solo se ha desarrollado por el tronco. Mas ¿no es este precisamente el modo como crecen todos los árboles?

Por lo demás, ¿no podríamos volver al revés el argumento que acabamos de rebatir? Los poligenistas imaginan crearlos obstáculos diciendo: si las razas no son, mas que ramas no troncos, ¿por qué no se forman otras nuevas? A nuestra vez les diremos: si las razas constituyen troncos autóctonos, ¿por qué á terminado su multiplicación? ¿Por qué se ha concluido la semilla que debía producir nuevos seres? ¿En qué consiste que se halla al gotado el seno maternal? Ponednos pues de manifiesto una nueva especie, y dejaremos de creer en la unidad de las antiguas.

La parte adversa hostiga tambien á los que sostienen la monogenia, preguntándoles de qué modo explican científicamente que pueda atribuirse á una sola pareja primitiva, procreada en el Asia, la poblacion del Nuevo Mundo descubierta casi sesenta siglos despues.

Hagamos notar desde luego que si los pueblos de América tienen entre sí no pocas semejanzas, bajo el punto de vista de la estructura craneana ofrecen diferencias que así les asemejan á la raza mongólica como á la malaya. "La semejanza entre la raza americana y la mongólica dice Humboldt, se observa principalmente en el color de la piel y en el pelo, en la barba que es escasa, en los pómulos que son prominentes, y en la direccion de los ojos. La especie humana no encierra razas que guarden entre sí más analogía que la americana y la mongola, así como la de los Mandchoux y los Malayos (1)."

Admitidos estos hechos, la emigracion del antiguo mundo al Nuevo al Nuevo ha podido realizarse por el estrecho de Bahering que, en el punto más reducido, mide únicamente diez mi-

(1) Châlepor Fritchard, p. 365.

Il e da anchuro. Los Quimales que habitan en las regiones hiperbóreas, pertenecen al tipo mongol, que se halla extendido sobre todas las comarcas vecinas al polo norte. Posible es que otros pueblos mongoles hayan pasado del Asia á la América por la cadena de las islas Aleutianas: al sud de la Asia, en la direccion de América meridional, existe igualmente una extensa serie de las islas agrupadas en una extension de cien grados, con la circunstancia de que los otros cincuenta grados ofrecen una laguna completa, lo que prueba que dicho archipiélago, hasta las islas Sandwich, ha sido poblado primitivamente por los asiáticos, es la conformidad de sus habitantes, bajo el punto de vista de la constitucion física, de los idiomas y de las costumbres, semejantes en un todo á las asiáticas.

Tambien se explicaria fácilmente la inmigracion de estos insulares á la América, suponiendo, con ciertos geólogos, que dichas islas son restos de una lengua de tierra que servia en otro tiempo de puente entre el Asia y la América meridional, y que con posterioridad fué roto por las corrientes marítimas. Si se fija la atencion en el grande Océano, escribe Vogt, puede decirse que antiguamente, en el lugar que ocupa, existia un continente que ha desaparecido

y del cual solo restan las cimas más elevadas, formando hoy los innumerables grupos de las islas que lo cubren. Esta opinion parece tanto más verosímil, en cuanto el fondo del mar pacífico se halla sembrado de arrecifes (1).

Finalmente ¿no podria suponerse tambien, con gran verosimilitud, que los habitantes de la costa oriental del Asia fueron transportados á América á consecuencia de algun naufragio? Tenemos recientes ejemplos de buques japoneses arrojados por la tempestad á las playas de las islas Sandwich en el norte del gran océano, y aún hasta la misma embocadura de la Colombia (2).

Tales son las vias por medio de las cuales los inmigrantes malayos ó mangoleas han podido trasladarse desde el Oriente á América, con la circunstancia de que tampoco seria imposible que una parte de la inmigracion hubiese partido del oeste de Europa. Ya en el siglo décimo los normandos llegaron á las costas orientales de América pasando por la Irlanda y la Groenlandia. De manera que, segun lo expuesto, Caucasianos, Mongoles y Etiopas, mucho antes

(1) Oedecia II 160a.

(2) La Biblia y la Naturaleza.

del descubrimiento del Nuevo Mundo, pudieron llegar, unos en pos de otros, al hemisferio occidental, confundiendo en el su sangre y sus sabores.

Y puesto que lo que acabamos de exponer relativamente á la propagacion de las razas, no pueda ser debidamente demostrado, es por lo ménos muy verosímil. Waitz y Giebel, que no reconocen en manera alguna la unidad de origen de la especie humana, admiten sin embargo la posibilidad de semejante dispersion.

"Aun en el estado primitivo dice Giebel, podia el hombre disponer de tantos medios de transporte, para trasladarse de un extremo del mundo al extremo opuesto, que no es lícito poner en duda la mera posibilidad de la difusion de la especie humana por toda la tierra partiendo de un punto central." Waitz añade por su parte: "La dificultad en las peregrinaciones no puede oponerse en manera alguna á la opinion que sostiene que los hombres se han extendido partiendo de un solo punto. Esta dificultad en ningun punto se ofrece más grave que en el mar del Sud, y sin embargo la perfecta unanimidad que reina en toda la Polinesia, bajo el punto de vista del lenguaje, de las tradi-

ciones y de la religion, no permite suponer en esos insulares un origen distinto (1)."

¿No es esto más de lo que se necesita para explicar la dispersion de la posteridad adamita, sobre la extension de la tierra? ¿Puede la unidad del género humano experimentar el más insignificante perjuicio, á consecuencia de esta marcha asignada á las emigraciones primitivas? ¿Dejaríamos de ser hijos de una misma familia porque en un momento dado, la familia, numerosa en demasía, hubiese refoído de uno á otro emisferio?

El argumento basado en una multiplicacion desproporcionada á la fecundidad de una sola pareja, es la tercera objecion de los poligenistas. Vogt la ha formulado en los siguientes términos: "El que presta fé á la Biblia, ha de prestarla á todo cuanto encierra; por consiguiente el que reconoce á Adan como padre único del género humano; debe tambien conceder dicha dignidad á Noe que, despues del diluvio, quedó solo en la tierra con sus tres hijos. Ahora bien, ¿qué prodigiosa fecundidad debió ser la de las tres razas de Sem, Cham y Jafet, para producir

en unos quinientos años, cuando más, millones de hombres, solamente en las regiones de hombars, del Egipto, puesto que los monumentos de Niniva y Babilonia testiguan que naciones numerosas poblaron el Asia menor inmediatamente despues del diluvio? El autor de la objecion con una inconveniencia por cierto muy distante del asunto añade: «Los ratones y los conejos, debieran desesperar de tener en tan reducido período tan numerosa posteridad.»

Vogt ha dicho tambien, no recordamos precisamente donde, que no es matemático, y en verdad que para conocerlo, no es menester que lo diga, basta con examinar sus cálculos. Suponiendo que cada pareja humana haya engendrado por término medio seis hijos en el período comprendido entre los veinticinco y cincuenta años, el número de los hombres al cabo de cuatro siglos y medio despues del diluvio, habria podido alcanzar la cifra de 800 millones. Ea verdad que actualmente no existe país alguno en que la poblacion crezca con tanta rapidez mas entónces no existian las causas que en el dia, A pesar de esto, en época muy reciente se han aducido ejemplos análogos de semejante progresion. A fines del siglo anterior, algunos

marineros ingleses y algunos indigenas de Tihati, estableciéronse en una isla del Oceano Pacifico; en 1800 existian en dicha isla, 19 niños, un hombre y algunas mujeres: en 1855, encontrábase 187 personas, con la circunstancia de que habian muerto muchas á consecuencia de accidentes extraordinarios y fortuitos. En otra isla habitada por vez primera en 1581 por navegantes ingleses, existia al cabo de ochenta años una poblacion de 12,000 almas que descendia toda de cuatro madres.

Acosta que ha escrito la historia de la Nueva España, nos dice que no era cosa rara encontrar propietarios de cien mil carneros: y esta prodigiosa multiplicacion habiase operado en cien años, puesto que á la llegada de los españoles no existia en el país un solo carnero. Los caballos y los bueyes solo fueron conocidos en América despues del descubrimiento llevado á cabo por Cristóbal Colon; y sin embargo hoy se encuentran en rebaños de millares de cabezas, que viven en estado salvaje en las montañas y en las llanuras, sin contar los muchísimos que emplea el hombre en su servicio. Finalmente, en el siglo precedente se exportaban cada año un millon de cueros de buey de Buenos Aires y del Paraguay, lo cual supone una posteridad innu-

merable, resultante de las siete veces y un tercio abandonadas en esas comarcas en 1546. Ahora bien, si dichos animales, en cierta manera han poblado en un tiempo relativamente corto, no obstante la persecucion de los hombres, ¿por qué razón no ha de haber crecido el género humano en circunstancias más favorables y durante un periodo mucho más largo (1).

Por consiguiente nada se opone á que nuestra especie humana proceda de una sola pareja: por esto como si Vogt estuviese convencido de la falta de exactitud de sus cálculos, llama á la Biblia en su auxilio.

Después del asesinato de Abel, dice, la posteridad de Adán se hallaba concentrada en la persona de Cain, porque Seth y los demás hijos é hijas que menciona el Génesis, no habían nacido todavía, según todas las probabilidades. Cain se lleva consigo á su mujer, y funda una ciudad y Dios le imprime sobre la frente una señal para que nadie le mate, este signo podía ser únicamente para los hombres, puesto que el loro no respeta al cordero señalado, y si era para

(1) Vaguez II, 230.

los hombres, es una prueba de que el mundo se hallaba ya poblado por una familia que no era la de Adán.

Una brevísima explicacion bastará para dejar completamente disipados tales errores. El Génesis sólo contiene algunas noticias sueltas de la historia primitiva. En la narracion mítica van continuados unos en pos de otros, acontecimientos diversos, que se hallan separados cronológicamente por intervalos muy considerables. Ahora bien: el texto sagrado fija la época del fratricidio, ni la de la fuga de Cain, ni la de la fundacion de la ciudad. Entre esos diversos acontecimientos pueden haber transcurrido siglos enteros. ¿Fundó Cain la ciudad inmediatamente después de haber cometido el crimen? No se consigna. Lo que sí se expresa es que la mujer de Cain era ó una hija de Adán, es decir, una de sus hermanas, nacidas después de Seth, ó una de sus sobrinas. ¿naceña San Agustín en la *Ciudad de Dios*, que éstos enlaces entre parientes eran entónces, necesarios porque la humanida debía descender de una sola pareja.

Cuando Cain abandonando el país de Edén expresa el temor de perder la vida, no revela con ello que considere como habitadas otras co-

marcar. Lo que de sus recelos se deduce es el temor de que la familia de Adán, cruelmente herida por su crimen, venga un día la sangre por su mano derramada, y como le quedaban muchos años de vida, nada tenían de quiméricos sus temores, puesto que de las cifras que dejamos consignadas á la edad de cincuenta años, Caín debía tener, ante ochocientos millones de descendientes, la responsabilidad de su fratricidio (1).

El dogma de la unidad triunfa pues del argumento de la dispersion, del mismo modo que del de la multiplicacion humana, ¿Otrecherà para él mayores inconvenientes el que se funda en las desigualdades intelectuales y morales de las diversas razas?

Los poligenistas han exagerado en apoyo de sus tesis los caracteres físicos en virtud de los cuales se distinguen los negros de los blancos. En efecto, no todos los negros se parecen á las poblaciones de la Guinéa consideradas como el tipo de la raza. En el Congo, y sobre las costas de Mozambique, encuentranse hombres de pelo lanudo y piel negra, cuyos rasgos son sin em-

(1) Véase Delitz p. 206 y Houch p. 325 y sigs.

bargo europeos. Muchos grupos de este color parecen en el fondo á ciertas figuras de la Grecia, hasta tal punto, que los labios abultados y la nariz deprimida, constituyen para ellos el rasgo característico de los seres degradados.

Pero especialmente bajo el punto de vista intelectual y moral, dice un piadoso misionero, se les ha hecho más negros de lo que realmente son. El juicio de M. Flourens, que dejamos expuesto, constituye en este asunto una sentencia inapelable, confirmada diariamente por las observaciones etnográficas. «Entre hombre y hombre, entre raza y raza, solo existen grados, variedades matices de inteligencia que la educación hace desaparecer.

«Después de haber permanecido, durante veintitrés años entre los descendientes de Cam, dice Casalez, y haber procurado serles útil, me siento movido todavía á hacer cuanto pueda en beneficio de una raza cuyas desgracias han conmovido profundamente mi corazón, y que no obstante su envilecimiento, considero no menos perfecta que la nuestra, bajo el punto de vista de las facultades del alma, del corazón y de la inteligencia.

Los Hotentotes, los Cafres, los B-squimanes, los mismos Australianos, esos descendientes de-

generados del negro, no son en manera alguna tan *incivilizables* como se ha dicho. Convenido que no tienen como nosotros la propension y naturales condiciones para adquirir el desenvolvimiento individual y social y que no sin motivo preguntado el Reverendo Lieberman por el éxito de su apostolado en el Africa, decís: "has ta ahora solo hémos alcanzado una cosa, morir; mas que el cielo envie durante largo tiempo á esos pueblos, en vez de civilizadores armados que les arrebatan el oro dejándoles en cambio los vicios, civilizadores que se sacrifican por ellos y ante semejante espectáculo se reconocen las criaturas de un mismo Dios, y la mútua simpatía engendrará todos los progresos.

Los Slavistas han rebajado á los negros para darse la razon contra ellos, y han acusado al apostolado de optimismo respecto de sus neófitos. Sublime optimismo en todo caso, aquel que hace tomar la defensa de sus verdugos. Pero el misionero que pasa su vida entre los negros, es siempre más digno de lo en lo que dice, que los viajeros inasustanciales, menos dexeosos de ver, que de regresar á su pais para poder contar lo que han visto. En cambio los viajeros contemporáneos, y los sábios más distinguidos han hecho á los negros la misma justicia que sus apó-

toles. Los Fantis y los Archantis, es decir, las tribus más atrasadas de la raza africana, tienen leyes, artes, ciudades, un culto, y por consiguiente una civilizacion elemental. No obstante sus desventuras, la posteridad de Cham ha contado en su seno héroes de la humanidad y de valor, escritores, sábios y poetas. El célebre negro Linette Geoffroy á quien he aludido en uno de los precedentes capitulos, fué nombrado en el siglo último correspondiente de la Academia de ciencias de Paris. Los negros Bassoutos tienen una literatura propia, ó cuando ménos ciertos rudimentos poéticos, algunos de los cuales héanse creído dignos por Casales de ser vertidos al francés. En general, es cosa sabida, los negros se elevan á este grado de cultura, mediante los productos intelectuales de las otras razas; mas tampoco debe perderse de vista que el desenvolvimiento de nuestro espíritu resulta del contacto con las inteligencias de todos los siglos. La revelacion divina y humana forma una masa de ideas á la cual debemos acudir constantemente, si queremos vivir y crecer en el terreno de la inteligencia. En el mero hecho de que los negros puedan acudir á ese manantial inmenso, en cuanto se pone á su alcance, debemos ver una prueba de que como nosotros

son susceptibles de desenvolvimiento, y de que, ya que no tengan nuestra civilización, son aptos para alcanzarla.

Por lo que dice relación á sus facultades morales, no ignoro hasta que punto se afecta en contra al negro inferior, con el objeto de tener una raza para declararle, no solo de otra raza, sino también de distinta especie. Su pereza, su ingratitud, su insensibilidad respecto de las bondades que se le prodigan, su superstición, han hecho el gasto, durante mucho tiempo, á las teorías anti-humanas de sus opresores. Y sin embargo, ¿qué es su pereza, sino resultado natural de su prolongada esclavitud? El hombre ha menester la excitación al trabajo con la esperanza del lucro. El negro, sea activo, sea indolente, emplee bien ó mal día, no ve mas recompensa al término de su jornada, que su pan negro y su misera cabaña. Su insensibilidad respecto de las bondades que se le dispensan, se explica perfectamente si se considera que al veré vendido como artículo de comercio, juzga las atenciones que se le guardan como medio para explotarle mejor. Devuélvasele la libertad, y contestará con el reconocimiento y gratitud á los beneficios que se le dispensen. La superstición más bien que verdadero signo

de la inferioridad de su origen es el fruto de su ignorancia, y el crimen de aquellos que le mantienen en ella para mejor dominarle.

No se desespere, pues, el negro, y sobre todo no se le desespere; establezcase su libertad en las costumbres y sobre todo en las leyes; desdójense los blancos de ese desdén innato, de esa prevención íntima con que miran á sus hermanos de color, que sobrevive á los decretos de emancipación; no se rechace el matrimonio con las hijas del negro, no se avergüence nadie de tenerle por comensal; no se cambie de sitio en las fondas y en los cafés de América, al ver en la misma sala ó en la mesa vecina á un hombre cuyas uñas están matizadas de negro; en suma, tratemos á los negros como hijos de un mismo Dios, como descendiente de un mismo padre, cubiertos con la sangre de la misma redención, y predestinados á la misma gloria, y no tardaremos en obtener el trabajo y la gratitud en cambio de un verdadero amor.

Cuanto en bien y en mal se ha dicho de los pueblos negros, puede aplicarse á los australianos. Prostrados en virtud de las mismas causas, se elevarán por los mismos medios. Esas causas son una prueba de la fé, mas bien que una obediencia que opone á la misma. Para la astrolo-



logía transformistas, la inmovilidad de los negros y de los australianos constituye un problema difícil de resolver. En efecto, puede decirse: Puesto que la naturaleza por sí sola, en virtud de su fuerza intrínseca, se eleva al perfeccionamiento orgánico y moral, ¿en qué consiste que permanezca estacionaria en este grado de civilización tan extremadamente bajo, en que ha sido posible tomar al negro por hermano del orangután, y al australiano por congénere del mandril?

Mas á los ojos de la religión, el asunto cambia de aspecto: los negros no representan en manera alguna una especie detenida en su crecimiento, son al contrario, la expresión de una decadencia. Según la clasificación eminentemente científica adoptada por Flourens, son la posteridad de Chanaan, que fué maldecida por su padre, y vienen á ser, sin comparación absoluta, como dos pecados originales reunidos sobre su cabeza. ¿Hay por qué admirarse de que opongan al parecer una resistencia invencible á la educación de la civilización europea y del Evangelio?

Por lo demás, esta maldición no se ha perpetuado en la raza negra sin la culpa de sus abuelos. La inmoralidad, largo tiempo perseve-

rante de estos últimos, acumulando sus consecuencias en su posteridad, basta para explicar todas las degradaciones. «Entre los pueblos adolescentes y jóvenes, cuando han sacudido el yugo de la religión, la caída no tiene límites. Chanaan y sus descendencia han escandalizado la historia con el asqueroso espectáculo de sus vicios... Entre los Fenicios encontramos la voluptuosidad erigida en acto de religión. Si vicios semejantes han llegado á imperar durante siglos continuados entre los negros y los australianos, ¿no tenemos lo suficiente para ver en ello la explicación de su avilamiento? La maldición de Dios, agravada por el progreso del pecado se traduce por rebajamientos graduales. Su término es el estado salvaje para un pueblo entero, y una degradación fisiológica é intelectual, cuyo estigma se transmite por herencia á los individuos.

«El error de los poligenistas consiste en haber explicado, mediante la diferencia de especie lo que no es mas que resultado de los vicios indémicos y seculares de un pueblo... y principalmente, en declarar incurables las llagas que el cristianismo puede tratar con éxito, no obstante su grandísima profundidad.

«Cuando se piensa en que el dogma de la fra-

ternidad ha sido enseñado en el Pentatéuco en una época en que todos los pueblos, perdido el recuerdo de su fraternidad original, se odiban mutuamente, se comprende que la Biblia ha sido inspirada por Dios. »

De cuanto acabamos de exponer, resulta que los diversos grupos humanos pueden reducirse á un solo tipo constituyendo la especie, y que Adán y Eva han podido dar nacimiento á todo el género humano. Por vía de consecuencia, resulta también, que la unidad de la especie humana no es solamente una doctrina de gran alcance moral y un dogma cristiano, sino que es además una importante y profunda verdad científica (1).

1 De Catrefages.

## CAPITULO XV.

### LA FÉ Y LA ANTHROPOLOGIA ANTEHISTÓRICA Ó LA ANTIGUEDAD DE LA ESPECIE HUMANA.

El hombre procede de Dios como hijo y en línea recta, no como el producto de una serie ascendente de transmisiones. Por su superioridad física, intelectual y moral, forma un reino superior á la simple animalidad. Resulta de una sola pareja sin que exista dificultad alguna propiamente científica que pueda prevalecer contra las pruebas de origen. Queda todavía por resolver una postrer cuestión antropológica, y és la que se refiere á la época en que

ternidad ha sido enseñado en el Pentatéuco en una época en que todos los pueblos, perdido el recuerdo de su fraternidad original, se odiban mutuamente, se comprende que la Biblia ha sido inspirada por Dios. »

De cuanto acabamos de exponer, resulta que los diversos grupos humanos pueden reducirse á un solo tipo constituyendo la especie, y que Adán y Eva han podido dar nacimiento á todo el género humano. Por vía de consecuencia, resulta también, que la unidad de la especie humana no es solamente una doctrina de gran alcance moral y un dogma cristiano, sino que es además una importante y profunda verdad científica (1).

1 De Catrefages.

## CAPITULO XV.

### LA FÉ Y LA ANTHROPOLOGIA ANTEHISTÓRICA Ó LA ANTIGUEDAD DE LA ESPECIE HUMANA.

El hombre procede de Dios como hijo y en línea recta, no como el producto de una serie ascendente de transmisiones. Por su superioridad física, intelectual y moral, forma un reino superior á la simple animalidad. Resulta de una sola pareja sin que exista dificultad alguna propiamente científica que pueda prevalecer contra las pruebas de origen. Queda todavía por resolver una postrer cuestión antropológica, y és la que se refiere á la época en que

apareció el hombre en la tierra. No tenemos la pretension de saberlo con exactitud; mas nos bastará probar que no están nuestros adversarios más enterados que nosotros, para que el terreno resulte despejado de una objecion más rebatida que formal, y la Fé quede libre de toda responsabilidad que pueda comprometerla en semejante debate.

Difícil es, por todo extremo, manifestar hasta qué punto se ha ejercitado la imaginacion de los *sábios* en las obscuridades de nuestro pasado. El uno retrasa las primeras edades de la humanidad hasta una época *incommensurable* (1). El otro, en vista de las armas con puntas de hueso y fragmentos de clice elaboradas por nuestros abuelos, juzga que cuentan veinte mil años; lo cual no le impide descubrir en tales fragmentos, bien que dejándose llevar de cierta inclinacion á una *curiosidad fantástica*, que nuestros padras fueron aficionados á la cerveza y tenían el pelo bermejo (2). Este no se sorprende

1 Bertillon Monsieur. 1837.

2 Eduardo de Beudantic. No se confunde con Elias, del mismo apellido el mas circunspecto y autorizado de los geólogos franceses.

ria si le aseguraban que la especie humana en ochenta y cien mil años de existencia (1). Aquel se siente desvanecido ante la nueva consideracion del tiempo extraordinario que ha debido transcurrir desde que el hombre ocupa la Europa occidental. Por último, en tanto que M. Boucher de Perthes, con una reticencia harto expresiva escribe: Dios es eterno; pero el hombre es muy viejo; no faltan quienes pretenden insinuar que el hombre podria ser no ménos eterno que Dios, si quedase lugar para Dios en un sistema que erige en principio la *eternidad de la vida orgánica* (2).

La antropología negativa lleva á dichas conclusiones por diferentes caminos. A veces argumenta como Darwin y Lamark, basándose en la falta de fijez en las especies, y calcula que para desarrollarse de inteligencia en inteligencia desde el mandril á Voltaire, la naturaleza ha menester un lapso de tiempo dos ó tres mil veces secular. Dejamos contestada la objecion presentada en estos terminos, al reformar el sistema trasformista que le sirve de base. Otras ve

1 W Shooms

2 Dally

ces procede la negacion de la teoría del progreso continuo, y sienta que si la humanidad, para salvar tal distancia, ha necesitado tal número de siglos el dato inicial de en marcha debe referirse á tal época. Mas, llegados á este punto, surgen no pocos obstáculos para acreditar dicha conclusion. ¿Son conocidas todas las etapas de la humanidad? ¿Puede adicionarse su presunta duracion, sin temor de equivocarse en el total? ¿Es realmente cierto que la humanidad no se haya fijado y permanecido en un punto más que en otro, y á veces retrogrado un dia para ganar en el siguiente el camino perdido, cual esos peregrinos de la Meca que dan un paso atrás para cada dos hacia adelante! Una negacion que en tales bases se funda es demasiado incierta para ser peligrosa: á mas de qué, por lo mismo que pertenese completamente á la filosofia de la historia, mas bien que á la ciencia, no tenemos por qué ocuparnos de ella en este lugar. Finalmente, la antropología antehistórica se apoya en testimonios arqueológicos, y bajo este punto de vista debemos considerarla y combatirla.

Expongamos ahora sumariamente esta doctrina. Encuéstranse huesos humanos, productos de la humana industria y restos de los espe-

cies animales, depositados en las profundidades de un mismo terreno no *removido*. Estos hombres y estas especies evidentemente han vivido juntos, puesto que los huesos pertenecientes á las últimas llevan entalladuras, estrias quebraduras y otras señales hechas intencionalmente, que revelan que el hombre mató los animales para consumirlos, ó por lo menos quebrantó sus miembros para labrarse utensilios. Ahora bien, añade la arqueología antidiuviana, las transformaciones geológicas que han debido realizarse con posterioridad á la formacion del depósito en que descansan dichos fósiles, no pueden explicarse, si no se admite una duracion que trascienda todos los sistemas.

Aquí la objecion se subdivide, segun que se trata de uno de los tres objetos mencionados en la fórmula general, es decir, de los huesos humanos, ó de las labores ejecutadas por la mano del hombre. ó de los huesos de las especies animales; y en cada uno de esos objetos basadas inducciones igualmente atrevidas, relativamente á la edad del mundo y á la del hombre.

A propósito de los fósiles humanos, dice: Hasta ahora se habia creído que el hombre habia hecho su aparicion sobre la tierra durante el periodo cuaternario ó postplio-

ceno, y que no se le descubriría debajo del sedimento llamado *diluvium* (1), proveniente de este cataclismo, ó mejor, de esta série de cataclismos que, en opinion de muchos geólogos, fueron la sepultura del mundo primitivo. Sin embargo, los trabajos de M. Boucher de Perthes sobre el *hombre ante diluviano*, los fósiles de Denise encontrados en una roca volcánica próxima á Puyen Velay, y finalmente, las observaciones hechas por M. Deshayes y por el Rdo. Bourgeois en las canteras de Saint-Pres, en las cercanías de Chartres, prueban que el hombre habitó el suelo superior, y acaso la capa media del terreno terciario, llamados por Lyell plioceno y mioceno. Pero como en opinion de todos los geólogos, las capas terciarias han exigido un lapso de tiempo incalculable para su formacion, si el hombre es de esa época, ¿de cuantas miriadas de siglos ha de estar fechada su acta de nacimiento.

En lo que concierne á los huesos fósiles de los animales, la objecion se presenta bajo esta for-

1 Como se ve, se toma la causa por el efecto. En virtud de la misma figura y á fin de distinguir cosas que ofrecen muchas semejanzas, los depósitos y otras huellas dejadas por el agua, durante el período histórico, se han llamado diluvion.

ma. El descubrimiento llevado á cabo en Arrignac, proporciona un ejemplo perfectamente comprobado de una sepultura humana, indudablemente contemporánea de las hienas, del oso grande de las cavernas, del rinoceronte, y de otras muchas especies extinguidas, frecuentemente calificadas de antediluvianas. La remision, en este punto, de restos de animales diversos, débese indudablemente á la intervencion exclusiva del hombre; en primer lugar, porque ha sido imposible el acarreo de tales restos por otros agentes, ya que nada acusa en este sitio invasion acusosa alguna ni trastorno topográfico; y despues, porque tenemos una prueba de que dichos animales fueron introducidos en la caverna despues de haberlos muerto, en el hecho de haber sido roídos los huesos por las hienas, despues de haberlos el hombre hecho pedazos (1). Por su parte, M. Deshayes ha encontrado huesos del *elephas meridionalis* marcados con incisiones practicadas por la mano del hombre, cosa que probaria la cohabitacion del hombre con este animal, en una misma formacion geológica. La conclusion de tales premisas no puede ser mas obvia. Si el hombre es tan antiguo

1 Lartet's Memoria.

como estas especies, lo es indudablemente más de lo que dice la historia.

En cuanto á los productos de la industria humana, hachas, cuchillos, rascadores de peder-  
nal, javalinas con puntas de hueso, esquifes y restos de habitaciones, sepultados aquellos en las profundidades del suelo, estas en el limo de los lagos, deponen eloquentemente en favor de la antigüedad del hombre, por muchos de sus caracteres. 1.º por los dibujos que llevan grabados, y que por lo mismo que son reproducción de su fauna y una flora antediluvianas, revelan la existencia de escultores antediluvianos; 2.º por la materia de que están compuestas dichas obras, materia que, según los elementos que la constituyen, las hace referir á uno de los cuatro periodos antehistóricos, la edad de la piedra bruta, la de la piedra pulimentada, la del bronce, ó la del hierro; 3.º y finalmente, por la profundidad á que se encuentran sepultadas, que puede servir de cronómetro á los que miden los siglos por los alzamientos del suelo.

Moralidad más ó menos manifiesta de tales teorías. El Génesis del hombre, según la Biblia, es una leyenda que carece de valor histórico,

Tal es, con toda la claridad de que parece susceptible, la cuestión propuesta al exámen de la razón. ¿Puede resolverse en favor de la Fé? Lo creemos firmemente, fundados en los siguientes motivos que vamos á desarrollar: porque la Fé no se halla empeñada en este debate; porque aun cuando lo estoviera, no se vería comprometida por él mismo.

## I

La Fé solo podría verse empeñada en la compleja cuestión de la antigüedad del hombre, si respecto del particular hubiese aceptado fechas, opiniones ó dogmas que estuviesen en oposición con los hechos arqueo-geológicos. A pesar de la creencia contraria, ora de sus adeptos poco instruidos ora de parte de los sistemáticos detractores de la ortodoxia, no es así: la Fé está desinteresada lo mismo en lo pasado que en lo porvenir de este litigio, porque ni cro-

nológica, ni científica, ni dogmáticamente ha tomado partido alguno contra las verdaderas demostraciones científicas.

Cronológicamente, resulta de un conocimiento siquiera poco exacto de los cómputos bíblicos. La exogesis reduce unas veces á cuatro mil años el tiempo transcurrido entre la creación del hombre y la venida de Jesucristo, otras lo extiende á cinco y hasta seis mil. Ocasiones hay en que se fija en estas cifras, otras vé más allá todavía. En vista de tantas y tan diversas opiniones, casi todas apoyadas en graves autoridades, la Iglesia jamás ha fijado dogmáticamente su cronología hexamérica. Queda pues franco y expedito el camino á la ciencia de nuestros orígenes, y la antropología, so pena de herejía no puede verse obligada á fijarse en tal ó cual límite, en sus suposiciones relativas á la edad de los habitantes de la tierra. Indudablemente la versión de los setenta, en cuanto á sus datos principales, nos parece preferible al texto hebreo; mas por lo mismo que difieren respecto del particular, el texto hebreo y el samaritano y el de los setenta, no estamos obligados á este ó á aquel, ni á ninguno de ellos. No censuro á los expositores que, siguiendo las huellas del doctor Reusch, esfuerzarse en encuadrar todos

los contencimientos y pre-históricos en el periodo de seis mil años, con tanto menor motivo, en cuanto hay muchos efebos que se han propuesto probar con Lansonhard, "que el hombre es una criatura muy reciente en la tierra (1)." Sin embargo, conviene no apoyarse nunca en eclecticismo alguno exegético, como si fuera autoridad infalible para combatir los descubrimientos de las ciencias profanas, especialmente cuando tales descubrimientos son un hecho.

Eusebio de Cesarea había vislumbrado las ventajas de semejante procedimiento cuando escribía hace mil quinientos años. "Nadie pretenda adquirir un conocimiento exacto de los tiempos. Vosotros no podéis saber ni las horas ni los tiempos que el Padre ha reservado á su poder. Según el modo de hablar de nuestro Dios y Señor, no aplica únicamente esas palabras tan precisas al tiempo marcado para el fin de las cosas, sino también á todos los tiempos, á fin de detener á aquellos cuyo espíritu se aplica á investigaciones vanas y por demás atrevidas. Por consiguiente diremos que no nos es posible con-



presder ni la cronología de los Griegos, ni la de los Bárbaros, ni la de los Hebreos.»

No se juzga que sea esta la teoría del escepticismo histórico: cuando ménos estaría muy fuera de lugar en la apología de una religion fundada en la historia. Mas si la substancia de los hechos es de fácil conservacion, los signos que expresan los números pueden alterarse con la mayor facilidad. Cada pueblo ha tenido sus divisiones particulares del tiempo y su modo de contar. Nada más fácil que la conversion de ciertos períodos y de ciertas fechas antiguas en su equivalente aritmético de nuestros dias. Los copistas, con frecuencia poco versados en la ciencia de los números y en la de las medidas astronómicas, han cometido respecto del particular errores muy groseros cuya responsabilidad no asume la Fé. Silvestre de Sacy decia con razon que no existe cronología bíblica, ora porque las cosmogonías de las diferentes versiones autorizadas no están de acuerdo entre sí, ora porque las cifras adoptadas por dichas versiones resultan mas bien de combinaciones, de conjeturas, ó de interpretaciones particulares, que de una certeza histórica. De aqui que la Iglesia pueda suscribir sin restriccion la expresacion siguiente de un eminente paleontólogo:

«En el Géneis no se encuentra fecha alguna limitativa en los tiempos en los cuales puede comenzar la humanidad primitiva. Son cronologistas que, pasadas quince siglos, esfuerzarse en encuadrar los hechos bíblicos en las coordinaciones de sus sistemas. Asi vemos que se han formado más de ciento cuarenta opiniones sobre el único dato de la creacion, y que entre las variaciones extremas, exista un desacuerdo de 3194 años únicamente para el período comprendido entre el principio del mundo y el nacimiento de Jesucristo. Esta diferencia se refiere principalmente á las porciones del intervalo más próximas á la creacion. En el momento en que se ha reconocido que la cuestion de los orígenes humanos está separada de toda subordinacion al dógma, queda reducida á lo que realmente debe ser, es decir, á una tesis científica accesible á todas las discusiones y á todos los puntos de vista, susceptible de recibir la solution más conforme con los hechos y con las demostraciones experimentales. (1).

¿Existen acaso las autoridades sagradas y profanas indispensables para establecer esta ver-

(1) Ed. Lartot. Nuevas investigaciones etc.

d el Creemos que no; sin embargo, como respecto del particular a. seamos declinar hasta la más leve sombra de interés personal, añadiremos á los expuestos el testimonio de un teólogo muy acreditado, el respetable sabio Reverendo La Hir. «La cronología bíblica, dice, flota indecisa. A las ciencias humanas corresponde pues averiguar la fecha de la creación de nuestra especie. Mas estas ciencias deben precavirse de las exageraciones, de las fluctuaciones, y fijarse únicamente en pruebas irrecusables: no de bendar como ciertos, hechos que sólo son probables ó mejor, que ni siquiera son probables. Cuando se haya alcanzado la evidencia respecto del particular, cesará toda discusión, porque habrá desaparecido todo motivo de divergencia (2).»

Científicamente, ¿tiene la Fé interés, ni compromisos contrarios, que puedan inspirarle la injusticia preconcebida contra el progreso arqueológico? Tampoco. Algunos defensores de la fé han formulado sistemas cosmogónicos favorables á su cronología tradicional. La Fé ha bendecido sus intenciones, sin aceptar la responsa-

3 Répétition des leçons d'antiquité du homme 214

bilidad de sus sistemas. Ciertamente que durante mucho tiempo se ha apoyado en la opinión del baron Cuvier, que establece en principio que venido el hombre recientemente á la tierra, no ha podido ser el contemporáneo de ciertas especies perdidas y cuyos restos se hallan sepultados en las más profundas capas cuaternarias. Mas desde que los descubrimientos llevados á cabo por Abbeville han venido segun parece á demostrar lo contrario, la Fé con MM Brongniart, Flourens y Damas se ha autepuesto al mismo M. Boucher de Perthes para escucharlo, animarlo y proclamar que si la ciencia impta exagera caprichosamente la edad del género humano, con el propósito de tener una razon para acusar los textos bíblicos, la ciencia ortodoxa no lo rejuvetce movida de un interés opuesto.

La fé tiene tan poco empeño en explicar este punto de un modo particular, que se le echa en cara el acomodarse á todas las explicaciones para no tomarse el trabajo de combatirlas. Certo que su verdadero sistema consiste en no tener ninguno; más con qué razon puede la ciencia acrituarla por sus evoluciones, cuando precisamente se determina por las de ella misma? De seguro no cambiará la una, si á ello no la o-

bigaran los cambios de la otra. ¿Por qué ha de tener, pues, la segunda el derecho de censurar las variaciones que ella misma ha tenido que llevar á cabo?

Es imposible concebir mayor libertad y más dignidad en la actitud, de la que la fé pone en la suya relativamente á las novedades paleogeológicas. Véase si nó: una escuela, con M. Figier y otros, considera los fósiles hallados en los arenales de Moulin Quignon como restos del diluvio mosaico; la fé que, á lo que parece, tendría motivos par congratularse de ello, se guarda muy bien, así de aceptar la opinion como de contradecirla. Ch. Lyell por su parte, opina que el *diluvium* del valle de Somma, en la cual se han descubierto dicho fósiles, remonta á más de cien mil años; en tanto que el geólogo Elme de Beaumont cree que es de formacion reciente: la fé concede á estos dos jueces eminentes todo el respeto que merecen, sin adherirse á ninguna de sus opiniones. Buk'and enseña que el número considerable de las especies extinguidas de animales diseminados en las cavernas y en las capas superiores del *deluvium*, así como la ausencia de huesos humanos, prueban de un modo indubitable la anterioridad de tales especies á la creacion del hombre; al paso que otros afir-

man la coexistencia del hombre las de las referidas especies: pues bien, la fé no expide certificado de ortodoxia ni á la primera ni la segunda de dichas opiniones. Durante mucho tiempo se ha creído que los fósiles humanos solo se encontraban á debajo de una capa diluvial, haciéndose de la era antediluviana el sinónimo de los tiempos antehistóricos; en cambio M. Dartet ho descubierto en Aurignac tod a los vestigios de este postrer periodo, en un terreno que no ha estado invadido por las aguas: la fé ha permanecido indiferente respecto de ambas hipótesis. Finalmente, en otro tiempo vino una especie de axioma geológico, que no existian ni podia existir restos humanos antes de las formaciones post-pliocenas; hoy se cree haberlos encontrado casi en todas las zonas del terreno terciario, y existen sabios ortodoxos, del mismo modo que sabios libera pensadores, que se alaban á competencia, de haber conocido al hombre plioceno, y ahsta al mioceno, y no desearían de dar dentro de poco con el hombre ecce-no.

Ahora bien, la fé permanece tan apartada de las conclusiones de esta tesis, que se ve á eclesiásticos, como el Rdo. Bourgeois, apoyadas con su autoridad científica, y á Obispos como

monseñor Meignan que hace de ella la base de sus apologías. Semejante adhesiones se explican perfectamente. Según estas teorías el hombre fósil constituiría un elemento integrante de la apologetica cristiana; llenaría una laguna en vez de crear una dificultad, porque habiendo precedido el día sexto de la creación del hombre y la de ciertos animales, la contemporaneidad del primero y de los segundos en la fauna prehistórica, es una confirmación del texto sagrado.

Por lo demás, á las hipótesis de la ciencia ¿no tendrá derecho, como hemos dicho, de oponer, las suyas la religión? Suponiendo que se pretenda extremar la objeción del hombre fósil, ¿está prohibido creer en las creaciones anteriores á aquella que nos refiere Moisés? ¿En la existencia de las razas preadámicas, no tenemos una contestación á todas las objeciones fundadas en los descubrimientos de la antropología prehistórica? Esta opinión ha sido adoptada por ciertos Padres que no tenían una fé más superficial que la de muchos de los paleontólogos contemporáneos. ¿Por qué no hemos pues de devolver á la ciencia tanta fé por fantasía? En último resultado siempre tendremos que las nuevas serían mas admisibles que las suyas, puesto que por lo menos no destruyera ni la dignidad, ni la

moralidad, ni las nociones del género humano.

La religión no abriga pues recelo alguno respecto de las ilimitadas perspectivas que la arqueología abre sobre nuestro pasado, y por consiguiente, lejos de coartar la curiosidad de esta, participa de ella, de manera que no hay inconveniente en aplicarle las siguientes palabras de un elocuente panegirista de la ciencia: «Monumentos ciclópeos, ciudades inmensas sepultadas bajo los bosques cinco ó seis veces superpuestos, suelo helado de la Siberia y de la Groenlandia, tumulos del Ohio y de la Escandinavia, grutas sepulcrales en forma de galería, dolmens y menhires, habitaciones trogloditas, ciudades lacustres de la Suiza, la Baboya y el Vicentino, terramares de la Emilia, grutas y volcanes de Auvernia, diluvium de los valles y las llanuras, cavernas huesíferas, bancos óseos, la religión todo lo ha examinado, todo lo ha preguntado, hasta los montones de humus, sin que tema por esto manchar sus manos virginales. Hasta los restos de la cocina primitiva de los Escandinavos, que los arqueológicos daneses han designado bajo el nombre medianamente bárbaro de *kjækkenmoldingers* (1). Y en el término de estas

(1) Discurso sobre la remota antigüedad del género humano por Mr. Volz.

exploraciones. ¿Alguna puede decir á la ciencia, te he seguido de uno á otro extremo del mundo y te he retado á que produjeras un solo testigo verdadero contra mí.

¿Dogmáticamente qué relación puede existir entre la fé y la antropología prehistórica? No debería existir ninguna más que la de una fraternidad bienhechora, cual conviene entre dos hermanas de las cuales tiene una la misión de dar á conocer á Dios, y la otra á su obra. Pero la ciencia no sabe dar un solo paso sin retroceder para dar algún golpe atrás, y esto lo mismo respecto de las creencias más sólidamente establecidas, qué de las más vulgares preocupaciones. Aquí su tema era fácil y no lo ha descuidado.

¿No revelan, dice, los guijarros rotos con más ó ménos arte, los pedazos de pedernal que han servido de armas ó utensilios primitivos; todos los restos testigos y testimonios de las más lejanas sociedades que en lo pasado existieron, que la humanidad ha emperado por el estado salvaje, que sus usos más primitivos han sido groseros, y sus costumbres parecidas en todo á las de los pueblos hoy día incivilizados? Efectivamente, donde quiera que se encuentra la huella de esta inferioridad, no puede ponerse

an evidencia la de la grandeza original de nuestros antepasados; por consiguiente el paraíso terreste, jamás ha existido como no sea en las páginas legendarias de la Biblia y con razón se ha dicho y ha podido escribirse: "la edad de oro no debemos buscarla en lo pasado sino en lo venidero, lejos muy lejos en lo porvenir (1).

¿No es conceder más honor del que merece á esta antítesis el reconocerle el valor de un argumento? Sí, de juzgarla en su valor intrínseco; no, si se la pesa en la balanza de las preocupaciones contemporáneas. No probamos aquí la tesis del pecado original y de la ruina intelectual y moral resultado del mismo; aun cuando tengamos respecto del particular tradiciones, y reseñas extraordinariamente más exactas y positivas que las objeciones opuestas por la arqueología, renunciemos por ahora á ellas y discutimos las objeciones.

¿Qué importa que hayan desaparecido los vestigios del Edén, si las huellas de la caída se encuentran en todas partes? Las delicias del Paraíso sólo pudo disfrutarlas un hombre y para compartirlas con él una mujer: las miserias

resaltantes de la caída, han sido patrimonio de la humanidad entera. Las primeras han durado un día, las segundas dilatados siglos. Y no obstante esto háse negado la caída, porque no se han encontrado en estado fósil las ramas ó los frutos del árbol del bien y del mal. ¿Qué pensador formal será capaz de sostener que nuestro estado presente no es una restauración, fundado en que la misma comenzó hace mucho tiempo?

De seguro no se han apercibido de ello los enemigos del cristianismo que han trasformado en objeción una prueba robusta. La rebelión y la desobediencia primitiva que niegan, hállense atestigüadas por el estado miserable en que vivió la humanidad en las cavernas y en las ciudades lacustres. Con tal que se crea en la justicia divina, compréndese fácilmente que tales castigos fueron consecuencia natural de un gran crimen, cometido contra la libertad humana; y si pasando cabe las ruinas de Babilonia y de Nínive, de Sidon y de Gomorre, el viajero comprende que cada piedra que pisa constituye una prueba de las maldiciones divinas, como las grutas sepulcrales del mundo primitivo, desprovistas hoy de sus muertos; los restos de los tan quietos fúnebres que bajo sus bóvedas tuvieron lugar hace más de veinte mil años; los dibujos

informes trazados toscamente con un buril de pedernal y los punzones y javalinas de una humanidad nomada que vive del producto de la caza y lucha incessantemente contra los animales temibles en sitios generalmente inhabitables, y de mares que á cada momento salian de su lecho, revelan perfectamente la existencia de un tremendo castigo. O Dios es injusto, ó los descubrimientos de la paleontología humana constituyen la prueba del pecado original.

De la propia manera los datos de la etnografía y la lingüística están de acuerdo con la revelación, respecto del lugar aproximado en que estuvo el paraíso terrestre. Para la ciencia, lo mismo que para la fe, el Asia central ha sido la cuna del género humano. Sus montañas graníticas y su inmensa meseta en la cual no han tenido tiempo de formarse sedimentos acuosos, fueron indudablemente las primeras tierras que se vieron libres de la general inundación. "En derredor de esa meseta, se encuentran los tres tipos fundamentales de la humanidad reunidos por intermedios, y las lenguas, al presente muy diversas, representan las tres grandes divisiones lingüísticas universalmente admitidas. De

dónde resulta que la tradición del paraíso terrestre sobrevive á todos los cataclismos, resiste á todas las caídas y que aun cuando el hombre cediendo á sus pasiones se haya alejado del eden, vuelve á él por sus sentimientos, por sus recuerdos, hasta por medio de la ciencia, con el invencible instinto que le guía al hogar de su nacimiento.

Completemos estas pruebas en favor de las prerrogativas primordiales del género humano valiéndonos de estas graves palabras de Schelling: "Entre los numerosos sistemas falsos y nuevos que en los modernos tiempos han visto la luz, es indispensable poner en primer término las pretendidas historias de la humanidad, que van á buscar sus ideas respecto del estado primitivo de nuestra especie, en las descripciones que nos hacen los viajeros del estado de barbarie de los pueblos salvajes; sin considerar que toda barbarie es resultado de una civilización extinguida.... creo pues firmemente que la civilización ha sido el estado del primer hombre."

## II.

La fé, hemos dicho, no se halla empeñada en esta cuestión; mas en el supuesto de que lo estuviera ¿correría algun riesgo? De ningún modo; puesto que la paleontología no puede oponerle certeza alguna capaz de comprometerla. Librenos Dios de suscitar el escepticismo científico para favorecer la fé religiosa; mas no consintamos tampoco que se establezca la creencia científica sobre las ruinas de la fé cristiana. El buen sentido necesita proclamar, que el estudio de los tiempos pre-históricos cuenta tambien con sus novelistas, que llenan de ficciones las páginas vacías de los anales humanos. Existe un punto en la remota antigüedad en que faltan los

testimonios auténticos, otro en que hasta las leyendas desaparecen, y entonces solo reina la hipótesis tanto más audaz y atrevida en cuanto ménos puede ser contrarestanda, con la circunstancia verdaderamente sorprendente, de que ella misma concluye por imaginar la realidad. No desconocemos que del conjunto de los descubrimientos geológicos resulta que la humanidad cuenta más años de lo que se creía; ¿más cual es la medida exacta de esa edad? ¿Es tan ilimitada como presumen Lvell y sus partidarios? Procederemos prudentemente poniéndolo en duda. Las dudas se amontonan sobre los restos antediluvianos con una abundancia que no debe sorprendernos, porque la arqueología pre-histórica no constituye una ciencia todavía, ya que es hija de la geología, y la hija no puede anteponerse á la madre. En prueba de ello recordaremos algunos de los misterios que se ciernen sobre los tres objetos que nos ocupan: los huesos humanos, los restos de la industria humana; los huesos de las especies animales contemporáneas del hombre y anteriores á la época histórica.

No hemos de temer que se encuentren huesos humanos en estado fósil; al contrario lo

deseamos, puesto que convendría hallarlos hasta en los terrenos terciarios, para la justificación completa de los demás descubrimientos llevados á cabo por el Reverendo Bourgois, y para dejar justificada la teoría de Monseñor Meignan; mas de los fósiles de esta naturaleza, ¿puede hacerse un cronómetro exacto relativamente á la edad del globo y á la de la humanidad? No, nada más problemático, ó por lo ménos, más discutible que esas exposiciones llamadas antediluvianas, si se las considera en sí mismas, relativamente á la capa sedimentaria de donde provienen y especialmente á la edad de dicha capa.

No recordemos de nuevo el prétendido fósil humano en que reconoció Cuvier una salamandra inmensa. ¿Nuestros fragmentos contemporáneos gozan de una autenticidad tal que les ponga á cubierto de toda sospecha? "Los maliciosos cuchichean, dice el profesor M. Joly, hablando de la célebre mandíbula hallada en Moulin-Quignon. A pesar de la sentencia pronunciada por el tribunal supremo de la ciencia, confieso haber concebido alguna sospecha: lo digo en voz baja (1)."

(1) *Discours sobre la remota antigüedad del linage humano.*



En efecto, un obrero se ha jactado de haber enterrado el famoso hueso maxilar en el sitio requerido para las necesidades del sistema, y de seguro trascurrió mucho tiempo antes que se ponga en claro cuanto existe hoy de obscuro respecto del particular. Sea como quiera, este fósil, verdadero ó falso, presenta una antigüedad de cien mil años como pretende sir J. Lubkok y sir Ch. Lyell? ¿O hemos de creer á Elias de Beaumont y al profesor Philips, que afirman que su lecho es de formación reciente? Hé ahí para el pro y el contra todo el valor científico de tan pretencioso cronómetro. En suma, solo señala para aquellos que creen que ha de serles tan fácil enterrar la autoridad de Moisés, como los fósiles necesarios para su justificación. Libreme Dios de hacer á Boucher de Perthes responsable directo de esta misificación científica; mas ya que no se haya llevado á cabo por él, puede haberse hecho para él. Lo que no cabe dudar es que Vogt no vacila en calificar á dicho sábio de arqueólogo de gran mérito; pero muy exaltado y con harta frecuencia muy extravagante, y en prueba de ello, cita su pretendida invencion de instrumentos antediluvianos, con los cuales nuestros antepa-

sados de la edad de piedra aflaban sus uñas y cortaban su pelo. Cuando se considera que sir Falconer, J. Prestwich y todo un congreso de sábios ha hecho acto de fé ante semejantes reliquias, hay motivos poderosos para mostrarse sorprendido de que se muestren tan exigentes respecto de la verdadera fé.

Otro fósil existe que frecuentemente se cita en apoyo de la propia tesis, y se conoce con el nombre de los *hombres de denise*. ¿Es su autoridad más incontestable? Compónese como sesabe, de huesos humanos hallados sobre la pendiente de un volcan apagado, llamado Denise, cerca de Puy, en una masa de toba ligera y porosa que se considera formada por la última erupcion del cráter. Si se admiten dos cosas; 1.<sup>a</sup> que las erupciones volcánicas de la Francia central terminaron todas ántes del período cuaternario; 2.<sup>a</sup> la coexistencia de esos huesos y del terreno que los contiene, llegase fácilmente á la conclusion de que el fósil referido pertenece á una época muy remota; mas da la casualidad de que ninguno de dichos extremos se halla establecido. El centro de la Francia ha sido trabajado durante largo tiempo por fermentaciones volcánicas y se halla sembrado á cada

paso de cráteres extinguidos y pozos enfriados. No puede en manera alguna asegurarse que con posterioridad al período terciario la pendiente de Denise no haya sido surcada por algunas nuevas capas de lava erúptiva. En segundo lugar ¿los huesos son de la misma época que el lecho de piedra en que han sido hallados? Esto es muy dudoso, puesto que, aceptados como fósiles por los unos, y rechazados por los otros, especialmente por MM. Lartet y Hébert, que en virtud de un estudio de los mismos y de las localidades en que fueron hallados, creyeron reconocer las trazas de una sepultura posterior á las tobas volcánicas donde se hallaron los huesos; podemos decir que no es más conveniente el nuevo dato aducido para establecer el calendario ante-histórico, que ha menester pronta reforma.

¿Haremos mención de los fósiles americanos? Sí, para demostrar una vez más los cálculos arbitrarios y los errores que este estudio puede ocasionar cuando sirve en él de guía la imaginación. En la llanura de Nueva-Orleans, á 16 pies de profundidad, háse descubierto madera quemada y el esqueleto de un hombre cuyo cráneo se hallaba debajo las

rices de un ciprés. La ciencia de la comarca, representada por Bennet-Dowler ha considerado que el esqueleto tenía 57, 600 años ¿De qué manera ha procedido para determinar este número? Muy sencillamente; en este suelo que se halla sobre el nivel del mar, ha dicho, existen fragmentos de ciprés superpuestos: la ciencia presume pues que en este suelo han existido muchos bosques; cada uno de los cuales ha ido desapareciendo paulatinamente debajo de las aguas por el abajamiento del suelo. Despues de esto, habiéndose el suelo de nuevo levantado se habrá cubierto nuevamente de bosque. Ahora bien, *suponiendo* que este fenómeno se haya reproducido diez veces, añade la ciencia, serian menester para alcanzar los niveles actuales 158. 400 años; y *suponiendo* que la formacion de cada una de dichas capas halla exigido 14, 400 años, tendremos que el esqueleto en cuestion, que se encuentra en la cuarta capa, debe contar 57, 600 años.

Lo cual viene á decir: concededme el número 14,400 por un lado y el número 4 por otro y no podéis negarme que multiplicado el primero por el segundo dejen de darme.... 57,600; pero es el caso que el 4 y el 14 sólo

son supuestos y para el rigor de la operación sería menester que no fuesen un valor ficticio. Por esto cuando Lyell dice: "Yo no puedo juzgar los cálculos geológicos de que se vale el doctor Dowler para evaluar la edad del esqueleto," y sobre todo cuando en su obra magna no habla una palabra de este descubrimiento, parece confesar implícitamente, que no quiere comprometer su mérito científico, adoptando tan fácil modo de conceder siglos al género humano.

También metió mucho ruido en su tiempo el hombre Babil de Guadalupe. Era este un esqueleto humano que se halló en 1804 en una capa calcárea atribuida al período terciario. Más ¿qué se descubrió al cabo de breve tiempo? Que dicha capa era de origen reciente, y una de esas formaciones rápidamente realizadas, como se ve frecuentemente en las regiones tropicales. También se pretende haber encontrado en San Luis dos ichnolitos humanos, es decir las huellas impresas por el pie desnudo de un antediluviano, al marchar sobre un suelo arcilloso. ¿Qué resultó del examen debidamente practicado? Que las huellas no estaban impresas en un terreno blanco, sino en la peña dura. Ahora bien las tri-

bas indias al cambiar de domicilio, suelen grabar en la piedra esas señales, con el fin de indicar á los que les secundan la dirección que han emprendido: y han podido ser tomados como vestigios ante-históricos, esos bosquejos informes que datan apenas de 300 años?

No se me oculta que la ciencia tiene prevenidos y dispuestos otros huesos humanos fósiles, que se hallan á cubierto de los fracasos y desconsideración que dejamos expuestos. Tales son por ejemplo, la mandíbula del ahujero de la Nanlette, cerca de Dinant, en Bélgica, las de Aurignac y de Arcy, contemporáneas del *ursus spelæus*; y especialmente el cráneo de Eugis y el de Arezzo que es el más antiguo de todos, sin contar los pedernales labrados recogidos por el Rdo. Bourgeois en los terrenos miocenos del Eura-y Loir. Prescindamos por ahora de las piedras y fijemos nuestra atención exclusivamente en los huesos. Para que tuvieran la significación que se les concede, sería menester que pudiesen resolverse las siguientes dificultades.

¿Es cierto que todos estos fósiles se han encontrado en capas más antiguas que el período cuaternario? ¿Es cierto que se han allado

en terrenos completamente vírgenes de toda remoción? ¿Es cierto que las revoluciones de la naturaleza no hayan intervenido más que la mano del hombre en esa cuna sedimentaria? ¿Es cierto que su proveniencia no ha sido alterada ni por las falsificaciones de Museo, ni por ninguna interpretación sistemática? Si la parte adversa contesta negativamente, entonces podré decirle: en este caso vuestros fósiles no tienen autoridad alguna cronométrica; y si responde afirmativamente continuaré preguntando: ¿es posible distinguir perfectamente y en todos los casos, las capas terciarias superiores de las primeras capas cuaternarias? ¿Cuales son los signos infalibles para esta distinción?

¿Existe una medida para apreciar la duración de las formaciones geológicas y fijar cuantos miles de años es la una más antigua que la que sigue? ¿Es posible sobre todo, determinar con auxilio de esta medida, á qué época se remonta cada una de estas formaciones? Si todas y cada una de estas preguntas no constituyen un obstáculo á los cronologistas de la arqueología anti-histórica, verémos en ello una prueba cuando ménos, de que tienen ménos escrupulo que inventiva,

y si existen espíritus á quienes tales fósiles impidan creer en la Biblia, debemos convenir en que provienen más bien de la idea incompleta que de lo que enseña la Biblia tienen formada, que de lo que prueban los fósiles.

Después de los huesos humanos los productos de la industria humana en una capa determinada, atestiguan igualmente la existencia del hombre durante el período correspondiente. Dichos restos son numerosos y de muchas especies, según se desprende de lo que llevamos dicho en otras ocasiones. Ora se hallan en los *haidenmoddingers* y los hornagueros de Dinamarca como en las ruinas de las ciudades lacustres de Suiza y en las cavernas de huesos, ora en las arenas de ciertas playas, como en los lechos inferiores de ciertos deltas. Algunos de estos instrumentos tales como las hachas de pedernal más comunes que los otros, hánse encontrado según se dice, lo mismo en París que en el cabo de Buena Esperanza; en la cuenca del valle de la Somme, que en las cavernas del Languedoc y del Perigord; cabe los dolmenes de Bretaña y del Aveyron, como en las ruinas del Ninive y de Babilonia, en el campo de Ba-

talla de Maraton, como en las márgenes del Ohio y del Mississippi (1)..... ¿Qué valor tienen esos diversos indicadores para servir como medida del tiempo en los siglos pasados? ¿Qué caracteres encierran los productos de la industria, para que puedan deponer acerca de la antigüedad del hombre? A estas preguntas contesta la ciencia diciendo: la materia de que se componen y la naturaleza de los lugares en que se las encuentra. Puesto que debemos ver en ellas, si así puede decirse las dos sactas de este reloj científico, examinemos lo que debe pensarse de la regularidad de sus movimientos.

La materia que compone estos restos no puede dar testimonio de su edad si no resulta de su perfecta identidad. Antes de determinar si una hacha ó una punta de lanza se remontan á la era de la piedra bruta ó pulimentada, es preciso asegurarse de que el objeto es una hacha ó una punta de lanza. Ahora bien, sin negar los hechos, ¿sería caso raro el de las supersticiones arqueo-geológicas? ¿Quién sería capaz de enumerar, por ejemplo, los falsos pedernales y las hachas contrahechas, elabo-

(1) M. Joly, *idem*.

radas por los obreros de Abbeville, que han pagado los ingleses á peso de oro para enriquecer sus colecciones? ¿Cuántas veces la jente del oficio, al encontrarse en nuestras exposiciones ante los pedernales llamados cuchillos, rascadores, etc., ha exclamado: Esto se hace solo de un mazazo, ó á consecuencia de un derrumbamiento. (1)

Cuantos fragmentos considerados como obras maestras por los espectadores que hacian ostentacion de su competencia, no llegarían á llamar su atencion si no les sirviera de aviso la tarjeta que contiene su nombre? ¿Quién ha olvidado finalmente el departamento de Saint-Germain, titulado el *arte humano durante la edad de piedra*, y en el cual pueden verse los pájaros nadadores en los cuales nadie cree, y que solo se conservan por pura consideracion y como acto de cortesía respecto de la celebridad que los regaló? En verdad que esos señores hacen mal en reirse de la autenticidad de nuestras reliquias, cuando tanto hay que decir respecto de las suyas. Más facilmente puede creerse en los restos de los apóstoles y de los mártires,

(1) *Restos reliquiosos. La edad de piedra.*

que en las agujas y pinzones de que se servían nuestros antepasados, hace cien mil años.

Más admito por un momento que el objeto ha sido realmente lo que se dice la materia de que se compone será por ventura una especie de estiaje, en que irá dejando sus huellas el curso de los tiempos? ¿Podrá referirse este objeto á tantos millares de años adelante ó atrás, según que sea de piedra, de bronce ó de hierro? En una palabra, los períodos que llevan los nombres que acabamos de consignar, fueron sucesivos y progresivos, es decir, dispuestos en la historia del hombre como en nuestras clasificaciones? Es muy dudoso y lo que es más, hasta improbable. En la misma época un pueblo puede haberse servido de armas de piedra y de armas de metal, dado que estas hayan sido más raras y por consiguiente más caras. En el norte es común hallar en el mismo sepulcro javalinas de piedra y de bronce. Por consiguiente, en tanto no se descubra que el pedernal precedió á los metales, no puede decirse que el bronce no era desconocido, ni que el primero indique un período más remoto que el segundo.

En tanto que la isla de Chipre producía el

cobre en abundancia y casi puro de toda aleación, los pueblos del Mediterráneo apenas empleaban el hierro porque su fundición era más difícil. Pues bien, síguese de aquí, que, geológicamente hablando, deban los griegos ser colocados en la edad de bronce? Por consiguiente, la sucesión de los períodos carece de valor cronométrico, porque si se ha realizado regularmente con relación á un país, es arbitraria la aplicación general que se ha hecho. Por esto la ciencia abandona esta teoría, por considerarla como una falsa división de la duración de las obras debidas á la industria pre-histórica. "Hace algunos años, la dirección del museo central romano-germánico de Maguncia se había servido, en el primer volumen de una obra sobre las antigüedades paganas de este país, del método que distingue las tres edades; pero en el segundo volumen publicado en 1864, abandonó decididamente dicho método, excusando la aplicación que había hecho del mismo en el primer tomo con las ideas generalmente aceptadas al tiempo de su publicación" (1). ¿Se necesita más para probar que, frecuentemente, los

(1) Bensch. p. 851.

tres períodos, solo representan en el cuadrante de las edades ante-históricas, tres horas distintas, que vienen á ser una sola designada con nombres diferentes?

¿La profundidad á que han sido hallados los productos de la industria primitiva proporciona las bases de una evaluación más favorable á su incommensurable antigüedad? Dichos productos hanse encontrado en diferentes lechos y en distintas profundidades sea en los deltas, en los hornagueros, en las ciudades lacustres, en las playas desecadas, ó en los residuos de la cocina danesa, pero en ninguna parte atestiguan de una manera cierta la fabulosa cronología que se pretende hacerles apoyar.

Los deltas tienen un crecimiento muy variable para que puedan servir de cronómetro geológico. Un árbol aumenta anualmente una zona leñosa, si se sierra pueden contarse sus zonas y determinar su edad con precisión, pero las elevaciones de los terrenos en la embocadura de los rios y los depósitos sucesivos de limo que esos rios acarrean en sus crecidas y en sus corrientes constantes, no siguen una progresion tan regular; el lecho del Nilo, por ejemplo, y la tierra de Egipto se

elevan de una manera desigual segun la diferencia de las circunstancias, y de ménos en ménos, al paso que aumenta su proximidad al mar. Por consiguiente, aun cuando se conociera de un modo exacto cuanto ha crecido el suelo en un lugar determinado y durante un siglo; nada podría concluirse de ello, ni respecto de otro lugar, ni con relacion á otro siglo. La base de la estatua colosal de Ramases II en Menfis, que con posterioridad al año 1360 ántes de Jesucristo, se ha ido cubriendo insensiblemente por sedimentos que miden nueve piés y medio, lo habria sido en ménos tiempo en Elefantina, junto á la primera catarata del rio, y mucho más tarde en Roseta, donde las aguas y el limo se distribuyen en una extension mucho más considerable.

Por esto cuando Horner, despues de haber descubierto á treinta y dos piés debajo del lecho, fragmentos de un vaso de arcilla y ladrillo, sienta, fundándose en el crecimiento, secular del suelo, que se han necesitado doce mil años para sepultar á tales profundidades esas obras de la mano del hombre, parte de una porcion de premisas gratuitas; pues para ello sería necesario en primer lugar, que

los depósitos del Nilo se hubiesen formado siempre y constantemente del propio modo y con las mismas proporciones; y después que los fragmentos en cuestión hubiesen sido primitivamente depositados sobre la superficie del suelo y cubiertos inmediatamente en el mismo sitio, dado que no hubiesen sido arrojados á alguno de esos pozos, de que nos habla Herodoto, que se hallaban en otro tiempo sobre las orillas del río; y á los cuales jamás alcanzaban las aguas, sino que se llenaban más considerablemente en cuanto los invadía la capa fangosa.

Un inglés residente en las Indias, J. Fergusson, ha hecho la siguiente observación, verdaderamente digna de ser tenida en cuenta, con motivo de los cálculos cronométricos fundados en las formas de los deltas ú de los aluviones locales. "Lo que por mí mismo he podido comprobar es lo que sigue: los ladrillos que formaban los cimientos de una casa, que había mandado construir, fueron arrastrados por la crecida de un río y quedaron depositados en el lecho del mismo, á una profundidad de treinta á cuarenta piés; posteriormente el río se ha retirado, y en el sitio donde se levantara un día mi casita; pe-

ro cuarenta piés encima de sus ruinas, se encuentra actualmente una nueva aldea. Si un día se practican excavaciones en aquel suelo se encontrarán mis ladrillos, y en su vista y teniendo en cuenta la profundidad á que se encuentran, calcularán el número de miles de años que van pasados desde que yo existía (1)." El mismo geólogo ocupándose en el estudio de las variaciones que ha experimentado el delta del Ganges, considera que la llanura regada por dicho río, no fué habitable hasta mil años después de Jesucristo, y que el delta propiamente dicho, solo comenzó á poblarse en el siglo décimo cuarto. ¡Qué lección de moderación y de prudencia para aquellos que han estimado en 158, 400 años la edad del delta del Mississipi!

La turba no procede en su crecimiento con más regularidad, y no puede constituir un cronómetro más infalible. Es imposible, dice el mismo Lyell, evaluar en siglos la edad de los restos humanos más antiguos, descubiertos en los hornagueros. Si se detuviese la seguridad de que la turba crece anualmente de una manera determinada, no habría nada

(1) Quarterly Journal of the Geological Society 1869, p. 827.



más fácil que medir el pasado, fundándose en el crecimiento vertical de esas aglomeraciones leñosas; mas no puede admitirse de modo alguno este procedimiento. El aumento y la densidad de la turba dependen de la constitución del suelo, de la duración de los inviernos y los veranos, y principalmente de las especies vegetales que sirven de alimento á estos vastos laboratorios de la naturaleza. Esto explica que casi todas las monedas, hachas y utensilios de cocina, hallados en los hornagueros ingleses y franceses, sean de procedencia romana, en tanto que según la apreciación de algunos, relativamente á la pretendida lentitud de tales formaciones, los objetos que se encuentran á determinada profundidad deberían remontarse á una época antediluviana.

Debe además tenerse en cuenta, que cuanto más líquida es la turba, más se hunden en ella los objetos, y en cambio, cuanto más densa, flotan más cercanos á la superficie, y como la turba es tanto más líquida cuanto más reciente, síguese de ello que las antigüedades halladas en su seno, constituyen una escala cronométrica en sentido inverso al del nivel que ocupan. ¿Quién ignora las contradiccio-

nes de los sabios respecto del particular? Boucher de Perthes imagina que la turba crece únicamente tres metros en cada siglo, según otras las escavaciones practicadas á seis pies de profundidad en los hornagueros de la Frisia oriental, hanse llenado en treinta años. Conclusion resultante de dichas observaciones: para una capa de turba de treinta pies de profundidad según las observaciones que acabo de citar, serían menester 200 años, y en virtud de la teoría de Bacher de Herthes 30, 000 años. Es posible fiar en un contador que está sujeto á tan profundas variaciones?

Las habitaciones lacustres ó levantadas sobre estacas, construídas hace muchos siglos en los lagos de Suiza y otras partes, y de las cuales hace poco tiempo, durante las aguas bajas, hanse encontrado pilotes, útiles fabricados de asta, de oro, de piedra, y casi todo el moviliatio, en su estado primitivo, hanse invocado frecuentemente en nuestros días, como testimonio de la inaudita antigüedad de nuestra especie. ¿Cuál es el valor exacto de esta medida de los tiempos pasados? El de una moda especial de argumentar, valiéndose de semejantes descubrimientos, contra la cronología tradicional del género humano; pero

la verdadera ciencia ha venido á reaccionar contra esos arreglos ménos científicos que anti-religiosos.

En resumen, los cráneos más antiguos encontrados en las ruinas fangosas de los edificios lacustres, son completamente parecidos á los de los Suizos de estos tiempos. Las plantas y los animales de los cuales se ha encontrado restos, pertenecen todos á la fauna y á la flora actual del mismo país. Geológicamente hablando, todo induce á creer que esas habitaciones son de época reciente, y de aquí que poco á poco vaya modificándose la opinión que respecto á su exagerada antigüedad se les había atribuido. Kochstetter considera muy verosímil que no remotan á más de diez siglos antes de la era cristiana. Franz Maurer los refiere al período trascurrido entre el octavo y el quinto siglo antes de Jesucristo. Hassler juzga que muchas de ellas son todavía de época más reciente. Por último, Fernando Keller ha rechazado constantemente la idea de emitir suposiciones, siquiera aproximativas, respecto de la edad del género humano, y de esas ciudades sepultadas en las aguas, porque todo cálculo de este género carecería de base sólida. Si añadimos que los

sábios cuyos nombres acabamos de citar, han fijado sus cifras sin la más insignificante preocupación bíblica, difícilmente puede evitarse la indignación legítima que siente el ánimo contra aquellos que, en odio á la Biblia, se permiten suposiciones por demás extravagantes, basadas en dichas construcciones y que en revistas y periódicos, publican como ciertos lo descubrimientos más problemáticos.

Las playas desecadas encieran igualmente restos de la industria antehistórica y han servido de falso calendario á la antropología, cuyos escesos combatimos. ¿Que debemos pensar de la exactitud de semejante cronometro? En diversos puntos de Escocia y de Suecia se han encontrado á veces á sesenta piés debajo del nivel del mar, y á mayor profundidad aún en el suelo de la playas, canoas e instrumentos debidos á la industria humana. De esto se ha deducido con fundamento, que estas regiones estuvieron en otro tiempo cubiertas por las aguas, y que estas se retraron, bien por que se levantara el terreno, bien por que el Oceano cambiara de sitio, retrocediendo desde una de sus orillas para ganar terreno por el lado opuesto. Es evidente

te que si pudiera calcularse en qué proporciones ha tenido lugar anualmente el levantamiento del suelo ó la retirada del Oceano, se sabría á punto fijo en qué época estuvieron amarradas las lanchas en la playa, y este dato sería un mojon seguro establecido en los oscuros horizontes del mundo primitivo; mas, lo cierto es que la experiencia destruye todas las suposiciones de semejante método cronométrico.

Si se conociera exactamente el número de metros ó siquiera la proporción en que crece el suelo en un período de cien años, nada sería más fácil que decir: esta elevación supone tal número de siglos; mas la naturaleza, en sus movimientos, procede con una imprevision y con unas irregularidades que no se prestan á sistema alguno. Lyell se ve precisado á convenir en que todas las evaluaciones hechas respecto del particular, tienen únicamente un valor conjetural. A veces el suelo se levanta un año para descender en el siguiente; en un punto determinado se eleva y en otro cercano descendiendo su nivel; en Spitzberga sube más que en el norte de la Noruega; en el norte de esta más que en el medio día.

En 1819, durante un terremoto, formóse instantáneamente en el delta oriental del Indo un dilatado dique de once millas geográficas, de diez pies de altura. En la América meridional, sobre la costa de Valparaíso, el 20 de febrero de 1835, levantóse el terreno de cuatro á cinco piés para deprimirse de dos á tres en el siguiente mes de Abril. Además de esto, tenemos que la experiencia ha demostrado que las lanchas, las áncoras y los remos encontrados en los lechos muy profundos de ciertas playas, no atestiguan en manera alguna que aquel sitio haya sido en otro tiempo el lecho del mar, sino que allí hubo una holla ó un canal que posteriormente fueron cedugados, lo cual ha contribuido á que se confundiera la obra del hombre con el trabajo de la naturaleza. Finalmente, si á estas causas de levantamiento y depresión se añaden las que la historia nos oculta y las que la ciencia ignora, tendremos que convenir en que estamos reducidos á la más completa incertidumbre relativamente á la edad de los restos marítimos que estudiamos.

Identica obscuridad reina en los cálculos basados en las invasiones y retiradas del mar. El más ligero accidente acaecido en el nivel

de la corteza marítima, puede traducirse por una crecida ó una desecación realizada en la playa. La crecida ó la desecación, responden pues á un movimiento del suelo, más bien que á una medida de su duración; en prueba de ello, podremos citar las tres columnas que subsisten aún del templo de Sárapes en Pouzzoles, que á considerable altura en sus grietas y ahujeros, ofrecen una zona de terebrátulas, resultado evidente de una invasión del mar. Ahora bien, como dichas columnas no fueron primitivamente establecidas en el agua, y como hoy tampoco lo están, sus cinturones de mariscos sirven para enseñarnos que el agua, alternativamente y sin regla, puede realizar movimientos de avance y retroceso. A corta distancia del mencionado, encuéntrase las ruinas de otro templo cuyo pavimento hallábase en seco en 1807, y al paso que en 2845 tenía encima veintiocho pulgadas de agua, en 1852 podía demostrarse una disminución de una pulgada por año en el caudal de dicha inundación. Sobre las costas occidentales de Creta, se ve la huella del antiguo nivel del mar á veintisiete pies encima del nivel actual; cuarenta millas más allá se distinguen, en cambio, las ruinas de antiguas

ciudades griegas, cubiertas al presente por las olas.

Además la costa de Medoc nos demuestra claramente las innumerables modificaciones que resultan en las relaciones entre la tierra y el mar. El peñasco de Cordouan sobre el cual existe actualmente un faro, formaba en otro tiempo parte integrante del continente en tanto que hoy dista del mismo el espacio de tres leguas. De 1818 á 1830 se ha calculado que el Oceano ha avanzado 280 metros en la tierra, es decir, por término medio 15 metros por año. Siguiendo la misma proporción doce años después, es decir, desde 1830 á 1842 había debido ganar otros 180 metros; pero en realidad ganó 350, de manera que el término medio de 15 metros fué sustituido por otro de 29. Es posible probar que no hayan tenido efecto cambios más importantes en los litorales, en los siglos más próximos á las épocas geológicas, en los cuales era mucho menor la estabilidad del suelo, y es posible sobre todo, que hayan podido considerarse como regulador cronométrico los accidentes marítimos, no más estables que la ola que los determina.

Los *Klostermüddinger* son pequeños mon

ticulos formados de las conchas de ostra, almeja, musquecillo, litorina y otros moluscos, de especies semejantes á las que dejamos nombradas, que se encuentran aún en el Océano. Dichos montículos no son en manera alguna bancos depositados naturalmente en una época en la cual era más alto el nivel del mar, puesto que todos los individuos pertenecientes á esas diferentes familias de moluscos habian llegado á completa madurez. Especies que no se encuentran en el mar á una misma profundidad, hallanse aqui reunidas; las capas que los separan no contienen casquijo, lo cual excluye la hipótesis de un levantamiento de arenas. Finalmente, entre las conchas se encuentran huesos de animales, utensilios, alfarería toscamente labrada, carbon, cenizas, lo cual ha influido para que se dé el nombre de desechos de cocina á estas ligeras excrecencias de las playas de Dinamarca.

¿Pueden ser considerados como dato cierto de la antigüedad, del hombre? Indudablemente nó, y los huesos de mamíferos y de pájaros pertenecientes á especies que viven en la actualidad, y por consiguiente amontonadas en un periodo no muy distante. Cier-

que Lyell hace remontar á fecha muy lejana dichos montones. Las conchas, dice, no son en el día tan grandes en el mar Báltico, lo cual indica que antes era más salobre, por hallarse unido al Océano Atlántico por medio de estrechos más prolongados, lo cual solo puede admitirse estableciendo la hipótesis de una larga antigüedad. En cambio Vogt rechaza este argumento fundado en el motivo perentorio de que la disminución de los elementos salinos no explica el decrecimiento de las conchas. Los romanos habian logrado hacer vivir las óstras en Nápoles, en los lagos de agua dulce y las almejas se naturalizan con mucha facilidad en los estanques salobres. Nueva prueba añadida á las muchas que dejamos consignadas y que, no obstante su sutilezas, demuestran que la antropología prehistórica afirma gratuitamente sus cálculos, y que si retrasa indefinidamente el primer momento de la humanidad, es más bien á consecuencia de un capricho, que en virtud de una regla fija. Por lo que á nosotros toca, despues de haber pesado el pró y el contra de tan solemne debate, debemos convenir, en que si enseñáramos en nombre de la religion la mitad de los misterios que

la ciencia profesa, de seguro no economizaría esta la acusación de charlatanismo: no se la dirijimos; más conste que es únicamente porque nos hallamos movidos por un sentimiento de caridad.

Después de lo que acabamos de decir, no pueden tener importancia alguna los restos fósiles de especies animales. Las cavernas y las brechas óseas no pueden realmente gozar mayor autoridad en favor de la antigüedad ilimitada del género humano, que los testimonios precedentes, de manera que en virtud de lo expuesto quedan reducidos, ó á una objecion afirmativa, ó á una objecion conjetural.

A una objecion confirmativa, porque ¿cual es su significacion antibíblica? Como encierran huesos humanos y trabajos debidos á la mano del hombre mezclados con restos de ciertas especies animales llamadas antediluvianas, prueban la contemporaneidad del hombre con dichas especies, y por consiguiente la antigüedad indefinida del primero. Léjos de contradecir semejante aserto, la fé lo admite. Hay más, confirma esta contemporaneidad, que encuentra establecida en el texto del Génesis que resume la obra del día sexto

Produce la tierra grandes animales y reptiles. Después de lo cual añadió el Señor; hagamos al hombre á nuestra imájen y semejanza (1). Por qué se ha creído, durante mucho tiempo, que la presencia simultánea del hombre y de esas especies no podía conciliarse con la ortodoxia? Probablemente sin más fundamentos que el hallarse dichas especies extinguidas de lo cual pretendía deducir que el hombre no habría sobrevivido al cataclismo que produjo su destruccion. Debía sin embargo haberse tenido en cuenta que esos cataclismos fueron puramente locales, y que los cambios de temperatura debieron favorecer extraordinariamente la accion destructora de los diluvios, y sobre todo que el hombre, por lo mismo que estaba interesado en la destruccion de tales huéspedes, por lo comun más peligrosos que útiles, les declaró una guerra á muerte, de manera que si se encuentran frecuentemente mezclados los huesos de aquellos con los de este en el fondo de las cavernas, proviene de que en cuanto los habia apresado, conducialos á su morada para que le sirvieran de alimento. Sobre todo te-

nemos que su coexistencia durante el día sexto, resulta de un texto evidente, en tanto que la extincion completa de tales especies, antes de la aparicion del hombre, no es más que una hipótesis geológica. La hipótesis ha pasado ya de moda, en tanto que el texto subsiste aún.

Confirmativa en cierto modo, la objecion puede ser conjetural segun el punto de vista bajo el cual se la considere. Existe en geología una crítica radical que lo niega todo, hasta el testimonio de las mismas cavernas. Para ella los huesos de los animales se habrian depositado mucho antes de la venida del hombre en los lugares en que se encuentran barajados y revueltos. Los restos del periodo humano se habian introducido posteriormente, y por lo mismo las cavernas no podrian servir en manera alguna para establecer un sincronismo fundado. Nosotros sin embargo no llegamos á tan extremas conclusiones. Es cierto que los hombres primitivos han habitado en las cavernas de las cuales han sido precedidos por animales muy extinguidos en la actualidad. Esos hombres han dejado en ellas sus utensilios, sus armas y los restos de los manjares con que se alimentaban.

Cavernas hay tambien que han servido de sepultura al hombre. Pruébese que las cavernas no han sido posteriormente visitadas, durante el transcurso de largos siglos, con el hecho de las capas de tierra y los restos vegetales que obstruyen su entrada, y por las estalactitas formadas en el interior, encima de los depósitos. Al penetrar en estos, causa verdadera sorpresa el descubrir un orden de superposicion que se produce con bastante exactitud en muchas cavernas. Por ejemplo en Arey (Yonne) en la capa inferior se han encontrado dos mandíbulas humanas asociadas á los huesos del elefante, del rinoceronte, del oso, de la hiena y del reno. Encima cuchillos de piedra y algunas hachas pulimentadas, con hueso de reno y de especies extinguidas; y en la capa superior lodo de las cavernas, y antigüedades galo-romanas (1)."

Quando se lee esta descripción y los descubrimientos de M. M. Filhol; Rames, Garrigou en la caverna del Herm, (Ariege) y principalmente la memoria de M. Lartet sobre una antigua *eslacion humana, con sepultura con-*

(1) Estudios religiosos. La edad de piedra.





sus ojos "el alma es el conjunto de las funciones del cerebro y de la médula espinal;" el cerebro segrega hasta la conciencia, como decía Cabanis antes de su retractación: la percepción es una resultante del sistema nervioso; la voluntad es inherente á la substancia encefálica del mismo modo que la contractilidad á los músculos; finalmente, nuestras facultades no son más que un modo de la actividad cerebral. De esta manera la virtud y la inteligencia humanas tienen por causa y por sostén, las fuerzas físico-químicas. El cerebro y el alma son una misma cosa y el hombre queda reducido á un mecanismo viviente salido de la materia en virtud de un acto inherente á las propiedades de la misma.

En presencia de esta hipótesis que no explica al hombre por completo y de la cual tampoco pueda dar el hombre una explicación completa, se encuentra otro sistema que busca la razón de la vida no en la materia y en sus energías brutales, sino en un principio superior é inteligente, que es al par causa de la vida y de la muerte, en el sentido de que anima al cuerpo mientras en él mora, ó lo entrega á la disolución en cuanto lo abandona. De manera que según el organicismo

## CAPITULO XVI.

## LA FÉ Y LA FISIOLÓGIA CEREBRAL.

No hemos terminado todavía el estudio del hombre. ¿Es una inteligencia servida por los órganos? ¿Es un puro organismo dirigido por una inteligencia más perfecta que el instinto? A esta última pregunta la fisiología espiritualista contesta negativamente; la escuela materialista afirmativamente. El error que niega en nosotros el principio espiritual ha recibido el nombre de organicismo. A

la vida es una simple combinacion química y la física engendra la moral en el hombre. Segun la doctrina del animismo existe un agente superior que preside á todos los fenómenos de la economía viviente, y "el principio que anima el cuerpo humano no puede ser considerado como el resultado de la accion de las partes; es una substancia distinta un ser real que, por su presencia, imprime á los órganos todos los movimientos de que se componen las funciones (1.)"

En esta forma establecida, resultan dos cuestiones distintas que pueden expresarse en los siguientes términos. ¿Existe en realidad el agente superior? ¿Ha demostrado la fisiología materialista, en el caso negativo, que no existe? Bajo el segundo punto de vista debemos nosotros examinarlo.

Convengamos en que las relaciones del órgano del pensamiento con el pensamiento mismo constituyen y constituirán siempre un misterio. "Las funciones del cerebro, dice Cuvier, superan la influencia mútua, siempre incomprendible, de la materia divisible y del yo indivisible, hiato irreductible en el sistema

(1) Cabanis, *Essai philosophique sur l'opinion*.

de nuestras ideas, y piedra eterna de escandalo en todos los sistemas filosóficos. No solo no comprendemos, ni comprenderemos jamás de que manera algunas huellas impresas en nuestro cerebro, pueden ser percibidas por nuestro espíritu, hasta el punto de producir imágenes; sino que por más minuciosas que sean nuestras investigaciones, esas huellas no se ofrecen en manera alguna á nuestros ojos, y hasta ignoramos cual sea completamente su naturaleza."

No obstante su ignorancia á propósito de las relaciones del cuerpo con el alma, Cuvier no dudaba en manera alguna de la realidad del alma. A ejemplo de Cuvier, el género humano no deja de ignorar y de creer en el mismo objeto. ¿Estará la ciencia en posesion de una evidencia capaz de destruir esta fé? De éllo por lo ménos se ha alabado; dando á entender que las pruebas del alma se habian buscado exclusivamente en la psicología, y que la negacion del alma, se deducia exclusivamente de la observacion fisiológica, siendo así que la primera de dichas autoridades carecía completamente de valor cuando estaba contradicha por la segunda. ¡Atreviéndose á conjuntar de afirmaciones gratuitas y erró-

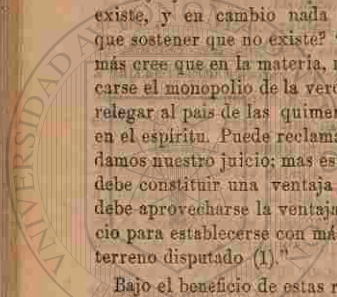
teas! En primer lugar es falso que las demostraciones psicológicas carezcan de valor científico, puesto que también son experimentales. En segundo lugar, es no menos falso que las conclusiones de la frenología permitan ó autoricen para negar el alma, puesto que lógicamente no podrían afirmar la existencia. Tal es el hecho que se trata de establecer al enoentroy en contra del organicismo.

Hemos defendido y ganado la causa del alma, y dejamos sentados los hitos que separan el dominio de la razón del instinto; lo que nos proporciona el sentimiento de lo bello, de lo verdadero especulativo, de lo bueno, del deber respecto de Dios, percepciones, todas y cada una de ellas, enteramente cerradas á la mirada de la simple animalidad; esto es concibiendo algo más allá de los sentidos, adorando, esperando, moralizándose, ménos por el concurso de los sentidos, que no obstante su oposición, no es en manera alguna la resultante de las fuerzas orgánicas, "el trabajo de un laboratorio químico," una forma particular de la mecánica; es la prueba y la esencia de nuestra personalidad espiritual. En vano se trata de eludir esta afirmación por la ciencia, pues por más que se haga, se

cae de nuevo en ella por la fuerza del sentido comun. En efecto, siempre será negada el alma porque no es visible, y siempre será admitida porque la humanidad no puede suicidarse desconociéndola.

Vamos pues á hablar, colocándonos en el punto de vista de nuestros adversarios; es decir, á examinar sus razones más bien que á emitir las nuestras. Y si bien es verdad que las objeciones son mil veces más atacables que la tesis, siempre quedará en favor del alma la autoridad de estas verdades primordiales, que solo se siente el hombre inclinado á juzgar insuficientemente probadas, por la razón sencilla de que siempre son más claras en sí mismas que en sus pruebas.

Respecto del particular se han producido dos exageraciones en sentido contrario. Los fisiologistas han echado en cara á los filósofos el erigir hipótesis metafísicas contra las realidades anatómicas, y el hacer, en nombre de dichas hipótesis, una oposición absoluta á todas las investigaciones experimentales sobre el principio de la vida. En cambio los filósofos pueden volver el argumento de los fisiologistas, porque estos á su vez arreglan, mutilan, y amplifican los datos experimenta-

les en provecho de su negación, y si se les habla de un ser distinto de los órganos, sonríen *a priori*: sin examen previo, como de una cosa extra-científica. Sin embargo si hay un alma, ¿hay nada más científico que decir que existe, y en cambio nada menos científico que sostener que no existe? "El que en nada más cree que en la materia, no debe adjudicarse el monopolio de la verdad científica y relegar al país de las quimeras al que cree en el espíritu. Puede reclamarse que suspendamos nuestro juicio; mas esta suspensión no debe constituir una ventaja para nadie, ni debe aprovecharse la ventaja de un armisticio para establecerse con más fuerzas en el terreno disputado. (1)." 

Bajo el beneficio de estas reservas y de tales explicaciones preliminares, emprendemos la refutación de la fisiología materialista estableciendo: 1.º que la anatomía cerebral no destruye en manera alguna las pruebas del alma; 2.º que le opone otras completamente desprovistas de toda autoridad científica.

DIRECCIÓN GENERAL DE

114 de Arco y el punto de la ciudad.

Independientemente de las consideraciones expuestas y desarroyadas en el capítulo relativo á la constitución, existen cuatro caracteres que suponen, en el yo humano, una autonomía inmortal: la indivisibilidad, la invariabilidad personal, la libertad y la enfermedad. El yo espiritualmente entendido, siendo indivisible, en tanto que no lo es la materia cerebral; inmutable siendo así que esta se renueva incesantemente; libre, al paso que se halla sometida á la fatalidad orgánica; enfermo, no obstante que no se descubre en esta, huella alguna de lesión, que es la prueba

ba más concluyente de que el yo habita en nosotros sin que de él forme parte la materia?

La indivisibilidad del yo resulta de este esplendor interno que se llama el sentido íntimo. Tan imposible nos es dudar de nuestro yo como de su existencia. El yo, es decir, el resumen de mi substancia pensante es esencialmente uno. En mí no hay mas que un yo; para hallar dos, sería indispensable ser loco. Sin embargo una cosa muy distinta acontece con la materia; lejos de ser una, es infinitamente múltiple, porque es infinitamente divisible. Por consiguiente: para que el alma fuera materia, sería indispensable que un sér esencialmente uno, fuera al par y al propio tiempo dos, tres, cuatro, etc., lo cual es absurdo, resultando de ello la demostracion matemática y su espiritualidad.

Y aquí apelo al testimonio de cuantos han hecho algun estudio del cerebro, del cerebelo, de la medula y de todo el conjunto que constituye el encefálico. ¿Cómo puede explicarse que la simplicidad del yo, provenga de semejante complejidad de elementos? No cabe dudar que mi alma esta sujeta al funcionamiento de este mecanismo; pero en manera

alguna es producto de él, porque la causa es múltiple, el efecto uno: la causa es lamateria, el efecto es inmaterial.

No cabe dudar que el cerebro es el órgano de la inteligencia; pruébalo el hecho de que sentimos nuestro pensamiento en la cabeza y que toda afeccion cerebral impide ó altera las funciones del espíritu; mas ¿quiere esto decir que el cerebro segregue todo este ser compuesto de percepciones ó innumerables voliciones que se haya expresado por el yo? No, no, yo soy uno y mi cerebro se divide en partes, sin contar las partes de estas partes; yo soy la individualidad pensante y mi cerebro es un simple agregado de moléculas que sirve de vehiculo al pensamiento. Identificar el alma con esta porcion del organismo, es confundir la lira con el agente que la hace vibrar, y sin el cual no vibraría, agente por este motivo es llamado alma del instrumento. De aquí el que un cerebro anatómicamente inalterado: deje de pensar desde el instante en que deja de ser habitado por el principio pensante.

Poco importa pues que el pensamiento libre, exija, para manifestarse, la reunion armónica en el cerebro, de una porcion de con-

diciones orgánicas, físicas ó químicas. Las condiciones á que se halla subordinada mi conciencia ó el sentimiento de mi personalidad, no constituyen mi personalidad en manera alguna. Convento en que esta depende de tales disposiciones en los centros nerviosos y en los lóbulos cerebrales, durante la actual union del cuerpo con el alma; pero ¿no podría subsistir también aún precindiendo de esta union? ¿Qué podremos responder á la propension invencible que á creerlo me lleva, y sobre todo á la imposibilidad absoluta que existe de extraer lógicamente el pensamiento, de la materia, y un yo tan eminentemente simple, de un organismo tan complicado? No se hable pues de la anastomosis ó soldadura que viene á unir unas á otras las ideas y á formar de esta suerte nuestra unidad intelectual, de fragmentos relacionados por el órgano cerebral. ¿Qué es más esta anatomosis que una hipótesis y un absurdo? Una hipótesis porque no existe ningún fisiológico que haya demostrado semejante trabajo de agragacion sobre ideas resultantes de materia en camino de formar la personalidad; un absurdo porque no cabe concebir la operacion que iria á buscar aquí y allá en

la masa cerebral el tercio, el cuarto la mitad el todo en fin de esta unidad esencialmente que constituye el yo. Ahora bien, lo que es completamente irreductible á partes por el pensamiento, ¿puede provenir de partes orgánicamente dispuestas?

Al presente, por lo ménos, los fisiólogos prudentes se abstienen respecto de la cuestion del alma. Unos la consideran como una *incógnita* que científicamente jamás puede ser hallada, otros con M. Cludio Bernar le adlazan para el siglo vigesimo; pero la fisiología que considera al alma como un cerebro en accion, no como el principio que pone en actividad el cerebro; como el afecto, no como la causa de la célula pensante, podrá hacer ostentacion de toda la ciencia que quiera, mas no por esto alcanzará mayor aprecio. Deducir de la causa una consecuencia superior á ella es un trastorno de la razon. Y sin embargo, así es como raciocinan aquellos que conseden á la materia todos los atributos del yo, del cual ni el germen encierra, y la misma unidad del yo del cual parece ser el antípoda, puesto que siempre puede ser dividida.

El conocido principio de que nada es en

el efecto, como no esté siquiera en potencia, en la causa, domina de tal suerte los atrevimientos de la ciencia, que reduce á limitadísimo número los partidarios de la generación espontánea. En efecto limitadísimo es el número de los que admiten que la materia inerte de suyo, pueda ser el principio de la vida animal. Por una singular contradicción, los mismos que niegan á la materia la energía necesaria para producir animáculos, le conceden el honor de engendrar el alma humana: médicos que no son en manera alguna materialistas tratándose del nacimiento de un arador, lo son en el lecho de muerte de sus semejantes. Acaso lloran su inconsecuencia hasta el punto de creer en el alma de las bestias, al paso que niegan la del hombre. Vergonzosa abdicación de una razón corrompida por el interés, porque, en general el hombre no rebaja sistemáticamente su dignidad, como no sea para reducir sus deberes en una medida proporcionada. Afortunadamente los organicistas se hallan reducidos á la medianía, y refutados por el hecho mismo de su blasfemia. Si, la mejor prueba de la existencia del alma la tenemos en que jamás comprenderá completamente al hombre al que no

cuente con con ella. Será un anatómico, no un fisiólogo; un cirujano, no un médico. Hasta se han visto cirujanos ilustres que manejaban el escabelo con la religiosa admiración de Galeno: Dupuitren era uno de ellos, y por esto con su habitual franqueza contestaba á un colega que se envanecía de ser médico materialista. "No digais médico, caballero, sino veterinario."

El yo no solo es indivisible sino tambien invariable en la esencia de su personalidad; lo cual constituye un segundo carácter incompatible con la hipótesis organicista. Los seres vivientes, se hayan sometidos á un continuo trabajo de destruccion y de reconstruccion. Los huesos, los músculos, la piel, las mucosas se renuevan incesantemente en el organismo. Resultado de ello es que los elementos que este pierde por medio de la respiracion, etc., los recobra por la asimilacion, y este flujo y reflujo continuos en nosotros de la materia anatómica, bajo el imperio del principio vital, ha recibido el nombre de torballino, como el más á propósito para dar á conocer la rapidez del movimiento molecular que determina. Ahora bien, esta ley de la renovacion periódica se aplica al cere-

bro del mismo modo que á todos nuestros órganos. Y sin embargo, si hay hecho alguno positivamente afirmado por la conciencia, es la permanencia del yo. Físicamente, cambiamos sin cesar; psíquicamente, somos siempre los mismos. "Por consiguiente si la materia y el espíritu son idénticos, si este es el producto de aquella, el yo que era en mí hace algunos años, no es el mismo yo que en mí reside actualmente. Siendo la materia mi único principio, arrastra en su torbellino pensamiento, sentimiento, voluntad, y hace en mí un nuevo individuo pensante, sentiente y voliente (1)" Esto es por lo ménos lo que debería suceder, si el organicismo fuese una verdad, y sin embargo, no es esto lo que pasa, puesto que la conciencia no revela la inmutable identidad de mi ser.

Se dirá tal vez que antes de separarse los elementos anatómicos de mi cerebro han transmitido sus impresiones á los siguientes; que les han hecho pensar y obrar como ellos pensaban y obraban, en virtud de una especie de consigna; y que la inmutabilidad de mi persona moral es el efecto de esta inteligencia

(1) *La ciencia de los años*, p. 537-58.

existente entre las moléculas? ¿Pero no equivale esto á conceder á cada molécula el alma que se niega al hombre entero? Dados por otra parte en ciertos recuerdos que se avivan con el transcurso de los años, ¿cómo explicar que las moléculas de hoy sean más vivamente heridas, en ocasiones, por mis impresiones antiguas, que las moléculas que las experimentaron? ¿En que consiste, sobre todo, que yo sienta invenciblemente y siempre la responsabilidad de actos pasados, que mi cerebro actual no ha concebido ni querido? ¿Es posible explicar al hombre ese conjunto tan completo y tan armonioso, por la extravagante comunicacion de las moléculas que parten á las que llegan? Y sobre todo, y en ello insisto una y otra vez, ¿es lícito ser animista respecto de las moléculas y materialistas respecto del elebro, en suma, cabe adjudicar á la parte una energia inmaterial que no se reconoce en el todo?

No, el alma no es un producto de la materia, "es la primera de las realidades y la única plena puesto que la materia no es más que un simple agregado múltiple, separable, sin unidad, un agregado fortuito que se hace y se deshace, que no tiene identidad alguna



permanente, ni individualidad, ni libertad (1). ¿Vióse jamás al error confirmar más explisitamente la verdad.

La libertad moral es un hecho tan embarazoso para el materialismo, que para evitarse el tener que contestarle prefiere negarlo. La tendencia general de los organicoistas consiste en explicar los fenómenos psíquicos por la fisiología, y por consiguiente en confundir la vida del alma con las funciones del organismo. Indudablemente todo acto de nuestra conciencia física, intelectual y moral, corresponde á un estado molecular, definido del cerebro; mas en manera alguna resulta de esto, que el agrupamiento y el movimiento de las moléculas cerebrales expliquen todos nuestros pensamientos y todos nuestros sentimientos. De las relaciones ó coincidencias existentes entre los hechos orgánicos y los hechos psíquicos, no puede deducirse su identidad, y si bien, es verdad haberse establecido que el cerebro es el órgano del alma, no hay razon para que se haga del mismo la causa generatriz.

Y sin embargo, en virtud de esta confusión

(1) *Revue Philosophique de la France et de l'étranger*, t. 20, p. 209.

el génio hase definido una neurosis; el entusiasmo un eresismo mental; el éxtasis, una alucinación histérica; la moralidad, un don de la naturaleza como la belleza, y la inmoralidad un morbo. Pero la conciencia protesta contra esta absorcion completa del hombre moral por el organismo, y particularmente contra la teoría del fatalismo fisiológico. El mismo Gall tenia muy buen cuidado de decir que al localizar ciertas inclinaciones en las protuberancias craneanas, ni pretendia en manera alguna suprimir el alma, ni reconocer en las inclinaciones de la misma un ascendiente incompatible con la libertad. En efecto, esta subsiste perfectamente no obstante las solicitudes que obran en sentido contrario, con tal que no le falte el poder necesario para no dejarse arrastrar.

Esto es lo que resulta de las revelaciones de la conciencia, y esto lo que asegura la verdad del alma contra todas las negaciones del materialismo. ¿Es por ventura caso raro el que habiendo, si así cabe decirlo, separado en mi mismo los dos elementos de mi ser por medio de un acto de virtud, y, en tanto que mi cuerpo decía sí á la tentacion, le halla contestado mi alma con un no capaz de error.

jarle sobre un lecho de espinas? Pues bien, la porcion de mí ser, capaz de pulverizar hasta tal punto mi envoltura material, ¿no debe ser distinta de esta? La accion de la voluntad sobre el físico del hombre, brilla por medio de signos tan manifiestos, que se le vé retardar ó precipitar el curso de ciertas enfermedades. ¿Y este agente que así domina el organismo sería mera secrecion de él? Mi estómago experimenta una necesidad y rechazo satisfaciéndose; mi cerebro se halla causando y puedo negarle el reposo; la ley de mi existencia es vivir y puedo quitarme la vida; si todo es materia en mí, ¿cómo explicar tan opuestas energías? ¿Una sola y misma substancia puede tener al par y sobre el mismo objeto voluntades opuestas? ¡Ah! en medio de la humanidad doliente, el organismo niega el alma porque se halla oprimida por el cuerpo; en cambio, en la sociedad de los hombres virtuosos, se orea fácilmente en el alma porque se vé á la materia prestándola obediencia.

Si, semejante espectáculo ofrece dos pruebas por cada una de la existencia del alma. Si esta fuese una fuerza idéntica á la materia, no gozaria la libertad que no puede dar-

le la materia, porque carece de ella. Si no fuese distinta de la materia, no se elevaria á una moralidad de la cual no fué ni será jamás capaz. El remordimiento no es una preocupacion de educacion, es una ley santa de la naturaleza, y para concebirlo se necesita algo más que substancia cerebral. El animal siente el mal que ha causado por el que le proporciona; es la moralidad egoista y fatal del instinto. Al hombre le pesa del mal que comete por el mal mismo; es la moralidad libre y desinteresada de las almas. El hijo de Dios llorando sus pecados es la refutacion más bella del materialismo, porque semejante sentimiento está muy por encima de las relaciones orgánicas para que puedan provenir de ellas.

Finalmente, hasta la misma enfermedad es un testimonio autentico de una vida psíquica, completamente independiente de los fenómenos fisiológicos.

Por lo mismo que el hombre es un compuesto de dos elementos, el espíritu y la materia, armonizados y fundidos en una impenetrable unidad, no debe sorprender el que ciertas perturbaciones orgánicas produzcan un desórden correlativo en el espíritu. Por

esto cuando Broussais ha escrito: "Desde el instante en que supe que el pus acumulado en la superficie del cerebro destruye nuestras facultades, y que la evacuacion de dicho pus determina su reparacion, no pude menos que considerarlas como simples actos de un cerebro viviente." Broussais ha consignado una ingenuidad grosera. En efecto la consecuencia conduce directamente al siguiente extremo: seria indispensable que el alma estuviese completamente independiente del estado de los órganos para ser distinta, y esto jamás lo admitirá el sentimiento universal.

En prueba de esto, fijarse la atencion en la siguiente conclusion inversa que del propio fenómeno puede deducirse: Si el alma fuese una funcion del sistema nervioso, cerebral, como la transformacion de los alimentos en quilo es una funcion del estómago, resultaria que siempre y cuando hubiese una perturbacion intelectual, existiria una lesion cerebral, y reciprocamente que cuando hubiese lesion cerebral habria perturbacion mental: ahora bien, semejantes hechos se hallan desmentidos por la observacion de los alienistas y la prueba mejor de que el alma es un cerebro viviente, podamos verla en el hecho, y

más bien en el contraste de que puede estar enferma en tanto que el cerebro está sano, del mismo modo que en el de hallarse este enfermo, en tanto que no lo está el alma.

Ahora bien, cuantos alienados ha habido, segun Sthal, Heinrot, Ideler, Lauret, y otros, en los cuales la autopsia despues de su muerte, no ha descubierto lesion alguna apreciable, y en cambio, cuantos hombres sensatos han experimentado profundas alteraciones cerebrales sin dejar de gozar de toda la plenitud de sus facultades racionales? Y toda vez que existe frecuentemente semejanza perfecta entre el cerbro del loco y el del sabio, ¿no es esto una prueba de que el estado del pensamiento no puede deducirse del cerebro y que por lo tanto no puede establecerse indentificacion legitima entre el alma y su órgano?

Nada más científicamente probado por la anatomía patológica que el echo de la pérdida de la razon sin lesion orgánica, y el de las lesiones orgánicas sin pérdida de razon: "Puede establecerse en principio, dice uno de los maestros en medicina mental, M. Jules Falret, que las más ligeras lesiones de las membranas ó de la superficie del cerebro se hallan acompañada de muy notables perturbaciones

en las funciones intelectuales, en tanto que puedan existir durante largos años, en el encefalo las lesiones más considerables, sin determinar perturbacion notable en las funciones cerebrales, y á veces hasta sin dar lugar á sintoma alguno apreciable. . . . . ¿Cómo explicar por otra parte las intermitencias frecuentes de los síntomas, coincidiendo con la constancia de las lesiones(1)?"

Esquirol, Georget, Pinel y M. Lelut han confirmado la misma doctrina con su autoridad, y valiéndose de observaciones universalmente aceptadas. Segun ellos la alteracion de los órganos cerebrales solo tiene lugar cuando la locura es complicada, y el último nos asegura que, sobre veinte casos de manía aguda por él observados, lo ménos ha encontrado diez y siete sin la menor huella de lesion. ¡Qué elocuente testimonio en apoyo del principio espiritual.

Convengo en que, mediante otros medios de investigacion, puede llegar el caso en que se descubran ciertas relaciones, que hasta el presente han pasado desapercibidas, entre la

(1) *Semiología de las afeciones mentales.*

locura y ciertas lesiones cerebrales; mas entre tanto el organicismo tiene ménos derecho, está ménos autorizado que el espiritua- lismo para aprovecharse de esta incógnita: ¿Qué puede responderse, por otra parte, á aquellos que niegan, no solo que la aberracion mental tenga por causa alteraciones orgánicas, sino tambien que dichas alteraciones, cuando existen, sean siempre las mismas? Y sin embargo, ¿no han sostenido algunos médicos alemanes, tales como Nasse, Jacobi y Flemming, por ejemplo, que la locura es una afeccion visceral que se trasmite al cerebro por irradiacion mórbida? ¿No la refieren otros á una hipertrofia y otros á una atrofia del cerebro? Prueba de que su causa fisica está todavia por explicar, y que, hasta como prueba en contrario puede ser considerada como un fenómeno esencialmente psicológico.

Por lo demás si la locura tuviese su principio único en los órganos, ¿no descansarían acaso las clasificaciones de sus diversas especies en una nomenclatura de los desórdenes orgánicos correspondientes á esos desórdenes cerebrales? Y sin embargo no es esto lo que sucede consúltese á Esquirol, M. Baillarger,

M. Delasiauve, y por último á M. Guislain en su obra sobre las frenologías y se verá que todos caracterizan los diversos géneros de alienación por medio de un signo que es psicológico más bien que fisiológico. El uno se llamará por ejemplo locura de la tristeza, el otro de la cólera, el otro de la singularidad; pero ninguna llevará el nombre de locura que tiene su asiento en los nervios, en los lóbulos ó en otros apéndices cerebrales. Tan cierto es, que con la mayor frecuencia, esta enfermedad es una perturbación exclusivamente moral y que el organismo solo interviene subsidiariamente.

Algunos médicos y filósofos espiritualistas están por la localización, de la locura en un órgano, apoyándose en el principio de que es una enfermedad y que el alma no puede estar enferma. Pero si nosotros admitimos que los sufrimientos del alma pueden ser causa de locura, no sé ver la razón de que el alma no pueda estar enferma. Respecto del particular podemos acudir á la doctrina cristiana, capaz de desvanecer por sí sola los obstáculos que halla á su paso la filosofía. Las almas manchadas por el pecado no gozan de modo alguno el privilegio de impasibilidad

que les atribuye el espiritualismo racionalista. El dogma del purgatorio, del cielo y del infierno, antes de la resurrección, ¿no constituye una prueba de que las almas pueden ser dichosas ó castigadas, aun desprovistas de sus vínculos corporales? No retrocedamos pues ante la consecuencia. Que el origen de la locura resida ó no en los órganos, siempre acaba por alcanzar al alma, por que es un desorden positivo del entendimiento y una perversión de las afecciones morales que son facultades del alma. Mas sea esta enfermedad consecuencia ó causa de una perturbación orgánica, siempre resulta un testimonio patente en favor de la vida psíquica, porque en tanto que todas las demás enfermedades imprimen su huella en el cuerpo, la de que tratamos jamás ha grabado la suya, cual si con esto quisiera advertirsenos que no debemos olvidar que su principio reside en la materia sin emanar de ella.

Reduzcamos la cuestión á los términos más sencillos. En el ser humano, como en todos los seres vivientes, puede distinguirse la vida y la organización. ¿Es la organización causa de la vida? ¿Constituye la vida el principio de la organización? El organismo cree lo

primero, el vitalismo opina lo segundo. Ambos tienen sus defensores; pero el primero cuenta entre sus impugnadores un adversario invencible; el género humano. Por esto los que blasfeman del alma, tienen mucho que escudriñar aun en las células cerebrales, para probar que no existe. En tanto no lo consigan, la humanidad puesta la mano en la conciencia, contestará incesantemente: Yo afirmo su existencia fundada en la unidad, en la identidad, en la libertad, en los sufrimientos de mí yo inmaterial, y el género humano obtendrá más crédito que los doctores del materialismo, reducidos por otra parte á creerse á sí mismos, y aun así con harta dificultad. Por lo demás, ¿creen realmente? Pronto lo sabremos. Fácil les es recusar las explicaciones que damos del ser humano, veamos si valen más las suyas.

## II.

Es el que va á ocuparnos un nuevo aspecto de la misma verdad. ¿Los argumentos de la filosofía organicista están mejor establecidos que los nuestros? Fácil nos será juzgarlo. Dada á su negacion la base general de "faltando el cerebro falta el pensamiento." razona del modo siguiente: si el alma no es mas que un cerebro que funciona, la fuerza de la inteligencia ha de estar en razón directa del volumen del peso, de la forma y de la composición química del cerebro; es así que esta relación preside á la ley del desenvolvimiento intelectual; luego el cerebro no es solamente el órgano inmediato del alma, sino también su factor. El silogismo estaria por:

fectamente establecido y sería irrefutable, siendo cierta la menor; pero como no solamente era una mera hipótesis, sino una atrevida contraverdad; de la discusión de sus alegaciones sólo quedará en nosotros la piedad que nos inspiren..... y acaso algo peor por lo que á sus actores se refiere.

En primer lugar, ¿es realmente cierto que las facultades del hombre sean "proporcionarles á su masa cerebral," como afirman Buchner y Liebig? ¿Un principio que excluye á Cicerón á Rafael y á Napoleón de la categoría de los hombres de génio, porque no tuvieron una gran cabeza, en el sentido vulgar en que emplean esta palabra los sombreros, no queda juzgado en cuanto se anuncia? Analicémoslo sin embargo detenidamente, á fin de darnos perfecta cuenta de su alcance.

Es cierto que los animales privados de cerebro, por ejemplo, los zofitos, tienen escaso instinto; es cierto que los moluscos, dotados de un sistema nervioso ganglionar, son en esto superiores; es cierto también que las abejas y las hormigas, provistas de un aparato encefálico muy notable en su pequeñez,

tienen maravillosas aptitudes; es cierto finalmente que el cerebro aumenta en dimensiones y perfeccion en su estructura, á medida que se eleva la escala de los peces á las aves, de estas á los mamíferos, y que la inteligencia sigue de abajo arriba las gradaciones del desarrollo cerebral; pero de éstas observaciones, á la regla general que de ellas se pretende deducir, media una distancia inmensa, distancia que es mayor aun, cuando se consideran las leyes que rigen la formación del cerebro de los animales y la que ordena los movimientos del cerebro humano. Restablezcamos la verdad de la ciencia respecto del particular, y sustituyámosla á las fantasías que se nos ofrecen con pretención de científicas.

Es una ley general de la fisiología que la fuerza de los órganos está en relación con su masa; pero esta ley, aplicada á la masa cerebral, está sujeta á numerosas excepciones. El perro tiene ménos cerebro que el buey y no tiene más que el carnero; no obstante su inteligencia es extremadamente superior á la de ambos. La ballena y otros muchos cetáceos son superiores al hombre en cuanto á su volúmen encefálico, y francamente, no creo

que se hallen en disposición de disputarnos los sillones de la academia.

Más, se dice, no es precisamente el volumen del cerebro lo que en absoluto se ha de considerar, sino su volumen relativo al del cuerpo. La razón, dice recocidamente Andrieux, en virtud de la cual los asnos son estúpidos, consiste en que su encéfalo no pesa más que las 250 partes de su masa total. La razón en cuya virtud los ratoncillos son tan traviosos y vivarachos, la tenemos en que su cabeza es la 31 parte de su corpezuelo.

Llegados á este punto nos encontramos con un nuevo y abundante manantial de artificios teóricos y de decepciones prácticas ó experimentales. No nos engolfemos, por el lado especulativo, en un debate que para nuestro objeto sería demasíadamente largo, y limitemos á contrastar el principio valiéndonos de los hechos. Resulta desde luego del principio establecido, que un individuo cuya lozanía variase, aun quedando el mismo el volumen de su cerebro, sería más ó menos inteligente, según que estuviese más gordo ó más flaco; también resultaría de esta medida proporcional, que el hombre sería inferior á muchas especies de monjes, tales como los

barbudos y los nistitis, y sobre todo á muchos pájaros, especialmente al gorrion, al a-bejaruco y al canario, que son las cabezas cuadradas de la población ornitológica. En cuanto el perro y el caballo, en virtud del propio cálculo, quedan relegados el uno después del murciélago y el otro después del conejo. ¿Se necesita más para juzgar á los fantaseadores de anfiteatro, capaces de creer á pié juntillas semejantes utopias mejor que de prestar fé á su alma.

Para sostener el aventurado sistema que midió el pensamiento por la masa cerebral, el materialismo no ha retrocedido ante imaginación alguna. Ha alegado la capacidad craneana de los alienados; pero los especialistas le han conducido á Bicetre, y le han dicho por boca de M. Lelut: "Mas de la mitad de nuestros enfermos tienen la elevación y la circunferencia del cráneo que pasan de las dimensiones medias." El materialismo ha puesto de relieve la diferencia existente entre el cerebro de un etiope y el de un parisien; pero Tiedemann considera una superstición esas pretendidas diferencias, y Flourens ha demostrado la igualdad física de todas las razas bajo este mismo punto de vista. El materialismo



no se ha avergonzado de inventar "que los cráneos de los hombres más antiguos, desenterrados por la geología, ponen de manifiesto formas pocos desarrolladas y semejantes á los de los animales." Se le ha dicho que "los cráneos más antiguos que se han desenterrado, y la mandíbula encontrada en Abbeville particularmente, revelan un tipo más cercano al Caucásico que al Negro, y que si existe alguna diferencia entre los fósiles más importantes de nuestros incultos abuelos, y las cabezas contemporáneas, dichas diferencias entran en los límites de las variaciones actuales. Finalmente, para acumular argumentos no ha tenido inconveniente en escribir, "Los sombrereros saben perfectamente que las clases ilustradas necesitan sombreros mayores que las clases del pueblo infimo (1)." Mas al oír esto el buen sentido popular háse acordado inmediatamente del sitio ocupado por las pelucas, y por el tupé en el interior de los sombrereros de las clases ilustradas, y ha vuelto la espalda sin dignarse contestar.

Después del volumen se ha aducido el peso

(1) *Ensayo y materia* p. 184.

del cerebro, por los partidarios del organicismo, como criterio de la superioridad intelectual. Nueva fuente de errores.

Que existan relaciones generales entre el entendimiento y el cerebro, cosa es que no puede dudarse; más, cuantas veces se trate de someter tales relaciones á las leyes rigurosas, se encontrarán resultados imprevistos, como si dijéremos, una fuerza invencible é imponderable que viene á falsear las operaciones del materialismo, para obligarle á que la reconozca. De aquí que el sistema ponderativo, haya dado lugar á más mistificaciones todavía que el de la cubicación, aplicada al órgano del pensamiento. "¡Que lastima, dice irónicamente Gratiolet, que semejante sistema resulte falso! De no ser así, contaríamos con inteligencias de 1,000 gramos, de 1,500 gramos, de 1,800 gramos; mas, ¡qué le hemos de hacer, no es cosa tan fácil y hacendera!"

En efecto, si los médicos del tiempo de Pascal nos dicen que cuando se hizo la autopsia de su cabeza, encontrase en ella "una extraordinaria abundancia de cerebro;" si los cerebros de Byron y de Cromwell, han justificado, puestos en la balanza, la elevada opinión que de su génio tenemos, también es

exacto que los de Dupuytren, de Voltaire y de Napoleón, sometidos á la misma experiencia, constituyen un flagrante mentis lanzando al valor de dicha ley, Rodolfo Wagner ha tenido la paciencia de pesar 264 cerebros humanos, y ¿cual ha sido el resultado que este catálogo comparativo le ha proporcionado? Que si bien Cuvier ocupa uno de lo primeros lugares, Gauss, el ilustré geometra; Hermann el biólogo; Hausmann, el mineralogista, y otros muchos, más eminentes aún, se hallan muy cerca del último.

No debemos tampoco olvidar, que el cerebro varía con la edad, y que los fisiológicos no se entienden respecto del punto de su extremo crecimiento; ni que á falta del cerebro, por demás propenso á la descomposicion; hánse pesado frecuentemente los cráneos llenos de granos llenos de mijo ó de un líquido; ni tampoco el que este estudio abunda prodigiosamente en demostraciones contradictorias, y se pierde continuamente en incógnitas insolubles; y convendrémos en que el alma, más bien que la dificultad, es la solución de la cuestión. "Mas que el peso y el volumen, dice Gratiolet, tenemos en cuenta la energía vital, la potencia intrínseca del cerebro." "Lo

que en el cerebro importa, añade M. Lelut, ménos que la cantidad es la cualidad." Mas, ¿qué es esta energía vital, esta potencia intrínseca, esta cualidad superior, que constituye á veces un cerebro muy fuerte en un organismo muy débil? En verdad que si no es el alma, no comprendo en manera alguna que pueda ser la materia.

Eliminados el peso y la masa como medida de inteligencia, los adversarios del animismo se refugian en la forma. ¿Existe en este signo una característica positiva de la extension del pensamiento? Solo el espíritu de sistema puede responder afirmativamente. Todos los datos teóricos y experimentales fundados en la sabiduría conducen á una conclusion negativa.

Si la correlacion establecida es cierta, cuanto más se parezca al del hombre el cerebro de los animales, más inteligentes serán dichos animales; y sin embargo, no es esto lo que vemos, pues los peces que por su sistema nervioso, se parecen mucho al hombre, como todos los vertebrados, tienen el instinto mucho ménos desarrollado que las abejas y las hormigas. Por otra parte, si bien es verdad que el mono tiene un tipo cerebral conforme con

el del hombre; el perro y el elefante, que tienen uno completamente distinto, no dejan de tener una inteligencia extraordinaria. ¿No es esto prueba suficiente de que no debe atribuirse á la forma de la substancia encefálica una importancia decisiva (1)? Por lo que se refiere á las relaciones existentes entre la cabeza de los cuadrumanos y la cara del hombre, no olvidemos que proporcionan un argumento al espiritualismo, puesto que si la forma del cerebro es lo que determina la inteligencia, no se explica que dos cerebros casi idénticos, en cuanto á su forma, sean tan distintos por lo que á su inteligencia se refiere. Decimos mal, se explica teniendo en cuenta que la inteligencia procede de otra parte.

La doctrina que estamos combatiendo ha sido además formalmente desmentida por los anatómicos más importantes. No es el cráneo, dicen Vesale, Laffargue y Bouvier (2), el que se adapta á la forma del cerebro, sino el cerebro el que se amolda á la forma del cráneo. Por consiguiente, el cerebro y el cráneo son

(1) *Lectur. Anatomia comparada.*

(2) *Apretación de la doctrina frenológica. Memorias sobre la forma del cráneo.*

estrechos y puntiagudos cuando el animal escarbador debe servirse de la frente y del hocico para abrir la tierra; y por el contrario, anchos, cuando para alimentarse, para ver y para oír, ha menester una boca ancha, vastos ojos y grandes orejas, todo lo cual da como resultado el desarrollo del cráneo en sentido bilateral. Conclusion: el cerebro depende de las atribuciones que la inteligencia nativa da al animal, y esta inteligencia no depende del cerebro. Bajo otro punto de vista, ¿qué relación puede razonablemente establecerse, entre la forma redonda, cuadrada, oval ó puntiaguda del cerebro, y la memoria, la imaginación, el juicio (1)? Compréndese perfectamente que los dientes estén destinados á triturar ó á cortar, según su estructura, porque aquí se trata de una función mecánica; pero un cerebro predestinado á la poesía ó á las matemáticas, porque tenga tal ó cual configuración, aun cuando no falta quien lo haya imaginado, la verdad es que la ciencia no lo ha visto, ni lo comprende el buen sentido.

Llegamos al exámen de las dos condiciones

(1) *Tabul. Fisiología del pensamiento.*

que son consideradas en la formación del cerebro como la normal medida de nuestro nivel intelectual.

En la superficie del cerebro existen pliegues variados é irregulares que dan lugar á la formación de prominencias y concavidades; aquellas han recibido el nombre de circunvoluciones; estas el de anfractuosidades. Pues bien, he ahí la ley que han creído descubrir ciertos naturalistas, la extensión y la fuerza de la inteligencia están en razón del número de las circunvoluciones; y de la profundidad de las anfractuosidades. Ejemplos que se aducen en apoyo de esta opinión, los roedores, que son los ménos inteligentes de todos los mamíferos, carecen de circunvoluciones; en los ruminantes que lo son más, las circunvoluciones apacecen ya; los paquidermos son superiores á los ruminantes, y en ellos las circunvoluciones se acentúan, y así sucesivamente en progresion ascendente hasta los carnívoros, los monos, y finalmente el hombre, que es de todos los animales el más rico en circunvoluciones cerebrales.

Pero esta doctrina rejuvenecida por Desmoulins, data ya de tiempos muy antiguos; y si durante mucho tiempo ha estado en des-

crédito, consiste en que Galeno pudo decir á su autor Erasistrato: "No soy de vuestra opinión: segun esta regla los asnos, que son animales brutos y estúpidos, deberían tener el cerebro unido, y la verdad es que lo tienen lleno de circunvoluciones." Los fisiólogos contemporáneos afirman, por su parte, que á pesar de la proporción establecida por Desmoulins, los ruminantes tienen menos circunvoluciones que los carnívoros, que el perro y el caballo están completamente privados de ellas, siquiera sean susceptibles de una educación superior; y finalmente, que por el número y extensión de circunvoluciones, el elefante es superior al hombre, lo cual es el golpe de gracia dado á la autoridad de semejante ley. Por eso M. Baillarger la ha modificado sobre la base siguiente: el grado de desarrollo intelectual, lejos de estar en razón directa de la extensión relativa á la superficie cerebral, parece más bien en razón inversa. Los que no creais en el alma, escoged entre esas teorías contradictorias, y si las considerais de más fácil asentimiento, no os alistéis en las filas de los espíritus exigentes.

La otra condición morfológica á la cual se

concede gran importancia como signo de inteligencia, es el desarrollo del cerebro de adelante atrás. Cuanto más recubren los hemisferios cerebrales, por su extensión, las demás partes del encéfalo, se dice, tanto más el animal es inteligente, y se empieza de nuevo y con la mayor imperturbabilidad la escala de proporción establecida con motivo de las circunvoluciones. Pero habiendo comprobado estos hechos M. Leuret, sin negarles completamente su valor, no les reconoce en manera alguna la autoridad de una ley. La prueba que da de su opinión, es irrecusable. Según esta regla la zorra y el perro, estarían colocados intelectualmente en el mismo grado que el carnero y mucho más bajos que la foca y la nutria. En cuanto al mono, estaría también dotado como el hombre y en ocasiones hasta le sobrepujaría. ¿Cómo atribuir á esas indicaciones cuya significación es tan dudosa, el valor absoluto de un criterio fisiológico?

Finalmente, la composición química de los cerebros, ¿puede explicar la diversidad y la desigualdad de las inteligencias? Organicistas hay que lo han considerado más fácil que admitir el alma; pero vamos á ver que en lo

gica proceden como los fariseos en el orden moral: prescinden de los mosquitos y se tragan los camellos.

Respecto del particular no han hecho más los fisiólogos que aceptar como propia la siguiente teoría de un célebre novelista. "El idiota es aquel cuyo cerebro contiene menos fósforo; el loco aquel en cuyo cerebro se halla con exceso; el hombre vulgar aquel que tiene poco; el hombre de genio aquel que lo tiene saturado en grado conveniente (1)." De manera que el fósforo se ha convertido en el gran agente del pensamiento, en el estimulante intelectual, en suma, en alma. Feuerbach, llega al extremo de señalar como causa del rebajamiento de los caracteres en Europa, el uso immoderado de la patata que contiene poco fósforo; y propone, para regenerar el temperamento moral de los pueblos, reemplazar la patata por el puré de guisantes que es un alimento muy fosforado. Con anterioridad á Feuerbach, Courbe había calculado que la ausencia del fósforo en el encéfalo reduce al hombre á la condición de bruto;

(1) Bacon, Investigación de la verdad.

que un exceso de la misma substancia irrita el sistema nervioso y lo lleva á un delirio espantoso; finalmente que una proporción media restableció el equilibrio y produce esta armonía admirable que no es más que el alma de los espiritualistas. Molescott no se andubo en tantos repulgos y justificaciones para formular su frase de efecto: "Poco fósforo, poco juicio."

Esto por lo que se refiere al arreglo del engaño bobos que se llama la teoría: mas ¿en el terreno de la práctica pasan las cosas de la propia suerte? M. Janet, de quien tomamos la mayor parte de los datos relativos á esta cuestión, contesta: "El cerebro de los peces que no pasan por cierto por grandes pensadores, contiene mucho fósforo. M. Lassaigne que ha analizado cerebros de alienados no ha encontrado más fósforo que en los de los hombres sanos en general. Finalmente, los trabajos de M. Couerbe sobre la química del cerebro, han sido enteramente destruidos y refutados en una sabia memoria de M. Fremy (1)." Después de lo dicho confesemos para no o-

(1) *Ann. chim. phys.* 1854, t. 36, p. 100.

mitir cosa alguna, que la composición química del cerebro no carece de la influencia en el pensamiento. En prueba de ello puede citarse el cretinismo que proviene de la ausencia del iodo y otras substancias en el aire atmosférico, más sostener que con fósforo, iodo y otros elementos combinados, se puede reemplazar el alma, como han pretendido ciertos organicistas, equivale; á aventurar apuestas contra el sentido comun bajo pretexto de ciencia.

En suma, la refutación del materialismo hallase completa en este resumen del pensamiento de Gall. "Cuando digo que el ejercicio de nuestras facultades morales é intelectuales depende de condiciones materiales, no quiero dar á entender que nuestras facultades sean un producto del organismo; esto sería confundir las condiciones con las causas eficaces."

Y sin embargo no es otra la incesante confusión en que yace y sobre la cual vive la teoría del organicismo. Afortunadamente tales abusos de razonamiento no ejercerán jamás una gran influencia en las propensiones contrarias de la naturaleza, y cuando se trata del alma, si por un lado existen algunos

hacédolos sistemáticos; contéplatemos siempre en el opuesto á la humanidad entera.

Y es natural, porque es esta para ella, cuestion de vida ó de muerte. El organicismo acaba con la humanidad en la tumba, el animismo la hace vivir más allá. La protesta universal de nuestra especie contra el primero de esos desatinos y en favor del segundo, no es manera alguna metafísica, es la voz de la naturaleza, y la naturaleza no hace necesidad de lo imposible. Pero si el alma no es nada sin el cerebro, ¿qué sucede y qué es de ella cuando los órganos han dejado de ser? Como persona humana, ¿cuya es su suerte cuando se han roto los vínculos que la unen á la materia? La ciencia lo ignora; pero el hombre que no quiere acabar completamente, necesita saberlo, y se lo preguntará á la psicología, á la metafísica, á la religion, y si todas las autoridades de su naturaleza le garantizan su inmortalidad personal, ¿con qué derecho pretenderá contradecirla una ciencia que no tiene argumento alguno convincente que oponerle? Es verdad que no podemos formarnos idea alguna positiva de la existencia de ultratumba; mas esto no es causa suficien-

te para declararla imposible. ¿Comprende el embrion en el interior del claustrero materno, las condiciones de existencia que tendrá fuera de él? ¿A tener conciencia de la hora de su nacimiento, no la tomaría por la de su muerte? Entónces ¿porque razon lo que juzgamos nuestra muerte no ha de ser un verdadero renacimiento, y la redencion de nuestro pensamiento, más bien que su extincion? Sócrates declaraba dulce y útil para el hombre "extasiarse ante tan noble esperanza," la razon, la moral nos prohiben renunciar á ella: podrá la ciencia inscribirse contra semejante necesidad; pero por más que haga, lejos de vencer, sucumbirá en la demanda.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
 INSTITUTO DE BIBLIOTECAS

cierra menos atractivos y tiene menos novedad, por esto trataremos de ella sucintamente. Además, este es el lado de la cuestión explorado por el sábio cardinal Wiseman; qué necesidad hay pues de empezar de nuevo su apologética? Nosotros contestamos á los sofismas del día, no á los de la víspera, impulsados por el deseo de que nuestras refutaciones puedan establecerse triunfantes sobre de los sofismas para que pierdan con ella su oportunidad. El consuelo mayor de los defensores de la verdad consiste en ver que sus obras resultan inservibles por haber muerto los errores que han combatido.

La ciencia de los pueblos los considera ora en sus emigraciones y en sus evoluciones sobre la superficie del globo, y entonces toma el nombre de etnografía; ora en sus leyes usos costumbres y conjunto de su individualidad histórica, y entonces se llama etnología. ¿Qué armas ha podido forjar el escepticismo contra la fe con esos elementos tradicionales? ¿No es indispensable corromper la etnología para que deponga contra la religión? Vamos á averiguarlo.

La etnología estudia desde luego los pueblos bajo el punto de vista de su antigüedad.

## CAPITULO XVII.

## LA FE Y LA ETNOLOGÍA.

Hemos agotado las objeciones deducidas por la ciencia del estudio del hombre individualmente considerado, fáltanos examinar aquellas que se deducen de la consideración de los hombres contemplados en esas aglomeraciones que se llaman pueblos. La primera categoría pertenece á la historia natural, la segunda á la historia propiamente dicha. Aquella todavía es poco conocida y por lo mismo exigía una exposición sintética al par que una refutación detallada; la otra en-



discute la época de su nacimiento; la edad de su civilización; y deduce de todo ello la conciliación ó la imposibilidad entre el cómputo de la Biblia y el de su historia. Según hemos visto la cronología bíblica ha quedado fuera de toda duda en el tribunal de la antropología prehistórica. ¿Será acaso dudosa bajo el punto de vista de la etnología? Aún cuando la segunda de estas dos cuestiones tenga un interés insignificante para la solución de la primera, importa sin embargo dejar debidamente establecido que, según los textos históricos, del mismo modo que según la geología; según los testimonios escritos, de la propia suerte que en virtud de los vestigios hallados en las entrañas de la tierra, la aparición de nuestra raza en este mundo es relativamente reciente. Unos han fijado la fecha á seis mil años, otros á siete mil. ¿Han probado lo contrario los indianistas, los chinólogos y los egiptólogos? Tal es la primera objeción que estamos llamados á resolver; y que dimana su origen de la cronología.

La etnología estudia también los pueblos bajo el punto de vista de sus lenguas ó idiomas, y la fé se halla interesada en este estudio por un lado importante. ¿Pueden redun-

cirse las lenguas á un tipo único y primordial, confirmativo de la unidad de la especie humana? Si todos los hombres descendien de un mismo padre, debieron hablar en un principio una misma lengua; si proceden de varios, han debido hablarlas distintas; son estos dos hechos, corolario el uno del otro: ahora bien, del mismo modo que las diversidades de conformación y coloración entre las razas no perjudican á la unidad de la especie; las diferencias características de las lenguas ¿son compatibles con el dogma de un solo dialecto inicial? ¿Es posible conciliar el hecho de nuestro origen monogenista, es decir, de una sola pareja primitiva, hablando y transmitiendo un mismo lenguaje, con las variantes sin número y sin analogía que presenta la palabra humana entre los diferentes pueblos? Es esta la segunda objeción que debe ocuparnos, la cual nace de la filología.

Finalmente la etnología estudia los pueblos bajo el punto de vista de sus costumbres de sus escritos, de sus monumentos, y esta partes de sus investigaciones aplicada al Oriente, hace convertido en muchos conceptos en complemento de la apologética. Actualmente los estudios orientales ponen de

manifiesto tantas semejanzas entre nuestros libros santos y las literaturas sagradas de dichos países, que ha sido necesario vengar nuestros libros de la acusación de plagios. Hubo un tiempo, sin embargo, en que la objeción se presentó en sentido inverso. El Oriente, todavía desconocido, no había aportado los justificativos de la ciencia profana á los textos revelados y entonces se preguntaba: ¿Hallase marcada con el sello de autenticidad, que se llama color local? ¿Encuéntrense en ella fielmente retratados los usos y costumbres de las naciones vecinas y contemporáneas de Israel? ¿La historia comparada de las razas semíticas corrobora la de los hijos de Abraham? Tercera y última objeción que debemos resolver, que abarca cuantas materias quieran imaginarse y que procede de una rama de la ciencia, conocida en el día con el nombre de orientalismo. Digamos de pasada que esta solución será breve, puesto que no tenemos necesidad de probar que la Biblia es una fiel reproducción del Oriente, á los que la acusan de ser una copia servil.

1.

¿Qué debemos pensar de esas dinastías, de esas literaturas y de esas religiones que tienen la pretensión de remontarse á centenares de miles de años? ¿Pueden producir pruebas en apoyo de tan prodigiosa antigüedad? Consiguamos desde luego que aún cuando pudieran, el cristianismo no tendría porqué inquietarse. “En el estado actual de los conocimientos dice un autorizado relator de este debate, es imposible señalar en época precisa el nacimiento del género humano; la Biblia no fija cifra alguna positiva respecto del particular y en realidad carece de cronología para las épocas iniciales de la existencia humana, lo mismo que para la que media entre la Crea-

cion y el Diluvio, y la qua va desde el Diluvio á la vocacion de Abraham. Los datos que los comentadores han pretendido de ducir son completamente arbitrarios y carecen de toda autoridad dogmática. Entran de lleno en el dominio de la hipótesis histórica" (1). No obstante lo dicho, no queremos aprovecharnos de las ventajas de esta posicion contra los partidarios de la conología fabulosa. En lugar de declinar la responsabilidad de nuevos datos, preferimos discutir los suyos. En del efecto, mismo modo que la paleontología, retrasa la cronología á su capricho el pasado de la humanidad, y aun cuando el placer que con este juego se proporciona, no nos causa perjuicio alguno, cumple poner de manifiesto que forja novela en vez de dar historia. Esta verdad se aplica á los anales de tres pueblos que se han engejecido así mismos has un extremo increíble, con el propósito de ennoblecerse, y cuya nobleza se ha exagerado á sabiendas á fin de disminuir la de los Hebreos: aludo á los Indos, á los Chinos y á los Egipcios.

[1] Linnormant, *Hist. nat. del Oriente*.

Con autoridad al siglo décimo séptimo, solo teniamos de la India un conocimiento verdaderamente legendario. Alejandro y Seleuco Nicator apenas la habian reconocido; posteriormente los Lígidas, los Arabes, los Portugueses, los Holandeses, los mismos Franceses la habian frecuentado sin darla á conocer, de suerte que los gusanos de seda que en el siglo sexto trajera el monje Cosmus, constituian acaso el unico resultado que reportara la Europa de esa lejanas relaciones. Mas convertidos los ingleses en dueños de ese suelo riquísimo, merced á la influencia de la compañía de las Indias orientales, solo tuvieron dos preocupaciones: monopolizar en provecho propio sus riquezas materiales, y compartir con el resto del universo los tesoros históricos y literarios. Una sociedad asiática fundada en Calcuta en 1783, fué el foco activo de esas nuevas investigaciones. Tres hombres notabilísimos, William Jones, Colebrooke, y H. Wilson la dirigieron sucesivamente; durante los primeros años de su existencia, viniendo á ser los iniciadores de una erudicion indianista, que acogió con entusiasmo el filosofismo europeo, por la única razon de proporcionarle argumentos contra la fe,

Tres objetos de esta erudición en particular, sirvieron de instrumento á los reueros anti-cristianos: la astronomía, la historia y la literatura, á lo que se decía, desmesuradamente antiguas de los Indos.

El promovedor más acreditado de las antigüedades astronómicas de la India en Francia, fué el desgraciado Bailly. Este escritor que era un artista extraviado en las sendas de la política, pagó con la cabeza el error de haber desconocido su vocacion. Fundado en una tradicion tomada del *Tamoc* y el *Cutios* de Platon, creia que el continente sumergido de la Atlántida, y no daba fe á la revelacion biblica. Abrigaba la conviccion de que habia existido una civilizacion fantástica que debió ser tragada por el Océano; de la cual eran los Indos la prueba y los representantes, y no lo estaba de la verdad de nuestras tradiciones. De aquí que su imaginacion arrasada en pos de Fontenelle viese las quimeras y negase las realidades. En virtud de semejante alucinacion concedia á los Indos una ciencia muy adelantada, les declaraba una nacion poderosamente constituida tres mil quinientos años antes de Jesucristo, y les atribuía tablas astronómicas de una antigü-

dad, si cabe, superior. A grandes bromas habia dado lugar las tablas referidas, y más habria sido aún, si la simpática memoria de Bailly no hubiese puesto á cubierto del ridículo sus vanas fantasías; más qué diremos nosotros para informar la conciencia del lector?

Delambre manifiesta: "Que no existe razon para admitir la realidad de las pretendidas observaciones de los indos." Laplace se pronuncia formalmente contra la antigüedad de tales cálculos, considerándolos como tomados de la astronomía Griega de los alexandrinos. Klaproth, Lassen, Weber, este especialmente, consideran toda la astronomía de los Indos como fundada en las observaciones hechas con posterioridad á Alejandro-Magno. Cierta que Strabon, habla respecto del particular, de las nociones brahmánicas; pero es simplemente aludiendo á ciertas observaciones siderales que nada tenían de científicas. Finalmente, Bentley, despues de haber analizado todos los tratados indios de matemáticas, traducidos por Colebrooke, afirma que nada autoriza á creer que los Indos hayan establecido jamás, de un modo correcto, las bases de una astronomía; que su libro de ciencias (*Surya siddhanta*), al cual atribuyen los

brahmanes una antigüedad de muchos millones de años, no cuenta más allá de siete siglos de existencia, y que el punto de partida de sus observaciones no es anterior á mil doscientos años ántes de Jesucristo.

Conozco el ruido que se ha metido con una cierta leyenda intitulada *Krishna*, que, por su título y por su acción recuerda el nombre de Cristo y su historia, de manera que colocando su origen en una antigüedad inmemorial, se creyó echar, por este mero hecho sobre el Evangelio el descrédito de una obra de imitación. Pero Bentley, fundándose en la posición de los planetas, tal cual se halla descrita en este relato apócrifo, demuestra que no remonta más allá del siglo séptimo de nuestra era y que es un grosero pasticcio del Evangelio inventado por los brahmanes, con el objeto de evitar que los naturales del país abrazaran el cristianismo. Singular documento justificativo en apoyo de los incommensurables periodos estudiados por la astronomía védica.

Ni merece tampoco mayor crédito la historia de dichos países. Causa admiración leer en la Biblia que ciertos patriarcas vivían más de novecientos años: pues bien los indios con-

ceden á sus primeros reyes una longevidad de doce docenas de siglos. El más formal de sus analistas, el hijo de un primer ministro que por los años de 1200 escribió la crónica de Kachmir, hace vivir tres siglos á un rey que habia existido algunos ántes de la época en que él escribía, porque convenia así para ajustar debidamente la narracion. Es decir, que se escribiría una historia más verosímil con los recuerdos mitológicos de la Grecia, que con las tradiciones de la India. Los Puranas y los Vedas no pueden en manera alguna servir de punta histórica, más que al espíritu de sistema llevado hasta la demencia. A bien que nada tiene de demencia dar crédito á narradores que no creen ni en ellos mismos. M. Vilfort empleaba como auxiliar en sus investigaciones relativas á los textos indios á un pandit, que consideraba completamente concienzudo. Un día le sorprendió borrando y cambiando versos á centenares en los libros sagrados, y como le echara en cara su infidelidad y atrevimiento, contestó que era un procedimiento usado entre ellos, para mejor honrar á los héroes y á los dioses; véase por consiguiente lo que son las honradas elucubraciones presentadas á Eu-

ropa como más verídicas que nuestros libros sagrados! Por esto no existe quien de sincero se precie, que se decida á lanzarse, seguro de no perderse, en el inextricable laberinto de la cronología indiana. A duras penas ha logrado Klaproth fijar el comienzo de un modo formal se entiende, en el siglo duodécimo, y Lassen coloca entre dos mil y mil quinientos años, antes de nuestra era, el origen de los gobiernos regulares á orillas del Ganges; lo cual significa que se penetra nuevamente en el orden bíblico, por medio del buen sentido, cuando se ha abandonado por la hipótesis, puesto que la Biblia remonta á veinte siglos antes de Jesucristo la fundación de los más antiguos imperios.

En cuanto á la literatura sagrada de los Indos los incrédulos la han ensalzado ridiculamente con el propósito de rebajar la nuestra. Según ellos los libros de los Vedas son más antiguos que el Pentateuco pero según Colebrooké y todos los verdaderos críticos, los Vedas son posteriores en docientos años al siglo de Moisés, y á duras penas anteriores en mil quinientos al comienzo de nuestra era. ¡A esto se reducen las suposiciones de la cronología de invención! ¿Quiere saberse por lo

demás, qué fé prestan los espíritus fuertes, á la antigüedad de los libros distintos de la Biblia? Escuchemos los sonos de la trompeta tocada por Voltaire en favor de este género.

“Una casualidad feliz ha permitido describir “en la biblioteca de Paris un antiguo libro “de los brahmas, el *Esour-Veidam*, escrito “antes de la expedición de Alejandro á la “India . . . . traducido por un brahma. En “realidad no es el mismo *Veidam* sino un resumen de las opiniones y de los ritos contenidos en esta ley. Por consiguiente podemos “envanecernos de tener hoy algun conocimiento de los escritos más antiguos que existen en el mundo. Al presente no cabe dudar de la verdad, de la autenticidad de este “ritual de los brahmanes, etc., etc. (1) ”

“Mas es esta la historia verdadera del *Esour-Veidam*. De ningún modo nosotros vamos á darla despojada de todos los ornamentos con que la embelleció la superstición volteriana. Sir Alejandro Jonhson, superior de la justicia en Ceylan, recibió el encargo de redactar un código de leyes para los natura-

(1) *Recueil des loix des Indes.*

les del país, por cuyo motivo trató de proporcionarse el *Esou-Weidan*, con el propósito de inspirarse en esta obra considerada como una maravilla por la escuela filosófica. Habiéndose trasladado á Pondicheriy, alcanzó del gobernador, que lo era el conde Dupuis, autorización para examinar los manuscritos de la biblioteca de los jesuitas, que no había sufrido el menor desarreglo con posterioridad á la época en que había salido de la India. Con gran sorpresa de sir Johnson, encontráse entre aquellos legajos llenos de polvo el *Esou-Weidan*, que en vano había buscado por todas partes. Sin embargo M. Ellis, superior del colegio de Madrás examinólo detenidamente, y gracias á semejante estudio pudo convencerse de que el texto primitivo de la obra se debía á los cuidados de un sábio jesuita, Roberto de Nobilibus, sobrino del cardenal de Bellarmino, que en 1621 la hizo componer con el objeto de convertir al cristianismo á los Indios y especialmente á los brahmanes.

De manera que Voltaire tenia entre manos la obra de un jesuita, y la tomaba por al trabajo de un brahma: tenia ante sus ojos un comentario del Evangelio, y consideraba este,

como palido reflejo de aquella: finalmente, esta obra datada del siglo décimo séptimo, y él la proclamaba "más antigua que Alejandro, escrita por un autor antiguo sobre un texto más antiguo todavía." Digase ahora que los cronologistas del libre pensamiento no están á cubierto de toda sorpresa! Despues de tales errores es indispensable saltar hasta los zodiacos de Denderach.

Ya que el pasado remoto de la India, bajo el punto de vista astronómico, histórico y literario, tiene solo una certeza mitológica, gozará más autoridad el pasado de la China? Los Chinos no se paran en barras cuando se trata de adjudicarse años, pero su fraude es tan conocido que apenas hay necesidad de discutirlo.

El analista más antiguo de la China, Confucio, vivia de cuatrocientos á quinientos años antes de Jesucristo. Su libro el *Chou-King*, quemado por órden imperial doscientos años despues de su publicacion, fué recompuesto, segun parece, bajo la direccion de un anciano de prodigiosa memoria que lo recordaba de un cabo á otro. Este es el único titulo que garantiza la modesta antigüedad

de dos millones, *dieciséis sesenta y seis mil años*, que se adjudican los hijos del Cielo.

Klaproth y Lassen no vacilan en declarar que no existe certeza alguna histórica en las crónicas chinescas, con anterioridad al siglo VIII antes de nuestra era. Es verdad que Abel Remusat se halla dispuesto á extender esta cesteza hasta 2637 años ántes de Jesucristo y hasta á pensar que los caracteres chinos datan de tres ó cuatro generaciones despues del diluvio; mas prescindiendo de que esta hipótesis no contradice en manera alguna la cronología de los setenta, es preciso convenir en que los trabajos de los sinólogos últimamente llevados á cabo, son ménos favorables á las conclusiones de Abel Remusat que á las de Klaproth y de Lassen. En resumen, el Celeste imperio comienza á tener historia cuando la literatura hebreaica camina á su ocaso; lo que prueba que el árbol genealógico de los Hebreos tiene en lo pasado raíces mucho más profundas que el de los Chinos. ¡Extraña contradicción! para los escépticos de nuestros dias, todo aquel que pretende remontar á la época de las cruzadas sus timbres de nobleza, es un simple aventurero; en cambio se considera digno de fe, y me-

rece ser tomado en serio el pueblo que falsificó su cronología en muchos millones de años, con tal que su falacia desmienta la verdad religiosa.

Despues de la Italia y de la China, el país de las antigüedades quiméricas es el Egipto. La cronología aventurera descubrió en él hace como medio siglo, pretendidas observaciones astronómicas que databan de siete mil años ántes de Jesucristo, siendo así que eran meras representaciones astrológicas, ú horóscopos del tiempo de Adriano. MM. Champollion y Letrone han confundido los calculos mistificadores de Esneh y de Denderah; mas ¿qué podremos decir para encerrar en breves líneas las incertidumbres del caos decorado con el nombre de egiptología?

Convenimos, desde luego, en que el Egipto posee los monumentos más antiguos. Canteras de una piedra de tal calidad que es casi inalterable; el limo del Nilo admirablemente apropiado para la fabricacion de tejas impecederas; una corteza leñosa y suave que ofrece una superficie muy apta para los ensayos de pintura y escritura; un clima por demás favorable, por su sequedad, para la conservación de los objetos; un cielo despejado



que convida al hombre á espaciarse en la contemplacion sideral; finalmente, el instinto de los naturales que los lleva á utilizar las aptitudes de su pais para la perpetuacion de los recuerdos; tales son las causas que explican la riqueza de Egipto como museo arqueológico; pero nada existe que pueda justificar ni la antigüedad que se le atribuye, ni el partido que de ella pretende sacarse contra la fé.

Tambien convenimos en que Lepsius y Bunsen son dos egiptólogos de una autoridad imponente y en que fijan la aurora de las verdades históricas, cabe los bordes del Nilo, á unos cuatro mil años antes de Jesucristo. En cambio, otros no menos bien informados, han emitido un juicio completamente distinto: Wilkison reduce este periodo á la mitad; MM. Stuar Poole, Champollion, de Sacy, Rossellini, Th.-H. Martin, comparten la propia opinion: finalmente M. Mariette, cuya autoridad en esta materia es muy respetada, declara que los Egiptos jamás han tenido cronología. Muchas son las causas que explican lo enorme de los errores cometidos en tales suposiciones.

1.º Los Egiptos carecen de era comun

que les sirva de punto de apoyo para juzgar de la época en que se realizaron los acontecimientos. Contaban los años por los reinados y el primero de cada uno de estos conducia de nuevo á la unidad; de manera que el adicionar estos fragmentos de historia para componer un todo escalonado con exactitud en los datos y en los siconismos, es un trabajo casi imposible, en el cual la conjetura debe usurpar continuamente el lugar de la verdad.

2.º Herodoto, que visitó el Egipto hácia el año 450 antes de Jesucristo, nos dá unicamente una cronología llena de incoherencias y contradicciones. Diodoro de Sicilia, que llevó á cabo el propio viaje antes de la era cristiana, nos refiere que que los sabios del pais disputaban para saber si la primera pirámide contaba entonces mil, ó tres mil cuatrocientos años de existencia.—Como si dijéramos una fruslería, tratándose de un acontecimiento por otra parte muy difícil de comprobar.—Por último, la mayor parte de las cronologías egipcias descansan en la relacion de Manethon, gran sacerdote de Heliópolis. Ahora bien ¿que fé merece esta historia? ¿Josefo acusa al autor de haber compuesto

*narraciones increíbles y cuentos falaces* (1). A fines del siglo segundo el texto original de Manethon se perdió y solo se encuentra en copias en las cuales las variantes, las glosas, las contradicciones más groseras no tardaron en desfigurar el fondo. De aquí el que la restauración del texto auténtico, varias veces emprendida por los eruditos, no haya producido más resultado que marearles y acabar con su paciencia.

Añádase á esto que si han existido realmente las treinta dinastías de reyes mencionados por Manethon, de ~~2~~ <sup>3</sup> ~~3~~ <sup>4</sup> ~~4~~ <sup>5</sup> ~~5~~ <sup>6</sup> ~~6~~ <sup>7</sup> ~~7~~ <sup>8</sup> ~~8~~ <sup>9</sup> ~~9~~ <sup>10</sup> ~~10~~ <sup>11</sup> ~~11~~ <sup>12</sup> ~~12~~ <sup>13</sup> ~~13~~ <sup>14</sup> ~~14~~ <sup>15</sup> ~~15~~ <sup>16</sup> ~~16~~ <sup>17</sup> ~~17~~ <sup>18</sup> ~~18~~ <sup>19</sup> ~~19~~ <sup>20</sup> ~~20~~ <sup>21</sup> ~~21~~ <sup>22</sup> ~~22~~ <sup>23</sup> ~~23~~ <sup>24</sup> ~~24~~ <sup>25</sup> ~~25~~ <sup>26</sup> ~~26~~ <sup>27</sup> ~~27~~ <sup>28</sup> ~~28~~ <sup>29</sup> ~~29~~ <sup>30</sup> ~~30~~ <sup>31</sup> ~~31~~ <sup>32</sup> ~~32~~ <sup>33</sup> ~~33~~ <sup>34</sup> ~~34~~ <sup>35</sup> ~~35~~ <sup>36</sup> ~~36~~ <sup>37</sup> ~~37~~ <sup>38</sup> ~~38~~ <sup>39</sup> ~~39~~ <sup>40</sup> ~~40~~ <sup>41</sup> ~~41~~ <sup>42</sup> ~~42~~ <sup>43</sup> ~~43~~ <sup>44</sup> ~~44~~ <sup>45</sup> ~~45~~ <sup>46</sup> ~~46~~ <sup>47</sup> ~~47~~ <sup>48</sup> ~~48~~ <sup>49</sup> ~~49~~ <sup>50</sup> ~~50~~ <sup>51</sup> ~~51~~ <sup>52</sup> ~~52~~ <sup>53</sup> ~~53~~ <sup>54</sup> ~~54~~ <sup>55</sup> ~~55~~ <sup>56</sup> ~~56~~ <sup>57</sup> ~~57~~ <sup>58</sup> ~~58~~ <sup>59</sup> ~~59~~ <sup>60</sup> ~~60~~ <sup>61</sup> ~~61~~ <sup>62</sup> ~~62~~ <sup>63</sup> ~~63~~ <sup>64</sup> ~~64~~ <sup>65</sup> ~~65~~ <sup>66</sup> ~~66~~ <sup>67</sup> ~~67~~ <sup>68</sup> ~~68~~ <sup>69</sup> ~~69~~ <sup>70</sup> ~~70~~ <sup>71</sup> ~~71~~ <sup>72</sup> ~~72~~ <sup>73</sup> ~~73~~ <sup>74</sup> ~~74~~ <sup>75</sup> ~~75~~ <sup>76</sup> ~~76~~ <sup>77</sup> ~~77~~ <sup>78</sup> ~~78~~ <sup>79</sup> ~~79~~ <sup>80</sup> ~~80~~ <sup>81</sup> ~~81~~ <sup>82</sup> ~~82~~ <sup>83</sup> ~~83~~ <sup>84</sup> ~~84~~ <sup>85</sup> ~~85~~ <sup>86</sup> ~~86~~ <sup>87</sup> ~~87~~ <sup>88</sup> ~~88~~ <sup>89</sup> ~~89~~ <sup>90</sup> ~~90~~ <sup>91</sup> ~~91~~ <sup>92</sup> ~~92~~ <sup>93</sup> ~~93~~ <sup>94</sup> ~~94~~ <sup>95</sup> ~~95~~ <sup>96</sup> ~~96~~ <sup>97</sup> ~~97~~ <sup>98</sup> ~~98~~ <sup>99</sup> ~~99~~ <sup>100</sup> ~~100~~ <sup>101</sup> ~~101~~ <sup>102</sup> ~~102~~ <sup>103</sup> ~~103~~ <sup>104</sup> ~~104~~ <sup>105</sup> ~~105~~ <sup>106</sup> ~~106~~ <sup>107</sup> ~~107~~ <sup>108</sup> ~~108~~ <sup>109</sup> ~~109~~ <sup>110</sup> ~~110~~ <sup>111</sup> ~~111~~ <sup>112</sup> ~~112~~ <sup>113</sup> ~~113~~ <sup>114</sup> ~~114~~ <sup>115</sup> ~~115~~ <sup>116</sup> ~~116~~ <sup>117</sup> ~~117~~ <sup>118</sup> ~~118~~ <sup>119</sup> ~~119~~ <sup>120</sup> ~~120~~ <sup>121</sup> ~~121~~ <sup>122</sup> ~~122~~ <sup>123</sup> ~~123~~ <sup>124</sup> ~~124~~ <sup>125</sup> ~~125~~ <sup>126</sup> ~~126~~ <sup>127</sup> ~~127~~ <sup>128</sup> ~~128~~ <sup>129</sup> ~~129~~ <sup>130</sup> ~~130~~ <sup>131</sup> ~~131~~ <sup>132</sup> ~~132~~ <sup>133</sup> ~~133~~ <sup>134</sup> ~~134~~ <sup>135</sup> ~~135~~ <sup>136</sup> ~~136~~ <sup>137</sup> ~~137~~ <sup>138</sup> ~~138~~ <sup>139</sup> ~~139~~ <sup>140</sup> ~~140~~ <sup>141</sup> ~~141~~ <sup>142</sup> ~~142~~ <sup>143</sup> ~~143~~ <sup>144</sup> ~~144~~ <sup>145</sup> ~~145~~ <sup>146</sup> ~~146~~ <sup>147</sup> ~~147~~ <sup>148</sup> ~~148~~ <sup>149</sup> ~~149~~ <sup>150</sup> ~~150~~ <sup>151</sup> ~~151~~ <sup>152</sup> ~~152~~ <sup>153</sup> ~~153~~ <sup>154</sup> ~~154~~ <sup>155</sup> ~~155~~ <sup>156</sup> ~~156~~ <sup>157</sup> ~~157~~ <sup>158</sup> ~~158~~ <sup>159</sup> ~~159~~ <sup>160</sup> ~~160~~ <sup>161</sup> ~~161~~ <sup>162</sup> ~~162~~ <sup>163</sup> ~~163~~ <sup>164</sup> ~~164~~ <sup>165</sup> ~~165~~ <sup>166</sup> ~~166~~ <sup>167</sup> ~~167~~ <sup>168</sup> ~~168~~ <sup>169</sup> ~~169~~ <sup>170</sup> ~~170~~ <sup>171</sup> ~~171~~ <sup>172</sup> ~~172~~ <sup>173</sup> ~~173~~ <sup>174</sup> ~~174~~ <sup>175</sup> ~~175~~ <sup>176</sup> ~~176~~ <sup>177</sup> ~~177~~ <sup>178</sup> ~~178~~ <sup>179</sup> ~~179~~ <sup>180</sup> ~~180~~ <sup>181</sup> ~~181~~ <sup>182</sup> ~~182~~ <sup>183</sup> ~~183~~ <sup>184</sup> ~~184~~ <sup>185</sup> ~~185~~ <sup>186</sup> ~~186~~ <sup>187</sup> ~~187~~ <sup>188</sup> ~~188~~ <sup>189</sup> ~~189~~ <sup>190</sup> ~~190~~ <sup>191</sup> ~~191~~ <sup>192</sup> ~~192~~ <sup>193</sup> ~~193~~ <sup>194</sup> ~~194~~ <sup>195</sup> ~~195~~ <sup>196</sup> ~~196~~ <sup>197</sup> ~~197~~ <sup>198</sup> ~~198~~ <sup>199</sup> ~~199~~ <sup>200</sup> ~~200~~ <sup>201</sup> ~~201~~ <sup>202</sup> ~~202~~ <sup>203</sup> ~~203~~ <sup>204</sup> ~~204~~ <sup>205</sup> ~~205~~ <sup>206</sup> ~~206~~ <sup>207</sup> ~~207~~ <sup>208</sup> ~~208~~ <sup>209</sup> ~~209~~ <sup>210</sup> ~~210~~ <sup>211</sup> ~~211~~ <sup>212</sup> ~~212~~ <sup>213</sup> ~~213~~ <sup>214</sup> ~~214~~ <sup>215</sup> ~~215~~ <sup>216</sup> ~~216~~ <sup>217</sup> ~~217~~ <sup>218</sup> ~~218~~ <sup>219</sup> ~~219~~ <sup>220</sup> ~~220~~ <sup>221</sup> ~~221~~ <sup>222</sup> ~~222~~ <sup>223</sup> ~~223~~ <sup>224</sup> ~~224~~ <sup>225</sup> ~~225~~ <sup>226</sup> ~~226~~ <sup>227</sup> ~~227~~ <sup>228</sup> ~~228~~ <sup>229</sup> ~~229~~ <sup>230</sup> ~~230~~ <sup>231</sup> ~~231~~ <sup>232</sup> ~~232~~ <sup>233</sup> ~~233~~ <sup>234</sup> ~~234~~ <sup>235</sup> ~~235~~ <sup>236</sup> ~~236~~ <sup>237</sup> ~~237~~ <sup>238</sup> ~~238~~ <sup>239</sup> ~~239~~ <sup>240</sup> ~~240~~ <sup>241</sup> ~~241~~ <sup>242</sup> ~~242~~ <sup>243</sup> ~~243~~ <sup>244</sup> ~~244~~ <sup>245</sup> ~~245~~ <sup>246</sup> ~~246~~ <sup>247</sup> ~~247~~ <sup>248</sup> ~~248~~ <sup>249</sup> ~~249~~ <sup>250</sup> ~~250~~ <sup>251</sup> ~~251~~ <sup>252</sup> ~~252~~ <sup>253</sup> ~~253~~ <sup>254</sup> ~~254~~ <sup>255</sup> ~~255~~ <sup>256</sup> ~~256~~ <sup>257</sup> ~~257~~ <sup>258</sup> ~~258~~ <sup>259</sup> ~~259~~ <sup>260</sup> ~~260~~ <sup>261</sup> ~~261~~ <sup>262</sup> ~~262~~ <sup>263</sup> ~~263~~ <sup>264</sup> ~~264~~ <sup>265</sup> ~~265~~ <sup>266</sup> ~~266~~ <sup>267</sup> ~~267~~ <sup>268</sup> ~~268~~ <sup>269</sup> ~~269~~ <sup>270</sup> ~~270~~ <sup>271</sup> ~~271~~ <sup>272</sup> ~~272~~ <sup>273</sup> ~~273~~ <sup>274</sup> ~~274~~ <sup>275</sup> ~~275~~ <sup>276</sup> ~~276~~ <sup>277</sup> ~~277~~ <sup>278</sup> ~~278~~ <sup>279</sup> ~~279~~ <sup>280</sup> ~~280~~ <sup>281</sup> ~~281~~ <sup>282</sup> ~~282~~ <sup>283</sup> ~~283~~ <sup>284</sup> ~~284~~ <sup>285</sup> ~~285~~ <sup>286</sup> ~~286~~ <sup>287</sup> ~~287~~ <sup>288</sup> ~~288~~ <sup>289</sup> ~~289~~ <sup>290</sup> ~~290~~ <sup>291</sup> ~~291~~ <sup>292</sup> ~~292~~ <sup>293</sup> ~~293~~ <sup>294</sup> ~~294~~ <sup>295</sup> ~~295~~ <sup>296</sup> ~~296~~ <sup>297</sup> ~~297~~ <sup>298</sup> ~~298~~ <sup>299</sup> ~~299~~ <sup>300</sup> ~~300~~ <sup>301</sup> ~~301~~ <sup>302</sup> ~~302~~ <sup>303</sup> ~~303~~ <sup>304</sup> ~~304~~ <sup>305</sup> ~~305~~ <sup>306</sup> ~~306~~ <sup>307</sup> ~~307~~ <sup>308</sup> ~~308~~ <sup>309</sup> ~~309~~ <sup>310</sup> ~~310~~ <sup>311</sup> ~~311~~ <sup>312</sup> ~~312~~ <sup>313</sup> ~~313~~ <sup>314</sup> ~~314~~ <sup>315</sup> ~~315~~ <sup>316</sup> ~~316~~ <sup>317</sup> ~~317~~ <sup>318</sup> ~~318~~ <sup>319</sup> ~~319~~ <sup>320</sup> ~~320~~ <sup>321</sup> ~~321~~ <sup>322</sup> ~~322~~ <sup>323</sup> ~~323~~ <sup>324</sup> ~~324~~ <sup>325</sup> ~~325~~ <sup>326</sup> ~~326~~ <sup>327</sup> ~~327~~ <sup>328</sup> ~~328~~ <sup>329</sup> ~~329~~ <sup>330</sup> ~~330~~ <sup>331</sup> ~~331~~ <sup>332</sup> ~~332~~ <sup>333</sup> ~~333~~ <sup>334</sup> ~~334~~ <sup>335</sup> ~~335~~ <sup>336</sup> ~~336~~ <sup>337</sup> ~~337~~ <sup>338</sup> ~~338~~ <sup>339</sup> ~~339~~ <sup>340</sup> ~~340~~ <sup>341</sup> ~~341~~ <sup>342</sup> ~~342~~ <sup>343</sup> ~~343~~ <sup>344</sup> ~~344~~ <sup>345</sup> ~~345~~ <sup>346</sup> ~~346~~ <sup>347</sup> ~~347~~ <sup>348</sup> ~~348~~ <sup>349</sup> ~~349~~ <sup>350</sup> ~~350~~ <sup>351</sup> ~~351~~ <sup>352</sup> ~~352~~ <sup>353</sup> ~~353~~ <sup>354</sup> ~~354~~ <sup>355</sup> ~~355~~ <sup>356</sup> ~~356~~ <sup>357</sup> ~~357~~ <sup>358</sup> ~~358~~ <sup>359</sup> ~~359~~ <sup>360</sup> ~~360~~ <sup>361</sup> ~~361~~ <sup>362</sup> ~~362~~ <sup>363</sup> ~~363~~ <sup>364</sup> ~~364~~ <sup>365</sup> ~~365~~ <sup>366</sup> ~~366~~ <sup>367</sup> ~~367~~ <sup>368</sup> ~~368~~ <sup>369</sup> ~~369~~ <sup>370</sup> ~~370~~ <sup>371</sup> ~~371~~ <sup>372</sup> ~~372~~ <sup>373</sup> ~~373~~ <sup>374</sup> ~~374~~ <sup>375</sup> ~~375~~ <sup>376</sup> ~~376~~ <sup>377</sup> ~~377~~ <sup>378</sup> ~~378~~ <sup>379</sup> ~~379~~ <sup>380</sup> ~~380~~ <sup>381</sup> ~~381~~ <sup>382</sup> ~~382~~ <sup>383</sup> ~~383~~ <sup>384</sup> ~~384~~ <sup>385</sup> ~~385~~ <sup>386</sup> ~~386~~ <sup>387</sup> ~~387~~ <sup>388</sup> ~~388~~ <sup>389</sup> ~~389~~ <sup>390</sup> ~~390~~ <sup>391</sup> ~~391~~ <sup>392</sup> ~~392~~ <sup>393</sup> ~~393~~ <sup>394</sup> ~~394~~ <sup>395</sup> ~~395~~ <sup>396</sup> ~~396~~ <sup>397</sup> ~~397~~ <sup>398</sup> ~~398~~ <sup>399</sup> ~~399~~ <sup>400</sup> ~~400~~ <sup>401</sup> ~~401~~ <sup>402</sup> ~~402~~ <sup>403</sup> ~~403~~ <sup>404</sup> ~~404~~ <sup>405</sup> ~~405~~ <sup>406</sup> ~~406~~ <sup>407</sup> ~~407~~ <sup>408</sup> ~~408~~ <sup>409</sup> ~~409~~ <sup>410</sup> ~~410~~ <sup>411</sup> ~~411~~ <sup>412</sup> ~~412~~ <sup>413</sup> ~~413~~ <sup>414</sup> ~~414~~ <sup>415</sup> ~~415~~ <sup>416</sup> ~~416~~ <sup>417</sup> ~~417~~ <sup>418</sup> ~~418~~ <sup>419</sup> ~~419~~ <sup>420</sup> ~~420~~ <sup>421</sup> ~~421~~ <sup>422</sup> ~~422~~ <sup>423</sup> ~~423~~ <sup>424</sup> ~~424~~ <sup>425</sup> ~~425~~ <sup>426</sup> ~~426~~ <sup>427</sup> ~~427~~ <sup>428</sup> ~~428~~ <sup>429</sup> ~~429~~ <sup>430</sup> ~~430~~ <sup>431</sup> ~~431~~ <sup>432</sup> ~~432~~ <sup>433</sup> ~~433~~ <sup>434</sup> ~~434~~ <sup>435</sup> ~~435~~ <sup>436</sup> ~~436~~ <sup>437</sup> ~~437~~ <sup>438</sup> ~~438~~ <sup>439</sup> ~~439~~ <sup>440</sup> ~~440~~ <sup>441</sup> ~~441~~ <sup>442</sup> ~~442~~ <sup>443</sup> ~~443~~ <sup>444</sup> ~~444~~ <sup>445</sup> ~~445~~ <sup>446</sup> ~~446~~ <sup>447</sup> ~~447~~ <sup>448</sup> ~~448~~ <sup>449</sup> ~~449~~ <sup>450</sup> ~~450~~ <sup>451</sup> ~~451~~ <sup>452</sup> ~~452~~ <sup>453</sup> ~~453~~ <sup>454</sup> ~~454~~ <sup>455</sup> ~~455~~ <sup>456</sup> ~~456~~ <sup>457</sup> ~~457~~ <sup>458</sup> ~~458~~ <sup>459</sup> ~~459~~ <sup>460</sup> ~~460~~ <sup>461</sup> ~~461~~ <sup>462</sup> ~~462~~ <sup>463</sup> ~~463~~ <sup>464</sup> ~~464~~ <sup>465</sup> ~~465~~ <sup>466</sup> ~~466~~ <sup>467</sup> ~~467~~ <sup>468</sup> ~~468~~ <sup>469</sup> ~~469~~ <sup>470</sup> ~~470~~ <sup>471</sup> ~~471~~ <sup>472</sup> ~~472~~ <sup>473</sup> ~~473~~ <sup>474</sup> ~~474~~ <sup>475</sup> ~~475~~ <sup>476</sup> ~~476~~ <sup>477</sup> ~~477~~ <sup>478</sup> ~~478~~ <sup>479</sup> ~~479~~ <sup>480</sup> ~~480~~ <sup>481</sup> ~~481~~ <sup>482</sup> ~~482~~ <sup>483</sup> ~~483~~ <sup>484</sup> ~~484~~ <sup>485</sup> ~~485~~ <sup>486</sup> ~~486~~ <sup>487</sup> ~~487~~ <sup>488</sup> ~~488~~ <sup>489</sup> ~~489~~ <sup>490</sup> ~~490~~ <sup>491</sup> ~~491~~ <sup>492</sup> ~~492~~ <sup>493</sup> ~~493~~ <sup>494</sup> ~~494~~ <sup>495</sup> ~~495~~ <sup>496</sup> ~~496~~ <sup>497</sup> ~~497~~ <sup>498</sup> ~~498~~ <sup>499</sup> ~~499~~ <sup>500</sup> ~~500~~ <sup>501</sup> ~~501~~ <sup>502</sup> ~~502~~ <sup>503</sup> ~~503~~ <sup>504</sup> ~~504~~ <sup>505</sup> ~~505~~ <sup>506</sup> ~~506~~ <sup>507</sup> ~~507~~ <sup>508</sup> ~~508~~ <sup>509</sup> ~~509~~ <sup>510</sup> ~~510~~ <sup>511</sup> ~~511~~ <sup>512</sup> ~~512~~ <sup>513</sup> ~~513~~ <sup>514</sup> ~~514~~ <sup>515</sup> ~~515~~ <sup>516</sup> ~~516~~ <sup>517</sup> ~~517~~ <sup>518</sup> ~~518~~ <sup>519</sup> ~~519~~ <sup>520</sup> ~~520~~ <sup>521</sup> ~~521~~ <sup>522</sup> ~~522~~ <sup>523</sup> ~~523~~ <sup>524</sup> ~~524~~ <sup>525</sup> ~~525~~ <sup>526</sup> ~~526~~ <sup>527</sup> ~~527~~ <sup>528</sup> ~~528~~ <sup>529</sup> ~~529~~ <sup>530</sup> ~~530~~ <sup>531</sup> ~~531~~ <sup>532</sup> ~~532~~ <sup>533</sup> ~~533~~ <sup>534</sup> ~~534~~ <sup>535</sup> ~~535~~ <sup>536</sup> ~~536~~ <sup>537</sup> ~~537~~ <sup>538</sup> ~~538~~ <sup>539</sup> ~~539~~ <sup>540</sup> ~~540~~ <sup>541</sup> ~~541~~ <sup>542</sup> ~~542~~ <sup>543</sup> ~~543~~ <sup>544</sup> ~~544~~ <sup>545</sup> ~~545~~ <sup>546</sup> ~~546~~ <sup>547</sup> ~~547~~ <sup>548</sup> ~~548~~ <sup>549</sup> ~~549~~ <sup>550</sup> ~~550~~ <sup>551</sup> ~~551~~ <sup>552</sup> ~~552~~ <sup>553</sup> ~~553~~ <sup>554</sup> ~~554~~ <sup>555</sup> ~~555~~ <sup>556</sup> ~~556~~ <sup>557</sup> ~~557~~ <sup>558</sup> ~~558~~ <sup>559</sup> ~~559~~ <sup>560</sup> ~~560~~ <sup>561</sup> ~~561~~ <sup>562</sup> ~~562~~ <sup>563</sup> ~~563~~ <sup>564</sup> ~~564~~ <sup>565</sup> ~~565~~ <sup>566</sup> ~~566~~ <sup>567</sup> ~~567~~ <sup>568</sup> ~~568~~ <sup>569</sup> ~~569~~ <sup>570</sup> ~~570~~ <sup>571</sup> ~~571~~ <sup>572</sup> ~~572~~ <sup>573</sup> ~~573~~ <sup>574</sup> ~~574~~ <sup>575</sup> ~~575~~ <sup>576</sup> ~~576~~ <sup>577</sup> ~~577~~ <sup>578</sup> ~~578~~ <sup>579</sup> ~~579~~ <sup>580</sup> ~~580~~ <sup>581</sup> ~~581~~ <sup>582</sup> ~~582~~ <sup>583</sup> ~~583~~ <sup>584</sup> ~~584~~ <sup>585</sup> ~~585~~ <sup>586</sup> ~~586~~ <sup>587</sup> ~~587~~ <sup>588</sup> ~~588~~ <sup>589</sup> ~~589~~ <sup>590</sup> ~~590~~ <sup>591</sup> ~~591~~ <sup>592</sup> ~~592~~ <sup>593</sup> ~~593~~ <sup>594</sup> ~~594~~ <sup>595</sup> ~~595~~ <sup>596</sup> ~~596~~ <sup>597</sup> ~~597~~ <sup>598</sup> ~~598~~ <sup>599</sup> ~~599~~ <sup>600</sup> ~~600~~ <sup>601</sup> ~~601~~ <sup>602</sup> ~~602~~ <sup>603</sup> ~~603~~ <sup>604</sup> ~~604~~ <sup>605</sup> ~~605~~ <sup>606</sup> ~~606~~ <sup>607</sup> ~~607~~ <sup>608</sup> ~~608~~ <sup>609</sup> ~~609~~ <sup>610</sup> ~~610~~ <sup>611</sup> ~~611~~ <sup>612</sup> ~~612~~ <sup>613</sup> ~~613~~ <sup>614</sup> ~~614~~ <sup>615</sup> ~~615~~ <sup>616</sup> ~~616~~ <sup>617</sup> ~~617~~ <sup>618</sup> ~~618~~ <sup>619</sup> ~~619~~ <sup>620</sup> ~~620~~ <sup>621</sup> ~~621~~ <sup>622</sup> ~~622~~ <sup>623</sup> ~~623~~ <sup>624</sup> ~~624~~ <sup>625</sup> ~~625~~ <sup>626</sup> ~~626~~ <sup>627</sup> ~~627~~ <sup>628</sup> ~~628~~ <sup>629</sup> ~~629~~ <sup>630</sup> ~~630~~ <sup>631</sup> ~~631~~ <sup>632</sup> ~~632~~ <sup>633</sup> ~~633~~ <sup>634</sup> ~~634~~ <sup>635</sup> ~~635~~ <sup>636</sup> ~~636~~ <sup>637</sup> ~~637~~ <sup>638</sup> ~~638~~ <sup>639</sup> ~~639~~ <sup>640</sup> ~~640~~ <sup>641</sup> ~~641~~ <sup>642</sup> ~~642~~ <sup>643</sup> ~~643~~ <sup>644</sup> ~~644~~ <sup>645</sup> ~~645~~ <sup>646</sup> ~~646~~ <sup>647</sup> ~~647~~ <sup>648</sup> ~~648~~ <sup>649</sup> ~~649~~ <sup>650</sup> ~~650~~ <sup>651</sup> ~~651~~ <sup>652</sup> ~~652~~ <sup>653</sup> ~~653~~ <sup>654</sup> ~~654~~ <sup>655</sup> ~~655~~ <sup>656</sup> ~~656~~ <sup>657</sup> ~~657~~ <sup>658</sup> ~~658~~ <sup>659</sup> ~~659~~ <sup>660</sup> ~~660~~ <sup>661</sup> ~~661~~ <sup>662</sup> ~~662~~ <sup>663</sup> ~~663~~ <sup>664</sup> ~~664~~ <sup>665</sup> ~~665~~ <sup>666</sup> ~~666~~ <sup>667</sup> ~~667~~ <sup>668</sup> ~~668~~ <sup>669</sup> ~~669~~ <sup>670</sup> ~~670~~ <sup>671</sup> ~~671~~ <sup>672</sup> ~~672~~ <sup>673</sup> ~~673~~ <sup>674</sup> ~~674~~ <sup>675</sup> ~~675~~ <sup>676</sup> ~~676~~ <sup>677</sup> ~~677~~ <sup>678</sup> ~~678~~ <sup>679</sup> ~~679~~ <sup>680</sup> ~~680~~ <sup>681</sup> ~~681~~ <sup>682</sup> ~~682~~ <sup>683</sup> ~~683~~ <sup>684</sup> ~~684~~ <sup>685</sup> ~~685~~ <sup>686</sup> ~~686~~

el Mito de Creta; el Magnés de la Frigia; el Manos de la Lydia; el Manus de la Germania? Nada sorprende como *quidproquo*, en el estudio de semejante país. Cuando se considera que la carencia de monumentos significativos ha echo dudar á los sábio si la dominacion de los Hiksos duró quinientos ó dos mil años, se asusta el estudioso de la letitud concedida á las combinaciones sistemáticas, y se sorprende, al par, de la facilidad con que se aprovechan de ella ciertos espíritus.

Digamos, pues, para concluir, valiéndonos de las palabras de un crítico de grande autoridad: "Que sea la que quiera la precision aparente de sus cálculos, la ciencia moderna fracasará siempre en sus tentativas para restituir á la historia del Egipto lo que no poseían los Egiptios, el escrúpulo de la exactitud. Por lo demás, restituir á las lista de Manethon el elemento cronológico que le han quitado las alteraciones de los copistas, es obra enteramente imposible. De la misma suerte que la ciencia se siente hoy con capacidad suficiente para afirmar que un monumento pertenece á tal ó cual dinastía, da prueba de su recto proceder, evitando el pronun-

ciarse sobre la fecha absoluta á que dicho monumento se remonta. La duda aumenta en semejante materia, á medida que esta se aparta de los tiempos próximos á nuestra era (1.)

Hé ahí un acto de conciencia de que han sabido dispensarse frecuentemente los anticuarios del país de los Faraones. ¿Hablaemos ahora de la Caldea con sus anales eternos, en los cuales se ve á diez reyes ocupar el trono durante un período de cuatrocientos treinta y dos mil años? No pasan tales hechos de puerilidades imaginadas por Beroso, sacerdote babilonio, cuya audacia rivalizaba con la del gran sacerdote de Heliópolis. Ambos escritores vivieron en la época en que el Oriente, vencido por Alejandro, quería eclipsar la Grecia por las glorias de un pasado espléndido y tomar en la historia la revancha de sus humillaciones presentes; mas cometen la mayor de las insensateces los lectores del siglo décimo nono que se hacen cómplices de este fraude absurdo, juzgándola harito espaciosa para obscurecer al Evangelio!

[1] M. Mariette.



El restablecimiento de la verdad cronológica es un suplemento de nuestras pruebas procedentes contra la antigüedad fabulosa del género humano: la respuesta de la objeción basada en la multiplicación de las lenguas primitivas, que implicarían la pluralidad de las especies humanas, es un nuevo argumento en favor de la antropología monogenista.

Los progresos de la lingüística han dado vida y crédito á este género de ataques. Desde el comienzo de este siglo, las relaciones y las diferencias observadas entre las varias y distintas lenguas, han creado estudios comparativos respecto del particular, y nuestros des-

cnbrimiento filológicos se han considerado de no menor importancia por algunos, que la aplicación del vapor á las artes mecánicas y la de la electricidad á la comunicación del pensamiento. No han bastado con adivinar y referir á la unidad las formas gráficas del Egipto, ni con descifrar las más misteriosas inscripciones del Oriente y de la Escandinavia, sino que se han analizado los dialectos, clasificado sus familias, reducido todas sus ramificaciones á algunas ramas principales, y deducido de todo ello que en un principio debían existir diversos linajes humanos, ya que había diferentes lenguas. El argumento sería decisivo si en vez de una conclusión no expresara un problema.

La fé, sin definir nada absolutamente respecto del origen del lenguaje, nos enseña por su lado, que Adán habló desde los primeros días de la creación, que después del diluvio, reunidos los hombres al pie de la torre de Babel, eran todavía de *una sola palabra*; mas que á partir de este instante, las diferencias entre dialectos se acentuaron de tal modo, que la comunicación oral entre pueblo y pueblo resultó imposible. Contra este castigo es imposible establecer oposición alguna ver-

daderamente histórica. El recuerdo de Babel y de la confusión de las lenguas hace conservado entre los Babilonios de la llanura de Sennaar. Una inscripción perteneciente á la época de Nabucodonosor, llama á la torre de Babel "la torre á pisos, la casa imperecedera, la torre de las lenguas que construyó el primer rey sin poder terminar lo comenzado. Los hombres la habían abandonado despues de los días del diluvio, profiriendo sus palabras en desórden." Segun esta inscripción, dice M. Lenormant, pueden reconocerse los restos gigantescos del monnmento entre las ruinas de la antigua Babllonia. Los habitantes del país dan actualmente á estos restos el nombre de la torre de Nemrod. Levántase en la llanura como una montaña. Es un monton inmenso de ladrillos simplemente secados al sol, que al hundirse han formado varias colinas.

De manera, que basta lo dicho para dejar perfectamente establecido el triple hecho de la unidad primitiva del lenguaje, de la confusión posterior, y de la dispersión del género humano. ¿Qué opone la filología anti-cristiana á estos datos fundamentales de la cuestion? Un sistema de lingüística, no pruebas,

Acaso sueños fantásticos en lugar de la realidad histórica.

Josefo, Onkelos, y con ellos toda la edad media, habían equivocadamente presumido que las lenguas de los gentiles eran una transformación de la lengua hebrea, y que Adan y Eva hablaron dicha lengua en el Paraiso terrestre. Ciertó que fundándose en los trabajos de gramática y lexicografía general, llevados á cabo en nuestros días, hase asegurado que todas las lenguas pueden reducirse á las tres grandes familias, semíticas, indo-europeas, y chinescas. Mas, anteriormente á la formación de estas, ¿no ha existido una lengua primitiva que sirvió para toda la especie humana? ¿La unidad original del lenguaje, es inconcilliable con las verdades indubitables de la filología? Solo la filología temeraria ó poco conzienzuda puede sostenerlo.

En efecto, ¿cual es la base de su argumentación? Vamos á decirlo. Asi como la corteza terrestre se divide en diversos sedimentos existen en el lenguaje tres estados ó condiciones sucesivas de existencia que responden á otras tantas estratificaciones: su primera forma y la más antigua, es aquella en que las palabras constituyen un sonido único, de

aquí las lenguas monosilábicas, por ejemplo, el chino; la segunda forma es aquella en que el mecanismo gramatical se complica y constituye las lenguas llamadas aglutinantes, como la turaniana, por último, la tercera es aquella en que las lenguas experimentan una modificación más fundamental aún, haciéndose flexibles, por ejemplo, las aryanas y las semíticas. Pues bien dice la filología anti-unitaria, no existe lengua alguna que haya podido pasar del estado monosilábico al de aglutinación, y de este á las inflexiones, y por consiguiente, los hombres han creado de un solo golpe esas diversas categorías de lenguaje, y el género humano ha empezado por muchas familias, puesto que ha comenzado por muchos idiomas.

Si fuesen ciertas las premisas, admitiríamos la consecuencia; pero nunca como en esta ocasión, lo que se ha convenido en calificar con el nombre de ciencia, ha abusado hasta tal punto de la credulidad del público, para darle enigmas á manera de cosa perfectamente demostrada.

En qué se fundan, el profesor Qolt y su escuela, para sostener que no es posible transición alguna de un grupo á otro de estas len-

guas? Propiamente hablando no existe lengua alguna que se halle exclusivamente encuadrada en una de estas tres familias. El mismo chino encierra formas que pertenecen de lleno á la segunda categoría. Por su lado las lenguas aglutinantes tienden sin cesar á darse el carácter de la inflexión. La línea de demarcación entre los tres géneros existe más bien en la teoría que en la realidad. Acontece con esto lo que con las capas fosilíferas cuyos productos son distintos en principio, pero realmente hallanse con frecuencia mezclados. El carácter dominante, y esto no es exclusivo de las lenguas, es, pues, lo que sirve de base á sus clasificaciones, ya que ninguna excluye rigurosamente los procedimientos de la otra. Nada existe en la estratificación terciaria del lenguaje, dice Muller, que no tenga sus antecedentes y su explicación en la estratificación secundaria ó primaria, y cuando las cosas pasan de este modo ante nuestros ojos, hoy que las lenguas son viejas y su fuerza progresiva se halla agotada, ¿hay valor para afirmar que en el exuberante verdor de su juventud, carecieran del empuje necesario para elevarse del monosílabo á la aglutinación y de esta estación intermedia á

la inflexión? ¿Y los mismos que creen en la transformación de las especies vivientes, no pueden prestar fe al movimiento ascensional de las formas del lenguaje?

Este cuadro es demasiado estrecho, y harto notoria nuestra incompetencia para que nos aventuremos en semejante demostración: mas con pruebas irrefragables podemos afirmar que si no hubiese una pasión volterriana empeñada en la cuestión de la unidad primitiva del lenguaje, la filología negativa temería comprometer su honra en esas conclusiones tan poco autorizadas contra esta verdad.

Por lo demás, suponiendo que no pudiera probarse que las lenguas aryanas y semíticas hayan sido indánticas en el período del monosilabismo, es preciso convenir por lo menos en que no existe fundamento alguno para sostener lo contrario. Los esfuerzos que se han hecho para remontar desde el estado presente del lenguaje á las tres formas iniciales ya mencionadas, ora se recurra á las leyes gramaticales, ora se consulten las asonancias y la eufonía parecen más bien un juego que una empresa científica. Los que, estudiando el organismo de las lenguas, han sostenido que Adán había hablado el chino ó el

celta, y aún el vasco, así podían basar su opinión en las probabilidades de la lingüística como los partidarios de los tres idiomas primitivos, y esto sin contar con que se hallaban mentidos dentro de un círculo inquebrantable. Para sacar de semejantes sombras argumentitos contra la fé, es preciso amar muy poco á la fé, y mucho más á las sombras.

Yo bien sé que si los filólogos no prueban que hayan existido muchas lenguas en el oñonumentos para probar que no haya habido más que una; pero nuestra prueba resulta de muchas otras ya aducidas, en tanto que la suya es puramente conjetural y constituye el *desideratum* de gramáticas apenas bosquejadas, de léxicos formados á medias, y en ocasiones todavía menos comprendidos. Por lo demás no puede decirse que sea de la esencia de nuestra tesis el que no deba ser probada. La confusión del lenguaje se halla referida rigen de las cosas, tambien nos faltan los moen el Génesis como un acontecimiento milagroso y por consiguiente inexplicable. Al paso que la filología irreligiosa jamás dará cuenta de sus hipótesis de un modo que satisfaga completamente, nuestra verdad subsiste.

rá con tanto mayor imperio en cuanto es inexplicable, puesto que subsistirá como hecho divino en vez de ser mera probabilidad humana (1).



## III.

La etnología aplicada al estudio de las costumbres, de las literaturas y de las antigüedades orientales, es fecunda en confirmaciones bíblicas. La dificultad más grande que presenta, no tanto consiste en descubrir materiales para la apologética, como en saberlos elegir. Los viajeros de todos los países

[1] Véase el *Libro y el Hombre primitivos* por M. Molgani, el *Caricel de Wisloman, Primer alcazar*.

nos han inundado de relaciones sobre las semejanzas existentes entre los asiáticos de los tiempos pasados y los de nuestra época. En cada nueva edición encontramos nuevas revelaciones y hasta hemos presenciado un cambio de frente operado por el enemigo, á consecuencia de esta superabundancia de luces. Hubo un tiempo en que se echaba en cara á la revelación el no estar suficientemente justificada por los estudios orientales; más tarde ha encontrado tan completa dicha justificación, que acusa á la revelación de no ser más que un plagio de la sabiduría oriental. La primera de estas objeciones se halla destruida por la segunda, y como hemos contestado á esta el tratar de los falsos cultos, y de los orígenes del cristianismo; no sabemos comprender que debamos empeñarnos en refutar á un adversario que se ha refutado á sí mismo; y en destruir, por el mero placer de combatirlos, antagonismos que han dejado de serlo.

Con todo, no carece de interés el ver extinguirse la aurora de esta luz que del fondo del Oriente se ha levantado sobre nuestras tradiciones, y cuya plena claridad ha sido convertida en tinieblas por una ciencia dia-



paesta á corromper tanto sabe y cuanto enseña.

Algunos ejemplos citados por el cardenal Wisemann pondrian de relieve el riguroso paralelismo que existe entre el Oriente tal cual nos la pinta la Biblia, y el Oriente tal cual es en realidad.

El Génesis nos habla de una copa en la cual José leía lo porvenir. Elevado á la dignidad de intendente de Faraon, y ocultándose a sus hermanos tras semejante disfraz les hace decir: *La copa que habeis hurtado es aquella en que mi Señor bebe y lee lo porvenir. ¿Por qué habeis hecho esto? ¿Ignorais que nadie me iguale en la ciencia de la adivinacion (1)?* Desconcertados por la obscuridad del pasaje transcrito, propusieron antiguos criticos, ora interpretaciones, ora traducciones á cual más extravagantes con el objeto de eludir las dificultades de un sentido textual. Uno de ellos Houbigant, llega al extremo de decir: "¿Quien oyó jamás la peregrina especie de hablar de augurios obtenidos por medio de una copa?" Mas, hé aquí que los viajeros modernos han

[1] Gén. xlvii, 5, 16.

descubierto en Egipto el uso por demás antiguos de las copas adivinatorias (2). En una obra chinesca, escrita en 1792 se lee el siguiente rasgo de las costumbres tibetinas. "A veces los habitantes de este país clavan la mirada en un tazon lleno de agua y ven en ella lo que debe suceder." Tambien los Persas, segun cuentan sus poetas, se valian de una copa que servia de instrumento para sus augurios. Por último, San Efrem, que es el más antiguo de los padres siriacos, nos manifiesta que en su tiempo se sacaban oráculos del sonido que producian las copas al ser golpeadas. De manera que, gracias á una serie creciente de explicaciones, un texto considerado hasta hace poco, como inexplicable y además dudoso, recibe las más inesperadas justificaciones.

Otra coincidencia aclarada por el orientalismo contem poráneo. Los comentadores se han perdido en suposiciones infructuosas sobre la razon de la orden que obligó á José á ir á Bolen, con su esposa la Virgen, para ser inserto y registrado, con motivo del recuento ó empadronamiento general. ¿Porqué

[2] *Vieja de Norden.*

¿á Belen más bien que á otra poblacion más cercana? El Evangelio nos dice como razon convincente, que José era de la familia de David, y que Belen era la ciudad de David; ¿más que extraña anomalía la de hacer inscribir á los pobres, obligándolos á emprender un viaje tan lleno de dificultades, en la capital de la tribu, más bien que en la poblacion cabeza de su residencia? Veinte siglos de tradicion habian visto esta anomalía sin lograr explicarsela; y al cabo de ellos aparece una crónica oriental que encierra la explicacion "Abdalmelich, escribe Dionicio, hizo un recuento de los Syriacos en 1692, publicó un decreto ordenando que cada individuo se trasladara á su pais, á su pueblo y á la casa de su padre, á fin de hacerse inscribir, y con la obligacion de dar su nombre y el de sus parientes, con el número de sus rebaños, de sus viñas, y de sus plantaciones de olivos (1)." De manera que, los Syriacos del tiempo de Luis XIV, proceden punto por punto del mismo modo que los del tiempo de Augusto, y el texto de S. Lucas se halla con-

[1] Assmann, Bibliotheca orientalis, I. II, p. 104

firmado por las modernas narraciones del Levante.

Todavía podríamos añadir nuevos motivos sorpresa para el lector mostrándole la geografía de la Escritura dilucidada por los descubrimientos realizados en la literatura egipcia; las ciudades mencionadas por los profetas y por el libros de los Números, designadas por medio de un geroglífico correspondiente á las márgenes del Nilo; en fin, todo el estado físico y moral de los Hebreos reproducido y perpetuado en las costumbres de los orientales contemporáneos (1).

El Nuevo Testamento ha tenido su parte en las aclaraciones que resultan de tales estudios. Algunos rasgos de semejanza entre los textos sagrados y profanos pondrán mas de manifiesto su perfecta concordancia.

Durante mucho tiempo los expositores y los investigadores del estilo evangelico se preguntaron cual era el origen de ciertas expresiones puestas en boca de Jesus que no son de procedencia hebrea tales como la *carne*, el *espíritu*, la *voz*, las *tinieblas*, es preciso, *nacer de nuevo*, etc.; y esta duda ha subsistido

[2] Véase el curioso libro de Reynaud, *De coelesti Hieroglyphis*.

hasta tanto que se descubrieron muchos sistemas de filosofía oriental, de los cuales con todo intento tomó el Salvador dichos locuciones. En efecto, procedentes de la Persia esas misteriosas doctrinas, habian penetrado entre los fariseos y debian dar nacimiento en breve á las primeras sectas cristianas. Pues bien; Jesus las refutaba de antemano dando á entender que las conocia y reprobaba, y cuando se servia de sus formas hablando á sus adeptos, se proporcionaba las ventajas del vencedor que se reduce á sus adversarios valiéndose de sus mismas expresiones. Habria podido presumirse que semejante sello de autenticidad saliera de las inscripciones arqueológicas de la filosofía oculta, en apoyo de los textos revelados.

Si fijamos por un momento nuestra atencion en el primer capítulo de S. Juan, veremos que ofrece varias de estas analogías con la historia del Oriente, que constituyen el sello más irrecusable de la fidelidad. Sabiase indudablemente mucho tiempo ha, que cuando el águila de Patmos se lanza al seno de Dios y exclama; *En el principio era el Verbo*, no empleaba en manera alguna tales palabras para dar una medida de su vuelo atrevido;

sino para contestar á los Ebionistas y á los Corintios que atribuian á Dios tres hijos, el Verbo, la Luz y el unigénito. Mas, por qué razon insiste el cuarto Evangelista en la inferioridad de S. Juan relativamente á Jesús? ¿No le dispensaba la evidencia de las cosas de escribir; *Aquel no era la luz, sino que habia venido solamente para dar testimonio de la Luz?* Durante mucho tiempo hemos dejado establecida esta cuestion, ignorando cuáles eran las circunstancias que habian determinado la afirmacion de S. Juan. Mas hace un siglo próximamente, que un jesuita misionero en Asia, el P. Ignacio, reveló á la Europa la existencia de una secta semi-cristiana, establecida en las cercanías de Bassora, que evidentemente derivaba de los antiguos Gnósticos. Pues bien, esta secta llamada de los Sabeos ó de los *Mende-jania*, discipulos de Juan, hacia á S. Juan Bautista superior á Jesus, y el *Codex Nazaraeus*, que es su Evangelio, publicado por el profesor Norberg, da té explicita de esta aberracion hasta ahora desconocida. Despues de lo dicho, debe sorprender que San Juan Evangelista, testigo de semejante herejía, apele á su autoridad de Iluminado, para certificar la verdad opuesta,

que entonces se ponía en duda, siquiera hoy nos parezca incontestable: *Non erat ille lux sed ut testimonium pariteret de lumine?*

Si se sigue detalladamente esta confrontación de los asertos bíblicos, con las piezas justificativas que les proporciona el Oriente, se llega al grado mas elevado de certeza relativamente á la autenticidad de las fuentes de la revelación, pero basta indicar esta mina apologetica á los espíritus ávidos de tales demostraciones, para que tengamos que detenernos en explotarla. Por otra parte hemos ya llenado nuestro cuadro, y hora es ya de que dejemos respirar al lector. Seguros estamos de no haber agotado el asunto; mas el hallarse al término de la tarea siquiera no se halla recorrido paso á paso, constituye al par tormento y satisfacción para los defensores de la verdad.

Retrocediendo ahora con el pensamiento en el camino que dejamos recorrido, nos salta el paso de no haber realizado por completo nuestros propósitos; mas nos queda la satisfacción de haber hecho por conseguirlo cuanto estaba á nuestro alcance. Y es que si nos hemos engañado en la ejecución, estamos seguros de haber acertado en la intención.

¿No podríamos añadir que ésta, además de recta ha sido fundada? Este género de obras es tal vez la única buena acción de la cual están obligados á disculparse los autores. En ellas deben habérselas no solo con los incrédulos que no quieren ser convencidos, sino tambien con ciertos cristianos que no toleran en manera alguna verse turbados en la simplicidad de su fé, ni siquiera por medio de argumentos más capases de robustecer la fé de los demás; y con ciertos teólogos rutinarios que hallan mas cómodo atenerse á la apologetica que saben, que á la que les cumpliría aprender. Los primeros no deben olvidar que dichas controversias, inútiles para ellos, son á otros indispensables, y que en el mero hecho de aprovechar á algunos, tienen derecho á la indulgencia de todo el mundo. Los segundos se hallan en formal oposición con la tradición de la Iglesia y con las más im periosas necesidades de su tiempo; dejémoslo entre aquel pasado y estepresente que les condena y vámonos donde halla almas que amparar.

Personas hay, dice Clemente de Alejandría que por tener una elevada idea de sus buenas disposiciones no quieren aplicarse á la filo-

sosia ó á los estudios dialectos, ni siquiera á la filosofía natural: contentándose con la fé desnuda y sin ornamentos, proceden con el mismo fundamento que si quisieran cosechar uvas en una viña que hubiesen dejado sin cultivo. Nuestro Señor es llamado alegóricamente una viña cuyos frutos recojemos mediante un cultivo asiduo, según la palabra del Verbo eterno. Debemos cortar, cavar, ligar y llevar á cabo los demás trabajos necesarios, y así como en agricultura y en medicina, pasa por más entendido el que ha estudiado mayor número de ciencias útiles á ambas artes, nosotros debemos mirar también como el más apto para el desempeño de nuestro arte sublime, al que de todas las ciencias deduce lo que contienen de útil á la defensa de la fé (1)."

Por su parte S. Gregorio de Nesa alaba en Basilio el que *habiéndose apropiado, mediante los estudios de su juventud, los espejos del Egipto, los consagró á Dios, y adornó con tales preséas el tabernáculo de la Iglesia* (2). El edicto de Juliano que prohibía á los cristia-

[1] *Top. opera*, t. 1, c. 13, p. 642.

[2] *De Vita Antioch.*

nos los estudios profanos por el provecho que de los mismos podía resultar á nuestra verdad, fué siempre considerado como una de las más terribles persecuciones. San Gregorio Nacienceno en la oracion fúnebre de S. Basilio le ensalza porque poseía no solo la ciencia divina, "*sino también la ciencia humana, que hombres poco esclarecidos rechazan como peligrosa y capaz de desviar al alma de Dios* (3)." San Jerónimo se expresa con verdadera dureza hablando de aquellos que "*consideran su ignorancia como santidad* (4)." Finalmente, S. Agustín declara que el cristiano debe apoderarse de las verdades que encierran las obras paganas, para mejor predicar el Evangelio, proponiendo como modelos á Cipriano, Lactancio, Victoriano, Optato, Hilario y tantos otros como regresaron del Egipto, es decir de los estudios de las cosas naturales, cargados de oro, de plata y de los más preciados ornamentos. (5).

No cabe desconocer que los Padres de la Iglesia han estudiado más la filosofía y la

[3] *In laudem Basilii.*

[4] *Epist. xv ad Marcellin.*

[5] *De Doctrina Christi*, lib. 11, c. 2.

metafísica que las ciencias de la naturaleza; mas consiste esto en que en su tiempo los errores son de un orden metafísico y en que defendían la fé allí dónde la veían atacada. Si las negaciones hubiesen salido entónces de los laboratorios de la materia, ¡que de magníficos tratados halláramos al presente en las obras de esos grandes, apologistas relativos á los asuntos que acabamos de desflorar!

Perdónenos Dios esas breves líneas consagradas á nuestra defensa, cuando deberíamos darnos por satisfechos con las puras satisfacciones que concede á los que se consagran á la defensa de su verdad. Sea la que quiera la suerte que á nuestro libro esté deparada, no nos veremos defraudados en la recompensa que de él nos prometemos, puesto que trazamos las últimas palabras dominados por el sentimiento de que se hallaba poseído el ilustre maestro que al terminar su trabajo escribía:

CONCLUIDO ANTE LA PRESENCIA DE DIOS (4)

[4] Weber.

## ACTO DE FE.

¡Dios mío! al dar por terminado el presente trabajo, me postro á vuestros piés para ofrecéroslo y pedirme á mí mismo estrecha cuenta de las creencias que he procurado comunicar á los demás.

Con la mano puesta sobre vuestro Evangelio afirmo ante el siglo escéptico que me oye, que despues de haber pesado los problemas que lo extravían, y considerado la razon de sus blasfemias, hallo más viva en mi alma la fé de mi primera comunión y de mi primera misa.

Afirmo que el pesar más grande de mi vida consiste en no haberla más íntimamente sacrificado á esta divina convicción!

Afirmo que mi mayor felicidad y mi suprema dicha consistirían en alcanzar la gracia de morir por confesarla!

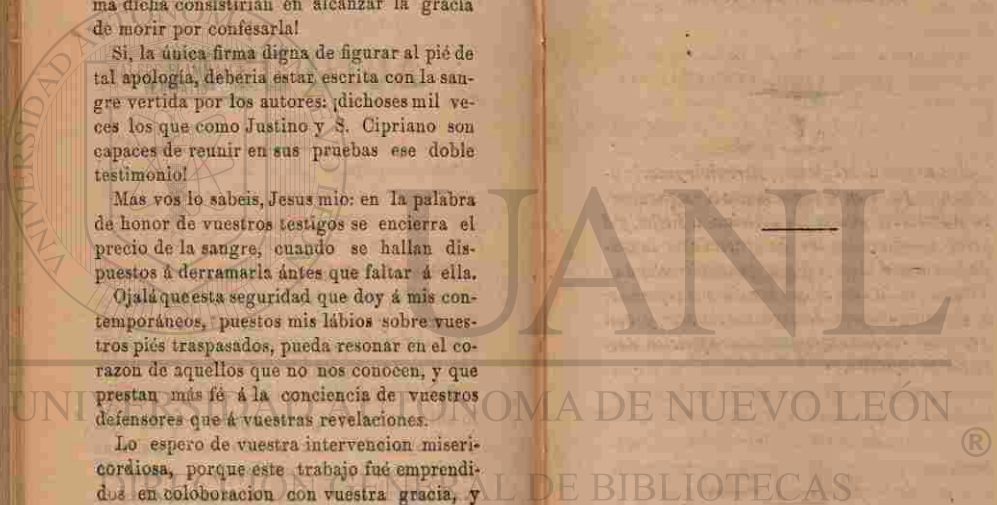
Si, la única firma digna de figurar al pié de tal apología, debería estar escrita con la sangre vertida por los autores: ¡dichosos mil veces los que como Justino y S. Cipriano son capaces de renuir en sus pruebas ese doble testimonio!

Más vos lo sabéis, Jesús mio: en la palabra de honor de vuestros testigos se encierra el precio de la sangre, cuando se hallan dispuestos á derramarla antes que faltar á ella.

Ojalá que esta seguridad que doy á mis contemporáneos, puestos mis labios sobre vuestros piés traspasados, pueda resonar en el corazón de aquellos que no nos conocen, y que prestan más fé á la conciencia de vuestros defensores que á vuestras revelaciones.

Lo espero de vuestra intervención misericordiosa, porque este trabajo fué emprendido en colaboración con vuestra gracia, y puesto que mi acción termina en este punto, la vuestra debe comenzar ahora,

Acabad pues mi libro, ¡oh Padre de las almas: el hombre propone y demuestra vuestra fé, sólo vos tenéis el poder de concederla!



DECLARACION DEL AUTOR.



Hijo único de la Iglesia, quiero vivir y morir unido á su fe; si en el curso de esta obra, que abarca numerosos puntos de doctrina difíciles, y á veces inexplorados, me he apartado de la verdad, ruego á Dios se digno perdonármelo; á su Vicario en la tierra que por ello me reprenda; y por mi parte me desdigo, me retracto, y aun repruebo cuando haya escrito en oposicion á ese juicio infalible.

TOMO SEGUNDO.

INDICE DE MATERIAS.

EXPOSICION.

- Fuentes de la negacion anti-cristiana.
- La pasion.—Las imperfecciones del espíritu.
- Los estudios exclusivos.

LIBRO PRIMERO

De la incredulidad engendrada por las pasiones.



DECLARACION DEL AUTOR.



Hijo único de la Iglesia, quiero vivir y morir unido á su fe; si en el curso de esta obra, que abarca numerosos puntos de doctrina difíciles, y á veces inexplorados, me he apartado de la verdad, ruego á Dios se digno perdonármelo; á su Vicario en la tierra que por ello me reprenda; y por mi parte me desdigo, me retracto, y aun repruebo cuando haya escrito en oposicion á ese juicio infalible.

TOMO SEGUNDO.

INDICE DE MATERIAS.

EXPOSICION.

- Fuentes de la negacion anti-cristiana.
- La pasion.—Las imperfecciones del espíritu.
- Los estudios exclusivos.

LIBRO PRIMERO

De la incredulidad engendrada por las pasiones.

## CAPITULO PRIMERO.

*Efectos del sensualismo en las creencias religiosas.* 23

Debilita la luz natural.—Vela la luz sobrenatural insinuando el escepticismo: en la inteligencia,—en el corazón,—en la voluntad.

## CAPITULO II.

*Orgullo e incredulidad.* 39

Numerosas relaciones del uno con la otra.—Amor propio de explicárselo todo.—De ensalzarse á sí mismo.—De singularizarse.—como escritor,—como sabio,—como hombre de partido,—como hombre público,—como hombre gastado.

## CAPITULO III.

*De la pasión de los intereses materiales con relación á la fé.* 59.

Relaciones lógicas entre este desórden y la apostasía de las inteligencias.—Es funesto: para el espiritualismo de las ideas,—para la elevación de los espíritus,—para la aus-

teridad de las costumbres,—para la dignidad de las inclinaciones, que son otras tantas grandezas tutelares de la fé.

## CAPITULO IV.

*Resentimientos privados ó políticos que predisponen á la negación.* 85

En qué consiste que el que no ama no conoce á Dios.—Desvío proporcional de la facultad simpática y de la fé producido; por los resentimientos particulares,—por los disgustos,—por las decepciones,—por las afiliaciones en política.—Ejemplos de MM. Victor Hugo, Michelet, Quinet, Eugenio Sue, etc.

## CAPITULO V.

*Inacción de la fé, causa frecuente de su muerte.* 101

La fé sin obras muere: por su inercia que la paraliza,—por sus contradicciones que la desmoralizan,—por su parcialidad que perverte sus juicios,—finalmente, por su con-

centracion, como fuente que se seca cuando no se utiliza.

## CAPITULO VI.

*De la incredulidad que proviene de la desesperacion.* 120

Desesperacion en estado de sentimiento.—Sus estragos en las creencias.—Sus remedios.—Desesperacion en estado de raciocinio.—Sus tres tentaciones más comunes: Dios no puede alligir.—Dios no ve.—Dios no escucha.

## CAPITULO VII.

*De la felicidad absoluta ó completa respecto de la fe.* 145

La felicidad sin mezcla de amarguras es irreligiosa: por infatuacion,—por epicureismo,—por ingratitud hacia la Providencia.

## CAPITULO VIII.

*De la envidia que no cree, porque los malvados prosperan.* 150

Distribucion de los bienes y de los males en general.—Sublime economía expuesta por Bossuet.—De la prosperidad de los malvados en particular.—Esta objecion resuelta: por el sentido comun,—por la antigüedad pagana,—por la revelacion.

## CAPITULO IX.

*Del farisaismo incrédulo, nacido de las debilidades de los creyentes.* 182

Contestacion de Balmes á la triple dificultad deducida: de los creyentes viciosos,—de los creyentes completamente indiferentes,—de los creyentes tibios.—Ejemplos del jugador, del libertino, etc.; etc.

## LIBRO SEGUNDO.

*De la incredulidad proveniente de las imperfecciones del espíritu.* ®

## CAPITULO PRIMERO.

*De la constitucion intelectual considerada como fuente de preocupaciones contra la fe.* 207

La parte del espíritu en el acto de fé.—Las enfermedades intelectuales que constituyen una desventaja de nacimiento, pueden ser imputadas al incrédulo.—Lo verdadero y lo falso de esta alegación.—Utilidad de evidenciar el lado malo en los espíritus emancipados de la fé.—En esta materia, sin embargo, no todo se reduce á cuestión de exactitud.—La parte de Dios.

## CAPITULO II.

*Semi-ciencia religiosa de los sabios irreligiosos.* 219

Extension de dicho mal medida por los errores: de los historiadores,—de los filósofos,—de los literatos.—de los publicistas contemporáneos en materia de religion.

## CAPITULO III.

*De la incredulidad á de los falsos espíritus.* 245

Numerosas inteligencias desviadas de la fé, por hallarse falseadas por un amor desordenado: á la novedad,—al sistema,—á la utopia,—á la paradoja.

## CAPITULO IV.

*El escepticismo, natural obstáculo para la fé sobrenatural.* 257

Cuatro causas de escepticismo en ciertos espíritus: su temperamento,—su alimentación,—su ejercicio habitual,—su desencanto de la vida.

## CAPITULO V.

*Exceso de razonamiento, ausencia de sentimiento, predisposición á la incredulidad.* 274

Un matemático del siglo XVII á *Ifigenia*.—Ventajas de sentir para creer.—Autoridad racional de esta ley.—Espíritus sin corazón, incompletos.—Confirmación de Vauvenargues y de Pascal.

## CAPITULO VI.

*Exceso de imaginación y deficiencia de razón, otro desequilibrio peligroso para la fé.* 282

Incredulidad de los poetas y de los artistas.  
—Sus causas.—Su escasa autoridad.

## CAPITULO VII.

*Influencia de los médicos sobre el espíritu; con*

*relacion á la fe en las revelaciones del espíritu.* 289

La familia.—La escuela.—Los círculos y los salones.—La sociedad.

## CAPÍTULO VIII.

*De los espíritus absolutos que exigen la demostración científica de la religión.* 306

Contestacion de Enlero á esta pretension.—La evidencia absoluta jamás residirá para nosotros, ni en la ciencia,—ni en la naturaleza,—ni en la razon,—ni en Dios:—A qué exigirla pues en la religion.

## CAPÍTULO IX.

*De la versatilidad resultante de intermitencias en la duda.* 323

Tres causas de ello: la inestabilidad en las ideas,—las anomalías del sentimiento religioso.—la tentacion.

## CAPÍTULO X.

*Dudas resistentes de la disipacion.* 334

Existen gérmenes de escepticismo en el tor-

bellino de los negocios,—del trabajo continuado,—de los placeres:—En qué consiste que los habitantes del campo, por punto general, sean más religiosos que las ciudades?

## CAPÍTULO XI.

*De las nieblas procedentes de pesimismo del espíritu.* 346

Pesimismo de indisposicion contra Dios producido por el infortunio.—Pesimismo de disposicion, producido por el marasmo intelectual.—Pesimismo de postracion, producido por la cobardia de la conciencia.—¿Por qué damos tanta importancia al estudio del temperamento intelectual?—Relaciones entre el asunto de este libro y el siguiente.

## LIBRO TERCERO.

*De la incredulidad resultante de los estudios exclusivos ó del especialismo científico.* 355

## CAPITULO PRIMERO.

*Inconvenientes de la ciencia exclusiva  
respecto de la fe. 357*

Ventajas de los estudios especiales, inconvenientes de los estudios exclusivos:—los segundos son irreligiosos por lo mismo que su horizonte es limitado.—La Biblia y la naturaleza son palabras de Dios, y por consiguiente entre ambas no cabe contradicción.—Los géneos universales las conciertan y armonizan; las especialistas las separan.—Diferencia entre la autoridad de los unos y la de los otros.—Citas de Clemente de Alejandria y de Keplero.

## CAPITULO II.

*Del estudio exclusivo de las ciencias naturales  
relativamente á las creencias reli-  
giosas. 370*

La exploracion exclusiva de las cosas físicas aleja de la fe; haciendo desviar la rectitud del espíritu,—quitándole el sentido de las

verdades inmateriales,—inspirándole ambi-  
ciones desordenadas.

## CAPITULO III

*La negacion científica contemporánea es  
esencialmente anti-humana. 382*

La naturaleza en el hombre y fuera de él no puede contradecirse.—La prueba mas convincente de que la ciencia actual explica de mala manera la naturaleza en general, la tenemos en que constituye un atentado contra la naturaleza humana en particular, implicando, con relacion á esta: la deshonor,—la sin razon,—la barbarie,—la inmoralidad.—Nota.

## CAPITULO IV.

*Parcialidades no manifiestas de la negacion  
científica contra la fe. 467*

Consisten: 1.º en deducir de lo desconocido conclusiones hostiles de la fe, que esta podría convertir en provecho propio;—2.º en deducir de ciertas opiniones científicas

cas, inofensivas para la fé, consecuencias ofensivas que en realidad no encierran;— 3.º en empleardos medidas de apreciacion, una muy ancha cuando se trata de los hechos desfavorables á la fé, y otra muy estrecha cuando se trata de los hechos que la confirman;—4.º en oponer colectivamente á la fé, teorías sin autoridad colectiva, puesto que con frecuencia se contradicen;—5.º en conceder una confianza ilimitada á la hipótesis de la era prehistórica, y abrigar prevenciones injustificadas contra las verdades de la era histórica.

## CAPITULO V.

*Bases de un compromiso entre la fe y las ciencias de la naturaleza.* 492

Condiciones de aproximacion en las partes litigantes.—La teología debe mostrarse: laxa en sus interpretaciones,—prudente en sus abstenciones,—y poco exigente en sus prescripciones respecto de la ciencia.—La ciencia por su parte no debe olvidar: ni sus límites,—ni sus fracasos,—ni el valor de sus contradictores.

## CAPITULO VI.

*Enumeracion de las ciencias cuyo cultivo exclusivo favorece la incredulidad.* 532

La ciencia del mundo considerada: en nuestro globo, ó la geología;—en todos los globos del espacio sideral, ó la astronomía;—en el origen de la vida, ó biología;—en la muerte y los restos fósiles del reino orgánico, ó paleontología.—La ciencia del hombre considerada: en su origen,—en su constitucion.—en la unidad,—en la antigüedad de su especie.—Finalmente, la ciencia de los pueblos estudiada: en la cronología,—en la filología;—en las antigüedades orientales.—Cuadro inmenso en el cual las cosas serán únicamente examinadas por su punto de contacto con la fé.—Comparacion bellísima tomada del Cardenal Wissemann.

## CAPITULO VII.

*El dogma de la creacion y el naturalismo científico.* 543

Este dogma es la única explicacion completa del hombre,—del mundo,—del deber.

## CAPITULO VIII.

*La fe y la geología. 589*

Posibilidad de una conciliación entre ellas sobre la formación y sobre las transformaciones de la tierra.—Sobre la formación: el atomismo,—el plutonismo,—el neptunismo bien entendido no contradicen en manera alguna á la fé.—Sobre las transformaciones: la obra de los seis días.—el diluvio mosaico, no están desmentidos por la ciencia.

## CAPITULO IX.

*La fe y la astronomía. 640*

Dos especies de astronomía hostiles á la fé la astronomía exegética que saca sus objeciones de la oposición aparente entre la cosmogonía de la Escritura y la verdadera ciencia de los ástros,—la astronomía filosófica que niega alguna de nuestras creencias por que no pueden conciliarse con sus hipótesis,—refutación de ambas.

## CAPITULO X.

*La fe y la biología. 700*

La fé nada tiene que temer de la ciencia de la vida 1.º porque no está probada la existencia de las generaciones espontáneas;—2.º porque nada tiene de probable;—3.º porque aun cuando estuviese probada nada probaria contra la fé.

## CAPITULO XI.

*La fe y la paleontología. 752*

Los descubrimientos de la paleontología son inofensivos para la verdad revelada: 1.º porque ofrecen un número muy reducido de verdades incontrovertibles;—2.º porque es posible referir los hechos á periodos anteriores, posteriores ó contemporáneos con la semana genesiaca.

## CAPITULO XII.

*La fe y la antropología transformista u origen del hombre. 793*

Las especies son el resultado de un creación, y no de las energías transformadas de la materia.—Numerosas pruebas de la fijez



é inmutabilidad de las especies.—Refutación de las teorías de Darwin y de Lamarck respecto del desenvolvimiento espontáneo de la vida orgánica.—Por consiguiente el hombre proceda de Dios y no de los antropoideos.

## CAPITULO XIII.

*La fe y la antropología materialista,  
ó la constitución del hombre. 838*

De los antropoideos al hombre, no solo media la distancia existente entre dos escalones de una misma serie, sino la de los reinos diferentes.—Superioridad característica de la constitución del hombre bajo el punto de vista: de la estructura anatómica,—de la inteligencia,—de la moralidad.—El hombre no es en manera alguna un animal perfeccionado.

## CAPITULO XIV.

*La fe y la antropología poligenista ó  
la unidad de la especie humana.*

Importancia de esta verdad científica bajo el punto de vista cristiano.—Resultado de las

semejanzas: genealógicas,—psicológicas,—orgánicas, comunes á todas las razas.—Es indudable no obstante el argumento deducido: de la estabilidad actual de las razas,—de las imposibilidades aparentes que ofrecen: su dispersión,—su multiplicación,—sus desigualdades físicas, intelectuales y morales.

## CAPITULO XV.

*La fe y la antropología prehistórica,  
ó la antigüedad de la especie  
humana. 942.*

La religión no debe ser mezclada en el debate, porque no tiene ni cronológicamente,—ni científicamente,—ni dogmáticamente interés alguno opuesto á las demostraciones arqueológicas.—Aun cuando la religión fuese mezclada en el debate, no correría peligro alguno, por lo mismo que reina todavía la más profunda obscuridad sobre los tres objetos de esta ciencia que son: los huesos humanos,—los vestigios de la industria humana,—las osamentas de las especies animales pertenecientes al período antahistórico.

## CAPITULO XVI.

*La fe y la fisiología general.* 1061

El organicismo y el animismo.—El alma bajo el punto de vista fisiológico.—Hállase probada: por la unidad,—por la inmutabilidad.—por la libertad,—hasta por la enfermedades de un yo que no puede ser idéntico á la substancia cerebral.—Ni el peso,—ni el volúmen,—ni la forma,—ni la composición química del aparato encefálico pueden explicar el alma.—Más bien que la dificultad del problema, constituye su resolución.

## CAPITULO XVII.

*La fe y la etnología.* 1047

La ciencia de los pueblos, considerados en su cronología, nada de concluyente encierra contra la fé.—Antigüedad supuesta: de los Indos,—de los Chinos,—de los Egipcios.—Las ciencias de los pueblos, considerados bajo el punto de vista filológico, nada tiene de decisivo contra la unidad primitiva del lenguaje.—Los tres tipos fundamentales de las lenguas, china,—aryana,—semi-

tica, pueden haber salido de un mismo tronco.—La ciencia de los pueblos considerados en sus costumbres ó antigüedades orientales, es fecunda en confirmaciones bíblicas.—Justificación de esos estudios.—Conclusion.

## ACTO DE FE. 1092

FIN DEL TOMO SEGUNDO.



